

Alexandre Dumas

Aventuras de John Davys

PRIMERA PARTE

I

ESCRIBO estas líneas unos cuarenta años después del día en que mi padre, el capitán Eduardo Davys, comandante de la fragata de guerra *La Junon*, cayó sobre el puente con una pierna menos, que le fue amputada por uno de los últimos proyectiles disparados por el navío *Le Vengeur*, en el instante en que este, antes que rendirse, se hundía en los abismos de la mar.

Al arribar mi padre a Portsmouth, adonde le había precedido la nueva de la gloriosa victoria alcanzada por el almirante Howe, recibió el real despacho de contraalmirante, empleo que le fue concedido juntamente con el retiro, pues los lores del Almirantazgo opinaron, sin duda, que el contraalmirante Eduardo Davys, que apenas frisaba en los cuarenta y cinco años, no podría prestar a la Gran Bretaña, con una pierna menos, los servicios que eran de esperar de él si no hubiese sido víctima del glorioso accidente narrado.

Era mi padre uno de esos marinos de cuerpo entero que no comprenden la necesidad de la tierra, como no sea para hacer aguada o utilizarla como secadero de pescado. Nacido a bordo de una fragata, los primeros objetos que hirieron su retina fueron el cielo y la mar. Guardia marina a los quince años, teniente a los veinticinco, capitán a los treinta, pasó la más hermosa y mejor parte de su existencia a bordo de un buque, sin poner los pies en tierra firme más que muy contadas veces, y aun estas, accidentalmente y con viva repugnancia, de lo que resultaba que, el hombre que a cierra ojos hubiera enfilado el estrecho de Behring o penetrado en la bahía de Baffin, no habría sabido ir, sin recurrir a los oficios de un guía, desde Saint James a Piccadilly. No fue, pues, la herida en sí la causa de las torturas de mi padre, sino sus consecuencias, toda vez que, entre las contingencias que amenazan a un marino, había pensado con frecuencia en el naufragio, en el incendio y en el combate, más nunca en el retiro, y la muerte única para la cual no estuvo nunca preparado, fue la que acechó al anciano en su lecho.

Larga, muy larga y muy dolorosa fue su convalecencia; pero su robusta constitución concluyó por triunfar de sus dolores físicos y de sus preocupaciones morales. Verdad es que en su doloroso retorno a la vida no le faltó ninguno de esos cuidados exquisitos que tanto contribuyen al restablecimiento; sir Eduardo tuvo a su lado a uno de esos hombres, todo abnegación y fidelidad, que hasta parece que pertenecen a raza distinta de la

nuestra, y que solo se encuentran bajo el uniforme del soldado o bajo la chaqueta del marino. El digno hombre de mar a quien me refiero, cuya edad excedía en algunos años la de mi padre, siguió constantemente la fortuna de este desde el día que puso el pie, en calidad de guardia marina, sobre la cubierta de *La Reine Charlotte* hasta el día en que fue retirado, con una pierna menos, del puente de *La Junon*. Después del percance, aunque nada obligaba a Tom Smith, que así se llamaba el marinero en cuestión, a abandonar el barco, aunque también él había soñado con la muerte del soldado y la tumba del marino, demostrando que, sobre el cariño que a la fragata profesaba, con ser tan inmenso, estaba el que rendía a su comandante, no bien dieron a este el retiro, solicitó él el suyo, que, en atención al noble motivo que informaba su petición, le fue otorgado, juntamente con una pensión modesta.

Los dos antiguos amigos... amigos, sí, porque en la vida privada desaparece la distinción de grados, se vieron bruscamente condenados a un género de vida para el cual no estaban preparados, y cuya monotonía les aterraba de antemano, pero de grado o por fuerza habían de resignarse. Acordóse sir Eduardo de que allá, a unos cuantos centenares de millas de Londres, debía tener unas posesiones, antigua herencia de familia, confiadas a un administrador general, con quien nunca sostuvo relaciones como no fuera, muy de tarde en tarde, para remesarle algunas cantidades que no sabía cómo emplear, casi todas ellas procedentes de gratificaciones o de participaciones en presas hechas. Escribió, pues, al administrador mencionado, rogándolo que fuera a verle a Londres, donde le pondría en antecedentes acerca de su fortuna, a la que, por primera vez, las circunstancias le obligaban a prestar alguna atención.

Como resultado de la invitación, presentóse en Londres el señor Sanders, con un libro en cuyas hojas figuraban, ordenadamente asentadas, las partidas de gastos y de ingresos de la Williams-house, desde treinta y dos años atrás, fecha de la muerte de mi abuelo sir Williams Davys, que fue quien construyó el castillo y le dio su nombre. Asimismo constaban, por orden de fechas, las diferentes cantidades remesadas por el dueño actual, juntamente con el destino que habían tenido, y que casi siempre tuvo por objeto redondear la propiedad territorial, la cual, merced al celo del señor Sanders, se encontraba en el estado más floreciente que pueda desear el propietario más descontentadizo. Hecho el balance, resultó, con gran asombro de sir Eduardo, que sus rentas se elevaban a la bonita suma de dos mil libras esterlinas, renta que, unida a su retiro, constituía un sueldo anual de sesenta y cinco a setenta

mil francos. Sir Eduardo pudo agradecer a la casualidad que le hubiese deparado un administrador honrado.

Pese a la filosofía que de la naturaleza, y más que de la naturaleza, de la educación, había recibido el contraalmirante, hay que confesar que el descubrimiento no le fue indiferente. Claro que con alma y vida hubiese dado toda su fortuna a cambio de la pierna que le faltaba, y, sobre todo, de la situación activa; pero puesto que fatalmente se veía arrancado del servicio, preferible era, en medio de todo, retirarse en las condiciones en que se hallaba, que reducido lisa y simplemente al retiro. Aceptó, pues, su suerte como hombre de resolución, y declaró al señor Sanders que estaba decidido a ir a habitar el castillo de sus padres. En consecuencia, le invitó a regresar cuanto antes a Williams-house, a fin de prepararlo todo para su llegada, que tendría lugar ocho días después de la del administrador.

Sir Eduardo y Tom dedicaron los ocho días a reunir todos los libros de marina que pudieron encontrar, desde las *Aventuras de Gulliver* hasta los *Viajes del capitán Cook*. A esta colección de recreos náuticos unió sir Eduardo un globo gigantesco, un compás, un cuadrante, un antejo de larga vista de día y otro de noche. Embalados con cariñoso cuidado todos los efectos reseñados y colocada la caja en una magnífica silla de postas, los dos marinos se pusieron en camino para rendir el viaje terrestre más largo que hicieran en su vida.

Si algo podía consolar al capitán por la ausencia del mar, era ciertamente la vista de la hermosa región que atravesaba. Inglaterra es un país inmenso salpicado de macizos de árboles, esmaltado de verdes praderas, bañado por riachuelos de curso encantadoramente tortuoso. Cruzan el reino en todas direcciones espaciosas carreteras, tan perfectamente cuidadas como las avenidas de un parque y flanqueadas por undosos álamos que se inclinan graciosamente como para dar la bienvenida a los viajeros que visitan las tierras por ellos sombreada; pero por arrebatador que el paisaje fuera, no bastaba a alejar del espíritu del capitán aquel horizonte, siempre el mismo y siempre nuevo, de ondas y de nubes que se confunden, de cielo y de mar que se besan. Hallaba infinitamente más espléndida la esmeralda del Océano que la alfombra verde de las praderas, y con ser tanta la gracia de los álamos, no tenían, ni con mucho, al inclinarse, la flexibilidad delicada de un mástil cargado con todas las velas. En cuanto a las carreteras, por hermosas que fuesen, no admitían comparación con el puente y la toldilla de *La Junon*, En vano el viejo suelo bretón desplegó a los ojos del capitán todos los encantos; este no tuvo una frase de elogio para el país que atravesaba, no obstante ser

sin disputa el más hermoso de Inglaterra, y ganó la cima de la montaña, desde la cual se descubría en toda su extensión el mayorazgo de que venía a tomar posesión, sin que ni por un instante se alejase de su imaginación el recuerdo del mar.

Ocupaba el castillo una posición encantadora. Un riachuelo, nacido al pie de las montañas que se elevan entre Manchester y Sheffield, cruzaba jugueteando las deliciosas praderas y, después de formar un lago de una legua de perímetro, continuaba su curso para verter su caudal en el Trent, no sin antes bañar las casas de Lerby. Todo el paisaje ofrecía un tono verde lleno de vida y de alegría; parecía una naturaleza cerrada la víspera, virginal todavía, recién salida de las manos de Dios. Aires de tranquilidad profunda y perfumes de dicha completa saturaban el horizonte, que limitaba esa cadena de colinas, de curvas graciosas, que nace en el país de Gales, atraviesa por enero a Inglaterra y termina en las estribaciones de los montes Cheviots. En cuanto al castillo, databa de la expedición del Pretendiente. Amueblado con exquisita elegancia por aquella época, sus salones, aunque desiertos por espacio de veinticinco o treinta años, habían sido conservados con cuidado tan celoso por el señor Sanders, que muebles, tapices, todo, en una palabra, parecía salido la víspera de las manos de los obreros y artistas.

Retiro mejor no hubiese podido desearlo el hombre que, hastiado de las cosas del mundo, lo hubiera escogido voluntariamente; pero como sir Eduardo no se encontraba en este caso, halló que aquella naturaleza tranquila y graciosa era monótona, comparada con la eterna agitación del Océano, con sus horizontes inmensos, con sus islas grandes como continentes y continentes que son mundos. Recorrió suspirando aquellos vastos salones, sobre cuyos entarimados de bruñida encina resonaba lúgubrementemente su pierna de palo, haciendo alto en las ventanas de las cuatro fachadas a fin de trabar conocimiento con los cuatro puntos cardinales de su propiedad, y, seguido por Tom, que ocultaba el asombro que tanta magnificencia le producía bajo un velo de desdén soberbio y afectado, una vez terminada la inspección, durante la cual, ni el señor ni el criado habían despegado los labios, el primero se volvió hacia el segundo y, apoyadas ambas manos en su bastón, preguntó:

—¿Qué me dices, Tom? ¿Qué te parece todo esto?

—¡Palabra de honor, mi comandante! —contestó Tom, cogido de sorpresa—. El entrepuente está bien; falta saber si han descuidado la cala.

—¡Ah! O mucho me engaño, o el señor Sanders es incapaz de descuidar una parte tan importante del cargamento... Baja tú, Tom; baja y examínalo por tus propios ojos. Aquí te espero.

—¡Diablo! —exclamó Tom—. ¡El caso es que no sé dónde están las escotillas!

—¿Desea el señor que le acompañe? —preguntó una voz que salió de la estancia contigua.

—¿Quién eres tú? —interrogó sir Eduardo volviéndose.

—El ayuda de cámara del señor —respondió la voz.

—¡Que pase el ayuda de cámara! —exclamó el marino.

Un segundo después, aparecía en el umbral un muchacho de gran talla, luciendo una librea sencilla pero de muy buen gusto.

—¿Quién te ha tomado para mi servicio? —repuso sir Eduardo.

—El señor Sanders.

—¡Ah, vamos! ¿Y qué sabes hacer?

—Sé afeitar, peinar, limpiar y bruñir las armas... en una palabra: todo lo concerniente al servicio de un militar ilustre como Vuestra Señoría.

—¿Dónde has aprendido todas esas cosas?

—Sirviendo al capitán Nelson.

—¿Has estado embarcado?

—Tres años a bordo del *Bóreas*.

—¿Cómo diablo ha sabido desenterrarte Sanders?

—Cuando fue desarmado el *Bóreas*, el capitán Nelson se retiró al condado de Norfolk, y yo regresé a Nottingham, donde me casé.

—¿Y tu mujer?

—Está al servicio de Vuestra Señoría.

—¿De qué servicios está encargada?

—De la ropa blanca y del servicio de escaleras abajo.

—¿Quién está al frente de la cueva?

—El señor Sanders consideró que el puesto era demasiado importante para disponer de él en ausencia de Vuestra Señoría.

—¡Ese hombre no se paga con dinero! ¿Has oído, Tom? La dirección de la cueva está vacante.

—Supongo —respondió Tom con visible inquietud—, que la falta de jefe no será debida a que la cueva esté vacía.

—Está surtida, puede examinarla el señor —contestó el ayuda de cámara.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo con permiso del comandante —dijo Tom.

Sir Eduardo concedió el permiso solicitado para llevar a cabo misión de tanta importancia, y el digno marinero siguió al ayuda de cámara.

II

MAL HIZO TOM en abrigar temores; el mismo espíritu altamente previsor que presidió el arreglo de toda la casa, aprovisionó la parte del castillo que era objeto, en aquel momento, de la inquieta curiosidad del veterano marinero. En el primer compartimiento de la cueva, hubo de reconocer Tom, muy experto en la materia, con solo ver la disposición de los recipientes, la obra de una inteligencia superior. Según lo exigieran las cualidades o lo añejo del líquido que contenían, estaban las botellas en posición vertical u horizontal, pero todas llenas, todas agrupadas en torno de sus respectivos mástiles, hincados en tierra y coronados por un cartelón, en el cual se leía el año del vino y la cosecha, mástiles que eran a manera de banderas de distintos cuerpos de ejército, colocados en forma que hacia honor a los conocimientos estratégicos del digno señor Sanders. Los labios de Tom dejaron escapar un murmullo de aprobación que evidenciaba que sabía apreciar aquellas sabias disposiciones, y como observara que, cerca de cada agrupación, destacada a guisa de centinela, había una botella, resolvió prender tres de aquellas centinelas avanzadas y presentarse con ellas a su comandante.

Encontró a este sentado delante de una ventana del salón que había escogido para su uso personal, ventana que daba al lago del cual hemos hablado ya. La vista de aquella pobre extensión de agua, que brillaba como un espejo encerrado en un marco verde, había hecho brotar en la imaginación del capitán todos sus antiguos recuerdos y todos sus pesares presentes, pero al oír el ruido que hizo la puerta al entrar Tom, volvió la cabeza, y como si experimentara cierta humillación al verse sorprendido pensativo y con los ojos enrasados en lágrimas, se irguió, y dejó oír la tosecilla que le era habitual cuando se sobreponía a sus pensamientos y ordenaba a estos que tomasen derroteros nuevos. Leyó Tom como en libro abierto en el alma de su comandante, adivinó las sensaciones que le preocupaban, pero nada dijo; el comandante, por su parte, avergonzado de que su viejo camarada le hubiera sorprendido en momentos de emociones melancólicas, fingió una alegría de alma que estaba muy lejos de sentir.

—¡Qué me dices, Tom! —exclamó, esforzándose por dar a su voz una expresión jubilosa, pero sin conseguir engañar a aquel a quien se dirigía—.

No habrá sido muy mala la campaña cuando traes prisioneros, ¿eh, mi querido camarada?

—La verdad es, mi comandante —respondió Tom—, que las regiones que acabo de explorar están muy pobladas, y que en ellas encontrará con qué brindar durante mucho tiempo por el honor futuro de la vieja Inglaterra quien tanto ha contribuido a su honor pasado.

Maquinalmente tendió sir Eduardo un vaso, apuró de un trago, sin gustarla, una pequeña cantidad de riquísimo vino de Burdeos, digno de ser servido al rey Jorge, tarareó una canción en boga, y luego se levantó bruscamente y dio la vuelta completa al salón, contemplando, sin verlos, los cuadros que lo adornaban. Hecho el recorrido, volvió a sentarse delante de la ventana.

—Creo, Tom —dijo—, que estaremos aquí todo lo bien que se puede estar en tierra.

—De mí puedo decir —contestó Tom, fingiendo un despego que no sentía, con la sana intención de consolar a su comandante— que si no me engaño mucho, antes de ocho días habré olvidado por completo a *La Junon*.

—¡Ah! ¡Qué hermosa era *La Junon*, amigo mío! —exclamó suspirando sir Eduardo—. ¡Encantadora fragata, graciosa! Como una gaviota, obediente a la maniobra, brava en el combate! ¡Pero no hablemos de eso, Tom... o mejor dicho, no hablemos nunca de otra cosa! La vi construir, amigo mío; la vi poner desde la quilla hasta los juanetes... Era mi hija... sí, Tom, mi hija... ¡Hoy vive con otro... se ha casado! ¡Quiera Dios que su marido la gobierne bien, porque si le ocurría alguna desgracia, yo no podría consolarme nunca!... Vamos a dar una vueltecita, Tom.

El comandante, sin tomarse el trabajo de ocultar su viva emoción, se asió al brazo de Tom y bajó al jardín por la escalinata.

Era uno de esos encantadores parques que los ingleses han ofrecido como modelo al resto del mundo, con sus canastillas de flores, sus macizos de follaje, sus avenidas numerosas. De trecho en trecho se encontraban distintos pabellones, todos de gusto exquisito. Frente a la puerta de uno de ellos, vio sir Eduardo al señor Sanders. Se dirigió hacia él; y el mayordomo, al observar que se acercaba su señor, apresuróse a salirle al encuentro, evitándole la mitad del camino.

—¡Caramba, señor Sanders! —exclamó el marino—. Celebro de veras haberle encontrado, para darle las gracias. Es usted un hombre que no tiene precio, palabra de honor. (El señor Sanders se inclinó). Crea usted que, de

haber sabido donde encontrarle, no habría esperado a que la casualidad me le pusiera delante.

—Yo doy las gracias a la feliz casualidad que ha guiado hacia aquí los pasos de Vuestra Señoría —respondió el señor Sanders, gozosísimo al oír el cumplimiento que su señor acababa de dirigirle—. Este es el pabellón que habito hasta tanto que Su Señoría tenga a bien, darme a conocer su voluntad.

—¿No se encuentra usted a gusto en su pabellón?

—Al contrario, cuarenta años hace que lo ocupo; en él murió mi padre y en él nací yo, pero pudiera ocurrir que Vuestra Señoría le hubiese asignado otro destino.

—Veamos la casa.

El señor Sanders, sombrero en mano, precedió a sir Eduardo, introduciéndole, así como también a Tom, en el *cottage* que habitaba. Componíase la casa de una cocinita, un comedor, una alcoba y un gabinete de trabajo, en el cual se veían, perfectamente clasificados, todos los legajos que contenían los documentos relativos a la propiedad de la Williams-house. El orden y la limpieza eran capaces de dar envidia al mejor de los hogares holandeses.

—¿Cuánto sueldo cobra usted? —preguntó sir Eduardo.

—Cien guineas, señor. Es el sueldo que el padre de Vuestra Señoría asignó a mi padre. Muerto este, aunque yo apenas si contaba veinticinco años, heredé su puesto y su sueldo. Si Vuestra Señoría cree que este es excesivo, con gusto aceptaré la reducción que se sirva hacer.

—Al contrario —dijo sir Eduardo—. De hoy en adelante cobrará usted doscientas guineas y ocupará en el castillo las habitaciones que escoja usted mismo.

—Principiaré dando las gracias más rendidas a Vuestra Señoría, como es mi obligación —repuso el señor Sanders inclinándose profundamente—; pero me permitiré hacerle presente que un aumento tan considerable de sueldo es inútil. Apenas gasto la mitad de lo que gano, y como no soy casado, no tengo hijos a quienes legar mis economías. En cuanto al cambio de casa...

—¿Qué? —preguntó sir Eduardo, observando la vacilación de su administrador.

—En eso, como en todo, acataré y obedeceré la voluntad de Vuestra Señoría, y si me manda que abandone este pabellón, lo abandonaré desde luego; pero...

—¿Pero qué? Termine usted.

—Pero si no lo lleva a mal Vuestra Señoría, diré que estoy habituado al pabellón, y el pabellón está habituado a mí. Sé dónde estén todas las cosas con precisión tal, que me basta extender el brazo para que mi mano tropiece con lo que busco. Aquí se deslizó mi juventud, aquí be saboreado alegrías y apurado dolores. Todos los muebles que ve Vuestra Señoría ocupan en la actualidad los mismos sitios que han ocupado desde que tengo uso de razón. Junto a aquella ventana, en ese sillón, se sentaba mi madre; mi padre colocó esa escopeta, que Vuestra Señoría ve sobre la chimenea, tal como está en este momento; en ese lecho rindió el buen anciano su alma a Dios... Su espíritu continúa aquí, no me cabe duda... ¡Ah! Perdóneme Vuestra Señoría; pero creería cometer un sacrilegio si voluntariamente alterase la disposición de los objetos que me rodean. Sin embargo, si Vuestra Señoría lo ordena, obedeceré.

—¡Líbreme Dios! —exclamó sir Eduardo—. Conozco demasiado el poder de los recuerdos, mi digno amigo, para que me atreva a lastimar los de usted. Consérvelos con respeto religioso, señor Sanders. En cuanto a su sueldo, lo doblaremos, conforme he dicho: usted se las entenderá con el pastor para que del aumento se aprovechen algunas familias pobres... ¿A qué hora suele comer usted, señor Sanders?

—A las doce, señor.

—A esa hora como también yo. Todos los días tendrá usted un cubierto en la mesa del castillo, no lo olvide. Supongo que alguna vez se permitirá usted jugar una partidita de *hombre*, ¿verdad?

—Sí, señor; cuando dispone de algún tiempo el señor Robinsón, voy a su casa o viene él a la mía, y nos permitimos gozar de una distracción que consideramos lícita e inocente.

—Pues bien, señor Sanders, los días que el señor Robinsón no pueda acompañarle, encontrará usted en mí un adversario que no se dejará vencer fácilmente; y los días que venga, acompañe al castillo, si no le es molesto, y jugaremos al *whist* en vez de jugar al *hombre*.

—Vuestra Señoría me dispensa demasiado honor.

—Y usted me proporcionará un verdadero placer; conquese... no hay más que hablar.

El señor Sanders se inclinó hasta el suelo.

Sir Eduardo volvió a tomar el brazo de Tom y continuó su paseo.

A poca distancia del pabellón de su administrador, encontró el capitán la casita de su guardabosque, encargado también de la conservación de la pesca. Este era casado y padre de familia. La felicidad parecía haber buscado un refugio en aquel rincón del mundo donde todos vivían contentos, y si algunos

temieron que la llegada del capitán introduciría tal vez alteraciones en su vida, bien pronto se tranquilizaron con solo verle. Es lo cierto que mi padre, que en la marina de guerra inglesa dejó fama de severidad y de valor, desde que dejó el servicio de Su Majestad Británica, fue el hombre más dulce, más bueno que he conocido.

Volvió al castillo un poquito cansado de la excursión, la más larga que había hecho con posterioridad a la amputación de su pierna, pero al propio tiempo llevando en su alma todo el caudal de alegría compatible con el pesar eterno que guardaba en el fondo del corazón. Su misión había sufrido un cambio; dueño y árbitro de la dicha de sus semejantes, patriarca en vez de comandante, resolvió, con la prontitud y regularidad que le eran familiares, ajustar desde aquel día el empleo de su tiempo a las reglas adoptadas a bordo de su fragata, manera de no tener que alterar sus costumbres de siempre. Dio cuenta de su decisión a Tom; Jorge se conformó a ella tanto más fácilmente, cuanto que no había olvidado aún la disciplina del *Boreas*; el cocinero recibió las órdenes oportunas y, desde el día siguiente, quedaron montados todos los servicios en la forma misma en que lo estaban en la fragata *La Junon*.

En el momento de asomar el sol por Oriente, la campana del castillo, en substitución del tambor, debía tocar diana. Media hora después del toque de diana, todo el mundo debía, antes de entregarse al trabajo, tomar un ligero desayuno, costumbre que honra a los buques del Estado y de la que fue siempre partidario acérrimo sir Eduardo, quien jamás consintió que su marinería respirase, con el estómago vacío, la neblina morbífica de la mañana. Terminado el desayuno, se procedía a la limpieza de las habitaciones, y luego, al bruñido. A bordo, la operación mencionada en último lugar comprende la limpieza de todo lo que es de cobre; pues bien, si la Williams-house no había de dejar nada que desear sobre este particular, era necesario someter a una disciplina tan severa como la que reinaba a bordo de *La Junon* a los que tenían a su cargo la limpieza de las cerraduras, picaportes, botones de las puertas, paletas, tenazas y morrillos de las chimeneas. A las nueve, pasaba revista el capitán, seguido de toda la servidumbre, siendo de advertir que todos, al ser admitidos en la casa, aceptaron la condición de que cualquier falta de servicio sufriría la sanción militar en uso en los buques del Estado. A las doce en punto quedaban interrumpidos todos los servicios; era la hora señalada para comer. Desde esta hora hasta las cuatro de la tarde, mientras el capitán paseaba por el parque, como antes tenía la costumbre invariable de hacerlo por la toldilla, debía procederse a la reparación de la cristalería, de los muebles, de la ropa blanca. A las cinco en punto sonaba la

campana llamando a todos a la mesa, y a las ocho, la mitad de la servidumbre, cual si fuera dotación de un buque en rada, debía retirarse a descansar, abandonando todos los servicios a la otra mitad que estaba de cuarto.

Esta, vida no era, por decirlo así, más que una parodia de la que sir Eduardo había vivido siempre; era toda la monotonía de la existencia a bordo privada de los accidentes que son el encanto y la poesía de aquella. Echaba el capitán de menos el balanceo del mar, de la misma manera que suspira el niño por el movimiento maternal que ha mecido su sueño durante tanto tiempo. La ausencia de las emociones producidas por la tempestad, durante la cual el hombre, semejante a los gigantes de la antigüedad, lucha con el mismo Dios, dejaban un vacío doloroso en su corazón, y la añoranza de los días terribles en que un individuo defiende la causa sacrosanta de una nación, la memoria de los días en que la gloria es el premio del vencedor, la vergüenza del castigo del vencido, hacían que, a sus ojos, cualquier otra ocupación fuera mezquina y frívola. El pasado devoraba al presente.

El capitán, empero, con esa energía de carácter propia de los que durante toda la vida se han visto obligados a dar ejemplo, mantenía ocultas en lo más recóndito de su alma sus sensaciones, sin dejar que las sospecharan los que le rodeaban. Solamente Tom, en cuyo corazón los mismos sentimientos despertaban idénticos pesares, bien que en grado menos vivo, seguía con inquietud los progresos de aquella terrible melancolía interior, cuya manifestación única era una mirada dirigida a la pierna mutilada, seguida de un suspiro doloroso, al cual sucedía de ordinario una evolución rápida alrededor de la estancia, hecha al compás de una tonadilla que el capitán solía silbar durante los combates o las tempestades. El más peligroso, el más terrible de los dolores, es el que sufren las almas fuertes, ese dolor que no se manifiesta al exterior, ese dolor que tiene por alimento único el silencio. En vez de filtrarse gota a gota por los ojos, convertido en lágrimas, se acumula en el fondo del pecho, y solo cuando el pecho salta hecho pedazos es cuando pueden apreciarse los estragos producidos. Una noche, dijo el capitán a Tom que se encontraba indispuesto, y a la mañana siguiente, cuando quiso levantarse de la cama, sufrió un desvanecimiento.

III

LA ALARMA fue inmensa en el castillo. El administrador y el pastor evangélico, que la velada anterior habían jugado con sir Eduardo su acostumbrada partida de *whist*, no concedieron la menor importancia a una indisposición cuyo carácter no podían comprender, pero Tom les llamó a consejo y rectificó su opinión sobre el particular, precisando el carácter y la importancia, de la enfermedad. Resultado de la conferencia fue el acuerdo de llamar al médico, pero, a fin de evitar que el capitán se diera cuenta del alcance de las inquietudes que bacía concebir su estado, convinieron en que el médico se presentaría en el castillo al día siguiente, fingiendo que le traía la casualidad, y que aprovechaba la ocasión para pedir un cubierto a la hora de comer.

Pasó el día como de costumbre. El capitán, gracias a su voluntad enérgica, logró sobreponerse a su debilidad, pero apenas probó bocado, hubo de sentarse veinte veces durante el paseo, se durmió mientras leía, y en dos o tres ocasiones, distracciones apenas creíbles en él, comprometieron seriamente los intereses del digno señor Robinsón, su compañero en la partida de *whist*.

Al día siguiente llegó el médico, conforme se había convenido. Su visita, por lo mismo que era inesperada, sacó momentáneamente al capitán de su marasmo, más pronto recayó este en una somnolencia más profunda todavía que la que le dominaba antes. El médico advirtió los síntomas característicos del *spleen*, de esa enfermedad terrible del corazón y del espíritu contra la cual se estrella siempre la ciencia médica. Esto no obstante, sometió al enfermo a un régimen consistente en bebidas tónicas y en carnes asadas, aconsejándole al propio tiempo que procurase distraerse todo lo posible.

Sencilísimo era cumplir las dos partes primeras de la prescripción facultativa, pues en todas partes se encuentran jugos de yerbas, vino de Burdeos y bifecks; pero las distracciones resultaban ave desconocida o poco menos en la Williams-house. Para buscarlas había agotado Tom todos los recursos de su imaginación, sin encontrar otra cosa que lectura, paseo y *whist*. El bravo marinero no acertaba a salir de estas tres palabras; varió las horas, los lugares, e invirtió el orden, pero jamás logró inventar nada que disipase la languidez que progresivamente se apoderaba de su capitán. Como recurso supremo le propuso trasladarse a Londres; pero sir Eduardo contestó que no

se encontraba con fuerzas para emprender tan largo viaje, y que, puesto que no podía morir en una hamaca, prefería llevar a cabo acto tan solemne y definitivo como la muerte en un lecho que en un coche.

Nada alarmaba tanto a Tom como el fenómeno de que su capitán, en vez de buscar, como hasta allí, la sociedad de sus amigos, comenzase a alejarse de ellos. Hasta la compañía de Tom parecía serle enojosa. No puso fin a sus paseos, pero los hacía solo, y llegada la noche, en vez de jugar la partida de costumbre, se retiraba a sus habitaciones, prohibiendo que le siguieran. Por lo que a comidas y lectura se refiere, no comía más que lo estrictamente necesario para vivir y no leía absolutamente nada. Declaró guerra sin cuartel a las infusiones y jugos de hierbas; nadie se atrevía a mentarlas en su presencia desde un día que, perdida la paciencia, tiró a la cara a Jorge una taza de líquido que el pobre muchacho, con la mejor intención del mundo, se empeñaba en hacerle ingerir, y Tora resolvió sustituirlas por té, en el cual ponía, en vez de crema, una cucharada y media de ron.

Consecuencia de la rebelión contra las prescripciones del médico fue el recrudecimiento del mal, que se hacía cada día más acentuado. Sir Eduardo no era ya sombra de lo que fue; siempre solo, siempre sombrío, rara vez se conseguía arrancarle una palabra que no fuera acompañada de un movimiento de impaciencia. Cuando salía al parque, tomaba invariablemente una avenida aislada que terminaba en una especie de gruta de follaje formada por el cruzamiento de las ramas de los árboles. En aquella gruta natural pasaba horas enteras sin que nadie osase molestarle. En vano pasaban y repasaban, con intención, Tom y el digno señor Sanders, millares de veces frente a la gruta, el capitán fingía no verles para no verse en la precisión de dirigirles la palabra. Y lo peor del caso era que la necesidad de permanecer solo se acentuaba por momentos, y las horas que el capitán pasaba lejos de sus comensales se multiplicaban. Por si esto no era bastante, aproximábase el mes de las tinieblas, que para los desventurados atacados de *spleen* son lo que para los tísicos la caída de las hojas, y todo hacía temer que, de no obrarse un milagro, sir Eduardo sucumbiría en aquel mes fatal.

Dios hizo ese milagro por mediación de uno de sus ángeles.

Un día que el marino, aislado en su retiro habitual, sentía como nunca en su alma los terribles zarpazos de sus mortales ensueños, oyó, en el paseo que conducía a la gruta, rumor de hojas secas holladas por pasos desconocidos. Alzó la cabeza, y vio que se dirigía hacia su persona una mujer que, por la blancura de nieve de sus vestiduras y por la ligereza de su paso, muy bien

podía pasar por aparición. Los ojos del marino se clavaron con asombro en la persona que se atrevía a buscarle en su refugio, y esperó silencioso.

Era una mujer que representaba unos veinticinco años, aunque debía haber rebasado esa edad, hermosa todavía, no con esa hermosura deslumbrante de la primera juventud, tan vistosa, pero a la par tan efímera, sobre todo en Inglaterra, sino con esa segunda belleza, si se me permite hablar así, en cuya composición entran por igual una frescura moribunda y una lozanía naciente. Un pintor hubiera querido dar sus ojos azules a la imagen de la caridad; adornaba su cabeza un sombrero que no conseguía aprisionar su espléndida cabellera, negra como el ala del cuervo y naturalmente rizada; su rostro ofrecía esas líneas tranquilas y puras, peculiares en las mujeres que viven en la región septentrional de la Gran Bretaña, y su vestido, sencillo y severo, pero de gusto irreprochable, era un término medio entre la moda corriente y el puritanismo del siglo XVII.

Iba a interesar la caridad muy conocida de sir Eduardo en favor de una pobre familia, cuyo padre había fallecido la víspera, después de una enfermedad larga y dolorosa, dejando en la mayor miseria a la viuda y a cuatro hijos. Viajaba a la sazón por Italia el propietario de la casa que habitaban la viuda y los huérfanos, y su administrador, defensor celoso de los intereses de su principal, amenazaba echar al arroyo a la madre y a los hijos, si no se le pagaban inmediatamente los dos trimestres atrasados que se le adeudaban de renta. La amenaza era tanto más terrible cuanto que avanzaba la estación de los fríos. La familia volvió sus ojos hacia el generoso capitán y nombró intermediaria a la que se permitía llegar a solicitar el beneficio.

Con sencillez tan adorable; y con tal dulzura de gestos y de expresión hizo la señora el relato, que sir Eduardo sintió que a sus ojos se agolpaban las lágrimas. Llevó la mano al bolsillo y sacó una bolsa repleta de oro, que puso en manos de la hermosa embajadora sin decir palabra, pues a semejanza del Virgilio de Dante, a fuerza de callar, olvidó el hablar. La embajadora, por su parte, en un momento de emoción, que no pudo dominar, al ver su misión tan rápida y felizmente cumplida, se apoderó de la mano de sir Eduardo, la besó, y alejóse sin dar las gracias, deseando llevar la tranquilidad al alma de aquella familia, que ciertamente no esperaba que Dios la enviase consuelos tan oportunos.

El capitán, al quedar solo, creyó que había soñado. Miró afanoso en derredor; la nívea visión había desaparecido, y de no haber sido por la mano, en la cual todavía sentía la dulce presión que acababa de experimentar, y por la ausencia de la bolsa, se hubiese creído juguete de una alucinación febril.

Quiso la casualidad que cruzara en aquel momento el señor Sanders frente a la gruta, y el capitán, contra la costumbre, le llamó. El buen administrador se volvió con el asombro más vivo pintado en su semblante. Sir Eduardo le hizo con la mano una señal, que fue confirmación visual del testimonio auricular al que no se resolvía a dar crédito, y entonces se acercó el señor Sanders al capitán, quien le preguntó, con vivacidad de expresión que había perdido hacía tiempo, quién era la persona que acababa de alejarse.

—Es Ana María —respondió el administrador, como si por necesidad hubiera, de saber el mundo entero quién era la mujer que designaba con aquel doble nombre.

—¿Pero quién es Ana María? —inquirió el capitán.

—¡Cómo! ¿Será posible que no la conozca Vuestra Señoría?

—¡No la conozco, caramba, no! —replicó el capitán, con impaciencia que no era del mejor agüero—. No preguntaría a usted quién es, si la conociera.

—¿Quiere Vuestra Señoría que le diga quién es? La Providencia divina en la tierra, el ángel de los pobres y de los afligidos. Seguramente habrá venido a interesar a Vuestra Señoría en alguna buena obra, ¿verdad?

—Sí... creo que me ha hablado de unos desgraciados a quienes era preciso salvar de la miseria.

—No podía ser otra cosa. Cuantas veces se presenta en la morada de un rico, lo hace en nombre de la caridad; cuantas veces pisa la choza de un pobre, encarna el papel de la misericordia.

—¿Y quién es esa señora?

—Me permitirá Vuestra Señoría que rectifique su expresión: es señorita; una señorita digna, buena, santa.

—¡Pero... canastos! ¡Señora o señorita, estoy preguntando quién es!

—Nadie lo sabe con exactitud, aunque todo el mundo lo sospecha. Hace unos treinta años... sí, allá por los de 1764 o 1766, vinieron sus padres a establecerse en el Derbyshire. Venían de Francia, donde se decía que habían corrido la suerte del Pretendiente, o lo que es lo mismo, que sus bienes habían sido confiscados, y que ellos no podían vivir a menos de sesenta millas de Londres. Cuatro meses después de haberse establecido en el país, la madre, que estaba encinta, dio a luz a Ana María. Apenas cumplió la niña los quince años, perdió a sus padres y quedó sola en el mundo, con una renta de unas cuarenta libras esterlinas, renta demasiado exigua para que pudiera aspirar a casarse con un gran señor, y demasiado importante para unir su suerte a la de un labrador. Por otra parte, el apellido que probablemente lleva y la educación que ha recibido, le impedirían contraer una alianza desigual. Ha permanecido,

pues, soltera y consagrado su vida entera a las obras de caridad. Ni por un momento ceja en la misión misericordiosa que se ha impuesto. Algunos conocimientos médicos que posee la han abierto las puertas de los enfermos pobres, y todo el mundo dice que donde fracasa la ciencia triunfa la oración dirigida al Cielo por Ana María, santa ante Dios, según la voz corriente. No me admira que se haya permitido molestar a Vuestra Señoría; ninguno de nosotros nos hubiésemos atrevido a tanto; pero Ana María tiene sus privilegios, y uno de ellos es el de penetrar en todas partes, sin que ningún criado ose ponerle obstáculos.

—Hacen muy bien —dijo sir Eduardo levantándose—. Apruebo su conducta, puesto que se trata de una criatura toda abnegación y caridad... Deme el brazo, señor Sanders... Creo que es hora de comer.

Era la primera vez, desde un mes atrás, que el capitán observaba que su apetito se adelantaba al toque de la campana. Entró en sus habitaciones, y como el administrador se despediera para dirigirse a su pabellón, el capitán le rogó comiera en el castillo. Era muy viva la alegría que en el alma del administrador despertó el retomo de su señor a la sociabilidad para que no se apresurase a aceptar la invitación, y juzgando por las preguntas que le había dirigido que sir Eduardo, contra su costumbre, estaba en vena de hablar, aprovechó la ocasión para darle cuenta de varios asuntos de interés, que la enfermedad de aquel tenía en suspenso.

Fuese que la ráfaga de locuacidad del capitán hubiese pasado, fuese que su administrador llevase la conversación a temas indignos de su interés, ello fue que el enfermo recayó en su mutismo, y cual si las palabras que sonaban en sus oídos fuesen rumores vanos, volvió su melancolía habitual, que nadie consiguió disipar en todo el resto de la tarde.

IV

A LA noche, que transcurrió como de ordinario y sin que Tom observara el cambio más insignificante en el estado del enfermo, sucedió un día brumoso y tristón. Intentó Tom oponerse al paseo del capitán, temiendo los efectos perniciosos de las tinieblas de otoño; pero sir Eduardo se enfadó de veras y, desoyendo las reprensiones del leal marinero, se dirigió a la gruta. Haría sobre un cuarto de hora que se había refugiado en ella, cuando vio aparecer en la alameda a Ana María acompañada de otra mujer y de tres niños. Eran la viuda y los huérfanos, a quienes el capitán librara de la miseria, que venían a dar las gracias a su bienhechor.

Quiso sir Eduardo, no bien distinguió a Ana María, salir a su encuentro; más la debilidad, acaso la emoción, rindieron sus fuerzas, obligándole a pedir a un árbol, no bien caminó algunos pasos, el apoyo que le negaba su cuerpo. Ana María observó que vacilaba, y corrió a sostenerle, a tiempo que la buena mujer y los niños se arrojaban a sus plantas y se disputaban a porfía sus manos, que cubrieron de besos y regaron con lágrimas. La expresión de un reconocimiento tan franco y sincero conmovió al capitán hasta un punto tal, que este sintió que las lágrimas subían tumultuosas a sus ojos. Intentó contenerlas, creyendo indigno de un marino enternecerse; pero creyó que las lágrimas aliviarían la opresión que desde largo tiempo atrás gravitaba sobre su pecho, y sin fuerzas para luchar contra una necesidad del corazón, corazón de niño encerrado bajo la ruda corteza del hombre de mar, abandonóse sin reservas a su emoción, alzó del suelo a los niños, que se abrazaban a sus rodillas, les besó y abrazó sucesivamente, y prometió a la madre que no los abandonaría nunca.

Mientras tanto, fulguraban los ojos de Ana María animados por una alegría celestial. Parecía un mensajero del empíreo que, cumplida la bienhechora misión que le fuera confiada, se disponía, cual otro guía del joven Tobías, a remontarse a las regiones celestiales de las que había salido. Obra suya era aquella dicha general, y no era difícil advertir que a espectáculos como el que estamos reseñando, sin cesar repetidos, era deudora de la serenidad dulce e inefable de su rostro. Llegó Tom en aquel momento, buscando a su señor, decidido a regañarle si se obstinaba en no volver inmediatamente al castillo. Afianzóse en su resolución al ver un círculo de

personas en derredor del capitán, seguro de que todas ellas le apoyarían; y en efecto, mitad regañando, mitad suplicando, dirigió a su señor un discurso encaminado a demostrar al enfermo la necesidad de seguirle, discurso que sir Eduardo escuchó con distracción tan manifiesta, que hasta el mismo orador hubo de convencerse de que toda su oratoria se perdió de la manera más lastimosa. Pero decimos mal: si su discurso ningún efecto produjo en el capitán, en cambio lo recogió Ana María, a la cual hizo comprender la gravedad de la indisposición de sir Eduardo, que hasta entonces creía de poco momento y pasajera, y de allí resultó que, creyendo, como Tom, que la atmósfera saturada de humedad que respiraba, podía serle perjudicial, se aproximó al capitán, y le dijo con la dulzura de voz que le era habitual:

—¿Ha oído Vuestra Señoría?

—¿El qué? —preguntó sir Eduardo.

—Las palabras que le ha dirigido este buen hombre.

—¿Qué me ha dicho? —preguntó el capitán.

Hizo Tom un movimiento como para repetir su discurso, pero Ana María le invitó a callar con un gesto.

—Decía que era peligroso para usted respirar esta atmósfera fría y lluviosa, y que sería de desear que volviera al castillo.

—¿Me daría usted el brazo para...?

—¡Con mil amores! —respondió Ana María, sonriendo como sonríen los ángeles—. ¿Cómo no aceptar el honor que usted me dispensa pidiéndomelo?

Acompañando la acción a la palabra, ofreció al capitán el brazo; este apoyó el suyo en él y, con asombro indescriptible de Tom, que no esperaba tanta docilidad, echó a andar hacia el castillo. Al pie de la escalinata hizo alto Ana María, dio de nuevo las gracias al capitán y, despidiéndose con perfecta gentileza, se retiró acompañada por la familia. Permaneció inmóvil sir Eduardo en el sitio mismo donde Ana María le dejara, siguió a esta con los ojos hasta que se perdió de vista, y luego que la vio desaparecer tras el ángulo de un muro, exhaló un suspiro y se dejó conducir hasta su habitación, tan dócil como si un niño fuera.

Aquella noche, el doctor y el cura vinieron a jugar su partidita de *whist*. El capitán ponía alguna atención en el juego, cosa que maravillaba a sus amigos. Durante la partida —en una ocasión en que Sanders barajaba—, dijo de pronto el doctor:

—A propósito, comandante, ¿ha visto usted hoy a Ana María?

—¿La conoce usted? —preguntó sir Eduardo.

—¿No he de conocerla, si es mi colega?

—¿Su colega?

—Claro que sí... y colega muy temible. Más enfermos salva ella con sus palabras dulces y sus remedios caseros que yo con toda mi ciencia... No se le ocurra a usted despedirme a mí para confiarle a ella la empresa de devolverle la salud, comandante, pues le prevengo que sería muy capaz de curarle.

—Y más almas atrae al camino del bien con su ejemplo, que yo con todos mis sermones —terció el cura—. Seguro estoy, comandante, que por empedernido pecador que usted sea, si a ella se le pusiera en la cabeza, le conduciría en derechura al paraíso.

Sanders había barajado y distribuido las cartas, continuó la partida, y no volvió a hablarse aquella noche de Ana María.

Durante la velada, el capitán, no solo escuchó con atención, sino que también habló como no había hablado en mucho tiempo. Fácil era advertir una mejoría notable en su estado. La apatía profunda, de la que nadie tenía esperanzas de sacarle nunca más, huyó espantada no bien Ana María fue el tema de la conversación. Verdad es que tan pronto como el señor Robinsón comenzó a referir las noticias de Francia que había leído en la prensa de la mañana, aunque las nuevas eran de suma importancia política, el capitán se levantó para encaminarse inmediatamente a su cuarto, dejando al señor Sanders y al doctor en libertad de buscar el medio de contener los progresos de la revolución francesa, obra a la que se entregaron por espacio de una hora larga después de la retirada, de sir Eduardo, sin que las teorías que hilvanaron, sabias a no dudar, encontraran manera eficaz de atravesar el estrecho, según han puesto de relieve los acontecimientos.

No pasó mala noche el capitán. A la mañana siguiente, despertó más bien preocupado que sombrío. El menor ruido bastaba para que volviera vivamente la cabeza, como si esperase a alguien. Mientras tomaba el té, Jorge anunció a la señorita Ana María, que venía a informarse de la salud del capitán y a darle cuenta de la distribución de los fondos.

El recibimiento que sir Eduardo dispensó a su bella visitante hizo comprender a Tom que la visita era esperada, a la par que le explicó la docilidad que tanto le maravillara la tarde, anterior. Después de algunas preguntas sobre su salud, que sir Eduardo aseguró que había mejorado sensiblemente desde dos días antes, Ana María entró en el asunto de la pobre viuda. La bolsa que le diera el capitán contenía treinta guineas: diez habían sido destinadas a pagar los dos trimestres atrasados de alquiler de casa; cinco a la adquisición de objetos de primera necesidad, de los que la madre y los hijos carecían hacía mucho tiempo; dos al pago de un año de aprendizaje del

hijo mayor, colocado en un taller de carpintero, donde, a cambio de la pequeña suma mencionada y del escaso trabajo que hacía, le daban casa y comida; mediante el pago de otras dos guineas, la niña había entrado en un colegio, donde aprendería a leer y a escribir, y en cuanto al hijo menor, quedaba al lado de la madre, de la cual no podía separarse en atención a su corta edad. Quedaban a la pobre mujer once guineas que le bastarían, es cierto, para cubrir sus necesidades durante algún tiempo, pero que, una vez agotadas, si mientras no encontraba alguna ocupación que le permitiera utilizar su buena voluntad, la dejarían reducida a la misma miseria que la devoraba antes. Precisamente el capitán tenía en su casa una plaza vacante; la mujer de su ayuda de cámara necesitaba, quien la ayudase a llenar cumplidamente su doble servicio. Sir Eduardo ofreció el cargo a la viuda, y convino con Ana María que, desde el día siguiente, vendrían a instalarse en el castillo la viuda y su hijo Santiaguito.

Fuera por gratitud, fuera que su instinto le dijese que su presencia era agradable, ello fue que Ana María permaneció cerca de dos horas en compañía del capitán, como lo es también que, al capitán, las dos horas le parecieron un minuto. Al cabo de este tiempo, Ana María se levantó y despidió de sir Eduardo, sin que este se atreviera a retenerla, aunque hubiese dado toda su fortuna a trueque de que su hermosa visitante no le privase tan pronto de su agradable compañía.

Al salir, Ana María encontró a Tom, quien la estaba esperando para rogarle que le diera una receta para combatir la enfermedad de su señor. Habíase informado Tom en el pueblo y sabido los grandes conocimientos médicos que atesoraba Ana María. Estos informes, unidos a los hechos que tuvo ocasión de apreciar la víspera, y aquel día mismo, infiltraron en el corazón de oro del buen Tom no ya la esperanza, sino la seguridad de que, si la señorita Ana María se dignaba encargarse del tratamiento de su señor, conseguiría una curación que tres días antes conceptuaba absolutamente imposible.

No atenuó Ana María la gravedad del estado de sir Eduardo. Las enfermedades crónicas de la clase de la que había atacado al capitán perdonan muy contadas veces, y como no se consiga desviar su curso a fuerza de remedios violentos y sostenidos, caminan con obstinación hacia un resultado fatal. El doctor y el cura explicaron francamente a Ana María la influencia que en el ánimo del capitán había ejercido su visita y no le ocultaron la atención excepcional que prestó el enfermo a la conversación, mientras esta versó sobre ella. Ana María no se admiró poco ni mucho, sabía, conforme

refirió el doctor, que más de una vez había curado sin emplear más remedios terapéuticos que su presencia, y comprendía perfectamente la influencia que la aparición de una mujer puede ejercer en una enfermedad como la del capitán, cuyo remedio único es la distracción. Dispuesta estaba a conceder al pobre capitán el consuelo de su presencia, sin otras miras que el deseo de agradar a Dios y de contribuir a la curación del enfermo. De aquí que, como la receta que dio a Tom era análoga a la prescriptos por el doctor, de quien más de una vez fue Ana María cómplice piadoso, y el digno marinero manifestara temores respecto a la docilidad del capitán, aquella mujer, verdadero ángel de la tierra, prometió volver al día siguiente para ofrecer con sus manos el remedio al enfermo.

Aquel día fue el capitán quien habló el primero, y a todo el mundo, de la visita que había recibido. No bien supo que la viuda Denison se había instalado en el castillo, la hizo subir, pretextando la necesidad de darle instrucciones, pero en realidad, para tener ocasión de oírle hablar de Ana María. No podía dirigirse a mejor sitio; la viuda Denison, aparte de la disposición natural a utilizar el don de la palabra que Dios le había dado, se sentía impulsada por un sentimiento profundo de reconocimiento, y como consecuencia, no escatimó los elogios a la *santa*, nombre que en el pueblo daban todos a Ana María. La charla se prolongó, sin que el capitán se diera cuenta hasta la hora de comer. En el comedor, el capitán encontró al doctor.

Era evidente que se había producido el efecto que el buen médico esperaba. Sir Eduardo principiaba a desarrugar su severa fisonomía, en vista de lo cual, seguro el doctor de que el capitán entraba en el buen camino, le aconsejó que mandara enganchar el coche para dar, en su compañía, un paseo después de comer —dijo que tenía necesidad de visitar a algunos infernos en el pueblo en que vivía Ana María—, y que, si el capitán accedía a dirigir su paseo hacia la parte indicada, le haría un favor inmenso, pues el caballo de silla que solía utilizar para hacer las visitas a distancia estaba seriamente indispueto.

Las primeras palabras de la invitación determinaron un fruncimiento enérgico del entrecejo del capitán; más apenas oyó que el término del paseo propuesto habría de ser el pueblo donde residía Ana María, dio al cochero orden de enganchar inmediatamente, y a partir de aquel momento, fue él quien dio prisas al doctor. Este, amante de las comidas tranquilas y reposadas, se juró mentalmente no volver a hacer semejantes proposiciones durante la comida, y sí únicamente a los postres.

La distancia que separaba al castillo del pueblo apenas llegaría a cuatro millas, que los caballos recorrieron en menos de veinte minutos, lo que no fue obstáculo para que el capitán se quejara sin cesar, durante la marcha, de la lentitud de aquellos. Llegaron al fin; el coche hizo alto frente a la puerta de la casa donde el doctor tenía que hacer una visita. Por casualidad, la casa en cuestión estaba situada frente por frente a la de Ana, circunstancia que el doctor, al descender del en he, hizo observar al capitán.

Era una casita lindísima a la inglesa, cuyas maderas verdes y tejas encamadas le daban un aspecto bello y alegre a la vez. Mientras el doctor hizo su visita, los ojos de sir Eduardo no se separaron de la puerta, por donde esperaba a cada momento ver salir a Ana María. Sus esperanzas quedaron defraudadas; cuando el doctor volvió, todavía perduraba la contemplación del capitán.

Puso el doctor el pie en el estribo del coche, pero fingiendo que se le ocurría una idea de pronto, propuso a sir Eduardo, como la cosa más sencilla del mundo, devolver a Ana María la visita que esta le había hecho en el castillo. Aceptó el capitán con un apresuramiento que evidenciaba el retomo siempre creciente de sus sensaciones, y ambos se dirigieron a la puerta. Más adelante condesó el capitán que, mientras salvaron aquel breve trayecto, latió su corazón con más violencia que cuando resonó en sus oídos la primera andanada de un barco enemigo.

Llamó el doctor a la puerta, que fue abierta por una señora, vieja que los padres de Ana María, habían traído de Francia, y que, muchos años antes, fue su institutriz. Ana no estaba en casa; habíanla llamado para que viera a un niño enfermo de viruelas, que vivía en una choza aislada a una milla de distancia del pueblo. Esto no obstante, como el doctor era amigo de la señorita, propuso al capitán entrar a visitar la casita, de la que la anciana; se ofreció gustosa a hacer los honores. Imposible soñar nada más alegre, más encantador que aquel nido: el jardín parecía un cesto de flores, y las habitaciones, aunque de sencillez extrema, estaban decoradas con gusto exquisito un estudio del que habían salido todos los cuadros que adornaban las paredes, un gabinete, cuyo mueble principal era un piano abierto, y una biblioteca, abundante en escogidos libros franceses e italianos, evidenciaban que los escasos momentos que el ejercicio de la caridad dejaba libres a la dueña de la casa, eran, empleados en distracciones artísticas o consagrados a lecturas instructivas. Propiedad de Ana María era aquella casita, comprada por sus padres y legada a su muerte, juntamente con una renta de cuarenta libras esterlinas que, conforme hemos dicho, constituían toda la fortuna de

aquella. El capitán, dando pruebas de una curiosidad que llenó de alegría al doctor, la visitó y recorrió desde el vestíbulo hasta el desván, excepción hecha, empero, de la habitación de dormir, *sancta sanctorum* de las casas inglesas.

La señorita Villevieille, que así se llamaba la anciana, aunque no comprendió los móviles de aquella investigación, supuso que los señores que la habían hecho, y sobre todo el capitán, tendrían necesidad de descansar; en consecuencia, condujo al salón a los visitantes, les rogó que tomasen asiento, y salió para preparar el té. Recayó el capitán, luego que quedó a solas con el doctor, en el silencio que solamente había interrumpido para dirigir a la Villevieille una infinidad de preguntas sobre Ana María o sus padres, pero la vuelta al silencio no preocupó ya al médico, demasiado experto para no comprender que aquel silencio era atracción, ensueño, paladeo, por decirlo así, de ideas risueñas, y no mutismo. El capitán estaba sumido en lo más hondo de sus reflexiones cuando se abrió la puerta por la cual saliera poco antes la señorita Villevieille; pero no fue esta la que entró, sino Ana María, en una de cuyas manos llevaba una tetera y en la otra una bandejita llena de *sandwiches*. Hacía un momento que había regresado a su casa, y al saber que tenía visita, que ciertamente no esperaba, quiso ser ella misma la que hiciera los honores.

Al verla, el capitán se puso en pie y saludó con muestra de vivo placer y de profundo respeto. Ana María dejó sobre una mesita los objetos de que era portadora y contestó el saludo del capitán haciendo una reverencia francesa y dirigiéndole una bienvenida inglesa. Estaba encantadora como nunca en aquel momento; el ejercicio había dado a sus mejillas los vivos colores de la salud que reemplazan, con ventaja en ciertos momentos y en determinadas ocasiones, a la frescura primera de la juventud que desaparece tan pronto. Si a esto se añade cierta timidez natural, propia de quien encuentra inesperadamente en su casa dos personas extrañas, y un deseo decidido de hacer a estas agradable su breve visita, se comprenderá sin esfuerzo que el capitán estuvo con ella tan locuaz y expresivo como no recordaba el *doctor* haberlo visto en mucho tiempo. Ciertamente que aquella locuacidad acaso rebasara un poquito el estrecho límite de las leyes rígidas de las conveniencias; cierto que un observador severo hubiese hallado quizá que los elogios ocuparon en la conversación más lugar del que deberán, pero téngase en cuenta que el capitán no sabía decir más que aquello que pensaba, y que pensaba mucho y bien de Ana María. No fue, empero, tan grande su preocupación que dejara de observar que la tetera y todo el servicio de plata ostentaran escudos heráldicos

rematados en una corona de barón, circunstancia que, sin que él mismo se diera cuenta de la causa, agradó a su rancio orgullo aristocrático.

Fue el doctor quien se vio obligado a recordar al capitán que su visita duraba ya más de dos horas. Sir Eduardo protestó contra la verdad de semejante afirmación; más no bien la vio confirmada en el horario de su reloj, al cual apeló en última instancia, comprendió la inconveniencia de prolongar la visita más tiempo. En consecuencia, despidióse al punto de Ana María, pero hizo prometer a esta que al día siguiente iría, acompañada por la señorita Villevieille, a tomar él te al castillo.

—¡Palabra de honor, doctor! —exclamó sir Eduardo al entrar en el castillo—. Con frecuencia tiene usted ideas excelentes... Lo que no comprendo por qué no hemos de hacer todos los días paseos semejantes al de hoy, en vez de dejar que se atrofien las patas de mis caballos.

V

AL DÍA siguiente, el capitán dejó el lecho una hora más temprano que de ordinario, recorrió todas las dependencias del castillo y dio personalmente las instrucciones que estimó necesarias para la gran solemnidad que se avecinaba. El orden perfecto y el gusto exquisito que observó en la casita de Ana María, hasta tal punto habían seducido a sir Eduardo, que salió de aquella resuelto a poner en la misma forma la Williamshouse; en consecuencia, además del encerado de los pisos y del bruñido de los muebles, ordenó, como medida extraordinaria, el lavado de los cuadros. Resultó de ello que los antepasados del capitán, que estaban revestidos de una verdadera capa de polvo, parecieron recibir nueva vida y que hasta se había animado su mirada para no perder detalle de lo que iba a pasar en aquellos salones, donde tan pocas cosas habían pasado en un lapso de tiempo de veinticinco años. En cuanto al doctor, solo diremos que seguía al capitán, quien parecía haber recobrado todo el fuego de sus mejores años, frotándose las manos con expresión del más vivo placer. Cuando mayor era la actividad llegó el señor Sanders y preguntó asombrado si esperaban la visita del rey Jorge, subiendo de punto su estupefacción cuando le contestaron que todo aquel trasiego de muebles se hacía con motivo de una taza, de té que Ana María debía venir a tomar en el castillo. De Tom podemos decir que su estupefacción rayaba en lo inverosímil desde tres días atrás, y que sus temores; a medida que se disipaban en lo referente al *spleen* de su señor, crecían lozanos y vigorosos en cuanto a la locura; Únicamente el doctor caminaba con paso firme y seguro, al parecer, por aquella vía oscura para todos, y seguir sin vacilaciones un plan perfectamente estudiado y combinado. El digno señor Robinsón observaba la mejoría de sir Eduardo y no pensaba en más honduras, pues estaba acostumbrado a dejar en manos de la Providencia los medios y a dar gracias a Dios por los resultados.

Llegaron a la hora oportuna Ana María y la señorita Villeveille, sin sospechar que su visita hubiese ocasionado tantos preparativos. El capitán hizo los honores del castillo. Al verle tan despierto, tan atareado, tan atento a los detalles más insignificantes, nadie hubiera creído que pudiera ser el mismo hombre que, ocho días antes, se arrastraba penosamente por aquellos salones, lento y mudo como una sombra. Mientras tomaban el té, la

atmósfera, brumosa y tétrica de ordinario en el mes de octubre en las regiones septentrionales de Inglaterra, se iluminó de pronto, y un hermoso rayo de sol rasgó la nube que pretendía cerrarle el paso, cual si el cielo quisiera enviar al castillo una de sus hermosas sonrisas. Aprovechó el doctor la ocasión para proponer un paseo por el parque, proposición que aceptaron las visitantes. El doctor ofreció su brazo a la señorita Villevieille y el capitán el suyo a Ana María. Bueno será hacer constar que sir Eduardo, en los comienzos del paseo, se encontró un poquito cortado y apenas si supo cómo sostener la conversación; pero tan sencilla, y a la par tan graciosa, era Ana María, que la timidez del capitán voló asustada tan pronto como ella pronunció la primera palabra. Ana había leído mucho, y el capitán visto mucho, y claro está que, entre personas de estas condiciones, es imposible que languidezca la conversación. Refirió el capitán sus campañas y sus viajes, contó que dos veces estuvo a punto de perecer aprisionado entre los hielos polares, habló del naufragio que sufrió en los mares de la India, hizo historia de los once combates en que había tomado parte, y cerró su narración con el relato del último, el más terrible de todos, en el curso del cual, tendido sobre el puente de su fragata con una pierna menos, se incorporó y aplaudió palmeteadando al ver que un buque enemigo descendía a los abismos del mar con toda su dotación, que prefirió perecer a arriar el pabellón de su patria. Al principio, Ana escuchaba al capitán por complacencia, más poco a poco despertó su interés, que llegó en el curso de la narración a ser muy vivo. Tan cierto es que, por inexperto que sea el narrador, entraña una elocuencia poderosísima el relato de las grandes hazañas hecho por personas que han sido de ellas testigos presenciales. Había puesto el capitán fin a su narración, y Ana María continuaba escuchando, y cuenta que la narración fue larga, pues el paseo se prolongó dos horas, sin que el capitán experimentara la menor fatiga ni Ana el menor aburrimiento. La señorita Villevieille, menos interesada, por lo visto, en la conversación del doctor, fue la que vino a recordar a su señora que era hora de volver al pueblo.

No se notaron a raíz de su despedida los efectos de la ausencia de Ana María, pero al día siguiente, cuando pensó que no había motivo alguno para que ella volviera al castillo, ni él tenía pretexto para ir al pueblo, comenzó a creer que la mañana que empezaba no tendría fin, de lo que resultó que Tom le encontró tan triste y abatido como animado y alegre le viera la víspera.

Había llegado el capitán a los cuarenta y cinco años con un corazón virgen de amor. Apenas salido de la niñez, entró a servir en la marina de guerra, y nunca, conoció más mujer que su madre. Desde los albores de su existencia se

abrió su alma a los espectáculos grandiosos de la naturaleza, las costumbres severas ahogaron en su corazón los instintos tiernos, y mientras vivió a bordo, consideró siempre a la mitad más hermosa del género humano como artículo de lujo que Dios sembró en la tierra, de la misma manera que creó las flores que deslumbran con sus hermosos colores y los pájaros que encantan el oído con sus trinos. Fuerza es convenir que las flores o los pájaros que hasta entonces había conocido nada tenían de seductor; camareras de fondas de los puertos donde había fondeado, negras de las costas de Guinea o de Zanzíbar, hotentotas del Cabo, o patagonas de la Isla de Fuego, y nada más. O no se le ocurrió nunca al capitán la idea de que su raza se extinguiría con él, o en caso contrario, no le produjo gran inquietud. Debido a esta indiferencia pasada, era lo más probable que, la primera mujer un poquito joven, un poquito hermosa y un poquito espiritual que se cruzase en el camino del capitán, variaría radicalmente las disposiciones de este, y con doble motivo, si esa mujer era, como Ana María, notable bajo todos los aspectos. Esto fue precisamente lo que ocurrió: el capitán, que no soñaba en el ataque, no pensó siquiera en la defensa, aunque a decir verdad, quedó fuera de combate y prisionero en la primera escaramuza.

Pasó el capitán el día semejante al niño que ha perdido su juguete favorito y se niega obstinadamente a distraerse con los otros. Riñó a Tom, volvió la espalda a Sanders, y no recobró una pequeña parte de buen humor hasta que vió al doctor, que vino a jugar la partidita de noche a la hora de costumbre. No era el *whist* lo que llenaba la imaginación de sir Eduardo; dejó que Tom, Sanders y el cura se buscaran dónde Dios les diera a entender un *cuarto* para la partida y se llevó a sus habitaciones al doctor, bajo un pretexto tan inocente y mal buscado como si en vez de cuarenta y cinco años hubiese tenido diez y ocho. Una vez encerrado con el doctor, habló a este de todo menos de lo que deseaba hablarle: pidióle noticias del enfermo que había visitado la víspera y le ofreció llevarle al día siguiente en su coche, desgraciadamente, el enfermo se había curado. Sir Eduardo obsequió con una *regañina* tremebunda al digno discípulo de Esculapio que curaba a todo el mundo menos a él, que aquel día se había aburrido hasta lo infinito. Añadió que se encontraba más enfermo que nunca, y declaró que merina indefectiblemente si le condenaban a pasar tres días como el que en aquel momento fenecía. El doctor contestó al capitán que debía aumentar las dosis de jugo de hierbas, reforzar la cantidad de bifecks y multiplicar las distracciones, y el capitán envió a paseo al doctor y se acostó más desesperado que nunca, sin que en el curso de la conversación se hubiese atrevido a pronunciar una sola vez el nombre de Ana María. El

doctor se retiró frotándose las manos... ¡Era un tunante de primer orden, el buen doctor!

Peor, mil veces peor, fue el día siguiente. Sir Eduardo no estaba abordable. En su alma no vivía más que un pensamiento, en su corazón una sola ansia: ver a Ana María. ¿Pero cómo? La casualidad los puso frente a frente la primera vez; el reconocimiento trajo a Ana al día siguiente; el capitán había hecho a Ana una visita de cumplido y Ana había devuelto la visita al capitán. Las relaciones quedaban terminadas. Hubiera sido precisa una imaginación más fecunda en expedientes que la de sir Eduardo para sacar a este de la situación perpleja en que se encontraba. En las viudas y en los huérfanos cifraba el capitán todas sus esperanzas; pero no muere todos los días un pobre diablo, y aun cuando este caso se repitiera, acaso Ana María no se atrevería a recurrir de nuevo a la bolsa del capitán... y haría muy mal, pues en aquellos momentos, el capitán estaba dispuesto a dar ocupación a todas las viudas de la provincia y a adoptar a todos los huérfanos.

Como el día estaba lluvioso, y no era de esperar que Ana María fuese al castillo, mandó el capitán enganchar el coche y resolvió salir él. Pidió Tom permiso para acompañarle, pero el capitán respondió con brusquedad que no le hacía falta para nada, y cuando el cochero, después de ver instalado al señor en el fondo del coche, se acercó respetuosamente para preguntarle dónde deseaba que le llevase, el capitán, para quien eran indiferentes todas las direcciones menos una, precisamente la que no se atrevía a indicar, contestó:

—Adónde quieras.

El cochero reflexionó un instante, más luego, subiendo al pescante, puso los caballos a galope. Llovía a mares, siendo por tanto muy natural que el pobre cochero deseara llegar cuanto antes a alguna parte. En efecto, al cabo de un cuarto de hora de rápido galopar, paró el coche. El capitán, que hasta aquel instante había permanecido abstraído y engolfado en sus reflexiones, arrellanado en el fondo del carruaje, acercó la cara a la ventanilla, estaba frente a la casa del exenfermo del doctor, y como consecuencia, frente a la linda casita de Ana María. Habíase acordado el cochero de que la última vez que llevó a su señor a aquel sitio, este permaneció dos horas largas de visita, y esperaba que, si el capitán repetía la suerte, cesaría la lluvia en el entretanto y podría hacer el viaje de regreso sin aguantar sobre sus espaldas un verdadero diluvio.

El capitán tiró del cordón sujeto al brazo del cochero, y este saltó a tierra y abrió la portezuela.

—¿Qué diablo has hecho? —preguntó el capitán.

—Parar, señor.

—¿Y dónde has parado?

—Aquí.

—¿Pero por qué aquí?

—¿No es aquí donde deseaba venir Vuestra Señoría?

El pobre cochero había interpretado fielmente los deseos de su señor, pues en efecto, allí era donde deseaba ir.

—Tienes razón —dijo el capitán—. Ayúdame a bajar.

Llamó el capitán a la puerta de la casa del exenfermo, a quien ni de nombre siquiera conocía. Fue el mismo convaleciente quien salió a abrirle. Pretextó el capitán el vivo interés que le inspiró la gravedad del caso en que se encontraba cuatro días antes, cuando tuvo el gusto de conducir en su coche al doctor, y añadió que había querido volver en persona para informarse de su salud. El exenfermo, cervecero grueso a quien una indigestión terrible, adquirida en la comida de bodas de una hija suya, había obligado a recurrir a la ciencia del doctor, agradeció infinito la visita del capitán, le guio a la mejor habitación de la casa, le hizo sentar, y le presentó todo el muestrario de cervezas de su establecimiento.

Sentóse el capitán de manera que pudiera ver la calle, mientras hablaba, y se sirvió un vaso de cerveza, a fin de poder prolongar la visita hasta tanto que apurase el líquido servido. El cervecero, por su parte, en su deseo de corresponder al interés que le testimoniaba el capitán, hizo historia detallada de la indisposición de que fue víctima, indisposición que no fue consecuencia de intemperancias de ningún género, sino de una imprudencia temeraria que cometió, bebiendo dos dedos de vino, pócima perniciosa que no debería entrar jamás en el estómago de ningún mortal. Aprovechó el cervecero la ocasión para ofrecer al capitán los productos de su casa, y el capitán compró inmediatamente dos barricas de cerveza. Más tarde, cuando ya las relaciones comerciales dieron margen a cierta familiaridad entre el cervecero y el capitán, preguntó el primero al segundo qué miraba en la calle.

—Estoy mirando —contestó el capitán— esa casita de maderas verdes situada frente a la suya.

—¡Ah! —exclamó el cervecero—. La casa de la *santa*.

Hemos dicho ya que generalmente daban ese nombre a Ana María.

—Es preciosa —observó el capitán.

—¡Oh, sí! Es una mujer encantadora —respondió el cervecero, creyendo que el capitán se refería a su vecina—, y sobre todo, una criatura de corazón como pocas. Ya ve usted, hoy mismo, sin importarles el detestable tiempo que

sufrimos, ha ido, a cinco millas de aquí, a cuidar a una pobre madre que tenía ya seis hijos, y que, por si no eran bastantes aquellos, acaba de dar a luz dos gemelos. Iba a marchar a pie, pues ha de saber usted que no hay obstáculos capaces de detenerla, cuando se trata de llevar a cabo una buena acción. Yo la he llamado al ver que se disponía a emprender el viaje, y le he dicho: «Lleve usted mi cochecito, señorita Ana; lleve usted mi cochecito». No ha querido. He insistido diciendo: «Llévelo, señorita Ana», Y he conseguido al fin que lo aceptase.

—Ahora se me ocurre que no tengo bastante con las dos barricas de cerveza que encargué antes; me enviará usted cuatro —dijo sir Eduardo.

—Piénselo Su Señoría bien, ahora que está a tiempo —contestó el cervecero—, no sea que necesite más de cuatro.

—No —dijo riendo el capitán—. Pero no me referí antes a la señorita Alna, sino a la casita. Dije que es preciosa.

—Sí... sí, no es mala; pero es lo único que posee la *santa*, juntamente con una renta insignificante, cuya mitad, por lo menos, va a parar a los mendigos... ¡Cómo ha de beber cerveza, la pobre! ¡Se ve precisada a beber agua a todo pasto!

—Es lo que suelen beber las francesas, amigo mío, y ya sabe usted que la señorita Ana ha sido educada por la señorita Villevieille, que es francesa.

—Digan lo que quieran —replicó el cervecero moviendo la cabeza—, no me convencerán de que sea natural beber agua cuando se puede beber cerveza. Sé muy bien que las francesas tienen la mala costumbre de beber agua y de comer saltamontes, pero la señorita Ana es inglesa, nacida en la vieja Inglaterra, hija del barón Lampton, caballero esforzado que mi padre conoció por la época del Pretendiente, que se batió como un león en Preston-Pans, que perdió toda su fortuna y que vivió largo tiempo desterrado en Francia. ¡No... no! No es por gusto; es la necesidad la que le obliga a beber agua... y, sin embargo... si ella hubiese querido, cerveza habría podido beber, y de la más famosa, toda su vida.

—¿Cómo eso?

—Porque mi hijo mayor cometió la locura de enamorarse como un idiota de ella y estaba empeñado en casarse.

—¿Y usted se opuso?

—¡Con todas mis fuerzas!... ¡Pues no faltaba más! ¿Le parece a usted correcto, ni racional, que un muchacho que aportará al matrimonio diez mil libras esterlinas, y que puede aspirar a mujer que lleve en su canastilla de boda el doble o el triple, se case con una muchacha que no tiene un cuarto?

Pero no ha habido manera de hacerle entrar en razón, y sintiéndolo mucho, he prestado mi consentimiento.

—Entonces... —murmuró el capitán con voz temblorosa.

—Ha sido ella la que ha dicho que no.

El capitán respiró.

—Y ha rehusado por orgullo, porque pertenece a la nobleza... ¡Oh! ¡El diablo debería cargar con todos los nobles, y entonces...!

—Perdone usted —dijo el capitán levantándose—, noble soy yo.

—¡Oh! Mis palabras no pueden rezar con Vuestra Señoría. Hablo de los nobles que no beben más que agua, o a lo sumo vino... Yo no puedo referirme a quien, como Vuestra Señoría, me hace un pedido de cuatro barricas de cerveza.

—Seis —respondió el capitán.

—Es verdad, seis; era yo el que me equivocaba. ¿No desea más Vuestra Señoría? —preguntó el cervecero, siguiendo sombrero en mano a sir Eduardo.

—Nada más... Adiós, buen hombre.

—Adiós, señor.

El capitán montó de nuevo en el coche.

—¿Al castillo? —preguntó el cochero.

—No; a casa del doctor —respondió el capitán.

Llovía a cántaros. El cochero subió al pescante, refunfuñando para sus adentros, y puso los caballos al galope. A los diez minutos llegaba a la casa del doctor, pero este había salido.

—¿Adónde? —tornó a preguntar el cochero.

—Adónde quieras —contestó el capitán.

El cochero aprovechó el permiso para volver al castillo. El capitán se encerró en su habitación sin hablar con nadie.

—¡Está loco! —dijo el cochero a Tom, a quien encontró en el vestíbulo.

En realidad, a la apatía mortal del capitán, había sucedido una agitación tan grande y tan inesperada, que no dejaba de estar justificado que sus leales servidores, ignorantes de la causa verdadera, concibieran la opinión, un poquito atrevida, es verdad, que acababan de exteriorizar en voz baja. Fue la que transmitieron al doctor aquella misma noche, cuando se presentó en el castillo a la hora de costumbre.

El doctor les escuchó con viva atención, sin despegar los labios más que para decir: «¡Mejor!» con entonación más o menos acentuada, y luego, cuando los servidores terminaron su relato, subió frotándose las manos y

riendo socarronamente a la habitación de sir Eduardo. Tom y el ayuda de cámara le dirigieron tristes miradas sacudiendo al mismo tiempo la cabeza.

—¡Ah! —exclamó el capitán, tan pronto como divisó al doctor—. ¡Venga usted, amigo mío, venga usted! ¡Estoy enfermo... muy enfermo!

—¿De veras? —respondió el doctor—. Algo lleva usted adelantado puesto que se da cuenta de su mal.

—¡Si, amigo mío! Me parece que desde hace ocho días, tengo *spleen*.

—Y yo creo que desde hace ocho días no lo tiene —replicó el doctor.

—Todo me fastidia.

—*Casi* todo.

—Me aburro en todas partes.

—*Casi* en todas partes.

—Tom me es insoportable.

—Lo comprendo.

—El señor Robinsón me desespera.

—Su ministerio no le obliga a ser actor cómico.

—El señor Sanders me crispa los nervios.

—¡Lo creo! Un administrador honrado es para crispar los nervios a una estatua de mármol.

—Y hasta usted, doctor... hay momentos...

—Sí... pero hay otros...

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo me entiendo y me bailo solo.

—¡Doctor, que vamos a reñir!

—Encargaré a Ana María que nos ponga en paz.

Sir Eduardo se puso rojo como un colegial cogido en grave falta.

—Hablemos con franqueza, capitán —repuso el doctor.

—Es lo que deseo —contestó el capitán.

—¿Se fastidió usted el día que tomamos el te en casa de Ana María?

—Ni un segundo.

—¿Y el día que Ana María vino a tomarlo al castillo?

—Ni un instante.

—¿Se fastidiaría si todas las mañanas tuviese la certeza absoluta de verla?

—Nunca.

—¿Le sería Tom insoportable?

—¡Tom! ¡Le querría con toda mi alma!

—¿Y el señor Robinsón, no le desesperaría?

—¡Me parece que le adoraría!

—¿Le crispería los nervios Sanders?

—¡Le colocaría sobre las niñas de mis ojos!

—¿Tampoco sentiría tentaciones de reñir conmigo?

—¡Reñir con usted, doctor! ¡Seríamos inseparables hasta la muerte!

—¿Le parece si estaría enfermo?

—Volvería a los veinte años, doctor.

—¿Y no se creería atacado del *spleen*?

—Estaría más alegre que unas castañuelas.

—Pues bien, nada más fácil que ver a Ana María todos los días.

—¿Qué hay que hacer, doctor? ¡Dígamelo... dígamelo!

—Casarse con ella.

—¡Casarme con...!

—¡Sí, caramba... casarse con ella! Sabe usted muy bien que no entrará en su casa en calidad de señorita de compañía.

—¡Pero, doctor... si ella no quiere casarse!

—¡No haga usted caso! ¡Arrumacos de niña soltera!

—Ha rehusado partidos muy ricos.

—¡Vendedores de cerveza! ¡La hija del barón Lampton estaría preciosa despachando vasos de cerveza detrás de un mostrador!

—¡Pero, doctor... soy viejo!

—Tiene usted cuarenta y cinco años, y ella treinta.

—Me falta una pierna.

—Como Ana María le ha visto siempre con la de palo, ha debido acostumbrarse ya a ella.

—Además... tengo un carácter insoportable.

—¡Quite usted allá! ¡Es usted el mejor hombre del mundo!

—¿Lo cree usted así? —preguntó el capitán, con duda y candor perfectos.

—No es que lo crea; estoy seguro de ello.

—Entonces, no hay más que una dificultad.

—Veámosla.

—No me atreveré nunca a decirle que la amo.

¡Bah! ¿Y qué necesidad hay de que usted se lo diga?

—¿Quién lo hará, pues, en mí lugar?

—¡Yo, hombre de Dios, yo!

—¡Doctor... me salva usted la vida!

—Es la principal de las obligaciones de mi profesión.

—¿Cuándo irá usted?

—Mañana, si usted quiere.

—¿Por qué no hoy?

—Hoy... ahora no está en casa.

—Podría usted esperar a que volviera.

—Bueno; mandaré ensillar mi jaco.

—Mejor hará el viaje en mi coche.

—Mande enganchar.

El capitán hizo sonar un timbre. El ayuda de cámara acudió asustado.

—Que enganchen inmediatamente —ordenó el capitán.

Salió el ayuda de cámara más convencido que nunca de que su señor había perdido la razón. No había hecho más que salir el ayuda de cámara, cuando entró Tom. El capitán le saltó al cuello y le dio media docena de apretados abrazos. Tom exhaló un suspiro y salió de la estancia con los ojos arrasados en lágrimas... No había duda, el pobre capitán estaba loco, un cuarto de hora después partía el doctor investido de plenos poderes.

Ni sir Eduardo ni yo podemos quejarnos del resultado de la embajada; sir Eduardo, porque seis semanas después se casaba con Ana María; y yo, porque a los diez meses de efectuada la boda, vine con toda felicidad al mundo.

VI

NO CONSERVO, sobre los tres años primeros de mi vida, recuerdo alguno, como no sea que siempre oía decir a mi madre que era un niño encantador.

Si dirijo mi vista atrás, lo más remoto que divisan mis miradas, allá en los confines más nebulosos de mi recuerdo, es mi persona diminuta correteando y haciendo cabriolas sobre una vasta extensión de terreno cubierto de fino césped, en cuyo centro se elevaba un macizo de lilas y de madreselvas, no lejos de mi madre que, sentada en un banco pintado de verde, separaba de tanto en tanto los ojos del libro, o del bordado, para enviarme sonrisas y besos. A eso de las diez de la mañana, después de leer los periódicos, descendía mi padre por la soberbia escalinata que terminaba en el césped; mi madre corría a su encuentro; yo seguía a esta, moviendo vertiginosamente mis piernecitas, y llegaba al pie de la escalinata casi al mismo tiempo que los autores de mis días. Dábamos entonces un corto paseo que terminaba invariablemente en un sitio llamado la Gruta del Capitán, y nos sentábamos en el banco mismo en que estaba sentado sir Eduardo el día que vio por vez primera a Ana María. Jorge venía a decirnos que los caballos piafaban impacientes enganchados al coche; montábamos, y hacíamos un recorrido que solía durar tres horas, en el curso del cual visitábamos ora a la señorita Villevieille, que había heredado las cuarenta libras esterlinas de renta juntamente con la casita de mi madre, ora a alguna familia enferma o pobre, que continuaba viendo en la *santa* su ángel de la guarda y su consuelo, hasta que al fin, con un apetito envidiable, volvíamos a comer al castillo. A los postres, pasaba yo a ser la propiedad de Tom, quien me montaba sobre sus hombros y me llevaba a ver los perros y los caballos, y me cogía los nidos de las ramas más altas de los árboles, mientras yo gritaba desde abajo: «¡Cuidado con caer, amigo Tom!». Al fin me conducía a casa, rendido por la fatiga y con los párpados cerrados por el sueño, lo que no era obstáculo para que yo recibiera con cara de pocos amigos al señor Robinsón, cuya llegada era casi siempre la señal de mi retirada. En los casos en que la resistencia de mi parte era muy viva, apelaban a la intervención de Tom, el cual entraba en el salón como dispuesto a llevarseme afrontando las iras del mundo entero. Yo salía gimoteando, y Tom me acostaba en una hamaca, que él mecía contándome al propio tiempo historias y cuentos tan entretenidos, que ordinariamente me

dormían a la primera sílaba. Mi madre venía entonces, y me transportaba desde la hamaca a la camita.

Que se me perdone si cuento todos estos detalles; en el momento en que escribo estas líneas, han dejado de existir mi padre, mi madre y Tom, y me encuentro solo, a la edad misma que tenía mi padre cuando vino a refugiarse en este viejo castillo, de cuyos alrededores ha desaparecido ya la Ana María que los animó en otro tiempo.

Me acuerdo de la llegada del primer invierno, porque fue para mal manantial de nuevos placeres. Nevó mucho, y Tom inventó mil artimañas... horquillas, trampas, lazos, etc., para coger los pajarillos que, no encontrando comida en los campos, se acercaban a las casas impulsados por el hambre. Nos había hecho donación mi padre de un tinglado espacioso, que Tom convirtió en jaula inmensa, cerrándolo con tela metálica. En ese tinglado encerrábamos a nuestros prisioneros, que encontraban comida abundante y buen abrigo en los tres o cuatro abetos que Tom hizo transportar al interior. Recuerdo que, hacia el final del invierno, el número de nuestros prisioneros era incalculable. Yo me pasaba el día entero contemplándolos, no había medio de hacerme entrar en el castillo, y aun a las horas de las comidas, costaba ímprobo trabajo separarme de misavecillas. Mi salud inquietaba alguna vez a mi madre; pero bastaba que mi padre le mostrase mis rojos y gordinflones mofletes, para que se tranquilizara y me permitiera volver a mi jaula. Al anunciarse la primavera, me dijo Tom que íbamos a dar vacaciones a nuestros pensionistas. Puse el grito, en el cielo; pero mi madre, con esa lógica que tiene su asiento en el corazón, y qué tan natural le era, me demostró que no me asistía derecho alguno para retener por la fuerza a los pobres pajarillos que había preso por sorpresa; me explicó que era injusto aprovechar los apuros del débil para reducirle a la esclavitud; me mostró a los pájaros intentando taladrar la tela metálica de su jaula, no bien brotaron en los árboles las primeras yemas, con ansias de cernerse sobre aquella naturaleza que volvía a la vida, y ensangrentándose sus lindas cabecitas contra los alambres que se oponían a su libertad. Una mañana, encontramos muerto un prisionero. Mi madre me dijo que había muerto de sentimiento al verse cautivo. Aquel mismo día abrí las puertas de la jaula y todos mis prisioneros volaron, ensordeciendo el parque con sus trinos.

Por la noche, vino Tom a buscarme y, sin decirme palabra, me condujo a mi pajarera. Fue inmensa mi alegría al encontrarla casi tan poblada como por la mañana; las tres cuartas partes de mis pensionistas habían advertido que el follaje de los árboles del parque era demasiado escaso para defenderlos contra

el viento de la noche, y volvieron a buscar el abrigo de sus abetos, donde entonaron sus trinos más armoniosos, cual si desearan darme las gracias por la hospitalidad que les concedía. Ebrio de júbilo volví a referir el suceso a mi madre, la cual aprovechó la ocasión para hablarme del reconocimiento.

Al día siguiente, en cuanto desperté, corrí a mi pajarera, y hallé que mis inquilinos se habían mudado, excepción hecha de algunos gorriones que más familiares que los demás, no solo no se habían marchado, sino que se disponían, por el contrario, a aprovecharse del local que dejaban vacante sus camaradas. Tom me explicó que las pajitas y briznas de lana que llevaban en sus picos eran los materiales con que comenzaban a fabricar sus nidos, noticia que me llenó de alborozo, pensando que podría saborear la satisfacción de ver nacer y crecer a los pajarillos, sin necesidad de trepar a lo alto de los árboles, como había visto hacer a Tom.

Llegó el buen tiempo, hicieron la puesta los gorriones, y los huevos se convirtieron en pajarillos. Yo seguía las fases de su desarrollo con una alegría que aún me deleita hoy cuando, después de cuarenta años, me encuentro frente a aquella pajarera completamente destrozada. Tal encanto producen en el hombre sus recuerdos más tempranos, que no temo fatigar a mis lectores haciéndome un poquito pesado con la narración de los míos, seguro como estoy de que han de encontrar en ellos muchos puntos de contacto con los suyos. Además, justo es que aquel que acaba de hacer un *viaje* a través de volcanes en erupción, de llanuras anegadas en sangre y de desiertos helados, se detenga un instante en el centro de las verdes y hermosas praderas, que casi siempre se encuentran en los comienzos del viaje.

Llegó el verano y nuestros paseos se hicieron más largos. Un día, Tom me sentó sobre sus hombros, mi madre me abrazó con mayor ternura que de ordinario y mi padre tomó su bastón y vino a reunírsenos. Atravesamos el parque, seguimos las márgenes del riachuelo y llegamos al lago. El calor era intenso. Tom se quitó la chaqueta y la camisa, se aproximó a la orilla, alzó los brazos sobre su cabeza, dio un salto semejante al que yo había visto dar muchas veces a las ranas que mi presencia ponía en fuga, y desapareció bajo las aguas del lago. Yo lancé un grito y quise correr a la orilla... no sé con qué intención, pero probablemente con la de arrojarme tras él, pero me detuvo mi padre. Cuando mayores eran mis gritos, cuando la desesperación me mataba, cuando entre sollozo y sollozo decía: «¡Tom... mi querido Tom!» reapareció este. Con tales ansias le llamé, que acudió enseguida, no quedando yo tranquilo hasta que le vi fuera del agua.

Llamó entonces mi padre mi atención hacia los cisnes que resbalaban sobre el espejo de las aguas, hacia los peces que nadaban algunos pies por bajo de la superficie, y me enseñó que el hombre, no obstante sus pocas disposiciones naturales para ese ejercicio, había conseguido, gracias a la combinación de ciertos movimientos, permanecer muchas horas en el elemento de los cisnes y de los peces. Uniendo entonces a la teoría el ejemplo, Tom entró de nuevo en el lago, pero con suavidad y sin desaparecer, y nadó ante mi vista tendiéndome de tanto en tanto los brazos y preguntándome si quería acompañarle. Luchando estaba yo entre el miedo y el deseo, cuando mi padre, que leía lo que en mi interior pasaba —dijo a Tom:

—Déjale, no le importunes más. Tiene miedo.

Era esta palabra última el talismán que me decidía a hacer todo lo que de mí desease quien la pronunciaba. Había oído hablar siempre a Tom y a mi padre del miedo como del sentimiento más despreciable, y, no obstante mis pocos años, enrojecí como una cereza ante la idea de que pudieran suponer que yo lo sentía.

—No —contesté—, no tengo miedo. Voy a acompañar a Tom.

Salió Tom del lago. Mi padre me desnudó, me colocó sobre la espalda de Tom, cuyo cuello rodeé con mis brazos, y Tom penetró por tercera vez en el lago, recomendándome sin cesar que no me soltase. ¡Buen cuidado tenía yo de aferrarme bien!

La presión de mis brazos debió hacer comprender a Tom que mi valor no era tan grande como yo deseaba que creyeran. La primera sensación de frío me dejó sin aliento en el primer momento, más no tardé en acostumbrarme. Al día siguiente, Tom me colocó sobre una especie de batea de juncos y nadó a mi lado, explicándome los movimientos que debía hacer; ocho días después me sostenía solo, y a principios de otoño, sabía nadar bien.

Se había reservado mi madre para ella el resto de mi educación, pero sabía mezclar tanto amor a las lecciones que me daba, y apoyar sus órdenes con razones tan dulces, que yo confundía mis horas de recreo con mis horas de estudio, y sin el menor esfuerzo cesaba; en los unos para dedicarme a los otros.

Vino el otoño, refrescó el tiempo, y los paseos al lago me fueron rigurosamente prohibidos con gran pesar mío, pesar tanto mayor, cuanto que no pasó mucho tiempo sin que sospechara con hartó fundamento que, por parte del lago, se preparaba algo extraordinario.

En efecto, habían llegado a la Williams-house caras desconocidas; mi padre celebró largas conferencias con aquellos extraños, concluyendo por

llegar con ellos a un acuerdo. Tom había salido con los desconocidos por la puerta que daba a la pradera, mi padre se les reunió, y, a su regreso, oí que dijo a mi madre: «Estará listo para la primavera próxima». Mi madre sonrió con la dulzura de costumbre, lo que me demostró que no se trataba de ninguna cosa desagradable, pero, fuese lo que fuese, ello es que el misterio picaba extraordinariamente mi curiosidad. Todas las noches volvían los desconocidos al castillo, donde cenaban y dormían, y durante el día, invariablemente iba mi padre a hacerles una visita.

Vino el invierno, y con él la nieve. No tuvimos necesidad de colocar trampas para coger pájaros; aquel invierno, bastó que abriéramos las puertas de la pajarera para que acudieran a ella todos los que la ocuparon el invierno anterior, juntamente con muchos otros, a los cuales debieron alabar sin duda, en su idioma, las excelencias de la hospitalidad que habían recibido. Con ser tantos, todos fueron bien recibidos, y a ninguno faltó un puesto en los abetos, ni su correspondiente ración de cañamones y de mijo.

En las veladas de aquel invierno acabó mi madre de enseñarme a leer y a escribir y mi padre comenzó a darme las primeras lecciones de geografía y de náutica. Me embelesaban las historias de viajes. Sabía de memoria las *Aventuras de Gulliver* y seguía sobre un globo terrestre los viajes de Cook y de Lapérouse. Sobre la repisa de la chimenea de su cámara, tenía mi padre, bajo una campana de cristal, un modelo de fragata, que me regaló, y en muy poco tiempo aprendí los nombres de todas las piezas que forman un navío. Cuando llegó la primavera, era yo un teórico de primera fuerza al que no faltaba más que la práctica, y Tom no se cansaba de repetir que yo llegaría, como sir Eduardo, al empleo de contraalmirante, opinión que nunca, dicho sea de paso, aventuraba sin que mi madre volviera los ojos hacia la pierna de palo de su marido y se secase una lágrima que temblaba en el extremo de sus pestañas.

Llegó el día del cumpleaños de mi madre. Había nacido en el mes de mayo, y como consecuencia, la festividad, con inmensa alegría mía, coincidía con la estación más bella del año y con las flores. Aquel día, encontré, en vez de mi traje de costumbre, un uniforme completo de guardia marina. Radiante de júbilo bajé al salón, donde encontré a mi padre vestido de uniforme. Todas nuestras relaciones habían venido, como de costumbre, para pasar el día en el castillo. Mis miradas buscaron a Tom, era el único que faltaba.

Después del almuerzo, se habló de dar un paseo Hasta el lago, proposición que fue aprobada por unanimidad. Emprendimos la marcha, pero no seguimos el camino acostumbrado. Era el de la pradera más corto, pero como el que

cruzaba el bosque resultaba incomparablemente más hermoso, no me admiró aquel cambio de itinerario. El recuerdo de aquel día se conserva en mi memoria tan fresco como si hubiese sido ayer. Semejante a todos los niños, me era imposible acomodarme al paso grave y mesurado del resto de la comitiva, y corría delante de todos, cogiendo margaritas y lirios, cuando de pronto, al llegar a los linderos del bosque, me quedé como petrificado, clavados los ojos en el lago, sin fuerzas para decir otra cosa que esta:

—¡Papá... un brick...!

—¡Ha sabido distinguirlo de una fragata y de una goleta!... —gritó mi padre, transportado de alegría—. ¡Ven aquí, John, quiero abrazarte!

En efecto, sobre las aguas del lago se balanceaba graciosamente un brick encantador, que enarbolaba el pabellón de Inglaterra. En su proa campeaba en letras de oro el nombre de *Ana María*. Los desconocidos que desde cinco meses antes vivían en el castillo eran carpinteros venidos de Portsmouth para construirlo. Lo habían terminado el mes anterior, botado al agua y aparejado sin que yo supiera una palabra. El brick, al divisarnos, hizo fuego con toda su artillería, que consistía en cuatro piezas. Mi alegría era delirante.

Atracada a la parte del lago más próxima al sitio del bosque por el que nosotros debíamos salir esperaba la canoa, montada por Tom y seis marineros. Embarcó en ella toda la comitiva. Tom empuñó la caña del timón, los remeros encorvaron sus cuerpos y bogaron, y la canoa se deslizó con rapidez sobre las aguas del lago. Otros seis marineros, mandados por Jorge, esperaban a bordo al capitán, para rendirle los honores correspondientes a su rango, honores que el capitán recibió con toda la gravedad que exigían las circunstancias. Sir Eduardo se hizo cargo del mando no bien llegó al puente. Viramos sobre el ancla, cargaron los masteleros y seguidamente todas las velas, y el brick comenzó a moverse.

Me sería imposible reflejar la alegría que experimenté al ver de cerca y en grande la máquina maravillosa que llamamos barco. Cuando sentí que se movía bajo mis pies, aplaudí frenéticamente y mis ojos dejaron escapar lágrimas de gozo. También las vertía mi madre; pero las suyas las arrancó el pensamiento de que llegaría un día en que yo embarcaría en un navío verdadero, día en que sueños, dulces y tranquilos entonces, se verían agitados por tempestades y combates. Fuera de esto, todo el mundo recibía con franqueza el placer que mi padre tuvo intención de proporcionarnos. El tiempo era delicioso y el *Ana María* se mostraba tan obediente a la maniobra como un corcel educado a la alta escuela. Dimos primero la vuelta completa al lago, lo atravesamos luego en toda su anchura, y al fin, con gran

sentimiento mío, echaron el ancla y recogieron las velas. Volvimos a embarcar en la canoa, que nos condujo a tierra, y en el momento en que desaparecíamos para volver al castillo, donde nos esperaba la comida, el tronar de la artillería del barco saludó nuestra marcha de la misma manera que antes saludara nuestra llegada.

Desde aquel día, no tuve más que un pensamiento, no suspiré más que por una dicha, no ambicioné más que un recreo: el brick. Fuera imposible dar una idea del entusiasmo que en mi pobre padre producía mi vocación decidida por la marina. Como los constructores del brick, que hasta entonces nos habían servido de marinería, nos dejaron para regresar a Portsmouth, mi padre contrató seis marineros de Liverpool, a fin de reemplazar a los que se iban. Menos entusiasmada mi madre, sonreía melancólicamente viendo mi aprendizaje marítimo, aunque se consolaba pensando que habrían de pasar siete u ocho años antes que yo me embarcara realmente. La pobre olvidaba el colegio, esa separación primera que tan penosa es, pero que entraña la ventaja de preparar gradualmente la segunda separación, mucho más seria, que la sigue casi siempre.

Dije ya antes que yo conocía el nombre de todas las piezas que integran un buque; pues bien, poco a poco, aprendí el uso de cada una. A fin de año, ya ejecutaba yo las maniobras sencillas. Mis instructores eran mi padre y Tom. Se resentía, como no podía menos, el resto de mi instrucción; pero mi padre la había dejado para el invierno.

Desde que embarqué en el brick y me vi vestido de uniforme, imaginé que ya no era un niño, y ya no soñaba más que en maniobras, en tempestades y en combates. En un ángulo del jardín me instalaron un campo de tiro. Mi padre encargó a Londres una carabina y dos pistolas de tiro, pero antes de permitir que yo tocara semejantes instrumentos de destrucción, quiso que conociera a la perfección su mecanismo, y dos veces por semana venía al castillo un armero de Derby para enseñarme a desmontar y a montar todas las piezas de mis armas, y hasta que conocí los nombres de todas, no me permitió mi padre que hiciera uso de mi arsenal. En la enseñanza teórica pasé todo el otoño, entrando en la práctica en invierno.

No interrumpió el mal tiempo nuestras maniobras náuticas, antes por el contrario, vino en ayuda de mi padre para completar mi educación. Nuestro lago se permitía tener sus tempestades como si fuera un verdadero mar, y cuando soplaban vientos del norte, alzaban en su superficie, de ordinario tan plana y tranquila, olas que imprimían al brick un balanceo muy respetable. En esos días, embarcaba yo con Tom para dedicarnos a tomar rizos con las velas

más altas y salía más encantado que nunca de las maniobras, porque cuando volvía al castillo, escuchaba cómo mi padre y Tom ponderaban a todo el mundo mis proezas, y mi amor propio hinchaba mi diminuta persona hasta darle talla de hombre completo.

Tres años se pasaron en estos trabajos que para mí, gracias a mi afición, fueron distracciones. Al cabo de ese tiempo, no solo era yo un marinero excelente, hábil y atrevido en las maniobras, sino que también conocía estas bastante a fondo para poder mandarlas. Algunas veces, mi padre me entregaba una pequeña bocina, y, desde marinero, ascendía yo de pronto a capitán. La dotación ejecutaba, a mi voz de mando y ante mis ojos, las maniobras que antes habíamos ejecutado todos a la voz del capitán, y yo podía apreciar las faltas que había cometido, al ver que, otros más expertos que yo, las cometían también. Más lentos fueron, es verdad, los progresos del resto de mi instrucción, pero en geografía estaba a tanta altura como pudiera estar cualquier niño de diez años, sabía algo de matemáticas y ni una palabra de latín. Como tirador, en cambio, hada prodigios, con gran satisfacción de todo el mundo, menos de mi buena madre, que no veía en ello más que el estudio de la destrucción.

Llegó el día de mi salida de Williams-house. Había escogido mi padre el colegio de Harrow-sur-la-Colline, centro le enseñanza donde recibían instrucción los hijos de toda la nobleza de Londres, para que en él hiciera yo mis estudios... Dolorosa, muy dolorosa fue aquella separación, la primera entre mis padres y yo; sin embargo, todos hicimos por nuestra parte cuanto pudimos por disimular nuestro pesar respectivo a los demás. Tom, que era quien debía acompañarme, recibió de manos de mi padre una carta dirigida al doctor Butler, en la cual indicaba las partes de mi instrucción que deseaba atendiese con solicitud especial. Subrayaba la gimnasia, la esgrima y el boxeo, y en cuanto al latín y al griego, aunque sir Eduardo no les concedía la menor utilidad, hacía constar que no prohibía que me fueran enseñados.

Emprendí el viaje con Tom, en el coche de camino de mi pare, no sin antes despedirme, con tanta ternura casi, de mi brick y de su dotación como de mis buenos padres... ¡La juventud es egoísta! ¡No distingue entre los afectos y los placeres!

Todo lo que mis ojos veían durante el viaje era nuevo y extraordinario para mí. Por desgracia, Tom, quien jamás había hecho viajes terrestres hasta que acompañó al capitán a Williams-house, ni salido una sola vez de las propiedades anejas al castillo desde que llegó a Williams-house, no estaba capacitado para satisfacer mi curiosidad. No encontrábamos en nuestro

camino población grande que no preguntara yo sí era Londres... ni era posible encontrar ser más sencillo que yo en todo lo que no fueran las dos o tres cosas en que había recibido una instrucción muy sólida.

Llegamos al colegio de Harrow. Tom me presentó inmediatamente al doctor Butler, que acababa de suceder al doctor Dary, profesor queridísimo, alzando en el colegio, con motivo de su advenimiento al profesorado, una conmoción turbulenta no bien calmada todavía. Esta circunstancia dio mayor solemnidad aún a mi presentación. El doctor me recibió arrellanado en su gran sillón, leyó la carta de mi padre, hizo un movimiento de cabeza, como para significar que accedía a admitirme entre sus discípulos, e indicando con el dedo una silla a Tom, me hizo sufrir un interrogatorio encaminado a que yo le dijera que sabía. Contesté que sabía dirigir las maniobras de un buque, tomar la altura, montar a caballo, nadar y tirar con carabina y pistola. El doctor Butler me tomó por loco y repitió la pregunta frunciendo enérgicamente el entrecejo, pero Tom acudió en mi auxilio asegurando al profesor que, en efecto, sabía yo todo lo que acababa de decir.

—¿Y no sabe nada más? —preguntó el doctor con expresión del desdén más profundo, que no se tomó la molestia de disimular.

Tom quedó como quien ve visiones. Era natural, creía que mi educación estaba adelantadísima, y siempre consideró perfectamente inútil que me enviaran al colegio, donde, según él, nada podían enseñarme ya.

—Perdone usted —respondí yo—. Sé muy bien el francés, poseo bastantes conocimientos en geografía, no soy profano en matemáticas, y he estudiado con algún aprovechamiento la historia.

Olvidé incluir en la lista el *patois* irlandés que, gracias a la viuda Denison, hablaba como un hijo auténtico de la antigua Erin.

—Algo es eso —murmuró el profesor, a quien no pudo menos de admirar que un niño de doce años, que no sabía palabra de lo que los niños suelen saber a su edad, conociera muchas cosas que de ordinario no se aprenden hasta después de haber salido de la niñez—. ¿No posee usted nociones, por lo menos, de latín y de griego?

No tuve más remedio que confesar que era un ignorante completo en ambas lenguas. El profesor Butler, oída mi contestación, tomó un registro inmenso, y escribió los dos renglones siguientes:

«John Davys, ingresado en el colegio de Harrow-sur-la-Colline el día 7 de octubre de 1806, pasa a la última clase».

Como repitió en voz alta la inscripción después de escrita, oí perfectamente la frase humillante con que terminaba.

Iba a retirarme, rojo como una amapola, cuando se abrió la puerta para dar paso a un colegial. Era este un joven de diez y seis o diez y siete años, de rostro pálido, líneas finas y aristocráticas y mirada altanera. En el peinado de sus largos y rizados cabellos negros era de advertir un cuidado que no suelen tener los jovencitos de su edad. También reparé en sus manos, blancas y cuidadas como las de una dama, contra la costumbre de los colegiales, en una de las cuales ostentaba una sortija de mucho precio.

—¿Me llamaba usted, señor Butler? —preguntó desde la puerta, con acento marcadísimo de altanería.

—Sí, milord —respondió el profesor.

—¿Será indiscreto preguntar a qué debo ese honor? —repuso, acompañando las dos palabras últimas de una sonrisa especial, que no escapó a ninguno de los presentes.

—Desearía saber, milord, por qué, al final del curso, que expiró ayer, se negó, no obstante mi invitación, a venir a comer a mi casa con los demás colegiales.

También el profesor enfatizó las palabras «no obstante mi invitación».

—Quisiera que me dispensase de contestarle, caballero.

—Por desgracia, milord, me es imposible. Cometió ayer una infracción de los estatutos del colegio, e insisto en conocer la causa... si es que existe.

—Existe, caballero.

—Veámosla.

—Va usted a saberla, doctor Butler —contestó el joven, con la tranquilidad más impertinente—. Si usted pasase por las inmediaciones de mi castillo de Newstead, donde suelo disfrutar de mis vacaciones, es bien cierto que no le invitaría a comer; no debo, pues, aceptar de usted una atención que en manera alguna estoy dispuesto a devolverle.

—Debo advertirle, milord —contestó el doctor, conteniendo con dificultad su cólera—, que si sigue portándose como hasta aquí, no podrá continuar en el colegio.

—Y yo, caballero, debo advertirle a mi vez, que lo abandono mañana para ingresar en el de la Trinidad, de Cambridge, según puede usted ver en esta carta de mi señora madre, que pone en su conocimiento esta determinación.

Mientras hablaba el colegial, alargó la carta, pero sin acercarse al profesor.

—¡Ah... muy bien! —exclamó el profesor—. ¡Todos sabemos que milord cojea!

Esta vez correspondió al joven recibir el latigazo; pero en vez de enrojecer, como había hecho el profesor, se puso intensamente pálido.

—Por mucho que cojee, caballero —replicó el escolar, arrugando entre sus dedos la carta que tenía en la mano—, crea usted que le deseo que pueda seguirme adónde yo iré... Santiago —añadió, volviéndose hacia un criado de librea, el portador, sin duda, de la carta—, haz ensillar los caballos, nos vamos.

Y cerró la puerta sin despedirse del profesor Butler.

—Vaya usted a su clase, señor Davys —me dijo el profesor, después de algunos momentos de silencio—, y procure no parecerse nunca a ese impertinente joven que acaba de salir.

Al atravesar el patio, vi, en medio de un corro de colegiales, que se despedían afectuosamente de él, al joven impertinente cuyo ejemplo acababan de recomendarme que no imitara. Un criado, ya montado a caballo, tenía las bridas de otro animal. El joven saltó con agilidad sobre la silla, saludó con la mano y partió a galope, volviéndose una vez, momentos antes de doblar el ángulo de un muro, para despedirse de sus amigos.

—El mozalbete no parece tímido —murmuró Tom, viendo cómo se alejaba.

—Pregunta cómo se llama, Tom —supliqué yo, muerto de curiosidad.

Tom abordó a un colegial, cambió con él algunas palabras y volvió.

—Se llama Jorge Gordon Byron —me dijo.

Ingresé, pues, en el colegio de Harrow-sur-la-Colline el mismo día que lo abandonaba lord Byron.

VII

AL DÍA siguiente, Tom emprendía el viaje de regreso a Williams-house, no sin antes recomendarme con gran encarecimiento que prestase atención preferente a las partes más esenciales de mi educación, es decir, a la gimnasia, a la esgrima y al boxeo. Por primera vez en mi vida me encontré solo, perdido en medio de mis jóvenes compañeros, tan perdido como pudiera catarlo en el corazón de un bosque cuyas flores y frutos me fueran totalmente desconocidos, y de consiguiente, sin atrever me a probarlos, ante el temor de morder los venenosos o amargos. La consecuencia inmediata fue que, en la clase, no levantaba los ojos del papel, y en las horas de recreo, en vez de bajar al patio como los demás, me quedaba escondido en cualquier rincón de la escalera. En estas horas de meditación obligada se me representó en todo su encanto la dulce vida de Williams-house, donde me mimaban y prodigaban cariño mis buenos padres y Tom; mi lago, mi brick, mi tiro, mis lecturas de viajes, mis excursiones acompañándola mi madre a las casas de los enfermos o de los menesterosos, todo pasaba una y otra vez ante mi imaginación y ante mis ojos, dejándome una sensación de descorazonamiento profundo, pues mi vida, por una parte, se me presentaba envuelta en raudales de luz y de alegría, mientras que por la otra, todo eran tinieblas y tristezas. Estos pensamientos llegaron a abrumarme en tales términos, que al tercer día me senté en la meseta de la escalera y rompí a llorar. Abismado en el dolor más acerbo y con entrambas manos en los ojos, veía pasar a través de mis lágrimas todo el Derbyshire, cuando sentí que alguien me ponía una mano sobre los hombros. Sin levantar la cabeza y sin variar de postura, hice uno de esos movimientos de impaciencia propios de los muchachos enfadados, pero el que se había detenido junto a mí no se dio por vencido, y con voz grave y afectuosa, me dijo:

—¿Es posible, John, que el hijo de un marino tan bravo como sir Eduardo Davys lllore como un niño?

Me estremecí; y comprendiendo que llorar es una debilidad, erguí la cabeza. Mis mejillas estaban cubiertas de lágrimas, pero mis ojos habían quedado secos.

—Ya no lloro —contesté.

El que acababa de dirigirme la palabra era un muchacho de quince a diez y seis años que, sin figurar todavía entre los *seniors*, había salido ya de las filas de los *fags*^[1]. La expresión de su fisonomía era más tranquila y seria de lo que podía esperarse de sus pocos años, y me bastó mirarle una vez para darme cuenta de que me era simpático.

—¡Así se hace! —me dijo—. ¡Tú serás un hombre! Y ahora, si cualquiera te armase pependencias, y tuvieses necesidad de mí, ya sabes que está a tu disposición Roberto Peel.

—Mil gracias —contesté.

Roberto Peel me ofreció la mano, que yo estreché, y subió a su cuarto. No me atreví a seguirle, pero como me daba vergüenza permanecer donde estaba, bajé al patio. Los colegiales aprovechaban la hora del recreo jugando a todos los juegos permitidos en los colegios. Uno de ellos, alto, de unos diez y seis o diez y siete años, se acercó a mí.

—¿Nadie te ha tomado por *fag*? —me preguntó.

—Ignoro el significado de esa palabra —respondí.

—¡Vaya!... ¡Pues te tomo yo! —repuso—. A partir de este instante, me perteneces. Me llamo Pablo Wingfield... No olvides el nombre de tu señor... Ven conmigo.

Le seguí sin resistencia, pues, aunque no comprendí lo que me quiso decir, tenía yo empeño en fingir que comprendía para no quedar en ridículo. Además, se me figuraba que las frases de Pablo Wingfield eran una de tantas bromas de colegio. Resultó que mi señor fue a continuar el partido de pelota que había interrumpido para venir a hablarme, y yo, creyendo que era su compañero de juego, me coloqué a su lado.

—¡Atrás! —me gritó él—. ¡Atrás!

Supuse que me reservaba el papel de zaguero, y retrocedí. En aquel instante, la pelota, despedida vigorosamente por su adversario, rebasó el sitio donde estaba Pablo. Me disponía yo a devolverla, cuando oí gritar:

—¡Cuidado con tocar la pelota, tunantuelo! ¡Te lo prohíbo!

La pelota era suya, tenía derecho a impedirme que la tocase yo, y mis nociones sobre lo justo y lo injusto estaban de acuerdo perfecto con su prohibición; sin embargo, como me pareció que pudo hacerme la exposición de sus derechos de propiedad en forma más atenta y fina, me retiré.

—¡Oye! ¿Adónde vas? —me preguntó Pablo.

—Me voy —respondí yo.

—Sí... ¿pero adónde?

—Adónde me place.

—¿Cómo adónde te place?

—Muy sencillo, como no formo parte de la partida, me parece que puedo irme adónde me acomode. Creí que me habías invitado a jugar contigo; me engañé. Adiós.

—Vete a buscar la pelota —dijo Pablo, extendiendo el brazo en dirección al objeto que pedía, y que había ido a parar al fondo del patio.

—Ve a buscarla tú mismo —repliqué—. No soy criado de nadie.

—¡Espera, hombre, espera! ¡Verás cómo te hago obedecer!

Me volví y esperé. Indudablemente creyó que yo iba a escapar, pues mi actitud le desconcertó visiblemente. Vaciló, sus camaradas soltaron la carcajada, y entonces, rojo de vergüenza, vino hacia mí.

—Vete a buscar la pelota —me dijo por segunda vez.

—Si no quiero ir, ¿qué sucederá?

—Sucederá que te daré de palos hasta que vayas.

—Siempre oí decir a mi padre, que quien pega a un ser más débil que él, es un canalla cobarde. Por lo visto, Pablo, tú eres un perfecto canalla y un perfecto cobarde.

Estas palabras acabaron de exasperar a Pablo, quien me propinó un puñetazo formidable en pleno rostro. Faltó poco para que diera conmigo en tierra, tan violento fue el choque. Llevé la mano al bolsillo donde tenía la navaja; pero creí que resonaba en mi oído la voz de mi madre diciéndome: «¡Asesino!», y la retiré inmediatamente. La talla de mi adversario me hizo comprender que en vano buscaría vengarme si intentaba rechazar la fuerza con la fuerza, y no contesté el puñetazo recibido, sin embargo, repetí:

—¡Es usted un canalla y un cobarde, señor Wingfield!

Probablemente me hubieran valido mis palabras unos cuantos puñetazos tan sólidos como el primero, si no se hubiesen interpuesto dos amigos de Pablo, llamados Hunzer y Dorset. Yo me retiré.

Era yo un niño especial, conforme han podido ver los lectores de las páginas que preceden, consecuencia de haber vivido siempre entre hombres. Mi carácter, por decirlo así, correspondía a un muchacho de doble edad que la mía. De ello resultó que Pablo había dado un puñetazo a un joven, aun cuando él creyera que lo daba a un niño. Apenas recibí el golpe, acudieron a mi memoria las mil historias que había oído referir a mi padre y a Tom, en las cuales, en circunstancias parecidas, el ofendido había exigido al ofensor una reparación por las armas. Exigencias ineludibles del honor obligaban a ello, según había oído repetir mil veces a mi padre, y el que recibía un bofetón, y no lo vengaba, quedaba deshonrado. Ahora bien, cómo ni mi padre ni Tom

pensaron nunca en señalarme la línea que separa al niño del hombre, ni en explicarme a qué edad debe nacer la susceptibilidad, creí que, si no exigía a Pablo una reparación, quedaba deshonrado.

Subí, pues, con paso medido a mi cuarto, y como quiera que, al salir de Williams-house, tuve buen cuidado de colocar en el fondo de mi maleta mis pistolas de tiro, creyendo que los recreos que me esperaban eran semejantes a los que dejaba, saqué la maleta de debajo de mi cama, escondí mis pistolas bajo la chaqueta, puse pólvora y balas en mis bolsillos, y me encaminé en derecha al cuarto de Roberto Peel. Le encontré leyendo; pero al ruido que hizo la puerta al abrirse, levantó la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡John, hijo mío!... ¿Qué te pasa? ¡Si estás lleno de sangre!

—Me pasa —respondí—, que Pablo Wingfield me ha dado un puñetazo en pleno rostro; y como no ha mucho me dijiste que, si alguien me buscaba querrela, acudiera a ti, aquí me tienes.

—Está muy bien —dijo Peel levantándose—. Pierde cuidado, John, que ahora mismo me las entenderé con Pablo Wingfield.

—¿Cómo entendértelas?

—¡Claro!... ¿No vienes a rogarme que te vengue?

—Vengo a rogarte que me ayudes a tomar venganza por mi mano —repliqué, dejando mis pistolas sobre la mesa.

Peel me miró estupefacto.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Cumpliré muy pronto trece.

—¿De quién son esas armas?

—Mías.

—¿Desde qué edad las manejas?

—Desde hace dos años.

—¿Quién te ha enseñado su uso?

—Mi padre.

—¿Para qué ocasiones?

—Para las semejantes a la en que me encuentro.

—¿Te atreverías a poner una bala en aquella veleta? —continuó Roberto, abriendo la ventana de su cuarto e indicándome una cabeza de dragón que giraba rechinando a veinticinco pasos de distancia.

—Creo que sí —contesté.

—Hagamos la prueba.

Cargué una de mis pistolas, apunté con atención al blanco indicado, y puse una bala en la cabeza del dragón, junto al ojo.

—¡Bravo! —exclamó Peel—. No ha temblado tu brazo... hay valor en este corazoncito.

Mientras decía las palabras que *quedan* transcritas, tomaba mis pistolas, las colocaba en el cajón de su cómoda y cerraba con llave.

—Ahora —repuso—, ven conmigo, John.

Tal confianza me inspiraba Roberto, que le seguí sin hacer la menor observación. Mi amigo bajó al patio. Todos los colegiales estaban reunidos formando corro. Habían oído la detonación de la pistola y trataban de adivinar hacia qué parte sonara el disparo. Roberto se dirigió en línea recta a Pablo.

—Oye, Pablo —dijo—, ¿sabes dónde ha sido hecho el disparo que habéis oído?

—No —contestó Pablo.

—En mi cuarto. Otra pregunta: ¿sabes quién lo ha hecho?

—No.

—John Davys. Por último, ¿sabes dónde ha dado la bala?

—No.

—En la veleta; mira.

Todos los ojos se volvieron hacia la veleta, y todos los propietarios de los ojos pudieron convencerse de que era verdad.

—¡Bueno! —exclamó Pablo—. ¿Pero a qué vienen esas preguntas?

—Vas a saberlo —contestó Roberto—. Has dado un puñetazo a John, este ha venido a encontrarme, porque quería batirse contigo, y para demostrarme que, aunque muy niño, puede meterte una bala en medio del pecho, la ha enviado antes a la cabeza del dragón.

Pablo se puso intensamente pálido.

—Pablo —repuso Roberto—, tienes más fuerza que John, pero John es más diestro que tú. Has abofeteado a un niño que tiene corazón de hombre. Tu error ha sido grande, y justo es que sufras las consecuencias. O te bates con John, o le das toda clase de satisfacciones y excusas.

—¡Satisfacciones a un niño! —exclamó Pablo.

—¡Oye! —dijo Roberto, acercándose a Pablo y hablándole a media voz—. ¿Prefieres otra cosa? Yo soy de tu misma edad, poco más o menos, tiramos lo mismo a espada, y de consiguiente, nuestras fuerzas y nuestras habilidades están niveladas. Armaremos con nuestros compases el extremo de nuestros bastones, y saldremos a dar un paseo juntos por detrás de los muros

del colegio. Tienes de plazo hasta la tarde para escoger una de las tres soluciones propuestas.

Sonó la campana en aquel momento y tuvimos que entrar en clase.

—A las cinco —me dijo Roberto Peel al separarse de mí.

Trabajé con una tranquilidad que llenó de asombro a mis camaradas y que impidió que ninguno de nuestros profesores sospechara lo que había pasado. Llegó el recreo de la tarde y salimos de nuevo al patio. Roberto vino a encontrarme.

—Toma —me dijo, poniendo en mis manos una carta—, Pablo escribe que siente en el alma haberte pegado, no puedes exigirle más.

Leí la carta, cuyo contenido era el que me había indicado Roberto.

—Ahora —continuó mi amigo—, es preciso, John, que sepas una cosa. He hecho lo que tú deseabas, porque Pablo es un mal compañero, y me agradaba que le diera una lección uno que tiene menos años que él; pero es preciso que no olvides que somos todavía niños, no hombres. Ni tienen importancia nuestros actos ni valor nuestras palabras. Hasta dentro de cinco o seis años yo, y hasta nueve o diez tú, no ocuparemos en realidad de verdad un puesto en la sociedad. No debemos adelantarnos a nuestra edad, John. Lo que para un ciudadano o para un militar es una deshonra, para un escolar no tiene la menor importancia. En sociedad se baten los hombres, en el colegio se pegan los niños. ¿Sabes boxear?

—No.

—Yo te enseñaré; y si alguien te ataca antes que llegues a estar en condiciones de poder defenderte, te defenderé yo.

—Gracias, Roberto. ¿Cuándo me darás la primera lección?

—Mañana, durante el recreo de las once.

Cumplió Roberto la palabra. Al día siguiente, en vez de bajar al patio, subí a su cuarto, y tal como mi buen amigo me había ofrecido, dio comienzo a mi educación. Un mes más tarde, merced a mis disposiciones naturales, secundadas por unas fuerzas muy superiores a las de los niños de mi edad, podía luchar sin desventaja con los estudiantes más altos del colegio.

He referido con todo lujo de detalles la aventura que precede, porque da una idea exacta de la diferencia que entre mí y los demás niños existía. Tan excepcional había sido mi educación, que de ella se resintió mi carácter. Desde muy niño oí hablar siempre a mi padre y a Tom con tan profundo desprecio del peligro, que jamás imaginé que este pudiera ser un obstáculo en la vida. No fue, como consecuencia, el valor un favor que debiera agradecer a

la naturaleza, sino el producto de la enseñanza. Mi padre y Tom me enseñaron a ser valiente, de la misma manera que mi madre me enseñó a leer y escribir.

Las instrucciones transmitidas en la carta paterna al doctor Butler fueron seguidas al pie de la letra; me dieron lecciones de esgrima, como se daba a otros colegiales de más edad que yo, e hice rápidos progresos en ese arte; en cuanto a la gimnasia, sus ejercicios más difíciles eran juego de niños en comparación de las maniobras que millares de veces había ejecutado en mi brick, de lo que resultó que, desde el primer día, hice todo lo que los demás hacían, y desde el segundo, muchísimas cosas que mis condiscípulos no sabían hacer.

Vi deslizarse el tiempo con mayor rapidez de la que esperaba. No se me tache de inmodesto si digo que era yo laborioso e inteligente y que, aparte de mi carácter seco y rígido, nada se me podía reprochar; así me lo demostraban las cartas que de mi madre recibía, que evidenciaban que los informes que a mi propósito llegaban a Williams-house no podían ser más satisfactorios.

Repito que me encontraba bien en el colegio, lo que no era obstáculo para que viese aproximarse con el mayor placer la época de las vacaciones. A medida que estaba más cercana la hora de abandonar a Harrow, resurgían con vigor centuplicado en mi mente los recuerdos de Williams-house. Todos los días esperaba ver aparecer a Tom. Una mañana, durante el recreo, vi frente a la puerta del colegio el coche de camino de mi casa; corrí desalado hacia el carruaje, del que bajaron dos personas antes que Tom: mis padres habían querido acompañarle.

Fue para mí un momento de dicha inefable. Tres o cuatro instantes de felicidad completa, como la que yo experimenté en aquel, suele tener la existencia humana, instantes breves, sí, pero que bastan para que su recuerdo no se borre en la vida. Mis padres me llevaron consigo en la visita que hicieron al doctor Butler. Parco fue este en los elogios que de mi persona hizo, pues no iba a hacerlos muy grandes en mi presencia, pero de todas suertes, dio a entender a mi madre que estaba muy satisfecho de mi comportamiento. La dicha más pura e inefable embargaba los corazones de mis amantes padres.

Al salir del despacho del doctor Butler, encontré a mi querido amigo Roberto que hablaba con Tom. Este escuchaba con ojos radiantes de alegría lo que Roberto le estaba refiriendo. Venía el último a despedirse de mí antes de ir a pasar el mes de vacaciones al lado de sus padres. Tom, en cuanto tuvo ocasión, habló a solas con mi padre, quien, al acercarse de nuevo a mí, me abrazó con transporte, murmurando entre dientes: «Sí... sí; será un hombre».

También quiso mi madre saber de qué se trataba; sir Eduardo guiñó muy significativamente un ojo como para dar a entender que tuviera un poquito de paciencia, que todo lo sabría oportunamente, y en efecto, aquella noche, los abrazos que me dieron al tiempo de ir a recogerme, fueron demostración palmaria de que mi padre no dejó pasar el día sin cumplir su palabra.

Me ofrecieron mis padres llevarme a Londres para pasar ocho días en la capital; pero tan vivas eran mis ansias por volver a ver a Williams-house, que preferí emprender aquel mismo día el viaje para el Derbyshire. A la mañana siguiente temprano nos poníamos en camino.

Me sería imposible reflejar el efecto que me produjo, después de mi primera ausencia, la vista de los objetos entre los que se deslizaron los días de mi niñez primera: la cadena de colinas que separa a Chester de Liverpool, la alameda de álamos que desembocaba en el castillo, todos los cuales, al inclinarse bajo el soplo del viento, parecían dotados de voz para saludarme, el perro, que faltó poco para que rompiera la cadena que le sujetaba en su afán por correr a acariciarme, la viuda Denison, que me preguntó en irlandés si la había olvidado, mi pajarera, atestada, como siempre, de prisioneros voluntarios, el buen Sanders, que se apresuró, en cumplimiento de su deber, según dijo, a venir a saludar a su joven señor... hasta me proporcionaron viva alegría los abrazos de los señores doctor y Robinsón, no obstante los inveterados motivos de queja que contra ellos abrigaba, fundados en que, el momento de su llegada al castillo, era irremisiblemente el de mi retirada.

En el castillo, todo continuaba lo mismo que lo dejé: el sillón de mi padre junto a la chimenea, el de mi madre delante de la ventana, y la mesa de juego en el ángulo derecho de la puerta. Durante mi ausencia, todos barbián disfrutado aquella vida dichosa y tranquila que debía conducirles, por un camino recto, limpio y sin estorbos, hasta el sepulcro. Únicamente yo emprendía derroteros distintos, únicamente yo principiaba a descubrir, lleno de fe y de alegría, otros horizontes.

Mi visita primera fue para el lago. No tuve paciencia para seguir el paso de mi padre y de Tom; tomé carrera, con cuanta velocidad me permitieron mis piernas, para tener la dicha de ver un momento antes mi brick. En el sitio de siempre lo mecían graciosamente las tranquilas aguas del lago. El viento zarandeaba sus banderolas y gallardetes. Yo me tendí sobre la hierba, matizada de botones de oro y de margaritas, y comencé a llorar de dicha y de alegría. Llegaron mi padre y Tom, embarcamos en la canoa, que estaba atracada en la orilla y sujeta a su argolla, y fuimos a bordo. El puente estaba encerado y pulido recientemente, prueba de que yo era esperado en mi palacio

naval. Tom cargó un cañón e hizo fuego; fue un cañonazo de señal: diez minutos después, se encontraban a bordo los seis hombres que formaban la dotación.

No había olvidado yo ni uno solo de mis conocimientos teóricos, y, por añadidura, la gimnasia mejoró notablemente mis aptitudes para la práctica. Todas las maniobras podía yo ejecutarlas con mayor rapidez y seguridad que el marinero más hábil. Mi padre temblaba de alegría al ver mi destreza y mi agilidad, Tom palmeteaba como un loco, y mi madre, que había llegado a bordo poco después que nosotros, volvía a cada momento la cabeza. La campana nos llamó al fin a la mesa. Aquel día se festejaba mi feliz llegada y temamos invitados. En la escalinata nos esperaban el doctor y el señor Robinsón, que me interrogaron a porfía sobre mis estudios, y parecieron quedar muy satisfechos de lo que en un curso había aprendido. Después de la comida, fui con Tom a mi campo de tiro, y desde que atardeció pasé a ser, como lo fuera antes, propiedad exclusiva de mi santa madre.

Desde el primer momento volví a connaturalizarme con mis antiguos hábitos, tanto, que al cabo de tres días, el año de colegio me parecía casi soñado. ¡Oh, qué hermosos y frescos son los años juveniles! ¡Pasan pronto, son fugaces en extremo, pero cómo saturan de recuerdos todo el resto de la vida! ¡Cuántas cosas importantísimas he olvidado, al paso que mi memoria presenta a mis ojos aquellos felices días de vacaciones y de colegio, con todos sus detalles, hasta los más insignificantes! ¡Días de trabajo, de amistad, de cariño, durante los cuales no comprende uno por qué no ha de deslizarse así toda la existencia!

De mí puedo decir que los cinco años que siguieron a mi ingreso en el colegio pasaron como un día, y, sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás, paréceme que los alegraba con sus rayos un sol distinto del que ha iluminado todo el resto de mi vida. Por grandes que sean las desgracias que posteriormente me han herido, no puedo menos de dar fervientes gracias a Dios por la niñez y adolescencia que me concedió, pues, en realidad, fui un niño dichoso. Pero sigamos mi historia.

Llegamos a la expiración del año de 1810; había yo cumplido mis diez y seis primaveras. En los últimos días de agosto, fueron a buscarme mis padres, como de costumbre, pero aquella vez, me anunciaron que sería la última. Me pareció advertir en mi padre una expresión de gravedad, y en mi madre una de tristeza, que no había visto hasta entonces. En cuanto a mí, la nueva de que no volvería más al colegio, nueva por tanto tiempo deseada, me oprimió el corazón.

Me despedí del doctor Butler y de todos mis camaradas, entre los cuales, dicho sea de paso, no dejaba grandes amistades. El único amigo de veras que en el colegio tuve fue Roberto Peel, que un año antes había dejado el colegio Harrow para continuar sus estudios en la universidad de Oxford.

Llegados a la Williams-house, volví a mis ejercicios habituales, pero observé que mi padre y mi madre parecía que se alejaban de mí, y que hasta el mismo Tom, que constantemente estaba a mi lado, había perdido mucha parte de su buen humor. Nada comprendía yo, aunque, sin saber por qué, llegué a sentir sobre mi alma la influencia de aquella tristeza general. Una mañana, en ocasión en que tomábamos el té, Jorge trajo una carta en cuyo sobre se destacaba un gran sello encarnado con las armas de la corona. Mi madre rechazó vivamente la taza que llevaba a sus labios; mi padre tomó el pliego murmurando el ¡ah, ah! que le era habitual siempre que en su pecho luchaban sentimientos encontrados. No abrió el pliego: después de volverlo y revolverlo entre sus manos, me lo alargó diciendo:

—Toma, es para ti.

Rasgué el sobre y hallé que contenía mi nombramiento de guardia marina a bordo del *Tridente*, mandado por el capitán Stanbow, fondeado en Plymouth.

Había llegado el momento con tanta ansia esperado por mí; pero cuando vi que mi madre volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas, cuando oí que mi padre silbaba el *Rule Britannia*, cuando sonó en mis oídos la voz de Tom, temblorosa, pese a sus violentos esfuerzos, diciéndome: «¡Mi oficial! ¡Esta vez es definitiva!», sentí una conmoción tan inmensa, que dejé caer el pliego, me arrojé de rodillas a los pies de mi madre y me apoderé de sus manos, que besé mil veces llorando.

Recogió mi padre el despacho, lo leyó cuatro o cinco veces a fin de no poner diques a aquella expansión primera de nuestros corazones, y, al fin, creyendo que ya nos habíamos entregado demasiado tiempo a los sentimientos de ternura, que en voz baja compartía en gran medida, aunque en voz alta calificaba de debilidades impropias de hombres, se puso en pie, movió la cabeza, tosió repetidas veces, dio tres o cuatro vueltas al salón, y deteniéndose luego frente a mí, me dijo:

—¡Vaya, John! ¡Sé hombre!

Al mismo tiempo que soñaban en mis oídos estas palabras, sentí que los brazos de mi madre se enlazaban con fuerza mayor a mi cuello, como para oponerse tácitamente a la separación. Yo permanecí inmóvil, con la cabeza doblada sobre mi pecho.

Siguió un momento de silencio. Al fin fue cediendo la dulce cadena que me aprisionaba y me levanté.

—¿Cuándo debe emprender el viaje? —preguntó con voz insegura mi madre.

—Ha de estar a bordo el día 30 de septiembre, y hoy es 8; puede pasar aquí seis días más. El 24 saldremos.

—¿Me permitirás que le acompañe contigo? —preguntó con timidez mi madre.

—¡Oh, sí, sí! —exclamé yo—. ¡Claro que sí! ¡Quiero estar a vuestro lado todo el tiempo posible!

—¡Gracias, hijo mío, gracias! —suspiró mi madre, con acento de reconocimiento imposible de explicar—. ¡Gracias, John querido! Una sola palabra tuya compensa todo el dolor de la separación.

El día prefijado, nos pusimos en camino mi padre, mi madre, Tom y yo.

VIII

COMO quiera que mi padre, al objeto de no salir de Williams-house hasta el último momento, no se había reservado más que seis días para nuestro viaje, dejamos a Londres a nuestra izquierda y atravesamos, a fin de avanzar en línea recta hacia nuestro destino, los condados de Warwick, Gloucester y Sommerset. En la mañana del día quinto de viaje entramos en el Devonshire, y aquella misma tarde, a eso de las cinco, llegamos al pie del monte Edgcombe, que se alza al oeste de la bahía de Plymouth. Tocábamos ya el fin de nuestro viaje. Mi padre nos invitó a echar pie a tierra, indicó al cochero la fonda donde pensaba hospedarse, y el coche continuó por la carretera mientras nosotros trepábamos por un sendero que debía conducirnos a la plataforma de la montaña. Yo daba el brazo a mi madre y mi padre nos seguía apoyado en el de Tom. Subía yo con lentitud, abrumado bajo el peso de los pensamientos tristes que parecían pasar, por contacto, desde el corazón de mi madre al mío. Mis ojos estaban fijos en el coronamiento de una torre ruinosa que crecía progresivamente a medida que avanzábamos, cuando de pronto, al bajar mis miradas desde el coronamiento a la basa, lancé un grito de sorpresa y de admiración: a mis pies se agitaba el mar.

El mar, es decir, la imagen de la inmensidad y del infinito; el mar, espejo eterno que nada ni nadie puede empañar ni quebrar; superficie indeleble que, desde la creación, continúa siendo la misma, mientras la tierra, envejeciendo como envejece el hombre, aparece envuelta alternativamente en gritos y en silencio, aquí cubierta por ricas cosechas, allá de estepas y desiertos, tan pronto sirviendo de asiento a populosas ciudades como a tristes ruinas; el mar, en una palabra, que yo veía por vez primera, y que, semejante a una mujer coqueta, se me mostraba a la hora más favorable, en el momento que, palpitante de amor, parece como si enviara sus ondas de oro a un sol que se extingue. Permanecí durante algunos minutos sumido en una contemplación muda y profunda del conjunto, que había embargado todas mis facultades, mas, luego, pasé a los detalles. Aunque, desde el sitio en que nos encontrábamos, la mar parecía tranquila y tersa como un cristal, una faja ancha de espuma, que bordeaba el extremo del mantel extendido sobre la orilla, revelaba con sus avances y sus retrocesos la potente y eterna respiración del viejo Océano. Frente a nosotros estaba la bahía, formada por

sus dos promontorios; un poquito a la izquierda, el islote de San Nicolás, y finalmente, a nuestros pies, la ciudad de Plymouth, con sus millares de mástiles temblorosos que semejan espeso bosque de árboles sin ramas ni hojas, con la infinidad de barcos que entraban y salían saludando la tierra, con su vida agitada, su movimiento febril, con sus rumores confusos, producto del sonar de martillos y de los cantos de los marineros, que la brisa nos traía impregnados con el aire perfumado de la mar.

Los cuatro nos habíamos detenido, y los cuatro reflejábamos en nuestros semblantes las impresiones diferentes que se agitaban en nuestros corazones: mi padre y Tom de alegría, la alegría de volver a ver a su antigua querida; yo de asombro, por el conocimiento nuevo que acababa de hacer; mi madre de espanto, como si se viera frente a un enemigo. Al cabo de algunos minutos concedidos a la contemplación, mi padre buscó en el centro del puerto, pie dominábamos perfectamente desde lo alto de la montaña, el buque que debía alejarme de él, y con esa mirada experta del marino que distingue un navío determinado en medio de otros mil, de la misma manera que el pastor reconoce un camero puesto en el centro de un rebaño, distinguió el *Tridente*, hermoso navío de setenta y cuatro cañones, que se balanceaba sobre su ancla, ostentando con orgullo el pabellón real y su triple hilera de piezas de utilería. Mandaba el barco mencionado, como dije antes, el capitán Stanbow, viejo y excelente marino, compañero de armas de mi padre, así que, cuando al día siguiente, que era él señalado para mi presentación a bordo, llegamos al *Tridente*, sir Eduardo fue recibido, no ya como amigo, sino como superior, pues como recordarán los lectores, mi padre, al ser retirado del servicio activo, recibió el empleo de contraalmirante. El capitán Stanbow quiso que mi padre, mi madre y yo comiéramos en su compañía, al paso que Tom, que solicitó como gracia especial que le permitieran comer con la marinería, lo hizo con esta, a la que obsequió con doble ración de vino y unas copas de ron. Mi embarque en el *Tridente* dio motivo a una especie de fiesta, cuyo recuerdo perduró en muchos corazones. Un romano viejo habría dicho que embarcaba bajo felices auspicios.

El capitán, viendo las lágrimas que abundantes corrían por las mejillas de mi madre, pese a los esfuerzos que para contenerlas hacía, me permitió pasar la noche con mi familia, pero exigiéndome que, al día siguiente, a las diez de la mañana, habría de encontrarme a bordo. En circunstancias como aquellas, unos cuantos minutos tienen el valor de una eternidad: mi madre dio al capitán las gracias con tanta efusión como si cada segundo que le concedía fuera una piedra preciosa.

Al día siguiente, a las nueve, llegamos al puerto. Me esperaba el bote del *Tridente*. Durante la noche, había llegado el nuevo gobernador, que debíamos conducir a Gibraltar y era portador de despachos que ordenaban que nos diéramos a la vela el día primero de octubre. Estábamos ya frente al momento terrible, que mi pobre madre soportó con mayor entereza de la que todos esperábamos. Mi padre y Tom intentaron alardear de héroes, al principio; más en el instante de separarnos, faltos de fuerzas para seguir representando el papel que se habían impuesto, vacilaron y sucumbieron, y aquellos hombres, que tal vez no habían llorado jamás, vertieron verdaderas lágrimas de mujer. Comprendí que era yo quien debía poner fin a aquella escena, y estrechando una vez más a mi buena madre contra mi corazón, saltó al bote, y este, cual si no hubiera esperado más que la impulsión que yo le daba para alejarse de tierra, resbaló ágil sobre la superficie del mar y navegó en demanda del navío. El grupo que yo dejaba en tierra permaneció inmóvil, siguiéndome con los ojos hasta que subí a bordo. Desde cubierta saludé con la mano, mi madre me contestó agitando el pañuelo, y descendió seguidamente a la cámara del capitán, quien había encargado que me presentase a él tan pronto como volviese. Le encontré acompañado por el segundo comandante, examinando un croquis de los alrededores de Plymouth, en el que estaban puntualizados, con exactitud maravillosa, las aldeas, los caminos, los bosquesillos y hasta los matorrales más insignificantes.

Al ruido que la puerta hizo al entrar yo, alzó el capitán la cabeza y me reconoció.

—¡Ah! ¿Es usted? —me dijo con sonrisa benigna—. Le esperaba.

—¿Me habrá cabido la dicha, mi capitán, de poder serle útil en algo el día mismo de mi llegada? Sería una fortuna que estaba lejos de esperar y que de todas veras agradecería al Cielo.

—Pudiera ser —respondió el capitán—. Acérquese y mire.

Obedecí la indicación y puse mis miradas sobre el croquis.

—¿Ve usted este pueblo? —repuso.

—¿Walsmouth? —inquirí yo.

—Sí. ¿A qué distancia cree usted que se encuentra, hacia el interior?

—A ocho millas, próximamente, si no me engaña la escala.

—Así es. ¿Conocía usted ese pueblo?

—Ignoraba hasta su existencia.

—Sin embargo, tomando como guía los datos topográficos que usted está examinando, ¿se atrevería a ir desde la ciudad al pueblo sin extraviarse?

—Con toda seguridad.

—Pues bien: no hace falta más. Esté usted preparado para las seis; cuando haya de emprender la marcha, el señor Burke le dará instrucciones.

Saludé a los dos jefes y volví al puente. A las personas que dejaba en tierra y que más quería en el mundo fueron consagradas mis primeras miradas. Los muelles estaban animados a todas horas, pero los seres queridos que buscaba no se hallaban ya allí. La amputación estaba consumada: a mis espaldas había dejado un parte de mi existencia, una parte que todavía vislumbraba yo como a través de un boquete abierto en el negro muro tras el cual quedaba el pasado, y que era mi viaje por la vida, realizado por encantadoras praderas bajo un delicioso sol de primavera y muellemente recostado sobre el amor de cuantos me rodeaban. Cerrado el boquete a que me refiero, se abría otro que daba al áspero y rudo camino del porvenir.

Estaba yo absorto en lo más profundo de mis pensamientos, clavados en tierra mis ojos y apoyado contra el palo de mesana, cuando sentí que me tocaban un hombro. Era uno de mis camaradas futuros, joven de diez y seis a diez y siete años, y que llevaba ya tres al servicio de Su Majestad Británica. Le saludé, contestó con la finura que es proverbial entre los oficiales de la marina inglesa, y, con sonrisa semiburlona, me dijo:

—Me ha encargado el capitán, señor John, que le enseñe el barco, desde el juanete del palo mayor hasta el pañol de la pólvora. Como quiera que, segur todas las probabilidades, habrá usted de pasar algunos años a bordo del *Tridente*, no creo que le moleste trabar íntimo conocimiento con él.

—Aunque presumo, caballero —contesté—, que el *Tridente* será como todos los navíos de setenta y cuatro, y que nada de particular he de encontrar en su estiba, tendré placer especial en hacer la visita en su compañía, de la cual desearía no privarme mientras esté embarcado en este buque. Usted conoce mi nombre, ¿tendrá la bondad de decirme el suyo, a fin de que pueda saber a quién debo mi primera lección?

—Me llamo Jaime Bulwer, salí de la escuela de Londres hace tres años, y, desde entonces, he hecho dos viajes: uno al cabo Norte y otro a Calcuta. ¿Supongo que también usted habrá salido de alguna academia preparatoria?

—No, señor. Salgo del colero de Harrow-sur-la-Colline, y hasta anteayer, no había visto el mar.

Jaime no pudo contener una sonrisa.

—Siendo así —dijo—, me tranquilizo; ya no temo aburrirle. Los objetos que va usted a ver serán, no lo dudo, tan curiosos como nuevos.

Me incliné como asintiendo y me dispuse a seguir a mi *cicerone*, quien, haciéndome bajar por la escalera del palo de mesana, me condujo ante todo al

segundo puente. Allí me introdujo en un comedor, que tendría de veinte a veinticinco pies de longitud, y me hizo ver que lo limitaba un mamparo desmontable en el momento del combate. En la gran estancia a que daba acceso el mamparo en cuestión, vi seis camarotes de tela, destinados a desaparecer en casos de urgencia: eran nuestros dormitorios. Delante de la cámara encontramos la camareta de los guardias marinas, el escritorio y la carnicería, y luego de pasar bajo el castillo de proa, las cocinas, los fogones y un horno pequeño destinados a suministrar la mesa del capitán, amén de dos soberbias baterías de treinta cañones de diez y ocho, emplazadas una a babor y otra a estribor.

Desde el segundo puente bajamos al primero, que visitamos con la misma atención y precisión de detalles. Este puente encierra la santabárbara, las cámaras del contador, del jefe de artillería, del médico, del capellán, y además los cois de la marinería suspendidos de poleas. Constituían su armamento veintiocho cañones de treinta y ocho, montados sobre sus cureñas y provistos de todos los aparejos y utensilios necesarios. Bajamos desde allí al falso puente, y principiamos por recorrer todas las galerías, practicadas con el objeto de que pueda verse, durante el combate, si un proyectil ha horadado el casco a flor de agua, para en este caso obturar el agujero con tapones del calibre correspondiente. Pasamos luego a los pañoles de pan, de vino y de legumbres, desde aquí, a las cámaras del cirujano, del piloto y del carpintero, y desde esta última, a la cala, que visitamos con tanto detenimiento como el resto del navío.

Tenía razón Jaime: aunque todos aquellos objetos no fueran para mí tan nuevos como él creía, no dejaban de ser curiosos. Aparte de la diferencia existente entre un brick y un navío, y aunque el conjunto me fuera familiar, se me presentaba este en escala tan colosal, con relación a lo que hasta entonces había visto, que experimenté la sensación misma que probablemente experimentaría Gulliver cuando se vio transportado de improviso desde el país de los enanos al país de los gigantes. Subimos de nuevo al puente. Jaime se disponía a obligarme a hacer por la arboladura un viaje tan detenido como el que acabábamos de llevar a cabo por las sentinas, cuando sonó la campana llamando a la mesa. La operación era demasiado importante para que pensáramos en retardarla un minuto siquiera: acudimos, pues, inmediatamente al comedor de guardias marinas, donde nos esperaban ya cuatro jóvenes de nuestra edad.

Todo el que ha puesto sus pies sobre un buque de guerra inglés, sabe en qué consiste la comida de un guardia marina: un pedazo de carne de buey a

medio asar, unas cuantas patatas cocidas con agua, y una pócima negruzca a la que, faltando escandalosamente a la verdad, han bautizado con el nombre de *porter*, todo ello servido sobre una mesa coja, cubierta con un trapo grosero, que sirve a la vez de mantel y de servilleta, y que cambian cada ocho días, son la comida cotidiana de los Howes futuros y de los Nelson del porvenir. Por fortuna, salía yo de un colegio donde había tenido ocasión de hacer el aprendizaje. Hice los honores a mi parte de comida pensando que vale más pájaro en mano que buitre volando, y comí tanto como el que más de mis camaradas, probablemente con gran desencanto de estos, quienes tal vez se hicieron ilusiones de añadir a sus cinco raciones la sexta.

Después de la comida, Jaime, amante quizás de las digestiones tranquilas, en vez de volver a hablarme de nuestro paseo aéreo en proyecto, propuso una partida de naipes. Precisamente era día de paga: todo el mundo tenía dinero en el bolsillo, y dicho se está que su idea fue aceptada por unanimidad. En cuanto a mí, que ya por entonces sentía hacia el juego un santo horror, que, dicho sea de paso, ha aumentado con los años, me excusé, diciendo que no podía corresponder al honor que se me brindaba, y subí al puente. El tiempo estaba hermosísimo: soplaba viento oestenoeste, el más favorable para nosotros, y en el navío se hacían todos los preparativos que preceden de cerca al viaje, preparativos tal vez invisibles para los que no son marinos. Paseaba el capitán a estribor del castillo de popa, deteniéndose de vez en cuando para dirigir una mirada a las maniobras, y luego continuaba su paseo, mesurado como el de un centinela, mientras el segundo tomaba a babor parte más activa en los preparativos, aunque toda su actividad no pasaba de algunos gestos imperiosos y muy contadas palabras breves y secas.

Bastaba ver a aquellos dos hombres para apreciar la diferencia de sus caracteres. El señor Stanbow era un anciano de sesenta a sesenta y cinco años. Vástago de la más rancia aristocracia inglesa, había conservado la tradición de las formas elegantes y de los modales delicados, tradición que había robustecido su permanencia en Francia durante tres o cuatro años. De temperamento un poquito perezoso, hacía más visible su lentitud cuando se veía en la necesidad de imponer algún castigo, que jamás dictaba sino muy a pesar suyo y después de haber tomado, dejado y vuelto a tomar, un polvo de tabaco de España. Esa debilidad daba entonces a su castigo cierto carácter de vacilación que le quitaba su apariencia de justicia, de lo que resultaba que, si bien es cierto que nunca castigó injustamente, no lo es menos que rara vez lo hizo a tiempo. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra su bondad de carácter, tan agradable en sociedad y tan peligrosa a bordo. El buque, esa

prisión flotante, donde algunas tablas son la separación única entre la vida y la muerte, entre el tiempo y la eternidad, tiene sus costumbres especiales, su población particular, y como consecuencia, debe regirse por leyes especiales y por un código particular. El marinero es al mismo tiempo más y menos que un hombre civilizado: es más generoso, más atrevido, más grande, más temible; pero, por lo mismo que a todas horas se ve frente a la muerte, el valor, a la par que exalta sus buenas cualidades, desenvuelve también las malas. El marinero es como el león que, cuando no acaricia a su domador, le desgarrar entre sus clientes y sus uñas. Son, pues, precisos otros resortes para excitar o para contener a los rudos hijos del Océano que para dominar a los débiles hijos de tierra firme. Pues bien: esos resortes violentos eran los que nunca supo emplear nuestro dulce y venerable capitán. La justicia me obliga a decir, sin embargo, que en el momento del combate, la vacilación y ductilidad de carácter desaparecían de él sin dejar ni rastros siquiera. Entonces era cuando se destacaba toda la grandeza del señor Stanbow: su voz se hacía firme y vibrante, y su mirada, que recobraba como por encanto todo el fuego de sus años juveniles, lanzaba verdaderos destellos luminosos; más luego, cuando había pasado el peligro, recaía en su dulzura apática, único defecto que su mayor enemigo podría echarle en cara.

El señor Burke ofrecía con el retrato que acabamos de bosquejar un contraste tan notable, que no parecía sino que la Providencia, al reunir a aquellos dos hombres en un mismo navío, quiso corregir al uno por medio del otro y combatir la debilidad del comandante con la severidad del segundo. Tenía el señor Burke de treinta y seis a cuarenta años de edad. Nacido en Manchester, de las clases más humildes de la sociedad, sus padres, deseosos de darle una educación más elevada que la que recibieran ellos, habían hecho ya algunos sacrificios por él, cuando murieron los dos en un lapso de tiempo de seis meses. El huérfano, cuyas rentas únicas fueron el trabajo de sus padres mientras vivieron, se encontró sin nadie en el mundo que le ayudara a continuar sus estudios, y siendo demasiado joven para dedicarse a un oficio, embarcó, sin haber recibido más que una instrucción a medias, en un buque del Estado. Las leyes inexorables de la disciplina, aplicadas hasta con rudeza al joven marino, le hicieron, a medida que ascendía desde los grados inferiores hasta el que poseía, implacable con los otros. Al contrario de lo que ocurría con el capitán Stanbow, la justicia ejercida por Burke tomaba todas las características de la venganza. No parecía sino que ponía empeño en hacer sentir a los desgraciados a quienes castigaba, con justicia, desde luego, los malos tratos de que, tal vez injustamente, había sido la víctima. Otra

diferencia, más notable aún, existía entre él y su digno comandante, y era que, en el momento de la tempestad o del combate, se advertía en el señor Burke cierta vacilación, como si entonces se diera cuenta de que su posición en sociedad no le valió, al nacer, ni derecho para mandar a los hombres, ni fuerza para luchar contra los elementos. Sin embargo, como quiera que mientras duraba el fuego o la tormenta, era el primero en acudir a las maniobras y en ponerse en los sitios de mayor peligro, nadie pudo acusarle nunca de andar remiso en el cumplimiento del deber. También es rigurosamente exacto que, en las dos... ocasiones mencionadas, cierta palidez de semblante y cierta alteración de voz; denunciaban la existencia de una emoción interior a la que nunca logró sobreponerse tan en absoluto, que no la advirtieran sus subordinados, circunstancia que hacía suponer que, en él, el valor no era don de la naturaleza, sino producto de la educación.

Aquellos dos hombres, que ocupaban en el castillo de popa el sitio correspondiente a su jerarquía, parecían más separados aún por una antipatía natural que por la etiqueta de su respectivo grado. Aun cuando el capitán empleaba con su segundo las mismas formas que con todo el mundo, es decir, correctas y finas, érale imposible dar a su voz, cuando le hablaba, aquel acento de dulzura que le conquistaba el cariño de todos sus subordinados. De la misma manera recibía el señor Burke las órdenes de su jefe, y su sumisión, aunque perfecta, tenía algo de sombrío, algo de violento, que contrastaba con la gozosa y rápida del resto de la dotación.

Un suceso de alguna importancia había reunido a aquellos dos hombres, conforme se ha visto, en el momento que yo puse mis plantas sobre el navío. La víspera había sido notada la falta de siete marineros a la lista de retreta.

El primer pensamiento del capitán fue que aquellos siete tunantes, entre los cuales había algunos que se habían hecho notar por su afición a la ginebra, se habían retardado sacrificando al dios Baco en la mesa de alguna taberna, y que su falta sería de las que llevan por penitencia tres o cuatro horas de acomodo sobre el juanete del palo mayor. Mas a la manifestación de su sospecha, hecha por el capitán, y que le fue sugerida a manera de excusa o atenuante de la falta por su bondad natural, contestó el señor Burke moviendo la cabeza en señal de duda; y como transcurrió la noche sin que el viento, que soplaba de tierra, trajera envuelta en sus alas la menor noticia de los ausentes, al día siguiente, el capitán, por muy inclinado que hacia la indulgencia se sintiera, hubo de reconocer que el suceso, tal como había previsto Burke, encerraba alguna gravedad.

Son por desgracia muy frecuentes las deserciones a bordo de los navíos de guerra de Su Majestad Británica, debido a que, muchas veces, los marineros encuentran en los buques de la Compañía de las Indias acomodo mejor que el que suelen dispensarles los lores del Almirantazgo, quienes, por regla general, no les consultan sobre las condiciones. Sabido es que, una vez dada la orden de hacerse a la mar, como quiera que el navío debe aprovechar el primer viento favorable, no hay medio de esperar la llegada, voluntaria o forzosa, de los que se han quedado en tierra. En esos casos, suele recurrirse al ingenioso medio de la presa, que consiste en invadir la primera taberna que viene a mano, y apoderarse de un número de hombres igual al de los que desertaron; pero como en las expediciones de la clase de la indicada, hay que conformarse con lo que viene a las manos y no con lo que se desea, y de los siete hombres que faltaban había tres o cuatro que sabían cumplir perfectamente su oficio de marineros, decidió el capitán no zarpar, sin antes hacer todo lo posible para traerlos a bordo.

En todos los puertos de Inglaterra, bien en la misma ciudad, bien en algún pueblecito de los alrededores, hay una o dos casas que se llaman tabernas, pero cuya industria principal es a de reclutar y esconder desertores. Como quiera que esas casas son conocidas por todas las dotaciones de los barcos, sobre ellas recaen inmediatamente las sospechas, cuando se advierten en un navío faltas de personal en su marinería, y, casi siempre, las expediciones de presa hacia ellas se encaminan; pero en justa correspondencia, cuanto más expuestos están los honrados propietarios de esas casas a las visitas de este género, mayores precauciones han adoptado para anular el resultado. Se trata de un contrabando, y hay que engañar a los aduaneros. Tan convencido estaba el señor Burke de esta verdad, que no quiso ceder a nadie la dirección de la empresa, y aun cuando el rango y la autoridad del capitán estaban muy por encima de los suyos, estudió y combinó por sí todos los detalles, que el capitán se limitó a aprobar.

Como consecuencia, aquella mañana habían sido reunidos los quince marineros más antiguos del *Tridente*, y, en presencia del capitán y del segundo, celebraron una especie de consejo, en el cual, contra lo corriente en otras reuniones del mismo género, las opiniones de los inferiores habrían de ser las que tuvieran más peso. En realidad de verdad, dada la índole del caso, mucha mayor experiencia había que con ceder a los marineros que a los oficiales, y si es cierto que la dirección debía ser de estos, no lo es menos que los informes y consejos de aquellos debían venir. El resultado de la deliberación fue que los culpables, según todas las probabilidades, estaban refugiados en la

taberna llamada La Verde Erin, honrado establecimiento explotado por un irlandés, de nombre Jemmy, residente en el pueblo de Walsmouth, situado a unas ocho millas de distancia, poco más o menos, hacia el interior. Se había decidido que la expedición se dirigiera hacia el punto mencionado.

Adoptada la decisión, se aprobó otra que debía asegurar el éxito, y fue la de enviar de avanzada un explorador que, bajo un pretexto cualquiera, penetrase en la taberna de Jemmy y averiguase en qué parte del establecimiento estaban los recalcitrantes, pues era de esperar que estos últimos hubiesen adoptado precauciones, tanto más exquisitas, cuanto que, por lo mismo que sabían que el *Tridente* debía hacerse a la mar, debían tener seguridad absoluta de que se harían pesquisas, cuyo blanco serían sus respetables personas.

Para la ejecución de esta parte del plan, se había presentado una dificultad, difícil de orillar, y era que el marinero encargado del papel de explorador correría grave peligro, si la expedición daba resultado, de pagar muy cara su intervención, al paso que, si el explorador era un oficial, por maravillosamente bien que se disfrazara, sería reconocido o por el buen señor Jemmy o por los desertores. La perplejidad del consejo era grande: nadie sabía cómo vencer aquella dificultad hasta que se le ocurrió al señor Burke la luminosa idea de echar sobre mis hombros tan espinosa comisión. Acababa de llegar a bordo, y de consiguiente, nadie me conocía, mi persona no podía despertar sospechas, y aun suponiendo que mi inteligencia no llegase a la cuarta parte de la que el buen capitán me atribuía, no podría menos de llevar el asunto a feliz término. Este preámbulo explica las preguntas que a mí llegada me dirigió el capitán, y la orden, que las siguió, de recibir instrucciones detalladas del señor Burke.

Serían las cinco cuando me dijeron; que el segundo comandante me esperaba en su cámara. Huelga decir que me presenté a él inmediatamente. El señor Burke, después de ponerme al corriente de lo que de mí se esperaba, sacó de un arca una camisa, unos pantalones y una chaqueta de marinero, y me invitó a vestir aquellas prendas en vez de mi uniforme de guardia marina, mentiría si no confesara que, en el fondo del corazón, experimenté cierta repugnancia hacia el papel que en aquella tragicomedia me habían asignado, pero no tuve más remedio que obedecer. El señor Burke habló en nombre de la disciplina y sabido es que, a bordo de los navíos de guerra ingleses, la disciplina es una dama muy severa, aparte de que el segundo era de los hombres que no aguantan una réplica, por respetuosamente que se le hiciera. Sin perder tiempo en observaciones, que de antemano sabía que serían

perfectamente inútiles, me despojé de mi uniforme de guardia marina y, merced a mi ancho pantalón de marinero, a mi camisa de franela encarnada, a mi gorra azul y a mis disposiciones naturales, pronto adquirí esa expresión picaresca que forma el carácter distintivo del personaje que debía encarnar.

Terminado mi disfraz, embarcamos en la chalupa el señor Burke, los quince marineros que habían formado el consejo y yo. Diez minutos después saltábamos a tierra en Plymouth. Como no podíamos atravesar las calles de la ciudad en masa sin llamar la atención, en cuyo caso la voz de alarma llegaría muy en breve a Walsmouth, nos separamos en el muelle, citándonos, para diez minutos después de nuestra separación, junto a un árbol solitario que se veía desde la rada, y que se alza sobre una pequeña colina, más allá de la ciudad. A los quince minutos, todo el mundo estaba en su puesto.

El señor Burke, que había elaborado el plan de campaña, me dispensó entonces el honor de explicarme todos sus detalles. Yo debía dirigirme, todo lo velozmente que me permitieran mis piernas, y cuenta que en aquella ocasión no hubo uno solo que no exagerase mis facultades de corredor, al pueblecillo de Walsmouth, mientras los restantes expedicionarios me seguían a paso ordinario. Como quiera que, en virtud de esta disposición, yo debía llegar una hora antes que mis compañeros, convinimos que estos me esperarían hasta media noche en una casucha que había a tiro de fusil del pueblo. Si, a media noche, no había yo regresado, sería señal de que me habían muerto o hecho prisionero, en cuyo caso, se lanzarían todos sobre La Verde Erin para rescatarme o vengar mi muerte.

Bastó la probabilidad de peligro que se me dejó entrever para realzar a mis ojos la misión singular de que estaba encargado. La obra que debía llevar a cabo, bazofia era de chacal más bien que empresa de león: me lo decía así mi corazón, siendo a ello debida la repugnancia que, pese a mi buena voluntad, no había conseguido vencer; pero desde el momento que mi vida corría algún peligro, desde el momento que se vislumbraba lucha, podía haber victoria, y la victoria todo lo justifica. Es el talismán que transforma el plomo en oro.

Sonaban en aquel momento las siete en Plymouth. Yo necesitaba una hora y media, y mis compañeros dos por lo menos, para llegar a Walsmouth. Me despedí, pues, de aquellos. El señor Burke dio a su ruda voz cierta dulzura al decirme que me deseaba buen éxito, y partí.

Entrábamos en el mes más brumoso del otoño. El cielo estaba sombrío y encapotado; sobre mi cabeza, casi rozándola, pasaban nubes semejantes a olas silenciosas, y de vez en cuando, ráfagas de viento, que soplaban de improviso

y cesaban con brusquedad maravillosa, doblaban las copas de los árboles que flanqueaban el camino, arrancando con su poderoso soplo las postreras hojas adheridas a las ramas, que venían a azotar mi rostro. La luna, aunque invisible, arrojaba, a través de los velos que la cubrían, luz bastante para envolver todos los objetos en una claridad gris y enfermiza. Alternativamente caían aguaceros que degeneraban en lluvia fina, para trocarse de nuevo en diluvios, de lo que resultó; que, a las dos millas de recorrido, yo estaba cubierto a la vez de hielo y de sudor. Seguí caminando, o, mejor dicho, corriendo, en medio de aquel silencio lúgubre que solo interrumpían los lamentos de la tierra y las lágrimas del cielo. No recuerdo haber disfrutado en mi vida de noche tan triste como aquella.

Después de hora y media de correr sin descanso, y sin experimentar la menor fatiga —tan completa era la separación entre mi cuerpo y mi espíritu, efecto de lo tétrico de la noche y de la preocupación engendrada en mi alma por la perspectiva de lo que iba a pasar—, divisé las primeras luces de Walsmouth. Me detuve un momento para orientarme, pues necesitaba ir en derechura a la taberna de Jemmy sin preguntar a nadie el camino, toda vez que preguntarlo hubiese excitado sospechas, sencillamente porque se trataba de una de las casas que ningún marinero podía ignorar. Visto que, desde el sitio donde había hecho alto, solamente se distinguía un amontonamiento de casas, decidí entrar en el pueblo, confiado en que no faltaría algún indicio exterior que guiaría mis pasos. No me engañé: no bien entré en la primera calle, divisé la linterna que mis camaradas me habían indicado como faro encargado de dirigirme, y me acerqué, resuelto, puesto que ya estaba allí, a representar mi papel con todo el verismo posible.

La taberna de Jemmy no tenía pretensiones, ni mucho menos, de engañar a nadie con falsas apariencias: era una guarida, un cubil en toda regla. La puerta, muy semejante a la de un calabozo, tan baja y estrecha era, tenía, a la altura de la cabeza de un hombre, ese ventanillo enrejado que suelen llamar agujero del espía en el argot tabernario, porque su objeto es permitir al dueño del establecimiento asegurarse, antes de franquear la puerta, de la clase de personas que recibe. Acerqué mi cara al ventanillo y miré: daba a una especie de caverna tenebrosa, donde no pude distinguir más que algunos hilos de luz que se filtraban por las grietas de una puerta, que me indicaron que la estancia inmediata, si no habitada, estaba iluminada por lo menos.

—¡Ah, de la casa! —grité.

Por más que pronuncié las palabras anteriores con voz recia, y las acompañé con un golpe asestado contra la puerta más recio aún, quedaron sin

respuesta. Esperé un momento, llamé por segunda vez, pero con el mismo resultado. Me alejé entonces de la extraña casa, caminando de espaldas, con objeto de ver si encontraba otra abertura más practicable que aquella puerta, tal vez dejada allí sin más idea que la de no destruir la simetría arquitectónica; pero, como todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, hube de volver otra vez al medio ordinario de introducción. Por tercera vez quise pegar mi cara al ventanillo, pero lo encentré ya ocupado: otra cabeza, pegada a la rejilla, me miraba desde dentro.

—¡Más vale tarde que nunca! —exclamé yo.

—¿Quién eres? ¿Qué deseas? —preguntó una voz dulce, que estaba yo muy lejos de esperar en aquella ocasión, y en la que reconocí la voz de una joven.

—¿Que quién soy, hermosa niña? Un pobre diablo de marinero que irá a dormir a la cárcel si tú no le abres la puerta.

—¿De qué barco?

—Del Bóreas, que zarpó esta magaña.

—Entra —contestó la niña, abriendo la puerta lo estrictamente necesario para dar paso a mi cuerpo.

No bien pasé, la volvió a cerrar, echando seguidamente dos gruesos cerrojos y una barra.

Al ruido que hicieron a mis espaldas aquellas garantías de seguridad interior, sentí... lo confieso sin reparo, que el agua y el sudor que inundaban mi frente se helaban, pero ya no podía retroceder. Además, sin darme tiempo a nada, la niña abrió la puerta interior y me encontré en la estancia iluminada. Mis miradas la recorrieron en un instante, deteniéndose en el digno Jemmy, cuyo aspecto formidable no era el más indicado para tranquilizar a nadie. Tendría seis pies de estatura, su musculatura era de toro, y de foro parecían sus cabellos y sus cejas, rojos y cerdosos. De su boca, que sostenía una pipa, salían nubes de humo que envolvían su cabeza y que, al disiparse, dejaban ver el brillo de un par de ojos habituados a ir a buscar en el fondo de las almas los pensamientos de la persona que miraban.

—Padre —dijo la joven—; este pobre muchacho viene a pedirnos hospitalidad para esta noche.

—¿Quién eres? —preguntó Jemmy, dejando pasar algunos segundos de intervalo entre las palabras de su hija y las suyas, y hablando con acento irlandés muy pronunciado.

—¿Que quién soy? —respondí apealando al *patois* de Munster, que yo hablaba como mi propia lengua—. ¡Caramba, señor Jemmy! Me parece que a

usted, menos que a nadie, debería tener necesidad de decírselo.

—¡Por mi vida que tienes razón! —exclamó el dueño de La Verde Erin, levantándose de la silla donde estaba sentado, impulsado por uno de esos movimientos interiores que no está en manos del hombre resistir—. ¡Un irlandés!

—De pura sangre —contesté.

—Sé bienvenido —repuso, tendiéndome la mano.

Adelanté dos pasos con objeto de corresponder al honor que me dispensaba el señor Jemmy, pero este, cual si su mente hubiera elaborado algún pensamiento súbito que le hiciera arrepentirse de su exceso de confianza, retiró la mano que me tendía, la llevó a la espalda juntamente con la otra, y mirándome de nuevo con sus ojillos de demonio —dijo:

—Si realmente eres irlandés, forzosamente has de ser católico.

—Tan católico como San Patricio —respondí yo.

—Es lo que vamos a ver ahora mismo.

Pronunciadas estas palabras, que no dejaron de producirme cierta inquietud, el tabernero se acercó a un armario, sacó de él un libro, lo abrió, y leyó lo siguiente:

—*In nomine Patrie et Filii et Spiritus Sancti.*

Yo clavé en él los ojos perfectamente estupefacto.

—Contesta —dijo—; contesta: si eres católico, como acabas de asegurar, sabrás ayudar a misa.

Comprendí al punto; y como de niño ojeé infinidad de veces un libro de misa de la viuda Denison, que siempre me llamó la atención por la infinidad de grabados de santos que lo adornaban, procuré recoger mis recuerdos.

—*Amen* —contesté.

—*Introibo ad altare Dei* —continuó mi interrogador.

—*Ad Deum qui loetificat juventutem meam* —contesté con el mismo aplomo.

—*Dominus vobiscum* —dijo el tabernero, volviéndose y separando y juntando las manos, exactamente lo mismo que un sacerdote que celebra la misa.

Mis reservas de latín se habían agotado. El buen Jemmy, al ver que no respondía, permaneció con la mano puesta sobre la llave del armario, en espera de mi contestación que debía convencerle.

—*Et cum spiritu tuo* —susurró junto a mi oído la niña.

—*Et cum spiritu tuo* —grité a voz en cuello.

—¡Bravo! —exclamó Jemmy volviéndose—. Eres un hermano. ¿Qué deseas? ¿Qué quieres? Pide, y tu boca será medida... siempre que tengas dinero, por supuesto.

—¡Oh, dinero no me falta! —contesté, haciendo sonar algunos escudos que llevaba en el bolsillo.

—Siendo así, hijo mío, ¡vivan Dios y San Patricio! —exclamó el honrado propietario de Le Verde Erin—. Llegas a tiempo para asistir a la boda.

—¿A la boda? —pregunté admirado.

—A la boda, sí. ¿Conoces a Bob?

—¿A Bob? ¿No he de conocerle?

—Pues bien: se casa.

—¡Ah! ¿Se casa?

—En este mismo instante.

—¿No le acompañan otros del *Tridente*?

—Siete, amigo mío. Siete son los del *Tridente*, tantos como los pecados capitales.

—¿Podría yo reunirme con ellos... sin indiscreción, por supuesto?

—En la iglesia, hijo mío: ahora mismo voy a acompañarte.

—¡Oh! —repliqué vivamente—. No se moleste usted, señor Jemmy; iré solo.

—*Oui-da*, saliendo a la calle, para que los espías de Su Majestad Británica te echen la mano encima, ¿verdad? ¡No, hijo mío, no! Irás a la iglesia, pero sin salir de casa... Ven.

—¿Tiene esta casa comunicación con la iglesia?

—Sí, sí. Contamos aquí con tantos recursos como el teatro de Drury Lane, donde en una sola pantomima se hacen veinte cambios de decoración a la vista del público. Ven por aquí.

Y el buen Jemmy se apoderó de mi brazo y me arrastró en la forma más amistosa del mundo, pero al propio tiempo con tal fuerza, que si me hubieran venido ganas de resistirme, me hubiese encontrado en la impotencia más absoluta de hacerlo. He de confesar que no era a la iglesia adónde yo quería ser conducido, pues maldito si deseaba encontrarme frente a nuestros desertores. Instintivamente llevé la mano al pomo de mi puñal de guardia marina, que había tenido la precaución de ocultar bajo mi camisa de marinero, y, no pudiendo resistir el empuje del brazo de hierro que me arrastraba, seguí a mi terrible guía, decidido a obrar conforme me aconsejasen las circunstancias, pero a no retroceder ante nada, pues probablemente todo mi

porvenir marítimo dependía de mi comportamiento en aquella peligrosa empresa.

Cruzamos dos o tres estancias, en una de las cuales se veían, sobre una mesa, los preparativos de una cena más abundante que escogida, y bajamos a una especie de cueva tenebrosa, donde, sin soltarme, Jemmy comenzó a caminar sobre las puntas de los pies. Al fin, después de un momento de vacilación, abrió una puerta. La frescura del aire me dio en el rostro. Tropecé en los peldaños de una escalera, y apenas subí algunos, sentí que azotaba mi rostro una lluvia fina. Alcé los ojos, y vi la bóveda celeste sobre mi cabeza. Miré en derredor: nos encontrábamos en un cementerio, a cuyo extremo se alzaba una iglesia, masa sombría e informe de la que se destacaban dos ventanales iluminados que parecían mirarnos con ojos de fuego. Se acercaba el momento del peligro. Desenvainé la mitad de mi puñal y me apresté a seguir adelante, pero entonces fue Jemmy quien se detuvo.

—Ahora —me dijo—, ya puedes continuar tú solo sin temor de perderte. Vuelvo a disponerlo todo para la cena: tú volverás con los recién casados y encontrarás tu cubierto en la mesa.

Sentí al mismo tiempo que se soltaba la tenaza que sujetaba mi brazo. Jemmy, sin esperar mi contestación, retrocedió por el mismo camino que acabábamos de recorrer los dos, y desapareció bajo la bóveda con rapidez que demostraba lo acostumbrado que el propietario de La Verde Erin estaba a hacer uso de aquel pasadizo secreto. No bien quedé solo, en vez de continuar mi marcha hacia la iglesia, me detuve, dando gracias a Dios por haber inspirado a Jemmy la idea de no acompañarme hasta el fin, y luego, cuando mis ojos se habituaron a la obscuridad reinante, pude observar que las tapias del cementerio no eran muy altas, y de consiguiente, que no me sería imposible salir del recinto en que estaba encerrado sin pasar por la iglesia. Corrí hacia el muro y, gracias a las asperezas del mismo, que yo convertí en escalones, monté en menos de un abrir y cerrar de ojos sobre su lomo. Me bastó entonces dejarme caer hacia el lado contrario para encontrarme en una callejuela desierta.

No me era posible saber con precisión el sitio en que me hallaba. Me orienté tomando como base la dirección del viento, que, durante mi viaje de ida, me había azotado de frente. Con volverle la espalda tenía la seguridad casi absoluta de no extraviarme. Ejecuté sin vacilar esta maniobra y eché a andar hasta que me encontré fuera del pueblo. No tardé en distinguir a mi izquierda, semejantes a negros fantasmas, los árboles que flanquean el camino que une a Plymouth con Walsmouth. Me dirigí hacia aquel. La casucha que

señaláramos como punto de reunión distaba veinticinco pasos del camino; me dirigí a ella, y allí encontré a mis hombres. Precisaba aprovechar los momentos. Les referí lo que estaba pasando. Distribuimos nuestras huestes en dos pelotones y entramos en Walsmouth a paso de carga, pero tan silenciosamente, que más que milicias de hombres vivos parecíamos grupos de espectros. Llegados al final de la calle que conducía a la taberna de Jemmy, yo extendí un brazo en dirección a la linterna que indicaba la entrada de La Verde Erin y el otro hacia el campanario de la iglesia, que dibujaba en el cielo su flecha negra y puntiaguda, y pregunté al señor Burke cuál de los dos pelotones deseaba que dirigiese. Teniendo en cuenta el conocimiento que de las localidades tenía yo, me encargó del destacamento que debía apoderarse de la taberna y que se componía de seis hombres, mientras él, al frente de los nueve restantes, se dirigió hacia la iglesia. Como quiera que desde el sitio en que estábamos, la taberna y la iglesia distaban poco más o menos lo mismo, era evidente que, si avanzábamos al mismo paso, los ataques de los dos puestos habrían de resultar simultáneos; detalle de mucha importancia, toda vez que, sorprendidos nuestros desertores por el frente y por retaguardia, les sería imposible la fuga.

Llegado con mi ejército frente a la puerta de la taberna, quise recurrir al ardid que tan felices resultados me diera antes, y en consecuencia, mandé a mis hombres que se pegasen al muro mientras yo llamaba. Esperaba poder penetrar en la taberna sin fractura ni ruido, más no tardé en convencerme, en vista del silencio que en la casa reinaba, pese a mis repetidos llamamientos, que era preciso renunciar a las vías de dulzura. Dispuse, pues, que dos de mis hombres, que a prevención traían hachas, echasen la puerta abajo, orden que quedó cumplida en menos de cuatro segundos, no obstante los cerrojos y barra de la puerta. Todos nos precipitamos dentro.

La segunda puerta estaba también cerrada, y hubo necesidad de echarla abajo, como la primera, bien que aún nos costó menos tiempo, por ser menos sólida que aquella. Nos encontramos en la estancia en que Jemmy me había obligado a ayudar a misa, pero ya no estaba iluminada como antes. Me dirigí hacia la estufa: estaba fría, gracias al agua que acababan de verter sobre ella. Uno de mis hombres encendió una pajueta, pero en vano buscamos un farol o una linterna. Decididamente la guarnición estaba apercebida, y nos oponía una resistencia pasiva que presagiaba, según todas las probabilidades, otra mucho más seria. Corrí a la puerta de entrada para descolgar el farol que lucía cuando nosotros entramos: el farol estaba apagado. Cuando volví, encontré la estancia iluminada. Uno de nuestros marineros, artillero de la segunda batería de

babor, llevaba en el bolsillo una mecha y acababa de encenderla. Pero no podíamos perder tiempo, pues la mecha no duraría más que contados segundos. Tomé la mecha en mis manos y penetré corriendo en la estancia contigua, gritando a mis hombres:

—¡Seguidme!

Atravesamos la segunda estancia, luego la dispuesta para la cena, sobre la cual lanzaron nuestros hombres, al paso, miradas de expresión difícil de traducir, y al fin, en el momento de extinguirse la mecha, llegué a la puerta de la cueva. Estaba cerrada; pero sin duda no tuvieron tiempo para afianzarla como las otras pues en la cerradura encontré la llave. Como recordaba perfectamente el camino que había hecho mecha hora antes, emprendí el primero el ascenso de la escalera. Había contado antes diez peldaños; los conté de nuevo, subiéndolos sin hacer ruido y conteniendo la respiración; cuando gané el último, varié hacia la derecha; pero no había avanzado cuatro pasos por aquella especie de subterráneo, cuando una voz murmuró en mi oído la palabra *¡traidor!* al mismo tiempo que algo, que yo creí un sillar desprendido de la bóveda, cayó sobre mi cabeza. Vi millones de chispas, lancé un grito, y caí desplomado, sin conocimiento.

Cuando volví en mí, me encontré en mi hamaca y comprendí, por el movimiento del barco, que debíamos estar aparejando. Mi accidente, efecto de un simple puñetazo propinado por el digno propietario de *La Verde Erin*, en nada deslució el resultado de la expedición. Burke entró en la sacristía en el momento que se celebraba la boda, sorprendiendo a los desposados y a todos nuestros muchachos. Todos fueron presos, excepción hecha de Bob, que consiguió escapar por una ventana. Verdad es que la ausencia del fugitivo tuvo su compensación, suponiendo que sea cierto el adagio que dice: «No hay hombre que valga más que otro», pues Burke, adorador ciego de la disciplina, resuelto a volver a bordo con un número de hombres igual al de los que habían desertado, echó la zarpa a uno de los asistentes al acto, y, sin hacer el menor caso de sus gritos y de su resistencia, le llevó con los otros a bordo del *Tridente*. Aquel pobre diablo que en forma tan inesperada se encontró alistado en la marina de guerra británica, era un barbero del pueblo de Walsmouth llamado David.

IX

AUNQUE el accidente de que fui víctima me impidiera tomar parte activa en el desenlace definitivo de la empresa, no puede negarse que su resultado feliz, en gran parte, fue debido al acierto con que yo lo preparé todo. No es, de consiguiente, de admirar que, cuando abrí los ojos, lo que no hice hasta momentos después de haber recobrado el sentimiento de mi propia existencia, encontrase a mi lado a mi digno capitán, que quiso venir en persona a informarse de mi estado. Como quiera que, si se exceptúa cierta pesadez que sentía en la región cerebral, me encontraba perfectamente bien, le dije que antes de un cuarto de hora subiría al puente y que, aquel mismo día, esperaba prestar servicio.

En efecto: no bien me dejó el capitán, salté de la hamaca y procedí a vestirme y a arreglarme. Del feroz puñetazo que me asestó el tabernero no quedaban otros rastros que ciertas ramas sanguinolentas en mis ojos. Yo creo que si no tengo un cráneo tan sólido, me mata a estilo de buey aquel bárbaro.

Tal como lo había supuesto al volver en mí, el navío se disponía a hacerse a la mar. El anda se desprendía del fondo determinando en el buque una pequeña inclinación hacia estribor. Vino el capitán en su auxilio mandando aparejar los focos, y como quiera que, una vez realizada la maniobra apuntada, escorábamos demasiado, armamos la mesana y permanecimos en esa forma hasta que recogimos el ancla. El capitán, después de adoptar las precauciones mencionadas, dejó encomendada al segundo la dirección del buque y bajó a su cámara para leer los despachos, que no debía abrir hasta que el navío hubiese desplegado sus velas.

Siguió en el navío un intervalo de inacción, que todos mis camaradas aprovecharon para felicitarme por el éxito de la expedición y rogarme que les explicara detalladamente lo sucedido. Comenzaba yo a referirles mi accidente, cuando vimos que venía de tierra una barca impulsada por potentes remeros que nos hacían toda clase de señales. Uno de los guardias marinas, que tenía un antejo, lo asestó a la barca, y, al cabo de breves momentos de examen, exclamó:

—¡Que me aspen si no es Bob el que llega!

—¡Valiente bribón! —dijo un marinero—. Escapa cuando van a buscarle, y corre tras nosotros cuando le volvemos la espalda.

—Puede que haya reñido ya con su esposa —añadió un tercero.

—De todas suertes, no quisiera yo encontrarme en su pellejo —observó otro.

—¡Silencio! —gritó una voz, que tenía la costumbre de hacernos temblar a todos—. ¡A su puesto todo el mundo! ¡Timón a estribor!... ¡Enfilad la mesana!... ¿No veis que el navío retrocede?

Ejecutada la orden casi al mismo tiempo que era dada, cesó el movimiento retrógrado del navío, el cual, después de algunos instantes de inmovilidad, comenzó a avanzar. Una voz gritó en aquel punto:

—¡Barca a babor!

—¡Ved qué desea! —mandó el segundo, incapaz de prescindir de la disciplina.

—¡Ah, de la barca! —gritó la voz que diera el aviso—. ¿Qué queréis?

Recibida la respuesta de la barca, dirigióse el marinero al segundo, diciendo:

—Mi teniente, es el marinero Bob, que se ha retardado en tierra y desea subir a bordo.

—Arrojad un cabo a ese bribón y encerradle con sus compañeros de deserción en el calabozo —contestó el segundo, sin dignarse mirar siquiera a la barca.

La orden fue ejecutada puntualmente. Un instante después, aparecía sobre la borda de babor la cabeza de Bob, justificando el apodo de «Soplador» que le daban sus camaradas, pues resollaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Vaya, mi viejo cachalote! —le dije yo—. Más vale tarde que nunca. Ocho días a pan y agua en el fondo de la cala, y todo pasado.

—Es muy justo... es muy justo... lo merezco, y a fe que si con tan poco se conforman, no podré quejarme. Pero antes, con su permiso, señor guardia marina, quisiera hablar al teniente.

—Conducid a este marinero a presencia del teniente —dije a los dos individuos que se habían apoderado ya de su camarada.

Estaba el señor Burke paseando por el castillo de popa, bocina en mano y dando órdenes, cuando vio que le llevaban al culpable. Interrumpió su paseo y clavó en el grupo una de aquellas miradas duras que le eran peculiares y que toda la marinería conocía muy bien, por ser expresión de una voluntad irrevocable.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Con su permiso, mi teniente —dijo Bob, dando vueltas entre sus manos a su gorra—, diré que he faltado, y que, por lo que a mí se refiere, nada tengo

que reclamar.

—¡Menos mal! —murmuró el señor Burke, con sonrisa que lo expresaba todo menos sinceridad y alegría.

—Así, que, mi teniente, es muy probable que nunca más me hubiese vuelto usted a ver, si no llega a mis oídos que había a bordo quien pagaba el escote de Bob. Entonces me dije a mí mismo: «Amigo Bob, eso no puede quedar así: fuerza será que vuelvas a bordo del *Tridente*, si no quieres ser un perfecto canalla»; y aquí me tiene usted.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Pues que aquí estoy yo para recibir los golpes, prestar mi servicio y sufrir el castigo, y por tanto, no tiene usted necesidad de retener en lugar mío a otro... No dudo; mi teniente, que se apresurará usted a enviar a David a tierra, donde le esperan su mujer y sus hijos, llorando y mesándose los cabellos... ¿Los ve usted allá, mi teniente?

Y extendió el brazo en dirección a una porción de personas que se veían agrupadas en la punta más avanzada del muelle.

—¿Quién ha dado permiso a ese bribón para que me hablase? —preguntó el teniente.

—Yo, señor Burke —respondí.

—Sufrirá usted veinticuatro horas de arresto, señor mío, y así aprenderá para lo sucesivo a no meterse en lo que no le importe.

Saludé y di un paso atrás.

—Mi teniente —repuso Bob con voz firme—, lo que usted hace no es justo: si alguna desgracia ocurre a David, usted será el responsable ante Dios.

—¡Llebadme a ese miserable al fondo de la cala y cargadle de grilletes! —gritó exasperado el teniente.

Se llevaron a Bob. Mientras tanto, yo había descendido por otra escalera, pero nos tropezamos en el falso puente.

—Mía es la culpa del castigo que a usted han impuesto, y de todas veras le pido perdón. Espero, sin embargo, reparar el mal.

—No vale la pena hablar de ello, Bob —contesté—. Le recomiendo, sin embargo, que tenga paciencia, mucha paciencia.

—No me falta cuando de mí se trata; pero la pierdo cuando pienso en el pobre David.

Los marineros condujeron a Bob al fondo de la cala y yo me retiré a mi camarote. Al día siguiente, el marinero que me servía, después de haber cerrado por precaución la puerta —dijo con tires de misterio:

—¿Me da usted permiso para transmitirle dos palabras de parte de Bob?

—Dímelas, amigo mío —contesté.

—Pues bien, señor oficial: dice Bob que es muy justo que él y los desertores sean castigados; pero que es un atropello irritante que castiguen a David, que de nada es culpable.

—Y tiene razón.

—Puesto que usted comparte su opinión —repuso el marinero—, pide Bob que usted diga dos palabras al capitán, hombre justo que no tolerará sea cometida una injusticia.

—Hoy mismo cumpliré el encargo; puedes decírselo así de mi parte a Bob.

—Muchas gracias, mi oficial.

Eran las siete de la mañana. A las once, hora en que terminaba mi arresto, fui a encontrar al capitán. Sin decirle que hablaba en nombre de Bob, como cosa mía, le puse al tanto de lo que sucedía con el pobre barbero y de la injusticia que se cometía reteniéndole en el calabozo con los desertores. Tan justa era mi representación, que el capitán no pudo menos de comprenderla y de dar las órdenes oportunas para que cesase el atropello. Quise retirarme entonces, pero el capitán me retuvo para que tomase él te en su compañía. Había sabido aquel hombre excelente que yo acababa de ser víctima de una de las arbitrariedades de su segundo, y deseaba hacerme comprender que, si no pudo oponerse al castigo sin infringir las leyes de la disciplina, no lo aprobaba ni mucho menos.

Después del té, subí al puente. Una porción de marineros formaban círculo en derredor de un hombre a quien, yo no conocía: era David.

El desgraciado estaba en pie, con un brazo apoyado sobre la borda y el otro pendiente a lo largo del cuerpo: sus miradas parecían clavadas en la tierra, de la que no quedaba más que una como nubecilla en el horizonte, y de sus ojos caían gruesas y silenciosas lágrimas. Tal poder tienen los dolores profundos, las amarguras verdaderas, que todos aquellos hombres duros, verdaderos lobos de mar, habituados al peligro, a la sangre y a la muerte, y entre los cuales, tal vez no hubiera habido uno solo que, en un combate o en un naufragio, hubiese vuelto la cabeza al oír el grito de agonía de su camarada más querido, se habían congregado, con la tristeza reflejada en sus rudos semblantes y la compasión en sus corazones, en derredor de aquel hombre que lloraba a su familia y a su patria. David nada veía, nada más que aquella tierra que por momentos se divisaba más confusa, y a medida que desaparecía, su rostro, contrayéndose más y más, adquiría una expresión de dolor imposible de describir. Al fin, cuando la tierra desapareció por

completo, secó sus ojos, cual si hubiese creído que era el velo de sus lágrimas el que le impedía verla, y luego, tendiendo los brazos en dirección al último punto de tierra que había desaparecido de su vista, exhaló un sollozo profundo, se dobló hacia atrás, y cayó desvanecido.

—¿Qué es eso? —preguntó el segundo que acertó a pasar en aquel instante.

Los marineros se separaron silenciosos para que aquel pudiera ver a David tendido sin conocimiento.

—¿Está muerto? —preguntó aquel hombre, con tanta indiferencia como si se hubiera tratado de *Fox*, el perro del cocinero.

—No, mi teniente —contestó uno de los presentes—. Está desmayado.

—Echadle un cubo de agua fresca a la cara y volverá en sí ese bribón.

Afortunadamente llegó en aquel punto el médico y revocó la orden del teniente, pues un marinero, rígido observador de las órdenes recibidas, llegaba ya armado del cubo de agua. El médico hizo que transportasen a David a su hamaca, y como continuara el desvanecimiento, le hizo una sangría que le devolvió a la vida.

Mientras tanto, navegaba el buque viento en popa, y, dejando a su izquierda las islas de Aurigny y de Guernesey, había doblado la de Ouessant y entrado en el Océano Atlántico a velas desplegadas. Como es natural, cuando al cabo de dos días, David, completamente restablecido en cuanto a su dolencia física, volvió a subir al puente, ya no vio más que agua y cielo. En cuanto a nuestros desertores, su asunto, merced a la bondad del capitán, había tenido solución menos terrible de la que era de esperar. Todos habían declarado que su intención era volver a bordo aquella misma noche, pero que el deseo de presenciar la boda de un camarada se sobrepuso en ellos al temor al castigo. La prueba que en apoyo de su declaración alegaron fue que se dejaron prender sin hacer la menor resistencia, y que Bob, que había huido saltando por la ventana a fin de no privarse de las ventajas de su posición conyugal, se presentó espontáneamente a la mañana siguiente. En consecuencia, su castigo se redujo a ocho días de calabozo a pan y agua, y veinte vergajazos. No podían quejarse: el castigo, lejos de ser exagerado, era menos grave que la falta. Verdad que siempre ocurría lo mismo cuando era el capitán quien dictaba sentencia.

Amaneció el jueves, día temido por todos los marineros de la marina de guerra británica por ser el que señalan los reglamentos para la ejecución de los castigos disciplinarios. A las ocho de la mañana, hora reglamentaria del pase de cuentas de la semana, todos los soldados de marina tomaron sus

armas al mando de sus oficiales, y, previo un ejercicio preparatorio, formaron a babor y a estribor. Aparecieron luego los reos acompañados por el capitán de armas y por sus dos ayudantes, y con asombro indescriptible de los testigos de la ceremonia, entre los Veos se encontraba David.

—Señor Burke —dijo el capitán, no bien reconoció al pobre barbero—, ese hombre no puede ser tratado como desertor. Fue presa hecha en tierra y no pertenecía a nuestra dotación.

—No le hago castigar como desertor, mi capitán —replicó el segundo—, sino por borracho. Ayer subió al puente con una embriaguez fenomenal: no sabía tenerse en pie.

—Señor capitán —terció David—, crea usted que me importa muy poco recibir o no una docena de vergajos que no producirán a mi cuerpo, puede usted tener de ello la seguridad más absoluta, un dolor tan vivo como el que tortura mi alma; pero debo decir en honor de la verdad, y lo juro por mi salvación eterna, que desde que me trajeron al buque, no he bebido una sola gota de ginebra, de vino ni de ron. Apelo al testimonio de mis camaradas, a quienes he regalado siempre la ración de licor que me han dado.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —gritaron muchas voces.

—¡Silencio! —tronó el teniente.

Vuelto entonces hacia David, añadió:

Si así es, ¿cómo ayer, al subir al puente, no sabía usted tenerse?

Porque los bandazos eran muy violentos y estaba mareado.

—¡Mareado! —exclamó el teniente, encogiéndose de hombros—. ¡Estaba usted borracho! Le sometí a la prueba de rigor en casos análogos, y no supo usted dar ni tres pasos sobre el carril sin caerse.

—¿Acaso estoy acostumbrado a caminar por un barco? —objetó David.

—¡Digo que estaba usted borracho, y basta! —gritó el teniente con voz que no admitía réplica.

Dirigiéndose al capitán, repuso:

Dueño es el señor capitán de perdonarle el castigo; pero pensará en las consecuencias que su indulgencia podría tener para la disciplina.

—Que se haga justicia —dijo el capitán, quien no podía indultar a David sin menoscabar el prestigio del segundo.

Nadie osó decir palabra. Leída la sentencia en voz alta por el capitán de armas, lectura que todos escucharon con la cabeza descubierta, comenzó la ejecución. Los marineros, habituados a castigos de aquella clase, lo sufrieron con más o menos valor; cuando llegó el turno a Bob, que era el penúltimo, abrió la boca como para decir algo, más después de un momento de

indecisión, subió al tablado, indicando con un gesto que dejaba lo que tuviera que decir para más tarde.

Con gran propiedad habían aplicado los marineros a Bob el remoquete de «Soplador». A medida que descargaban sobre sus espaldas los vergajazos, su respiración se hacía tan ruidosa, que no parecía sino que algún cachalote volaba emparejado con el navío. Justo es hacer constar que sus resoplidos fueron la expresión única de dolor que sus labios dejaban escapar. Durante los últimos golpes, su resoplar más parecido tenía con el rugido del león que con la respiración de un hombre. Recibido el vergajazo vigésimo, se levantó Bob. Su ruda piel, bronceada por el sol, endurecida por el agua salada, estaba toda acardenalada, pero cual si fuera un cuero demasiado grueso para ser rasgado, no salió de su cuerpo ni una gota de sangre. Todo el mundo comprendió que Bob deseaba hablar, y se hizo silencio.

—He aquí lo que tenía que suplicar al capitán —dijo Bob, volviéndose hacia el señor Stanbow y haciendo pasar de un carrillo a otro el chicote de tabaco que mascaba—: que antes de bajar de aquí, acceda a que me den los doce vergajazos que debe recibir David.

—¿Qué es lo que pides, Bob? —exclamó el barbero.

—Déjame hablar —replicó Bob, con un gesto marcadísimo de impaciencia, y respirando como si hubiese ido a buscar el aire a sus talones—. No es incumbencia mía decidir si David merece el castigo o no, mi capitán, pero sí sé una cosa: que si recibe los vergajazos semejantes a los que me han dado a mí, morirá, que su mujer quedará viuda y sus hijos huérfanos. Yo, en cambio, recibí un día treinta y dos, precisamente el mismo número que ahora reclamo, y si bien es cierto que estuve un poquito enfermo, no me costó la vida: buena prueba de ello es que aún estoy aquí.

—¡Baje usted, Bob! —contestó el capitán con lágrimas en los ojos.

Obedeció Bob sin despegar los labios y subió el barbero a ocupar su puesto. Los dos ayudantes del capitán de armas le despojaron de la chaqueta y de la camisa y, al ver aquel cuerpo blanco y delicado, concibieron los mismos temores que Bob. En cuanto a mí, debo confesar que no tenía tranquila la conciencia, que lamentaba de todas veras la parte que, inocentemente, es verdad, había tenido en su detención, y que, maquinalmente, avancé hacia mi capitán. Advirtió el señor Stanbow mi movimiento, comprendió sin duda lo que yo deseaba decirle, y con un gesto elocuente me indicó que deseaba que permaneciera en mi puesto. Vuelto hacia los ayudantes, les dijo:

—Cumplid vuestro deber.

Siguió a estas palabras un silencio solemne y penoso. Empezó el suplicio. El primer vergajazo dejó un ancho surco azulado en la espalda del paciente; descargó el segundo, que formó una cruz siniestra con el primero; al tercero comenzó a brotar sangre; al cuarto, la sangre saltó con violencia, salpicando a los marineros más inmediatos al tablado.

—¡Basta! —gritó el capitán.

Oyóse un suspiro gigantesco, suspiro exhalado por todos los testigos de tan terrible acto. Desataron las manos a David, quien no había lanzado un grito, aunque estaba tan pálido como si fuese a morir. No obstante su palidez, descendió por la escalera del tablado con paso firme, y, vuelto hacia el capitán —dijo:

—¡Gracias, señor Stanbow! La misericordia que conmigo se hace dejará en mí recuerdos tan imperecederos como la venganza que he de tomar.

—No debe usted acordarse más que de sus deberes, amigo mío —replicó el capitán.

—Yo no soy marinero —repuso David—; pero sí marido y padre. Dios me perdonará si en este momento no cumplo los deberes de padre y de marido en atención a que la culpa no es mía.

—Conducid a los culpables al falso puente y que los cure el módico.

Bob ofreció su brazo a David.

—¡Gracias, mi bravo amigo, gracias! —le dijo David—. Bajaré solo.

En efecto: el barbero bajó la escalera de la primera batería con paso tan firme como cuando descendió del tablado.

—Esto terminará mal —dije a media voz al capitán.

—Mucho me lo temo —me contestó—. Vea usted a ese pobre hombre, señor Davys, y procure calmarle.

X

DOS HORAS después, bajaba yo al falso puente. David estaba tendido en su hamaca, presa de ardiente fiebre. Me acerqué a su lado.

—¿Qué tal, amigo David, cómo va eso? —le pregunté.

—Bien —contestó con sequedad y sin mirar adónde yo estaba.

—Veo que contesta usted sin saber quién le habla... Soy el señor Davys.

David se volvió vivamente.

—¡Señor Davys!... —exclamó, incorporándose y mirándome con ojos en los cuales brillaba el fuego de la fiebre—. ¡Señor Davys!... ¡Si realmente es usted el señor Davys, debo darle las gracias! Bob me ha dicho que fue usted quien consiguió que el capitán me mandara sacar del calabozo. De no haber sido por usted, en aquel horrible lugar hubiese continuado con los otros, y no habría podido mirar por vez postrera a Inglaterra. ¡Gracias, señor Davys, gracias!

—No se desanime usted, mi querido David —dije—. Vera, usted a Inglaterra, y la verá para no alejarse nunca más de ella. El capitán es un señor excelente, y me ha prometido que, a su regreso, le dejará en libertad.

—¡Sí! ¡El capitán es un señor excelente! —exclamó David con expresión de amargura infinita—. Es muy bueno y muy justo; pero ha permitido que me golpeasen y azotasen como a un perro, para no desairar a ese infame teniente... no obstante saber muy bien que yo no era culpable.

—Le era absolutamente imposible perdonarle la pena por entero, David. El fundamento primero y principal de la disciplina consiste en dar siempre la razón al superior. Ha visto usted, sin embargo, que al cuarto golpe mandó poner fin al castigo.

—¡Sí... estamos de acuerdo! —murmuró David—. Es decir, que si el señor Burke me hubiese mandado ahorcar, en vez de conformarse con azotarme, el capitán, en lugar de mandar emplear doce brazas de cuerda para colgarme, habría dispuesto que fueran cuatro.

—David... aquí no se ahorca más que, por robo o por asesinato, y usted no ha de ser nunca ni ladrón ni asesino.

—¡Quién sabe! —murmuró el barbero.

Hube de advertir que mis palabras, lejos de calmarle, le exacerbaban más y más, por cuyo motivo, después de invitar por medio de un signo a Bob, que

sentado sobre un montón de cuerdas se bebía el aguardiente que le habían dado para que se hiciera compresas, a que viniera a sentarse junto a la hamaca de su camarada, volví al puente. La tranquilidad era tan absoluta como si nada extraordinario hubiese pasado momentos antes. El recuerdo de la escena que queda referida se había borrado de las mentes de todos, de la misma manera que, a una milla de popa, no quedaban vestigios de la estela de nuestro buque. El tiempo era hermoso, soplaban viento fresco y navegábamos a ocho nudos por hora. Paseaba el capitán por la toldilla de popa con paso medido y automático que indicaba la preocupación de su espíritu. Yo me detuve a cierta distancia de su persona: dos o tres veces llegué junto a él paseando, y otras tantas se alejó. Al fin alzó la cabeza y me vio.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Está delirando —contesté, con objeto de que las palabras amenazadoras que pudiese pronunciar David fueran atribuidas a la fiebre y no al deseo de vengada.

El capitán sacudió la cabeza y tomó mi brazo.

—¡Cuán difícil es que sea justo el hombre que dispone de una autoridad cualquiera, señor Davys! —exclamó—. Si he de decir lo que siento, temo haber sido injusto con ese desgraciado.

—Ha sido usted más que justo, mi capitán —respondí—. Ha sido misericordioso. Si alguien puede hacerse reconvenciones, no es usted ciertamente.

—¿Cree usted que el señor Burke no abrigaba el convencimiento de la culpabilidad de David?

—No digo tanto, mi capitán; pero pasa por rendir culto a una severidad rayana en la barbarie. De mí puedo decir que tiene una manera de mandar, que la primera idea que sus órdenes me inspiran es la de desobedecerlas.

—No lo haga usted nunca —me dijo el capitán, intentando dar a su rostro una expresión severa—, porque me vería en la dolorosa necesidad de castigarle. ¡Davys... hijo mío! —añadió, repitiéndome casi las mismas palabras que quedan transcritas, pero con expresión de voz tan distinta, que la amenaza quedaba convertida en súplica—. ¡En nombre de su padre, mi amigo de toda la vida, le ruego que no haga nunca eso!... ¡Me produciría un pesar muy acerbo!

Continuamos paseando juntos por espacio de algunos minutos sin mirarnos ni dirigirnos la palabra. Al fin me preguntó, abordando deliberadamente un tema distinto del anterior:

—¿A qué altura cree usted que nos encontramos?

—Si no me engaño, a la altura del Cabo Mondego, poco más o menos.

—No se engaña usted, amigo mío —me contestó—. Mañana doblaremos el Cabo de San Vicente, y si aquella nube negra que se ve allá, y que parece un león dispuesto a saltar sobre su presa, no nos da un disgusto, pasado mañana por la tarde entraremos en Gibraltar.

Volví mis ojos hacia el punto del horizonte que me señalaba el capitán. La nube por él indicada parecía una mancha lívida proyectada en el cielo, pero era yo entonces demasiado novicio para deducir de aquel presagio consecuencias de ningún género. Mi inquietud única, por el momento, era saber adónde iríamos después de cumplida nuestra misión primera. A más oídos habían llegado rumores de que se nos destinaba a visitar algún puerto de Levante, habiendo contribuido no poco esta esperanza a endulzar el dolor que experimenté al separarme de mis queridos padres. Continuando, pues, la conversación iniciada por el capitán, pregunté:

—¿Será indiscreción, señor Stanbow, preguntarle si piensa permanecer mucho tiempo en Gibraltar?

—No lo sé yo mismo, mi querido Davys. He de esperar allí las órdenes del Almirantazgo —contestó el capitán, volviendo de nuevo los ojos hacia la nube, que por momentos parecía producirle mayor inquietud.

Esperé algunos momentos para ver si reanudaba la conversación; pero como continuara su silencio, saludé y me retiré. Me había separado algunos pasos, cuando me llamó con un gesto.

—Me olvidaba, señor Davys —dijo—; mande usted que el repostero suba algunas botellas de buen Burdeos, y regálas, como en nombre suyo, al pobre David.

Tomé entre mis manos la diestra del capitán y hasta quise llevarla a mis labios: tal enternecimiento me habían producido sus generosas palabras. El señor Stanbow desprendió su mano sonriendo.

—¡Vaya usted... vaya! —me dijo—. Le recomiendo ese desgraciado. De antemano apruebo todo lo que en su obsequio haga.

Cuando subí al puente, confieso que mis miradas primeras fueron para la nube. Esta había perdido su forma para adoptar insensiblemente otra. Poco a poco tomó la de águila gigantesca con las alas extendidas: una de estas, ala monstruosamente grande, cubría todo el horizonte, de sud a oeste, de una banda sombría. A bordo, empero, todo continuaba igual. Jugaban o hablaban los marineros con la indiferencia de siempre: el capitán paseaba por el castillo de popa, el segundo estaba sentado, mejor dicho, acostado sobre el montaje de un cañón, el vigía estaba encaramado sobre la cruz del juanete, y Bob,

apoyado sobre la borda de estribor, parecía embebido en la contemplación de los grandes copos de espuma que pasaban rozando, en procesión interminable, los costados de nuestro buque. Fui a tomar asiento cerca del lugar donde se encontraba el último, más viendo que cada vez le embargaba más y más la ocupación interesante a la que consagraba, al parecer, todas sus potencias y sentidos, empecé a silbar la música de una antigua canción irlandesa que la viuda Denison utilizó infinidad de veces para mecer mis sueños de niño. Bob escuchó un momento sin decir nada, pero pronto volvió la cabeza, me vio, se quitó la gorra, y dando vueltas a esta prenda entre sus manos, como si le costase mucho trabajo hacerme una observación, cuya inconveniencia no se le ocultaba, me dijo:

—Con todo el respeto posible quisiera hacerle presente, señor Davys, que siempre he oído decir a personas de más años y de más experiencia que yo, que es muy peligroso llamar al viento, cuando en el horizonte hay un cargamento tan considerable como el que guarda el gran almirante de todas las nubes y pone en este instante a nuestra disposición.

—Lo que quiere decir, mi sempiterno Soplador —contesté riendo—, que mi música no es de tu gusto, y que deseas que me calle, ¿no es eso?

—Yo no puedo dar órdenes a mi superior; antes por el contrario, soy yo quien debo obedecer las suyas, y obedecerlas con gusto, tanto más, cuanto que no he olvidado lo que usted ha hecho por el desventurado David. Sin embargo, en este momento, señor... y eso era lo que me permitía decirle, creo que sería preferible no despertar al viento. Disfrutamos de una hermosa brisa Nornordeste, que creo es lo bastante para cualquier navío honrado que navega con las velas de su gran juanete, sus dos masteleros y su mesana.

—Pero veamos, mi querido Bob —repliqué yo, con intención de hacer hablar a aquel hombre—, ¿qué es lo que te hace presumir que va a cambiar el tiempo? Miro a todas partes, y si se exceptúa aquella faja sombría, todo lo veo puro y brillante.

—Señor John —me dijo Bob, colocando su ancha mano sobre mi brazo—, ocho días bastan ordinariamente a un grumete para aprender a anudar lo que llamamos rizo; pero la vida entera de un marino no es muchas veces bastante para aprender a leer las letras que Dios escribe en las nubes.

—¡Sí, sí! —respondí yo, volviendo a fijar mis miradas en el horizonte—. Veo allá, algo que se cierne como un pajarraco; pero no me parece que sea peligroso.

—Señor John —repitió Bob con gravedad que no dejó de impresionarme—, quien compre aquella nube por una ráfaga o por un ventarrón, podrá,

ganar el mil por uno. Es una tempestad, señor John, una verdadera tempestad.

—Mi querido profeta —repliqué yo, encantado de encontrar tan bella ocasión de aprovechar las lecciones de la experiencia de aquel hombre—, yo hubiese apostado a que, por ahora, no nos amenaza más que una ventisca.

—No ve usted más que una parte del cielo, y por eso forma una opinión tan falsa como sería la del juez que solo a una de las partes escuchase; pero vuelva usted sus miradas hacia el este, señor John, donde aseguro, aunque juro que no le he dedicado una sola ojeada, que pasa algo.

Me volví, atendiendo la indicación de Bob, y, en efecto, vi una línea de nubes que, brotando de la mar semejantes a un archipiélago de islas, clavaban sus cabezas descoloridas en el horizonte opuesto. Ya no podía dudarse que nos encontrábamos, tal como Bob lo había previsto, colocados entre dos huracanes. Sin embargo, como nada podía hacerse hasta tanto que estallase la tempestad, todo el mundo continuaba tranquilo en su puesto, unos charlando, otros jugando y otros paseando. Gradualmente se hizo incierta e intermitente la brisa que movía al buque; se obscureció el día, la mar, de verdosa que estaba, tomó un marcado color de ceniza, y a lo lejos se oía el rodar sordo del trueno. Es la voz de las nubes un ruido que impone silencio a la tierra y al Océano, y, como consecuencia, cesaron todas las conversaciones y reinó un silencio lúgubre, que solo interrumpió el ruido de la vela del juanete que, ora se hinchaba, ora quedaba flácida.

—¡A ver, el de la barra del sobrejuanete! —gritó el capitán al vigía—. ¿Hay noticias de la brisa?

—No ha muerto del todo, mi capitán —contestó el marinero a quien iba dirigida la pregunta—; pero llega convertida en ráfagas, siendo de advertir que cada ráfaga nueva es más débil que la anterior.

—¡Baja! —gritó el capitán.

Obedeció el marinero con prisa que demostraba muy a las claras que no le desagradaba la reducción de las horas de guardia, no tardando en encontrarse entre sus camaradas. El capitán continuó su paseo y se restableció el silencio.

—Me parece —dije a Bob—, que tu camarada se ha engañado. Mira cómo se hinchan las velas y prosigue su marcha el navío.

—Son los estertores de la brisa —murmuró Bob—. Tendremos dos o tres suspiros más, semejantes a este, y morirá definitivamente.

En efecto: tal como acababa de vaticinar Bob, el buque, impelido por el último soplo, navegó próximamente un cuarto de milla más; luego, al cesar la impulsión de la brisa, cabeceó pesadamente y ya no tuvo más movimiento que el que le comunicaba el oleaje.

—¡Todo el mundo al puente! —gritó el capitán.

Inmediatamente vi que salía por las escotillas el resto de la dotación, y que todo el mundo se colocaba en su puesto, dispuesto a obedecer las órdenes que le fueran dadas.

—¡Oh!... ¡Oh!... —exclamó Bob—. Nuestro capitán adopta sus precauciones antes que estalle la tormenta. Me parece que pasará por lo menos media hora antes que el señor viento nos haga saber de qué parte ha decidido soplar.

—¡Vaya! ¡Hasta ha despertado al señor Burke! —dije a Bob—. Mira cómo se levanta.

—El señor Burke dormía como usted y como yo, señor John —murmuró Bob.

—¡Bah! ¿No ves cómo bosteza?

—No siempre es el sueño lo que hace bostezar; si no quiere creerme, pregúnteselo al médico.

—¿De qué otra cosa es indicio el bostezo?

—De que se hincha el corazón... o bien de que se encoge, señor John. No bostezará el capitán... no, pierda usted cuidado... Vea cómo seca el sudor que inunda su frente... que toma un bastón para andar... él, que tiene un paso tan seguro como el que más.

—¿Qué quieres decirme con eso, Bob?

—Nada... Yo me entiendo.

Burke se acercó al capitán, con quien cambió algunas palabras.

—¡Atención! —gritó el capitán.

Esta sola palabra, pronunciada con voz fuerte y entera cuando el silencio era mayor, estremeció a toda la dotación. Después de breves segundos, durante los cuales paseó sus miradas firmes por todas partes para convencerse de que nadie faltaba en su puesto, continuó:

—¡Al agua la cadena del pararrayos! ¡Llenad todos los tanques y alistad las bombas de incendios! ¡Quitad los fulminantes a los cañones! ¡Apagad las luces! ¡Cerrad las portas de las baterías, las postas y las escotillas! ¡Que no circule por el navío la más pequeña corriente de aire!

Retumbó en aquel momento el trueno más cerca, más amenazador, cual si el rayo hubiese comprendido las precauciones que contra él se adoptaban y se hubiera irritado. Al cabo de diez minutos, todas las órdenes dictadas habían tenido exacto cumplimiento, y los marineros ocupaban de nuevo sus puestos.

La mar, mientras tanto, estaba tan tranquila, que parecía un inmenso lago de aceite. Ni un suspiro de aire se dejaba sentir. Pendían tristemente las velas

a lo largo de los palos, el día se entenebrecía más y más, el calor era asfixiante, y sobre nuestras cabezas se extendía un cielo de bronce que parecía gravitar sobre los extremos de nuestros mástiles. Resonaban con ruido siniestro nuestros menores movimientos en medio de aquel silencio de tumba, interrumpido de vez en cuando por el bramar del trueno, sin que hasta entonces pudiera conjeturarse de dónde vendría el golpe. Parecía como si la tempestad, semejante al malhechor, vacilase antes de entregarse a su obra de destrucción. Sobre la superficie de las aguas comenzaron al fin a dibujarse algunas líneas ligeras que los marineros suelen llamar arañazos de gato, y que avanzaban de oriente a occidente. Brotó por el Este una ráfaga luminosa, entre la mar y las nubes, cual si manos prodigiosas hubiesen separado una cortina para dar paso al viento; sonó en las profundidades del Océano un estruendo violento y terrible, se rizó la superficie y se cubrió de espuma, y al fin, cerró por oriente el horizonte una especie de niebla transparente: llegaba la tempestad.

—¡Valor, hijos míos! —gritó el capitán—. El viento sopla de tierra, y tenemos ante nosotros mucho espacio que recorrer antes de llegar a sitio donde no podamos tropezar con escollos... ¡La caña del timón al viento! Volaremos delante de la tempestad hasta que la tempestad se canse de perseguirnos.

La posición del buque, inmóvil desde algunos minutos antes, era la más a propósito para dar rápido cumplimiento a la maniobra ordenada por el capitán. La caña del timón quedó enfilada al viento, y el navío, obediente a la maniobra como el caballo perfectamente domado y amaestrado lo es a las riendas, no se resistió a los esfuerzos del timonel. Dos veces se inclinaron los palos mayores hasta sumergirse sus vergas en la mar, pero las dos volvieron a levantarse con gracia encantadora. Al fin, las velas tomaron el viento perpendicularmente o en ángulo recto y el navío saltó sobre las olas semejante al trompo perseguido por el látigo del escolar, corriendo más veloz que sus perseguidoras, que reventaban por su popa sin llegar a alcanzarle.

—Sí... sí —murmuró Bob, como hablando para sí—. El *Tridente* es un precioso velero, difícil de alcanzar, y el capitán le conoce tan bien como una nodriza pueda conocer al niño que amamanta. Hermosa lección tiene usted ocasión de aprender hoy, señor John —repuso volviéndose hacia mí—; pero aprovéchela usted pronto, porque tendrá muy poca duración. O soy muy corto de vista, o estamos en los comienzos de la tempestad. ¿Cuántos pies por segundo calcula usted que recorre el viento, señor John?

—De veinticinco a treinta.

—¡Muy bien calculado! —exclamó Bob, palmeteando con sus anchas manos—. No puede pedirse más a quien entabló relaciones con la mar hace escasamente dos semanas. Lo que tal vez no haya visto usted es que la velocidad del viento aumenta por momentos y que, probablemente, concluirá por vencernos en la carrera.

—¡Bah! ¡Cargaremos más trapo!

—¡Hum! Hemos cargado todo el que podemos cargar... Vea usted aquel palo que se dobla como una varilla de sauce... Es contentar a Dios descargar sobre la madera, que no tiene uso de razón, responsabilidad tan grande.

—¡Izad el pequeño foque y la mesana superior! —ordenó el capitán, con voz que dominó el estruendo de la tempestad.

Fue ejecutada la maniobra ordenada con la misma precisión y serenidad que si el navío hubiese estado navegando tranquilamente a seas nudos por hora, velocidad que, en realidad de verdad, aunque no tranquilamente, hacia el navío antes de la maniobra, y que aumentó después de esta. Sin embargo, como quiera que el aumento de velamen hacía hociocar al navío, hubo momentos en que, de tal suerte hundió la proa en las ingentes montañas que hendía como un Leviatán, que todos los hombres situados en la mitad delantera del buque se encontraron metidos en el agua hasta la cintura. El navío volvió a levantarse semejante al caballo generoso que, después de arrodillarse, se alza arrogante, sacudiendo las crines, y prosigue su carrera con mayor rapidez que antes.

No obstante los siniestros vaticinios de Bob, la embarcación continuó avanzando por espacio de una hora poco más o menos, sin que su arboladura sufriera la avería más insignificante. La tempestad, conforme se había previsto, redoblaba su violencia, llegando esta a tal extremo, que la velocidad de las olas excedió a la del navío. Una ola terrible, inmensa, grande como una montaña, pasó sobre la popa y fue a reventar en el puente. Se abrieron al propio tiempo las nubes, que parecían apoyadas sobre las puntas de los palos, y dejaron ver un cielo rojizo, encendido como el cráter de un volcán. Sonó un estruendo semejante al que producirían mil cañones disparados a la vez, una serpiente de fuego se enroscó en el contrajuante, resbaló por el palo, siguió la cadena conductora y fue a perderse en el mar.

Siguió a la formidable explosión un momento de silencio lúgubre, pavoroso, como si la misma tempestad, agotadas sus energías, se hubiese calmado. Aprovechó el capitán aquel momento de respiro, durante el cual la llama de una antorcha hubiese subido perpendicularmente al cielo, y, en medio del estupor general, tronó:

—¡A la capa, hijos míos! ¡Cargad todas las velas, hasta el último guiñapo, desde la proa hasta la popa! ¡Gente a las jarcias de los masteleros! ¡Los masteleros a todo trapo, señor Burke!... ¡Todo el mundo a la maniobra!... ¡Lo que no podáis desatar, picadlo!

Imposible reflejar la impresión que en la marinería, ya harto desanimada, produjo aquella voz vibrante, que parecía salir de la garganta del rey de los mares. Todos nos lanzamos a la maniobra, trepando a las jarcias envueltas en una atmósfera saturada de los gases del rayo. En un momento se desplegaron al viento cinco o seis velas que produjeron el efecto de nubes descendidas del cielo. Jaime y yo nos encontramos reunidos sobre el mastelero mayor.

—¡Hola!... ¿Es usted, señor John? —me dijo—. No esperaba yo que hubiéramos de continuar nuestra visita con tiempo tan hermoso.

—¿Quiere usted que sea yo quien le haga los honores de la arboladura, de la misma manera que usted me hizo los de los sollados? —pregunté riendo—. Veo en lo alto del palo una vela que, la muy bribona, no ha querido bajar con las otras y que parece que está pidiendo a gritos que la aferremos.

—La tempestad se encargará de abatirla sin nuestra intervención: créame usted, señor John, vámonos de aquí cuanto antes.

—¡Todo el mundo al puente, excepto un solo hombre que deberá, picar esa vela de lo alto del mastelero mayor! ¡Al puente todo el mundo!

No se hicieron repetir la orden los marineros; todos resbalaron deslizándose a lo largo de los aparejos, de lo que resultó que me encontré solo sobre el mastelero mayor. Intenté ganar la barra del juanete; pero antes de llegar hasta ella, nos alcanzó la borrasca. Vi sobre mi cabeza la vela, hinchada como un globo y amenazando arrancar de cuajo el mástil, y me lancé con cuanta rapidez me fue posible al centro de aquel horrible remolino. Sujetándome con una mano a la barra del juanete, suspendido sobre el abismo y agitado mi cuerpo de una manera espantosa por el huracán, desenvainé con la otra mi puñal y comencé a picar la gruesa cuerda que sujetaba a la verga una de las puntas de la vela. Larga hubiese sido la tarea de no haber venido en mi ayuda la violencia del viento, pero apenas había cortado la tercera parte del grueso de la cuerda, cuando saltó esta con estrépito; el lienzo, retenido solamente por las vergas del juanete, flotó un momento sobre mi cabeza semejante a inmensa sábana, sonó entonces un crujido, y vi que el viento la arrastraba a lo profundo del cielo. En él mismo instante sufrió el navío una sacudida horrorosa y me pareció oír, dominando los rugidos de la tempestad, mi nombre pronunciado por el señor Stanbow. Una ola enorme acababa de acometer al navío por un costado; sentí que se recostaba este como un animal

herido, me aferré con las fuerzas de la desesperación a las jarcias... ¡Horror! Los mástiles se inclinaron hacia el mar, que sentí hervir junto a mi cabeza... Me dominó el vértigo, en mis oídos resonaba mi nombre pronunciado por el abismo movible que me tragaba, las manos y los pies no me bastaban para sostenerme, y clavé mis dientes a las cuerdas, y cerré los ojos, y hasta creí sentir en mi cuerpo la frialdad mortal del agua... Me engañaba: era demasiado bravo el *Tridente* para sucumbir al primer golpe. Observé que se levantaba, abrí de nuevo los ojos, y vi, delante de mí; muy cerca, el puente y los marineros. Solté la cuerda a que estaba aferrado y *caí* entre el señor Stanbow y el segundo, sobre el castillo de popa, cuando todo el mundo me consideraba perdido sin remedio. El capitán me estrechó la mano antes de dar al olvido el peligro que acababa de correr; en cuanto al señor Burke, se contentó con hacerme un saludo militar, pero sin dirigirme la palabra.

La nueva maniobra a que había recurrido el capitán, en vista de la rapidez del huracán, consistía en capear la tempestad en vez de huir ante ella. Precisaba para ello virar en redondo, a fin de no presentar la popa, sino la proa a la mar y al viento. Durante la virada, un golpe de mar que sorprendió al barco de través fue la causa de la curva graciosa que describí en el aire y que me valió el apretón de manos del capitán.

No había perdido el tiempo el señor Stanbow: en vez de las grandes velas, que momentos antes cubrían todo el navío, no desplegó más que el pequeño foque y el foque de mesana, amén de una vela latina que izó en lo alto del palo de mesana. Poco peligro corríamos de embarcar agua mientras navegásemos con las velas indicadas, siempre que cuidáramos de no presentar nuestro costado al viento. La maniobra mereció la aprobación incondicional de Bob, quien después de felicitarme por el feliz resultado que había tenido mi viaje aéreo, tuvo la bondad de demostrarme la excelencia de aquella disposición y de explicarme su causa. Según él, había pasado la fase más violenta del huracán, y no tardaría mucho en convertirse el recio ventarrón en brisa decidida. Si tenía lugar el cambio de viento anunciado, bastaría izar la mesana o la vela mayor para reconquistar el tiempo perdido.

Sucedió precisamente lo que Bob había previsto. Aunque las olas bramaban con la furia de antes, lo más recio de la tormenta había pasado: hacia el final de la tarde sopló viento oestenoeste, que recibimos con arrogancia por estribor, y al día siguiente por la mañana, seguíamos el derrotero del que la víspera nos alejara la tempestad.

Por la noche cruzábamos frente a Lisboa, y al amanecer del siguiente día, avistamos las costas de África y de Europa. Ofrecen un aspecto encantador

aquellas dos costas, ambas abruptas y abundantes en montañas coronadas de nieve. La de España presenta infinidad de pueblos desparramados, de aspecto morisco, que no parece sino que un día, después de haber sido edificados en África, tuvieron la caprichosa idea de cruzar el estrecho y dejaron desierta la costa opuesta. Toda la dotación subió al puente para disfrutar de espectáculo tan soberbio. Busqué entre los marineros a David, a quien hacía cuatro días que tenía olvidado: era el único que había permanecido en cubierta, insensible, indiferente a todo. Tres horas más tarde dábamos fondo bajo las baterías del fuerte, a las que saludamos con veintiún cañonazos, cortesía que fue contestada con otros tantos.

XI

NO ES GIBRALTAR una ciudad, sino una fortaleza, cuya disciplina severísima comprende al elemento civil lo mismo que al militar. Su importancia, pues, la debe exclusivamente a su posición militar: el mundo entero la conoce como tal, y por tanto, no volveré a hablar de ella.

Después de dejar en tierra a su nuevo gobernador, debíamos esperar, fondeados, las órdenes del Gobierno. El capitán Stanbow, con su bondad habitual, a fin de hacernos menos tediosa la espera, permitía diariamente que saltase a tierra la mitad de la dotación. Pronto trabamos relaciones con algunos oficiales de la guarnición, los cuales nos presentaron en las casas donde ellos eran recibidos. Esta distracción, juntamente con la que nos proporcionaba la rica biblioteca de la fortaleza, y algunos paseos a caballo por los alrededores de la población, constituían todas nuestras diversiones. Mi amistad con Jaime se había hecho estrecha y verdadera: ambos disfrutábamos juntos de los pocos placeres que Gibraltar puede proporcionar, y como quiera que él no contaba con otros ingresos que con su paga de guardia marina, procuraba yo siempre que pesase sobre mi bolsillo la porción más importante de nuestros gastos, dejando ante todo, como es natural, su delicadeza a salvo. Digo esto, porque alquiló dos hermosos caballos árabes por todo el tiempo que hubiera de durar nuestra estancia en aguas de Gibraltar, y Jaime, aprovechando aquella prodigalidad ficticia, montaba uno.

Un día, en ocasión en que dábamos uno de nuestros paseos, observamos que un águila se había abatido sobre un caballo muerto y que —lo diremos aun exponiéndonos a desagradar a los poéticos historiadores de tan noble ave— devoraba con muestras de tal voracidad aquella carne putrefacta, que me dejó acercarse a una distancia de menos de cien pasos. Había yo visto a nuestros labriegos, cuando encontraban en el campo alguna liebre encamada, recurrir a un medio de sencillísima ejecución y seguro resultado para cazarla. Consiste ese medio en girar en torno del animal, estrechando cada vez más el círculo, hasta llegar a pasar a distancia tan corta, que sea fácil matarlo de un palo. La inmovilidad de la reina de los aires me sugirió la idea de intentar la misma prueba. Llevaba yo en mis pistoleras excelentes pistolas de tiro de Mentón; amartillé una y giré en derredor del águila con cuanta rapidez podía sostener mi caballo, puesto a galope, mientras Jaime, inmóvil en el sitio donde le había

dejado, contemplaba la prueba moviendo con aire de duda la cabeza. Sea que el procedimiento ejerza cierta especie de fascinación que encadene al animal en el sitio en que se encuentra, sea que el águila hubiese abusado de su impulso gastronómico hasta el punto de encontrar dificultades para volar, lo cierto fue que me dejó llegar a distancia de veinticinco pasos. Detuve entonces bruscamente mi caballo y me dispuse a hacer fuego; intentó alzar el águila el vuelo al ver comprometida su vida; pero, antes que perdiera tierra, disparaba yo y le rompía un ala.

Jaime y yo lanzamos al unísono dos gritos de alegría y echamos pie a tierra para apoderarnos de nuestra presa, pero lejos estábamos de pensar que quedaba por hacer lo más difícil de la empresa, pues el ave herida se había aprestado a la defensa y no parecía dispuesta a rendirse sin combate. Me hubiese sido fácil matarla; pero teníamos la pretensión de cogerla viva para presentarla en el barco. Dimos, pues, principio a un ataque en regla. Jamás he visto actitud tan hermosa y tan altiva como la de la reina de los aires, mientras avizoraba con su poderosa mirada nuestras disposiciones de ataque. Fue nuestro plan primero agarrarla por el centro del cuerpo; ponerle la cabeza bajo el ala y llevárnosla ni más ni menos que si fuera un pollito dormido; pero dos o tres picotazos recibidos, uno de los cuales produjo a Jaime una herida bastante importante en la mano, nos obligaron a recurrir a otros medios. Nuestros pañuelos de bolsillo hicieron el gasto; con el mío hicimos el tocado de la cabeza del águila y con el de Jaime inmovilizamos sus garras. Terminadas felizmente estas dos operaciones, sujetamos con mi corbata las alas al cuerpo, y luego, amarrada al arzón de mi silla el ave, vendada como una momia de Ibis, regresamos a Gibraltar, orgullosos de la presa hecha. En el puerto nos esperaba el bote que nos condujo a bordo en triunfo.

Como quiera que habíamos hecho señales indicando que éramos portadores de algo extraordinario, en lo alto de la escala nos esperaban todos los que a bordo del navío se encontraban. Lo primero que hicimos fue *reclamar* la intervención del médico para proceder a la amputación. Separamos la venda que retenía el ala herida; pero como resultaba muy difícil, dados los vendajes que medio ocultaban al águila, distinguir entre esta y un pollo de Indias, el doctor declaró que la función para la que reclamábamos sus servicios era de la incumbencia del cocinero, y no de la suya. Hubimos de recurrir a este, quien, menos orgulloso que el médico, practicó la operación quirúrgica en un abrir y cerrar de ojos.

Terminada la operación, desatamos las garras del águila, dejamos su cabeza al descubierto y conseguimos que todos los presentes saludaran con

gritos de admiración al noble prisionero que habíamos hecho. Este fue instalado a bordo desde aquel instante, con autorización del capitán: ocho días más tarde, *Nick*, que tal nombre le dimos, estaba tan domesticado como una cotorra.

En Plymouth había dado yo una prueba de habilidad dirigiendo la expedición a Walsmouth; la di de valor durante la tempestad, cortando la vela del mastelero mayor, y acababa de dar otra de destreza, rompiendo de un pistoletazo el ala al águila, que era lo único que me faltaba para que a bordo del *Tridente* no me consideraran ya como un niño ni como un novato. Desde aquel día, todo, el mundo me tuvo por hombre y por marino.

El señor Stanbow no dejaba de dispensarme todo el cariño que podía sin mortificar a mis camaradas, mientras que en los sentimientos del señor Burke parecía hacer los mismos progresos, pero en sentido inverso. Verdad es que era una desgracia que me ayudaban a sobrellevar, mejor dicho, que compartían conmigo, todos mis camaradas y todos los oficiales que, como yo, pertenecían a la aristocracia. Necesitaba hacer lo que hacían todos ellos: consolarme. Redoblé mi actividad en el cumplimiento de mis deberes, y como quiera que, mientras permanecimos fondeados, ningún motivo di al señor Burke para que me castigara, hubo de dejar para mejor ocasión la buena voluntad que de hacerlo tenía.

Casi un mes hacía que estábamos en Gibraltar en espera de las instrucciones que debían llegarnos de Inglaterra, cuando el vigía nos señaló un buque que maniobraba para entrar en el puerto. Ocurrió esto a los veintinueve días de estancia en rada. Reconocimos en el buque en cuestión *La Salsette*, fragata de cuarenta y seis cañones al servicio de Su Majestad Británica, y desde luego supusimos que era portadora de las instrucciones que esperábamos. La alegría que experimentamos fue indescriptible, pues todos nos cansábamos ya de la vida que en Gibraltar llevábamos. No nos engañamos en nuestras conjeturas: aquella misma tarde, el capitán de la fragata llevaba a bordo del *Tridente* los despachos tanto tiempo deseados. Además de la correspondencia oficial, trajo varias cartas particulares, una de ellas dirigida a David. El señor Stanbow, que hizo personalmente la distribución, me la confió para su entrega al destinatario.

Durante los veintinueve días de permanencia en rada, ni una sola vez había aprovechado el infeliz barbero el permiso concedido a toda la marinería de saltar a tierra. No obstante las instancias de Bob y de sus camaradas, permaneció invariablemente a bordo, mudo y sombrío, bien que cumpliendo su servicio con inteligencia y exactitud bastantes para honrar a cualquier

marinero de profesión. Le encontré en el pañol de lienzos, remendando la vela mesana, que había sufrido algunas averías durante la tempestad, y le entregué la carta. No bien reconoció la letra del sobre, lo abrió con, una prisa, que indicaba bien a las claras la importancia que a la misiva concedía. Vi que palidecía intensamente a las primeras líneas de lectura; sus labios temblorosos quedaron tan blancos como el papel que estaba leyendo, y de su cabeza comenzaron a brotar gruesas gotas de sudor que bajaban rodando por su rostro. Leída la carta, la dobló y guardó en el pecho.

—¿Qué le dice esa carta, David? —pregunté con interés.

—Nada que no esperase —respondió—, sin embargo, me parece que le ha afectado vivamente.

—Por preparado que esté uno para recibir el golpe, este duele siempre cuando descarga.

—David... ¿por qué no deposita usted su confianza en un amigo?

—No hay amigo que pueda ya hacer nada por mí. Crea usted, sin embargo, que con toda mi alma le agradezco el interés que me demuestra, y que nunca olvidaré lo que usted y el capitán han hecho por mí.

—¡Vamos, David... valor!

—Bien ve usted que no me falta —respondió, tomando de nuevo la vela que remendaba y prosiguiendo su labor.

Era verdad, valor tenía, no puede negarse, pero era el valor de la desesperación el que le animaba, no el de la resignación. Volví a encontrar al capitán presa de una tristeza que me era imposible dominar, tristeza que me embargaba cuantas veces entraba en contacto con aquel desventurado. Iba a comunicar al capitán los temores que me inspiraba David, cuando aquel, sin darme tiempo, me dijo:

—Voy a darle una noticia que seguramente le alegrará; mañana zarpamos con rumbo a Constantinopla, con objeto de apoyar, con nuestra presencia, las reclamaciones que nuestro embajador, el señor Adair, debe presentar, de parte de nuestro Gobierno, al de la Sublime Puerta. Va usted a visitar a Oriente, la tierra de *Las mil y una noches*, que era su sueño dorado, y va usted a verla, tal vez, a través del humo de los cañones, circunstancia que supongo que no le restará poesía a sus ojos. Haga usted saber esta decisión a la dotación, y que todo el mundo se apreste a aparejar al rayar el día.

El capitán había adivinado lo que pasaba en mi alma. Nada podía serme más agradable que la nueva que me comunicó, que no tardó en disipar todos los demás pensamientos que se agitaban en mi espíritu. Sin pérdida de momento transmití al segundo de a bordo las órdenes relativas a la marcha.

Olvidaba decir, que desde la aventura de David, el capitán rara vez se dirigía directamente a su segundo, siendo yo, por regla general, su intermediario: el señor Burke no había podido menos de notar el cuidado que el capitán ponía en evitar su persona, lo que ciertamente no fue parte a que me tratara con mayor amabilidad. En esta ocasión, como en todas, como quiera que yo, hablando con él, me atenía a las formas respetuosas de la disciplina más severa, me contestó con atención fría y forzada y no hablamos más.

Aparejamos aquella misma noche, y como sopló un viento favorable, nos hicimos inmediatamente a la vela. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, perdíamos de vista la tierra. Acababan de relevar el primer cuarto de la tarde, del que yo formaba parte, y me disponía a desnudarme, cuando sonó ruido de carreras precipitadas hacia el castillo de popa y llegó hasta mí el terrible grito de «¡Al asesino!». Subí corriendo al puente, para encontrarme con un espectáculo pavoroso, que estaba muy lejos de esperar: David, empuñando un cuchillo tinto en sangre, se debatía entre cuatro vigorosos marineros, mientras el teniente Burke, a quien habían quitado la levita, mostraba una ancha herida que acababa de recibir en lo alto del brazo izquierdo. Por intensa que fuera la estupefacción que me produjo la escena, el hecho era demasiado positivo para que pudiera dudar un solo instante: David había herido a Burke. Por fortuna, este, advertido por el grito de un marinero que vio brillar en el aire la hoja del cuchillo, recibió en el brazo la herida que iba dirigida al corazón. Quiso David secundar el golpe, pero Burke le aferró la muñeca, llegar ron marineros en su socorro, y el agresor fue sujetado. Casi al mismo tiempo que yo, llegaba al puente el señor Stanbow, quien fue testigo de la misma escena. Me sería imposible encontrar palabras capaces de dar una idea de la expresión de dolor que reflejó el rostro venerable de aquel digno anciano a la vista de lo que acababa de suceder. Desde el fondo de su corazón, había dado siempre la razón a David en todos los incidentes sobrevenidos desde su estancia a bordo, y como consecuencia, la culpa a Burke; pero en esta ocasión, nada podía excusar ni atenuar semejante violencia. Se trataba de un asesinato, de un asesinato verdadero, con premeditación y alevosía. El capitán mandó encerrar a David en el fondo de la cala, cargado de cadenas, y convocó el Consejo de guerra para dos días después.

En la noche que precedió a la reunión del Consejo, me hizo llamar el señor Stanbow para preguntarme si conocía algunos detalles particulares a propósito del desdichado asunto, y si había llegado a mi noticia que David hubiera sido de nuevo víctima de algún mal trato por parte de Burke. Como nada sabía yo que no supiese el capitán, me fue imposible facilitarle ningún

dato. Sin embargo, intenté recordarle las injusticias de que el culpable había sido víctima, a lo que contestó el capitán moviendo tristemente la cabeza. Me ofrecí entonces a bajar a la cala para procurar obtener de David datos que esclarecieran el asunto; pero lo que yo proponía pugnaba con la ley que regula la marcha de los procedimientos: David debía permanecer incomunicado hasta el momento de comparecer ante el Consejo.

Al día siguiente, después del baldeo, es decir, a las diez de la mañana, se reunió el Consejo de guerra en la gran cámara. En el centro se alzaba una mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre la mesa había una Biblia. Los jueces se sentaron dando frente a la puerta. Componían el Consejo el capitán, dos tenientes, el contraamaestre y Jaime, quien como guardia marina más antiguo, debía asistir a las deliberaciones. A uno y otro lado de la mesa, estaban el capitán de armas y el oficial; encargado de la acusación, los dos descubiertos y el primero con la espada desnuda. Sentados los jueces, fueron abiertas las puertas de par en par para dar paso a los marineros, que formaron en la especie de hemiciclo que les había sido reservado. El herido quedó en su camarote.

Trajeron al prisionero, que estaba pálido, pero perfectamente tranquilo. Todos nos estremecimos a la vista de aquel desventurado, a quien fueron a arrancar violentamente de la vida obscura, pero feliz que llevaba, y que, descuajado del centro de sus afecciones, fue a estrellarse, ciego o insensato, contra un crimen. En el caso de que se trataba, los mismos llamados a aplicar la ley comprendían, en el fondo de su alma, que no siempre la ley es expresión del derecho, y sin embargo, pese al sentimiento que vibraba al unísono en todos los corazones, aquel hombre, autor de un crimen, es verdad, pero a cuya desventura todos habíamos contribuido, se encontraba allí, con un pie en la sepultura, sin que nosotros, a pesar de la lástima que nos inspiraba, pudiéramos hacer otra cosa que acabarle de hacer caer en la fosa. Ya antes que entrase el reo reinaba en la cámara un silencio lúgubre, durante el cual no cabe dudar que los pensamientos expresados tomaron forma en las mentes de cuantos asistíamos a aquella escena imponente, pues todos los semblantes reflejaban tristeza y severa piedad a la vez.

El capitán, después de sentado el reo, puso fin al silencio para preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

—David Munson —contestó el culpable, con voz más entera que el mismo que le interrogaba.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y nueve años y tres meses.

—¿Dónde nació?

—En el pueblo de Saltash.

—David Munson: se le acusa de haber intentado asesinar, la noche del 4 al 5 de diciembre último, al señor Burke.

—La acusación es cierta, señor.

—¿Qué motivos le impulsaron a la comisión de semejante crimen?

—En parte los conoce usted, señor Stanbow. No molestaré al Consejo refiriendo los que de todos son conocidos; pero sí explicaré los otros.

El acusado sacó un papel del pecho y lo colocó sobre la mesa. Yo reconocí inmediatamente la carta que tres días antes le había entregado en Gibraltar. La tomó el capitán y la leyó con visible emoción; luego la pasó a su vecino, quien la leyó a su vez, circulando de esta suerte la carta de mano en mano hasta llegar al último, quien, después de leída, la dejó sobre la mesa.

—¿Qué dice esa carta? —preguntó el oficial acusador.

—Dice, señor —respondió David—, que mi mujer, al quedar viuda, en vida mía, con cinco hijos, tuvo necesidad de vender cuanto poseíamos para dar de comer a estos, y luego, se ha visto precisada a mendigar. Un día que la caridad pública cerró los oídos a su voz, como llorase sus hijos, presa de los tormentos del hambre, robó un pan. Como gracia especial y en vista de las circunstancias atenuantes que en el caso concurrían no la ahorcaron, pero la han condenado a reclusión perpetua, y mis hijos han sido encerrados como vagabundos en un hospicio. Eso es lo que la carta dice... ¡Oh, hijos míos... desventurados hijos míos! —exclamó David, exhalando un sollozo tan desgarrador e inesperado, que hizo asomar las lágrimas a los ojos de todos—. ¡Oh! Todo se lo habría perdonado, que de buen cristiano me precio, y el cristiano debe perdonar; repito que se lo habría perdonado todo, lo juro por la Biblia que veo sobre esa mesa, señores; le habría perdonado que me arrancase de mi patria, de mi país, de mi familia; le habría perdonado que me haya hecho azotar como a un perro... le habría perdonado todo lo que pudiera significar tormentos sufridos por mí... Pero la deshonra de mi mujer y de mis hijos... ¡Mi mujer en una cárcel y mis hijos en el hospicio!... ¡Oh! Cuando recibí esa carta, creo que todos los demonios del infierno entraron a una dentro de mi pecho... en mis oídos solo un grito resonaba... un grito repetido por mil voces a la vez: ¡Venganza! ¡Y ahora, señores, en este momento, frente a la muerte, próximo a comparecer ante Dios, juro que solo siento una cosa: haber errado el golpe!

—¿No tiene usted nada más que decir? —preguntó el capitán.

—Nada, señor Stanbow... mejor dicho: una súplica quisiera hacerle, y es que no me dejen languidecer mucho tiempo. Mientras me quede un soplo de vida, tendré ante mis ojos el cuadro de mi mujer en la cárcel y de mis hijos en el hospicio... Comprenderán ustedes, señores, que es preferible mil veces que muera y que, cuanto más pronto sea, mejor.

—Retiren al prisionero —ordenó el capitán, con voz que en vano intentó hacer firme.

Dos soldados de marina salieron con el prisionero. Mandaron que saliéramos inmediatamente todos los que presenciábamos el acto, porque el Consejo iba a deliberar, pero quedamos a la puerta de la cámara esperando emocionados el resultado. Tres cuartos de hora más tarde salía el capitán de armas llevando en la mano un papel firmado por los cinco que componían el Consejo: era la sentencia de muerte de David Munson.

No por ser universalmente esperado el terrible fallo dejó de producir una impresión dolorosa y profunda. De mí puedo decir que resurgió en mi pecho, más violento que nunca, el movimiento de remordimientos que ya había experimentado más de una vez. Ciertamente que ninguna culpa había tenido en la violencia hecha a David, más no lo es menos que tomé parte principal en la funesta expedición que ocasionó su ruina. Volví la cabeza para ocultar mi emoción y vi detrás de mí a Bob, quien, más franco que yo en la expresión de su dolor, no intentaba ocultar las dos lágrimas que resbalaban silenciosas por sus curtidas mejillas.

—Señor John —me dijo—; ha sido usted siempre la Providencia del pobre David: ¿va usted ahora a abandonarle?

—¿Qué puedo hacer en su obsequio, Bob? ¿Sabes de algún medio de salvarle? Si lo sabes, dímelo, que yo lo intentaré, aun cuando para ello haya de poner en riesgo mi vida.

—¡Oh... sí... sí!... —murmuró Bob, resoplando con toda la fuerza de sus pulmones—. Sí... ya sé que es usted un joven de gran corazón... Pues bien... se me ha ocurrido una idea... ¿No podría usted hacer que toda la dotación, del navío se presentara en masa al capitán y pidiera su indulto? Usted sabe muy bien, señor John, que es muy bueno... muy misericordioso...

—¡Triste esperanza, Bob, si no tienes otro medio que el propuesto! Mas no importa, tienes razón; hay que intentarlo todo, hasta lo desesperado. Habla a la marinería, Bob; nosotros, que gozamos consideración de oficiales, no podemos hacerlo.

—¿Pero puede usted encargarse, verdad... de transmitir al comandante la súplica de sus viejos marineros? ¿Verdad que puede usted decirle que la

súplica que le hace representa el anhelo ferviente de los hombres que a todas horas están dispuestos a morir por él?

—Sobre ese particular, todo lo que quieras, Bob: arregla tú lo de tus camaradas.

La proposición de Bob fue recibida por sus compañeros con gritos de alegría. Jaime y yo fuimos los encargados de llevar al capitán la petición de indulto del reo solicitada por la dotación.

—Y ahora, amigos míos —pregunté yo—, ¿no os parece que deberíamos suplicar al señor Burke que se pusiera al frente de la comisión que ha de presentar la súplica al capitán? Ha sido él la causa ocasional de todas las desventuras del condenado; ha sido él la víctima del atentado. Si su pecho encierra un corazón de hombre, será más elocuente él que el más elocuente de nosotros.

Mi proposición fue acogida con un silencio lúgubre. Era, empero, tan natural, que nadie osó rechazarla. Oyéronse, es verdad, algunos murmullos de duda: Bob bajó la cabeza y respiró con la fuerza de una fragua gigantesca. Jaime y yo resolvimos hacer la tentativa cerca de nuestro segundo.

Le encontramos paseando agitado por su cámara, rasgada de arriba abajo la manga de su levita y con el brazo en cabestrillo. Me bastó mirarle para comprender que le dominaba la agitación, lo que no impidió que, tan pronto como nos vio, reapareciera inmediatamente en su rostro la frialdad sombría y severa que era la expresión habitual de su fisonomía. Hubo un momento de silencio, consecuencia de haberle nosotros saludado sin dirigirle la frase de rigor y de clavar él en nosotros una mirada que pareció querer leer en el fondo de nuestro pensamiento. Al fin tomó él la palabra.

—¿Puedo saber, caballeros, a qué debo el honor de su visita?

—Al deseo de proponerle una acción buena y grande, señor Burke.

Sonrió con amargura. Comprendí lo que pasaba en su interior apenas vi la sonrisa, más no por ello dejé de proseguir en esta forma:

—¿Sabe usted que David ha sido condenado a muerte?

—Sí, señor: por unanimidad.

—Confieso que la sentencia es justa, caballero, pues un solo hombre había en el navío que pudiera alzar su voz en favor del reo, y ese hombre no debía asistir al Consejo. Pero ahora que ha sido dictada la sentencia ahora que la justicia ha vindicado sus fueros, ¿no cree usted que debe comenzar la misericordia?

—Estoy escuchando, caballero; nuestro santo capellán no hablaría mejor que usted... Adelante.

—La marinería ha tenido la humanitaria idea de enviar al capitán una comisión encargada de solicitar el indulto de David; nos ha designado a Jaime y a mí para realizar sus deseos; pero nosotros hemos pensado, señor Burke, que carecemos de derecho para usurpar una misión que seguramente se había usted reservado para sí.

Por los labios pálidos y delgados del teniente vagó una de aquellas sonrisas desdeñosas de las que parecía tener el monopolio.

—Tienen ustedes razón, señores —contestó—. Si la víctima del crimen hubiera sido la persona del último contraamaestre, si el asunto no me afectase personalmente, me encontrarían ustedes inflexible, como sería mi deber; pero desde el momento que fui yo el objeto del atentado, el asunto varía radicalmente. Dada la posición excepcional en que me ha colocado el cuchillo asesino de su protegido de ustedes, puedo, en efecto abandonarme a las inspiraciones de mi corazón... Síganme, señores, que con placer especial les presentaré al capitán.

Nos miramos Jaime y yo sin pronunciar palabra. El señor Burke acababa de mostrarse el que había sido siempre: un hombre que se manda a sí mismo con la sequedad misma con que manda a los demás, un hombre cuyo rostro, en vez de ser el espejo del alma no es más que la recia puerta de la prisión donde aquella está encerrada.

Entramos en la cámara del capitán, a quien encontramos sentado, o, mejor dicho, recostado sobre el montaje del cañón de babor, sumido, al parecer, en profunda tristeza. Al vernos, se levantó y dio un paso hacia nosotros. Tomó la palabra el señor Burke y le expuso el motivo de nuestra visita.

Debo confesar que no se hubiera expresado mejor un abogado; pero su discurso fue una pieza oratoria sin nada de súplica. Ni una palabra de esas que brotan del corazón vino a refrescar la aridez de las que lentas, frías, metódicas, salieron de sus labios. Ignoraba yo cuáles fueran las disposiciones del capitán; más desde luego comprendí, al escuchar su petición, que forzosamente debía ser denegada. La respuesta fue tal como la esperábamos, pero con una agravante: cual si la intervención del primer teniente hubiera secado en el fondo del corazón del señor Stanbow los ricos manantiales de su sensibilidad, su voz adoptó un acento de sequedad que jamás había yo observado en ella. En cuanto a sus palabras, ofrecían el mismo carácter oficial que les hubiese dado quien supiera que habían de llegar a oídos del Almirantazgo.

—Si yo viera un medio de dulcificar el rigor de la ley —respondió—, accedería con toda mi alma a los deseos de la dotación, sobre todo,

habiéndome sido presentados por usted, señor Burke; pero no ignora usted que deberes superiores me obligan a cerrar los Oídos a su súplica. Los intereses del servicio exigen que un crimen tan grave como el cometido por ese desdichado sea castigado con todo el rigor del código militar: la conveniencia pública jamás debe ceder a la influencia de los sentimientos privados, y sabe usted perfectamente, señor Burke, que yo me comprometería gravemente si mostrase la menor indulgencia en un asunto que tan íntimamente interesa al mantenimiento de la disciplina militar.

—Le ruego, señor Stanbow —tercié yo—, que no olvide la posición excepcional del desventurado David, la violencia, legal tal vez, pero violencia al fin, y desde luego injusta, que le hizo marinero. Acuérdesse de lo mucho que ha sufrido el infeliz, y en nombre de la misericordia divina, perdone usted, como perdonaría Dios.

—Dios a nadie debe cuenta de sus fallos, caballero, y por lo mismo que es Todopoderoso, puede ser Todomisericordioso; pero yo he recibido las leyes, que otros han dictado; no soy más que ejecutor de las mismas, y esas leyes serán ejecutadas, caballero.

Quiso Jaime abrir la boca; pero el capitán le impuso silencio con un gesto.

—No nos resta, mi capitán, más que rogarle que nos perdone —dijo Jaime con, el corazón oprimido y la voz temblorosa.

—Y yo les perdono gustoso, caballeros —respondió el capitán, con voz dulce—, porque no puede disgustarme que, dando oídos a la voz de sus corazones, hayan manifestado un deseo generoso... que es también el mío, pese a mi negativa. Retírense, pues, señores, y dejen conmigo al señor Burke. Hagan ver a la dotación el sentimiento que me produce no poder acceder a sus deseos unánimes, y anuncien que la ejecución de la sentencia tendrá lugar mañana al mediodía.

Saludamos y salimos, dejando solos al capitán y al teniente.

—¿Qué hay? —gritaron todos a coro, al vernos salir.

Movimos tristemente la cabeza, porque ni valor temamos para hablar.

—¿Conque no han conseguido nada, señor John? —balbuceó Bob.

—Nada, mi querido Bob. Ya lo único que David debe hacer es prepararse para la muerte.

—Es lo que hará, como buen cristiano que es, señor John.

—Así lo espero, Bob.

—¿Cuándo será la ejecución?

—Mañana al mediodía.

—¿Me permitirán verle de aquí a entonces?

—Pediré para ti el permiso oportuno al capitán.

—¡Muchas gracias, señor John, muchas gracias! —exclamó Bob, apoderándose de una de mis manos e intentando llevarla a sus labios.

—¡Y ahora, amigos míos —dije—, cada cual a su ocupación y... valor!

Todos obedecieron con la sumisión pasiva y pronta que les era habitual. Cinco minutos más tarde, de no haber sido por la tristeza y el silencio que reinaban a bordo, circunstancia que daba al navío aspecto de buque fantasma, parecía que nada había ocurrido.

Yo comprendía que pesaba sobre mí una obligación de conciencia que estaba en el deber de cumplir: había tomado parte principal en la expedición que dio por resultado la conducción violenta de David a bordo del *Tridente*, y, desde el día que vi el curso fatal que seguían las cosas, no cesé de experimentar remordimientos. Bajé, pues, a la cala y mandé que me abrieran el calabozo donde David estaba encerrado. Le encontré sentado sobre un banquillo de madera, apoyada la frente sobre las rodillas y aherrojado de pies y manos. Al oír el ruido que la puerta hizo al abrirse levantó la cabeza, pero como la luz del farol no me daba en el rostro no me reconoció aquel.

—Soy yo, David —le dije—, yo que fui, aunque inocentemente, una de las causas de su horrible desventura. Quiero repetirle una vez más cuánto me apena su desgracia.

—Lo sé, señor John —contestó David levantándose—. Sé que usted siempre ha sido bueno para mí; sé que debo a usted el haber salido de esta misma prisión a tiempo para dirigir a las costas de Inglaterra mi mirada postrera; sé que fue usted quien, el día que el señor Burke... ¡Dios le perdone como le perdono yo!, el día que el señor Burke me mandó azotar, intercedió por mí, y sé, en fin, que ha sido usted quien, hace un momento, se ha presentado, en nombre de toda la dotación, a pedir mi indulto al capitán. ¡Dios le bendiga y le premie su misericordia, señor Davys! ¡Es una virtud santa que, así lo espero, le precederá en su viaje a la eternidad para abrirle de par en par las puertas del cielo!

—¿Conoce usted la sentencia, David?

—Sí, señor John; me la ha leído ya el secretario... Mañana al mediodía, ¿verdad?

—Siéntese usted, David —contesté yo, procurando eludir la respuesta—. Seguramente tiene usted necesidad de descansar.

—Sí, señor John; necesito descansar; pero a bien que, gracias al Cielo, va Dios a concederme un descanso profundo y eterno. Dígame, señor John, usted que es muy instruido, usted que tantas cosas sabe, ¿cree que existe otra vida,

otra mansión, donde serán recompensadas las torturas que se hayan sufrido en esta?

—No es la ciencia, mi querido David, la que contesta la pregunta que acaba de dirigirme, sino la fe, ni son los libros los que enseñan a creer, sino el corazón el que tiene necesidad de esperar. Sí, David, sí; existe otra vida donde encontrará usted un día a su mujer y a sus hijos, otra mansión donde se reunirá con ellos sin que fuerzas humanas puedan volver a separarles.

—¡Pero es el caso, señor John —dijo el desgraciado con cierto temor—, que yo he cometido un crimen!

—¿Se arrepiente, David?

—Procuraré arrepentirme, sí, lo procuraré de veras, aunque por el momento, mi muerte no está tan próxima que consiga desligarme por completo de mis amores y de mis odios. Pero se me ocurre otra duda, señor John: creo que tendré fuerza para perdonar, creo que me arrepentiré sinceramente; pero si así no fuera, si mi valor no llegase a tanto, ¿no expiará mi crimen la muerte que voy a sufrir?

—Ante los hombres, David, sí; ante Dios, no.

—¡Vaya! Procuraré perdonarle, señor John... no mi muerte, que bien sabe Dios qué se la he perdonado de todo corazón, sino la vergüenza de mi mujer y la miseria de mis pobres hijos... Sí... haré todo lo posible por perdonarle... se lo juro.

Giró en aquel punto la llave en la cerradura, abrióse por segunda vez la puerta y apareció el capitán, precedido por el marinero que actuaba de calabocero.

—¿Quién está aquí? —preguntó el capitán sin conocerme.

—Soy yo, mi capitán —contesté con júbilo inmenso, pues la visita inesperada del capitán abrió mi pecho a la esperanza—. He venido a dar el adiós postrero al pobre David.

Medió un momento de silencio, durante el cual el capitán clavó los ojos en mí y luego en el prisionero, el cual estaba en pie, guardando una actitud sombría aunque respetuosa. Al fin habló el capitán:

—David —dijo, con voz poco segura—, vengo a pedirle perdón, como hombre, por haberle condenado como juez. La disciplina militar, si no mi conciencia, me ha obligado a ello. Me era imposible obrar de otra manera; le ruego que lo crea así.

—No me he engañado acerca de la suerte que me estaba reservada, capitán. Quise dar la muerte; luego he merecido la muerte: lo que sí digo es que no todos los crímenes de muerte son castigados con la muerte.

—Créame usted, David —replicó el capitán, con entonación triste y solemne—, los crímenes son siempre ante Dios, y aquellos que, disfrazándolos, consiguen substraerlos al castigo de los hombres, crea que no escaparán al de Dios. He venido a visitarle, David, porque me asaltan, mil dudas y siento lacerado el corazón. Durante el breve tiempo que he tenido ocasión de verle, he podido observar que alienta en usted un corazón más grande que su posición en el mundo. Además, la desventura agranda la inteligencia y eleva el pensamiento. Contésteme, David, como contestaría al mismo Dios: ¿cree usted que pude obrar de manera distinta de cómo he obrado?

—¡Sí... sí!... —gritó David—. ¡Sí! Pudo usted obrar de muy distinta manera; pudo usted tratarme sin compasión, como me ha tratado el señor Burke, pudo usted hacerme morir en medio de la desesperación más horrorosa y lanzando maldiciones, si me hubiera dejado en la creencia de que ya no quedan corazones humanos en la tierra, pero en vez de eso, capitán... lo declaro con todas las veras de mi alma, henchido de reconocimiento, en vez de eso, ha hecho usted en mi obsequio cuanto ha podido. Cuando advirtió usted mi desesperación, me envió a decir, por conducto del señor John, que tan pronto como regresáramos a Inglaterra, me devolvería la libertad; cuando se vio en la dura necesidad de castigarme, aunque no era culpable, dulcificó el castigo en la medida de sus fuerzas; y cuando al fin, ha tenido que condenarme a muerte, baja a mi calabozo, capitán, para mostrarme sus ojos llenos de lágrimas y su corazón que sangra de dolor. Sí, capitán, sí: ha hecho usted todo lo que podía hacer, más de lo que debía hacer por un desgraciado que, en vista de tanta bondad, se atreve a dirigirle una súplica.

—¿Cuál? ¡Dígamela, David, diga, diga! —exclamó el señor Stanbow, tendiendo sus brazos hada David.

—¡Mis hijos, capitán, mis hijos! —exclamó David, cayendo a los pies del anciano—. ¡Mis hijos, que cuando salgan del hospicio, se verán obligados a tender sus manos a los transeúntes!

—Desde este momento, David —respondió el capitán con entonación solemne—, sus hijos son mis hijos: esté usted tranquilo. ¡Ojalá puedan perdonarme que les deje sin padre, como usted me perdonará que le separe de sus hijos! En cuanto a su mujer, el día que yo regrese a Inglaterra, arrojaré a las plantas de Su Majestad cuarenta años de servidos leales a la patria, y no dudo que, a cambio de estos, me concederá la gracia que le pediré.

—¡Gracias, capitán... gradas! —exclamó David, rompiendo a llorar—. ¡Ahora sí que puedo jurar que no temo la muerte... que la bendigo, puesto

que proporciona a mi querida familia un protector tan noble! ¡Capitán!... ¡Ya no alientan en mí más que sentimientos cristianos! ¡Ahora es cuando puedo decir que ha aumentado mi amor y se ha extinguido mi odio! ¡Quisiera ver en este momento al señor Burke entre usted y el señor John, capitán, para besar con efusión la misma mano que me ha herido!

—¡Basta, basta, David, por Dios! ¿Quiere usted dar al traste con toda mi entereza? ¡Pobre mártir!... ¡Deme un abrazo, y despedámonos para siempre!

Un rayo de alegría infinita, de orgullo, de satisfacción íntima iluminó, transfigurándolo, el rostro del condenado mientras abrazaba al capitán con dignidad que parecía propia de otro rango social distinto del que ocupaba.

—¿Nada más puedo hacer por usted, David?

—Los hierros me molestan, señor Stanbow, y temo que me roben los momentos de sueño que me restan, pues necesito descansar para encontrarme fuerte mañana. Quisiera morir con valor y entereza, ya que lo haré en presencia de hombres y de soldados.

—Se le quitarán los hierros inmediatamente; ¿desea algo más?

—¿No hay capellán a bordo?

—Ahora mismo se lo voy a enviar.

—Bob ha solicitado el favor de acombarme, capitán —dije yo a mi vez—, y de pasar la noche con David.

—Bob podrá entrar y salir cuando le acomode.

—No me atrevería a pedir tanto. Me colma usted de bondades, señor Stanbow: hoy le doy las gracias en la tierra, mañana rogaré por usted desde el rielo.

Ni el capitán ni yo teníamos fuerzas para continuar aquella escena. Llamamos a la puerta, abrieron y salimos. El señor Stanbow dio seguidamente las órdenes oportunas para que fuera cumplido exactamente todo lo que el condenado había deseado. Encontró a Bob en la batería de treinta y seis; esperaba nuestro paso para saber si había sido despachada favorablemente su petición. Le manifesté que podía bajar a acompañar a David, y que llevarían a la prisión doble cena y doble ración de vino y de *grog*. No pude impedir que me besara las manos.

Me correspondía el servicio de guardia y hube de permanecer en el puente hasta las dos de la madrugada; no vi a Bob, lo que me demostró que no se había separado de su amigo David. Me relevaron a la hora indicada, pero antes de acostarme, quise pasar por el calabozo para asegurarme de que habían sido cumplidas las órdenes dadas en favor de David. Vi con placer que las instrucciones del capitán habían tenido religioso cumplimiento: habían

quitado las cadenas al condenado y el capellán permaneció a su lado hasta la una, prodigándole los auxilios y consuelos de la religión, no despidiéndose de él sino después de solicitarlo, insistentemente el mismo condenado, diciendo que deseaba descansar un rato. Habían quedado solos el reo y Bob. Acerqué mi oído a la puerta para saber si dormían, pero estaban despiertos los dos, uno escuchando, y el otro, completando la piadosa obra del capellán, consolándole.

—Después de todo —decía Bob—, comprende, David, que es un instante: una corbata un poquito más apretada que de ordinario, y nada más. ¿No te has atragantado nunca? Pues es una cosa parecida. He visto ahorcar a bordo a treinta hombres en un solo día: eran piratas brasileños, que apresamos.

En media hora estuvo terminado todo, lo que da un promedio de un minuto por hombre; ya ves tú si la cosa es rápida. Y cuenta que para ti, David, lo será más aún, puesto que todo el mundo estará en su sitio, mientras el día a que me refiero, andábamos todos diseminados.

—¡Ah! —exclamó el infeliz barbero—. No es precisamente el momento de la muerte lo que me espanta, sino los preparativos.

—Los preparativos, David, se harán entre amigos; en familia, por decirlo así, y de consiguiente, nada tendrán de desagradable. Si te ahorcasen en tierra por ladrón, ya sería otro cantar; tendrías que tratar con el verdugo y con sus ayudantes, lo que siempre resulta desagradable. Además, tendrías espectadores que te despreciarían porque, siendo hombre, no habías sabido vivir del trabajo de tus manos como hombre. Aquí es muy distinto: todo el mundo te compadecerá, David... ¡Mira! Si fuera dable rehacer el total de tu existencia dándote cada marinero un mes de la suya, seguro estoy de que ni uno solo se negaría a aportar el mes que le correspondiera a la masa común, sin contar a los oficiales, que contribuirían con doble, no lo dudes, de la misma manera que tienen doble paga, y aunque el capitán sea muy viejo, y, como es natural, le quede menos tiempo de vida, te aseguro que, lejos de quedar a la zaga de los otros, contribuiría con un trimestre.

—Mucho bien me haces, Bob —contestó David, respirando como si se hubiera visto libre del peso de una montaña—. Nada temía tanto como ser menospreciado por lo mismo que muero de muerte deshonrosa.

—¡Menospreciado tú, David! ¡Nunca!

—¿Crees tú, Bob, que en el momento de morir, ni el último de los oficiales del navío se atrevería a abrazarme, en presencia de todos, como lo ha hecho: hoy el santo señor Stanbow?

—En cuanto a eso, David, me atrevo a asegurarte que conozco uno que no te rehusaría esa pequeña satisfacción, si él supiera que, abrazándote, te proporcionaba algún consuelo: me refiero al señor John.

—¡Ah, sí! ¡El señor John es muy; bueno para mí! ¡No le olvidaré jamás, ni en la tierra ni en el cielo!

—Pues bien, David, ¿quieres que le dé a conocer tu deseo?

—No, Bob, no. Un movimiento de orgullo ha inspirado mis palabras anteriores, y el orgullo no debe acompañar al cristiano que va a sufrir una muerte como la que me espera a mí. No... Pero después que todo esté terminado, Bob, ¿quién amortajará y sepultará mi pobre cuerpo?

—¿Quién, David, quién?... ¡Yo! —respondió Bob, resoplando como una ballena—. No te tocarán más manos que las mías, y podrás alabarte de hacer el viaje tan admirablemente cosido en tu hamaca, como si de la tarea se hubiese encargado la costurera más famosa de Piccadilly. Después de cosido, sujetaré a tus pies un saco de arena, para que descendas lo más rápidamente posible al fondo. Allí, David, descansarás en la tumba del marino... hermosa tumba donde nadie vendrá a molestarte; como sucede a los que encierran en un miserable ataúd, y adónde yo iré a buscarte un día u otro, David, porque espero terminar mi vida a bordo de un buque, como marinero que soy, y no pudirme en una, cama como un mendigo en el hospital. Te lo repito, David, está tranquilo y confía en tu amigo.

—Gracias, Bob. Estoy tranquilo gracias a ti; tan tranquilo, que quisiera dormir un rato.

—Pues buenas noches, David. No quería yo ser el primero en proponerlo, pero cree que tampoco me vendrá mal descansar un ratillo.

Los dos amigos hicieron sus preparativos. Momentos después, llegaban a mis oídos los sonoros ronquidos de Bob y la respiración tranquila de David. Me retiré entonces a mi camarote, pero sin esperanzas de conciliar el sueño. No me engañé: en toda la noche pude pegar un ojo, y por lo mañana, al amanecer, estaba ya en el puente.

Al pasar de popa a proa, como apenas si se anunciaban los primeros resplandores del día, tropecé con algo que había al pie del palo mayor. Me incliné para ver el objeto con que había tropezado, y hallé que era una polea.

—¿Qué hace aquí esta polea? —pregunté al marinero que vi más cerca de mí.

El interpelado, en vez de responderme, extendió el brazo en dirección a otra segunda polea sujeta a la verga mayor y una tercera que iban a fijar al alcázar del navío. Entonces lo comprendí todo: estaban hechos los

preparativos para la ejecución. Levanté los ojos hasta la punta del palo mayor y vi a dos marineros ocupados en fijar en el contrajuanete la bandera de justicia. No estaba desplegada, pero mediante un hilo que pendía hasta el puente, del cual tirarían en el momento de la ejecución, quedaría en libertad y flotaría al viento.

Todos estos preparativos se hacían en medio del silencio más profundo, únicamente interrumpido por *Nick*, que, posado sobre la punta del palo mayor, con todo el plumaje erizado, parecía, con sus graznidos agudos y tristes, mensajero de la muerte. La atmósfera estaba gris y sombría, la mar gruesa y de color de ceniza, el horizonte muy estrecho y brumoso: en una palabra, amanecía un día tan enlutado como los corazones.

A las ocho tuvieron lugar los relevos de servicios. A medida que los entrantes llegaban al puente, fijaban una mirada en la polea sujeta al pie del palo mayor, luego llevaban los ojos a la de la verga y finalmente a la del alcázar, y viendo que todo estaba listo, continuaban silenciosos hasta llegar a sus puestos. A las ocho y media se pasó revista, como de costumbre; a las nueve salió el capitán de la cámara del consejo y subió al alcázar, por la escalera de babor. Todos le miraron disimuladamente, y todos quedaron convencidos, al ver su rostro, que reflejaba firme resignación, por más que interiormente sufría tal vez más que ningún otro, que la sentencia no sería objeto de la menor modificación.

El batir de los tambores llamó, a las once y media, a todo el mundo al puente. Formaron a babor y estribor los soldados de marina, dejando para los oficiales el alcázar, y el pasamanos y la proa para los marineros. A las doce menos diez minutos, solo faltaban, el señor Burke, de los oficiales, y Bob, de los marineros.

A esa hora se preparó la cuerda. Pasaba desde la polea sujeta al pie del palo mayor a la del alcázar, y desde esta a la de la verga, de la cual pendía el extremo provisto de un nudo corredizo: el otro extremo lo tenían seis marineros de los más vigorosos.

A las doce menos cinco apareció David por la escalera de proa: venía entre Bob y el capellán. La blancura de su rostro apenas si se diferenciaba de la de la gorra que cubría su cabeza; andaba, sin embargo, con paso firme. Paseó sus ojos por los preparativos de la ejecución, y como los soldados entre los cuales venía no siguieran adelante, preguntó al capellán:

—Padre mío, ¿me resta algo que hacer?

—Nada más que encomendar tu alma a Dios, hijo mío —contestó el ministro del Altísimo.

—¡Sí... sí! —murmuró Bob—. Ha llegado el momento.

Sonrió David con tristeza y avanzó hasta el pie del palo mayor; llegado allí, miró en derredor, como para dirigir a los presentes el último adiós. Sus ojos se detuvieron en mí: recordé entonces el deseo que le oí expresar la víspera y, atravesando por entre las filas de soldados, fui hasta él.

—David —le dije—, ¿desea hacerme alguna recomendación referente a su mujer o a sus hijos?

—No, señor John. Oyó usted lo que dijo el capitán. Mientras viva, sé que mantendrá la palabra.

—Abráceme usted, pues, y muera tranquilo.

Hizo el desventurado un movimiento como, para arrojarse a mis pies, le tendí los brazos y cayó en ellos. En aquel momento, el reloj dio las doce.

—¡Gracias, señor John, gracias! —exclamó—. ¡Déjeme ahora... es la hora!

Dos marineros se acercaron al condenado. Uno de ellos le pasó el nudo corredizo al cuello y el otro le bajó la gorra sobre los ojos. Siguió un momento de silencio angustioso: todas las miradas estaban concentradas sobre el reo. El capitán de armas hizo la señal y los marineros que tenían el cabo de la cuerda tiraron de esta.

—¡Señor, tened piedad de...!

No pudo decir más el desdichado David: el nudo corredizo estranguló el resto de su plegaria. Su cuerpo se elevó por los aires, hendió el espacio un cañonazo y la bandera de justicia flameó en la punta del palo mayor. Todo había terminado: David había cesado de existir.

Apenas terminada la fúnebre ceremonia desaparecieron cuantos la habían presenciado, sin quedar sobre el puente más personas que las encadenadas allí por necesidades del servicio y los dos soldados de marina que debían guardar, durante una hora, el cadáver del ajusticiado. Al cabo de una hora lo descolgaron. Bob había permanecido todo ese tiempo sentado al pie del palo mayor.

Fiel a la palabra empeñada, Bob tomó en sus brazos el cadáver de su amigo, como hubiera podido hacerlo con el de un niño, y lo bajó al falso puente, donde comenzó a amortajarlo conforme prometió. Se le ofrecieron varios marineros a ayudarlo en tan triste cometido, pero Bob rechazó toda clase de cooperación. A las cuatro de la tarde estaban hechos todos los preparativos fúnebres. Los tambores tocaron llamada, los marineros acudieron al puente, pero no con la precipitación bulliciosa que les era habitual, sino unos tras otros, sin ruido, tristes, como fantasmas.

El cadáver, conforme a la costumbre, había sido envuelto en su hamaca y cosido. Bob sujetó a sus pies un saco de arena de peso doble que el de ordinario, a fin de que su peso le precipitase al fondo del mar. Colocó el cuerpo de su amigo sobre la tabla empleada en casos análogos, y la tabla sobre el pasamanos. Adelantó el sacerdote. Satisfecha la justicia humana, se presentaba la religión a cumplir su santa misión. La muerte había expiado el crimen, el culpable no existía ya, quedaba solamente un cadáver, y el cadáver tenía derecho indiscutible a las oraciones de la Iglesia.

Triste y solemne es siempre la ceremonia de los enterramientos a bordo; pero lo fue incomparablemente más la de este día como consecuencia de la hora en que se llevó a efecto. El sol, que hacia el final de la tarde se dejó ver un momento por occidente, se hundía en la mar aureolado con anchas bandas violáceas, y volaba el crepúsculo con la rapidez que es de rigor en las regiones meridionales. Asistía a la ceremonia la dotación entera. El ministro de la religión abrió el ritual, y todo el mundo escuchó con la cabeza descubierta y con el respeto más profundo el oficio de difuntos, al que dio comienzo con estas palabras: «Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor», y terminó con las siguientes: «Confiamos este cadáver a las profundidades de la mar».

Pronunciadas estas palabras, que la dotación contestó con un «Así sea» grave y fervoroso, Bob inclinó la tabla, resbaló el cadáver, este descendió hasta el mar, cuyas aguas se abrieron para darle paso cerrándose inmediatamente, y el navío se alejó majestuoso, dejando una estela en el sitio donde el cadáver del infortunado David había trazado, al chocar con el elemento líquido, varios círculos. El suceso dejó impresión profunda de tristeza en la dotación, tristeza que perduraba en los corazones de todos cuando, diez días después, dimos vista a Malta.

XII

INFINIDAD de barquitas cargadas de melones, naranjas, granadas, uvas e higos de Berbería rodearon al navío, no bien entró en el puerto de la ciudad victoriosa, llamado puerto de los ingleses. Los dueños de las barquitas nos ofrecían la mercancía con gritos tan variados y en jerga tan extraña, que tal vez hubiésemos creído encontrarnos en medio de los indígenas de cualquier isla salvaje de los mares del Sud, si la humana civilización no hubiera desplegado ante nuestros ojos una de sus maravillas: Malta, montón de ladrillos calcinados, que parecen dispuestos sobre las cenizas de un volcán.

No molestaré a los lectores hablándoles de las maravillosas obras que hacen inexpugnable a Malta y que inspiraron a Caffarelli, en ocasión en que visitaba las fortificaciones con Bonaparte y los oficiales franceses, asombrados ante la fácil victoria obtenida, la siguiente frase: «¿Sabe usted, general, que para nosotros ha sido una fortuna el que hubiese aquí una guarnición, para que nos abriera las puertas?». Cualquier plano que examine el lector, le dirá a ese propósito muchísimo más que todas las descripciones posibles; pero lo que no podrá decirle ningún plano, lo que no podré bosquejar yo, aun cuando poseyera en grado máximo cualidades de narrador, que desde luego confieso que no poseo, es el cuadro que ofrece el desembarcadero de la ciudad La Valette. Apenas si nuestros uniformes, respetados en el mundo entero, podían abrirnos paso entre la nube de vendedores que nos escaldaban las piernas con su café hirviendo, de mujeres que nos perseguían implacables con sus cestos llenos de frutas, de comerciantes de agua helada que nos aturdían con sus gritos de *Aqua para*, y, en fin, de mendigos cubiertos de andrajos, cuyos mugrientos sombreros, tendidos hacia nosotros, formaban una barrera imposible de franquear, como no recurriéramos al procedimiento de Jean Bart. Verdad es que el oficio no parece malo, pese a la concurrencia: cada mendigo lega a su hijo el lugar que ocupa en las gradas de la *strada* que conduce desde el puerto a la ciudad, de la misma manera que un lord lega al suyo el asiento que por derecho propio ocupa en la Alta Cámara. Hasta el nombre del sitio que es objeto de estas alteraciones hereditarias parece contribuir a convertirlo en patrimonio exclusivo de los que lo ocupan. Todo el que haya visitado a Malta sabe que se llama *Nix mangare*, palabras cuya etimología quizá no encontrarán los sabios,

si yo no me hubiese adelantado a sus investigaciones. Un pordiosero árabe, muy viejo, y muy ladino, que no sabía palabra de italiano ni de maltés, aprendió a formular su petición a los transeúntes de la manera siguiente:

Nix padre, nix madre, nix mangare, nix bebere.

Frase que, traducida a nuestro romance, significa:

«No tengo padre, ni madre, ni comida, ni bebida».

Producía impresión tan dolorosa en los marineros de todos los países del mundo que desembarcan en Malta la expresión de angustia que sabía dar el buen viejo a las dos palabras *nix mangare*, que bautizaron con ese nombre: las gradas donde el mendigo solía ejercer su industria.

Visten los malteses una especie de chaqueta adornada con dos o tres hileras de botones de metal, y de forma semejante a la de una campana. Cubren su cabeza con un pañuelo encarnado y ciñen en su cintura una faja del mismo color. Por regla general, sus facciones son duras, dureza que no endulzan, antes al contrario, sus ojos, negros y brillantes, llenos de audacia brutal o de rastrera perfidia. A estos defectos naturales, unen las mujeres el de su suciedad nauseabunda. Si se encuentra alguna cara bonita, puede darse por seguro que es siciliana. Llaman la atención desde el primer momento estas hijas de Grecia. Tienen una cara llena de gracia, una sonrisa que encanta, unos ojos dulces y acariciadores como el terciopelo, ojos que buscan con preferencia las charreteras de los oficiales o las *sardinetas* de los guardias marinas. Ellas son las que monopolizan, por regla general, el derecho de explotar la sensibilidad de los marinos. Han intentado las maltesas disputarles tan lucrativo privilegio, y aun hoy renuevan de vez en cuando sus tentativas en ese sentido; pero es inútil decir que, casi siempre, ciñen los laureles de la victoria sus lindas vecinas.

Al entrar en la ciudad La Valette, llamó nuestra atención el contraste que existía entre la ciudad y el puerto, todo alegría, todo animación, todo alborozo este último, y todo tristeza, todo silencio fúnebre la primera. La causa era que acababa de ser obsequiada con ejecuciones que, si no despertaron en sus habitantes las mismas simpatías que en nosotros hiciera nacer el suplicio del infortunado David, difundieron, por su número, la tristeza en la isla. Habíase sublevado un regimiento entero, y había sido exterminado, a cuerda, a hierro y a fuego, hasta el último hombre, siendo de advertir que tales circunstancias concurrieron en el exterminio, que no dudo que su relato, a pesar de no tener la menor relación con mis propias aventuras, ha de merecer el interés de los lectores.

Comenzaban a ser insuficientes los reclutamientos llevados a cabo en el seno de la población de las islas británicas para sostener la guerra que se eternizaba entre Inglaterra y Francia. Precisaba recurrir a nuevos expedientes para proporcionar al ejército inglés los contingentes que le eran absolutamente necesarios, y a ese efecto, el Gobierno se entendió con especuladores que, mediante una remuneración conveniente, se comprometieron a facilitarle soldados reclutados en el extranjero. Como se comprenderá, aquellos honrados abastecedores de hombres volvieron ante todo sus miradas hacia los albaneses, esos suizos de la Grecia dispuestos en todo momento a vender su valor y su sangre a las potencias del Mediodía de Europa, de la misma manera que los venden los habitantes de los Alpes a las potencias de Occidente. Un emigrado francés, que permaneció fiel a los Borbones, y que, como consecuencia, no había podido volver a Francia, ofreció al ministro de la Guerra ir a la Grecia continental y al Archipiélago para reclutar soldados: el ofrecimiento fue aceptado, y merced a la actividad de su carácter, estimulado por el odio que profesaba al gobierno de Napoleón, en muy poco tiempo consiguió formar un cuerpo considerable compuesto de alemanes, esclavones, griegos del Archipiélago y esmirnitas. El regimiento formado con materiales tan poco disciplinables, recibió, no sé por qué, el nombre germánico de Froberg. El origen o la causa del nombre es lo que menos interesa; lo que sí diremos es que el señor de Méricourt, que así se llamaba el francés en cuestión, había llevado consigo oficiales alemanes, que estos se encargaron sin pérdida de momento de someter a los soldados por aquel reunidos a las leyes disciplinarias de su país, y que los hombres más libres del mundo, como son los árabes del desierto, se vieron obligados a hacer, tres o cuatro veces al día, el ejercicio a la prusiana. Al principio tuvo, al parecer, excelentes resultados la organización llena de severidad. En muy poco tiempo se puso el regimiento de voluntarios de Froberg en condiciones de hacer muy buen papel en una gran parada y de cumplir a satisfacción el servicio de guarnición. Fue, pues, enviado a Malta y acuartelado en el fuerte Ricasoli, situado sobre la punta de tierra que se interna en el mar y domina, juntamente con el fuerte Saint-Elme, del que es defensa complementaria, la entrada del gran puerto. Allí debía completar el salvaje regimiento de Froberg su instrucción en la disciplina europea. Al objeto de apresurar los progresos, unieron a los oficiales instructores alemanes algunos suboficiales ingleses. Unos y otros, habituados a la apatía de los caracteres flemáticos del Norte, quisieron someter a la misma regla aquellas naturalezas ardientes del Mediodía. Las faltas más insignificantes llevaban aparejadas castigos

corporales severos; aquellos hombres, para los cuales un gesto, un signo, una palabra, son afrentas mortales que solo con sangre pueden lavarse, recibieron palos y bofetones aquellos osos del Magne, aquellos lobos de Albania, fueron azotados como perros viles. Murmuraron al principio en voz baja, cual si quisieran hacer comprender a sus domadores que tenían unas y dientes: los domadores lo advirtieron, se percataron del aviso, y quisieron limar los dientes y las uñas redoblando la severidad. Entonces fue cuando se organizó la sublevación, con toda la prudencia y disimulo griegos, y un día, en ocasión en que pretendieron sacar del fuerte un soldado para imponerle un castigo infamante, por una falta levísima que había cometido, se abalanzaron sus camaradas a las puertas, las cerraron por dentro y, lanzándose sobre sus oficiales, cuya cruel severidad venía tentando desde tiempo antes su venganza, los degollaron en un momento, exactamente lo mismo que hubieran hecho los leones con los gladiadores arrojados a un circo.

Como un reguero de pólvora cundió por la ciudad la noticia de la matanza. Avanzaron tropas a las órdenes del general Woog, pero los sublevados se habían puesto ya en estado de defensa. Por mar, era inexpugnable el fuerte; por tierra, había que comenzar por ir tomando todas las obras avanzadas, lo que hubiese costado pérdidas enormes. El general optó por bloquear el fuerte.

Como este no esperaba un asedio, solo contaba con provisiones para algunos días. Fue, pues, preciso que los sublevados acortasen las raciones y recurrieran a los expedientes que marcan los progresos de un bloqueo con los distintos grados de privaciones que imponen a los que lo sufren. Los desgraciados se veían sometidos a una segunda prueba más terrible que la primera, pues se comprenderá que menos dispuestos estaban a sufrir los rigores del hambre que los de la disciplina alemana. Como entre ellos no había una autoridad bastante fuerte para imponer una distribución de víveres parsimoniosa, no tardaron en estallar disensiones y reyertas entre hombres cuya fuerza principal hubiese sido su unión. Cada raza se separó para formar facción aparte; las disensiones se agriaban más y más, cada comida era motivo de riñas individuales que amenazaban convertirse en generales, y semejante al infierno de que nos habla Dante, llenaban la atmósfera del fuerte Ricasoli gritos de furor y lamentos de agonía. No parecía sino que los sublevados se habían propuesto ser unos verdugos de los otros, que es, según todas las probabilidades, lo que a la postre hubiese ocurrido, si una parte de la guarnición no se hubiera entendido secretamente con los sitiadores para abrir las puertas y entregarse a discreción a las tropas inglesas. No quedaron en el

fuerte más que cincuenta hombres, pero era fácil comprender que estos estaban resueltos a defenderse mientras quedara piedra sobre piedra.

En medio de todo, la traición de sus camaradas mejoró considerablemente su situación. Siendo menos numerosos, la ración de víveres era mayor, tenían tiempo por delante, y como, por otra parte, atribuían a miedo la inacción de sus enemigos, abrigaban esperanzas de obtener una capitulación honrosa. Además, como quiera que los que continuaban firmes en su actitud de resistencia eran todos griegos, sin mezcla de albaneses ni esclavones, llegaron a establecer entre ellos cierta disciplina. Parecían menos dispuestos que nunca a rendirse, y todos los días se les veía reaparecer en lo alto de las murallas silenciosos, severos, amenazadores.

Por desgracia para ellos, una noche despertaron sobresaltados al oír los gritos de ¡A las armas! Habitados a un bloqueo inactivo, se habían dormido en brazos de una falsa seguridad. El capitán Collins, oficial de la marina real, cansado de tantas dilaciones, consiguió del general Woog permiso para intentar una sorpresa nocturna, poniéndose al frente de un puñado de hombres de buena voluntad. La tentativa, llevada a cabo con tanta audacia como destreza, dio excelentes resultados, sin llegar a ser un éxito completo, pues no obstante la defensa obstinada y mortal que hicieron los sitiados, al amanecer eran los ingleses dueños de todas las obras avanzadas. Perdieron la vida en el combate treinta o cuarenta rebeldes y fueron hechos prisioneros todos los demás, excepción hecha de siete soldados que se refugiaron en el almacén de pólvora. Para hombres como aquellos, que tantas pruebas habían dado de un valor heroico y se encontraban reducidos a tales extremos, el refugio que habían escogido era un arma formidable y desesperada. El capitán Collins, lejos de ir a buscarles a su último refugio, ordenó que cesara el ataque y, dispersando a sus soldados por todas las obras de defensa anejas al fuerte, volvió al sistema del general Woog, es decir, al bloqueo mudo y riguroso, bloqueo que debía ser tanto más rígido, cuanto que eran menos numerosos los hombres sujetos a él y se encontraban en situación insostenible. Se descartaron desde luego las tentativas de conciliación y el general Woog prohibió terminantemente que se llegase a ningún arreglo con aquellos desventurados: no se les concedería más que una rendición sin condiciones.

Mientras tanto, se formó juicio sumarísimo a los prisioneros hechos durante la sorpresa: todos fueron condenados a muerte. Era la primera vez, desde la ocupación inglesa, que se pronunciaba una sentencia semejante en la isla de Malta, pues hasta entonces, las penas más severas habían sido palos administrados a los soldados, o arrestos impuestos a los oficiales. Se

comprenderá, pues, la impresión que en la población entera hubo de producir una sentencia de muerte en masa contra más de cien personas. Los procedimientos militares son y han sido siempre muy rápidos y expeditivos: inmediatamente después de celebrado el juicio principiaron a levantar horcas en la Plaza del Conservatorio, designada para las ejecuciones, y dos días más tarde, los sentenciados fueron conducidos al suplicio. Fue el caso que los patíbulos se resentían de la ignorancia y falta de práctica de los que los habían construido, y los verdugos, que ejercían sus funciones por primera vez, operaban con manifiesta timidez. Hubo necesidad de rematar a puñaladas a los cinco primeros desgraciados que intentaron ahorcar, por haberse roto las cuerdas de las que los suspendieron. Semejante espectáculo principió a conmover y a exaltar el ardiente temperamento de los malteses, siempre dispuestos a tomar partido contra la autoridad. Fracasó la sexta tentativa de estrangulación, el desgraciado víctima de la misma pidió socorro a grito herido, sus lamentos resonaron en todos los corazones, y hasta los mismos ingleses, movidos sin duda a compasión, dieron orden de suspender el suplicio. Cerca de dos horas costó quitar la vida a seis hombres: a ese paso, las ejecuciones durarían varios días... ¡y solo Dios puede saber lo que ocurriría! Los condenados fueron conducidos a la prisión y trasladados, durante la noche, a la Floriana. Creyó Malta ver en el traslado una conmutación de pena... ¡Error! ¡Los desventurados no habían obtenido más que una conmutación de género de muerte! En vez de morir ahorcados, morirían fusilados. Como se ve, se trataba de acrecentar el rigor en vez de suavizarlo.

La plaza de armas de la Floriana es un gran espacio descubierto, situado cerca de las fortificaciones interiores. La limita por un lado el muro de un jardín público, poco elevado, que comprende toda la longitud de la misma: en el lado apuesto se alza el bastión que domina al muro expresado. Forma el tercer lado una línea de cuarteles y el último del glacis.

El día que siguió al en que fueron transportados los condenados desde la ciudad alta a la baja, les condujeron a esta especie de plataforma que acabamos de describir. Si alguna esperanza habían llegado a abrigar, hubieron de renunciar a ella en cuanto se vieron en la plaza, pues nada habían hecho para ocultarles la suerte que les esperaba. Al contrario: ni siquiera se les tuvo la lástima que hace que el condenado no vea los preparativos de su suplicio: hubiese sido demasiado trabajo, sin duda, vendar los ojos a noventa hombres. Les colocaron en el centro del cuadrado, desde donde vieron que sus verdugos tomaban las armas, las cargaban, hacían los movimientos preparatorios y

apuntaban. A la voz de «¡Fuego!», disparó todo el regimiento, tendiendo muertos o heridos a las dos terceras partes de los condenados.

La vista de sus camaradas mutilados, el aspecto del terreno, cuya disposición favorable pudieron apreciar por no tener vendados los ojos, dieron a los que habían resultado ilesos fuerzas y agilidad sobrehumanas. Aprovechando el desorden que siguió a la primera descarga, se lanzaron todos, como insensatos, en distintas direcciones: unos corrieron en dirección a las fortificaciones a fin de ocultarse en sus repliegues, otros saltaron sobre el muro del jardín y ganaron el campo, a través del cual se les vio correr desalados. Pero había sido prevista esa contingencia: piquetes de soldados apostados en las puertas de los bastiones de San Lucas, de Santiago y de San José los persiguieron con encarnizamiento. Siguió una caza en toda regla, cuyas piezas eran criaturas humanas. Todos los fugitivos fueron alcanzados, muertos sucesivamente en el campo; en cuanto a los que buscaron un escondite en las fortificaciones, fue obra de pocos momentos acribillarlos a bayonetazos.

En medio de aquella escena de feroz carnicería, que dio lugar, como se comprenderá sin esfuerzo, a episodios raros y variados, ocurrió uno que llamó la atención general. Uno de los fugitivos, en vez de seguir a sus camaradas, se dirigió hacia un pozo antiguo situado en medio de la plaza, cuya boca se cerraba con losas que los habitantes separaban y volvían a colocar cuando querían sacar agua. Es posible que su pensamiento obedeciera al instinto de morir de muerte más dulce o más rápida en el fondo del pozo; tal vez fuera la locura la que le obligaba a correr sin saber a dónde iba; sea de ello lo que sea, es el caso que, llegado junto al pozo, separó la losa; el esfuerzo sin duda le derribó en tierra; y cual si la caída hubiese determinado un cambio radical en sus propósitos, al levantarse, corrió precipitado hacia el glacis, se arrojó desde una altura de cincuenta pies, y fue a caer a una especie de marisma, donde quedó clavado hasta la cintura sin poder salir. Cuantos esfuerzos hacía para librarse de la voracidad de aquel suelo fangoso que lo engullía, contribuían a hundirle más y más. Los soldados, desde lo alto del bastión, le veían agitar los brazos en la masa espesa que debía servirle de tumba. Nadie intentó socorrerle. Poco a poco se hundió hasta el cuello: solo sobresalía su cabeza. Hendían los aires los gritos que no cesó de lanzar el desventurado hasta que el barro le llenó la boca... Ya no se veían más que sus dos manos crispadas, cuando un soldado, menos fiera que los otros, apuntó con su fusil a la cabeza, de la que solo se veía, la parte superior del cráneo. Disparó... la bala dio en el blanco, brotó un chorro de sangre, se agitó el barro y, un momento después,

desapareció todo, no quedando más rastros de la horrible tragedia que una mancha roja sobre el limo.

Mientras tanto, los siete hombres que quedaron en el fuerte Ricasoli continuaban encerrados en el almacén de pólvora. A sus oídos habían llegado las detonaciones de las descargas, señales inequívocas de la matanza de sus compañeros, y demostración concluyente de que no les sería concedida gracia si les cogían con las armas en la mano. Intentaron abrir negociaciones con el general Woog: todas sus proposiciones fueron rechazadas de la manera más desdeñosa. Todas sus instancias contestadas con las mismas palabras: «Rendición a merced». Rendirse a merced era tanto como apresurar su muerte, que demasiado deprisa caminaba para ellos, pues aunque poco numerosos, aunque eran modelos de sobriedad en todas sus comidas, las provisiones se agotaban con rapidez terrorífica. Todos los días intentaban abrir negociaciones nuevas, y todos los días eran rechazadas aquellas con dureza creciente. Desde las fortificaciones, que los soldados guardaban con ojos de Argos, el general Woog solía examinar de tanto en tanto a aquellos hombres que guardaban como si fueran bestias feroces encerradas en una jaula, y seguía en sus rostros sombríos los progresos que en ellos hacían el hambre y la miseria. Ellos, por su parte, fieles a sus instintos artificiosos, multiplicaban hasta lo infinito los ardides y estratagemas para reanudar unas negociaciones que siempre eran rechazadas con humillante desdén. Hoy solicitaban algunas horas de tregua, mañana ofrecían entregarse si se les concedían algunos víveres; inútil empeño: el terco general rechazaba todas sus tentativas. Así se pasó una semana, durante la cual, más famélicos y más extenuados los rebeldes, reducidos a la condición de espectros, parecía que de un momento a otro caerían rendidos por la debilidad y morirían de hambre. Un día, al fin, uno de aquellos, el que nombraran jefe sus compañeros, que se llamaba Anastasio Iremachos, se presentó en el lugar ordinario de los parlamentos para formular una nueva demanda. Era un griego espiritual y artificioso, como lo son todos los de su nación, un Ulises moderno, con audacia bastante para acometer, sin vacilar, una de esas empresas que de veinte veces fracasan diez y nueve, pero al propio tiempo con prudencia sobrada para evitar toda clase de riesgos inútiles. Asomó su amarillenta cabeza por la abertura practicada en el muro al objeto de establecer un medio de comunicación entre sitiadores y sitiados y solicitó una entrevista con un delegado del gobernador, favor que le fue otorgado. Presentóse un oficial, al que Iremachos expuso, con voz suplicante, su miseria y la de sus compañeros —dijo que, desde la víspera, tenían que luchar contra un enemigo mil veces

más terrible que todos los que hasta entonces hubieron de soportar: la sed—. Agotadas sus provisiones de agua, solicitaban de la generosidad del gobernador una cantidad de aquel precioso líquido. Sabían que rendirse era tanto como arrojarse en los brazos de la muerte, y deseaban prolongar su vida algunos días más. Si se les rehusaba la mísera gracia que solicitaban, les sería imposible soportar por más tiempo su agonía y estaban resueltos a volar, aquella misma noche, con el almacén de pólvora. Unas cuantas gotas de agua, que solicitaban en nombre de todos los santos del Paraíso, podían evitar catástrofe tan tremenda. Si les negaban aquel consuelo que los mismos turcos otorgaban a sus condenados al suplicio del palo, a las nueve en punto de aquella noche, en el momento de sonar la primera campanada en la catedral de San Juan, volaría por los aires el almacén de pólvora.

Fuese que el general Woog no diera crédito a la amenaza de Iremachos, fuese que no quisiera infringir el texto del código militar, que prohíbe terminantemente entrar en componendas con los soldados sublevados, es lo cierto que la nueva súplica fue acogida con una negativa tan rotunda como todas las que la habían precedido. Se cerró el ventanillo, el oficial volvió a su puesto, y como los soldados habían tenido ocasión de convencerse de la resolución de carácter de los hombres encerrados, transcurrió todo el día en medio del estupor que suele producir el presentimiento de una desgracia horrible. De tanto en tanto, aparecía en el ventanillo Iremachos, con el rostro más pálido cada vez y con la voz más debilitada, para pedir agua, y renovaba la amenaza al ver rehusada su petición. El terror general aumentaba también a medida que se avecinaba la hora prefijada.

Cerró la noche a las siete y media... ocurría esto en el mes de octubre, noche sombría y silenciosa en cuyo cielo no brillaba una sola estrella, como en sus aires no resonaban otros ruidos que los gritos de agonía de los sitiados, que se renovaban de diez en diez minutos. Así pasó una hora más. A las ocho y media, aparecieron sobre la plataforma del almacén de pólvora los siete griegos, agitando antorchas encendidas en las manos y pidiendo agua a grito herido. Nadie contestó aquel llamamiento supremo de desesperación. Entonces comenzaron a bailar una danza fúnebre lanzando gritos e imprecaciones. El capitán Collins, advirtiendo el efecto desastroso que en sus hombres producía aquel aquelarre fantástico, mandó que subieran a la plataforma de las fortificaciones algunos tiradores escogidos, y desde la sombra, en medio del mayor silencio, hizo que apuntaran con cuidado y disparasen. Fuera casualidad, fuera que a los tiradores les temblaran las manos, es lo cierto que la descarga estremeció los aires, que las balas silbaron

cerca de aquellos contra quienes habían sido enviadas, pero que no cayó uno solo. Los siete griegos desaparecieron en la obscuridad, como espectros que se desvanecen o cómo demonios que vuelven a precipitarse en el infierno del que han salido.

Desde entonces, hubiera sido cándido dudar acerca de sus intenciones. El capitán Collins ordenó inmediatamente la retirada de las tropas. Tal espanto se había apoderado de los soldados, que se precipitaron frenéticos a las puertas y se alejaron por la vía más corta en horrible confusión. Aún duraba su fuga precipitada cuando sonó en la catedral de San Juan la primera campanada de las nueve: en el mismo momento se agitó la tierra cuál si la estremeciera el mismo espanto que estremecía a los soldados, oyóse un estruendo espantoso, se iluminó momentáneamente el puerto, saltaron hechas pedazos todas las puertas y ventanas y luego, cuando la isla entera hubo rebotado como si hubiera llegado para ella la última hora, todo quedó sumido en la obscuridad más profunda, reinó un silencio lúgubre que solo turbaron los gritos de agonía de los heridos, y se evidenció que los autores del desastre, cumpliendo su amenaza, se habían hecho unos funerales sangrientos.

El sol del día siguiente permitió apreciar la extensión del estrago producido por la explosión de la pólvora. El fuerte y los fosos eran un montón de ruinas mezcladas con pedazos de cadáveres. De los cuerpos de los sitiados no quedaron ni rastros.

Como quiera que los muchos soldados muertos no tenían en la isla padres ni familia, toda la piedad de los habitantes fue para los desdichados a quienes una severidad verdaderamente cruel lanzó a tales extremos de desesperación. A nadie admiraba que los kleftas, que hasta entonces vivieron tan libres como las águilas de sus montañas, no hubieran podido soportar la humillante disciplina de los soldados prusianos, de lo que resultó que, habiendo sido los griegos la causa del estrago producido en la isla, todo el odio de los habitantes de esta recayó sobre los ingleses.

Comenzaban, no a olvidar, pues continuaban a la vista las ruinas humeantes y apenas la tierra había cubierto los cadáveres, sino a ocuparse menos en el terrible acontecimiento, cuando circularon rumores que aseguraban que el alma de uno de los infelices griegos se había aparecido a un sacerdote anciano que regresaba a su *cazal*, situado en un distrito del interior. Si no mentía la voz pública, hacía el buen sacerdote el camino, caballero en un asno, cargado de frutas, de carne y de pescado, entreteniendo el fastidio consiguiente al viaje a fuerza de cantar, con voz gangosa, un himno poco en

armonía con el carácter sacerdotal del cantor, y del que bastará copiar la primera estrofa para que lo reconozca cualquier maltés:

Ten en hobhoc jaua calbi^[2].

Tan violento e insólito salto de costado dio de pronto el asno que montaba el cura, que este sospechó que a sus espaldas ocurría algo tan extraordinario como el salto. Volvió la cabeza y vio a un hombre, mejor diríamos un espectro, que le apuntaba con un fusil y le intimaba que hiciera alto. Viejo era el sacerdote, pero ante el espectro y la intimación, recobró todo el vigor y toda la agilidad de sus años juveniles, y, dejándose caer al suelo en forma que el asno quedase entre su persona y la del fantasma, echó a correr por un bosquecillo, donde desapareció en menos tiempo del que tardamos en referirlo, no poniendo fin a su carrera hasta encontrarse entre sus feligreses en la plaza de su pueblo.

Sin dificultad comprenderá el lector la fe que a semejante historia había de dar un pueblo tan supersticioso como el maltés. Cierto que las almas en pena no suelen pedir sufragios fusil en mano, pero todo el mundo creyó que la variante era indicación del oficio que el aparecido ejerció en vida. El gobernador inglés, más incrédulo que los malteses, aunque no prestó el menor crédito al relato del buen cura, mandó que fueran practicadas activas pesquisas a fin de calmar los temores que inspirara la aparición. Un regimiento entero recibió orden de escudriñar toda la isla, y en la hendidura de una roca fueron encontrados siete hombres, cuyos uniformes denunciaron a los siete griegos que volaron el almacén de pólvora. Más milagroso que la misma aparición era el hecho de que hubiesen salido con vida de la formidable explosión; como consecuencia, apenas presos, se les interrogó sobre el particular. No tenían interés alguno en guardar el secreto; Iremachos, inventor de la estratagema, dio sin vacilar cuantas explicaciones le fueron pedidas sobre hecho tan extraordinario. Helas aquí.

Iremachos, tan pronto como fue nombrado jefe por sus compañeros de infortunio, concibió un proyecto de evasión que comunicó a todos y fue aprobado por unanimidad. Inmediatamente pusieron manos a la obra con ese valor, esa paciencia y ese disimulo que son patrimonio exclusivo de la raza a que pertenecían. Ni uno solo de sus actos fue desde entonces fortuito o irreflexivo; al contrario, todos sus movimientos, aun los más insignificantes, iban encaminados a la realización del proyecto convenido. En los reconocimientos practicados de todas las construcciones anejas al fuerte, halló Iremachos un muro que podía darles salida al mar si conseguían abrir en él un

boquete. Acometieron la obra; la encontraron menos difícil de lo que habían supuesto, pero, suponiendo, por cierto con fundamento, que si por la mañana no se dejaban ver como de costumbre, las autoridades militares procurarían averiguar qué había sido de ellos, en reparar los estragos causados en el muro y les prenderían, pues no había en la isla sitios cubiertos. Iremachos resolvió hacer volar el almacén de pólvora, con lo que conseguirían dos objetos: primero, la explosión borraría los rastros del boquete del muro, y segundo, como todo el mundo les supondría víctimas de aquella, les dejarían en paz, para ocuparse exclusivamente de reparar los estragos causados en el fuerte y en la ciudad. Los fugitivos ganarían sin tropiezo el extremo de la isla, donde a no dudar encontrarían alguna barca, bien anclada, bien cruzando a poca distancia de la orilla, que les conduciría a Sicilia. El plan fue ejecutado puntualmente. Exageraron los sitiados las privaciones de que eran víctimas, y tan maravillosamente bien supieron representar su papel, que engañaron por completo a los sitiadores. A la hora señalada, descendieron de la plataforma y se estacionaron al extremo del pasadizo, después de haber derramado un reguero de pólvora en comunicación con el almacén. En el momento de sonar la primera campanada de las nueve, prendieron fuego a la pólvora y se lanzaron a todo correr al campo por la brecha practicada en el muro. Todo les salió a pedir de boca. Voló el muro, y con él las huellas de la brecha, y todo el mundo dio por cierto y averiguado que los infortunados griegos habían perecido devorados por el volcán puesto por ellos mismos en ignición. La fortuna les volvió entonces la espalda. Tres días permanecieron en la orilla del mar sin distinguir una barca: hacia el final del tercer día vieron en la playa un *speronare*, que intentaron botar al mar, pero les sorprendió con las manos en la masa el patrón, quien gritó desafortadamente sembrando la alarma en el pueblo. Los fugitivos no tuvieron tiempo más que para arrojarse entre las rocas que bordean el mar por aquella parte de la isla. Pasaron los días sin que se les presentara medio alguno de evasión. Por espacio de una semana, hubieron de alimentarse exclusivamente de almejas, que recogían en la playa, y de raíces y hojas, sin que, a pesar de las privaciones, con ser estas tan duras, se les ocurriera cometer ningún acto de violencia hasta el día que, azuzado por el hambre, uno de ellos intentó compartir con el cura las provisiones que este había comprado, tentativa que ocasionó su perdición y la de sus camaradas.

Entraron los siete infortunados en la ciudad, tinta aún en la sangre de sus camaradas, demasiado convencidos de la suerte que les esperaba, y, sin embargo, sus semblantes demacrados, y más que nada sus ojos, reflejaban esa

audacia que hace del hombre un hijo del cielo demostrando que es el señor de todo, incluso de la fortuna adversa. Un Consejo de guerra les condenó, previo un procedimiento que terminó en breves horas, a la muerte que durante tanto tiempo habían sabido evitar a fuerza de destreza, muerte que sufrieron sin que desmayara poco ni mucho el valor indómito que demostraron desde el día de su rebelión.

La víspera de nuestra llegada habían visto los malteses morir a los últimos hombres de aquel regimiento de Froberg, y, conforme manifesté al comienzo del relato, dejó el suceso impresión tan profunda en la población, que no pudimos menos de advertirla a nuestra entrada en ella. Nuestra estancia fue muy breve: habíamos fondeado para hacer provisión de agua, y como la hicimos sin dificultad, y teníamos viento favorable, aquella misma tarde nos hacíamos de nuevo a la vela.

Continuamos navegando viento en popa toda la noche y día siguiente, sin que apareciera en el puente el señor Burke. Llegada la noche, cuando hacía sobre una hora que dormíamos mecidos blandamente por las olas jónicas, cruzó un proyectil sobre nuestras cabezas después de atravesar nuestra vela del pequeño foque; inmediatamente le siguió otro que abrió un boquete en nuestra vela de mesana. Sin duda se había dormido el vigía y acabábamos de tropezar con un buque que nos exigía la cédula. ¿Sería el buque en cuestión fragata, chalupa o cañonera? No podíamos saberlo a causa de la obscuridad de la noche. En el momento de subir yo al puente, chocaba otro proyectil contra el cabrestante. La primera persona que tropecé fue al señor Burke, que daba órdenes contradictorias. Carecía su voz de la firmeza a que nos tenía acostumbrados, y, por segunda vez, me asaltó la idea de que aquel hombre no era bravo, aunque sabía dominar su miedo, opinión que se robusteció más y más cuando resonó en mis oídos la voz firme y precisa del capitán, que dictaba disposiciones desde el castillo de popa.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó aquel lobo de mar—. ¡A las armas!

¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Fuera esas hamacas!... ¿Dónde está el vigía de señales?

Sobrevino un período de confusión que renuncio a describir; pero pronto se rehicieron, y al cabo de diez minutos, todos estaban en sus puestos.

Mientras tanto, habíamos ejecutado una maniobra que nos dejó fuera de la vista del enemigo, pero, como quiera que nuestra intención era contestarle, una vez organizados, ordenó el capitán poner proa al buque que nos había hecho fuego. Momentos después vimos blanquear sus velas, semejantes a ligeras nubes proyectadas sobre el fondo negro de la noche; inmediatamente

después brotó un mar de fuego, crujieron nuestros aparejos, y cayeron pedazos de vergas sobre nuestro puente.

—¡Es un brick! —gritó nuestro capitán—. ¡Ah... mi querido amiguito! ¡Ya eres mío!... ¡No te escapas!... ¡Silencio todo el mundo!... ¡Ah del brick! —gritó con su bocina—. ¿Quién eres? ¡Habla el *Tridente*, navío de setenta y cuatro, de Su Majestad Británica!

Una voz, que parecía la de uno de los espíritus que pueblan los mares, llegó segundos después a nuestros oídos.

—Y nosotros el *Singe*, brick de Su Majestad Británica.

—¡Diablo! —gritó el capitán.

—¡Diablo! —repitió toda nuestra dotación.

Resonó a bordo del *Tridente* un coro de carcajadas.

La precaución tomada por el capitán impidió que disparásemos sobre los nuestros, de la misma manera que ellos acababan de disparar sobre nosotros. Vino a bordo el capitán del *Singe* para ofrecernos sus excusas, que fueron aceptadas entre sorbo y sorbo de té. Minutos más tarde, las hamacas se habían suspendido de nuevo, los cañones habían vuelto a sus sitios, callaron las señales, y toda la marinería que no estaba de servicio, roncaba plácidamente.

XIII

APENAS hubimos fondeado en el puerto de Esmirna y hecho las señales de reconocimiento, nuestro cónsul nos envió una carta a bordo. Nos decía que, si nuestro destino era Constantinopla, nos rogaba que admitiéramos a bordo a un inglés de distinción, portador de cartas de los lores del Almirantazgo para todos los buques de guerra ingleses, de estación en aguas de Levante, recomendando a los capitanes que tomasen al personaje en cuestión, así como también a su servidumbre. Contestó el capitán que estaba pronto a recibir a tan noble pasajero, pero que era preciso que este embarcara cuanto antes, pues había fondeado exclusivamente para recoger las órdenes y pliegos que pudiera haber para él del Gobierno, y necesitaba hacerse a la mar aquella tarde misma.

A eso de las cuatro de la tarde, vimos que avanzaba hacia el *Tridente* una barca, que conducía a nuestro pasajero, a dos amigos suyos y a un criado albanés. En la mar, el suceso de menos importancia despierta la curiosidad y proporciona distracción: no es, pues, de admirar que toda la dotación se encontrara en cubierta para recibir a nuestros huéspedes. El que tomó la delantera a los demás, revelando con su continente que tal preferencia era en él un derecho, tendría de veinticinco a veintiséis años, una frente altanera, cabello negro y rizado y manos de mujer. Vestía una especie de uniforme encarnado, adornado con profusión de bordados y galones de fantasía, y usaba ancho pantalón de ante, oculto, de rodillas abajo, por las botas de montar. Al poner el pie en la escala, dio a su criado algunas órdenes en griego moderno, que hablaba correctamente. No pude separar de él mis ojos desde el instante en que le vi; recordaba vagamente haber visto aquel rostro notable, bien que sin poder precisar dónde. Cuando le oí hablar, su metal de voz confirmó mi convicción. Llegado al puente, el viajero saludó a los oficiales, diciendo que se felicitaba de encontrarse de nuevo, después de un año de ausencia, entre sus compatriotas. El señor Burke contestó con su frialdad habitual y, cumpliendo órdenes recibidas, guio a los recién llegados a la cámara del capitán. Un momento después, el señor Stanbow subió con los pasajeros a la toldilla, y como encontrara allí reunidos a todos los oficiales, adelantó hasta nosotros llevando de la mano al joven de la casaca encarnada.

—Señores —nos dijo—, tengo el honor de presentarles a lord Jorge Byron y sus dos amigos, los señores Hobhouse y Ekenhead. No tengo necesidad de recomendarles que le guarden todas las consideraciones a que tiene derecho por su talento y por su cuna.

No me había engañado: el noble poeta, ante quien nos inclinamos todos, era el joven a quien años antes viera yo salir niño del colegio de Harrow-sur-la-Colline, el día mismo que entraba yo en él, y de quien tanto había oído hablar desde entonces, en forma extraña, con frecuencia, y casi siempre de manera diversa.

Verdad es que lord Byron, por aquella época, más conocido era por sus extravagancias que por su talento. Se citaban a su propósito veinte características distintas, a cual más extraña, que lo mismo podían armonizarse con un loco que con un hombre de genio. Él mismo se alababa de no haber tenido más que dos amigos verdaderos, Mathew y Long, que perecieron ahogados, lo que no era obstáculo para que el poeta se entregara con verdadero furor al ejercicio de la natación. También dedicaba una buena parte de su tiempo al ejercicio de las armas y a la equitación. Célebres eran sus orgías en toda Inglaterra, tanto por sí mismas, cuanto por las gentes que en ellas tomaban parte, amalgama monstruosa de *jockeys* y de poetas, de ministros y de boxeadores que, vestidos de negro, solían pasar las noches bebiendo Burdeos y *Champagne* en el cráneo de un cura viejo del que habían hecho una copa. En cuanto a sus poesías, no había publicado más que un volumen, *Horas de ocio*, cuyos mejores versos, notables ya por su gracia y por su forma, distaban mucho de presagiar las deslumbrantes maravillas poéticas que más adelante debía lanzar al mundo. Criticó con desusada dureza este volumen la *Revista de Edimburgo*, crítica que de tal suerte abatió al noble poeta en los primeros momentos, que uno de sus amigos, que acertó a llegar a su casa cuando aquel acababa de leer la crítica, le creyó enfermo o víctima de una desgracia inmensa. Pero sobrevino casi instantáneamente la reacción: el autor, herido por la crítica, decidió esgrimir la sátira como arma de venganza. Apareció su famosa *Epístola a los críticos escoceses*, que consoló al poeta, y luego, vengado ya, hastiado, de todo, después de esperar en vano que vinieran a exigirle satisfacciones aquellos a quienes tan cruelmente había insultado, salió de Inglaterra, visitó a Portugal, a España, a Malta, donde tuvo un lance con un oficial del estado mayor del general Oakes, lance que no se llevó a efecto porque el oficial le dio excusas sobre el terreno, y desde Malta se dirigió a Albania, a bordo de un barco de su propiedad, dando un adiós a la vieja Europa y a las lenguas cristianas. Hizo un viaje de ciento cincuenta

millas para ir a saludar en Tebelin al famoso Alí-Pachá, quien, sabedor de que un inglés de distinción quería visitarle, dio las órdenes oportunas para que se le preparase un palacio y se pusieran a su disposición armas y caballos.

Alí se apresuró a recibirle, tributándole honores especiales y dándole pruebas de afecto extremado. Tal vez el terrible pachá, al mismo tiempo que reconoció al hombre de raza en el cabello rizado, las orejas pequeñas y las manos blancas y delicadas de Byron, descubrió en él algún signo característico del hombre de genio. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que su cariño para Byron; a quien había rogado que le tuviese como padre, y a quien llamaba su hijo, era tan grande, que lo enviaba veinte veces al día sorbetes, dulces y confituras. Después de un mes de permanencia en Tebelin, Byron se trasladó a Atenas. En la capital de Ática se hospedó en la casa de una viuda del vicecónsul, la señora Teodora Macri, a cuya hija mayor dedicó, al abandonar la ciudad de Minerva, el canto que comienza con estas palabras: «Virgen de Atenas, antes de separarnos, devuélveme, ¡oh!, devuélveme el corazón». Desde Atenas se dirigió a Esmirna, donde terminó, en la casa del cónsul general, los dos primeros cantos de *Childe-Harold*, principados cinco meses antes en Janina.

El día mismo que llegó a bordo, le recordé la circunstancia de su salida del colegio de Harrow, y como una de las características del espíritu de Byron era el culto a sus recuerdos tempranos, habló conmigo extensamente de sus maestros, de Wingfield, a quien había conocido, de Roberto Peel, que había sido su amigo. Puede decirse que fue el colegio, durante los días primeros de nuestro conocimiento, el tema único de nuestras conversaciones. Pasamos luego a tratar otros sucesos, y le referí la aventura del desventurado David y de la sublevación del regimiento de Froberg, que él conocía en términos generales, pero sin detalles, y al fin, abordamos las conversaciones íntimas, que ordinariamente versaban sobre él, sencillamente porque era muy poco o nada lo que yo podía decir de mí.

A juzgar por lo que comprendí de sus palabras pronunciadas en aquellas horas de abandono, el noble poeta era una mezcla extraña de sentimientos contradictorios y extremados con mucha frecuencia. Pagado de su elevada cuna, orgulloso de su destreza en toda clase de ejercicios del cuerpo, persuadido de su gallardía y de su finura aristocráticas, hablaba mucho de sus triunfos como boxeador, de su destreza en el manejo de las armas, pero muy rara vez de su genio. Era muy enjuto de carnes por la época a que me refiero, lo que no impedía que le atormentase en extremo el miedo a engordar. Tal vez quería parecerse a Napoleón, de quien era admirador entusiasta entonces,

hasta el extremo de querer imitar su firma, estampando en sus escritos las dos iniciales correspondientes a su nombre de pila y a su apellido de familia, Noel Byron. Sus lecturas de las obras de Young le habían infiltrado una afición a las impresiones fúnebres que, aplicada a la vida prosaica de las sociedades modernas, no dejaba de ofrecer a veces su lado ridículo. De ello se daba cuenta él mismo y no era raro que hablase, encogiéndose de hombros, de las célebres noches de Newstead, en las cuales, él y sus amigos, intentaron volver a la vida a los compañeros de Enrique V y a los bandidos de Schiller. He aquí por qué, cómo su corazón ansiaba ese no sé qué maravilloso que le negaba la civilización, había ido a buscarlo a aquel país pictórico de recuerdos antiguos, en el centro de aquellas sociedades errantes, al pie de los montes que llevan nombres tan sublimes como el Atos, el Pindó, el Olimpo. Allí parecía vivir a gusto, respirando el aire que convenía a su pecho. Había sembrado en el camino de su vida peligros bastantes para tener siempre muy despiertos su curiosidad y su valor, por cuyo motivo —decía él a bordo de nuestro navío—, desde que salió de Inglaterra, surcaba el camino de la vida lo mismo que el *Tridente* los mares: a velas desplegadas.

El ser vivo de toda la dotación a quien cobró más afecto, después de mí, era el águila que herí en Gibraltar, y que casi siempre estaba posada sobre el borde de la chalupa amarrada al pie del palo mayor. Habíase operado un cambio muy notable en la manera de ser de *Nick*, desde la llegada a bordo de lord Byron. Era el noble poeta quien sufragaba los gastos de su manutención y quien le servía personalmente la comida, compuesta de pichones y de pollos, muertos previamente por el cocinero, y lejos de la presencia de lord Byron, quien no podía tolerar el espectáculo de la muerte de un animal cualquiera. Me refería que, en ocasión en que iba a la fuente de Delfos, vio alzar el vuelo a un bando de doce águilas, cosa verdaderamente rara, y que ese presagio, por lo mismo que le fue ofrecido en la montaña consagrada al dios de la poesía, le había dado la esperanza de que la posteridad le saludaría y aclamaría poeta, como al parecer hicieron las nobles aves. Cerca de Vostizza, en las riberas del Golfo de Lepanto, había tirado él y herido a un águila, que murió días después, pese a los cuidados que le prodigó. *Nick* parecía agradecer las atenciones que de su proveedor recibía, agradecimiento que exteriorizaba lanzando un graznido y batiendo el ala cuantas veces le veía. Lord Byron tocaba al águila con una confianza que nadie más que él tenía, sin que jamás recibiera el menor arañazo de *Nick*. Pretendía Byron que era el sistema único a que el hombre debía recurrir en sus tratos con los animales, aun siendo los más feroces, el que empleó él mismo, por cierto con

resultados maravillosos, con el célebre oso de Alí-Pachá, y con su no menos famoso perro *Boastwain*, que murió hidrófobo sin que él dejase de acariciarle y de limpiarle, con las manos desnudas, las babas mortales que salían de sus fauces.

Me pareció que el carácter de lord Byron al de ningún hombre se parecía tanto como al de Juan Jacobo Rousseau. Un día me permití decírselo, y en la viveza con que rechazó la pretendida semejanza, creí ver que el paralelo no era de su gusto. Me confesó, sin embargo, que no era yo el primero a quien debía cumplimento tan lisonjero, siendo de notar que enfatizó las dos palabras últimas, bien que sin darles significación precisa. Creyendo yo que la discusión acaso hiciera resaltar alguna de sus características, persistí en mi opinión.

—Por lo visto, amigo mío —me dijo—, ha contraído usted ya esa enfermedad que yo comunico a cuantos me rodean. Apenas me ven, ya me comparan, lo que no deja de ser humillante para mí, pues lo primero que prueban las comparaciones, es que carezco de originalidad bastante para adquirir personalidad propia. Creo que no vive en el mundo hombre a quien hayan comparado tanto como a mí: me han comparado a Young, al Aretino, a Timón de Atenas, a Hopkins, a Chénier, a Mirabeau, a Diógenes, a Pope, a Dryden, a Burns, a Savage, a Chatterton, a Churchill, a Kean, a Alfieri, a Brummel, a un vaso de alabastro iluminado por dentro, a una fantasmagoría y a una naranja. En cuanto a Rousseau, probablemente es el hombre a quien menos me parezco. Escribía él en prosa, yo en verso; él era de las clases más bajas sociales, y yo de las aristocráticas; él era filósofo, yo detesto la filosofía; él publicó su primera obra a los cuarenta años, yo escribí a los diez y ocho la mía; su obra primera le valió los aplausos de todo París, y la mía las críticas de toda Inglaterra; imaginaba él que era el blanco de las conspiraciones de todos, y yo, en cambio, a juzgar por la manera con que el mundo me trata, tengo motivos para creer que imagina el mundo que soy yo quien conspiró; era él aficionado a la botánica como ciencia, yo adoro las flores por instinto; tenía él una memoria detestable, yo la tengo excelente; él componía con trabajo, yo escribo sin el menor esfuerzo; jamás supo él montar a caballo, tirar, nadar; yo soy uno de los mejores nadadores que existen, un campeón no despreciable en esgrima, sobre todo cuando manejo la espada escocesa, buen boxeador, de lo que es buena prueba que un día, en casa de Jackson, derribé a Purling y le disloqué la rótula, y finalmente, soy jinete muy aceptable, aunque muy tímido desde que salí de mi curso de volteo con una costilla hundida. Convénzase usted, amigo mío, de que en nada me parezco a Rousseau.

—Pero observo —repliqué— que no habla usted más que de contrastes exteriores y no de afinidades que pueden servir de base a las semejanzas de alma y de talento.

—¡Ah, pardiez! —exclamó Byron—. Desearía saber en qué consisten, amigo John.

—¿Puedo decírselo con franqueza, sin peligro de lastimarlo?

—Diga usted lo que guste.

—Pues bien: la reserva habitual de Rousseau, su poca fe en la amistad, su desconfianza en los hombres, su desdén hacia la justificación íntima y su predisposición por tomar como confidente suyo al público en masa, tienen, a no dudar, relación estrecha con las características del genio de usted. Además, Rousseau escribió sus *Confesiones*, que son a manera de estatua da sí mismo erigida sobre el pedestal de su orgullo, y usted acaba de leerme sus dos cantos de *Childe-Harold*, que me parecen algo así como un busto esbozado del autor de *Horas de ocio* y de la *Epístola a los críticos escoceses*.

Lord Byron contestó al cabo de algunos momentos de reflexión:

—Confieso que entre todos los que me han juzgado, acaso sea usted el que más se aproxima a la verdad, en cuyo caso, debo estarle agradecido, pues Rousseau era un gran hombre. Quisiera que escribiera usted en alguna revista, y así tendría yo esperanzas de ser juzgado alguna vez conforme a mis merecimientos.

Esta conversación, que producía en mí un interés inmenso, la sosteníamos en el país más encantador del mundo, mientras cruzábamos por entre un laberinto de millares de islas arrojadas, cual canastillas de flores, sobre el mar que vio nacer a Venus. Al cabo de algunos días, aunque navegábamos con viento contrario, habíamos costado a Scio, la tierra de los perfumes, y doblado a Metelin, la antigua Lesbos. Para abreviar: una semana después de nuestra salida de Esmirna, avistamos la Troada, con su Tenedos, centinela avanzada, y vimos abrirse ante nosotros el estrecho al que Dardano dio su nombre. El soberbio paisaje que ante nuestros ojos se extendía nos llenaba de admiración, cuando vino a disipar nuestro arrobamiento el estampido de un cañonazo disparado desde el fuerte. Nos dio el alto una fragata turca, y dos canoas tripuladas por algunos soldados y un oficial se acercaron a nuestro navío, para cerciorarse de que no se trataba de ningún buque ruso que navegara bajo pabellón inglés. Justificamos nuestra comisión, lo que no fue óbice para que nos invitaran a permanecer en la entrada del estrecho hasta tanto que consiguiéramos de la Puerta un *firman* que nos autorizase para acercarnos a la ciudad santa. Aunque la formalidad nos pareció poco

agradable, hubimos de someternos a ella. Hubo, empero, dos personas a bordo, que saludaron con júbilo el retraso: lord Byron y yo. El poeta pidió permiso para saltar a tierra; solicité yo el mando de la barca que debía llevarle a la playa, y obtenido sin dificultad el permiso del capitán, resolvimos visitar al día siguiente los campos donde estuvo emplazada Troya. No bien puso lord Byron sus pies en la barca, me rogó, espoleado por su impaciencia que dispusiera la vela de forma que recogiese todo el viento posible. Hicele observar que, en aquel mar de oleaje de poca extensión, sujeto a la influencia de la corriente del estrecho, nos exponíamos a zozobrar. Me preguntó entonces sí sabía yo nadar, y como creyera yo ver en la pregunta, ciertas dudas sobre mi valor, invité, por toda contestación, al noble lord a quitarse la levita a fin de encontrarse más dueño de sus movimientos en caso de accidente, y ofrecí aliento hasta la última pulgada de trapo. Contra mi creencia, gracias sin duda a la pericia del timonel, la pequeña embarcación nos dejó sanos y salvos a espaldas del promontorio de Sigée, llamado hoy el Cabo Genízaro, después de dar mil tumbos, de ponerse mil veces en posición casi vertical, y de mostrar la quilla con mayor frecuencia de la que era de desear.

Corriendo subimos a la cima de la colina donde la tradición coloca los restos de Aquiles, la misma que Alejandro, en el curso de su expedición a la India, veneró, dando tres vueltas alrededor de su base, desnudo y coronado de flores. A pocas toesas de la pretendida tumba se distinguen las ruinas de una ciudad, que un monje griego nos aseguró que eran los restos de Troya, aunque, por desgracia para él, nos encontrábamos precisamente en un lugar desde el cual veíamos el valle donde debió estar emplazada la ciudad en cuestión, entre el monte Ida y las montañas de Kifkalasie. Riega el centro del valle un riachuelo que no es otro que el Escamandro, elevado por Homero a la categoría de dios, bajo el nombre de Xante. Un poquito más arriba de la aldea de Enai, vierte el Simois su caudal en el del Escamandro, merced a lo cual, adquiere el último, de allí en adelante, la apariencia de río. Byron, sus amigos y yo, bajamos al valle, donde llegamos al cabo de media hora de marcha: el poeta se sentó sobre un fragmento de roca, los señores Ekenhead y Hobhouse se dedicaron a cazar chochas, ni más ni menos que si se hubieran encontrado en las marismas de Cornualles, y yo me divertí saltando sobre el gigante homérico, medio tan bueno como cualquier otro de medir su altura. Una hora más tarde, lord Byron había conseguido que aumentasen sus incertidumbres acerca de la situación verdad del valle de Príamo, los señores Hobhouse habían muerto unas veinte chochas y tres ejemplares de liebres bastante

parecidas a las de Europa, y yo había caído tres veces, no en el agua, sino en aquel vaso venerable que servía en otros tiempos de lecho a las doncellas que iban a ofrecer sus primeros favores al río.

Nos reunimos entonces, y como lord Byron había resuelto seguir las márgenes del Escamandro hasta el lugar donde este se confunde con el mar, nos pusimos en camino, no sin antes ordenar a la barca que nos esperase en el cabo Yénihisari. Hicimos alto en Bornabachi para almorzar, proseguimos la marcha una vez satisfechas las exigencias de nuestros estómagos, y una hora más tarde llegábamos a la orilla del estrecho, por el sitio donde se hace más angosto, entre el nuevo castillo de Asia y el Cabo Griego. Una vez allí, le vinieron ganas a lord Byron de repetir la hazaña de Leandro, atravesando a nado el estrecho que, en aquel sitio, tendrá una anchura de una legua. Intentamos disuadirle de semejante locura, pero nuestras razones no produjeron otro efecto que el de enardecerle más y más en su resolución, que probablemente habría abandonado por sí mismo, si nosotros no la hubiésemos combatido, pues hay que tener en cuenta que, la fuerza de voluntad, en lord Byron, tema mucho de tozudez de niño o de mujer. No puede negarse, sin embargo, que aquella perseverancia constituía una parte de su genio. Le negaron talento para versificar; se obstinó él, y llegó a ser poeta: la naturaleza tuvo el capricho de formarle lisiado: luchó él contra su deformidad y consiguió ser uno de los hombres más guapos de su tiempo. Hicimosle observar que el tiempo estaba muy caluroso, que acababa de almorzar y que la corriente era muy rápida, y... faltó poco para que se arrojara al agua cubierto de sudor, sin esperar un minuto. Intentar disuadir a lord Byron de cualquiera cosa que hubiese pensado, era tanto como tratar de levantar una montaña y transportarla desde Asia a Europa.

Esto no obstante, a fuerza de súplicas, conseguí de él que esperara la llegada de nuestra barca, con lo que logré dos ventajas: darle tiempo para que se refrescase y para que hiciera la digestión, y poder acompañarle de cerca, despojando a la empresa de su verdadero peligro. Subí a la parte más elevada de la costa, vi en su puesto la barca y le hice señales para que se acercase. Cuando volví, encontré ya desnudo a lord Byron: diez minutos más tarde se lanzaba a la mar y yo le seguía a diez pasos de distancia. Por espacio de tres cuartos de hora todo fue bien: el nadador hizo, sin derivar apenas, las dos terceras partes de la travesía; pero comencé entonces a observar en él señales evidentes de fatiga: se lo dije, quise colocarme a su lado, pero hube de alejarme ante un signo prohibitivo que con la cabeza me hizo. Aunque le obedecí, fue con ánimo de no perderle un instante de vista. Habría recorrido

cien brazas más, cuando su respiración se hizo jadeante, y yo, sin decir palabra, me aproximé insensiblemente a él. Pronto se envararon sus miembros, ya no avanzaba más que merced a sacudidas, pasó dos veces el agua sobre su cabeza, y a la tercera, pidió auxilio. Le alargamos un remo, al que se asió, y dos segundos después se encontraba a bordo de la barca.

Entonces fue cuando dio pruebas de toda su puerilidad de carácter: mostrábase tan abatido como si le hubiese ocurrido una desgracia, mejor dicho, tan avergonzado como si hubiera sufrido una derrota. Plegaba su labio superior con expresión de rabieta infinita, y ni una palabra nos dirigió mientras le izamos a bordo.

No se dio, empero, por vencido. Atribuía, y con razón, su desventura a la rapidez de la corriente, y pensó que, si escogía un sitio menos angosto, aunque la distancia sería mayor, la dificultad se atenuaría mucho. Convinimos en consecuencia ir al día siguiente a Abydos y que lord Byron renovaríase su hazaña en el sitio mismo donde Leandro realizara tantas veces la suya. Adoptada esta resolución, volvimos al navío.

Al amanecer del día siguiente estábamos ya en tierra. Tomamos caballos en el pueblecillo de Renne-Keni, y, formando una cabalgata digna de figurar en los bulevares de París o en la calle del Corso en un día de carnaval, dejamos a nuestra izquierda los molinos, las chozas y las fuentes que bordean la orilla, para remontar la costa de Asia. Aunque habíamos entrado en los comienzos del invierno en Europa, el tiempo estaba caluroso en extremo los caballos alzaban al andar un polvo inflamado semejante a un torbellino de cenizas rojas que nos hacía desear ganar cuanto antes un bosquecillo de cipreses que se alzaba junto al camino convidándonos con su sombra y su verdor, cuando, a unos doscientos pasos del bosquecillo en cuestión, brotó de pronto un cuerpo de jinetes turcos que formó inmediatamente en línea de batalla. Gritos guturales que nunca hubiésemos atribuido a gargantas humanas, si no hubiéramos visto con los ojos a los que los lanzaban, nos saludaron con un *¿Quién vive?* que no comprendimos y, como es natural, no contestamos. Nos miramos unos a otros, inciertos sobre la norma de conducta que seguiríamos, cuando lord Byron se destacó de nuestro grupo y, cual si quisiera darnos ejemplo, se lanzó a todo galope sobre el bosque, como con ánimos de disputar su posesión a los turcos. Aquel movimiento hostil hizo que los sables de los turcos brillasen en el aire y que las pistolas salieran de las pistoleras. Otro tanto acababa de hacer lord Byron, cuando nuestro guía pasó delante de su caballo y le detuvo, y, a continuación, dirigióse a todo correr hacia los turcos, y les explicó que éramos viajeros ingleses que

visitábamos la Troada con las intenciones más santas y pacíficas. Parece que los turcos nos habían tomado por rusos, con los cuales estaba Turquía en guerra. Lo que no se tomaron el trabajo de preguntarse a sí mismos aquellos señores fue cómo hubiéramos podido llegar desde los arrabales de Moscou al estrecho de los Dardanelos: la pregunta hubiese exigido algunos momentos de reflexión, y sabido es que el turco sueña, pero no reflexiona jamás.

Por lo demás, aquel escuadrón turco, tomando precauciones para reñir desaforado combate, ofrecía una escena admirablemente guerrera y poética. Semejantes a las bestias feroces cuando huelen sangre, sus recios bigotes se habían erizado; en vez de permanecer fríos, silenciosos e impasibles, como esas murallas humanas que forman los ejércitos de Occidente, obligaban a piafar a sus caballos para que los relinchos de estos los excitasen, como según dicen se excita el león rugiendo y azotando con la cola sus costados. Sus chaquetillas cubiertas de oro, sus movibles turbantes, sus caballos árabes con sus gualdrapas de terciopelo, daban, desde el punto de vista pintoresco, una superioridad maravillosa a aquella tropa sobre los regimientos franceses o ingleses más hermosos que jamás habíamos tenido ocasión de ver. Todavía ignorábamos en qué vendría a parar todo, cuando dirigí una mirada a lord Byron. Aunque la palidez de sus mejillas era intensa, brillaban con fulgores extraños sus ojos, y sus labios crispados dejaban ver dos hileras de dientes soberbios. Fácil era advertir que el lobo escandinavo hubiese llegado gustoso a las *zarpas* con los tigres de Oriente. Por fortuna, no fue así. Nuestro guía consiguió hacer entender la razón al oficial turco, los sables volvieron a sus vainas, las pistolas entraron en sus pistoleras y los erizados y amenazadores bigotes se fueron alisando insensiblemente a lo largo de los labios. Nos indicaron que avanzásemos, y un momento después, nos mezclábamos en amigable compañía con los que cinco minutos antes mirábamos como a enemigos.

Razón tenía lord Byron cuando manifestó deseos de descansar en el bosquecillo: se disfrutaba en él de una frescura deliciosa a la que daba mayor encanto un arroyuelo que lo atravesaba por el centro y que producía el efecto de una cinta de plata extendida de uno a otro extremo del mismo. Tomamos asiento al borde de aquel caudal de agua sin nombre que corría orgulloso a abrazar al mar cual si fuera un Ródano o un Danubio, y sacamos las provisiones del cesto que las contenía. Consistían en vinos de Burdeos y de Champagne y en un pastel colosal en cuyas entrañas encerraba parte de la caza cobrada la víspera. No recuerdo haber comido jamás en sitio tan delicioso, con compañía tan agradable, ni tan apetitosos manjares. Lord Byron

estaba de un humor excelente: nos refirió los principales incidentes de su estancia en Tebelin, nos habló de sus relaciones con Alí, nos explicó las fases de aquellas, el cariño extraño que mereció al terrible pachá, y terminó ofreciéndome cartas de recomendación para Alí, ofrecimiento que yo acepté, sin soñar siquiera que aquellas pudieran serme útiles, más bien con ánimo de tener un autógrafo del poeta que una recomendación para el pachá.

Terminado el almuerzo, nos pusimos de nuevo en camino, llegando al cabo de dos horas de marcha a un mísero pueblecillo que vive de su pasado mitológico que le vale de vez en cuando la visita de algunos viajeros tan curiosos como intrépidos. Con no poco desencanto por nuestra parte hallamos en él un cónsul inglés. El tal cónsul inglés era un judío italiano casado con una griega epirota. Fuera necesidad impuesta por su pobreza real, lo que me parece muy improbable, pues la Gran Bretaña no suele dejar en la miseria a sus representantes, fuera suciedad y tacañería nativas, era el caso que aquel desgraciado iba cubierto de harapos, y que estos harapos estaban también cubiertos de insectos de la clase más inmundas, establecidos en ellos con una tranquilidad pasmosa que hacía honor a la religión pitagórica del proveedor a cuya costa vivían. Huimos con toda la rapidez posible de las atenciones que nos prodigaba nuestro representante y volvimos al punto de la costa donde lord Byron debía hacer la segunda prueba. En ella tomó parte el señor Ekenhead. De buena gana la hubiera intentado también yo, pues no me parecía la empresa demasiado difícil, toda vez que la distancia, desde Abydos a Sestos, no pasa de milla y media; pero era mi deber velar desde la chalupa por la vida de mis nobles compatriotas y la responsabilidad era demasiado grande para que yo me atreviera a obrar con ligereza.

Los dos nadaban bien. Más diestro que su compañero era en la natación lord Byron, y, sin embargo, desde el primer momento me pareció que le llevaba ventaja el señor Ekenhead, debido, a mi juicio, al defecto de conformación del pie de lord Byron, que le impedía rechazar el agua con regularidad perfectamente igual, de lo que resultaba que, a la larga, le obligaba a desviarse de la recta, aun nadando sobre aguas tranquilas, y con doble motivo, en la corriente. Como la víspera, les seguía yo a tres remos de distancia; pero fuese resultado de la emulación, gran excitante, fuese que la corriente no fuera tan rápida en aquella parte del estrecho, ganó la costa opuesta en una hora y diez y ocho minutos, yendo a tomar tierra tres millas más abajo del sitio donde se proponía tomarla. El señor Ekenhead hizo la travesía en ocho minutos de tiempo menos que él. En cuanto a nosotros, como

no podíamos desembarcar en territorio turco sin infringir las leyes de Turquía, nos quedamos a tiro de fusil de la costa.

Lord Byron, mal repuesto de la fatiga de la víspera, llegó tan extenuado a tierra, que permaneció largo rato tendido sobre la arena casi sin conocimiento. Acercósele un pobre pescador, que estaba cerca remendando sus redes y que, de tanto en tanto, dirigía sus miradas a los dos hombres, cuya intención no podía comprender, y le preguntó si quería descansar en su choza. Creo haber dicho antes que lord Byron hablaba el griego vulgar de la Edad Media: entendió perfectamente el ofrecimiento que le hacían, y contestó en la misma lengua que lo aceptaba. El señor Ekenhead intentó quedarse con él; pero lord Byron, que no quería privarse del lado peligroso que ofrecía la situación, exigió a su amigo que le dejase solo. Yo hice un hatillo con las ropas del poeta, lo sujeté sobre mi cabeza y me tiré al agua. Después de entregar el hatillo a su dueño, volví con el señor Ekenhead, quien a duras penas pudo llegar hasta la barca, distante de la orilla unos trescientos pasos, tan grande era su fatiga. No bien nos vio a bordo, nos dijo lord Byron desde la orilla que estuviéramos tranquilos aunque al día siguiente no le viéramos parecer.

No tenía el turco la menor idea del rango ni de la calidad de su huésped, lo que no impidió que le prodigara todas las atenciones y cuidados propios de la hospitalidad, única diosa antigua, de las seis mil que poblaron el Olimpo, que continua de pie en Oriente. Tan bien se portaron el turco y su mujer, que a los cinco días, lord Byron se encontraba perfectamente restablecido, decidiendo entonces aprovechar una barca que volvía a Tenedos para hacerse llevar a bordo del navío. En el momento de abandonar la choza del turco, dióle este un gran pan, un queso y un odre lleno de vino, le obligó a aceptar algunas monedas, cada una de las cuales vendría a valer unos veinte céntimos, y le deseó un buen viaje. Recibió lord Byron como dádiva sagrada todo lo que le ofreció el pobre turco, limitándose a darle con toda sencillez las gracias; pero no bien llegó al navío, donde comenzábamos a sentir vivas inquietudes por él, despachó a su fiel Estéfano, servidor que le regaló Alí-Pachá, con orden de llevar de parte suya al pescador turco un surtido completo de aparejos de pesca, una escopeta de caza, un par de pistolas, seis libras de pólvora y doce varas de tela de seda para su mujer. El presente fue entregado aquel mismo día al pobre turco, quien, no pudiendo comprender que le hicieran regalo de tanto pareció en pago de una hospitalidad tan pobre, quiso al día siguiente ir a dar las gracias a su generoso bienhechor. El desventurado resolvió cruzar el Helesponto, echó al mar su barca y ganó el largo; pero cuando se encontraba en el centro del canal, saltó un viento terrible que le hizo zozobrar, y como no

era tan buen nadador como lord Byron o el señor Ekenhead, se abogó sin poder ganar la orilla.

Llegó a nuestros oídos la triste nueva dos días después. Lord Byron experimentó un dolor profundo y vivo. Envió inmediatamente cincuenta *dollars* a la pobre viuda, juntamente con las señas de su casa en Londres y una carta, escrita en griego vulgar, en la cual le decía que contase siempre con él y no dejase de recurrir a su persona en todas sus circunstancias difíciles. Hasta quiso ir a visitarla personalmente; pero habíamos recibido ya el esperado *firman* que nos abría al fin el paso de los Dardanelos, y como tardó ocho días en llegar, el capitán quiso reconquistar el tiempo perdido. Aparejamos inmediatamente, y dos días después, a eso de las tres de la tarde, anclábamos frente a la Punta del Serrallo.

XIV

TAN HERMOSO cuadro desplegaron, durante los días de navegación, Asia por nuestra derecha, Europa por nuestra izquierda, que, al llegar a la Punta del Serrallo, sentimos todas tentaciones de preguntarnos dónde estaba aquella Constantinopla soberbia, tan ponderada por los viajeros, que disputa al Golfo de Nápoles el cetro sobre lo pintoresco; pero cuando embarcamos en la canoa para conducir al capitán a la Embajada inglesa, situada en el barrio de Gálata, y, doblando la Punta del Serrallo navegamos a lo largo del Cuerno de Oro, la ciudad imperial desplegó sus maravillas ante nuestros ojos, recostada sobre el suave declive de su vasta colina, con su anfiteatro de casas, sus palacios de cúpulas doradas, sus cementerios, a cuyas tumbas da poética sombra un bosque de cipreses, y reconocimos entonces a la bella cortesana de Oriente por cuyos encantos fue Constantino infiel a Roma, encadenándole, cuál hubiese podido hacer una nereida, con el chal azulado de sus aguas.

Hubiera sido notable imprudencia atravesar, por aquella época, las calles de Gálata sin escolta, por cuyo motivo, el señor Adair, que tenía noticia de nuestra llegada, había enviado al muelle un genízaro, cuya presencia pregonaba que estábamos bajo la protección del sultán. En aquel país, donde hasta los niños van armados, las riñas son muy frecuentes y se resuelven en el acto: la justicia interviene siempre tarde para prevenir las consecuencias de las reyertas, y a lo sumo, alcanza a vengar la muerte de la víctima: era, como consecuencia, muy importante, dado el estado de irritación en que se encontraba Constantinopla con respecto a los griegos y a los rusos, designarnos como hijos de una nación amiga.

Permanecieron nuestros marineros en la chalupa, a las órdenes de Jaime, y el capitán, lord Byron y yo nos dirigimos a la Embajada. A medio camino, poco más o menos, de aquella, encontramos las calles tan obstruidas, que nos hubiese sido imposible abrirnos paso si nuestro genízaro, que empuñaba un bastón, no hubiera comenzado a repartir golpes sobre aquella muralla humana con tanta fuerza y persistencia, que consiguió practicar brecha. Motivaba la aglomeración un griego que era conducido al suplicio, y que atravesaba la gran calle entre dos verdugos. Llegamos a tiempo para verle pasar. Era un respetable viejo de barba blanca, que caminaba con paso firme y tranquilo continente, mirando sin temor y sin orgullo al populacho que le perseguía

gritando y lanzándole imprecaciones. A todos nos impresionó vivamente el espectáculo, pero sobre todo a lord Byron, quien preguntó inmediatamente a nuestro intérprete si no sería factible, merced a la intervención de nuestro embajador, o pagando una suma fuerte, la salvación de aquel desventurado. El intérprete, con expresión de azoramiento y hasta de terror, se llevó un dedo a los labios indicando al noble poeta que guardase silencio. La recomendación, con ser tan expresiva, no impidió que lord Byron, al ver pasar al anciano frente a su persona, le gritase en griego; *¡Mártir... valor!* Ante aquella voz consoladora se volvió el griego, y no pudiendo alzar las manos, elevó los ojos hacia el cielo, indicando que estaba pronto a morir. En el mismo instante rasgó los aires un grito de angustia que partió de detrás de una celosía, frente a nosotros, a la par que por entre el enrejado de aquella asomaban unos dedos. El viejo se estremeció al oír el grito, lanzado sin duda por una voz conocida; hizo alto, pero sus verdugos le obligaron a caminar, aguijoneándole con la punta de sus yataganes. Lord Byron hizo un movimiento al ver brotar la sangre de la espalda del anciano, yo llevé la mano al pomo de mi puñal; pero el señor Stanbow, que se dio cuenta de nuestras intenciones, nos asió a los dos por el brazo, diciéndonos en inglés:

—¡Ni una palabra, o son muertos!

Hízonos ver que el genízaro comenzaba a mirarnos de soslayo, y luego, esperó a que pasase el cortejo sin soltarnos los brazos.

Pronto quedó despejada la calle y pudimos nosotros continuar nuestra marcha hacia la Embajada, a la que llegamos a los diez minutos, pálidos y conmovidos aún. Las causas que determinaron nuestro viaje a Constantinopla habían desaparecido ya antes de nuestra llegada: habíanse obtenido las satisfacciones que nosotros debíamos apoyar con nuestra presencia, es decir: la Sublime Puerta había dado al Gobierno Británico, por mediación de nuestro embajador, todas las excusas exigidas por el segundo. Como consecuencia, la conferencia política entre los señores Stanbow y Adair fue muy breve, tanto, que al cabo de contados minutos éramos presentados al embajador lord Byron y yo. El poeta, después de las saluciones de rigor, se apresuró a preguntar al señor Adair qué crimen había cometido el anciano a quien vimos cuando le conducían al suplicio. El embajador sonrió con tristeza. El viejo en cuestión había cometido tres crímenes, pero tan enormes, que el menor de los tres le bacía, a los ojos de los turcos, reo de muerte. Era rico, soñaba en la emancipación de su patria, y se llamaba Atanasio Ducas, es decir, era uno de los últimos descendientes de la dinastía real que había ocupado el trono en el siglo XIII. Cediendo a las apremiantes instancias de sus amigos, había

abandonado tiempo antes a Constantinopla, pero, al cabo de algunos meses de ausencia, no pudiendo resistir los anhelos de abrazar a su familia, se aventuró a volver. Prendieronle la noche misma que entró en Galata; su hija, de la que se aseguraba que era un prodigio de hermosura, fue secuestrada y vendida, por veinte mil piastras, a un turco rico, y su mujer, arrojada de su palacio, que confiscaron para el Gran Señor, ni pudo compartir el cautiverio de su hija ni participar de la muerte de su marido. Había pedido asilo en muchas casas griegas, cuyas puertas se cerraron ante ella. El señor Adair le había hecho saber al fin que la Embajada inglesa le ofrecía una hospitalidad inviolable y sagrada: la desventurada señora aceptó con intensa gratitud un ofrecimiento tan generoso; pero había desaparecido la víspera por la noche, y nadie sabía dónde se había refugiado.

El señor Adair invitó a lord Byron a hospedarse en la Embajada durante el tiempo que permaneciera en Galata, pero el poeta, temiendo comprometer parte de su libertad, declinó el ofrecimiento y rogó al embajador que le buscara alguna casita turca donde pudiera vivir a la usanza del país. Lo que sí aceptó fue la protección diplomática que el embajador le ofreció, para el caso en que el señor Adair tuviera alguna audiencia del sultán, a quien podría ver de cerca como agregado a la Embajada. La audiencia del sultán era más que probable como consecuencia de nuestra llegada a aguas de Constantinopla.

Nos despedimos del señor Adair después de una hora de conversación cordial y entretenida, y volvimos a atravesar las calles de Galata, siempre guiados por nuestro genízaro. No tardamos en observar que tomaba aquel una ruta distinta de la que habíamos seguido en nuestro viaje de ida. Íbamos a preguntar la causa a nuestro intérprete, cuando este, que adivinó nuestra intención, nos mostró con el dedo, en el centro de la plaza donde acabábamos de entrar, un grupo informe que nos produjo un estremecimiento involuntario, bien que sin que pudiéramos adivinar todavía de qué se componía. A medida que nos acercábamos, el objeto tomaba forma humana; al fin descubrimos que era un cadáver arrodillado y decapitado, que sostenía su propia cabeza entre sus muslos. La cabeza, que pudimos reconocer, era la del viejo que viéramos pasar una hora antes entre sus verdugos. Junto al cadáver había una mujer sentada, con la frente reclinada sobre sus manos, semejante a la estatua del Dolor. Dé tanto en tanto abandonaba aquella actitud para agarrar un palo, caído junto a ella, y ahuyentar a los perros que acudían a lamer la sangre. Aquella mujer era la viuda del mártir, la que el día anterior había desaparecido de la Embajada sin que hubiese vuelto a saberse de ella. El cambio de ruta que nos llamó la atención fue un obsequio de nuestro buen

genízaro, quien quiso, sin duda, darnos una idea de la clemencia de su gracioso señor, haciéndonos pasar por delante de tan terrible espectáculo.

La verdad es que habíamos llegado a Constantinopla en la mejor de las ocasiones para tener un *début* análogo a los de los héroes de *Las mil y una noches*. Aquella cabeza cercenada, aquella doncella vendida, aquella pobre viuda, todo me parecía un sueño, siendo de advertir que hasta la vista de los trajes maravillosos que me rodeaban contribuía a dar mayor realidad a mi ilusión. En Constantinopla no se ven pobres ni harapos: todos los vestidos parecen *tissues* para una familia de príncipes: el campesino turco viste con tanta riqueza y elegancia como el oficial de húsares francés; la mujer del tendero más insignificante ostenta pieles de armiño y luce, dentro de su casa, joyas que en Londres no luciría la señora de un miembro de la Cámara de los Comunes para ir a la recepción dada en el palacio de un lord. Cada familia tiene un vestido hereditario que se transmite de padres a hijos, como los brillantes en Alemania, que solo visten en los días de gran solemnidad, y que se llama el *cairam*. Lo pliegan cuidadosamente y lo guardan, después de la fiesta, y no vuelve a ver la luz hasta la fiesta próxima. Ese traje es el mismo que llevaban ya en la época de Mahomet II o de Olean, porque en Constantinopla, la moda no varía, es inmóvil. Sin embargo, si bien es cierto que siempre parte del mismo principio y respeta invariablemente el mismo fondo, ofrece infinidad de variantes en los detalles. Un ojo experto reconoce con solo verle, en medio de mil, al *dandy* turco, para quien el arreglo de su persona es asunto tan serio y trascendental como pueda serlo para el paseante habitual de Saint James, en Londres, o del bulevar de Gand, en París. La forma que hayan de dar a la barba, los pliegues que haya de tener el turbante, la curva de las babuchas amarillas, los medios tonos del *guibeth*, los arabescos de las pistolas y los cincelados de los canjiars, preocupan tanto al elegante osmanlí como pueda preocupar a nuestros modelos de bien vestir el corte de un frac. El turbante, sobre todo, es la parte de la indumentaria más sujeta a la influencia del capricho, es, para los turcos, objeto de un trabajo tan complicado como para un parisiense el nudo de la corbata. Se usan turbantes a la candiota, a la egipcia, a la stambouliha; se conoce a primera vista al sirio por su turbante a rayas, al emir de Alepo por su turbante verde, al mameluco por su turbante blanco. Constantinopla, como todas las grandes metrópolis, forma un mosaico de hombres, cuyas piedras menos preciosas son los occidentales con su indumentaria pobre y severa.

Yo no sé el efecto que en mis compañeros produciría aquella vista singular; lo que sí puedo afirmar que volví al navío presa de una especie de

fiebre. El mismo lord Byron, no obstante su frialdad afectada, parecióme bastante conmovido, y no creo equivocarme si digo que, si él, por aquella época, no hubiera adoptado ya la resolución de representar el papel de grande hombre, se habría dejado llevar, como yo, de sus impresiones, aunque a decir verdad, el noble viajero hacía cerca de un año que había salido de Inglaterra, vivió en Grecia seis meses, y estos seis meses le prepararon, como es natural, para el espectáculo que a sus ojos se ofrecía. En cambio yo, ausente desde apenas dos meses, pasaba sin transición desde la vida ordinaria a aquel mundo extraño donde en todo momento esperaba sucesos imprevistos y extraordinarios.

Transcurrió, empero, el día sin más novedades que la visita que recibimos a bordo de algunos turcos ociosos y desocupados que constituyen en Constantinopla la clase social a que en París dan el nombre gráfico de *papamoscas*. Sus inconmensurables pipas arrastraban por el puente, y como llevábamos a bordo un cargamento de pólvora muy respetable, efecto de que, cuando zarpamos en Londres, ignorábamos en qué disposiciones encontraríamos a la Sublime Puerta, hubo necesidad de hacerles comprender, aunque costó mucho trabajo, que estaba prohibido fumar a bordo. Cuando se dieron cuenta de lo que de ellos exigíamos, parecieron altamente sorprendidos de que adoptásemos precauciones contra una desgracia, toda vez que, si Mahoma había decidido que la desgracia ocurriera, todas las precauciones del mundo se estrellarían ante la voluntad de aquel. Nuestro ruego les pareció una falta de atención, y, resentidos y de mal humor, fueron a sentarse sobre nuestros cañones. Era otra falta: el encargado de la vigilancia de la artillería les obligó a abandonar aquellos asientos más que deprisa. Tanto exasperó lo que ellos creyeron ser falta de hospitalidad, que se fueron del buque inmediatamente. Con cómica gravedad bajaron a la chalupa que les había traído, y el último, en el momento de poner el pie en la escala, se volvió, y con expresión del desprecio más profundo, escupió sobre el puente. Esta última infracción pudo costarle más cara que las anteriores, pues Bob, que acertó a estar a su lado, le agarró por los brazos con ánimo de arrojarle sobre la borda. Por fortuna llegué yo, y conseguí, no sin dificultad, que Bob aflojase la tenaza que aprisionaba el brazo izquierdo del desgraciado turco. Verdad es que al mismo tiempo tuve necesidad de agarrar por la muñeca derecha al buen hijo de Mahoma que con ingenuidad encantadora llevaba la mano al pomo de su canjiar. Bob, quien no dejó de advertir el movimiento, tendió en derredor sus miradas, vio un remo y se apoderó de él. Yo aproveché el momento para obligar al turco a bajar a la chalupa; los remeros imprimieron a la pequeña

embarcación una sacudida violenta que la alejó una porción de toesas del buque, y los dos fieros antagonistas hubieron de renunciar a sus instintos sanguinarios.

Sobre el puente no había quedado más persona extraña que un judío que nos visitó para ejercer su comercio. Hasta entonces no había tenido ocasión de admirar tipo más maravilloso del genio mercantil: sus bolsillos eran depósitos de muestras y en una caja llevaba el surtido más variado de los objetos más heterogéneos. Aquel hombre vendía de todo, desde cachemiras valiosísimas hasta pipas, siendo de notar que su comercio no se limitaba a eso, según comprendí a la segunda frase que me dirigió. Tenía en Galata un almacén, cuyas señas me dio, donde encontraría el tabaco más rico de Constantinopla, tabaco superior al que se traía directamente de Latakié y del Monte Sinaí para el Gran Señor. Tomé nota de las señas y prometí hacerle muy en breve una visita. Hablaba Jacob bastante bien el inglés para que yo le comprendiera perfectamente, y un hombre como aquel era un tesoro para un buscador de aventuras como lord Byron y para un soñador como yo. Principiamos por preguntarle si podría proporcionarnos un guía inteligente para el día siguiente, pues lord Byron, pensando recorrer el recinto de los muros de Constantinopla, había solicitado para mí el permiso de acompañarle y el capitán se lo otorgó dando una prueba más de su bondad ordinaria. Nuestro judío se ofreció a servirnos él mismo. Residía en Constantinopla hacía veinte años, la conocía mejor que las tres cuartas partes de los turcos, y como, por otra parte, estaba libre de prejuicios sociales y religiosos, nadie como él para contarnos cuanto supiese sobre los hombres que tropezásemos en nuestro camino y sobre los sitios que pensábamos visitar. Aceptamos su ofrecimiento, no sin hacer constar que tomaríamos otro *cicerone* al segundo día si no quedábamos contentos de él.

Salimos muy temprano, y como quiera que ciertas partes de los muros caen a pico sobre las aguas del Bósforo, tomamos una barca que nos condujo al castillo de las Siete Torres, donde saltamos a tierra. Nos esperaba allí nuestro judío con caballos que para nosotros había alquilado y que estaba autorizado para vendernos a poco que nos convinieran. Diré de paso que es tan excelente la raza caballar árabe, que nuestras monturas, que probablemente estarían a la altura de los *jamelgos* que en Francia y en Inglaterra arrastran los coches de alquiler, nos parecieron llenos de fuego y de buena voluntad. Son caballos que no conocen más que el paso y el galope: el trote es un aire molesto completamente desconocido en Oriente. Como nuestra intención era ver las cosas al detalle, escogimos el paso.

Vista desde tierra, ofrece Constantinopla un aspecto más encantador todavía, si cabe, que desde el Bósforo de Tracia o desde el Cuerno de Oro. Imagínense nuestros lectores una extensión de cuatro millas aproximadamente desde las Siete Torres hasta el palacio de Constantino, rodeado de inmensas y triples almenas cubiertas de hiedra y coronada por doscientas diez y ocho torres, y hacia la parte opuesta del camino, los cementerios turcos, llenos de bosques de gigantescos cipreses poblados de tórtolas y ruiseñores. Un mar azul refleja en su terso cristal ese panorama, y lo envuelve un cielo que los dioses de la antigüedad, dioses muy amantes de lo bello, escogieron para hacer de él su Olimpo.

Atravesamos el Cuerno de Oro por la punta del palacio de Constantino, especie de ruinas más semejantes a un cuartel que a un palacio, y nos encontramos en Asia. Nuestro judío nos condujo a una colina llamada Bourdoulou, distante una milla próximamente de las murallas, desde donde se descubre a la vez el mar de Mármara y el monte Olimpo, las llanuras de Asia, Constantinopla y el Bósforo, que serpentea entre jardines encantadores cubiertos de verdor y esmaltados con infinidad de kioscos y de palacios pintados de todos los colores. Fue el sitio mismo donde Mahomet II, encantado ante tantas maravillas, hincó su estandarte y juró por el Profeta que tomaría a Constantinopla o perdería la vida frente a sus muros. Al cabo de ciento cincuenta días de sitio, cumplió su palabra con la fidelidad de un creyente.

No lejos de allí está la puerta Tophana, por la cual hizo su última salida Constantino Dracosos. Mortalmente herido, le colocaron debajo de un árbol, donde expiró. Un especulador armenio tuvo la idea luminosa de *explotar* esta tradición histórica construyendo un café en el sitio mismo donde el último de los Paleólogos perdió la vida y el imperio. Rendidos por la fatiga y el calor, echamos pie a tierra bajo el plátano que da sombra a la puerta, y no bien penetramos en el café, nos vimos en la precisión de imponer silencio a nuestro amor propio nacional para confesar que solo los turcos comprenden las felicidades de la vida. En vez de encerrarnos, como hubiesen hecho en Inglaterra o en Francia, en un gran salón público, o de obligarnos a respirar la limitada atmósfera de un gabinete reservado, nos condujo el cafetero, por los paseos de un jardín encantador, hasta el borde de una fuente. Allí nos tendimos voluptuosamente sobre una alfombra de césped, que hubiera hecho morir de vergüenza a las de nuestros mejores parques; nos trajo pipas, sorbetes y café, y nos sirvió lo necesario para que pudiéramos escoger a nuestro capricho un almuerzo castizamente oriental. Lord Byron estaba ya

acostumbrado a las delicias que había saboreado en Grecia; pero yo, que las gustaba por vez primera, quedé extasiado.

Después de fumar varias dosis del mejor tabaco de nuestro judío en pipas turcas perfumadas con agua de rosas, montamos de nuevo a caballo para proseguir nuestra excursión que, al cabo de un cuarto de hora de marcha, nos dejó frente a una pequeña iglesia griega, muy venerada en toda la región. Apenas echamos pie a tierra, el hermano que nos sirvió de *cicerone*, en vez de guiarnos al interior, nos condujo a un estanque rodeado por una balaustrada dorada. Una vez allí, desmigó un pedazo de pan que a prevención había tomado, y unos cuantos peces, que me parecieron tencas, aparecieron inmediatamente en la superficie y se lanzaron sobre el alimento que su proveedor les tiraba con tales miramientos y tales saluciones, que hube de tomarlos, por lo menos, por inusitados. Siempre había creído yo que, en casos como aquel, los agradecidos debían ser los peces; pero me engañé aquella vez: los peces eran sagrados, y los monjes se limitaban a devolverles una parte insignificante de las limosnas que, merced a aquellos, recibían. El suceso al que fueron deudores de su casi canonización data de la toma de Constantinopla, y lo transmito a los lectores sin alterar en nada su pureza tradicional.

Tomada Constantinopla, Mahomet, que pensaba hacer de la ciudad la capital de su imperio, quiso conciliar la gratitud que debía a sus soldados con los miramientos y consideraciones que convenían a su futura capital; en consecuencia, adoptó un término medio, que consistió en autorizar el pillaje pero prohibiendo el incendio. Cumplieron religiosamente sus soldados la primera parte de sus funciones, y como quiera que solo les fueron concedidos tres días para realizarlas, trabajaron con ardor ejemplar, penetrando, no ya solo en las casas particulares y en los edificios profanos, sino también en los santuarios más desconocidos y ocultos. Ahora bien: pasaba por inaccesible el muro al que estaba adosada la pared del convento, y el superior, fiado en esa creencia, y más que nada en la protección de San Demetrio, bajo cuya tutela vivía la comunidad, freía tranquilamente los peces que habían de serle servidos en la mesa, cuando mayor era el ardor que los soldados de Mahomet ponían en el saqueo. Vino a distraerle de la grave ocupación que le absorbía por completo la entrada de un monje que se le presentó gritando que los turcos habían practicado una brecha en el muro e invadido el recinto sagrado. No obstante el espanto que reflejaba el rostro del portador de la noticia, pareció esta tan increíble al buen prior, que se encogió de hombros y, mostrando a los hermanos los peces, puestos ya casi en ese punto que hace las

delicias de los aficionados a los buenos bocados y la desesperación de los cocineros mediocres dijo: «Más dispuesto estoy a creer que estos peces van a saltar de la sartén y nadar sobre el pavimento, hermano, que a dar fe a un suceso tan imposible como el que me refieres». No había terminado de pronunciar las palabras que quedan copiadas, cuando los peces saltaban de la sartén y nadaban por el pavimento, describiendo figuras preciosísimas. Aterrado a la vista de semejante milagro, el reverendo prior cogió los peces, los colocó entre los pliegues de su hábito y salió corriendo, con ánimo de dejarlos en el estanque donde antes los había pescado. Tropezó en el jardín con un turco que se disponía a entrar en la casa, y este último, engañado sobre la intención del primero, creyendo sin duda que trataba de huir, le dio una puñalada en el pecho. Continuó el prior su camino no obstante la herida mortal recibida, y vino a caer desplomado al borde del agua. Los peces saltaron de su hábito como antes saltaran de la sartén, y se encontraron en su elemento, donde vivieron sagrados de la misma manera que el prior moría mártir.

Los descendientes de aquellos venerables peces eran los que atraían al estanque ejércitos de peregrinos del país y no pocos extranjeros amantes de las curiosidades, los cuales nunca salían del convento sin dejar una limosna proporcionada a su rango o a su creencia. Debo decir que nosotros, aunque herejes, nos portamos en forma que el hermano que nos refirió el milagro no pudo quejarse de nuestra esplendidez.

Desde el convento, situado a la mitad del camino de la colina de Pera, nos dirigimos a un cementerio, cuyas sombras habíamos divisado desde lejos. Los turcos, semejantes a los romanos antiguos, no solo buscan la voluptuosidad en la vida, sino también más allá de la muerte. En el clima abrasador de Constantinopla, una de las mayores delicias es el frescor. Los musulmanes, después de haber buscado durante toda su vida un goce que es muy raro en Oriente, han querido tener por lo menos la seguridad de encontrarlo para después de su muerte. Los cementerios turcos son, no solo un campo de descanso delicioso para los muertos, sino también un paseo encantador para los vivos. Las tumbas, adornadas con una columna de color rosa o azul, coronadas con un turbante y ostentando letras de oro incrustadas, más bien tienen aspecto de caprichos pintorescos y rientes que de monumentos funerarios. En los cementerios, verdaderos sitios de citas amorosas, es donde los Tenorios de Constantinopla esperan, muellemente recostados sobre cojines, los billetes de las hermosas, que les son llevados por esclavos griegos o por mujeres judías. A medida que avanza el crepúsculo van quedando

desiertos aquellos paseos deliciosos que pasan a ser escena de robos y teatro de venganzas, y no es raro encontrar por las mañanas algún cadáver que, seducido por lo poético del lugar, ha venido durante la noche, al parecer, a buscar allí su tumba.

Avanzaba el día; habíamos dado la vuelta a las murallas, es decir, hecho un recorrido de diez y ocho millas próximamente, y rogamos a nuestro *cicerone* que nos hiciera ver, lo más rápidamente posible, todo lo que la ciudad, cuyo recinto exterior acabábamos de recorrer, encerraba de más curioso. Pero para ello precisaba hacer una evolución nueva: necesitábamos volver a la embajada inglesa para tomar un genízaro, si no queríamos ser insultados, y hasta agredidos, en las calles de la ciudad santa, que solo abandona a los infieles los arrabales y las afueras, y aun esto a regañadientes. En consecuencia, nos dirigimos al palacio del señor Adair, quien nos detuvo el tiempo indispensable para obsequiarnos, conforme a la moda turca, con sorbetes, café y pipas. Recibido el obsequio, nos pusimos nuevamente en marcha para atravesar el Cuerno de Oro desde la torre de Galata a la Validé; era la ruta que habíamos seguido cuando hicimos nuestra primera visita al embajador. Reconocí la calle donde encontramos al desventurado anciano que era conducido al suplicio. Maquinalmente llevé mis ojos hacia la ventana de donde había salido el grito de mujer, y me pareció, no obstante lo espeso de la celosía, ver brillar en el fondo dos ojos de fuego. Quedé un poquito rezagado: a través de los barrotes de la celosía pasó un dedo fino que, al retirarse, dejó caer algo que no me fue posible distinguir. Di cinco o seis pasos más, y entonces, entregando mi caballo a un mozo de cordel, eché pie a tierra y retrocedí fingiendo que había perdido algo. Lo que había dejado caer la invisible bella era una sortija con una esmeralda de mucho preció. Seguro de que la caída de la joya había sido voluntaria, la recogí y puse en mi dedo, esperando que sería el talismán que, un día u otro, habría de llevarme a una aventura amorosa. Debo decir que, para ser novato, ejecuté con tal destreza mi evolución, que nadie sospechó la causa, cómo no fuera nuestro judío, a quien sorprendí dos o tres veces mirando mi mano. Por supuesto, que perdió el tiempo, pues la sortija estaba oculta bajo mi guante.

Confieso que, a partir de aquel instante, mi espíritu, sumido en locos ensueños, dejó que el cuerpo visitara con complacencia perfectamente maquinal las maravillas que nos quedaban por ver, maravillas que fueron el exterior de Santa Sofía, pues el interior está reservado para los buenos creyentes, el hipódromo y el obelisco, las cisternas, tres o cuatro leones flacos y sarnosos que Su Alteza conserva cual si fueran preciosidades en un

tinglado, algunos osos negros y un elefante. Sin que ahuyentase mis pensamientos la puerta del serrallo, con sus vértebras de ballena, sus cabezas cortadas y sus rosarios de orejas que le sirven de decoración, volví a mi buque, soñando todas las aventuras de *Las mil y una noches*. Lo primero que hice fue bajar a mi camarote, cerrar la puerta y examinar a mi sabor la sortija, esperando encontrar alguna inscripción oculta que pusiera fin a mis dudas. En vano busqué: era sencillamente un anillo de oro con una esmeralda que me pareció de mucho precio, y el examen a que me entregué, aunque fue muy minucioso, en vez de precisar mis conjeturas, dio por resultado abrirles campo mucho más ancho y ambicioso.

Volví al puente a fin de disfrutar de los últimos rayos del sol, próximo a hundirse tras las montañas de Europa, y que nos ofrecía, todas las tardes, el espectáculo más soberbio que fantasía humana pueda imaginar. Toda la dotación, que no había olvidado, como yo, la sucesión de días, observaba religiosamente, limpia y endomingada, la etiqueta y el silencio del sábado, que tanto respetan los marineros. Dormían unos sobre las escotillas, leían otros, tumbados sobre montones de cuerdas, algunos paseaban con gravedad por proa, cuando de improviso, una tempestad de gritos que venía del muelle, poco más o menos hacia el gran serrallo, hizo que todas las cabezas se volvieran hacia aquella parte. Salió un turco por una de las puertas, apareció en la playa, perseguido por una muchedumbre frenética, y se tiró a una barca, que desatrancó con la fuerza y la destreza de la desesperación. En el primer momento, el fugitivo pareció indeciso sobre la dirección que tomaría; pero las turbas se habían lanzado a su vez sobre las chalupas atracadas a la orilla, toda una flotilla tumultuosa se había puesto en su persecución, el turco puso la proa de su barca a nuestro *Tridente* y, desoyendo las intimaciones de nuestro centinela y cerrando los ojos a sus demostraciones hostiles, saltó a nuestra escalera de babor. De cuatro saltos subió la escala, ganó el puente, se precipitó al cabrestante y, puesto de rodillas y desgarrando el turbante, hizo la señal de la cruz y pronunció algunas palabras que nadie entendió. Jacob, atraído por el ruido, subió en aquel punto con lord Byron, que acababa de pagarle los emolumentos del día, y nos explicó que aquel hombre, autor sin duda de algún crimen, abjuraba la religión mahometana a fin de hacer nuestra protección más simpática, e indicaba, por medio de signos y de palabras; que deseaba hacerse cristiano. No se equivocó nuestro intérprete: casi en el mismo instante subió de la mar una tempestad de gritos pidiendo que les fuera entregado el asesino, y el *Tridente* se encontró materialmente sitiado por más de cincuenta barcas tripuladas por unos mil quinientos hombres.

Para poder formarse idea de aquel espectáculo es preciso haberlo presenciado. Semejantes a sus corceles, que no conocen más que dos aires, el paso y el galope, los turcos carecen de término medio entre una quietud extrema y una violencia tempestuosa. En este último caso, mayor parecido ofrecen con los demonios que con los hombres: sus gestos son rápidos, insensatos y feroces, como la cólera que los agita. A falta de vino, que les prohibió beber su profeta, les emborracha la vista de la sangre, y desde el instante que la han probado, ya no son seres racionales, son bestias feroces, acorazadas contra las razones y contra las amenazas. Era en verdad milagroso que el intérprete pudiera comprender algo entre aquel torrente desbordado de palabras, de sonidos guturales, de reclamaciones feroces, que subía hasta nuestros aparejos semejante a un torbellino. Tenía la escena fuerte sabor fantástico, y ofrecía tal carácter de gravedad, que sin orden de nadie, por instinto de conservación, todos los marineros se habían armado, cual si se tratase de defender el navío contra un abordaje. Los asaltantes, ante aquellos preparativos de defensa, perdieron algo de su fuego, y el señor Burke, que había subido al puente, aprovechó el momento para ordenar a nuestro judío que preguntase a las turbas qué deseaban. Al hacer Jacob ademán de hablar, redoblaron los gritos, salieron de las vainas sables y canjiars, y el tumulto adquirió caracteres más graves que nunca.

—Tomad a ese hombre —dijo el señor Burke, señalando al fugitivo que, con la cabeza afeitada al descubierto, animados los ojos por el fuego del terror y de la cólera a la vez, parecía encadenado al palo de mesana, al que estaba abrazado—, tomad a ese hombre y arrojadlo a la mar: es la manera de acabar pronto.

—¿Quién se permite dar órdenes a bordo estando yo? —dijo una voz firme que dominó, como ocurría cuando bramaba la tempestad o tronaban los cañones, a todas las demás voces.

Todo el mundo reconoció la voz del capitán, que había subido al alcázar sin que nadie le viese, y que dominaba toda la escena. El señor Burke palideció y guardó silencio: hasta los turcos debieron comprender que aquel hombre de levita bordada, de cabellos blancos como la nieve, que hablaba con tanta entereza, era el jefe de los cristianos, pues hacia él se volvieron todas las cabezas redoblando los gritos de venganza.

Preguntó el capitán a Jacob cómo se decía *silencio* en turco y, llevando a su boca la bocina, repitió la palabra indicada con tal brío, que bramó sobre la muchedumbre como el retumbar del trueno. Cesó como por arte de encantamiento el tumulto, sables y canjiars entraron de nuevo en sus vainas,

recobraron su inmovilidad los remos, y Jacob, convirtiendo en tribuna la última escotilla de proa, preguntó qué crimen había cometido el hombre que reclamaban. Todas las voces contestaron a coro con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ha matado! ¡Que muera!

Con un gesto indicó Jacob que deseaba hablar; todo el mundo calló de nuevo.

—¿A quién ha muerto? ¿Cómo ha muerto?

Levantóse un hombre.

—Soy hijo del hombre a quien ha arrancado la vida —contestó—. La sangre que mancha mi caftán es sangre de mi padre. Por esta sangre juro que le arrancaré el corazón... ¡se lo arrancaré del pecho y lo arrojaré a mis perros!

—¿Por qué lo ha muerto?

—Por venganza. Ha muerto primero a mi hermano, que estaba en la casa, y luego a mi padre, a quien encontró sentado en el umbral de la puerta. Los ha muerto como un cobarde, en mi ausencia, a un niño y a un viejo, sin que ni el uno ni el otro pudieran defenderse. ¡Ha matado!... ¡Debe morir!

—Contesta que esos cargos pueden ser ciertos —dijo el capitán a Jacob—, pero que, aun en ese caso, son los tribunales de justicia los llamados a sentenciar.

Encontró Jacob sus dificultades para traducir la frase entera, pero consiguió llevar a feliz término su misión, expresándose sin duda con gran claridad, a juzgar por los rugidos de furor que acogieron su respuesta.

—¿Qué es eso de tribunales de justicia? —vociferaron los turcos—. ¡En Constantinopla no hay más justicia que la que uno se toma por su mano! ¡Queremos que se nos entregue el asesino! ¡Lo queremos! ¡El asesino!... ¡El asesino!

—El asesino será conducido a Constantinopla y entregado al cadí.

—¡No!... ¡No!... —gritaron los turcos—. ¡Queremos el asesino, y si no nos lo entregáis, por el camello de Mahoma que subiremos a tomarlo!

—Dice el Corán —replicó Jacob—: «No jurarás por el camello».

—¡Muera el judío! —vociferaron los turcos, echando al aire sables y canjiars—. ¡Mueran los cristianos! ¡Mueran!

—Izad las escaleras de babor y de estribor —ordenó el capitán, sirviéndose de su bocina para dominar el tumulto—, y fuego al que se acerque.

La orden fue inmediatamente ejecutada. Unos veinte hombres treparon a las cofas armados de fusiles y de trabucos.

Algo calmaron la cólera de los asaltantes estos preparativos, acerca de cuya significación no cabía dudar. Las barcas se retiraron a más de treinta pasos del navío. Mientras se retiraban, hicieron dos disparos que, afortunadamente, no hirieron a nadie.

—Disparad un cañonazo con pólvora sola —dijo el capitán—, y si el aviso no basta, echad a pique un par de barcas, y luego veremos.

Siguió a la orden un momento de silencio; al cabo de algunos segundos de espera, sacudió violentamente los aires la detonación de una pieza de treinta y seis. Subió una nube de humo que envolvió el alcázar y, después de jugar con las vergas, se elevó hacia la atmósfera con una lentitud que indicaba la tranquilidad absoluta del aire. Cuándo se disipó la nube, vimos que todas las barcas huían a la desbandada, excepto la tripulada por el hijo del muerto. Había quedado allí, empuñando su canjiar, como desafiando a toda la dotación.

—Que embarquen en la chalupa treinta soldados de marina, bien armados, y conduzcan al matador a presencia del cadí —dijo el capitán.

Fue botada la chalupa al mar y embarcado en ella el matador, juntamente con treinta hombres que, además de sus fusiles cargados, llevaban en sus cartucheras seis cartuchos por plaza. La chalupa, obedeciendo el impulso de doce remeros vigorosos, surcó las aguas, sin oír más ruidos que los producidos por los remos al azotar la mar.

Al advertir la maniobra, las barcas de las turbas se reunieron formando flotilla, describieron un círculo muy extenso y se acercaron a la orilla, para seguir, bien que a distancia, al asesino que era causa del tumulto.

Hizo el navío un movimiento circular a fin de presentar toda una batería a la orilla, por si había necesidad de proteger a nuestros hombres, pero la precaución resultó inútil, pues los alborotadores se mantuvieron a distancia respetuosa y los soldados desembarcaron y penetraron en la ciudad sin ser molestados. Por su parte, los turcos abordaron a la orilla y desembarcaron, dejando libres las chalupas sin preocuparse por lo que de ellas podría ser, y entraron en la ciudad por la puerta que habían franqueado nuestros soldados. Diez minutos más tarde, vimos que regresaban los nuestros en buen orden y embarcaban de nuevo en la chalupa sin tropiezo. El culpable había sido entregado a la justicia, y en esta circunstancia, como en todas las que exigían juicio sereno y valor inflexible, el señor Stanbow no se había desviado del cumplimiento de su Heber.

Aún continuaron los grupos agitándose, amenazadores, durante algún tiempo a lo largo de la orilla. A medida que se hacían más densas las sombras

de la noche, disminuía el alboroto, y al fin, toda aquella extensión de agua, teatro antes de escenas clamorosas, quedó envuelta en el silencio más profundo. Esperamos una hora más; el capitán, a fin de prevenir sorpresas posibles, mandó disparar un cohete de los llamados de lágrimas, se remontó hasta el cielo un reguero de fuego, estalló, y a la luz de los millares de chispas que brotaron de su seno y que iluminaron durante un momento a Constantinopla, desde las Siete Torres hasta el palacio de Constantino, no vimos más que rebaños de perros que buscaban, aullando, su comida nocturna a lo largo de la orilla.

Al día siguiente, recibió el señor Stanbow una invitación, extensiva a toda la oficialidad del *Tridente* y enviada por el embajador, para acompañar a Su Alteza a la mezquita, donde iba a dar gracias al Profeta por haber inspirado a Napoleón la idea de declarar la guerra a Rusia. Al regreso, debíamos comer en el serrallo, y terminada la comida, Su Alteza, nos dispensaría el honor de recibirnos.

Con la invitación venía una carta para lord Byron en la que le anunciaba que tenía preparada su casita en Pera, y que podía tomar posesión de ella cuando le acomodase. Hizo nuestro ilustre comensal sus preparativos, y aquel día mismo, abandonó el buque, juntamente con sus amigos los señores Hobhouse y Ekenhead y sus dos servidores griegos. Yo pedí permiso al capitán para ir a instalar a lord Byron en su nuevo domicilio, permiso que me fue concedido a condición de que me encontrara a bordo a las nueve de aquella noche.

El nuevo domicilio de lord Byron era un lindo palacete a la turca, es decir, emplazado en el centro de un hermoso jardín de cipreses, plátanos y sicómoros, lleno de macizos de tulipanes y de rosas que, en aquel clima delicioso, dan flores todo el año. Su mobiliario y adorno era completamente oriental; alfombras, divanes y algunos armarios, o mejor dicho, cofres pintados o incrustados en nácar o marfil. Creyó el señor Adair que debía añadir a los muebles turcos tres camas, suponiendo que, por entusiasta que el noble poeta fuera de la vida oriental, no llevaría su fanatismo hasta el extremo de dormir... como los turcos, vestido sobre cojines, La suposición indignó a lord Byron, quien, sordo a las protestas airadas de sus compañeros, remitió, la primera noche ya las tres camas a la embajada.

XV

LA MAÑANA señalada para la solemnidad de nuestra recepción, mientras yo consagraba toda mi atención a la obra importantísima de ponerme bastante elegante a fin de no quedar en gran desventaja con respecto a los oficiales turcos, entre los cuales íbamos a poner de relieve nuestra sencillez, entró Jacob en mi camarote y cerró de nuevo la puerta, no bien la franqueó, como hombre que está encargado de una misión tan importante como secreta. Adoptada esa precaución, se acercó a mí, caminando sobre las puntas de los pies y con un dedo sobre los labios. Le seguí con la mirada mientras hacía tan misteriosos preparativos, riéndome de la importancia que se daba y convencido de que todos sus aspavientos tendrían como resultado final el ofrecimiento en venta de alguna mercancía prohibida en los dominios de Su Alteza, cuando, dirigiendo una nueva mirada a sus espaldas, como para convencerse más y más de que estábamos solos, me preguntó:

—¿Llevas en la mano izquierda una sortija con una esmeralda?

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirí, sintiendo un espasmo involuntario de placer, al imaginar que tal vez iba a darme datos sobre la aventura que embargaba por completo mi espíritu.

—Esa sortija —continuó Jacob, desentendiéndose de mi pregunta—, ¿te fue arrojada desde una celosía en Galata, el día que rodeamos los muros de la ciudad?

—Sí; ¿pero quién te lo ha dicho?

—¿Fue una mujer quien la dejó caer? —continuó Jacob, fiel a su sistema de narración interrogativa.

—Una mujer joven y hermosa, ¿verdad?

—¿Deseas verla?

—¡Canastos! ¡Ya lo creo!

—¿Sabes a qué te expones?

—¿Qué me importan los peligros?

—Entonces, ven a mi casa esta tarde, a las siete en punto.

—No faltaré.

—¡Silencio!... ¡Vienen!

Entró Jaime, y Jacob nos dejó solos. Mi camarada, que se había vestido ya, le siguió, sonriendo, con los ojos.

—¡Hola, hola! —me dijo—. ¿Parece que estás en relaciones secretas con el señor Mercurio? ¡Ojalá tengas mejor fortuna que yo, mi querido John! He hecho el propósito firme de no pedirle más que tabaco; tan inferior ha resultado la calidad de lo que me ha entregado con respecto a los ofrecimientos que me había hecho. Te prometerá, como a mí, circasianas, griegas y georgianas, te hará creer que las tiene tan abundantes, que ni sabe qué hacer con ellas, y luego te entregará cualquier mísera judía de las que desdeñaría un mozo de cordel de Piccadilly.

—Te equivocas, Jaime —interrumpí, sonrojándome al pensar si mis sueños llegarían a tener semejante fin—. No soy yo el que busco una aventura, antes al contrario, es una aventura la que me busca a mí. Mira esta sortija.

Uniendo la acción a la palabra, le mostré la esmeralda.

—¡Ah... diablo! —exclamó—. ¡Eso es peor! Han mecido mis sueños con historias de ramos de flores que hablan, y de bocas mudas y de sacos vivos que hablan a voz en cuello al tiempo de ser arrojados al mar. Ignoro si esas historias son verdaderas; lo que sí sé es que nos encontramos en el teatro donde, según aseguran, pasan.

Yo hice un gesto de duda.

—¿Puedo saber cómo ha llegado a tus manos ese talismán magnífico? —continuó Jaime.

—Me lo arrojaron desde la celosía de donde partió un grito desgarrador el día que encontramos al anciano griego que llevaban al matadero. ¿No te acuerdas?

—Como si lo oyera en este instante. ¿Entonces es en aquella casa dónde te esperan?

—Lo presumo.

—¿Para cuándo es la cita, si no es indiscreta la pregunta?

—Para esta tarde, a las siete.

—¿Has decidido acudir?

—¡Claro que sí!

—No te aconsejaré que faltes, mi querido amigo, pues en coyuntura análoga, por nada del mundo faltaría yo. Mientras tanto, haré lo que no dudo que harías tú, si yo me encontrara en tu lugar y tú en el mío.

—¿Qué piensas hacer?

—Es mi secreto.

—Haz lo que quieras, Jaime: eres mi amigo de veras, y basta esto.

Me tendió Jaime la mano, y como durante nuestra conversación, había yo dado el último toque al atavío de mi persona, subimos juntos al puente.

Una salva de cañonazos hecha en el serrallo anunció al pueblo de Constantinopla que muy en breve iba a gozar de la augusta presencia de Su Alteza. Contestaron la salva el cuartel de los genízaros y la Tophana, y en aquel punto, todos los buques fondeados en el Bósforo izaron los pabellones de sus naciones respectivas y unieron sus descargas de artillería a las que de tierra venían. Constantinopla ofrecía en aquel instante un aspecto que tenía algo de mágico: el Cuerno de Oro parecía envuelto en llamas. Desde nuestro navío, que rugía y saltaba como todos los otros, vimos, a través de los desgarrones del humo, mezquitas, fortificaciones, alminares, casas rojas, jardines de color verde sombrío, cementemos durmiendo a la sombra de sus gigantescos cipreses, un anfiteatro cubierto de buques que, merced al velo vaporoso a través del cual se ofrecían a nuestros ojos, tomaban proporciones colosales y formas fantásticas, y todo ello vago, todo ello flotante, como las visiones de un sueño. En realidad, sobraban motivos para que nos creyéramos transportados al país de las hadas.

Los cañones que tronaban por todas partes nos llamaban al serrallo; en consecuencia, embarcamos inmediatamente en la chalupa del capitán y nos hicimos llevar a tierra. En la orilla nos esperaban caballos enjaezados con maravillosa riqueza. El que me cupo en suerte, era un ejemplar tordo, digno de ser montado por un general en jefe en día de batalla. Monté con una ligereza y soltura que me envidiaron más de dos oficiales de marina. Llegados a la puerta, encontramos a nuestro embajador, que acababa de llegar, acompañado de lord Byron, ataviado, este último, con una levita escarlata, cubierta de ricos bordados de oro, cuyo corte discrepaba apenas de las que suelen llevar los ayudantes de campo ingleses. Para el noble poeta, la ceremonia, a la cual le había invitado a asistir el embajador, sin concederle más importancia que la de un espectáculo curioso, tenía un interés excepcional. Se ocupó con no poca inquietud del lugar que en el acto ocuparía, pues le importaba mucho mantener, aun a los ojos de los infieles, las prerrogativas inherentes a su rango social. En vano le aseguró el señor Adair que le era imposible señalarle un lugar especial en el cortejo, y que los turcos, en su ceremonial, prescindían en absoluto de los individuos no agregados a ninguna embajada, y desconocían por completo el orden de prelación en uso entre la nobleza inglesa; lord Byron no consintió en asistir hasta que el ministro de Austria, árbitro irrecusable en asuntos de etiqueta, le

juró, por el lustre de todos sus antepasados, que podía, sin comprometer su dignidad, ocupar en el séquito del señor Adair el lugar que le acomodase.

Entramos en el primer patio, donde debíamos esperar el paso del cortejo hasta que pudiéramos colocarnos en el sitio que nos estaba reservado.

Marchaban en cabeza los genízaros. Como había oído hacer descripciones soberbias del cuerpo en cuestión, me costó trabajo creer que fueran genízaros aquellos guerreros míseros y sucios, cuyas cabezas cubrían con altos gorros, y cuyas manos empuñaban una varilla blanca, caminando revueltos, sin orden ni concierto, gritando a voz en cuello el *Mahoma Rassoul Allah*. Ocupa el cuerpo de genízaros un lugar demasiado elevado para que conceda la menor importancia a la opinión de un infiel, que, de no ser así, seguramente hubiera sido humillante para él el recuerdo que su vista hizo surgir en mi espíritu, pues verle, y acordarme en el acto de la famosa milicia de Falstaff, que excita una tempestad de carcajadas homéricas cuantas veces aparece, a las órdenes de su digno reclutador, en los escenarios del teatro de Drury-Lane o de Covent Garden, fue todo una misma cosa. Sin embargo, el respeto, mejor dicho, el temor que todos les testimoniaban, prueba evidente era de que en nada había menguado el brillo de su antiguo renombre, el prestigio de su prístino valor. Había luchado Selim con la serpiente, sin conseguir ahogarla; la hirió, pero aquella se alzó más irritada, más terrible, después de la herida: fue Mahmoud quien cortó de un solo revés las siete cabezas de la hidra. A los genízaros seguían los *delhis*, empuñando sus jabalinas antiguas y luciendo sus gorras adornadas con gallardetes semejantes a los de las picas de nuestros lanceros. Venían a continuación los *tophis*, que componen el cuerpo mejor organizado del imperio, nutrido por jóvenes de las mejores familias de Constantinopla, que han recibido en la Tophana, bajo la dirección de oficiales franceses, una especie de instrucción militar. Les seguía yo con la mirada no sin cierta curiosidad, cuando aparecieron los grandes del imperio semejantes a una nube de oro, ataviados con vestiduras tomadas, en cuanto a la forma, los adornos, y sobre todo la riqueza, de la antigua corte de los emperadores griegos. Brillaban en medio de ellos el *ulema*, el *mufti* y el *kislar-aga*, es decir, el guardasellos, el arzobispo y el jefe de los eunucos negros, trinidad extraña que disfruta poco más o menos de las mismas preeminencias y del mismo poder. De aquellos tres personajes dignísimos, llamó más directamente mi atención el *kislar-aga*; verdad es que la merecía bajo todos los aspectos. Además de su título de Conserje del Jardín de la Felicidad, que basta y sobra para despertar la curiosidad de cualquier europeo, se recomendaba particularmente *por* su propio físico, de una fealdad más que sobrada para

hacerse pasar por objeto curioso. Formaba su persona un cuerpo corto y recio, coronado por una cabeza monstruosa en la cual brillaban, con luz desigual, dos ojos amarillos que daban a su fisonomía ceñuda y adusta la dignidad solemne y adormilada del búho. Aquella especie de Caliban era el señor de Atenas, a la que los turcos han querido, sin duda, colocar por bajo del nivel de todas las ciudades del mundo, dándole para gobernador a un eunuco. Después del sultán, es él quien posee el harem más rico y numeroso. Anomalía extraña, que podría parecer superfluidad extraña en Francia y en Inglaterra, pero que, en Constantinopla, tiene el derecho de cosa juzgada.

Al fin apareció el mortal a quien yo esperaba con más impaciencia. Contra lo que yo creía, la presencia de Mahmoud II fue anunciada, no con vivas y aclamaciones semejantes a las que en la Europa occidental se prodigan a los reyes, sino con un silencio majestuoso y profundo. Preciso es confesar que el aspecto del noble sultán bastaba para imponer, hasta a los mismos infieles, veneración y respeto: en conjunto, era uno de esos tipos majestuosos ante los cuales quedan como deslumbradas las muchedumbres, uno de esos mortales ante el cual nos inclinamos, aun a pesar nuestro, para saludar al rey o al emperador.

En Mahmoud, todo dejaba adivinar, por aquella época, el carácter fiero e implacable de que ha dado tantas pruebas más tarde. Su mirada sombría y penetrante parecía leer en el fondo más recóndito del alma; su nariz, menos larga y menos curva que la de los turcos, se dilataba, al respirar, como la del león; sus labios contraídos, de los cuales no se veía más que una línea roja doble, pues su boca se perdía entre la masa de su larga barba negra, hasta cuándo callaban, dejaban adivinar un carácter formidable de mande imperioso; su cabeza, que parecía fundida en bronce en algún molde antiguo, no ofrecía ni una de las arrugas que suelen abrir las pasiones humanas. Nada en aquel rostro indicaba la circulación de la sangre, al contrario: el conjunto era de carácter severo, pálido e inmóvil como la muerte. Solo alguna vez brotaban de sus ojos destellos luminosos.

Se veía que aquel hombre era dueño de millones de hombres, y que abrigaba la conciencia íntima y profunda de su poder indefinido y de su autoridad sin límites. El caballo que relinchaba impaciente, cubierto de blanca espuma no obstante caminar al paso, era la imagen real, el símbolo visible de aquel pueblo que nunca sufrió freno hasta que se lo puso Mahmoud. Al paso del sultán, sus vasallos se velaban el rostro como temiendo quedar deslumbrados por los rayos de Su Majestad, y, sin embargo, sus vestiduras eran más sencillas, a primera vista, que el uniforme del último de los oficiales

de su escolta: no ostentaba más signo de su dignidad que la pelliza de marta negra, ni más objeto de ornato que el penacho donde brillaba el famoso brillante *Eghricapoue*, encontrado en un montón de inmundicias el año 1679 por un mendigo, que lo cambió por tres cucharas de palo y que ha llegado a ser la joya más preciosa del serrallo.

Precedía al sultán su tesorero, que arrojaba al pueblo moneditas de plata acuñadas recientemente, y le seguía su secretario, encargado de tomar y de guardar en una cartera de piel amarilla las peticiones y memoriales que le, eran presentados. El embajador nos indicó que era llegado el momento de formar en el cortejo, e inmediatamente avanzamos con nuestros caballos, colocándonos en un espacio dejado con intención entre la guardia del sultán y un regimiento de caballería, del que apenas si divisamos sus cascos dorados, y continuamos formando parte del séquito de Su Alteza, verdaderamente deslumbrados, y más que deslumbrados, conmovidos ante el lujo fastuoso de Oriente, que en vano intentaría imitar la Europa de Occidente, aunque su cara a la luz del día todos sus tesoros.

Debíamos atravesar toda la ciudad para ir desde el serrallo hasta la mezquita del sultán Achmet, situada en el lado meridional de la plaza del Hipódromo, cuyo nombre griego, tan célebre en los fastos bizantinos, han cambiado los turcos por el de *At-Meidam*, que es la traducción de otro que significa plaza de los caballos. Pasábamos unas veces por sitios soberbios y otras por calles tan estrechas, que no nos permitían ir más que de dos en dos. Hizo alto todo el cortejo al llegar al lugar de nuestro destino; el sultán desmontó, y entró, acompañado por los principales dignatarios turcos, en la mezquita, favor que se nos vedó a nosotros, en atención a nuestra cualidad de no creyentes. Sin embargo, a fin de que la interdicción nos fuera menos sensible, el sultán Mahmoud, dando pruebas de una delicadeza netamente occidental, hizo extensiva la prohibición a las tres cuartas partes de su cortejo, que quedó con nosotros al pie del obelisco de Teodoro.

Yo aproveché la estación para examinar a mi placer aquella maravilla de los solaces caprichosos del príncipe más artista que, acaso, haya existido. Es un verdadero palacio de *Las mil y una noches*: manos de genios han debido tejer aquellos primorosos encajes de piedra que ciñen las columnas de granito. En aquel lugar, al pie del bloque triangular que en otro tiempo servía para señalar el centro del estadio, han nacido todas las sublevaciones de los genizaros que, por espacio de cinco siglos, han transformado, de la noche a la mañana, la faz del serrallo, y en aquel lugar, al pie del mismo bloque, debía ser dictada, en justa correspondencia, en junio de 1826, la orden vengadora

que vertió hasta la última gota de sangre de aquella milicia turbulenta, escudo y verdugo a la vez de los sultanes.

Después de pasar media hora en la mezquita, reapareció el sultán Mahmoud para ir a presidir el juego de *djérid*, pasatiempo predilecto de turcos y de egipcios cuya palestra estaba en Aguas Dulces, paseo favorito de los amantes de Constantinopla. Reanudamos, pues, nuestra marcha y, pasando por segunda vez cerca del serrallo de Constantino, seguimos la orilla del río hasta el sitio indicado, fácil de reconocer a primera vista por los pequeños terraplenes que se elevaban a uno y otro lado. En el centro se alzaba la plataforma reservada para el sultán y su corte, y frente al sultán, terminaba la liza en un bosquecillo, cuyos árboles servían de asiento a las personas que no lo tenían reservado.

Luego que el sultán hubo tomado asiento, se llenaron las gradas de los dos terraplenes, las unas de mujeres, de hombres las otras. No sin vivo asombro, efecto de la idea falsa que, en general, tenemos todos de Oriente, vi que las damas más encopetadas asistían a una fiesta pública, separadas de los hombres y veladas, es cierto, pero dueñas, desde luego, de mayor libertad que las mujeres de la antigüedad, excluidas ordinariamente de los juegos gimnásticos y del estadio. Y es que la esclavitud de la mujer turca es mucho menos dura de lo que se cree. Excepción hecha de las mujeres del Gran Señor, guardadas con rígida severidad a fin de conservar la sangre imperial en toda su pureza, todas las otras se comunican libremente entre sí, asisten a los baños, van de compras, concurren a los paseos, reciben a sus médicos y hasta a sus amigos, siempre veladas, eso sí, pero gozando de una libertad que dista muchísimo de la reclusión a que, generalmente, las creemos condenadas.

Contra lo que ocurre en nuestras reuniones de Inglaterra o de Francia, cuya animación y encanto principal lo dan las mujeres, la reunión a que yo asistía se daba por completo en honor de los hombres. Arrebujadas en sus largos velos, que no dejaban vislumbrar más que los ojos, las espectadoras, sentadas sobre cuatro gradas, parecían cuatro largas hileras de fantasmas, al paso que los hombres, ostentando sus vestidos de guerra cubiertos de oro y de pedrería, ofrecían el golpe de vista más espléndido que se pueda imaginar. En cuanto al sultán, estaba aislado, conforme hemos dicho, bajo un dosel verdaderamente imperial, rodeado de cuatrocientos jóvenes vestidos de túnicas blancas y formando filas iguales a los cuatro lados del trono. Encuadraban la escena un cielo azul oscuro y muchos árboles de ramaje sombrío y vigoroso, merced a los cuales resaltaban más y más los colores ricos y variados del cuadro.

Después que ocupó su trono el sultán, por los cuatro ángulos que quedaban libres, y que hasta entonces ocultaban los guardias, que se separaron, hicieron irrupción cuatro escuadrones de mancebos, todos ellos pertenecientes a las familias más linajudas del imperio, que no lucían un uniforme especial, pues si bien vestían una chaquetita corta, el color de la misma y los adornos dependían del gusto o del capricho de sus propietarios. Todos ellos montaban caballos enteros del Yemen o de Dóngola, porque el jumento no era montura digna de un *osmanli*, y se precipitaron unos contra otros con furia tal, que no parecía sino que los caballos se despedazarían en el encuentro. Un movimiento espontáneo especial, que solamente el jinete turco sabe imprimir a su caballo hizo que todos se detuvieran a un tiempo en el centro de la palestra.

Seguidamente se mezclaron las filas entre sí con tal rapidez, que era imposible distinguir nada en medio de aquel torbellino de sillas de brocado, de estribos de oro, de yataganes de plata sobredorada, de argentados pretales y de penachos prendidos con rubíes. Debía dar comienzo la fiesta con sencillos ejercicios de equitación. En efecto, aquel ejército de caballeros sin armas, confundió las filas, las deshizo y volvió a hacer con tan perfecta regularidad y arte tan maravilloso, que hubieron de repetir, como sucede en el teatro, varias veces el número. Cada vez que lo repetían, resaltaban con mayor brillo las combinaciones de formas y los juegos de colores: los grupos formaban ora cifras y emblemas, ora lindos capullos que se abrían y transformaban en flores de efecto fantástico, ora soberbios tapices.

Entraron luego en la liza grupos de escuderos nubios cargados de jabalinas blancas embotadas, hechas de madera elástica y pesada de palmera. Cada caballero, al pasar junto al grupo, tomaba su *djérid*; entraron a continuación otros escuderos que eran portadores de haces de varillas, terminadas por uno de sus extremos en un gancho de hierro, que servía para recoger los *djérids* caídos, sin que los caballeros tuviesen necesidad de desmontar de sus caballos. Armados todos los caballeros, retiráronse los escuderos. La carrera fue en lo sucesivo más impetuosa y los movimientos y combinaciones adquirieron mayor precisión. Galopaban los jinetes por la palestra blandiendo sus *djérids* sobre sus cabezas. Uno de ellos se revolvió de improviso y arrojó su arma inofensiva contra el que le seguía más de cerca.

Fue aquello la señal. Las evoluciones generales se trocaron en combates individuales en los cuales procuraban todos demostrar su destreza tocando a su adversario y evitando los golpes de este. Entonces fue cuando entró en funciones la varilla terminada por uno de sus extremos en un gancho de

hierro, cuando se demostró la destreza increíble de los caballeros que las manejaban. Verdad es que aún probaron que eran más diestros los que, desdeñando el medio indicado, resbalaban sobre la silla hasta colocarse casi bajo los vientres de sus caballos, y, sin detenerlos, más todavía, sin mitigar la velocidad vertiginosa de la carrera, recogían sus armas con sus manos. Llegué a figurarme que me encontraba en Granada presenciando aquellas justas famosísimas de los Abencerrajes y los Zegríes, y que aquella caballería de Oriente había salido de su tumba para disputar de nuevo aquellas tierras que prefirieron a sus hermosos valles de Egipto y a sus nevadas montañas del Atlas.

Dos horas llevaba de duración aquella lucha maravillosa, sin que, no obstante no llevar cascos ni armaduras, resultase herido ninguno de los que en ella tomaron parte —no siempre sucede así, dicho sea de paso—, cuando la música horrenda, que antes diera la señal de entrada de los combatientes, dio la de su salida. Dejaron de volar los *djérids*, hiciéronse nuevas evoluciones que dieron por resultado arabescos variados, y al fin, los cuatro grupos, volviéndose bruscamente la espalda, desaparecieron por los cuatro ángulos con la rapidez fantástica que tanto habíamos admirado cuando entraron, y quedó desierta y silenciosa aquella palestra un segundo antes llena de hombres, de caballos, de gritos y de rumores.

A los caballeros sucedieron inmediatamente los saltimbanquis, los comediantes ambulantes, los juglares y los domadores de osos. Todos estos dignos industriales entraron juntos comenzando a danzar los unos, a recitar sus farsas los otros, aquellos a demostrar la habilidad de sus manos, los de más allá a exhibir sus animales, de suerte que cada uno de los espectadores podía disfrutar del espectáculo más en armonía con sus aficiones, o bien abarcar, con mirada distraída, la escena grotesca y heterogénea que se desarrollaba ante sus ojos. Aunque me avergüence, confesaré que yo fui de la opinión de lord Sussex en *Kenilworth*, quien, como se recordará, entre Shakespeare y un oso, opta por el último. Me entregué por completo a la contemplación de tan gracioso animal. Justo es decir que su domador, un turco todo gravedad, que no reía más que cuando reía su bestia, y esta no rio nunca, no dejó de hacer algo por su parte para hacerse acreedor a mi preferencia. Se veía a la legua que, desde la borla de seda de su gorro, hasta la punta encorvada de sus babuchas, estaba penetrado del alto honor a que había sido elevado.

Cada vez que Su Alteza daba muestras de satisfacción, convencido de que los objetos de la misma eran su oso y él, se detenía, saludaba con dignidad y

prosopopeya, bacía que saludase también su oso, y reanudaba sus ejercicios, que el sultán interrumpió al fin, con no poco desencanto mío, alzándose de su asiento para regresar al serrallo. A esta señal del señor contestó todo el mundo en la misma forma y, al cabo de breves instantes, saltimbanquis y comediantes, juglares y domadores de osos, pueblo y cortesanos, todo había desaparecido.

Cada vez más preocupado yo por la idea de mi cita, y no sabiendo si me sería posible escapar del serrallo, decidí renunciar al honor de sentarme a la mesa con Su Alteza. En efecto, entregadas las bridas de mi corcel a un palafrenero, me encaminé, sin que mi fuga fuera advertida por nadie, a la orilla del río, donde tomé una barca que me condujo al barrio de Galata, donde, merced a las señas que Jacob me había dado, no tardé en encontrar su almacén.

No me esperaba tan pronto el digno comerciante, pues la cita se me dio para las siete, y no eran todavía las cinco; pero yo le expliqué la causa de mi adelanto de hora, rogándole de paso que reemplazase con una comida Cualquiera la suntuosa que acababa de sacrificar. Era Jacob un hombre tesoro que ejercía todas las profesiones, desde la de embajador hasta la de comisionista. Un momento le bastó para proporcionarme una comida tan buena como era posible encontrarla en Constantinopla, es decir, un pollo cocido, arroz, algunas pastas y dulces, y un delicioso tabaco puesto ya en una pipa turca perfumada con agua de rosas.

Me encontraba yo recostado voluptuosamente sobre el diván, envuelto en nubes odoríficas que escapaban de mis labios, cuando entró Jacob en la estancia, acompañado por una mujer cubierta con un velo largo. Jacob cerró la puerta, no bien la franquearon los dos. Creyendo yo que se trataba de mi diosa, que se dignaba presentarse a mis ojos en forma mortal, me levanté con presteza; pero Jacob interrumpió; en el acto mis demostraciones respetuosas.

—No podemos perder tiempo —me dijo.

—Me parece —contesté yo—, que comenzaba a obrar de conformidad con el consejo que acabas de darme.

—Es que sufres un error: esta mujer es la doncella.

—¡Ah! —exclamé con cierto desencanto.

—Escucha —me dijo Jacob—. Puedes retroceder: aún estás a tiempo. Vas a acometer una empresa que en todos los países del mundo es peligrosísima, pero sobre todo en Constantinopla. Me han pagado para que te proponga la entrevista, y he cumplido mi compromiso; pero por nada del mundo quisiera que me alcanzase la responsabilidad de lo que te puede suceder.

Saqué un bolsillo, tomé la mitad del oro que contenía y lo ofrecí al judío.

—Toma algunos cequíes en calidad de agradecimiento por tu mensaje y como prueba de que estoy dispuesto a acometer la aventura.

—Pues bien —contestó Jacob, tomando el velo y la túnica de la mujer, que permanecía junto a la puerta sin entender palabra de las que decíamos—, ponte este disfraz y que Dios te guarde.

Confieso que faltó poco para que me abandonase toda mi resolución, cuando comprendí que debía envolverme en aquella túnica, y en aquel velo, que dejarían a mis brazos la misma libertad de movimientos, poco más o menos, que podría tener una momia; pero como había avanzado ya demasiado para retroceder, continué avanzando con Animo varonil por la senda aventurera.

—¿Y qué he de hacer luego que haya vestido esto? —pregunté a Jacob—. Necesito que me des algunas instrucciones.

—Breves serán estas —me respondió—. Seguirás al esclavo, que será el encargado de guiarte, y bajo ningún pretexto dejes escapar una palabra, pues una sola bastaría para perderte.

No era muy tranquilizador lo que el judío acababa de decirme, pero mi resolución continuó inquebrantable. El lector ha tenido ya ocasión de convencerse de que no estaba yo a falta de valor, y por otra parte, me empujaba hacia adelante, con fuerza que en vano hubiese intentado resistir, el demonio de la curiosidad. Contentóme con asegurar a mi cinto mi puñal de guardia marina y dejé que aprisionaran mis brazos con la túnica y cubrieran mi cabeza con el velo. Ataviado con mi doble vestidura, que disimulaba mi forma corporal, mi cuerpo no discrepaba gran cosa del de la mujer que me había traído los vestidos; así me lo dijo una seña de inteligencia que cambiaron el judío y la esclava.

—Y ahora, ¿qué he de hacer? —pregunté impaciente.

—Seguirme —contestó Jacob—, y sobre todo...

Llevó un dedo a la boca.

Hice un gesto de conformidad y, abriendo la puerta, descendí por la escalera hasta el almacén.

Nos esperaba allí un esclavo negro. Mi disfraz engañó a este, quien, tomándome por la esclava que había traído, corrió, no bien me vio aparecer, a desatar el asno, montura ordinaria de las mujeres turcas. Jacob me acompañó hasta la puerta, me dio la mano para ayudarme a montar, y me fui, aturdido por lo que acababa de pasar e intrigado por lo que debía pasarme.

XVI

POR ESPACIO de unos diez minutos avanzamos sin que yo lograra reconocer ninguna de las calles que cruzábamos, haciendo alto al fin frente a una casa de hermosa apariencia. Abrióla mi conductor, entré, la volvió a cerrar aquel, y me encontré en un patio cuadrado, que conocía perfectamente, a no dudar, mi montura, pues fue a detenerse, sin que nadie la guiara, delante de una puerta que daba frente a la primera. Quise yo desmontar entonces; pero se acercó el negro, hincó una rodilla en tierra, para que yo colocara mi pie sobre ella, y me ofreció la cabeza para que apoyara mi mano. No necesito decir que me conformé con el ceremonial en uso, y luego, como observara que aquel pensaba poner término a sus servicios, y que se aprestaba a llevar el asno a la cuadra, le indiqué por medio de un gesto imperioso, que debía precederme. No dio lugar a que lo repitiera: con inteligencia que demostraba cuán familiar le era el lenguaje mímico, me obedeció.

No tardé en darme el parabién por la precaución adoptada, sin la cual me hubiese perdido en el dédalo de habitaciones y de corredores que mi guía me hizo atravesar. Como es natural, a mi paso lo examinaba todo y procuraba orientarme, para el caso en que fuera necesaria una retirada precipitada. El ejército de criados que cruzaban ante nuestros ojos, silenciosos como sombras, o que veía junto a las puertas, inmóviles como estatuas, me demostró que aquella era la casa de algún gran señor. Al fin, después de cruzar infinidad de habitaciones, me abrieron la última puerta que daba a una estancia más iluminada, más rica y más elegante que ninguna de las que habíamos atravesado. Mi guía me dejó entrar, cerró la puerta tras de mí, y me encontré frente a una niña de catorce a quince años, que me pareció de una hermosura maravillosa.

Lo primero que hice fue correr por dentro el cerrojo dorado de que la puerta estaba provista, di seguidamente media vuelta y quedé inmóvil, asombrado ante aquel prodigio de belleza, radiante de alegría, devorando con los ojos al hada cuya varilla mágica parecía haberme franqueado las puertas de un palacio encantado. Estaba recostada sobre cojines de seda, envuelta en un caftán de color rosa con flores de plata, que dejaba ver un cuerpo de damasco blanco bordado con flores de oro y escotado de manera, que permitía descubrir el nacimiento del seno. Pendían a lo largo las mangas anchas de

aquel vestido oriental, dejando al descubierto una camisa de gasa de seda blanca, sujeta al cuello por medio de un broche de brillantes. Un cinturón cubierto de rica pedrería hacía resaltar la esbeltez de su talle.

Cubría su cabeza con el *talpock*, delicioso tocado de las mujeres turcas, que es una especie de gorrita de terciopelo, que cubre un lado de la cabeza, y de cuyo centro pende una bellota de oro. Un hermoso *bandó* cubría la sien que el *talpock* dejaba descubierta, y en el *bandó* brillaba un ramito de diferentes piedras preciosas que formaban flores naturales. Las perlas imitaban los botones del azahar, los rubíes las rosas, los brillantes formaban jazmines, los topacios junquillos. La gorrita dejaba escapar una masa de cabellos, de longitud desconocida en Occidente, que, peinados en infinidad de trenzas, descendían hasta rozar las babuchas, de finísima piel blanca bordada en oro, que encerraban los delicados piecitos de aquella beldad indolente. De sus facciones solo diré que eran de una regularidad perfecta: era un tipo griego en toda su majestad altiva y graciosa, con sus rasgados ojos negros, su nariz apoloniana y sus labios de coral.

Una sencilla ojeada dio por resultado el examen. La que de este acababa de ser objeto había adelantado la cabeza y doblado un poquito el cuello, semejante a un cisne, clavando en mí una mirada de inquietud. Me acordé de mi disfraz y adiviné que la hermosa; dudaba que fuese yo el hombre que esperaba. Entonces, merced a un movimiento, rápido como el rayo, me despojé del velo, que rasgué con mis manos, y quedé con mi uniforme de guardia marina. La doncella lanzó un grito, se levantó vacilante y, tendiéndome las manos, exclamó:

—¡Señor oficial!... ¡Sálveme usted! ¡Por el amor de la Panagia^[3] compadézcase de mí!

Me había hablado en italiano.

—¿Quién es usted? —pregunté, corriendo hacia ella y recibéndola entre mis brazos en el momento que iba a caer—. ¿De qué peligro desea que la salve?

—¿Que quién soy? ¡Desventurada de mí! Soy la hija del anciano que encontró usted cuando le llevaban al suplicio, y el peligro de que le suplico que me libre es de ser la manceba del mismo que hizo asesinar a mi padre.

—¿Qué puedo hacer? ¡Hable usted... hable! Estoy dispuesto a todo.

—Ante todo, es preciso que sepa usted lo que temo y lo que espero. Escúcheme: dos palabras me bastarán para ponerle al tanto.

—¿A qué perder, hablando, un tiempo precioso? Es usted joven, es usted bella, es usted desgraciada, ha tenido confianza en mi valor y en mi lealtad,

toda vez que me ha llamado; ¿necesito acaso saber más?

—Creo que, por el momento, no hay nada que temer. El *tzouka-dar*^[4] está encadenado a la fiesta, que se da en el serrallo; no llegará en algún tiempo, y por otra parte, circula y vela mucha gente todavía para que podamos aventurarnos a escapar ahora.

—Estoy a sus órdenes.

—Mi padre era griego, de sangre real y rico, tres crímenes que, en Constantinopla, se castigan de muerte. Le denunció el *tzouka-dar*; mi padre fue encarcelado y vendida yo; a mi padre le sepultaron en una mazmorra, a mí me trajeron aquí; a él le condenaron a morir, a mí a vivir. Únicamente perdonaron a mi madre.

—¡Oh! ¡La he visto! —exclamé yo—. Era indudablemente la dama que velaba junto al cadáver de su desventurado padre, ¿verdad?

—¡La misma... la misma! —contestó la infeliz doncella, retorciéndose los brazos—. ¡Sí... era ella!

—¡Valor... no desmaye usted!

—¡Oh!... ¡Valor lo tengo! —respondió con una sonrisa más terrible aún que sus lágrimas—. Usted lo ha de ver cuando llegue la ocasión... Me condujeron a la morada de mi dueño, a la casa del asesino de mi padre, al cubil del que me había comprado con el oro de mi familia, quien —me encerró en esta cámara. Oí al día siguiente algún ruido... Esperando, contra la esperanza, y sin saber qué esperaba, corrí a la ventana... ¡Era que conducían a mi padre al matadero!

—¿Entonces, fue usted la que sacó parte de una mano por la celosía, la que lanzó aquel grito de dolor que repercutió en lo más hondo de mi corazón?

—Sí... sí; fui yo, la que vi que usted alzaba la cabeza al oír el grito, la que vi que llevaba usted la diestra al pomo de su puñal. Adiviné que en su pecho latía un corazón generoso y que me salvaría si en sus manos estaba salvarme.

—Repito que estoy a su disposición: mándeme usted.

—Más para poner en ejecución mi plan, necesitaba antes entablar comunicación con usted. Decidí hacer acopio de valor para soportar la vista de mi odiado señor... sí; conseguí mirar sin cólera al que se me presentaba bañado en la sangre de mi padre, dirigirle la palabra sin escupirle maldiciones al rostro. Se consideró él feliz, y quiso premiar mi condescendencia con vestidos soberbios, con alhajas de gran precio. Una mañana, vi entrar en mi estancia a Jacob, el joyero más rico de Constantinopla.

—¡Cómo! —exclamé sin poder contenerme—. ¿Ese mísero judío?

—El mismo. Le conocía yo de larga fecha. Mi padre, de quien fui hija única, me colmó siempre de bondades, y le compró varias veces telas y piedras preciosas por sumas inmensas. Le indiqué por medio de una señal que necesitaba hablarle; él dijo al *tzouka-dar* que no había traído nada de lo que deseaba comprarle, pero que volvería al día siguiente. Aunque el jefe de los pajes debía estar de servicio al día siguiente, dio orden de que permitieran la entrada del judío en mis habitaciones. A la entrevista debían asistir dos de sus guardias. En el intervalo entre este día y el siguiente, fue cuando, en ocasión en que me encontraba junto a la ventana, que es donde pasaba casi todo el día, vi a usted por segunda vez. Se me ocurrió la idea de dejar caer mi sortija, usted la recogió, reflejando tal expresión de alegría su rostro, que ya no dudé que en usted había encontrado un amigo. Al día siguiente volvió Jacob. No nos dejaron solos un instante los guardias, pero yo le dije en italiano lo que quise. Le di las señas personales de usted, detallando desde el color de su cabello hasta la forma de su puñal. Me contestó que creía que le conocía a usted... ¡Juzgue, si puede, cuán inmensa fue mi alegría! No sabiendo entonces sí podríamos vernos de nuevo, convinimos ya nuestro plan para hoy, día de la fiesta que el sultán da en el serrallo, y a la cual forzosamente ha de asistir el *tzouka-dar*. Mi nodriza, que no me arrebataron... por indiferencia, que no por lástima, debía salir, como de costumbre, acompañada por un *capidgi*, para comprarme perfumes en casa de Jacob; usted esperaría allí, se disfrazaría con el velo y la túnica de aquella, y volvería en su lugar al palacio. Mientras tanto, ella corre, ría a prevenir a mi madre, la cual, ayudada por algunos servidores que continúan siéndonos fieles, tendría preparada una barca al pie de la torre de Galata. Si usted contestaba aceptando la empresa, Jacob debería enviarme una guitarra... ¡Ahí está! La he recibido hoy... Aquí está también usted... ¿Está dispuesto a auxiliarme? Hasta aquí, todo salió a pedir de boca; el resto, de usted depende.

—¿Qué he de hacer? ¡Hable usted —ordene—... pronto!

—Intentar atravesar esa serie interminable de habitaciones, es imposible: no nos queda más salida viable que la ventana de este gabinete.

—¡Está a doce pies de altura sobre el suelo!

—Cierto; pero no debe preocuparle una dificultad que puede salvar mi banda. Sirviéndonos de ella, podría usted bajarme a la calle... pero detrás del enrejado que usted ve, hay barrotes de hierro.

—Haré saltar uno con mi puñal.

—Pues manos a la obra, que se me figura que es ya tiempo.

Entré en el gabinete. Detrás de la colgadura de damasco color rosa vi los barrotes de hierro de la prisión. Al asomarme a la calle, creí distinguir los bultos de dos hombres ocultos en un rincón de la calle de enfrente. No dejé por ello de dar comienzo a mi tarea, persuadido de que se encontraban allí porque tenían asuntos propios y no para acechar los de los extraños.

Aunque no era muy dura la piedra en que estaban empotrados los barrotes, es la verdad que solo partículas muy pequeñas conseguía arrancar cada vez que introducía en la junta la hoja de mi puñal. La griega me miraba con curiosidad y esperanza. Mi papel había experimentado un cambio radical, pero diré en mi abono que, no obstante ser arrebatadoramente hermosa, yo no sé si me enorgullecía más que me hubiera escogido como salvador, que como amante. Mi carácter de salvador daba a mi aventura más sabor caballeresco, y yo la acepté con todas las consecuencias y con todo el desinterés.

Cuando mayor era mi entusiasmo, cuando con mayor ardor trabajaba, cuando el barroto comenzaba a salir de su prisión de piedra, la doncella puso una mano sobre mi brazo y extendió el otro en dirección a un sitio donde acababa de oír cierto ruido. Durante un instante permaneció inmóvil y escuchando, semejante a una estatua. Al fin, pasados algunos segundos, durante los cuales el sudor inundó mi frente —dijo:

—¡Es él... viene!

—¿Qué hacemos?

—Nos guiarán las circunstancias... Es posible que no venga aquí, en cuyo caso, poco nos importa que haya vuelto.

Escuchó por espacio de breves segundos y, oprimiéndome más el brazo, repuso:

—¡Aquí viene!

Hice un movimiento como para salir a la estancia contigua y encontrarme frente al que entrase en el momento que este abriera la puerta, pero mi linda compañera me detuvo diciendo:

—¡Ni una palabra, ni un gesto, ni un paso, o se pierde usted... y yo también!

—¡Pero yo no puedo permanecer escondido aquí!... ¡Sería una cobardía, una infamia!...

—¡Silencio! —interrumpió la doncella, poniéndome una mano delante de la boca y arrebatándome con la otra el puñal—. ¡Cállese usted, por la Santísima Virgen, y déjeme obrar!

Con paso presuroso salió ella a la cámara y escondió mi puñal bajo los cojines que le servían de lecho cuando yo entré. En aquel punto llamaron a la

puerta.

—¿Quién es? —preguntó la griega.

—Yo —respondió una voz de hombre, henchida a la vez de energía y de dulzura.

—Voy a abrir a mi señor, a mi dueño —dijo la joven—. Sea bienvenido a las habitaciones de su esclava.

Mientras decía estas palabras, se acercó al gabinete, cerró la puerta de comunicación, corrió el cerrojo, y yo quedé escondido y encerrado, testigo, si no ocular, auricular de la escena que allí iba a tener lugar.

Dudo que, durante todo el curso de mi vida aventurera, expuesta, por consiguiente, a mil peligros diferentes, rae haya encontrado en ninguna coyuntura que me produjera una sensación tan penosa como la que experimenté en aquel momento. Sin armas, incapacitado para mi defensa y para la de la mujer que solicitara mi apoyo, hube de abandonar a un ser débil, cuyas fuerzas únicas eran la astucia peculiar de la raza a que pertenecía, una partida en la que estaba comprometida mi propia vida. Si la griega la perdía, yo quedaba en aquel gabinete, semejante al lobo cogido en la trampa, sin medios de escapar, sin recursos para defenderme; si la ganaba, sería ella la que hubiese afrontado el peligro como un hombre de valor, mientras yo estaba oculto como una mujer. Tendí mis miradas en derredor por si encontraba algún mueble que pudiera convertir en arma; no encontré más que cojines, tapices y vasos de flores. Volví a acercarme a la puerta y escuché.

Hablaban en lengua turca, y como yo no podía ver los gestos con que los interlocutores acompañaban sus palabras, dicho se está que no pude entender palabra de las que dijeron. Juzgué, empero, reparando en las dulces inflexiones de voz del hombre, que suplicaba y no amenazaba. Al cabo de breves instantes, hirieron mis oídos dulces acordes de guitarra, y a continuación, sonó la voz armoniosa y pura de la griega, que entonaba un canto que tenía tanto de santa plegaria como de himno de amor, de dulzura como de sabor religioso. Aquella niña, que no había cumplido los veinte años, y que, en aquel instante mismo, lloraba con lágrimas de sangre la muerte de su padre, la miseria de su familia y su propio cautiverio, aquella niña que acababa de ser sorprendida en medio de una tentativa de evasión, cuando casi creía ya reconquistada la libertad perdida, aquella niña, que sabía que yo estaba encerrado en el gabinete contiguo, que no contaba con más esperanza que la débil del puñal oculto bajo uno de los cojines que le servían de asiento, aquella niña, puesta en situación tan comprometida, cantaba... y cantaba frente al hombre a quien detestaba con todas las veras de su alma, y cantaba

con voz tan tranquila, en apariencia, como si hubiese estado enaltecido los merecimientos de la Virgen en el seno de su familia, a la sombra del copudo plátano que se alzaba a la puerta de su casa.

Yo escuchaba, me dejaba arrastrar, sin intentar siquiera reaccionar, por medio del pensamiento, contra lo que me rodeaba, porque hasta me parecía que me hallaba fuera del mundo real, en la región de lo soñado, arrastrado por fuerzas superiores a las humanas. Esperaba, pues, y escuchaba. Cesó el canto. Las palabras que siguieron fueron más dulces aún que las que le habían precedido... Siguió un momento de silencio que interrumpió de pronto un grito de agonía... Yo quedé sin respiración, abiertos los ojos y fijos como si vieran a través de la puerta. Oí un gemido sordo y luego nada... después del gemido, un silencio de muerte. No tardaron en sonar pasos ligeros cuyo eco no acertaba yo a distinguir del ruido de los latidos de mi corazón. Los pasos se acercaban al gabinete, recorrieron el cerrojo, se abrió la puerta, y al resplandor de la luna, que penetraba por la ventana abierta, vi reaparecer a la joven griega, vestida con sus ropas interiores, pálida y blanca como un fantasma, y sin más joyas que el ramo de flores de pedrería que antes vi brillar en sus cabellos. Quise ver si la seguía alguien, pero como no había luces, nada pude distinguir en las tinieblas.

—¿Dónde estás? —me preguntó tuteándome, al no verme.

Yo había retrocedido ante aquella aparición terrible.

—Aquí —contesté adelantando un paso y colocándome delante del mismo rayo de luz que la envolvía a ella.

—Pues bien, yo he terminado mi obra: acaba ahora tú la batalla.

Mientras hablaba, me alargó mi puñal. Lo tomé por la hoja, que encontré tibia y húmeda; abrí la mano, y, a la luz de la luna, pude observar que estaba llena de sangre... ¡Era la primera sangre humana que la teñía! Mis cabellos se erizaron, sentí que circulaba por mi cuerpo un escalofrío, pero comprendí al propio tiempo que no podía perder un segundo, y decidí poner de nuevo manos a la obra interrumpida. En el rincón de la calle continuaban los dos bultos, pero, sin preocuparme, trabajé con ardor, aunque observé que, al oír el ruido que yo hacía, fijaron aquellos sus miradas en la ventana. Cedió al fin el barrote, dejando hueco bastante para darnos paso. No quedaba más que el enrejado exterior que cedió al primer golpe.

Inmediatamente avanzó hasta el centro de la calle uno de los bultos.

—¿Eres tú, John? —preguntó—. ¿Nos necesitas? Si así es, aquí nos tienes a Bob y a mí.

—¡Jaime!... ¡Bob! —exclamé.

Volviéndome radiante de alegría hacia la joven, que no había entendido lo que me decían en un idioma desconocido para ella —dije:

—Nos hemos salvado... ¡No, no! —añadí, dirigiéndome a mis amigos—. El único auxilio que necesito es una cuerda... ¿la tenéis?

—Tenemos algo mejor que una cuerda; disponemos de una escala... ¡Bob! Ven aquí, y colócate pegado al muro.

Obedeció el marinero. Jaime se encaramó sobre sus hombros y me alargó los cabos de una escala de cuerda, que yo sujeté a los barrotes próximos al que acababa de separar. Saltó Jaime seguidamente a la calle y ato el otro extremo de la escala a fin de que estuviera tirante, y no flotante, circunstancia que permitiría bajar con mayor facilidad a mi compañera. No perdió este tiempo: se subió al alféizar, y breves segundos después, se encontraba sin el menor accidente en la calle, con asombro indescriptible de Jaime y de Bob, que no podían adivinar qué significase aquello. Un segundo más tarde estaba yo a su lado.

—¡En nombre del Cielo! —exclamó Jaime—. ¿Qué te ha ocurrido? Te veo pálido como la muerte y lleno de sangre... ¿Es que te persiguen?

—Nadie me persigue... como no sea un espectro —respondí—. No es este el momento más oportuno para referirte la historia... Los instantes son preciosos... ¿Dónde espera la barca? —pregunté en italiano a la doncella.

—Al pie de la torre de Galata; pero me es imposible guiarles: no conozco el camino.

—Lo conozco yo —contesté tomándole una mano e intentando arrastrarla.

Observé entonces que estaba descalza, y por tanto, que no podría seguirnos. Hice un movimiento para tomarla en mis brazos, pero Bob, adivinando mi intención, se me adelantó, la cogió como si fuese una pluma y echó a correr hacia el río. Jaime me alargó las dos pistolas que empuñaba, sacó otras dos del cinto, y me hizo una señal para que me colocara a la derecha de Bob, mientras él se ponía a su izquierda.

En esta forma avanzamos sin tropezar el menor obstáculo. Al extremo de la calle, vimos algo semejante a un espejo inmenso: era el azulado mar de Mármara. Torcimos entonces hacia la izquierda y tomamos la orilla del río. Muchas barcas atravesaban el canal, haciendo el viaje de Constantinopla a Galata, o viceversa. A cuatro brazas de la orilla, vimos una inmóvil. Hicimos alto frente a ella y la joven la contempló por espacio de algunos segundos, pues parecía desocupada; pero al fin, se alzó del fondo de la barca una especie de fantasma.

—¡Madre mía! —exclamó con voz ahogada la niña.

—¡Hija querida! —contestó otra voz que nos hizo estremecer—. ¿Eres tú?

Se presentaron al momento cuatro remeros que estaban ocultos, la barca voló sobre el mar como una golondrina y atracó a la orilla. Se abrazaron las dos mujeres; luego, la madre cayó postrada a nuestros pies, y, llorando, nos preguntó a quienes debía abrazar. Yo la alcé, y como no podíamos perder tiempo —dije:

—¡En nombre del Cielo, partan! Corren peligro su vida y la de su hija... No pierdan un instante.

—¡Adiós! —dijo la niña estrechándome con fuerza la mano—. Solo Dios puede saber si nos veremos más... Nuestra intención es procurar llegar a Cardiki, en el Epiro, donde están los restos de nuestra familia... Quiero saber su nombre, para poder pedir a Dios todos los días de mi vida por el que lo lleva.

—Me llamo John Davys —contesté—. Más quisiera hacer por usted; pero quedo con la satisfacción de haber hecho lo que he podido.

—Yo me llamo Vasiliki —repuso la doncella—, y Dios me dice que no es esta la vez última que hemos de vernos.

Embarcó, diciendo estas palabras, y arrancando de sus cabellos el ramo de pedrería, que con inmenso asombro mío había, conservado —dijo:

—Tómelo; es la recompensa ofrecida a Jacob. En cuanto a usted, Dios le reserva, otra que vale más que todos los brillantes de la tierra.

Cayó el ramo a mis pies. La barca se alejó con rapidez. Vi, por espacio de algunos minutos, blanquear los velos de dos sombras, las vestiduras de la madre y de la hija, y, al cabo de poco, barca, remeros, velos blancos, todo había desaparecido, cual si fuera una visión, en la obscuridad.

Permanecí un instante inmóvil en la orilla. Creo que todo lo sucedido me hubiera parecido que era un sueño si no hubiese tenido en mis manos el ramo de brillantes, y en mi memoria el nombre de Vasiliki.

XVII

NUESTRA preocupación primera, después que desapareció la barca y nos encontramos solos en la orilla, fuimos nosotros mismos. Nada de tranquilizadora tenía nuestra situación. En primer lugar, nos encontrábamos en tierra, a media noche, sin permiso de nadie; en segundo, debíamos seguir, desde Galata a la Tophana, una playa invadida por rebaños de perros vagabundos que no parecía sino que nos reconocían como extranjeros y que, como consecuencia, les asistía el derecho de devorarnos, y en tercero y último, aunque yo no hubiera tomado parte activa en el homicidio cometido, era lo cierto que había sido apuñalado un hijo de Mahoma, y que el tal hijo de Mahoma era nada menos que el *tzouka-dar*.

Las dos razones últimas nos impulsaban a no perder tiempo, no obstante saber que a bordo nos esperaba el castigo de nuestra falta: nos pusimos, pues, en camino los tres, formando apretado grupo, y escoltados por un rebaño inmenso de perros famélicos, cuyos ojos lucían en las tinieblas como carbunclos. De tanto en tanto, los animales llegaban tan cerca de nosotros y evidenciaban propósitos tan hostiles, que nos obligaban a volvernos y hacerles frente. Bob esgrimía con bastante destreza el bastón que llevaba en la mano, obligando a nuestros antagonistas a retroceder. Nosotros aprovechábamos el movimiento de retirada para avanzar, pero no habíamos recorrido quince metros, cuando los llevábamos nuevamente pisándonos los talones. Si cualquiera de nosotros se hubiera separado del grupo, hubiera perdido la vida y probablemente habríamos corrido todos su misma suerte, pues de haber gustado aquellos perros feroces la sangre, nos hubieran atacado con furia incontrastable.

Con el acompañamiento de los perros llegamos a la Tophana, donde Jaime y Bob encontraron esperando su barca. Embarcó el primero Jaime, le seguí yo, y Bob cubrió la retirada, empresa que distaba mucho de ser fácil. Nuestros enemigos, viendo que se les escapaba la presa, cerraron contra nosotros con violencia tal, que Bob hubo de manejar el bastón. Del primer garrotazo tendió sobre la orilla a uno de los perros más atrevidos los demás se arrojaron sobre el cadáver y lo devoraron en un instante. Aprovechó Bob la distracción de nuestros enemigos para soltar la amarra de la barca y embarcar; Jaime y yo, que habíamos empuñado los remos, bogamos con ardor, nos

separamos de la orilla y penetramos mar adentro, dejando a los perros pregonando, por medio de furiosos ladridos, el pesar que les producía vernos marchar sin haber entablado con nosotros relaciones más estrechas. A cien pasos de la orilla, Bob nos tomó los remos y bogó él solo con más eficacia de la que lo hacíamos Jaime y yo.

Es preciso haber saboreado el espectáculo de una de esas noches dulces y risueñas de Oriente para poder formarse de ellas idea. Constantinopla, vista a la luz de la luna, con sus casas pintadas, sus kioscos coronados por cúpulas doradas, sus árboles, sembrados por doquier en confusión pintoresca, parecía un jardín de hadas. Ni un solo celaje empañaba su purísimo cielo: su mar, tranquila, tersa como un espejo, reflejaba todas las estrellas que tachonaban el cielo. Nuestro buque estaba fondeado frente al serrallo de Scutari, a la altura de la torre de Leandro, y tenía por popa el faro que se eleva sobre el promontorio de Calcedonia, cuyos resplandores dibujaban la elegante arboladura y la red de cuerdas del *Tridente*, que parecía una tela de araña. La vista de este nos obligó a acordarnos de nuevo de nuestra delicada situación, que la belleza de la escena nos había hecho olvidar, y nos incitó, a medida que se estrechaba la distancia interpuesta entre nosotros y el navío, a recomendar a Bob que remase con menos brío, a fin de que los golpes de remo arrancasen menos manchas fosforescentes a la mar, y a la par produjeran menos ruido. Aspirábamos a llegar al costado del buque sin ser vistos por el centinela, o sin que este *quisiera* vernos, suponiendo que fuera alguno de nuestros amigos, entrar en el barco por cualquiera de las aberturas practicables, acostarnos sin decir palabra, y subir al día siguiente al puente como si nada extraordinario hubiese ocurrido. Por desgracia para nosotros, se habían adoptado precauciones para que el curso de los sucesos fuese otro. Habríamos llegado a unos treinta pasos del *Tridente*, cuando el centinela, cuya cabeza divisábamos, subió sobre la banqueta de babor, y nos gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ah de la barca! ¿Qué desea?

—Deseamos subir a bordo —contesté yo, haciendo bocina con mis manos, a fin de no tener necesidad de forzar la voz.

—¿Quiénes son ustedes?

—Los guardias marinas John y Jaime y el marinero Bob.

—¡Al largo!

Nos quedamos mirando unos a otros, presa de la estupefacción más viva, estupefacción tanto mayor, cuanto que el centinela era uno de los mejores amigos de Bob, un hombre que, de ello teníamos la seguridad más absoluta,

habría estado más que dispuesto a ocultar nuestra escapatoria. Creyendo que me habría entendido mal, repetí:

—Por fuerza que no nos has comprendido, Patricio. Somos Jaime, Bob y yo, que volvemos a bordo; ¿no nos reconoces por la voz? Soy John Davys.

—¡Al largo! —gritó Patricio con voz tan recia e imperiosa, que no nos dejó la menor duda de que, la tercera interpelación, pondría en conmoción a toda la gente de a bordo. Bob, que comprendió el peligro en que nos hallábamos, sin decir palabra, empuñó los remos y comenzó a bogar.

Comprendimos su intención y mediante un movimiento de cabeza, le manifestamos que la aprobábamos. Era su proyecto alejarse del navío hasta perderse de vista, para luego, en vista de nuestro fracaso por babor, ver si teníamos más suerte por estribor. Para ello, describiríamos un gran círculo y nos acercaríamos, extremando más las precauciones que la primera vez. Dicho y hecho: una vez alejados convenientemente, nos detuvimos el tiempo indispensable para envolver los extremos de los remos con nuestros pañuelos de bolsillo y con un pedazo de vela que rasgamos; adoptadas estas precauciones, Bob remó tan sigilosamente, que ni nuestros oídos recogían el rumor que producíamos. No pudimos menos de felicitarnos por una estratagema, gracias a la cual nos sería posible subir a bordo. Nos encontraríamos a cincuenta pasos del buque, cuando advertimos que el soldado de marina que estaba de centinela en estribor movía el fusil. Un instante después, resonaba en nuestros oídos la intimación siguiente:

—¡Ah de la barca! ¿Qué deseáis?

—¡Subir a bordo, canastos! —contestó Jaime, comenzando, como yo, a perder la paciencia.

—¡Largo! —repuso la voz.

—¡Pero qué diablo es esto! —repliqué yo—. ¿Teméis que seamos piratas?

—¡Largo! —repitió el centinela.

Sin hacer el menor caso de la intimación, indicamos a Bob que continuara adelante.

—¡Largo! —gritó por tercera vez el centinela, apuntándonos con el fusil.

—¡Seguramente está allá el señor Burke! —murmuró Bob—. Obedezcamos, señores, créanme; es lo mejor que podemos hacer.

—¿Y cuándo volvemos? ¿Cuándo podremos embarcar? —pregunté al centinela.

—En el relevo de la mañana, salido el sol.

Había que esperar cuatro horas, pero hubiese sido inútil hacer observaciones. Bob nos propuso llevarnos a la orilla, donde descansaríamos

con mayor comodidad que en la barca; pero como la compañía que allí habíamos dejado nos hizo aborrecer la tierra por todo el resto de la noche, preferimos alejarnos un poco del navío y permanecer en el centro del Bósforo. Si todo nuestro castigo se hubiera reducido a aquella espera nocturna, lo habríamos encontrado llevadero, si no agradable, pero lo ocurrido a bordo nos dijo con elocuencia que debíamos prepararnos para algo peor, para algo más serio, y como todos conocíamos el carácter del señor Burke, dicho se está que ese algo, aunque desconocido, no dejaba de producirnos viva inquietud. No es, pues, de extrañar que, no obstante la encantadora hermosura del cielo que temamos sobre nuestras cabezas, de la atmósfera deliciosa que respirábamos, de la sublime belleza del paisaje cuando se mostró la aurora, apenas desperezada del beso embriagador de los primeros rayos del sol, lo que hubiera bastado, en cualquiera otra ocasión, para sumirme en éxtasis, pasamos las cuatro horas de espera más mortales que jamás hayan sonado en el reloj del tiempo. El agudo sonido de un silbato nos anunció al fin que era llegado el momento del relevo, y enseguida nos acercamos al navío que nos dejó llegar sin muestras de hostilidad.

La primera persona que en el puente encontramos fue la del señor Burke, vestido de gala, al frente de toda la oficialidad que parecía reunida en Consejo de guerra. Como quiera que nuestra escapatoria era una de esas faltas que se castigan con algunos días de arresto, tratándose de guardias marinas, y con unos cuantos vergajazos, si el culpable es marinero, no pudimos creer al principio que por nuestra causa se hubiese desplegado tan formidable aparato. Poco tardamos en desengañarnos: el señor Burke había resuelto hacernos los honores de nuestra deserción, así que, no bien pusimos nuestros pies sobre el puente, se cruzó de brazos, nos miró con fijeza, y dejando escapar de sus ojos los fulgores extraños que de ellos brotaban siempre que los animaba la esperanza de imponer un castigo grave, preguntó:

—¿De dónde vienen ustedes?

—De tierra.

—¿Quién les ha dado permiso?

—Yo formaba parte del acompañamiento del señor Stanbow —respondí.

—Lo sé; pero debía usted saber también que su obligación era encontrarse a bordo a las diez, como todos; llegaron todos menos ustedes.

—Nos presentamos a media noche y no nos permitieron embarcar.

—¿Se embarca a media noche en un buque de guerra?

—Sé que no es esa la hora reglamentaria; pero sé también que, en determinadas circunstancias, se suaviza un poco la severidad de la disciplina.

—¿Tenía usted permiso del capitán?

—No, señor.

—Cumplirá usted quince días de arresto.

Me incliné para exteriorizar mi conformidad, pero permanecí en el puesto hasta saber qué castigo imponían a Jaime y a Bob.

—Y usted —continuó con sonrisa de demonio el señor Burke, quién, después de concluir conmigo, las emprendía con Jaime—, ¿formaba también parte del acompañamiento del capitán?

—No, señor —contestó Jaime—. Confieso mi culpa y no busco atenuantes: me quedé en tierra sin permiso de nadie. Como me he hecho acreedor a un castigo, espero que me lo imponga usted; pero le ruego que me castigue por dos.

—¡Ah! ¡Ah! —murmuró entre dientes el señor Burke—. Parece que se va a repetir aquí la tierna escena de Pythias y Damón... ¿Y por qué le he de castigar por dos, si no es indiscreta la pregunta?

—Porque fui yo quien, bajo mi responsabilidad, mandé a Bob que me acompañase.

—¿Bajo su responsabilidad? —repitió el señor Burke con esa sonrisa despectiva que parecía ser patrimonio privativo suyo—. ¡La responsabilidad de un guardia marina!

Jaime se mordió con furia los labios, pero no dijo palabra, aunque el señor Burke, con aviesa intención, le dejó tiempo suficiente para contestar.

—¿Nada más puede usted alegar en su descargo? —repuso el teniente al cabo de breves momentos.

—Nada más —respondió Jaime.

—Sufrirá usted un mes de arresto, y Bob recibirá veinte vergajazos.

—¿Me concederá usted —pregunté yo, adelantando un paso—, el favor de una conferencia particular?

El señor Burke me miró sorprendido, cual si no comprendiera mi osadía.

—¿Qué es lo que desea decirme? —preguntó.

—Algo que acaso modifique su decisión.

—¿Con respecto a usted?

—No, señor; con respecto a Jaime y a Bob.

—¿Es tan secreto lo que usted desea decirme que no puede declararse más que en una conferencia reservada?

—Opino que no sería conveniente decirlo aquí.

—Tenga usted la bondad de seguirme. Voy a mi camarote, donde le escucharé.

Después de dar algunos pasos, volvióse hacia los soldados de marina y, designando sucesivamente a Jaime y a Bob dijo:

—Acompañen al señor a su camarote y pongan un centinela en su puerta; encierren a este bribón en el calabozo y aherrójenle de pies y manos.

Dada la orden con la frialdad de quien dice la cosa más sencilla del mundo, tomó la escala para bajar a su camarote, silbando una de esas tonadillas que no existen.

Confesaré que le seguí sin abrigar la menor esperanza de obtener nada en favor de mis amigos, pero con la persuasión de que, para tranquilizar mi conciencia, debía intentarlo todo en su obsequio.

Llegados al camarote, el señor Burke hizo alto y me dijo, sin tomar asiento:

—Ya estamos solos. Hable usted, le escucho.

Le referí detalladamente la causa de mi ausencia; le expliqué que me invitaron a una cita que en los primeros momentos supuse que sería de amor, cita que luego tomó aspecto romántico y novelesco para terminar en un desenlace trágico. Le expuse que Jaime y Bob, temiendo por mí, prefirieron exponerse a un castigo antes de abandonarme, y quedaron en la calle para prestarme su socorro, si de él tenía necesidad.

Escuchó el señor Burke sin despegar los labios, y cuando hube terminado, contestó, sonriendo con expresión malévola:

—La historia es conmovedora, no lo niego, pero Su Majestad Británica, caballero, creo que no nos envió a Constantinopla para buscar aventuras ni para convertirnos en caballeros andantes. En consecuencia, su historia, aunque muy interesante, en nada puede alterar la decisión que he tomado.

—Lo encuentro muy justificado, señor Burke, por lo que a mí se refiere; ¿pero va usted a castigar a Jaime y a Bob, por un acto que no es más que un exceso de amistad y de compañerismo?

—Castigo, y castigaré siempre —replicó el señor Burke, palideciendo como siempre que se le contradecía—, toda infracción de las leyes de la disciplina.

—¿Sea la que sea la causa que la motive?

—Sea la que sea.

—Me permitirá, señor Burke, que le haga presente que, en esta ocasión, me parece que obra bajo el imperio de un sentimiento exagerado de sus deberes, y que, si el llamado a decidir fuera el capitán en vez de usted...

—Por desgracia para usted, señor mío, no es el capitán, sino yo, el llamado a corregir la falta; el señor Stanbow ha pasado la noche en tierra, y en

su ausencia, soy el primer jefe a bordo. Pues bien, como jefe soberano, ordeno a usted que se retire a su camarote y cumpla el arresto.

—Sabe usted muy bien que acepto sin protesta el castigo que personalmente se me impone, y que, sí solicito gracia, es en favor de Jaime y de Bob.

—El señor Jaime, en vez de un mes de arresto, sufrirá mes y medio; y el marinero Bob, en vez de veinte vergajazos, recibirá treinta.

Me tocó entonces a mi palidecer como un difunto. Dominándome, no sin gran esfuerzo —dije:

—Señor Burke, lo que usted hace es injusto.

—¡Una palabra más, y doblo la dosis! —gritó.

Di un paso hacia él.

—Me es imposible callar, señor Burke, porque me está usted deshonrando. Mis amigos, al ver que se les aumenta el castigo sin haber dado para ello el menor motivo, creerán que he pedido esta conferencia reservada para hacer una delación infame contra ellos... ¡Castígueme usted a mí!... ¡Dóbleme el correctivo, si tal es su deseo, pero deje sin efecto el de ellos!

—¡Basta, caballero! ¡Salga usted!

—Pero...

—¡Fuera! —rugió el señor Burke alzando el bastón.

Me sería imposible encontrar palabras que reflejaran lo que por mi pasó a la vista de aquel gesto. Mi sangre, que un momento antes había afluido al corazón, subió impetuosa a mi rostro.

Si hubiese cedido a mi primer impulso, me habría lanzado sobre él y le hubiera dado de puñaladas; pero cruzó ante mis ojos la sombra protectora del desventurado David; lancé un grito ronco, que pareció un rugido, y me precipité hacia la puerta. Puedo decir que era para mí un favor inmenso haber de permanecer arrestado, pues nunca como entonces necesité estar solo.

Apenas llegué a mi camarote, me tendí de bruces en el suelo, hundí mis dedos entre mis cabellos y no sé cuánto tiempo permanecí inmóvil, como anonadado, sin dar otras muestras de existencia que una especie de ronquido sordo que partía de las cavidades más profundas de mi pecho; luego, al cabo de yo no sé cuánto tiempo, porque no estaba yo para calcular la duración mientras duró aquella crisis violentísima, me alcé lentamente y sonreí, porque acababa de brotar en las negruras de mi cerebro la idea de la venganza.

Tan absorto pasé el día entero en aquella idea, que ni probé bocado, ni me acosté llegada la noche; entera me la pasé sentado en la silla. En apariencia, sin embargo, estaba yo tranquilo y sereno, tanto, que nada pudo observar el

marinero que me trajo el desayuno. A fin de no inspirarle sospechas, comí en su presencia y le pregunté si había vuelto a bordo el señor Stanbow. Supe que llegó de tierra la víspera y que, al parecer, le produjo impresión penosa la noticia de nuestro castigo. Supe también que toda la oficialidad del barco, en su deseo de castigar al teniente, en la medida de sus fuerzas, por la nueva corrección disciplinaria, que todos consideraron una infamia, habían resuelto ponerle en *cuarentena*. Me alegré de veras, pues aquella demostración de compañerismo era prueba de que todos, a bordo, juzgaron la conducta del señor Burke como la había juzgado yo, y me afiancé más y más en la resolución que había adoptado.

En obsequio a aquellos de mis lectores que sean profanos en los incidentes y nomenclatura de las cosas de mar, debo explicar lo que, a bordo de los buques de guerra, significa poner a un oficial o jefe en *cuarentena*.

Cuando un superior, sea por tener un carácter insoportable, sea por entregarse a un rigor exagerado, llega a concitarse la animadversión de sus subordinados, estos, que no pueden devolverle los castigos que de él reciben, han inventado uno, sin salirse del círculo de sus deberes, que acaso sea el más cruel de todos los que figuran en el código de justicia militar. Se reúnen en una especie de Consejo de guerra y allí declaran a su superior un período de *cuarentena* más o menos largo. Para que el acuerdo sea válido, precisa que sea adoptado por unanimidad, pues todos deben concurrir a la aplicación del castigo que entraña.

He aquí en qué consiste el castigo:

Declarado un jefe u oficial en *cuarentena*, pasa a ser para todos los demás un paria, un leproso, un apestado. Nadie se acerca a él, nadie le habla como no se trate de asuntos del servicio, nadie le contesta más que las palabras estrictamente necesarias. Si ofrece la mano a alguien, este permanece cruzado de brazos o *cuadrado*; si ofrece un cigarro, se le rehúsa; si él pasea por proa, se van todos a popa, y viceversa. En la mesa, nadie le ofrece nada; todo se detiene en su vecino de la derecha o en su vecino de la izquierda; si quiere algo, ha de pedirlo a los camareros o tomárselo. Ahora bien, como la vida a bordo de un navío no está sembrada de distracciones, puede juzgarse lo terrible de dicho castigo al cabo de algún tiempo de ser su objeto. Es para volverse loco, para estrellarse contra las paredes, de lo que resulta que, por regla general, el castigado concluye por ceder. Todo vuelve entonces al ser y estado ordinarios: el paria reconquista su condición de hombre, asciende de nuevo, al rango de ciudadano en posesión de todos sus derechos civiles, deja

de ser una excepción y vive la vida común. Pero si persiste, no hay conmiseración: mientras dura la terquedad, dura la *cuarentena*.

Dado el carácter del señor Burke, fácil era adivinar que no sería él quien cediera el primero, aparte de que, la medida, no obstante su dureza, en poco o en nada modificaba la existencia de aquel hombre. Pero no era eso lo importante de la misma; lo significativo, lo que realmente tenía importancia excepcional, es que se hubiese tomado con el segundo de a bordo una providencia que jamás se adoptaba más que contra culpables de categoría de segundo teniente abajo. Conforme era de esperar, el señor Burke se tornó más sombrío y más severo.

En cuanto a mí, en mis horas de interminable soledad, no daba cabida más que a un solo pensamiento. Unas veces, al recordar la ofensa mortal que del señor Burke había recibido, sentía que se oprimía mi corazón y que la sangre se agolpaba a mi rostro; otras, me parecía que se debilitaba mi resolución, y hasta buscaba excusas que atenuasen la conducta brutal y odiosa de aquel hombre. En esta última disposición de ánimo, que no podía, ser más cristiana, me encontraba el jueves siguiente al comienzo de mi arresto, el día que debía tener lugar el castigo a que Bob había sido condenado. Mentalmente me comprometí a renunciar a mi venganza, si el señor Burke remitía al pobre marinero la mitad de la pena.

En mi afán por conciliar mi amor propio con mi corazón, adopté una especie de término medio. Esperaba, pues, la llegada del día mencionado con cierta inquietud, porque era el día, en que olvidaría mis proyectos de venganza o me afianzaría en ellos. Llegó el jueves. En mis oídos sonó el ruido acompasado de los pasos de los soldados de marina que se dirigían al lugar de la ejecución. Esta duró mucho tiempo, pues eran cinco o seis los soldados que debían sufrirla, conforme ocurría siempre que el señor Burke ejercía interinamente el mando del buque. Oí algunos lamentos, más conocía yo demasiado a Bob para saber que no era él quien daba aquellas muestras de debilidad. Oí de nuevo los pasos: las tropas bajaban a la batería de treinta y seis. Todo había terminado, pero yo nada podía saber hasta una hora más tarde, es decir, hasta que me trajeran la comida.

Precisamente debía traérmela aquel día Patricio, el que recibió orden de hacer fuego contra nosotros si nos acercábamos a bordo. La orden le había sido dada por el señor Burke en persona, desde el momento que supo que el capitán se quedaba en tierra y que yo no figuraba en la lista de los que formaban parte de su acompañamiento. Diré de paso que el pobre muchacho, se me presentó a la mañana siguiente para excusarse con la severidad de la

consigna, que no le fue posible dulcificar, y yo le contesté diciéndole que me diera cuenta de la ejecución del castigo, cuando este tuviera lugar, añadiendo que creía firmemente que Bob no recibiría los veinte vergajazos a que el señor Burke, en el primer movimiento de cólera, le había condenado. Confesaré que, bien por efecto de una capitulación de mi conciencia, bien porque me pareciera imposible que fuera llevada a efecto una corrección tan severa, había yo terminado por creer firmemente que las cosas pasarían tal como en mi corazón deseaba que pasasen. Se comprenderá que, siendo la que acabo de expresar mi disposición de ánimo, cuando se presentó Patricio, le recibí con expresión alegre y risueña.

—Vamos a ver, muchacho, ¿cómo ha terminado eso? —le pregunté.

—Muy mal para el pobre Bob —contestó el interpelado.

—¿Cómo! ¿Ha recibido los veinte vergajazos?

—Ha recibido treinta, señor John, treinta.

—¿Treinta? ¿Cómo treinta, si solo a veinte le condenaron?

—Eso creía yo, y todo el mundo pensaba lo que yo. El mismo Bob estaba muy lejos de esperar semejante suplemento. Después de aguantar, resoplando como acostumbra, lo que el infeliz se figuraba que era su contingente completo, quiso levantarse; pero el capitán de armas le presentó la factura, y le hizo ver que quedaba otra partida de diez con la cual no contaba.

—¿Y no ha reclamado?

—¡Y tanto! Pero lo único que ha conseguido es saber a quién era deudor de la gratificación.

—¿A quién debe agradecerla?

—¡Canastos! Yo no sé si será verdad; pero le han asegurado que era usted quien le hizo el favor. Al saberlo, Bob dobló de nuevo las espaldas, diciendo: «Siendo así, estoy conforme; sea bienvenido todo lo que del señor John llegue... ¡Principiad!».

—¡Oh! —rugí yo—. ¿Estás seguro de que Bob ha recibido treinta vergajazos?

—¡Pardiez! ¡Los he contado uno a uno, calcule usted si estaré seguro! Si no se convence usted, pregúnteselo a Bob en cuanto lo vea, que también, él se me figura que habrá guardado memoria del total.

—Está bien, Patricio... muchas gracias —contesté—. No deseo saber más.

El marinero, que estaba muy lejos de dar a mis palabras otro sentido que el que parecían tener, saludó y salió.

El señor Burke estaba condenado.

SEGUNDA PARTE

I

DESAPARECIERON las vacilaciones de mi alma y quedó definitiva e irrevocablemente resuelto el proyecto que desde tres o cuatro días antes acariciaba. No me dejé arrastrar, empero, como el desdichado David, hacia una de esas venganzas ciegas que pueden abortar y recaer sobre quien las ha concebido: mi intención era librar a la dotación del buque de su feroz verdugo, más no asesinándole. El señor Burke había levantado contra mí su bastón, me había ultrajado como hombre, y como hombre habría de darme reparación. Si me mataba en duelo leal, asunto concluido; si, por el contrario, la suerte me favorecía y le mataba yo a él, perdía mi camera militar y exponía algo más, toda vez que, desde el momento que desenvainaba mi espada contra un superior, nadie me libraba de incurrir en pena de muerte, si volvía a poner mis pies en el barco. En consecuencia, resuelto estaba a huir a Grecia, después del duelo, o bien al Asia Menor o a Egipto, a cualquier sitio, siempre sin salir de Oriente. Un solo pensamiento combatía esta resolución: el recuerdo de mis queridos padres, cuya imagen resurgía en mi espíritu juntamente con la idea de que iba a separarme de ellos para siempre. Consolábame, sin embargo, pensar que los dos tenían almas fuertes, y más que nada el convencimiento de que mi padre, no bien tuviera noticia del insulto que se me había inferido, aprobaría la forma de que yo me había valido para rechazarlo.

Principié, pues, a prepararlo todo para el lance. Ante todo, hice una visita a mi bolsa: contenía quinientas libras esterlinas, en oro y en letras, cantidad más que suficiente para poder vivir dos años sin carecer de nada, dos años que son dos siglos para quien cuenta tan pocos años como yo contaba entonces. Escribí a mis padres una carta extensísima, saturada del cariño sin límites que les profesaba, en la cual les hacía historia detallada de todo lo que a bordo del *Tridente* había ocurrido desde que me separé de ellos. Les hablaba de mi expedición a Walsmouth, del secuestro de David, de su castigo, de su muerte, del insulto que yo había recibido: nada omití. Terminaba mi carta después de manifestar la decisión que yo había adoptado, cuyo desenlace les daría a conocer por posdata, si en el duelo salía vencedor: si, por el contrario, moría en él, rogaba al señor Stanbow, en carta que recibiría oportunamente, que hiciera llegar a manos de mis padres la carta a que me he referido, y que

encontrarían sobre mí, carta que sería prueba de que había muerto pensando en ellos.

Tomadas estas disposiciones de carácter general, quedé más tranquilo, pues me pareció como si hubiese dado ya comienzo a la ejecución de mi plan y fuera ya demasiado tarde para volver sobre un acuerdo tomado. Ya no pensé más que en los medios de llevarlo hasta el fin. Provocar a un duelo al señor Burke, encontrándose a bordo, era una insensatez; en consecuencia, resolví obrar de otra suerte.

Por asuntos propios, o por necesidades del servicio, el señor Burke tenía que ir, alguna que otra vez, a la Embajada inglesa, y como era hombre, conforme han podido apreciar los lectores, muy poco sociable y menos curioso, ordinariamente iba solo, y por el camino más corto. Cruzaba el camino que solía seguir uno de los cementerios más hermosos y más grandes de Constantinopla, y en ese cementerio le esperaba yo, solo también, pues a nadie quería comprometer, y de buen o mal grado le obligaría a batirse. Me era indiferente el arma, con tal que escogiera una: ambos llevaríamos nuestras espadas, y por lo que pudiera ser, tomaría yo un par de pistolas.

Mientras ultimaba yo mis preparativos, correspondió al pobre Bob prestarme sus servicios como ordenanza. No bien entró en mi camarote con el desayuno, me arrojé a su cuello. Como de ordinario, ni se acordaba ya del terrible castigo que le habían impuesto: por otra parte, me aseguró bajo juramento que ni por un instante rozó su mente la sospecha de que hubiese sido yo la causa del exceso de vergajazos que cayeron sobre sus espaldas, exceso que cargó, como yo supuse, a la cuenta del señor Burke. Me dijo que el segundo de a bordo continuaba sujeto a la *cuarentena*, y que, en cuanto a él, estaba firmemente persuadido de que el señor Burke acabaría muy mal. Mi opinión en nada discrepaba de la suya, y he de confesar que no me desagradó ver que la compartían otros además de yo: me parecía que la Providencia me había escogido para que fuera el vengador de tantas personas buenas y bravas, y que no era posible que me abandonase.

Pedí noticias sobre el judío Jacob parece que había venido muchas veces a bordo y preguntado por mí, sin que le fuera posible verme a causa de mi arresto. Comprendí perfectamente la causa de sus inquietudes: debía yo entregarle el ramo de pedrería de Vasiliki, precio, conforme recordará el lector, de su complicidad en la aventura de que fui héroe. Encargué a Bob que le dijera que, en cuanto me viera libre, se lo entregaría sin tardanza, y que, por añadidura, tenía yo necesidad de pedirle un servicio que le sería generosamente recompensado.

Aproximábase el día de mi libertad. Yo lo tenía todo dispuesto para aprovechar la primera oportunidad que sé me presentase para llevar a cabo mi resolución, Todo pasa en este mundo, y pasó mi mes de arresto: al cabo de treinta días, hora por hora, se me puso en libertad.

Mi visita primera fue para el capitán. Encontré al buen anciano tal como siempre había sido para mí: me regañó con dulzura por no haberle pedido un permiso que con gusto se hubiese apresurado a concederme, e hizo que le refiriera con todos sus detalles mi aventura con la doncella griega, lo referente a las muestras de amistad y de compañerismo de Jaime y de Bob, y la historia de nuestro regreso a bordo y de la escena en que intervino el señor Burke. Todo se lo confesé, como lo hubiese hecho a un confesor, pues el señor Stanbow, en las circunstancias en que yo me encontraba, tenía para mí un carácter sagrado, el de amigo y representante de mi padre. Cuando llegué al ademán insultante que se permitió hacer el señor Burke, levantando el bastón y echándome de su camarote, le vi palidecer intensamente.

—¿Pero ha obrado en esa forma? —preguntó.

—Sí, señor —respondí con frialdad.

—Pero le habrá perdonado usted: ¿verdad? ¡Está loco!

—Cierto —repuse sonriendo—; loco está; pero es un loco furioso a quien hay que amarrar.

—¿Qué quiere usted decirme? —interpeló con viva inquietud el señor Stanbow—. ¡John... hijo mío... no olvide nunca que el deber más sagrado de un marino es la disciplina!

—¿He faltado nunca a ella, señor Stanbow? —pregunté al capitán.

—No, hijo mío, no: es usted, por el contrario, uno de mis mejores oficiales. Con gusto le hago esa justicia.

—Que es para mí tanto más preciosa cuanto que se me hace en el momento en que acabo de cumplir un correctivo.

Suspiró el señor Stanbow.

—¿Pero por qué no me pidió usted ese permiso? —repitió—. ¿Por qué no dijo que yo se lo había concedido? ¡No hubiese sido yo quien le desmintiera, no!

—Le doy las gracias más rendidas, señor Stanbow —contesté con los ojos llenos de lágrimas—; agradezco su bondad con todo mi corazón; pero, por desgracia, no sé mentir.

—Porque no sabe usted mentir es por lo que quisiera que me dijera que lo ha olvidado ya todo.

No contesté.

—¡Vaya, vaya! —repuso—. En este momento sería exigir demasiado; lo comprendo. Se necesitaría llevar hasta el heroísmo la abnegación para amordazar la rabia en el momento mismo que ruga con toda su violencia. Pasee usted, diviértase, que bien lo necesita después de un mes de reclusión, y que el aire y las diversiones disipen sus malos pensamientos, si es que los abriga. ¿Quiere usted ir a tierra?

—Muchísimas gracias, mi capitán: en este momento no. Si algún asunto me obligase a ir, le pediré permiso.

—Todos los que usted quiera... pero a mí, ¿comprende bien? A mí. Para todo lo que en mi mano esté, no recurra a nadie más que a mí; se lo ruego en nombre del Cielo. No olvide, hijo mío, que su padre, mi viejo y querido amigo, le confió a mí y a nadie más, y como consecuencia, ante él soy responsable de todo lo que le suceda, fuera de acción de guerra o de naufragio... ¿Tiene usted dinero?

—Sí, señor.

—No se prive usted de nada, que ya sabe que sir Eduardo me nombró su banquero.

—Me quedan más de doce mil francos, señor Stanbow.

—¡Está visto! ¡Nada puedo hacer hoy por usted! Quién sabe si mañana seré más afortunado.

—Gracias, mi capitán, gracias mil. ¿Dice usted que nada puede hacer por mí? Es un error, un error muy grande: más ha hecho y hace usted con las palabras que me dirige que podría hacer el rey Jorge con todo su poder. Me voy, mi capitán: aprovecharé su cariñoso ofrecimiento; y si tengo necesidad de ir a tierra, vendré a pedirle permiso.

—Mejor es otra cosa, John. Pudiera ocurrir que yo no estuviera, y que mi ausencia volviera a ser manantial nuevo de disgustos para usted.

Acercóse a la mesa y escribió algunos renglones en un papel.

—Tome usted: es un permiso por escrito, al que pondrá usted fecha cuando haya de utilizarlo, y que le pone a cubierto de toda clase de reprensiones... ¡Vamos, hijo mío! Registre, escudriñe bien todos los rincones de su memoria antes de marcharse... ¿no tiene usted nada más que pedirme?

—Puesto que tan sin limitación se me ofrece, pediré algo.

—¡Gracias a Dios!

—Sabe usted que Jaime, por haberme acompañado en tierra, fue castigado al principio, como yo, a sufrir un mes de arresto, y que, de resultas de la súplica que yo hice al señor Burke, rogándole que no castigase un acto que usted hubiera recompensado, el mes de arresto se elevó a mes y medio.

—Sí: todo eso lo sé.

—Pues bien: me permito pedirle que perdone a Jaime los quince días de arresto que le faltan.

—Se los he perdonado ya.

—¿Será posible?

—Sí... sí: lo hice antes que hubiese usted terminado el suyo, a fin de que nadie pudiera pensar que fuera usted quien solicitó esa gracia y guardarle rencor por ello. Jaime ha sido puesto en libertad al mismo tiempo que usted.

—Entonces, señor, en vez de pedir una justicia, pediré una gracia: ¡permítame que le bese la mano!

—¡La mano no... abrázame, hijo mío!

Con lágrimas en los ojos me arrojé en sus brazos.

—¡Ah! —exclamó el capitán, moviendo dolorosamente la cabeza—. ¡Qué felices seríamos a bordo si no estuviera ese hombre!

—¿Verdad, señor Stanbow —exclamé con viveza—, que también usted opina que ese hombre es nuestra fatalidad, que le es tan odioso a usted como a toda la dotación, y que aquel que libre de su aborrecida presencia al *Tridente*...?

—¡Silencio, hijo mío, silencio! —respondió el venerable anciano—. Únicamente los lores del Almirantazgo tienen poder para tanto. Debemos confiar en ellos y esperar... ¡Adiós, John, adiós! Tus camaradas deben esperarte con impaciencia después de un mes de eclipse.

Me llamó de nuevo antes de llegar yo a la puerta para decirme:

—Quedamos de acuerdo, ¿eh? Para todo, absolutamente todo, te dirigirás a mí.

Hice un gesto de asentimiento a fin de que la alteración de mi voz no traicionase los sentimientos de mi corazón, e inclinándome lleno de gratitud por tantas bondades, salí del camarote.

Tenía razón el señor Stanbow: todos mis camaradas me esperaban sobre el puente, y Jaime con ellos, de lo que resultó que mi salida del camarote del capitán tuvo todas las características de un verdadero triunfo. No bien me vieron mis compañeros, estalló un *¡hurra!* general, que debió llegar hasta el camarote del señor Burke, donde este, desde un mes, excepción hecha de las horas de servicio o de comer, permanecía en arresto voluntario, prefiriendo permanecer solo en su cámara que verse aislado en el puente. La oficialidad del buque había resuelto obsequiar a Jaime y a mí con un banquete. Se acordó celebrar la solemnidad dos días después, e inmediatamente fueron los

iniciadores de la idea a pedir permiso al señor Stanbow, quien lo concedió con su bondad ordinaria.

El señor Burke subió al puente durante el relevo de la tarde. Era la vez primera que le veía después de nuestro altercado, y sin que yo pudiera evitarlo, su vista encrespó todas las malas pasiones que en mi corazón había él inoculado. Me pareció que el instante más dichoso de mi vida sería el que tomara bárbara venganza de aquel hombre, y que el placer delicioso de arrancarle la vida con mis propias manos bien valía la pena de un destierro eterno. Le encontré más sombrío que de costumbre, y hasta creí observar en su rostro síntomas de recelo, de zozobra. Nadie le habló: continuaba la *cuarentena* con todo su rigor.

Al día siguiente, el señor Burke, poco ganoso sin duda de asistir a la fiesta que en mi honor se daba dijo al capitán que se vería precisado a ir a la Embajada, donde tenía necesidad de arreglar algunos asuntos, que le embargarían el día entero, no siéndole posible regresar a bordo hasta después de montado el servicio de noche. Cuando supe esta noticia sentí un escalofrío en lo más hondo del corazón, no obstante desearla con verdadero anhelo, y es que, en todas las circunstancias supremas, por firme que una decisión sea, luchan con encarnizamiento el interés y la voluntad. En realidad, mi interés personal me inducía a perdonar una ofensa de cuya existencia nadie más que el capitán tenía conocimiento, a continuar una carrera que, merced a los servicios prestados por mi padre y al apoyo del señor Stanbow, podía conducirme en plazo relativamente corto a los primeros grados; pero mi voluntad me representaba con los colores más vivos la ofensa inferida a mi dignidad, el gesto ultrajante que ningún hombre puede perdonar a otro hombre sin pasar plaza de cobarde; mi voluntad era diametralmente opuesta a mi interés; mi voluntad me decía que, eliminando a Burke, me sacrificaba en aras de la salvación de todos mis compañeros, mi voluntad se apegaba a la convicción firme de que, cualquiera que mi suerte fuera, llevaría conmigo a la tumba o al destierro la gratitud de la dotación entera del buque. Mi voluntad se había sobrepuesto a mi interés, y, lejos de retroceder, me afirmé en mi propósito y vi en el día siguiente la hora señalada por el mismo Dios para su ejecución.

No extrañen los lectores que vuelva una y otra vez a hablar del mismo tema, ni que confiese francamente, no mis vacilaciones, que no existían en mi corazón, sino la agitación de mi espíritu. Un duelo con un superior no es un duelo ordinario, puesto que, vencido, significa la muerte, vencedor, el destierro por lo menos. Ahora bien: el destierro, a mi edad, habría de ser un

destierro largo y doloroso, un destierro que me separaría para siempre de cuanto me era querido en el mundo, un destierro que haría pedazos mi porvenir y mi vida entera, tal como mis queridos padres me la habían preparado y soñado, para reemplazarla por una vida desconocida y oscura, que me vería obligado a trazarme yo mismo.

Todo el día me lo pasé sumido en estas reflexiones que, con ser tan sombrías, no lograron debilitar un instante mi voluntad. Dormí poco, aunque pasé la noche con relativa tranquilidad, y a la mañana siguiente pedí al señor Stanbow permiso para ir a tierra. Me hizo observar, riendo, que mi petición era inútil, toda vez que tenía un permiso escrito, pero yo le contesté que lo reservaba para otra ocasión. Me despedí de Jaime, quien me hizo prometer que estaría de vuelta al mediodía, y me fui.

Necesitaba hacer dos visitas: una a nuestro judío Jacob y otra a lord Byron. Entregué al primero el ramo de pedrería de Vasiliki y añadí al obsequio una gratificación de veinticinco guineas, y a continuación, poniendo en sus manos otras veinticinco, le encargué que se informara de si entre los barcos fondeados en la rada había alguno que debiera hacerse a la vela con rumbo al Archipiélago, al Asia Menor o a Egipto, y que, en ese caso, tomase pasaje para una persona. Poco importaba la nacionalidad del barco. Me prometió que al atardecer estaría cumplido mi deseo, que desde luego consideré de ejecución fácil, pues no había día que no viéramos barcos que ponían rumbo a los Dardanelos. También encargué a Jacob que me comprase un traje griego completo.

Lord Byron me recibió con su amabilidad de costumbre. Inquieto al pasar tantos días sin verme, había ido a hacer una visita al señor Stanbow, quien le manifestó que cumplía un arresto, y como la consigna era muy severa, le fue imposible llegar hasta mí. —Le dije que tenía el proyecto, si nuestra estancia en aguas del Bósforo se prolongaba, de solicitar un permiso para visitar a Grecia, y que, por si conseguía ver realizado mi deseo, le rogaba que me diera una carta de recomendación para Alí-Pacha, a quien quería conocer personalmente—. Inmediatamente se sentó a la mesa y escribió la carta en inglés, a fin de que yo mismo pudiera enterarme de la eficacia de la recomendación, y luego, la hizo traducir al griego que le había dado Alí, quien le servía a la vez de ayuda de cámara y de secretario, y finalmente la firmó y estampó al lado de la firma su sello heráldico, en cuya parte superior campeaba esta divisa: *Credo Byron*.

La hora me llamaba a bordo. Me despedí del noble poeta sin decirle nada: verdad es que pensaba verle otra vez.

Todo era alegría y regocijo en el *Tridente*. Cual si hubiesen tocado zafarrancho de combate, habían sido cerradas todas las portas y escotillas, y una mesa para veinte cubiertos ocupaba todo el comedor y la sala de consejos.

Era yo el verdadero héroe de la fiesta. No parecía sino que todo el mundo conocía el proyecto que ocultaba en lo más recóndito del pecho y que deseaban despedirse de mi obsequiándome con la postrera demostración de fraternal cariño. En cuanto a mí, en medio de las preocupaciones en que se debatía mi espíritu, se me figuraba que todo lo disponía la Providencia y que Dios me permitía vislumbrar el hilo misterioso que conducía los sucesos.

Vinieron los brindis a los postres, como es uso y costumbre en Inglaterra. Uno de ellos fue por la amistad, y Jaime, que era el comensal más inmediato a mi persona, me abrazó en nombre de todos. Tan maravillosamente apropiada a las circunstancias resultaba la escena, que realmente parecía una despedida general, y yo, al contestar al abrazo, con lágrimas en los ojos, murmuré la palabra: «¡adiós!».

Dio el reloj las seis, recordándome que no tenía ya tiempo que perder, y entonces pedí que me dispensaran mis compañeros si un asunto importante que necesitaba evacuar me obligaba a solicitar de ellos permiso para dejarles. El permiso me fue concedido de buen grado y prodigáronme las bromas corrientes en circunstancias análogas. Puse buena cara a cuanto me dijeron y bajé a mi camarote sin que nadie sospechara cuáles eran mis intenciones. De paso, di orden a Bob de prepararme un bote para llevarme a tierra.

Todo lo tenía preparado. Me ceñí un cinturón repleto de oro y de letras sobre Esmirna, Malta y Venecia, hice la última visita de inspección a mi cartera para cerciorarme de que, para el caso en que yo resultara muerto, estaba todo en orden, guardé en mis bolsillos un par de pistolas, suspendí de mi cuello un retrato de mi madre, no sin besarlo con confianza supersticiosa antes de abotonar de nuevo mi levita, y, previa una señal hecha al bote para que atracase a la escala del navío, monté en aquel.

Me habría separado unos treinta pasos del *Tridente* cuando Jaime, que me vio, llamó a todos nuestros compañeros. Tan estruendosos *hurras* me dirigieron, que el señor Stanbow salió de su cámara. Me sería imposible reflejar lo que pasó por mi alma al ver, en medio de todos aquellos jóvenes, de los cuales era el padre, al venerable anciano de quien iba yo a dejar de ser *hijo*: a mis ojos se agolparon las lágrimas, sentí dudas y vacilaciones: pero me bastó cerrar los ojos para ver con los del alma el ademán ultrajante del señor Burke, y, entonces, indiqué a mis remeros que bogasen con más fuerza.

Desembarcamos frente a la puerta de Tophana. Al saltar a tierra, cayó una de mis pistolas del bolsillo. Bob, que parecía preocupado y receloso desde que me vio embarcar en el bote, la recogió y me la entregó.

—Señor John —me dijo—; no tiene usted confianza en Bob porque es un simple marinero, pero hace usted mal.

—¿Cómo que no te tengo confianza, amigo mío? —exclamé.

—¡Oh... yo me entiendo! —contestó—. Para conocer el carácter de una persona, no necesito haber vivido diez años a su lado... Juraría que no es una cita amorosa la que le trae a usted a tierra.

—¿Pero quién te ha dicho eso?

—No me lo ha dicho nadie... Si para cualquier cosa que sea, tiene usted necesidad de Bob, acuérdesse que es suyo, a bordo y en tierra, día y noche, en cuerpo y alma, vivo y muerto.

—Gracias, Bob, gracias. Si has adivinado lo que a tierra me trae, que lo dudo mucho, debes comprender que sería en mí una falta imperdonable de delicadeza hacerme acompañar por nadie... Quiero corresponder con mi confianza a tu adhesión, Bob: si mañana por la mañana no hemos vuelto a bordo ni el señor Burke ni yo, di en mi nombre a Jaime que pida permiso para, ir a tierra, que tome contigo un bote, y que, contigo, haga una visita al cementerio de Galata: es posible que allí sepáis los dos noticias nuestras.

—¡Sí... sí... lo que yo suponía! —murmuró Bob—. Es usted mi superior, señor John, y no tengo derecho para hacerle observaciones de ningún género, pero creo que a todo el mundo le está permitido manifestar lo que siente: ¡desconfíe usted de ese hombre, señor John, desconfíe!

—Gracias, Bob, estoy sobre aviso... y ahora, amigo mío, ni una palabra a nadie: ¿entiendes?

—Puede usted irse tranquilo, que Bob a nadie hablará.

—Toma... para que bebas a mi salud —dije al despedirme, sacando un bolsillo y dándoselo al digno marinero.

—¿Habéis oído? —dijo Bob, vertiendo todas las monedas que el bolsillo contenía en las manos de un marinero y guardando en el pecho el bolsillo vacío—. Es una gratificación que os da el señor John.

—¡Viva el señor John! —gritaron a coro los otros.

—¡Sí... sí...! ¡Viva el señor John! ¡Muy bien dicho! —murmuró Bob—. ¡Adiós, señor John! No le desearé valor, porque, gracias a Dios, lo tiene tan grande como tenerlo pueda un almirante; pero sí le recomiendo prudencia, señor John... ¡mucha prudencia!

—Está tranquilo, Bob... ¡Adiós!

Al volverme, llevé un dedo a los labios para recomendarle por segunda vez silencio.

—No hay más que hablar —murmuró Bob.

Le tendí la mano, que él llevó a sus labios antes que yo pudiera impedirlo, y mi fiel marinero, saltando al bote —dijo:

—¡Larga!

Luego, empuñando un remo, añadió:

—No le digo adiós, señor John, sino hasta la vista... A buen entendedor ¡nada! ¡Mucha suerte... y mucha prudencia!

Por última vez me despedí con un movimiento de cabeza, y como el tiempo volaba, eché a andar hacia la Embajada, tomando el camino que, como antes dije, atravesaba el cementerio de Galata.

II

ERA UN cementerio turco magnífico, uno de los más hermosos de Constantinopla, cubierto de sombríos abetos y de verdes plátanos, solitario y silencioso, hasta durante las horas en que todo era ruido y animación en la ciudad. En aquel lugar majestuoso esperé, apoyado contra la tumba de una doncella cuyo monumento fúnebre, en forma de columna truncada hacia la mitad de la altura que hubiese debido tener, aparecía coronada por una guirnalda de mármol que representaba rosas y jazmines, dulces símbolos de la inocencia en todos los pueblos del mundo. Cruzaba de vez en cuando ante mis ojos la silueta de una mujer que, tal como iba vestida, completamente cubierta por un largo y amplio velo que no dejaba más que los ojos al descubierto, parecía la sombra de alguno de los muertos que yo borbaba bajo mis pies. Sus diminutos pies, calzados con babuchas de seda blanca bordada de plata, ni dejaban huella de su paso ni hacían el menor ruido. Nada turbaba el silencio augusto de aquel tétrico lugar más que el canto de los ruiseñores, que en Oriente anidan con preferencia en los cementerios, y que los turcos, soñadores melancólicos, escuchan siempre con avidez, porque creen que sus gorjeos son el lenguaje de las almas de las doncellas arrebatadas vírgenes a la vida.

Al comparar aquel reposo, aquel silencio, aquella deliciosa frescura, con la agitación, el ruido y el calor del mundo, llegué a envidiar la dicha de los muertos que descansaban en aquel oasis delicioso, escuchando armonías tan melodiosas y disfrutando de tan hermosos árboles y de monumentos tan ricos. Este sueño, que por vez primera entraba en mi alma por las puertas de los sentidos, llegó a determinar en mí un despego singular hacia la existencia. Por mi imaginación cruzó el recuerdo de toda mi vida pasada, de mis servicios a bordo, de los castigos que, dos o tres veces, habían sido resultado del odio injustificado del señor Burke, del banquete abundante en frases calurosas en el que, una hora antes, había yo representado mi papel de aturdido, y comparé toda esa agitación con la calma de los hombres que nosotros llamamos bárbaros porque se pasan la existencia sentados fumando al borde de un arrollador riachuelo, sin que les importen los oscuros delirios de los sabios ni hagan el menor caso de las teorías vagas y despiadadas de la política, ni piensen en otra cosa que en dejarse llevar de sus instintos animales, que les dicen que la mujer, las armas, los caballos y los perfumes, son cosas creadas

para satisfacer sus caprichos; de aquellos hombres que, extinguida una vida de sensualidad, van a descansar en un oasis para despertar de nuevo en un paraíso, y me parecía que el tiempo transcurrido desde que vine al mundo hasta aquel día, había sido un período de fiebre y de insensatez. Aunque en nada modificaron mi resolución estas meditaciones, es lo cierto que, hacia el final de las mismas, llegó a serme indiferente el resultado de mi empresa, y sentí en mí un valor que rayaba en apatía.

Había llegado a la expresada disposición de ánimo, que tan inmensa ventaja había de darme sobre mi adversario, cuando resonó en mis oídos ruido de pasos que se aproximaban. El estremecimiento ligero que experimenté al oír los pasos fue tan significativo, que ni necesidad tuve de mirar al que llegaba para saber que era el señor Burke. En aquel momento gozaba yo del don de doble vista. Le dejé llegar hasta tres o cuatro pasos de mi persona, y entonces levanté la cabeza y me encontré frente a mi enemigo.

Tan lejos estaba él de soñar que pudiera encontrarme a aquella hora y en aquel sitio, mi rostro reflejaba tanta resolución, que antes, que yo hubiese tenido tiempo para pronunciar una sola palabra, daba el señor Burke un paso atrás y me preguntaba qué deseaba.

Mi primera contestación fue una carcajada.

—Su palidez, caballero —dije—, me anuncia con muda elocuencia que sabe usted perfectamente qué deseo; sin embargo, para que no me tache de descortés, voy a decírselo. Es posible, caballero, que entre los obreros de Birmingham o de Manchester, que han sido sus ascendientes de usted, tengan los superiores la mala costumbre de dar de bastonazos a sus subordinados, y que estos, persuadidos de la miseria de su posición, se sometan a tratamiento tan denigrante sin protestar: es lo que no sé ni quiero saber: pero, entre caballeros, es ley sagrada, y me maravilla que usted la desconozca, que, sea la que sea la superioridad o inferioridad de grados o de empleos, las órdenes han de ser dadas y recibidas con la cortesía y buena crianza que un caballero debe a otro caballero, y que todo ademán ultrajante lleva aparejada una reparación proporcionada al insulto inferido. Usted, caballero, levantó su bastón sobre mí, exactamente lo mismo que hubiese podido hacerlo con un perro o con un esclavo, y, en el código de la nobleza, el tal ademán es un insulto que se castiga de muerte. Lleva usted su espada al cinto: yo tengo la mía: ¡Defiéndase usted!

—Señor John —contestó el teniente poniéndose intensamente pálido—, ¿olvida usted que la ley inflexible de la disciplina militar prohíbe a un guardia marina batirse con un teniente de navío?

—Sé perfectamente, señor Burke, que las leyes que usted cita prohíben a un guardia marina batirse con un teniente de navío; pero sé también que no prohíben a un teniente de navío batirse con un guardia marina. Ninguna ley infringe usted, y eso debe bastarle. En cuanto a mí, por encima de todas las leyes de la disciplina militar están las leyes del honor, ante las cuales ceden todas las otras... ¡Defiéndase usted!

—Reflexione usted, caballero, que cualquiera que el resultado del duelo sea, para usted tiene que ser fatal. Por compasión hacia usted mismo, no insista más, y déjeme pasar.

Hizo un movimiento, pero yo extendí el brazo.

—Le doy las gracias por el consejo, caballero; pero es inútil. Ha transcurrido un mes desde que tuvo lugar el incidente por el que le pido reparación, y en un mes me parece que he tenido tiempo sobrado para reflexionar y para, hacer mis preparativos. He reflexionado y me he preparado, así que, no hay que hablar de ello... ¡Defiéndase usted!

—Una vez más —insistió el señor Burke con voz alterada—. Como superior suyo que soy, y como de más edad que usted, me considero en el caso de recordarle que, en cuanto desenvaine usted su espada contra mí, pierde irremisiblemente la carrera y se expone a perder también la vida. ¿Qué hará usted si trunca su porvenir?

—Puesto que tan vivo interés le merezco, caballero, voy a contestar su pregunta. Si usted me mata, todo terminó: las leyes militares, por severas que sean, nada pueden contra un cadáver. Me enterrarán en cualquier cementerio parecido a este, y una vez muerto, convendrá usted que es preferible dormir como los que hollamos en este instante bajo nuestros pies, a la sombra de estos hermosos árboles, que bajar al fondo del mar, cosido en una hamaca, para ser pasto de los tiburones. Si, por el contrario, soy yo quien mato a usted, tengo tomado pasaje a bordo de un buque que zarpará esta noche y me llevará no sé dónde, ni me importa, pues como mi padre tiene una renta de cincuenta a sesenta mil libras esterlinas, y yo soy hijo único, en cualquier paraje del mundo que viva podré hacer mi voluntad y satisfacer mis caprichos. Perderé mi paga de guardia marina, que viene a sumar mil o mil doscientos francos anuales, y la posibilidad de ser, a los cuarenta años de edad, teniente de navío como es usted; pero, a cambio de estas pérdidas, señor Burke, me habré vengado, y a la par que me vengo a mí mismo, vengaré también a Bob, a Jaime, a David, a toda la dotación. Esa satisfacción bien vale la pena de arriesgar algo... Y ahora, caballero, libre ya de las inquietudes que le

inspiraba mi suerte, no tiene motivo alguno para negarme la reparación que le exijo. Tenga usted la bondad de ponerse en guardia.

—Soy su superior, señor mío —replicó el señor Burke, más agitado cada vez—, y como tal, tenía derecho a imponerle correctivos. Si el inferior que sufre un correctivo tuviera derecho a darle proporciones de crimen perpetrado por el superior que se lo impone, desaparecería en absoluto la disciplina a bordo. Castigué a usted haciendo uso de un derecho, sin separarme de las disposiciones y reglamentos marítimos en vigor en los buques de Su Majestad Británica, y usted no puede exigirme reparación por ello.

Intentó pasar de nuevo, pero yo le cerré el paso.

—Porque opino como usted, caballero —reliqué con la calma de antes, pero con entonación más despectiva—, no exijo reparación por el castigo, sino por el ultraje: no por el arresto, sino por el ademán.

—Pero, señor mío, si el ademán fue involuntario y yo le ruego que me perdone, creo que el agravio desaparece.

—Si usted me pide perdón por el ademán, habré de decirle una cosa que ya antes había observado, aunque me resistía a creerla, y es que es usted un cobarde.

—¡Caballero! —rugió el señor Burke, poniéndose lívido—. ¡Es usted el que me insulta y yo quien exijo reparación por el insulto! ¡Me batiré, pero no ahora! ¡Mañana!

—¡Entiendo! ¡Quiere usted tiempo para dar parte contra mí, y no le desagradaría arrastrarme ante un Consejo de guerra por insulto a superior! ¿verdad?

—¡Supone usted...!

—Tratándose de usted, no espero más que ruindades.

—Se engaña usted. Si pido el aplazamiento, es porque jamás visité una sala de armas. En un duelo a espada, todas las ventajas estarían de parte de usted. Siendo a pistola, no tengo inconveniente.

—¡Magnífico! Precisamente había previsto su objeción. Tenemos lo que usted desea —añadí, sacando de mi bolsillo las dos pistolas—, así que, no hay necesidad de esperar a mañana. La carga de las dos armas es la misma, aparte de que dejo a usted el derecho de elección.

Vaciló el señor Burke. Un sudor frío cubrió su rostro. Hasta creí que iba a caer desplomado.

—¡Esto es una celada! —gritó, al cabo de un rato—. ¡Un asesinato!

—El miedo le hace delirar, caballero. Si aquí hay algún asesino, será en todo caso el que, por medio de un parte falso, empujó a un desventurado hasta

la desesperación, porque ha de saber usted, señor Burke, que los procedimientos asesinos son distintos, y que entre ellos, el más cobarde, el más vil de todos, es el que se envuelve con el ropaje de la legalidad. Usted no será asesinado, caballero, pero lo fue el pobre David, a quien usted asesinó canallescamente. ¡Vamos, vamos, señor Burke! Un poquito de valor, sino por usted, por el uniforme que viste, que es el mío.

—¡No me batiré sin testigos!

—En ese caso, le deshonraré, señor mío. Desde el momento que le he provocado y amenazado, para los efectos, es como si me hubiese batido, y como el castigo que me espera es el mismo, yo no he de volver a bordo: pero alguien se presentará mañana de parte mía, alguien que será portador de una carta firmada por mí, en la que haré historia de todo lo que entre nosotros ha pasado, y una de dos: o usted confesará que es cierto lo que mi carta dice, en cuyo caso será objeto del desprecio general, o lo desmentirá, y entonces, como el portador de la carta no será subordinado suyo, obligará a usted, en presencia de todos, a darle satisfacción del mentís, y si usted no la da, le expulsarán... ¿comprende usted bien? Le expulsarán de la marina de guerra inglesa por cobarde e infame.

Di un paso hacia el señor Burke.

—Le arrancarán las charreteras como yo voy a arrancárselas en este momento.

Me acerqué un paso más.

—Le escupirán al rostro cómo voy a escupirle yo.

Di el tercer paso y extendida mano para poner en ejecución mi amenaza.

Imposible retroceder. El señor Burke desenvainó su espada: yo tiré las pistolas y saqué la mía. Los aceros se cruzaron inmediatamente, pues mi adversario se tiró a fondo creyendo que mi parada no llegaría a tiempo; pero los consejos de Bob no habían caído en saco roto, y me encontró aquel preparado.

Desde el primer momento me persuadí de que el señor Burke me había mentido, fingiendo no haber estudiado un arte que conocía muy a fondo. Confieso que me alegré, pues nos colocaba en condiciones de igualdad que harían de nuestro lance un juicio de Dios. La ventaja única que yo tenía sobre él era mi espantosa sangre fría, fruto de las extrañas reflexiones que habían precedido al duelo. Una vez entablado el combate, el señor Burke se batió como bueno. Había comprendido que nuestro duelo no podía terminar con un arañazo, y que si quería salvar su vida habría de arrancarme la mía.

Por espacio de unos cinco minutos nos batimos con feroz encarnizamiento y tan cerca uno de otro, que más veces parábamos con el pomo que con la hoja de las espadas. Los dos debimos darnos cuenta al mismo tiempo de lo desventajoso de semejante posición, pues simultáneamente retrocedimos un paso, quedando, como consecuencia fuera del alcance de nuestros aceros. Yo avancé inmediatamente el paso que había retrocedido, y el duelo continuó más en regla, colocados los contendientes a distancia conveniente.

En el trance que estoy explicando, ocurrió al señor Burke lo mismo que le ocurría durante las tempestades o los combates: al principio, mientras imperaba en él su carácter natural, demostraba timidez rayana en cobardía; más luego, cuando el orgullo o la necesidad se sobreponían a su timidez, era bravo como el que más, ya que no por temperamento, por cálculo.

Ya lo dije antes: el señor Burke era un esgrimidor de primera fuerza, aunque nadie sospechaba en él semejante habilidad, pero luchaba con quien no había descuidado, ni mucho menos, el noble arte de la esgrima, siguiendo, no ya solo sus inclinaciones naturales, sino también los consejos reiterados de mi padre y de Tom. El señor Burke hubo de hacer ese descubrimiento, que le produjo la primera vacilación en el ataque. Su brazo era más fuerte que el mío, pero, en cambio, mi muñeca era más flexible y ágil que la suya, mi vista nada tenía que envidiar a ninguna otra en punto a seguridad y penetración, de lo que resultó que, aprovechando los síntomas de turbación de mi enemigo, le estreché más y más. Rompió el señor Burke, lo que era una confesión tácita de su inferioridad. Ataqué con bríos redoblados, menudeé mis estocadas, que siempre encontraban su correspondiente parada y respuesta, y nuestros aceros parecían culebras encendidas que se retorcían y enroscaban, buscando hueco por donde introducirse. Dos o tres veces alcanzó la punta de mi espada el pecho de mi enemigo, desgarrándole la levita. El señor Burke continuó rompiendo, pero con la regularidad de quien tira un asalto inofensivo en una sala de armas: no me duele confesarlo. Sin embargo, al romper, se había desviado de la recta, y a sus espaldas, a tres pasos de su persona, se alzaba una tumba. Le estreché más y más, y la punta de la espada de mi adversario vino a hundirse en mi cara. Saltó la sangre.

—Está usted herido —me dijo.

Contesté con una sonrisa y con un paso al frente, que le obligué a dar otro atrás. No le dejé punto de reposo: tan de cerca nos batíamos, que nuestras espadas hallaban dificultades casi insuperables para separarse. Se tiró a fondo, paré, y mi respuesta fue tan rápida, que solo dando un salto atrás pudo librarse

de quedar ensartado. El salto le colocó en el punto que yo quería: apoyado contra la tumba. En lo sucesivo, le sería imposible romper.

Puede decirse que hasta entonces no comenzó el verdadero combate, que el duelo, hasta entonces, no había pasado de juego. Una o dos veces sentí en mis carnes el frío del acero: una o dos veces comprendí que mi espada había tocado; pero ni mi adversario ni yo dijimos palabra, que nuestras lenguas únicas eran ya los aceros. Al fin, en una respuesta tirada a fondo, mi mano tropezó con una resistencia extraña. El señor Burke exhaló un grito de agonía... ¡Mi espada le había atravesado de parte a parte! Pero no fue eso todo: la punta, después de atravesar el cuerpo de mi enemigo, chocó contra el mármol de la tumba y se dobló, efecto sin duda de su mal temple, no me fue posible sacarla de la herida, y hube de dar un salto atrás, dejándola abandonada. Fue una precaución inútil, pues la herida del señor Burke era demasiado grave para que pudiera perseguirme: quiso dar un paso, es cierto, pero le abandonaron las fuerzas, dejó escapar su espada, y cayó casi enseguida, lanzando un segundo grito y retorciéndose los brazos, presa de terrible desesperación.

Confieso que en aquel momento desapareció de mi pecho la cólera para dar entrada a la compasión. Me precipité sobre el señor Burke: lo más urgente era librarle del hierro; hice una segunda tentativa, pero no pude arrancar la espada de su cuerpo, como no pudo arrancarla él, no obstante haberlo intentado con todas sus fuerzas. El esfuerzo le fue fatal: vi que abría la boca como para hablar, pero de ella no brotaron palabras sino un chorro de sangre; giraron los ojos en sus órbitas, sufrió su cuerpo dos o tres convulsiones violentas, y expiró.

Seguro de que estaba muerto, como no podía prestarle socorro alguno, pensé en mi salvación. Durante el duelo había cerrado por completo la noche. Recogí mis pistolas, armas excelentes que yo estimaba en mucho, salí del cementerio y me encaminé a la casa de Jacob. Me esperaba, tal como habíamos convenido, y me esperaba después de haber cumplido a satisfacción mi encargo, pues había encontrado un buque napolitano próximo a hacerse a la mar, con rumbo a Malta, a Palermo y a Liorna. Levaría anclas en la mañana del siguiente día, que era precisamente lo que me convenía. Jacob me tenía tomado pasaje. También se había ocupado de mi indumentaria, comprando un magnífico traje de palikaro, que me esperaba convenientemente colocado sobre un diván, y otro más modesto tirado sobre una silla.

Inmediatamente me despojé de mi uniforme, que no podía usar sin ser descubierto, y vestí uno de los trajes, que me sentaba tan admirablemente

como si para mí hubiese sido hecho. Mi nuevo guardarropa, incluyendo mi sable y mi yatagán, me costaba ochenta guineas: añadí setenta a las veinticinco que había entregado adelantadas, y quedó pagada la cuenta de la ropa y el corretaje de Jacob, Le rogué entonces que se ocupase en buscar los medios de transporte, a lo que contestó que lo había hecho ya a las once de la noche esperaba una barca al pie de la torre de Galata.

Dediqué el tiempo que me quedaba a escribir la posdata en la carta de antemano preparada para mis padres. Les daba noticia del resultado del duelo, les exponía la necesidad de huir en que me encontraba, y terminaba rogando a mi padre que me abriese un crédito en Esmirna. Como mi intención era permanecer en Oriente, me convenía Esmirna, tanto por su situación central, cuanto por su población cosmopolita, entre la cual podía yo vivir desconocido.

También escribí a lord Byron dándole las gracias por la benevolencia con que siempre me había tratado y rogándole que empleara toda su influencia en mi favor, si se encontraba en Inglaterra cuando fuera celebrado el Consejo de guerra contra mí. Recurrí a él porque conocía al señor Burke, sabía el odio que merecía a toda la dotación y tenía pruebas de que ese odio estaba perfectamente justificado. No esperaba yo que su influencia hiciera la menor presión sobre el fallo de mis jueces, pero me constaba que su testimonio podía influir mucho en la opinión pública. Entregué esta carta a Jacob, juntamente con las dirigidas a mi padre y al señor Stanbow, para que, llegada la mañana, se presentase a bordo del *Tridente*, hiciera entrega de las cartas a sus destinatarios, y les indicara luego el lugar donde encontrarían el cadáver del señor Burke.

Llegó el momento de partir: nos arrebujaamos en nuestras capas y nos dirigimos a la torre de Galata, donde nos esperaba la barca. La tomamos sin perder momento, pues era casi media noche y teníamos que atravesar diagonalmente toda la anchura del canal por encontrarse el barco, a cuyo bordo íbamos, anclado en el puerto de Calcedonia, cerca del *Fanarikiosk*. Por fortuna, nuestros marineros eran buenos remeros, y en un instante atravesamos el Cuerno de Oro y doblamos la Punta del Serrallo.

Ni la noche podía estar más diáfana ni la mar más tranquila. En el centro del canal, casi a la altura de la Torre de Leandro, vi la hermosa silueta de nuestro navío, que se alzaba majestuosa sobre la azulada superficie, y distinguí toda su arboladura y cordaje envuelta en el manto plateado que le proporcionaba la luna. Su vista me oprimió dolorosamente el corazón. El *Tridente* era mi segunda patria: para mí no había más mundo que la Williams-

house y el *Tridente*, ni más personas, después de mi padre, mi madre y Tom, que me esperaban en la Williams-house, que las que a bordo del *Tridente* vivían. En este dejaba al señor Stanbow, el anciano digno y venerable a quien yo respetaba y quería como a un padre, a Jaime, cuyo cariño franco y leal no me había faltado ni un instante, y a Bob, tipo genuino del buen marinero, con un corazón de oro puro oculto bajo una corteza ruda. Hasta el navío era para mí en aquellos momentos algo más que una cosa: era una persona querida.

A medida que nos acercábamos crecían extraordinariamente sus proporciones. Pronto nos encontramos tan cerca, que, dada la placidez y tranquilidad de la noche, el oficial de guardia habría podido oír, si yo lo hubiera dirigido en voz alta, el adiós que en voz muy bajita envié a mis buenos camaradas que, después del banquete con que me habían honrado, estaban muy lejos de pensar que yo cruzaba tan cerca de ellos abandonándolos para siempre. Fue aquel uno de los momentos más terribles que he pasado en mi vida. No me arrepentía de lo que había hecho, que resultado de largas meditaciones y de una voluntad inquebrantable había sido mi acto; pero no podía menos de comprender que, de un solo golpe, había truncado mi vida y hecho, de un porvenir seguro, un futuro desconocido. ¿Qué me esperaba? Solo Dios podía saberlo.

Dejamos por popa al *Tridente* y comenzamos a distinguir, a la luz del farol, los buques surtos en el puerto de Calcedonia. Jacob me mostró desde lejos la arboladura del en que debía embarcar, buque que examiné con atención de marino, a medida que a él nos aproximábamos, aunque mi estancia habría de ser poco duradera. Para quien, como yo, estaba acostumbrado a vivir en el *Tridente*, uno de los buques más hermosos de la flota de Su Majestad Británica, la comparación necesariamente había de resultar desfavorable para el barco napolitano, aunque me pareció que había sido construido con habilidad, tanto bajo el punto de vista de velocidad, cuanto bajo el comercial, a que estaba destinado. Su casco tenía anchura suficiente para contener gran cantidad de mercancías, y al propio tiempo era bastante estrecho para cortar vigorosamente las aguas. En cuanto a su arboladura, era, como la de todos los buques destinados a la navegación por el Archipiélago, un poquito baja, al objeto de poder ocultarse, en caso de necesidad, al abrigo de las rocas y de las islas. Semejante precaución, adoptada contra los piratas que, por aquella época, infestaban el mar Egeo, podía favorecer al buque cuando navegase cerca de tierra o durante la noche, pero no dejaba de ser grave inconveniente si el barco se veía en la necesidad de huir en alta mar y al descubierto. Todas estas reflexiones instintivas me las

hice con la rapidez de quien conoce los barcos y sabe apreciar sus buenas y malas cualidades. Cuando llegué a bordo de *La Bella Levantina*, que así se llamaba el buque en cuestión, puede decirse que solo me faltaba trabar relación con la marinería.

Me estaban esperando. Me bastó responder *pasajero* al centinela que me dio el alto en italiano, para que arriasen la escala de cuerda. Mi equipaje era de fácil transporte, pues, semejante al filósofo antiguo, todo lo llevaba sobre mí. Pagué a mis remeros, me despedí de Jacob, que me había servido con fidelidad, lo que no siempre se encuentra, aun pagándolo bien, y trepé por la escala con la agilidad de un verdadero marino.

En el puente encontré a un hombre que me esperaba para acompañarme a mi camarote.

III

NO CREO que sea para el lector motivo de sorpresa saber que, después de las aventuras de que durante el día fui protagonista, dormí bastante mal, ni que, habiéndome acostado a las tres de la madrugada, me encontrase sobre el puente al amanecer. Todo estaba presto para zarpar, y como el capitán principiaba ya a dar las órdenes necesarias tuve ocasión de trabar, como aficionado, conocimiento con la tripulación.

El capitán era de Salerno, y a las, primeras órdenes que dio, me dejó plenamente convencido de que la ciudad donde vio él la luz primera era más célebre por su universidad que por su escuela de marina: en cuanto a la tripulación, la formaban calabreses y sicilianos.

Como quiera que *La Bella Levantina* estaba dedicada especialmente al comercio del Archipiélago, ofrecía un aspecto medio guerrero medio mercante, que daba a su puente cierta coquetería formidable y graciosa a la vez. Formaban la parte bélica del buque dos pedreros y una pieza de ocho prolongada y emplazada sobre una cureña con ruedas, merced a cuya disposición, podía ser transportada con facilidad de proa a popa, o de babor a estribor. Antes de subir al puente, había girado yo una visita de inspección al arsenal, que encontré en bastante buen estado: había en él unos cuarenta fusiles y sobre una docena de trabucos, amén de sables y hachas de abordaje en cantidad suficiente para poder armar a todo el mundo en caso de necesidad.

Como quiera que, dos horas antes de amanecer, había saltado una brisa fresca Este, viento el más favorable para aparejar, encontré, al subir al puente, el virador de combés preparado y con su correspondiente cable sujeto por medio de los mójeles. Como quiera que la media vuelta del cable estaba separada de las bitas, *La Bella Levantina* se mantenía sobro el ancla exclusivamente por el virador. A fin de que los lectores puedan comprender con toda claridad la maniobra en la que muy en breve había yo de tomar parte activa, trataré de hacerles entender qué es el virador y qué papel representa el cabrestante.

Es el virador una cuerda que se enrolla en la barra del cabrestante, y que, al hacerse la maniobra que voy a explicar, solo estaba unida al cable hasta la altura de la gran escotilla, donde los mójeles no habían sido anudados; desde

allí pasaba al otro lado del buque y estaba sujeto al escobón, y el cable bajaba hasta la cala donde estaba amarrado por medio del cáncamo de la amura alrededor del palo mayor.

El cabrestante es un cilindro de madera colocado sobre el castillo de popa, que gira por medio de palancas que, partiendo del centro, divergen formando rayos. La función principal del cabrestante es recoger el cable que sirve para izar objetos de mucho peso. Para poner en movimiento el cabrestante, se actúa con las manos o con los hombros sobre las barras o palancas de que acabamos de hablar en proporción al grado de resistencia opuesto por los objetos que se desea izar. Ahora bien: el peso que *La Bella Levantina* tenía que izar era el ancla mayor, que pesaría de seis a siete mil libras.

Como de ordinario, los marineros se habían reunido sobre el puente para hacer la maniobra. Poco a poco fueron apareciendo los pasajeros, atraídos por el deseo de ver la maniobra de partida. Casi todo el pasaje se componía de mercaderes griegos y malteses que, no siendo bastante ricos para fletar barcos completos, pagaban su pasaje y el flete de sus mercancías, y como consecuencia, tenían interés doble en que el buque rindiera con toda felicidad el viaje, pues les importaba ante todo su propia seguridad, y luego la de las mercancías.

Sigamos adelante: los marineros habían colocado las palancas en el cabrestante y se encontraban en disposición de obedecer las órdenes de su capitán, quien, habiendo paseado los ojos en torno suyo, al ver tanta y tan honrosa galería de espectadores, consideró que no debía tardar más tiempo en dar comienzo a la operación. Empuñó, pues, su bocina, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, aunque era perfectamente inútil:

—¡Ande el cabrestante!

Obedecieron los marineros con un ardor que entusiasmaba. De la competencia de la marinería se juzga por la rapidez y precisión con que ejecuta una maniobra, como se juzga de la del capitán por una orden bien o mal dada: pues bien: pronto quedará demostrado hasta la evidencia que no me equivoqué al juzgar al capitán y a la tripulación al primer golpe de vista.

Al mismo tiempo, como el viento soplaba con mayor fuerza, habían sido desplegadas e izadas las gavias y haladas las vergas en forma que el buque presentara su proa a la mar. Al quedar el ancla a plomo, se hizo tan grande la resistencia del cabrestante, que los hombres empleados en la maniobra, lejos de poder continuar, tuvieron necesidad de recurrir a todas sus fuerzas para no ser rechazados atrás. Hubo un momento de perplejidad, durante el cual hubiese sido imposible predecir si cedería la fuerza inerte o la fuerza

inteligente; pero de pronto, cuatro hombres corrieron espontáneamente a sumar sus fuerzas a las de los marineros, y gracias al refuerzo, el ancla, arrancada del fondo de la mar, fue sacada del agua en menos de dos minutos de tiempo. Supuse que, como era de rigor, la izarían a contrabordo y la colocarían en su puesto; pero el capitán, acaso porque necesitase ordenar alguna otra cosa más urgente, se contentó con mandar que la sujetasen al garfio del aparejo. Maquinalmente hice un movimiento, como para indicar al capitán que completase la maniobra; pero me acordé de que nada era a bordo, y me conformé con encogerme de hombros.

Momentos después, una voz dulce me dirigió algunas palabras en idioma griego moderno, que no entendí. Di media vuelta, y me encontré frente a un joven que podría tener a lo sumo veinte o veintidós años, hermoso como un mármol antiguo, de mirada brillante, y arrebuado en una capa, aunque el sol, ya bastante alto en el horizonte, comenzaba a producirnos excesivo calor.

—Perdóneme usted, caballero —le dije en italiano—; no entiendo el griego. ¿No podría usted hablarme en francés o en inglés, o bien en la lengua de que para contestarle me sirvo?

—Soy yo quien debo rogar a usted que me dispense, señor. Diré, sin embargo, en abono mío, que me engañó su manera de vestir, que me indujo a tomarle por compatriota.

—No tengo ese honor —repliqué con sonrisa equívoca—. Soy inglés, viajo por gusto, y adopté este traje porque me pareció más cómodo, y sobre todo, más pintoresco que el nuestro de Occidente. No entendí antes lo que usted me dijo, pero por el acento de su voz, me pareció que me dirigía una pregunta. Toda vez que ahora podemos entendernos, si tuviera usted la bondad de repetirme sus palabras, me proporcionaría el placer de responderle.

—No se engañó usted, caballero, pues fue pregunta lo que le dirigí. Nosotros, hijos de los archipiélagos, alciones de las Sporadas, habituados a pasar de una isla a otra, somos marinos por naturaleza, y como tales, es difícil que se nos pase una maniobra mal hecha. Pues bien: en la última que mandó ejecutar —el capitán, creí comprender que usted compartía mi opinión, pues le vi que se encogía de hombros. Le pregunté si era usted marino, caballero, para luego, suponiendo que me contestara afirmativamente, rogarle que me explicase en qué había consistido la falta.

—No puede ser la explicación más sencilla, caballero: desde el momento en que el buque comenzó a andar, el ancla debería haber sido, colocada en su sitio, en vez de dejarla suspendida de un garfio; o, por lo menos, suponiendo que el capitán tenga sus motivos para obrar así, debió hacer quitar las barras

del cabrestante. Comprenderá usted la razón si se fija en que, si por desgracia se rompiera el garfio que sostiene el ancla, esta caería inmediatamente al fondo del mar, y el cabrestante, al girar con rapidez vertiginosa en sentido contrario al que giró para levar el ancla, se convertiría en una especie de catapulta que dispararía en todas direcciones las palancas.

—Señor... —dijo el joven, interrumpiéndose después de pronunciada la primera palabra para toser con tos seca y escupir un poco de sangre—, ¿no le parece que, en nombre de todo el pasaje, podría usted hacer esa observación al capitán?

—¡Ya es tarde! —exclamé, arrastrando al joven conmigo detrás del palo de mesana—. ¡Cuidado!

En efecto; simultáneamente con un ruido sordo, como de un cuerpo pesado que hubiese caído a la mar por la parte de proa, que llegó a mis oídos, vi que el cabrestante principiaba a dar vueltas con rapidez siempre creciente, lanzando en todas direcciones, tal como yo había previsto, las barras o palancas que imprudentemente habían dejado en él. Una porción de marineros cayeron rodando, y hasta el capitán fue proyectado contra la obra muerta del buque. Al primer momento de confusión, durante el cual cesó de girar el cabrestante, sucedió un silencio profundo causado por el terror. El ancla, obedeciendo a las leyes de la gravedad, descendió, arrancando sucesivamente los mójeles que sujetaban el virador al cable, no tardando en llegar al fondo del mar; pero fue el caso que, como quiera que el buque estaba en marcha, continuó largando cable, dejando oír un ruido espantoso, hasta que se detuvo gracias a la etalinga del palo mayor. Fue tan violenta la sacudida que entonces experimentó la embarcación, que casi todos los hombres que habían conseguido mantenerse hasta entonces en su puesto, cayeron rodando o fueron lanzados contra las bordas.

Yo, que esperaba el accidente, había asido al joven griego por el brazo izquierdo y pasado el que me quedaba libre por el palo de mesana, de lo que resultó que, no obstante la sacudida, nos mantuvimos en pie. El accidente, con ser harto importante, no era hasta aquí nada en comparación de la gravedad que adquirió luego: lo violento de la sacudida quebró el cable como si un hilo hubiese sido, y, como consecuencia, comenzamos a irnos al diablo, como suele decirse en lenguaje de mar, es decir, popa adelante y proa atrás. Por añadidura, el capitán, que había perdido la cabeza, disparaba sin cesar órdenes absolutamente contradictorias, que la marinería ejecutaba con pasmosa puntualidad: así, por ejemplo, las vergas, que debieron halar por las brazas, tirando simultáneamente y con fuerza igual por babor y por estribor,

continuaban perfectamente cuadradas, haciendo que el buque, cual si se diera cuenta cabal de la imposibilidad de la maniobra que se le exigía, gimiera tristemente, cubierto por la espuma del mar que se negaba a abrirse ante él. Por si la situación no era ya bastante comprometida, presentóse de pronto en el puente el carpintero jefe, diciendo que una ola había roto las arandelas de las portas del primer puente inundando a este. Comprendí que no podía perderse un segundo si había de salvarse el buque, y lanzándome de dos saltos a popa, arranqué la bocina de manos del capitán, la llevé a mi boca y grité con voz que dominó el tumulto:

—¡Silencio todo el mundo!

Al eco de mi voz breve y severa, que resonó imperiosa, como la de quien para mandar tiene derecho, todos guardaron silencio y esperaron.

—¡Atención! —continué—. ¡El jefe carpintero y sus ayudantes, a la cámara, donde pondrán las arandelas de las portas! ¡Cuatro hombres al cabo girador de vergas...! ¡Cobrad el seno del cabo de babor! ¡Toda la barra a babor! ¡Calen el foque mayor por la parte del viento! ¡En relinga los masteleros de sobremesana! ¡Larguen las cuerdas de proa para cazar velas! ¡Barra recta a proa!

Cada una de mis voces de mando fue seguida de su ejecución puntual, de suerte que, poco a poco, el buque giró con gracia sobre sí mismo y, cual si la diosa del mar hubiese tirado de él con una cinta, quedó muy pronto cómo debía estar, es decir, avanzando viento en popa y abandonando su ancla al buceador que tuviera habilidad bastante para ir a recogerla. La avería, aparte del coste del ancla perdida, no tenía importancia, pues llevábamos a bordo dos anclas más de respeto.

No entregué, sin embargo, la bocina hasta que a mi voz se orientaron bien las velas y amarraron los cables: entonces me acerqué al capitán, que había permanecido todo este tiempo en su puesto, inmóvil y estupefacto, y le dije al poner en sus manos la bocina:

—Ruego a usted, capitán, que me perdone si usurpé sus atribuciones, aunque creo que mi intromisión estaba justificada, pues es lo cierto que, al ver cómo mandaba usted el buque, supuse que había usted celebrado un pacto con el diablo para enviarnos a todos en derechura a los infiernos. Ahora que el barco sigue su curso normal, tome su bocina, que suya es y no mía.

Tal era el azotamiento del capitán, que tomó la bocina sin decir palabra: yo fui a reunirme con el joven griego, a quien vi sentado sobre el armón de la pieza de a ocho.

La causa que motivó nuestras primeras palabras, el servicio que yo acababa de hacer a la tripulación y al pasaje, servicio que por su índole abre el corazón de quien lo recibe y de quien lo presta, y, acaso más que nada, la circunstancia de ser los dos de la misma edad, hicieron que, desde el primer instante, simpatizáramos ambos y germinara en nuestros corazones un cariño verdadero y profundo. Añádase a todo lo expuesto que yo estaba desterrado y él enfermo, que yo necesitaba quien me consolase y él quien le auxiliara.

Mi nuevo amigo era hijo de un rico comerciante de Esmirna, fallecido tres años antes. Viéndole su madre enfermo y creyendo que las distracciones le sentarían bien, hábale enviado a Constantinopla para que se encargara de la dirección de una sucursal de su casa, fundada por su padre algunos años antes de su muerte. Al cabo de dos meses de ausencia, el joven, lejos de encontrarse más aliviado, experimentó un recrudecimiento en su enfermedad, sintió ansias de volver a abrazar a las personas queridas, y tomó pasaje a bordo de *La Bella Levantina*. Su enfermedad; que él llamaba en lengua italiana *il sottile malo*, era, según pude apreciar a primera vista, una tuberculosis, pulmonar en segundo grado. Todos estos detalles los supe al cuarto de hora de conversación. Yo correspondí a su confianza narrándole lo que ninguna razón me obligaba a callar, toda vez que me encontraba ya fuera de peligro, es decir, mi querrela con mi superior, nuestro duelo y su muerte, que me obligaba a abandonar el servicio. Inmediatamente me invitó, con esa confianza encantadora de la juventud, a pasar algún tiempo en el seno de su familia, que me recibiría con los brazos abiertos después del servicio que a uno de sus miembros acababa de prestar. Acepté el ofrecimiento con la franqueza misma con que me fue hecho, y después de hecho y aceptado, y no antes, nos acordamos de preguntarnos cómo nos llamábamos. Mi nuevo amigo se llamaba Manuel Apostoli.

Durante el tiempo que duraron nuestras mutuas confianzas, sorprendí varios síntomas que llevaron a mi ánimo el convencimiento de que mi amigo se encontraba enfermo de más gravedad de la que él mismo creía. Su opresión de pecho casi continua, la tos seca que le destrozaba, los esputos estriados de sangre, y más que nada, su expresión de tristeza instintiva reflejada en su rostro de pómulos arrebatados, acusaban con demasiada claridad la presencia de una afección gravísima.

Comprenderán los lectores que no era posible que escapasen a mi penetración los síntomas enunciados si recuerda que en Williams-house, fui siempre el practicante de mi querida madre en las continuas excursiones médicas de aquella, y, con mucha frecuencia, de nuestro buen doctor. Con

maestros tan competentes, no es de admirar que poseyera en medicina y en cirugía conocimientos bastantes para poder ordenar, a sabiendas de sus efectos, algunos medicamentos, practicar una sangría, reducir una dislocación y curar una herida.

La vista de Apostoli dio nueva vida a mis antiguos recuerdos médicos, y como quiera que no teníamos doctor a bordo, aunque sí un botiquín, como suele suceder en los buques mercantes, desde aquel momento resolví encargarme, no de la curación, que esta era desesperada, pero sí del tratamiento de mi pobre amigo. La empresa no podía ser más sencilla, pues tratándose de enfermedades de la índole de la que le mataba, aunque por desgracia son demasiado conocidas, es imposible combatirlas, y únicamente cabe someter al enfermo a un régimen alimenticio conveniente. Después de hacerle algunas preguntas sobre lo que sentía y de informarme del tratamiento a que anteriormente había sido sometido, le recomendé que no tomara más que sémolas substanciosas y legumbres, y que vistiera ropa interior de franela, indicándole de paso que, si no cedía la opresión, le haría una sangría derivativa. El pobre Apostoli, para quien no podía haber la menor duda de que yo poseía tantos conocimientos médicos como náuticos, sonrió con amarga tristeza y me empeñó su palabra de abandonarse por completo a mis cuidados.

Dada la disposición de ánimo en que yo me encontraba, me sería imposible ponderar el júbilo que me producía haber encontrado un alma, tesoro de juventud y de candorosa sencillez, en cuyo seno poder verter la mía entera. Apostoli me hablaba con frecuencia de su hermana, hermosa, decía él, como un ángel; de su madre, que le idolatraba, que le adoraba con todas las fuerzas de su alma, pues era hijo único, y finalmente de su desventurada patria, aherrojada, sometida al infame yugo turco. Yo le hablaba de Williams-house y de sus moradores, de mi padre, de mi madre, de Tom, del anciano doctor, cuyas enseñanzas altruistas aplicaba yo, después de un intervalo de diez años, y a ochocientas leguas de distancia del punto donde las aprendí, y se me hacía más llevadero el destierro a que yo mismo me había condenado y menos punzantes los remordimientos que produce siempre la muerte de un hombre en quien se la ha dado, por justa que fuera la causa que a arrebatarse un derecho privativo de Dios le moviera.

Así transcurrió el día, sin que el buque avanzara mucho, porque el viento era muy flojo, y sin perder de vista tierra a derecha e izquierda. Al atardecer nos encontrábamos a la altura de la isla de Calo Limno, colocada, a guisa de centinela, en la embocadura del golfo de Mondania. Apostoli subió al puente para ver cómo desaparecía el sol tras las montañas de la Rumelia, pero le

exigí que bajase inmediatamente después de cerrar la noche. Me obedeció con la sencillez de un niño y yo me senté junto a su hamaca, impidiéndole que hablase, y contándole, para distraerle, la historia de todas las aventuras de mi vida. Cuando le referí la historia de Vasiliki, el pobre muchacho se arrojó llorando a mi cuello. Me obligó a que empeñara formal palabra de detenerme en Esmirna, y convinimos que, desde allí, iríamos juntos a Ohio, pasando por Teos, cuna de Anacreonte, por Clazomenes, la ciudad hospitalaria donde Simónides, gracias a sus versos, recibir tan hermosa acogida a raíz de su naufragio, y finalmente por Erethri, patria de la Sibila Erithrea, que anunció la ruina de Troya, y de la profetisa Athenais, que vaticinó las victorias de Alejandro.

Estos proyectos nos tuvieron en vela una buena parte de la noche. Olvidaba yo, lo mismo que Apostoli, que levantábamos palacios sobre arena, y me veía ya recorriendo toda la Grecia antigua guiado por el competente cicerone que la casualidad, mejor dicho, la Providencia, había puesto en mi camino. Observé de pronto que la mano de mi amigo se cubría de un sudor frío, que su pulso, que consulté, latía desordenado, como el péndulo de un reloj que adelanta y cuyas horas abrevia una avería invisible e irremediable, y todo ello me hizo pensar que las vigiliias excesivas eran nocivas para mi enfermo. Inmediatamente me despedí de él para dirigirme a mi camarote, y le dejé más feliz de lo que era yo mismo, pues él ignoraba su estado y yo no. Los dulces proyectos que habíamos formado arrullaron su plácido sueño.

A la mañana siguiente, subí al puente, no tardando Apostoli en llegar a mí, lado. Había pasado una noche muy tranquila; aunque le molestaron algún tanto los sudores producidos por la fiebre, pero estaba contento y más tranquilo. Durante la noche que acababa de pasar, habíamos seguido avanzando, y por la mañana nos disponíamos a entrar en el canal que separa la isla de Mármara, la antigua Proconesa, de la península de Artaki, llamada en tiempos remotos Cyzica. Las dos las había; visitado Apostoli, y conocía perfectamente la historia de entrambas, como la de toda su patria. La primera; qué se ha llamado también *Nebris*, o lo qué, es lo mismo, Cervatillo, porque, semejante a este gracioso animal, parece como si jugase a poca distancia de la madre, daba al mundo aquel hermoso mármol de Cyzica, tan apreciado por los escultores, al que debe, como todo el mar que la rodea, el nombre moderno de Mármara. La segunda fue isla en otros tiempos, pero hoy está cegado el estrecho canal que antiguamente la separaba del continente. Allí fue donde embarcó Anacarsis para regresar al país de los escitas; su patria. Cyzica tenía entonces un templo magnífico de mármol bruñidor que fue destruido

más tarde por un temblor de tierra, y cuyas columnas fueron juzgadas dignas de ser transportadas a Bizancio para adornar la ciudad que Constantino acababa de convertir en capital del mundo.

Una parte de la ciudad, de la cual subsisten hoy algunas ruinas esparcidas al pie del monte Aretos, comunicaba entonces con el continente por medio de dos puentes, de los cuales el uno, obra de la Naturaleza, se llamaba *Panorme*, y el otro, obra de la mano del hombre, *Chytus*. De resultas de la victoria naval que los atenienses alcanzaron sobre los espartanos, cayó esta ciudad en poder del vencedor, pudiendo apreciar Alcibíades el estado lamentable en que se encontraban sus enemigos gracias a la lacónica carta siguiente, que los vencidos escribieron a los eforas: «Ha perecido la flor del ejército, ha muerto Mindaro, el resto de las tropas perece de hambre y nosotros no sabemos qué hacer ni cuál será nuestra suerte».

No encuentro palabras capaces de exteriorizar el encanto que en mi alma producía ver que todos estos detalles, perdidos en los repliegues olvidados de mi memoria, o de aplicación imposible para mí, a causa de mi ignorancia, a los lugares a los cuales se referían, resurgían con vida nueva a la vista de aquella tierra histórica y a la mágica influencia de la palabra de un hijo auténtico de aquel país cuna, muerto después de haber difundido por el mundo entero su ciencia, su arte y su poesía, después de haber legado a la humanidad entera una herencia verdaderamente sublime. Apostoli se mostraba orgulloso, con razón, de su pasado, y tenía esperanza ciega en el porvenir. Al oírle hablar, creía uno que, semejante a las sibilas, sus antiguas compatriotas, leía en el libro del destino la regeneración próxima de su bella Argólides. Era Apostoli originario de Nauplia, y aunque su familia, desde hacía dos generaciones, había abandonado la Grecia para vivir en el Asia Menor, semejante mi juvenil amigo al adolescente griego de Virgilio, que rendía el postrer suspiro fijo su pensamiento en su Argos, había conservado, si no el recuerdo, el amor a su patria.

No es de admirar que todo lo tuviera presente, ni que, hasta la fábula más remota fuera para él tradición llena de realidad. El estrecho hacia el cual navegábamos no era ni el paso de los Dardanelos ni el canal de San Jorge: era el antiguo Helesponto, el mismo al que la hija de Athamas, queriendo evitar las persecuciones de su suegra no, había dado su nombre cuando, huyendo con Phrixus, montada sobre un morueco y envuelta en una nube, se asustó al escuchar el estruendoso arrullar de las olas y cayó precipitada al mar. Lampsaki, aunque apenas si conservaba como resto de su antiguo esplendor más que doscientas casas, sembradas en medio de ruinas, y sus famosos

viñedos regalados por Jerjes a Temístocles, volvía a ser, tocada por la mágica varilla de la imaginación de mi amigo, aquella ciudad famosa que rindió culto al hijo monstruoso de Venus y de Júpiter, y que Alejandro hubiese destruido de no haber sido por la intercesión ingeniosa de Anaximenes. No lejos de Lampsaki estuvieron Sestos y Abydos, doblemente célebres por el amor de Leandro y el orgullo de Jerjes. En suma: sus palabras daban nueva vida a todo, hasta a Dardano que, borrándose de la faz del mundo, ha legado su nombre moderno al estrecho donde antiguamente mandó como reina, por los tiempos en que Mitrídates y Sila se reunieron allí para tratar de la paz del mundo.

Día y medio tardamos en recorrer la distancia interpuesta entre la isla de Mármara y la punta sobre la cual han emplazado el nuevo castillo de Asia. La corriente nos ayudó poderosamente y desembocamos en el mar Egeo en el momento en que los últimos rayos del sol teñían de color rosa las nevadas cimas del monte Ida.

Aunque el panorama de que disfrutábamos era sublimemente encantador, como soplabla el viento frío de la Tracia, obligué a Apostoli a encerrarse en su camarote, prometiéndole que dentro de un instante bajaría a hacerle compañía. Durante el día entero le había molestado una opresión constante, y yo estaba resuelto a sangrarle aquella noche. Bajé a su camarote en cumplimiento de mi promesa, y no bien me vio entrar, dándome una prueba más de la confianza absoluta que en mí tenía, me tendió no ya la mano, sino el brazo. Fuera que la evocación de los recuerdos antiguos hubiese agitado su sangre, fuera que el exceso de hablar hubiera irritado su pecho, es lo cierto que aquella noche sus pómulos estaban más inflamados y sus ojos más ardientes. No titubeé un momento: recordando mis conocimientos en cirugía, como antes recordara los pocos que en medicina poseía, le vendé el brazo y practiqué la incisión en la vena con mano tan segura como la de un doctor. El efecto fue rápido y conforme a mis esperanzas: en cuanto salieron tres o cuatro onzas de sangre, Apostoli respiró con mayor libertad y se calmó su fiebre, Poco después, debilitado como consecuencia de la sangre perdida, aunque lo fue en corta cantidad, cerró los ojos y durmió un sueño tranquilo. Escuché durante algunos minutos su respiración tranquila y acompasada, y, seguro de que pasaría una noche tranquila, salí de su camarote para irme a respirar el aire fresco de la noche.

En la puerta encontré a un marinero que venía, de parte del timonel, a suplicar al *signor inglese* que tuviese la bondad de subir al puente.

IV

EL TIMONEL era un siciliano natural del pueblecillo della Pace, próximo a Mesina. Tuve ocasión de observar su valor y sangre fría a nuestra salida del puerto de Calcedonia, y fui felicitado por él, con la franqueza de un lobo de mar, cuando el buque, gracias a mis disposiciones, se vio libre del peligro en que el capitán le había colocado. Desde entonces, cuantas veces nos encontrábamos, cambiábamos algunas palabras y nos tratábamos como buenos amigos.

Le encontré apoyado de codos sobre la borda y con un anteojo de noche en la mano.

—Perdóneme si me he permitido molestarle —me dijo, entregándome el anteojo—, pero es el caso que desearía oír de sus labios la opinión que le merece un puntito blanco que se divisa por Nornoroeste, y que se me figura que muy bien pudiera ser cierto buque que vi, a puesta de sol, doblar la Punta de Coccino, navegando con velocidad un poquito sospechosa. Si no me engaño, sigue la misma ruta que nosotros, o bien nos da caza, y en este último caso, confieso que preferiría que fuese usted el encargado de mandar las maniobras en vez de obedecer las órdenes del capitán.

—¿Pero es que no hay segundo a bordo? —pregunté.

—Sí; lo teníamos, pero cayó enfermo en Escutari, y por desgracia, nos vimos precisados a dejarle allí. Digo por desgracia, porque es un hombre que sabe su obligación tan bien como mal desempeña el capitán la suya, y en circunstancias graves como la que temo mucho que hemos de encontrarnos muy pronto, su opinión hubiese podido tener mucha fuerza. Por supuesto, que si usted tiene a bien dar la suya, no habremos perdido en el cambio: antes al contrario.

—Me hace demasiado honor, timonel —contesté riendo—; más no importa. Le diré lo que pienso, en esta ocasión, y en cualquiera otra que lo desee.

Dirigí el anteojo hacia el punto indicado, y como la luz de la luna iluminaba perfectamente el mar, reconocí, lo mismo que el timonel, un jabeque griego que se nos venía encima a velas desplegadas. Se encontraría entonces a una distancia de tres millas próximamente y nos ganaba en

marcha. Mientras yo miraba, debió hacerse visible, sin duda, a ojo simple, pues el vigía estacionado en la gran cofa, gritó de pronto:

—¡Una vela!

—¡Claro que una vela! —murmuró el timonel—. ¿Se ha figurado ese que dormimos o que estamos ciegos? En efecto... es una vela... y lo que yo quisiera sería encontrarme veinte leguas más al Sud, por la costa de Metelin.

—Fíjese usted, timonel —dije—. Pudiera haber una segunda.

—Es más que probable... Los piratas ¡Dios los confunda!, son de la raza de los chacales, y con frecuencia cazan por parejas.

Alzando la cabeza y la voz, gritó:

—¡Eh, vigía! ¿Dónde está esa vela?

—Por Nornoroeste, directamente a sotavento —respondió el marinero.

—No es más que una —dije al timonel—. Si nos vemos precisados a salvarnos huyendo o a recurrir a los cañones, nos las entenderemos con un solo enemigo, lo que no deja de ser una ventaja. Creo que no estaría de más despertar al capitán.

—Y yo preferiría que usted ocupase su puesto y que capeásemos el temporal mientras él duerme —replicó el timonel—. Mientras tanto, y como medida preventiva, ¿no le parece que podríamos desplegar algunas varas más de trapo?

—No creo que haya el menor inconveniente, y se me figura que esa sería la orden que daría el capitán... sobre todo —añadí, mirando de nuevo con auxilio del antejo—, si se tiene en cuenta que la vela sospechosa estrecha la distancia por momentos, y que no se puede perder tiempo. Que vaya un hombre a despertar al capitán y que todos los marineros de servicio se apresten a obedecer las órdenes que se les den. ¿Conoce usted bien las aguas que cruzamos?

—Como las calles de Mesina: con los ojos cerrados me atrevería a llevar el barco desde Tenedos a Lerigo.

—¿Qué tal lleva sus trapos *La Bella Levantina*?

—Con tanta gracia como una española la mantilla. Puede usted cargarle hasta el sobre juanete, que la muy coqueta no dirá nunca que tiene bastante.

—¡Algo es algo! —murmuré.

—Algo es eso, sí; pero no basta —replicó el timonel.

—¿Cree usted que un jabeque puede ganarle en andar?

—*La Bella Levantina* es excelente velera que no se dejaría ganar por un jabeque ordinario; pero he creído ver a babor y estribor del que nos sigue cierta cantidad de espuma que no me parece muy católica.

—¿Qué es lo que la espuma le hace presumir?

—Que además de las alas, el jabeque pudiera tener patas, lo que le daría gran ventaja sobre nosotros.

—¡Ah, vamos! —murmuré yo comprendiendo, y participando de los recelos del timonel—. Ya no me sorprende que navegue con tanta rapidez.

Miré de nuevo con el anteojo. La embarcación sospechosa se había acercado mucho; ya no distaría más de dos millas, y como es natural, se la podía examinar bien.

—¡A fe que tiene usted razón, timonel! —exclamé al cabo de breves instantes—. Distingo perfectamente el movimiento de los remos... No se puede perder un segundo... ¡A ver!... ¡A la maniobra!... ¿Están todos dispuestos?

—Sí —contestaron los marineros.

—¡Arrién la vela mayor y la de mesana y carguen la del juanete!

—¿Quién se permite dar órdenes a bordo de mi barco? —gritó en aquel momento el capitán, mientras los marineros ejecutaban la maniobra dispuesta por mí.

—Quien vela mientras usted duerme, señor mío —contesté—, y le hace entrega en este instante del mando, abrigando la esperanza de que sabrá usted capear en esta ocasión el peligro con más acierto que lo capeó a nuestra salida del puerto. Grande fue el que entonces corrimos; pero le participo que no es menor el que se nos viene encima.

Inmediatamente luí a sentarme, no sin entregar el anteojo al timonel.

—¿Qué hay? —preguntó con inquietud el capitán.

—Hay que nos da caza un pirata griego —respondió el timonel—. Sin embargo, si usted cree que por motivo tan insignificante no debemos despertarle, puede volverse a acostar, capitán.

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Nada que no pueda usted ver con sus propios ojos —contestó el timonel, poniendo el anteojo en manos de su jefe.

El capitán miró hacia el objeto que le indicaba el timonel.

—¿Y cree usted que es pirata?

—Si tan seguro estuviera de la salvación de mi alma, crea usted que esperaría tranquilo el momento, que no tardará en llegar, de pasar de este mundo al otro.

—¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—¿Quiere usted que se lo diga, capitán?

—Hable.

—Usted desea saber qué es lo que debe hacer: ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien: yo le aconsejo que lo pregunte a aquel señor inglés que está allá sentado como si la cosa no fuera con él.

—Caballero —me dijo el capitán, dando dos pasos hacia mí—, ¿tendría usted la amabilidad de decirme qué haría si en mi puesto se encontrara?

—Despertarla sin tardanza a la marinería que duerme y celebraríale consejo con el pasaje.

—¡Todo el mundo al puente! —bramó con voz que hizo potente el miedo, voz que parecía deber su energía a la resolución.

Como el barco no tenía segundo que repitiera la orden del capitán, el contramaestre lanzó inmediatamente el conocido grito que llama a la marinería libre de servicio en auxilio de la que lo tiene. Los marineros, que eran buenos y sabían su obligación, conforme he hecho constar, saltaron de sus hamacas y subieron corriendo al puente, todos ellos medio desnudos. El capitán se volvió hacia mí como para interrogarme.

—Usted, mejor que yo, debe saber el trapo que puede aguantar el barco —le dije—. Dé sus órdenes en consecuencia, pues si no me engaña la vista, el barco enemigo continúa ganándonos rápidamente.

—¡Cargad toda la mesana y los masteleros! —gritó el capitán.

Mientras los marineros ejecutaban la orden, se volvió hacia mí diciendo:

—Creo que no podemos con más trapo; vea usted, caballero, cómo se cimbreo el palo de la cofa... parece una varilla de acero.

—¿Lleva usted palos de repuesto?

—¡Oh, sí, señor! Pero ya sabe usted que un palo roto supone una pérdida de consideración para los armadores.

—¿Y piensa usted evitarles esa pérdida dejando que apresen su barco? Buen calculista es usted, señor mío, y no puedo menos de felicitar a los armadores que han confiado el mando de su buque a un representante tan económico como usted.

—Hay otro motivo además —replicó el capitán, dándose cuenta de la ironía que encerraban mis palabras—. *La Bella Levantina* ha hecho agua siempre que hemos querido fatigarla demasiado.

—¿Tiene usted buenas bombas?

—Sí, señor.

—Entonces mande añadir la vela del juanete pequeño a las que antes han desplegado, y luego veremos si conviene cargar también las superiores.

No pudo contestarme el capitán: tan grande fue su sorpresa al escuchar cómo pensaba yo tratar su barco.

En aquel punto comenzaron a aparecer los pasajeros sobre el puente. Obligados a levantarse cuando estaban entregados a su primer sueño, y comprendiendo que no les hubiesen molestado a hora tan intempestiva de no exigirlo algún suceso de gravedad, ofrecían unas caras tan grotescamente desencajadas, que no me habría sido posible contener mi hilaridad de haber sido otras las circunstancias. Entre los que subieron primero estaba el pobre Apostoli, quien corrió hacia mí no bien me vio.

—¿Qué pasa? —me preguntó con voz dulce y triste sonrisa—. Dos meses hacía que no disfrutaba de un sueño tan tranquilo como el que acaban de turbarme sin piedad.

—Hay, mi querido Apostoli —contesté—, que en este momento jugamos al escondite con sus antepasados de usted, y que, si nos faltan buenas piernas, tendremos necesidad de excelentes brazos.

—¿Nos da caza algún pirata?

—Lo ha adivinado usted: vuelva la vista hacia acá y podrá ver al enemigo.

—¡Es verdad! —exclamó Apostoli—. ¿Y no podemos aumentar trapo?

—¡Sí, sí! —contesté—. Aún nos quedan algunas varas, pero no ganaremos gran cosa extendiéndolas.

—De todas maneras, hay que apelar a todo; y si aun así nos alcanzan, nos batiremos, ¡qué diablo!

—¡Pobre amigo mío! —exclamé—. Habla su alma, no su cuerpo... Además, ¿sabe usted si el capitán está dispuesto a batirse?

—¡Le obligaremos! ¡Pues no faltaba más! —respondió Apostoli—. Aquí, el verdadero capitán es usted, que ya una vez salvó al buque; usted, que lo salvará otra.

Moví la cabeza como el que apenas si conserva esperanza.

—¡Espere un momento! —exclamó Apostoli.

Lanzóse en medio del grupo de pasajeros a quienes el capitán explicaba la situación comprometida en que nos encontrábamos, y con toda la fuerza de su voz debilitada, gritó:

—¡Señores! Nos encontramos en una de esas circunstancias que exigen resoluciones urgentes; rápidas y enérgicas. Nuestra vida, nuestra libertad, nuestra fortuna, todo lo tenemos comprometido en este instante, todo depende de una orden bien o mal dada, de una maniobra bien o mal hecha. Yo conjuro al capitán a que declare, ahora mismo, y sobre su honor, si se conceptúa a la

altura de la misión que pesa sobre sus hombros, si acepta toda la responsabilidad de lo que suceda.

El capitán balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—No sé a qué viene la pregunta —objetó uno de los pasajeros—. Todos sabemos que el segundo de a bordo cayó enfermo en Escutari y que solo nos queda el capitán capaz de dirigir las maniobras.

—¡Mala memoria tienes, Gaetano! —exclamó Apostoli—. Por lo que veo, has olvidado a quien, con algunas palabras, nos sacó de un peligro tan grande como el que ahora corremos. En trances desesperados, el jefe único, el único dueño, el verdadero capitán es el que atesora más habilidad o más valor. Valor lo tenemos todos; pero ciencia... ciencia solo la tiene ese señor —terminó Apostoli, extendiendo el brazo, hacia mí.

—¡Si... sí! —gritaron todos a coro—. ¡Que sea nuestro capitán ese oficial inglés!

—Señores —contesté, levantándome—, como no se trata aquí de fórmulas vanas de finura ni de un caso baladí de superioridad, sino de una cuestión de vida o muerte, acepto; más no sin explicar de antemano cuáles son mis intenciones.

—¡Hable usted! —gritaron todos—. Huiré de nuestro enemigo mientras me sea posible, y espero, gracias a las condiciones marineras del barco, arribar a algún puerto, que pudiera ser Scyros o Metelin, antes que el corsario nos aprese.

—¡Bien!... ¡Muy bien!

—Sin embargo, si ocurriera lo contrario, si los piratas nos abordan, creo conveniente hacer constar que me defenderé hasta el último extremo, y que, cuando haya agotado todos los medios, haré volar el barco antes de rendirme.

—Morir por morir, preferible es hacerlo defendiéndonos a ser ahorcados o arrojados a la mar —dijo Apostoli.

—¡Lucharemos hasta perder la vida! —gritó la tripulación—. ¡Que nos den armas!

—¡Silencio! —grité yo—. No sois vosotros los llamados a decidir este punto, sino los que en el buque tienen doble interés. Han oído ya lo que he dicho, señores: les dejo cinco minutos para deliberar.

Me senté de nuevo. Los pasajeros se reunieron en consejo: al cabo de cinco minutos, vinieron hacia mí, conducidos por Apostoli.

—¡Hermano! —exclamó Apostoli—. Por unanimidad te hemos nombrado nuestro jefe. A partir de este instante, nuestras vidas, nuestros brazos, nuestra fortuna, son tuyos: dispón de ellos libremente.

—Y yo —añadió el capitán acercándose— me ofrezco a ser su segundo y a transmitir sus órdenes, si usted me juzga con suficiencia para ello; en caso contrario, mándeme ejecutar maniobras como al último de los marineros.

—¡Bravo! —gritaron a coro la tripulación y el pasaje—. ¡Hurra por el capitán inglés! ¡Hurra por el que hasta ahora ha sido nuestro capitán!

—Señores, acepto —contesté, estrechando la mano al capitán—. Silencio ahora.

Calló todo el mundo, en espera de las órdenes que desde luego comprendieron que iba a dar.

—Señor contraestre —dije al timonel, que reunía en su persona ambas funciones a bordo de *La Bella Levantina*,— consulte usted el compás y dígame a qué distancia estamos de esos bribones, a fin de que vea yo si su cálculo concuerda con el mío.

El contraestre hizo el cálculo.

—Los tenemos a dos millas, señor; ni braza más ni braza menos.

—Está muy bien —contesté—. Vamos ahora a ver, señores, lo que sabe hacer *La Bella Levantina* en momentos de peligro... ¡Atención! ¡Cargad las velas de los juanetes mayor y menor! ¡Desplegad las altas del foque de caza y del foque segundo! Hecho eso, no quedará en *La Bella Levantina* una pulgada de trapo que no esté desplegada al viento.

Obedecieron los marineros con celeridad y precisión que indicaban la importancia que todos concedían al resultado de mi orden. En efecto, era el esfuerzo supremo del buque, y, si cargado con todo aquel suplemento de velas, no dejaba atrás a su perseguidor, habría que prepararlo todo para el combate. La misma nave, cual si fuera un ser animado, parecía comprender el peligro que corría, y, desde que sintió la impulsión de las nuevas velas que acababan de ser desplegadas, se inclinó más todavía del lado del viento, mostrando por el contrario las bandas de su cobre que salían de la mar, y cortando con su afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en masa hirviente de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el antejo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de estas y de los remeros que, a juzgar por el violento hervor del agua de los costados, no estaban ociosos. Aunque todo el mundo se encontraba sobre cubierta, era tal el silencio, que se oían perfectamente hasta los menores crujidos de los palos, con los cuales no parecía sino que querían advertirme el peligro que corrían como consecuencia de haberlos cargado con exceso. Verdad es que yo estaba

resuelto a desoír sus protestas y a no hacer el menor caso de sus quejidos desde el momento que me persuadí de que la única probabilidad de ganar la partida era jugar el todo por el todo. Una hora poco más o menos duraría ese estado de ansiedad, sin que ocurriera el menor accidente, cuando di al contraмаestre orden de consultar el compás. Mientras aquel hacía sus cálculos, no separaba yo mis ojos del buque enemigo, que me parecía colocado a distancia mayor que antes.

—¡Por Santa Rosalía! —gritó el contraмаestre—. ¡Ganamos distancia, señores, ganamos! ¡Tan cierto como tengo un alma que deseo salvar, dejamos atrás a nuestro perseguidor!

—¿Cuánto? —pregunté, comenzando a respirar a mis anchas.

—¡Oh... poca cosa, es verdad!

Calló por breves momentos el contraмаestre, y luego que comprobó sus cálculos, repuso:

—Hemos ganado un cuarto de milla.

—¿Y a eso llama usted poca cosa? —exclamé yo—. ¡Un cuarto de milla en una hora!... ¡Por San Jorge que es usted descontentadizo, contraмаestre! ¡Con la mitad me hubiese conformado yo! Señores... —repuse, dirigiéndome a los pasajeros— pueden retirarse y dormir tranquilos, que cuando despierten, será bien lejos del alcance de esos piratas... a menos que...

—¿A menos qué? —repitió Apostoli.

—A menos que, repitiéndose lo que con frecuencia sucede, caiga el viento una o dos horas antes de la salida del sol.

—¿Y si ocurriera eso? —preguntaron los pasajeros.

—Si ocurriera eso, sería otra cosa: habría que pensar, no en huir, sino en batirse. De aquí a las cuatro de la mañana, les garantizo que nada tienen que temer: retírense, duerman tranquilos, y esperen.

Retiráronse los pasajeros. Quiso quedarse Apostoli, pero le exigí que sin pérdida de momento se recogiera en su camarote. El período de agitación porque acababa de pasar había agravado su delicado estado de salud, y aunque él dada su crisis nerviosa, no se daba de ello cuenta, era lo cierto que lo abrasaba la fiebre. Después de una lucha poco obstinada, obedeció como un niño. Así terminaban siempre todas las resistencias de aquel alma dulce y sencilla, de aquel hombre que continuaba siendo eternamente niño mientras con paso acelerado caminaba hacia la tumba.

—Ahora, capitán —dije a este, luego qué quedarnos solos—, podemos enviar a descansar a la mitad de la marinería. Si el viento continúa como hasta aquí, un muchacho podría conducir el buque; pero si cesa, tendremos

necesidad de todos los brazos, y para entonces, nos convendrá mucho que estén descansados.

—¡Los que no estén de servicio, a sus hamacas! —gritó el capitán.

Cinco minutos después no quedaban en pie más que los hombres estrictamente necesarios para las maniobras corrientes.

La Bella Levantina continuaba deslizándose sobre las olas como una golondrina de mar, impulsada por una de esas brisas deliciosas como las desearía, el capitán más descontentadizo para hacer maniobrar su buque en presencia de la dama de sus pensamientos. En cuanto a nuestro corsario, al cabo de media hora había perdido un cuarto de milla más. Era, pues, evidente que, si no sobrevenían cambios atmosféricos hasta el día siguiente, antes que este terminase nos encontraríamos fondeados en cualquier puerto del Archipiélago.

Rápidos progresos había yo hecho en mi carrera, toda vez que, de un salto, desde guardia marina moderno había pasado a capitán. Lo notable del caso es que, hasta qué punto ciega el orgullo humano dando al olvido que aquella promoción momentánea había sido hecha a bordo de un pobre barco mercante, rebosaba satisfacción por verme en una posición que no debía durar más tiempo que el que durase el peligro. Tomé por lo serio mi interinidad, me consideré capitán, y logré, ya que no otra cosa, alejar los tristes pensamientos que torturaban mi alma. Mentalmente me preguntaba por qué no había yo de ser dueño de un buque, bien de un yate para hacer viajes de placer, bien de un buque mercante de tres palos para dedicarlo al comercio con la India o con el nuevo mundo. De esta manera, tal vez conseguiría satisfacer esa sed de actividad que es hija de la fiebre de la juventud, y olvidar el destierro a que voluntariamente me condenaba, aparte de que, como por entonces nos encontrábamos en guerra con Francia, quién sabe si tendría la dicha, llevando a cabo alguna de esas hazañas gloriosas que colocan sobre el imperecedero pedestal de la fama a quien las realiza, de hacerme perdonar el crimen cometido contra la disciplina, para entrar de nuevo en los cuadros de la marina de guerra inglesa con el grado que hubiese conquistado, y, siguiendo las huellas que me dejó trazadas mi padre, ser con el tiempo un Howe o un Nelson. ¡Tan cierto es que nada como la imaginación para tender puentes sobre lo imposible, y para extraviarse, despierta, por jardines más espléndidos que los que jamás se han visto ni se verán en sueños!

Aún me mecieron estos sueños durante algún tiempo más, pero al fin, a eso de las dos de la mañana, teniendo en cuenta que sin cesar nos alejábamos

del buque pirata, confié la dirección del nuestro al piloto, coloqué de vigía al contramaestre, me arrebujé en mi capa y me acosté sobre un pedrero.

Ignoro el tiempo que llevaría durmiendo con todo el ardor de mis pocos años, cuando creí oír pronunciar mi nombre, y casi al mismo tiempo, que me tocaban un hombro. Inmediatamente abrí los ojos y vi delante de mí al contramaestre.

—¿Qué pasa? —pregunté vivamente, recordando que le había dado orden de despertarme si ocurría algo malo.

—Hay que se han realizado sus temores: ha cesado el viento y no andamos.

Mala, muy mala era la nueva; pero, por lo mismo que se trataba de un contratiempo grave, era forzoso afrontarlo sin pérdida de momento. Tiré mi capa sobre el puente, resolví estudiar el cielo por mí mismo, y al efecto, me así a las cuerdas del palo de mesana y trepé hasta el crucero del juanete menor. Algunas ráfagas cruzaban de tanto en tanto la atmósfera, más apenas si bastaban para hinchar las velas más altas y para zarandear nuestro gallardete. Volví entonces los ojos hacia nuestro enemigo: aún se veía como un punto blanco en el horizonte, pero no se había perdido. Era evidente que había puesto sus esperanzas en la calma del viento que nosotros temíamos, y que continuó la caza sin cejar. Debería encontrarse a tres leguas de nuestras aguas por lo menos.

Examiné todo el horizonte, viendo que estábamos a la altura del cabo Baba, el antiguo *Lectum Promontorium*. Teníamos delante de nosotros, por Estesudeste, a Metelin, cuyas montañas distinguía yo perfectamente, y a Sqyros, cuna de Aquilea y tumba de Teseo; pero nuestro buque distaba siete leguas de la primera de las islas mencionadas y diez de la segunda. De haber durado tres horas más el viento, nos hubiésemos salvado, pero ya no podíamos contar más que con alguna ráfaga por entonces, pues seguramente dentro de breves minutos moriría basta el último soplo.

Sin embargo, como quiera que yo estaba resuelto a tentar todos los medios y a esperar hasta contra la esperanza, bajé al puente y mandé arriar todas las velas bajas, no dejando más que las de los masteleros y juanetes y las más altas. Respiró *La Bella Levantina* al verse libre de tanto trapo, y semejante a la ninfa que se desliza sobre el agua, avanzó, aspirando los soplos últimos del aire, media legua más, para detenerse al fin, con las velas flácidas, pendientes a lo largo de sus mástiles pequeños y de sus grandes palos. La brisa había rendido el último suspiro.

Mandé entonces colocar las velas en forma que pudieran ser desplegadas en cualquier momento dado, y como me preguntara el contra maestre qué debíamos hacer, contesté:

—Que toquen inmediatamente zafarrancho de combate.

V

TODO el mundo se encontraba en el puente segundos después de haber sonado los poco melodiosos instrumentos que llamaban a la dotación a las armas. La confusión fue tan espantosa, que me hizo comprender al momento la necesidad de imponer a bordo una disciplina severa. Hice que toda la marinería pasara a proa, y reuniendo en popa a los pasajeros, les explique cómo, conforme temía, había caído el viento al amanecer, y para que todos se dieran cuenta cabal de la gravedad de nuestra situación, les mostré con una mano nuestras velas flácidas, y con la otra el buque enemigo que comenzaba a aumentar de tamaño, no impulsado por el viento, del cual carecía lo mismo que nosotros, sino surcando las aguas a fuerza de remos.

No nos quedaba otro recurso que prepararnos a resistir con ánimo esforzado el ataque, toda vez que, dentro de cuatro horas, si el buque pirata continuaba moviéndose como entonces, sobrevendría el abordaje que no veía manera de esquivar, como no saltase, y lo consideraba altamente improbable, alguna brisa favorable que nos permitiera desplegar todas nuestras velas y ponernos fuera del alcance de aquel.

Tal vez se hubieran acobardado los honrados mercaderes a quienes dirigía la palabra, si de defender sus vidas se tratara exclusivamente, pero como veían en peligro sus mercancías, les encontré bravos como leones.

Resolvieron investirme de toda la autoridad, dejando al capitán, a quien obligaron a resignar el mando, libre de toda responsabilidad. Yo aproveché la buena voluntad general para escoger; entre los pasajeros que me parecieron más resueltos, cierto número de combatientes, encargando a los restantes la preparación de pólvora y proyectiles, bajo la dirección de un marinero que había sido artillero en un buque sardo, y del servicio de municionamiento durante el combate. Lo que no pude conseguir fue que Apostoli bajase con los últimos a los paños de municiones: por primera vez resistió tenazmente mi voluntad, declarando que por nada del mundo se separaría de mi lado mientras durase el peligro. Resolví, pues, tenerlo junto a mí, confiándole el cargo de ayudante.

Designados los puestos y libre el puente de gran parte del pasaje, tomé la bocina, símbolo del mando, y deseando saber de antemano cómo serían ejecutadas mis órdenes, la acerqué a mi boca y grité:

—¡Atención!

Cesaron como por encanto todos los ruidos y todo el mundo esperó, dispuesto a obedecer.

—¡Un hombre a las barras del juanete para espiar el viento! ¡Ropas y hamacas a la borda! ¡Las armas al puente!

Se destacó inmediatamente un hombre que trepó con agilidad de mono por la escala del palo mayor y se encaramó en el puesto indicado, mientras desaparecían otros por portas y escotillas para reaparecer segundos después cargados con sus hamacas y ropas que sujetaron a la muralla hecha de lona alquitranada, y el contramaestre, a quien había antes nombrado capitán de armas, disponía los fusiles en pabellones y colocaba en sitios convenientes las hachas de abordaje y los sables.

Cierto que la maniobra no fue prodigio de orden y precisión, más no lo es menos que la vi ejecutar con vivo placer y que me hizo concebir risueñas esperanzas. Miré sonriente a Apostoli, que estaba sentado al pie del palo mayor, quien interpretando lo que deseaba decirle, me correspondió, antes que le hablase, con una de sus habituales miradas dulces y tristes.

—¿Qué te parece, mi bravo hijo de Argos? —le dije—. ¿Vamos a batirnos griegos contra griegos, hermanos contra hermanos, Ática contra Mesenia?

—Desgraciadamente así es —contestó Apostoli—. Estamos condenados a destrozarnos mutuamente hasta tanto no nos reunamos en apretado haz contra el dueño común todos los que somos hijos de la misma madre y todos los que adoramos al mismo Dios.

—¿Crees que alboreará el día en que eso suceda? —pregunté con expresión de duda que no me fue posible ocultar.

—¿Que si lo creo? —exclamó Apostoli—. ¡Estoy de ello segurísimo! ¡Es imposible que la Panagia haya abandonado para siempre a sus queridos hijos! ¡Ah! —continuó el joven, animado el semblante y llameantes con el fuego del entusiasmo los ojos—. Cuando suene esa hora, que sonará, todos esos piratas, que hoy son la vergüenza y el terror del Archipiélago, serán su mayor gloria, su timbre más preclaro de honor; porque has de saber que no es su inclinación la que les incita a ser piratas, sino el despotismo que sufren, las miserias que padecen.

—¡Indulgente eres con tus compatriotas, Apostoli!

Interrumpí mi conversación con Apostoli para decir a la dotación, que esperaba mis instrucciones, las palabras siguientes:

—Que el capitán de armas nombre personal para el servicio de los dos pedreros y de la pieza de ocho y prepare en las vergas convenientes los

garfios de abordaje.

Dada la orden, me volví hacia Apostoli.

—Severo eres en demasía, John —me dijo—, pues, como todos los ingleses, juzgas siempre a los pueblos desde el punto de vista de la civilización europea. Tú no sabes, no puedes saber lo que venimos sufriendo desde hace cuatro siglos: nada es nuestro, de nada somos dueños: ni de la fortuna de nuestros padres, ni del honor de nuestras hijas. Tú no sabes, no puedes saber que únicamente disfrutaban de libertad esas águilas de la mar, provistas de rápidas alas, que caen sobre su presa y se retiran a sus nidos, colocados en sitios demasiado elevados para que el feroz despotismo turco se atreva a llegar hasta ellos. Y no creas que somos una excepción, no; que lo propio hacen todos los pueblos oprimidos: tiene España sus formidables guerrillas, la Calabria sus bandidos, la Magne sus kleftas, el Archipiélago sus piratas. El día que luzca la libertad, guerrilleros y bandidos, kleftas y piratas, serán honrados y pacíficos ciudadanos.

Sonreí con expresión de duda.

—Escucha, John, escucha mis palabras y grábalas en tu memoria, porque son una profecía que ha de tener cumplimiento exacto —repuso Apostoli, poniendo una mano sobre mi brazo—. Si te expatrías, si te decides a permanecer desterrado de tu patria, toma como a madre a Grecia, porque es caritativa, como todos los que han sufrido y sufren, y generosa como todos los pobres. Más tarde, cuando oigas, dentro de muy poco tiempo, resonar el grito de independencia de montaña en montaña y de isla en isla, serás tú el amigo, el hermano, el camarada de esos mismos hombres contra los que en este instante te aprestas a reñir fiera batalla, compartirás sus tiendas, beberás en su mismo vaso y comerás de su mismo pan.

—¿Y cuándo sonará ese feliz momento? —pregunté al profeta que con tanta confianza anunciaba el porvenir.

—¡Solo Dios puede saberlo! —contestó Apostoli, alzando los ojos al cielo—. Pero yo te aseguro que no tardará mucho, porque hace cuatro siglos que lo espera un pueblo entero, y cuanto más antigua es la opresión, más cerca está la libertad.

—Capitán... están cumplidas sus órdenes —anunció en aquel punto el contramaestre—, ¿manda usted algo más?

—Que el carpintero y el calafate, si es que lo hay a bordo, preparen, alrededor del casco del buque, cabos provistos de grapas y de cinturones; que preparen los tapones de madera, las pelotas de estopa y las planchas de plomo, y que no olviden los cestos y sacos, por si cae algún hombre al agua.

Medió un rato de silencio mientras ponían en práctica las nuevas instrucciones, y luego, cuando todo volvió a quedar tranquilo, pregunté al vigía:

—¡Eh! ¿Respira el viento por las alturas?

—No, señor —contestó el marinero—. No pasa ni una ráfaga. Si no nos lo trae aquella nubecilla negra que se distingue allá lejos, detrás de Scyros, temo que nos pasaremos sin él todo el día.

Volví mis ojos hacia el punto indicado por el marinero y vi apuntar en el horizonte una nubecilla que, desde el sitio donde yo me encontraba, parecía la cabeza de un escollo perdido en medio del otro mar inmenso que llamamos cielo. Rara nosotros, la nube representaba una esperanza: dada, la situación crítica en que nos encontrábamos, preferible mil veces era una tempestad que un combate, y a trueque de librarnos de este último, sin inconveniente y a cualquier precio que fuera nos hubiese convenido comprar el viento.

Por lo pronto, todo estaba en calma, la mar parecía un espejo inmenso, y excepción hecha de aquel puntito negro, imperceptible a todo ojo que no fuera de un marino, la mancha más pequeña no empañaba el hermoso azul del cielo.

—¿Cuánto tiempo calcula usted que tardarán en llegar a nuestras aguas al paso que avanzan? —pregunté al contraмаestre.

—Tres horas próximamente.

—Lo mismo creo. Tenga usted sobre los puentes y los castillos abundantes baldes llenos de agua dulce para que los combatientes puedan refrescar sus gargantas durante el combate. Como no nos sobran brazos, a fin de que nadie tenga que abandonar su puesto, designará usted dos hombres para que se encarguen de llevar los baldes a donde convenga.

—Está muy bien.

—Hermano —terció Apostoli—, si no me engaño, nuestro perseguidor varía el rumbo. Es posible que nos hayamos engañado, que nuestra alarma sea infundada, que no hayan pensado siquiera en darnos caza.

Tomé vivamente el anteojó y vi que, en efecto, si el supuesto pirata continuaba navegando en la misma dirección que acababa de tomar, nos pasaría a una o dos millas por popa. Había doblado, al parecer, el cabo, poniendo rumbo a Porto Petera, la antigua Methymne.

—¡Por mi alma que es verdad! —exclamé—. Declaro, Apostoli, que quisiera haberme equivocado, y con todas las veras de mi alma rectificaría mi opinión acerca de tus compatriotas.

Viendo que movía la cabeza el contraмаestre, después de escuchar mis palabras, pregunté:

—¿Qué piensa usted de esto?

—Pienso, capitán, que han visto lo que nosotros, el punto negro que asoma por aquella parte, que huelen el viento, y que quieren colocarse entre nosotros y Metelin a fin de evitar que nos escapemos de sus garras tomando tierra.

—¡Tiene usted más razón que un santo! No sé cómo no lo he adivinado enseguida, pues cosa es esa que salta a la vista. Sí, sí: su intención no puede estar más clara... ¿Nada de viento?

—Ni un átomo —respondió el contraмаestre.

—¡Pues que sea lo que Dios quiera!

Cuatro horas nos pasamos esperando, pues el rodeo que dieron los piratas fue parte a que nosotros ganásemos tiempo. Habían pasado por nuestra popa, a una legua próximamente de distancia, y descripto un semicírculo extensísimo para colocarse a babor de nuestro buque. Antes los teníamos a estribor. La distancia interpuesta entre los dos buques sería aún de tres millas cuando gritó el vigía:

—¡Una ráfaga!

Di un salto.

—¿De dónde viene? —contesté.

Con objeto de darme una contestación exacta, tardó el vigía algunos segundos en contestar. Sopló otra ráfaga, y entonces dijo:

—Oestesudoeste.

—¿Y bien? —preguntó Apostoli.

—Pues que no podía sernos más endiabladamente contraria, y que comienzo a creer que todo el infierno se ha declarado en contra nuestra.

—No digas semejantes cosas en el trance en que nos encontramos, hermano.

—¿Ha oído usted? —pregunté al contraмаestre.

—Sí, señor... demasiado bien.

—No nos queda más que una probabilidad de salvación: virar en redondo al primer soplo de viento que nos llegue, y huir a velas desplegadas, aunque hayamos de volver al sitio de donde hemos salido.

—Es imposible hacer esa maniobra sin recibir dos o tres andanadas, y hay que tener muy presente que, a la menor avería que nuestra arboladura sufra, caeremos en poder de los piratas gracias a sus malditos remos.

—¿Conoce usted algún otro medio de salvación?

—Ninguno, capitán —contestó el contraмаestre.

—Comprenda usted, pues, que el único que podemos intentar es el que propongo... ¡Eh... vigía! ¿Se hace ya constante el viento?

—Sí, señor.

—¡John! —gritó Apostoli—. El pirata enmienda otra vez el rumbo.

En efecto: pude ver que, sin más auxilio que el de sus remos y de su timón, viraba en redondo con tanta facilidad como pudiera hacerlo un botecito. Los piratas habían sorprendido nuestras intenciones y se aprestaban a ganarnos el viento.

—Sabe usted muy bien su oficio, capitán —me dijo el contraestre—; pero hay que confesar que nuestro enemigo conoce a maravilla el suyo.

—¡Bueno! —exclamé—. ¡Espero que le ganaremos en velocidad!... ¡Atención todo el mundo!

La contestación fue un grito unánime de toda la tripulación.

—¡Cargad la mesana y la vela mayor! ¡Izad hasta dejar muy tirantes los masteleros de sobremesana y la gavia mayor! ¡La barra del timón a sotavento! ¡Arriad los cabos de la gavia mayor, trinquete y bauprés! ¡Muy bien, hijos míos! Ya tenemos a *La Bella Levantina* virando, y dentro de un momento la veréis volar, cual hija bien educada que corre delante de su madre. ¡Orientad bien las velas de popa! ¡Cambiad el timón!... ¡Largad las escotas de los foques y del estay! ¡Muy bien!

—¡Marcha! —gritó a coro toda la marinería—. ¡Está marchando!

En efecto, después de retroceder algunas varas, el buque, impulsado por las dos últimas velas que yo había mandado desplegar, comenzó a obedecer al viento y, puesta la proa a Lemnos, volvía sobre la ruta que habíamos seguido ya. Miré entonces al buque pirata, que había maniobrado también mientras nosotros hacíamos nuestra evolución, y aparecía cargado con todas sus velas.

Navegaron ambas naves en línea casi paralela que debía coincidir en un punto dado. Todo era cuestión de velocidad, pero, de todas suertes, aun suponiendo que nosotros lográramos evitar el abordaje, habríamos de pasar forzosamente bajo sus fuegos.

Tan cerca estábamos del jabeque pirata, que sin necesidad de anteojo podíamos apreciar lo que en aquel pasaba, hasta en sus detalles más mínimos. Era un verdadero buque de presa; una nave prolongada como una piragua, de dos palos inclinados hacia adelante en ángulo de unos tres grados, con sus correspondientes velas latinas envergadas por su lado mayor a una antena mucho más larga que el palo. Como medios ofensivos, contaba el buque con dos cañones a proa y veinticuatro pedreros emplazados sobre cubierta. Los remeros, cuyas cabezas cubiertas con gorros griegos distinguíamos

perfectamente, estaban sentados, no sobre bancos, sino sobre los travesaños de las escotillas, y apoyaban sus pies en otros travesaños dispuestos en sentido opuesto. Como el viento era muy suave, sus remos les daban una ventaja enorme sobre nosotros, tanto, que hube de comprender que, por grande que fuera nuestra diligencia, habríamos de pasar fatalmente a tiro de pistola del jabeque latino.

Di las últimas órdenes que consistieron en colocar a estribor los tres únicos cañones con que contábamos, en distribuir entre la marinería y el pasaje fusiles, trabucos, hachas y sables, en hacer subir al puente algunas cajas de municiones y en mandar que subieran a las vergas una docena de hombres, a fin de poder hacer fuego de arriba abajo.

A los preparativos siguió un momento de silencio solemne y terrible. Mientras tanto, el punto negro de Scyros se había extendido sobre todo el horizonte meridional y amenazaba convertirse en tempestad deshecha. De vez en cuando llegaban hasta nosotros ráfagas intermitentes y caprichosas de viento pesado y asfixiante que, cesando de improviso, dejaba nuestras velas suspendidas a lo largo de los palos: olas gruesas, que parecía que se formaban en lo profundo del abismo para subir a la superficie, habían cubierto el mar de una sábana de agitada espuma; pero todos estos síntomas, que en cualquier otra ocasión nos hubieran preocupado, carecían de importancia para quien, como nosotros, se encontraba abocado a un peligro mayor.

Los dos buques se acercaban insensiblemente sin que ni el uno ni el otro cobrasen una ventaja decidida: mediaría entre ellos una distancia de una milla, y se divisaba perfectamente, sobre la cubierta del pirata, la dotación, que sería doble que la nuestra, haciendo los últimos preparativos para el combate.

La duda era ya imposible: eran piratas y estaban resueltos a atacarnos. Si alguna duda nos hubiera quedado, pronto nos habría sido forzoso disiparla, pues de repente vimos que se cubría de humo la cubierta de nuestro enemigo y al mismo tiempo, antes que el viento nos trajera entre sus alas el ruido de la detonación, cayó una verdadera lluvia de metralla a poca distancia de nuestro buque. Los piratas, impulsados por las ansias que de apresarnos sentían, habían calculado mal las distancias y hecho fuego desde muy lejos.

—Si usted me diera permiso, señor —me dijo el contramaestre—, por mi parte, toda vez que esos señores han tenido la dignación de saludarnos, no tendría inconveniente en devolverles la atención. Precisamente tenemos ahí —añadió, señalando con el brazo extendido la pieza de ocho— una personita admirablemente educada, y tan discreta, que muy contadas veces habla. Sin

embargo, cuando se decide a hacerlo, una palabra suya vale más que toda la charla que acabamos de oír.

—Tírele de la lengua, amigo mío —contesté—, pues a fe que tengo deseos de oírla hablar. Presumo que habrá sido usted el encargado de su educación y no dudo que, en las circunstancias delicadas en que nos encontramos, ha de hacer honor a su maestro.

—Las órdenes de usted espera nada más, señor: pero, como se precia de ser obediente, desea que se le den instrucciones.

—Haga usted que dirija sus palabras al casco: es lo mejor.

Apuntó el contraataca, y dijo:

—¡Fuego!

A la voz de majado siguió inmediatamente la ejecución: *La Bella Levantina* envió entre llamas, por uno de sus costados, un mensajero de muerte que fue a dar entre los remeros, siendo fácil advertir, por el desorden que ocasionó, que su elocuencia fue aprovechada.

—¡Bravo, maestro! —grité yo—. Su discípulo hace maravillas; pero supongo que no nos dejará con la miel en los labios.

—¡Ah, no, señor! —contestó el contraataca, que principiaba a tomar gusto a la cosa—. Rosalía, que es el nombre que le he dado, en honor a la patraña de Palermo, Rosalía se parece a mi difunta madre, que cuando soltaba la sin hueso no había manera de hacerla callar... ¿Qué hacéis ahí vosotros, mano sobre mano? ¡Cargad otra vez!

Mientras se cumplía la orden, los costados del jabeque latino despedían mares de humo, y como los dos buques se habían aproximado mucho, llegó al nuestro una verdadera granizada de hierro. Un hombre cayó precipitado desde las gavias al puente, caída que los piratas saludaron con estruendosos gritos de alegría.

La muerte, que había hecho una visita a *La Bella Levantina*, acababa de volver a bordo del jabeque montada en el proyectil que envió nuestro contraataca, arrancando imprecaciones de cólera a los que momentos antes aullaban de júbilo: el disparo, más certero que el anterior, había atravesado la muralla y despedazado a dos artilleros.

—¡Rosalía va de bien en mejor, amigo mío! —exclamé—. Pero veo ahí dos pedreros mudos como ostras: ¿es que han resuelto no dejarnos saborear las armonías de su voz?

—Todo se andará, señor, todo se andará. Cada cosa en su tiempo, que no tardaremos en quitarles la mordaza. *Patienza... patienza*, como decimos nosotros los sicilianos, que no por mucho madrugar amanece más temprano.

Parapetaos detrás de la muralla, amigos, pero enseguida, pues vamos a recibir visita.

Efectivamente: cruzó los aires un nuevo huracán de fuego que vino a caer silbando sobre el puente, matándonos otro hombre e hiriendo a dos o tres más.

Atronaron los aires nuevos *hurras* del jabeque, pero, repitiéndose lo de la primera vez, fueron interrumpidos por la descarga triple de nuestros pedreros y de la pieza de ocho. Vimos que caían tres remeros, que fueron inmediatamente reemplazados, y el combate continuó sin interrupción, más furioso y encarnizado que antes, pues el capitán de los piratas principió a temer que no llegaría a tiempo para abordarnos, contratiempo que intentaba evitar multiplicando sus órdenes y excitando a sus remeros desde el castillo de popa. El temor del capitán pirata, que en nosotros era convicción, nos daba nuevos bríos. En la lucha de los hombres quisieron tomar parte activa los elementos; saltó el huracán y comenzó a bramar el trueno. Este nos envió con sus bramidos ráfagas de aire que dieron gran impulso a *La Bella Levantina*.

—¡Animo, hijos míos, ánimo! —grité yo—. ¡Ya veis que hasta el cielo se pone de nuestra parte, que el huracán nos arrastra como por la mano! Poco daño nos han hecho hasta ahora, pues preferible es perder carne a perder madera.

—A cada puerco le llegará su San Martín, señor —replicó el contramaestre, apuntando sus piezas—. Cuando les hayamos rebasado será cuando nos tengan a pedir de boca, cuando dará principio el verdadero baile, pues podrán hacernos fuego con sus dos cañones de proa... ¡Fuego!

Las descargas de los dos buques fueron simultáneas, pero tal preocupación habían engendrado en mi ánimo las últimas palabras del contramaestre, que no presté atención a los efectos de ninguna de las dos. Oí a bordo algunos lamentos, miré en derredor y vi dos hombres que se retorcían en agonías de muerte. Inmediatamente llamé a dos marineros.

—Los muertos molestan en cubierta —les dije a media voz—, pues no solo estorban las maniobras, sino que desaniman a los vivos. Vais a recogerlos y bajarlos a los sollados, donde los arrojaréis a la mar por babor, a fin de que los piratas no vean la operación.

Los dos marineros fueron a cumplir la orden y yo volví mis ojos a nuestro enemigo.

Habíamos llegado al punto extremo de nuestra carrera, y conforme yo esperé, los primeros, pero nos encontrábamos tan cerca del buque pirata, que un hombre un poco vigoroso habría podido tirar una piedra desde uno de los buques al otro. Me pareció que era el momento de hacer entrar en funciones la

mosquetería, y mandé hacer fuego: en mis oídos resonó al mismo tiempo la voz del capitán pirata que daba la misma orden, y en aquel punto comenzaron a sonar las descargas, que no se interrumpieron ya.

Haciendo esfuerzos verdaderamente titánicos, lograron los remeros del jabeque colocarse a nuestra altura; pero, gracias al viento, que vino en nuestra ayuda, no tardamos en rebasarlos. Nos largaron entonces, desde unos cuarenta pasos de distancia, una descarga terrible, a la que respondimos como pudimos con nuestras tres piezas y nuestra fusilería. Seguidamente entró el jabeque en nuestra estela y dio comienzo la caza.

No habrían transcurrido tres minutos cuando oímos el estruendo producido por las dos grandes piezas de artillería enemiga. Uno de los proyectiles se hundió, casi a flor de agua, en nuestro castillo de popa, mientras el otro atravesaba toda nuestra arboladura, bien que sin causarnos otros daños que agujerearnos la cangreja, la mesana y el foque.

—Ha principiado el juego de bolas, señor —dijo el contraмаestre—. Esta puede sernos peligroso.

—¿Pero no podría usted trasladar la Rosalía a popa, y corresponderles, ya que no en su misma moneda, en otra equivalente? —pregunté.

—¡Ya lo creo! De ello nos estamos ocupando, como puede usted ver... ¡Vamos, mandria! —exclamó el contraмаestre, dirigiéndose a uno de los marineros a quien vio sacudiendo la mano derecha, cuyo pulgar se había aplastado—. ¡Ayuda a mover la rueda, y luego curarás esa caricia! ¡Así!... ¡Muy bien!

No había habido tiempo de cargar la pieza, cuando sonó otra detonación seguida de espantosos crujidos. Al mismo tiempo sonaron por todas partes voces de alarma que gritaban:

—¡Cuidado, capitán!

Levanté la cabeza y vi que el mastelero de sobremesana, partido un poquito por encima de la gavia de mesana, vacilaba y se tambaleaba como un árbol atacado por su base, se inclinaba luego, cediendo al peso de su velamen, y concluía por abatirse a estribor. Toda la popa quedó cubierta de telas, de maderas y de cuerdas, y el buque, falto de sus dos velas más importantes, de las que más falta le hacían para huir viento en popa, acortó bruscamente su marcha.

—¡Picadlo todo! —grité a voz en cuello, sin tomarme tiempo para llevar la bocina a mi boca—. ¡Picadlo todo, y a la mar!

Los marineros, comprendiendo la urgencia del caso, se lanzaron como tigres sobre las cuerdas y, utilizando sus hachas, sus sables y sus cuchillos, no

tardaron en cortar hasta el cabo que sujetaba el mastelero de sobremesana al palo mesana, y luego, reuniendo sus fuerzas, arrojaron por la borda mástiles pequeños, velas y cuerdas.

La maniobra fue ejecutada con rapidez maravillosa, pero, esto no obstante, hube de comprender la imposibilidad de evitar el abordaje. Tendí mis miradas en derredor y vi que habíamos sufrido grandes pérdidas. Tres o cuatro marineros yacían sin vida, otros tantos habían sufrido heridas graves, y no pocos, lesiones de menor importancia. Entre dotación y pasaje nos quedaban sobre veinticinco hombres útiles para la defensa. Di orden de que subieran a cubierta todos los que desde por la mañana se dedicaban a preparar cartuchos, y volviéndome hacia Apostoli, que ni un segundo se había separado de mí, le dije:

—Hermano mío: nos hemos resistido ya, y de consiguiente, es demasiado tarde para rendirnos. ¿Qué crees que nos sucederá si nos apresan?

—Nos fusilarán o colgarán de las antenas —contestó con tranquilidad el joven.

—¿No te parece que te perdonarán a ti, por tu condición de griego? Al fin y al cabo son compatriotas tuyos.

—Mi condición de griego es una razón más para que no me perdonen. Rara vez se da cuartel a quien implora gracia en la lengua del vendedor.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Como de la pureza de la Virgen.

—Pues bien: pide al contramaestre una mecha encendida, y cuando me oigas decir «¡ahora!», bajarás por la escotilla de popa, arrojarás la mecha al pañol de pólvora, y acabaremos de una vez.

—Perfectamente —me contestó con su voz dulce y sonrisa triste, con tanta tranquilidad como si acabara de darle una orden corriente—. Se hará.

Le tendí la mano, pero él se arrojó en mis brazos.

Seguidamente llevé la bocina a mi boca, empuñé un hacha de abordaje, y grité con todas mis fuerzas:

—¡Arriad las velas pequeñas!... ¡Subid unos cuantos a las vergas bajas y a los castillos!... ¡Toda la barra al viento, y todo el mundo preparado para el abordaje!

Ejecutada con rapidez la maniobra, *La Bella Levantina* dejó de huir para ofrecer el flanco al jabeque latino, el cual, avanzando al impulso de sus velas y de sus remos, clavó su bauprés en nuestra mesana y nos abordó de costado, destrozando, como consecuencia del choque, parte de nuestra muralla. Al mismo tiempo, cual al el contacto de los dos buques hubiera determinado una

conflagración general, se alzó una nube de humo, resonó una detonación espantosa, y *La Bella Levantina* sufrió convulsiones terribles que agitaron hasta sus costillas. Los piratas habían descargado, a quemarropa, sus doce pedreros. Por fortuna, como yo había visto los botafuegos, tuve tiempo de gritar:

—¡Boca abajo todos!

Se salvaron los que obedecieron mi orden, y perecieron barridos por la metralla todos los que no la oyeron. Cuando nos incorporábamos, vimos aparecer, a través de la nube de humo, un ejército de piratas, que parecía ejército de demonios, deslizándose a lo largo de sus vergas y pasando a nuestro buque por su bauprés, o sencillamente saltando. Ya no era ocasión de dar órdenes, ya no se podían seguir reglas: me puse al frente de los míos, y de un hachazo hendí la cabeza del primero que tropecé a mi paso.

Intentar trazar un cuadro que reflejara fiel y detalladamente la escena que siguió, sería intentar lo imposible. Todos entablamos combates aislados que terminaban con la muerte de uno de los contendientes. Había yo entregado mis pistolas a Apostoli, demasiado débil para servirse de un hacha o de un sable, y le vi matar a dos enemigos de dos pistoletazos. Me batía yo con la furia de la desesperación, como un insensato, pues estaba resuelto a no sobrevivir a nuestra derrota, muy fácil de prever, pero, esto no obstante, al cabo de un cuarto de hora de lucha gigantesca, después de haber tendido a mis pies cuanto encontré por delante, continuaba, por un milagro sin duda, sin haber recibido la menor herida.

Dos piratas cerraron a un tiempo mismo contra mí; tendría el uno diez y ocho años a lo sumo, y el otro unos cuarenta. El filo de mi hacha alcanzó al joven en la parte superior del muslo: el herido exhaló un grito y cayó. Libre de él, me lancé sobre el otro con ánimo de abrirle en dos la cabeza; pero él aferró con una mano el mango de mi arma, mientras con la otra me tiró una puñalada al costado. La punta del puñal se detuvo en mi bolsillo, lleno de oro, y temiendo entonces que repitiera el golpe, le eché los brazos al cuello. Al mismo tiempo, como observara que los piratas eran dueños de nuestro buque, busqué con la mirada a Apostoli, y con voz de trueno, grité:

—¡Ahora!

Apostoli desapareció por la escotilla de popa.

Era el pirata hombre de fuerzas gigantescas, pero yo me preciaba de ser en la lucha tan hábil como un atleta antiguo. Hermanos cariñosos que se encuentran tras larga separación no se han abrazado jamás tan estrechamente como nos abrazamos nosotros, no para darnos una prueba de cariño, sino para

ahogarnos. Formando un solo cuerpo, llegamos hasta el sitio en que la borda había saltado hecha pedazos por efecto de la colisión de los dos buques, y como en el ardor de la lucha, ni el uno ni el otro advirtiéramos la brecha, juntos caímos al mar, sin que nadie nos prestara la menor atención.

Apenas tocamos el agua, sentí que se desprendían los brazos del pirata; por mi parte, cediendo al instinto de conservación del que ningún hombre ha podido enseñorearse jamás, solté también a mi enemigo y, nadando durante algún tiempo entre dos aguas, vine a salir a la superficie una porción de pasos detrás de la popa de *La Bella Levantina*. Permanecí allí durante algunos segundos sin comprender cómo no había saltado ya, pues conocía bastante a fondo a Apostoli para abrigar el convencimiento de que ejecutaría mi orden, pero como nada nuevo pasara, supuse que mi pobre amigo habría perecido víctima de algún accidente. Los piratas eran dueños absolutos del barco; yo aproveché el crepúsculo para ganar el largo sin saber adónde iba, pero alejándome siempre, impulsado por ese instinto físico que nos mueve a retardar todo el tiempo posible la hora de nuestra muerte. Al cabo de poco, recordé que, en el momento en que el fuego del jabeque derribó nuestro mastelero de sobremesana, nos encontrábamos a la vista de la pequeña isla de Neoe, situada, si mis cálculos no eran errados, a dos leguas de distancia, poco más o menos, por el Norte.

Nadé en demanda de la isla mencionada, haciéndolo entre dos aguas todo el tiempo posible, con objeto de substraerme a la vista de los piratas, y no sacando la cabeza más que para respirar. No me valieron las precauciones, con ser tantas: dos o tres balas que salpicaron el agua junto a mi cuerpo me demostraron que había sido visto; no me alcanzaron, sin embargo, y muy pronto me encontró fuera de tiro.

No por ello mejoró gran cosa mi situación. Me tenía yo por bastante buen nadador para recorrer dos leguas con mar tranquila; pero bramaba el huracán, el oleaje era por momentos más grueso y violento, retumbaba el trueno sobre mi cabeza, y de tanto en tanto cruzaban el cielo relámpagos semejantes a serpientes colosales, iluminando el alborotado mar con colores azulados que le daban un aspecto aterrador. Únase a todo esto la molestia de los vestidos, que entorpecían extraordinariamente mis movimientos, siendo la prenda más pesada mi *fustanella*^[5] que estaba empapada, como todas las demás, pero que me pesaba de una manera horrible. Al cabo de media hora, sentí en mí tal decaimiento de fuerzas, que hube de convencerme de que estaba perdido irremisiblemente si no me desembarazaba de su molesto peso. Me tendí boca arriba, y a costa de esfuerzos titánicos, llegué a romper los cordones que

sujetaban mi *fustanella*; hice deslizar la prenda a lo largo de las piernas, y una vez libre de ella, me encontré con fuerzas bastantes para reanudar mi fuga.

Nadé por espacio de media hora más; pero la mar se encrespaba sin cesar a la par que penetraba el desfallecimiento en mi alma, pues comprendía la imposibilidad de resistir mucho la fatiga que me ganaba. No podía aspirar a cortar las olas, como hubiese hecho en circunstancias normales; me dejaba arrastrar por ellas, siendo de advertir que, cada vez que descendía de la cresta de las mismas, me parecía que era precipitado al fondo de un abismo insondable. A la luz de un relámpago que cruzó el cielo en el momento en que me encontraba sobre el lomo de una de aquellas montañas líquidas, distinguí por mi derecha, a una distancia enorme, el islote de Neoe. Falto de medios que me orientasen, había equivocado el rumbo, y me quedaba por recorrer casi tanta distancia como había recorrido ya. Mi desaliento llegó a su colmo. Intenté descansar nadando boca arriba, más no tardé en arrepentirme, pues hacían presa en mí terrores invencibles cada vez que me veía precipitado, cabeza abajo, al fondo de los valles sombríos y profundos que por momentos se hundían más.

Extraña opresión atenaceó mi pecho, zumbaban mis oídos, en mi cerebro resonaban golpes como de martillos manejados por manos de gigantes, mis movimientos eran bruscos, sin armonía, mis miembros se envararon, y sentía anhelos irresistibles de pedir a gritos socorro, no obstante estar bien convencido de que, perdido en la inmensidad del mar, nadie más que Dios podía oír mi voz. Brotaron en mi imaginación todos los recuerdos del pasado: vi a mi madre, a mi padre, a Tom, al señor Stanbow, a Jaime, a Bob, al señor Burke; vi cosas que eran resurgimientos de sucesos perdidos en el fondo de mi memoria, y vi otras que eran revelaciones del otro mundo. Ya no nadaba: rodaba de ola en ola cual objeto insensible, sin resistencia, sin voluntad. Varias veces me encontré bajo el agua, a cada paso saltaban las olas sobre mi cabeza. Al volver a la superficie, me parecía ver millones de chispas que bailaban danzas fantásticas delante de mis ojos: también veía el cielo, negro como el infierno y tachonado de estrellas rojas. Ya no callaba; pedía auxilio a grito herido, y creía oír voces que me animaban.

Al fin, se agotaron mis fuerzas. Enderecé el cuerpo hasta sacar fuera del agua de cintura arriba, y miré con terror en torno mío. Brilló un relámpago: en la cresta de una ola vi algo, semejante a una roca, que iba a caer precipitado a las profundidades donde yo me ahogaba. Al mismo tiempo oí pronunciar mi nombre, pero tan distintamente, que no podía ser ilusión. Quise contestar, y mi boca se llenó de agua. Me pareció que una cuerda me rozaba la cara: la

aferré con los dientes y luego con las manos. Alguien tiraba de la cuerda; me dejé llevar, sin resistencia, sin voluntad. Segundos después no sentía nada: estaba desvanecido.

Cuando volví en mí, estaba en un camarote de *La Bella Levantina* y vi a Apostoli sentado junto a mi hamaca.

VI

APOSTOLI me puso al tanto de lo sucedido: no le fue posible hacer volar el buque porque el capitán, que, según parece, había previsto mis intenciones, había anegado los pañoles de la pólvora. Subía por la escalera de la escotilla mayor con ánimo de reunirse a mí, cuando se encontró con los piratas que, dueños absolutos del buque, bajaban a la cámara del capitán conduciendo al joven que yo había herido. El pobre muchacho se desangraba y pedía a gritos un médico. La idea de salvarme, diciendo que yo era médico, surgió en el alma ardiente y llena de abnegación de mi amigo Apostoli, quien dijo que a bordo de *La Bella Levantina* había un médico que podría curar al herido si mandaban cesar la carnicería. Dos piratas subieron corriendo al puente y mandaron que, en nombre del hijo del capitán, cesara el combate, añadiendo que incurría en pena de muerte el que descargara un golpe más. Siguióles Apostoli con ansiedad, me buscó por todas partes y no me encontró. Los piratas ensordecían entonces el espacio lanzando gritos de alegría; su capitán, que había desaparecido durante el combate, trepó por una amarra y saltó sobre el puente bramando:

—¡Victoria!

Reconoció Apostoli al hombre con el que me dejara riñendo terrible lucha, y corrió a él para preguntarle qué había sido de mí. El pirata contestó que lo ignoraba, pero que me suponía ahogado, a lo que replicó Apostoli que yo era médico, y que solo yo podría salvar la vida a su hijo.

Desesperado el padre, preguntó a voz en cuello si alguien me había visto reaparecer: dos piratas contestaron que habían hecho fuego sobre un hombre que nadaba en dirección a la isla de Neoe; mandó el capitán que sin pérdida de momento fuera botada la chalupa al mar, fluctuando entre el deseo de ir a ver a su hijo y el de volar en mi busca, pero Apostoli le dijo que él se encargaría de buscarme, que era mi hermano de corazón y que, con la ayuda de la Virgen, me encontraría. Como consecuencia, el capitán bajo a la cámara donde estaba su hijo, y Apostoli embarcó en la chalupa. A la luz de los relámpagos, los hombres enviados en mi busca vieron flotar algo blanco y lo reconocieron: era mi *fustanella*.

Seguros desde aquel momento de encontrarse sobre mi pista, recobraron valor y esperanzas, y suponiendo que mi intención era ganar la isla, bogaron

en dirección a la misma. No se engañaron: al cabo de media hora, otro relámpago les permitió ver a un hombre que luchaba desesperadamente contra la muerte: dirigieron hacia él la chalupa, y parece que llegaron en el momento en que yo iba a desaparecer para siempre.

Acababa Apostoli de darme esta explicación, cuando se abrió la puerta de mi cámara para dar paso al capitán. Reconocí inmediatamente a mi adversario, aunque la expresión de su rostro no podía ser más diferente. Su aspecto era tan abatido como terrible y fiero fuera antes: ya no venía a mí como enemigo, sino como suplicante. Viendo que yo había recuperado las facultades, se precipitó desalado hacia mi cama y exclamó, en idioma francés:

—¡En nombre del Cielo... por Dios y por la Virgen, señor médico, salve usted a mi Fortunato, y pídame lo que quiera!

—Ignoro si podré salvar a tu hijo —contesté al pirata—; pero exijo, ante todo, que no caiga un cabello de la cabeza de ninguno de los prisioneros que has hecho: la vida de tu hijo me responde de la del último de mis marineras.

—¡Salva a Fortunato! —repitió el pirata—. ¡Sálvame, y con mis propias manos estrangularé al que ose tocar uno solo de los cabellos de los tuyos! Pero, a tu vez, necesito que me jures una cosa.

—¿Cuál?

—Que no abandonarás a Fortunato hasta que haya curado o muerto.

—¡Lo juro!

—Ven, pues.

Salté de mi cama y seguí al capitán a la cámara donde estaba el herido. Conmigo vino Apostoli.

De la misma manera que había reconocido al padre, reconocí también al hijo herido por mí. Era un joven de diez y ocho a diez y nueve años, guapo, arrogante, de negros cabellos y tez morena. Los labios del herido ofrecían un color violáceo; apenas si podía hablar, y hasta para quejarse encontraba gran dificultad: de tanto en tanto pedía agua, pues le abrasaba la fiebre.

Me acerqué, levanté la sábana que lo cubría, y le encontré anegado en sangre. La herida, situada en la parte superior y externa del muslo derecho, era longitudinal y tendría unas cinco pulgadas de extensión por una de profundidad. Me bastó verla para comprender que no debía haber interesado la arteria, lo que me hizo concebir halagüeñas esperanzas: además, sabía, yo que las heridas longitudinales son menos peligrosas que las transversales.

Hice que el herido se acostara boca arriba a fin de dar al miembro herido la posición horizontal, y lavé la herida con el agua más fresca que pudimos encontrar. Bien lavada la herida y contenida la hemorragia, apliqué hilas, pasé

una venda por debajo del muslo, crucé sus cabos, y tiré en sentido contrario hasta unir los bordes de la herida, que envolví finalmente con la venda, dejándola completamente cubierta. Hecha la cura, hice que levantasen al herido para cambiar el colchón y las sábanas empapadas en sangre, y mandé que, de hora en hora, exprimieran agua fresca sobre la herida. Por último, prescribí la dieta más rigurosa.

Casi seguro ya de que el herido pasaría la noche relativamente bien, pedí permiso al capitán para retirarme también yo, muy necesitado de reposo, como comprenderá el lector, después del día que acababa de pasar. Fuéme concedido el permiso, pero a condición de que, si el enfermo sufría algún accidente, me despertarían al momento.

Poco después me encontraba a solas con Apostoli. Hasta entonces no había podido apreciar en toda su extensión el cariño que me profesaba y su presencia de espíritu. Sin él, mi cadáver andaría a aquellas horas rodando de ola en ola, hasta que, encontrando a su paso alguna roca, se estrellase e hiciera pedazos para servir de pasto a los peces y a las aves ele rapiña. Nos abrazamos una vez más, como se abrazan los hombres a quienes reúne un milagro después de haberse separado para siempre. Luego le pregunté por la tripulación. Trece marineros y cinco pasajeros tuvieron la suerte de librarse de la carnicería; los heridos y muertos habían sido arrojados a la mar, figurando entre ellos el pobre contramaestre. En cuanto a nuestro capitán, se había defendido diciendo que *La Bella Levantina* hizo resistencia contra su voluntad, y probó que, en el momento decisivo, fue él quien salvó a todo el mundo, amigos y enemigos, anegando los paños de pólvora. Apostoli confirmó sus explicaciones, y el capitán salvó su vida. Tranquilo ya sobre la suerte de todos, me acostó y quedé, segundos después, profundamente dormido.

Desperté a eso de las dos; me acordé inmediatamente del herido, y aunque no habían venido a buscarme, lo que era prueba de no haberse manifestado complicaciones desagradables, salté de la cama y me dirigí a la cámara del capitán. Le encontré sentado junto al lecho de su hijo, a quien quiso velar personalmente. Él mismo humedecía su herida cada minuto. Su rostro, duro y terrible durante el combate, reflejaba ternura y ansiedad infinitas: ya no era un capitán de piratas, sino un padre amantísimo, un padre atribulado que temblaba por la vida de su hijo. Me tendió afanoso la mano, no bien me vio entrar, y me indicó, por medio de una seña, que guardara silencio a fin de no turbar el sueño tranquilo y reparador de su hijo.

Dormía el joven apaciblemente, limpio casi de fiebre por efecto tal vez de la enorme pérdida de sangre. Escuché su respiración: era débil, pero tranquila y regular. Diré de paso que no recuerdo haber visto cara tan perfecta como la suya: pálida y encerrada en el marco de sus negros cabellos, —parecía una de esas nobles cabezas que admiramos en los cuadros de Ticiano y de Van Dyck, y que creemos que no han existido nunca más que en la imaginación del artista—. Tranquilicé al padre, le di casi seguridad de que curaría a su hijo, pero aunque le insté mucho, no conseguí que se separara del lecho de Fortunato.

Volví a mi habitación, donde dormí hasta las ocho de la mañana, volviendo al levantarme a visitar a Fortunato. Había despertado y tenía fiebre, pero como era el curso natural que debía seguir su curación, no me inquieté poco ni mucho; dispuse que le dieran bebidas refrescantes y me fui a visitar a mi otro enfermo.

El estado de esto era mucho más alarmante. Sostenido durante el combate por una exaltación moral, y por el cariño fraternal que me profesaba mientras duraron los esfuerzos encaminados a salvarme, Apostoli había conseguido sobreponerse a su debilidad; pero el esfuerzo había concluido con sus energías. La noche anterior, momentos después de haberme yo separado de él, sufrió un acceso violento de tos que terminó con un vómito de sangre; vino luego la fiebre, y por la mañana se encontró tan débil, que ni siquiera intentó levantarse.

Mis conocimientos en medicina no llegaban a tanto que pudiera intentar atacar su mal. Ordené esas cosas indiferentes cuyo objeto único es hacer creer al enfermo que no se han perdido las esperanzas de salvarle, puesto que el médico continúa combatiendo la enfermedad, y quedé haciéndole compañía, pensando que más bien le haría la distracción que los remedios de la ciencia.

Entonces fue cuando se me reveló por entero aquella alma de ángel en la cual no anidaba un pensamiento que santo no fuera. Por una de esas gracias que Dios concede sin duda a los infelices atacados de la terrible dolencia llamada tisis, no abrigaba el infeliz el menor presentimiento de su próximo fin, y se creía atacado por una de esas fiebres, que en Grecia son tan comunes, que uno contrae sin saber dónde y que desaparecen sin que nadie pueda decir cómo. Todo el día me lo pasé a su lado, y él no me habló más que de su madre, de su hermana y de su patria. Ningún otro amor había desecado todavía en su corazón sus amores primitivos: era su alma un hermoso lirio que se abría fresco, lozano y lleno de suave perfume.

Por la tarde subí al puente. Los dos navíos, reparadas en lo posible sus averías, navegaban en conserva, bordeando, unas dos leguas mar adentro, una costa que yo había visto cuando nos acercamos a Esmirna para tomar a lord Byron, y que creí sería la de Scio. ¡Cuántos y cuán extraños acontecimientos me habían sucedido desde aquella época, y cuán lejos estaba yo de pensar que me sucedieran cuando, cinco o seis meses antes, había pasado por aquellos mismos sitios a bordo del *Tridente*!

A los primeros pasos que di por cubierta, observé que era objeto de respeto por parte de la nueva tripulación, la cual, tomándome por médico de grandes y profundos conocimientos, me testimoniaba, conforme a la moda de Oriente, la más alta veneración. No vi un solo viajero de *La Bella Levantina*, de lo que inferí que todos habían sido transbordados al buque pirata.

Volví a ver a Apostoli al cabo de una hora. Le encontré más tranquilo. Tuve buen cuidado de no decirle que debíamos haber pasado a Scio, y por lo tanto, a Esmirna. Verdad es que tampoco él me preguntó nada acerca del rumbo que seguíamos: no parecía sino que le era indiferente la ruta que llevase sobre la tierra aquel alma que volaba al cielo en derechura.

La noche fue muy movidita, cómo suele tenerlas con frecuencia el mar del Archipiélago. El balanceo molestó extraordinariamente a los dos enfermos, agotando sus fuerzas... y casi las mías, pues hube de distribuir las interminables horas de aquella entre uno y otro. Al fin, decidí decir a Constantino, que este era el nombre del capitán pirata, que era preciso tomar tierra cuanto antes. El pirata cambió algunas palabras con su hijo y subió seguidamente al puente, con objeto, sin duda, de saber dónde estábamos. Habiendo visto que doblábamos la punta meridional de Scio y que habíamos arribado, poco más o menos, a la altura de Andros, me contestó que al día siguiente fondearíamos en Nicaria. Corrí a llevar la nueva a Apostoli, quien la recibió con su sonrisa habitual, diciéndome que tenía esperanzas de que la tierra firme le sentaría bien.

Era el día en cuestión el tercero transcurrido desde que Fortunato recibió la herida, y de consiguiente, había llegado el momento de levantar el apósito. Me disponía yo a hacerlo, cuando Constantino interrumpió mi operación para rogarme que le permitiera retirarse. Aquel hombre sanguinario, aquel hombre habituado a escenas de carnicería, aquel águila de mar que se había pasado la vida entera combatiendo, no se atrevía a presenciar la cura de su hijo: ¡contradicción extraña entre el sentimiento y la costumbre! Accedí a su deseo, subió el pirata al puente, y yo quedé solo con Fortunato y el joven pirata que me habían asignado como criado.

Levantado el apósito, encontré la herida un poquito inflamada. Extendí cerato sobre las nuevas hilas, volví a vendar la herida con las mismas precauciones que la vez primera, y dispuse que la humedecieran con agua mucilaginosa. Hecha la cura, subí al puente para manifestar a Constantino que la herida de su hijo había entrado en camino de franca curación.

Le encontré con Apostoli, quien, sintiéndose un poquito mejor, había querido subir a respirar el aire fresco de la mar. Estaban los dos en la parte de proa, fijas sus miradas en el horizonte, por donde comenzaba a brotar, semejante a un escollo, la isla de Nicaria, término por entonces de nuestro viaje. A la izquierda se veía Samos, que casi se confundía con el mar a causa del verde de sus olivares. Constantino, no bien escuchó mis primeras palabras, corrió jubiloso a ver a Fortunato, dejándome solo con Apostoli.

Era la primera vez que le veía a la luz del sol después del combate. Confieso que, no obstante suponerle muy desmejorado, me asustaron los estragos que los tres días anteriores habían causado en su persona. Verdad es que aquellos tres días habían reunido y precipitado sobre él, en el lapso de breves horas, las emociones de todo un año. Sus pómulos estaban más salientes, como inflamados, sus ojos se habían agrandado muchísimo, y sudores eternos inundaban la raíz de sus largos cabellos.

—Ven acá, Esculapio —me dijo sonriendo—, que quiero mostrarte la isla que ha de servir de emplazamiento al templo que vamos a construirte, luego que nos hayas curado, Fortunato y yo. Cierto que la isla, hablando con verdad, no es más que un peñasco; más debes tener en cuenta que los dioses modernos, por lo mismo que pasan tan presto, han de ser menos exigentes que los dioses antiguas.

—¿Cómo llamas a la isla donde quieres hacerme adorar?

—¡Ah! Puedes estar tranquilo, que no te fatigarán mucho los homenajes que de los hombres recibas. En tiempo de Strabón estaba ya desierta. En cambio, escucharás noche y día los murmullos de la mar, te visitarán los alciones de Delos y de Meconi, y de vez en cuando, algún pirata, que no se atreverá a echar su ancla en el puerto de una ciudad populosa, y cuyo hijo querido habrá recibido cruel herida en algún combate, llegará misteriosamente, ganoso de dirigir una plegaria a la Virgen y otra a ti. Andando el tiempo, alboreará un día en que serás testigo de un espectáculo grandioso, sublime, el espectáculo de todas estas islas que nos rodean ardiendo y luciendo como faros. La cruz de fuego habrá sido vista por tercera vez sobre Constantinopla, habrá resonado de montaña en montaña el grito mágico de independencia, cuyos ecos llegarán desde Albania hasta el cabo

San Ángel, desde el golfo de Salónica hasta Candía. Verás entonces que surcan la mar, veloces como, aves de largas alas, muchos buques, en cuyas cubiertas hormiguearán, no piratas, sino soldados; resonarán en tus oídos gritos de desesperación y de muerte pero no serán los esclavos de hoy los que lancen esos gritos supremos. De mí puedo decirte —continuó Apostoli, sonriendo con dulzura infinita—, que si debo morir lejos de mi patria, no ambicionaría otra cosa que cualquiera de esos féretros que ostentan un nombre escrito desde hace dos mil años, a fin de que, si mi cuerpo no ha podido contribuir como actor a esa regeneración tan ardientemente esperada, pueda mi sombra, por lo menos, asistir a ella como espectadora.

—¿Cómo se llama la graciosa sibila de dulces palabras que te ha prometido resurrección semejante, pobre hijo de tiempos que ya pasaron?

—Me lo ha prometido una sibila que jamás cesó de dar oráculos; una sibila cuyo templo no se alza en Dodona, ni en Delfos, sino en los corazones de todos los hombres: ¡una sibila que se llama Esperanza!

—Más engañadora es la sibila que acabas de nombrar que las otras, querido Apostoli, pues ni en hojas escribe sus predicciones, sino en nubes. El viento dispersa, las hojas arrancadas de sus tallos, pero es posible encontrarlas luego si se las busca bien; pero a las nubes, las deshace, las funde con el azul del cielo, donde se mezclan con las tempestades, y donde se borran sin que hombre alguno logre jamás encontrarlas.

Apostoli me miró un buen espacio sin despegar los labios.

—Dichoso debes ser, John, cuando no crees —replicó al fin, sonriendo como de costumbre—. El infortunio extremo linda con la dicha, de la misma manera que la dicha extrema linda con el infortunio. ¿Ves allá a Samos? —repuso, extendiendo el brazo en dirección a la mayor de las dos islas hacia las cuales nos dirigíamos—. Allí vivió Polícrates, el hombre que había sido siempre feliz. Cuantas veces hizo la guerra, volvió con los laureles del triunfo: era dueño de cien naves de cincuenta remeros, y obedecían sus órdenes mil arqueros, los más valientes, los más diestros de toda la Grecia: se había apoderado de gran número de islas y de muchas ciudades del continente, había vencido en un combate naval a los lesbios y hecho abrir a sus prisioneros un foso profundísimo, cuyas huellas podrás ver hoy, que rodeaba toda su ciudad. En Grecia, cuando se quería ponderar la felicidad completa de un hombre cualquiera, se decía que era tan feliz como Polícrates. Pues bien: cuando había llegado al último límite de la prosperidad, recibió una carta de Amasis, rey de Egipto, antiguo aliado suyo, la cual estaba concebida en los términos siguientes:

«AMASIS ESCRIBE A POLÍCRATES LO QUE SIGUE:

»Dulce es saber que un amigo, que un aliado, disfruta de dicha completa, y sin embargo, éxitos tan constantes como los tuyos no pueden agradarme a mí, que sé cuán celosa es la divinidad. Yo deseo, para mí y para las personas que de veras quiero, éxitos unas veces, reveses otras, y prefiero que la vida sea una sucesión de bienes y de males, a que se deslice en un mar de dicha sin mezcla, de felicidad no interrumpida, pues no sé de nadie, ni jamás oí de nadie, que habiendo visto logradas todas sus aspiraciones, no haya venido a llorar el naufragio total de su fortuna. Si en algo estimas mi amistad y mi alianza, desde hoy combatirás tú mismo tu prosperidad, y para ello harás lo que voy a decirte: Verás lo que posees que te sea más precioso, aquello cuya pérdida habría de producirte más viva aflicción, y procurarás por todos los medios perderlo, aniquilarlo. Si puesto en práctica el medio que te propongo, continuaran repitiéndose los sucesos en tu favor, sin alternativas de bien y de mal, recurrirías, para remediarlo, al medio que acabo de indicarte cuantas veces fuera necesario».

Tal fue la carta que Amasia, faraón de Egipto, dirigió a Polícrates, tirano de Samos, carta que sumió a este en profundas cavilaciones, que le movieron en definitiva a seguir el consejo dado por su amigo y aliado. El más precioso de los objetos que poseía, lo que más quería en el mundo, era un anillo de oro en el cual había engarzada una esmeralda grabada por Teodoro, hijo de Teleclas, y de consiguiente, resolvió desarmar a los dioses sacrificando el anillo. A ese efecto, mandó equipar una de sus naves de cincuenta remos, embarcó en ella, se hizo llevar a alta mar, y, llegado allí, a la vista de todo el mundo, arrojó el anillo a las ondas. Puso a continuación proa a Samos, y, encerrado en su palacio, su hermosa esmeralda perdida arrancó a sus ojos las lágrimas primeras que jamás humedecieran sus párpados.

Algunos días después, un pescador solicitó la gracia de ser recibido por Polícrates, a fin de ofrecerle un pescado magnífico y desconocido que acababa de quedar prendido en sus redes. Polícrates cedió a la curiosidad de ver la maravilla, permitió que el pescador llegara hasta él, y escuchó las palabras siguientes, pronunciadas por su visitante a tiempo que depositaba el pescado a los pies del rey:

—Aunque solo del trabajo de mis manos vivo, no he querido enviar al mercado este pescado: me ha parecido digno de ti, y ahí le tienes: te lo regalo.

—Ni has podido hablar mejor, ni obrar con más acierto —respondió el rey—. Te quedo doblemente reconocido: por lo que dices, y por lo que haces. Lleva ese pescado a mis cocineros, y ven esta noche a cenar conmigo: te convido.

Obedeció el pescador, y se fue para volver aquella noche; mas, antes que esta cerrara, el cocinero había presentado a Polícrates el anillo de oro arrojado a la mar, que había encontrado en el vientre del pescado, circunstancia que, tan pronto como llegó a noticia de Amasis, fue causa de que este escribiera a Polícrates, para decirle que rompía la alianza que les había unido, a fin de evitarse el pesar que le producirían las desventuras que necesariamente habrían de sucederle.

—¿Pero qué prueba eso, hermano? —repliqué riendo—. Sencillamente que vivían por aquella época, como viven en nuestros días, hombres que no saben soportar la mitad de la dicha de un amigo, y que Amasis era un bribonzuelo a quien fue una lástima que Cambises no cortara las orejas.

—Pero es lo cierto que el faraón egipcio tenía razón. Un día, dos capitanes de Ciro, llamados Oretes y Mitrobates, se encontraron juntos frente a la puerta del palacio, y disputaron sobre quién de los dos entraría primero. En el curso de su disputa, cada uno de ellos exaltó sus propios méritos y rebajó los de su rival. Yo no sé qué defectos achacó Oretes a Mitrobates, pero sí los que el último echó en cara al primero. Escúchalos:

«Necesitas toda tu desaprensión para contarte en el número de los capitanes de un rey tan grande como el nuestro, cuando ni siquiera has sabido ofrecerle esa isla de Samos que linda con tu provincia. Y cuenta que se trata de una isla tan fácil de someter, que Polícrates, sin más fuerzas que los brazos de quince hombres armados, ha encontrado la manera de erigirse en su rey».

El reproche era tanto más terrible cuanto que no podía ser más cierto.

—Aquel día mismo, Oretes decidió apoderarse de Samos, costase lo que costase; y a ese efecto, habiendo sabido que Polícrates soñaba con el dominio del mar, le envió a Myrsas, hijo de Gyges, con un mensaje así concebido:

«ORETES A POLÍCRATES:

»Sé que has formado grandes proyectos; pero como me consta también que careces de dinero para llevarlos a cabo, te ofrezco un medio de aumentar tu poderío y, al propio tiempo, de salvarme la vida.

Cambises amenaza mis días, y me han avisado de los designios que en contra mía abriga. Te propongo que vengas a buscarme, a fin de llevarme lejos de aquí, a mí, y todas mis riquezas. De estas, una parte pasará a ser tuya, y me permitirás que yo goce del resto. Puedo asegurarte que la parte que te cedo basta y sobra para hacerte dueño de toda la Grecia. Si dudas sobre la existencia e importancia de mis tesoros, puedes enviar una persona de confianza que podrá verlos».

»Polícrates envió a Meandrio, uno de los principales ciudadanos de Samos, y Oretes le enseñó ocho grandes cajas llenas de piedra, ocultas bajo una capa de lingotes de oro. El enviado, vistas las cajas, volvió a decir a Polícrates lo que había visto.

»Decidió entonces Polícrates ir en persona a Magnesia. En vano intentó oponerse su hija, refiriéndole el sueño que había tenido, durante el cual vio el cuerpo de su padre lavado por Júpiter y ungido por el sol: todo fue inútil: el oro le había desvanecido; sus días de prosperidad habían llegado a su término. Salió de Samos y remontó el Meandro, llevando consigo a Democedes, hijo de Callifonte, su médico, del que jamás se separaba, y numeroso séquito de cortesanos y de servidores. Llegado a Magnesia, fue encarcelado y crucificado por Oretes, realizándose en la cruz el sueño de su hija, pues lavó su cuerpo Júpiter, que derramó sobre él el contenido de las nubes, y lo ungió el sol, que le secó con sus rayos.

»Pues bien: nuestro infortunio es tan grande, como grande fue la felicidad de Polícrates. Bien cierto es que, si arrojáramos a la mar el látigo con que despiadadamente nos azotan, no faltaría un pez que lo llevase de nuevo a manos de nuestro amo. Nada presagia nuestra dicha, como nada presagiaba el infortunio de Polícrates; pero pudiera ser que a estas horas estén disputando frente a las puertas del palacio del sultán Mahmoud un visir y un pachá, y que uno de ellos tenga necesidad de nuestra libertad para salvar su cabeza. ¿Quién nos traerá la resurrección? Lo ignoro: pero vendrá antes de mucho, John, créeme, y ojalá puedas ser tú uno de los que caminen guiados por sus resplandores».

Confieso que no dejaron de producirme impresión aquellos oráculos. Siempre he tenido fe en las predicciones de los moribundos, porque quien se encuentra muy cerca de la tumba necesariamente ve algo de lo que hay más allá de la misma, y quien toca los linderos de la eternidad, forzosamente ha de deletrear el porvenir.

Mientras evocábamos estas tradiciones de la antigüedad, nos habíamos acercado a tierra, y estábamos dentro de un puerto pequeño donde los dos

buques encontrarían excelente fondeadero.

Apenas anclados, los piratas transportaron a tierra dos tiendas de campaña, que alzaron a cierta distancia entre sí, la una al borde de un arroyuelo, la otra a la sombra de los árboles de un bosquecillo. Juntamente con las tiendas, llevaron a tierra cojines y tapices, con los cuales prepararon lechos para los enfermos, colocándolos en forma que aquellos pudieran disfrutar de la vista de Samos, sobre la que se alzaba el pico azulado del monte Micalé, colocada entre Efeso y Milet, o, mejor dicho, entre los terrenos que sirvieron de emplazamiento a las mencionadas ciudades. Alrededor de las tiendas emplazaron los piratas su campamento.

Terminados estos preparativos, fue llevado Fortunato a tierra y colocado en una de las tiendas, siendo la otra cedida a Apostoli. Seguidamente me obligaron a jurar por segunda vez que no intentaría huir antes que Fortunato estuviera completamente curado, después de cuya formalidad me dejaron dueño absoluto de mis actos. El juramento era inútil, pues he de hacer constar que por nada del mundo me hubiese separado de Apostoli.

No era de temer el fresco de la noche en aquel paraje delicioso, cuya temperatura no había variado desde que Atenas vio florecer en él dos veces al año las vides y recogió dos cosechas de uvas. De ello estaba yo seguro; pero quise convencerme más y más durmiendo en la tienda de Apostoli mientras Constantino lo hacía en la de Fortunato. En cuanto a los piratas, la mitad permanecían a bordo, y la otra mitad estaban acampados a nuestro alrededor.

Al día siguiente, Constantino envió a Sainos una barca para que nos trajera víveres y frutas secas. Yo pedí que compraran una cabra para Apostoli, favor que fue otorgado en el acto con gran contentamiento mío, que, desde aquel día, pude alimentar con leche al enfermo.

Fortunato mejoraba rápidamente de su herida, que comenzaba ya a cerrarse por el centro y prometía una cicatrización pronta. Mi tranquilidad era completa por su parte, pero no ocurría lo propio con Apostoli, quien todas las noches se acostaba con fiebre y todas las mañanas se levantaba más débil. Al principio, el deseo de ver la puesta del sol nos llevaba con frecuencia a la cima de una colina de escasa elevación que era el punto culminante de toda la isla, más pronto resultó demasiado pesada para el enfermo aquella excursión, con ser tan breve. De día en día eran sus paseos más breves, de día en día se sentaba en un punto más próximo al de partida, hasta que, al fin, concluyó por no alejarse de la puerta de la tienda. Al quedar como encadenado a ella, comenzó a darse cuenta de lo extremo de su estado.

Era Apostoli uno de esos hombres que saben despertar en todas las personas que les rodean sentimientos dulces, afectos tiernos, de lo que resultaba que todo el mundo le quería y le compadecía. Seguro estaba yo de que bastaría rogar a Constantino que le dejase volver a Esmirna para que tuviera el consuelo de morir en brazos de los suyos, y no me engañé: el pirata, lejos de oponer el menor reparo, me ofreció, en vista de que la travesía era muy corta, conducirle en una barca hasta Theos, desde donde fácilmente sería transportado a Esmirna. Me apresuré a comunicar a Apostoli la agradable nueva, pero con no poco asombro por mi parte la recibió con gran frialdad.

—¿Y tú? —me preguntó.

—¿Cómo, y yo?

—¿Me acompañarás, hermano?

—No lo he pedido a Constantino.

Apostoli sonrió con tristeza.

—¡Ah! —repuse yo con vivacidad—. Cree, hermano, que si no lo pedí, fue porque de antemano estaba seguro de que me negaría el favor.

—Pídeselo antes, y luego veremos qué hago yo.

Corrí adónde estaba el pirata, formulé mi pretensión, y Constantino fue a consultar a Fortunato. Muy pronto volvió para decirme que le había empeñado mi palabra de no dejar a su hijo hasta tanto que este estuviera completamente curado, y que, como aquel continuaba tendido en el lecho del dolor, no podía darme permiso para marchar.

Llevé la contestación a Apostoli. Reflexionó este durante breves instantes, me tomó luego las manos entre las suyas, y obligándome a sentarme a su lado —dijo:

—Escúchame, hermano: si yo hubiese podido, al dar a mi madre el adiós postrero, dejarle otro hijo que me reemplazara, y un hermano a mi hermana, lo habría hecho con vivo placer, pues hubiera creído que, dándoles más de lo que perdían, sería obra de breves días consolarse: pero, como quiera que eso es imposible, me parece preferible librarlas del dolor de ser testigos de mis momentos últimos. He visto morir a mi padre, John, y sé lo que es esperar un día y otro día, una hora y otra hora, una curación que no viene ni puede venir, y una muerte que tarda en llegar. Más larga y terrible es la agonía del que ve que la misma del que sufre. Todas mis energías desaparecerían a la vista de su dolor. Allí moriría bañado por las lágrimas de mi madre; aquí moriré consolado por la sonrisa de Dios. Además, muriendo aquí, mi pobre madre podrá disfrutar de algunas horas más de tranquilidad... Hasta se me había ocurrido una cosa... ocultarle mi muerte, hacerle creer que estoy viajando,

dejarte cartas escritas por mí, que periódicamente harías llegar tú a sus manos, como si yo perteneciera aún al mundo de los vivos. Mi madre tiene muchos años, sufre achaques, y acaso no fuera imposible dejarla en tan dulce ignorancia hasta el instante en que, tendida sobre su lecho de muerte, se le pudiera decir que, lejos de ir a separarse de mí, iba a reunirse conmigo. No me atrevo, John, a tanto: he considerado que es demasiado duro y extraño que mienta un muerto, y he desistido ya de realizar idea semejante.

Me arrojé en sus brazos.

—¿Por qué das entrada en tu mente, mi querido hermano, a pensamientos tan tristes? —exclamé—. Eres joven, vives en un país de ambiente tan suave, de naturaleza tan hermosa, que la dolencia que te aqueja, mortal en los climas de Occidente, apenas tiene importancia aquí. No pensemos en la muerte, sino en la curación. Más adelante, cuando te hayas restablecido, iremos juntos a ver a tu madre, que, en vez de un hijo, tendrá dos.

—¡Gracias, hermano, gracias! —contestó Apostoli con sonrisa de ángel—. Con toda el alma agradezco tus piadosas frases, pero es en vano que intentes engañarme. ¿Dices que soy joven?

Intentó levantarse y cayó rendido.

—Ya lo estás viendo —repuso—. ¿Qué importa que no tenga más que diez y nueve años, si mi debilidad es mayor que la de un viejo? Vivo en un país de ambiente suave y delicioso, de naturaleza hermosa, y sin embargo, el ambiente que respiro abrasa y reseca mi pecho, y esa Naturaleza tan hermosa comienza a no impresionar mi retina. De día en día, hermano querido, se hace más espeso el velo interpuesto entre mi vista y los objetos que me rodean; de día en día pierden estos su forma y se hace más indeciso su color. Pronto, muy pronto, el sol más esplendoroso me parecerá un crepúsculo, y desde el crepúsculo pasaré insensiblemente a la noche. Cuando eso suceda, necesito, John, que me prometas cumplir punto por punto lo que voy a pedirte.

Por medio de un movimiento de cabeza le indiqué que podía hablar, pues me hubiese sido imposible articular palabra a causa de los sollozos que se agolpaban a mi garganta.

—Después que haya muerto —me dijo—, cortarás mis cabellos y sacarás este anillo de mi dedo. Los cabellos serán para mi madre; el anillo para mi hermana. Tú serás quien les lleves la noticia de mí muerte, porque sabrás comunicarles tan triste nueva con palabras más cariñosas y dulces que ningún otro. Entrarás en la casa como los mensajeros antiguos: llevando en la mano un ramo de verbena, y, como ellas no habrán oído hablar de mí en mucho

tiempo, como ignorarán qué ha sido de mí, comprenderán al verte que he muerto.

—¡Todo lo que quieras haré; pero no me digas lo que me estás diciendo, si no quieres hacerme morir! —exclamé.

Me era imposible contener los sollozos, y antes que darles salida, me levanté moviendo la cabeza, resuelto a retirarme.

—No me dejes, ni te aflijas de esa manera. Sabes muy bien que morimos para resucitar, y que nosotros, los griegos, por inmortales nos hemos tenido siempre, hayan sido los que hayan sido nuestros dioses. Con un intervalo de mil años entre uno y otro, Orfeo y San Jerónimo nos han dejado, en la misma lengua, himnos dedicados a Pintón y plegarias dirigidas a Jesucristo.

Sin esperar mi respuesta, comenzó, en su hermosa y musical lengua, el antiguo himno a Plutón:

«¡Magnánimo Plutón! Tú, que recorres los sombríos espacios de los infiernos, el Tártaro tenebroso y las inmensidades silenciosas veladas por las tinieblas, dispénsame tu protección, que imploró, ofreciéndote un don favorable. Tú, que envuelves por todas partes a la tierra que lo produce todo; tú, en cuyas manos puso la suerte el imperio del Averno, morada de los inmortales y paradero definitivo de los hombres; tú, cuyos derechos se fundan en las prodigalidades de la Muerte; dios poderoso que, vencido por el Amor, raptas a la hija de Ceres que se solazaba en una pradera florida, y te la llevas en tu carro a través de las azuladas llanuras de la mar hasta el antro de Athides, donde están las puertas del Averno; dios que sabes todas las cosas conocidas y desconocidas, dios poderoso, dios ilustre, dios santísimo, a quien agradan las alabanzas y el culto sagrado que rinden en tus altares, sé me propicio, escúchame benigno, Plutón, te lo suplico, ¡oh, divino Plutón!».

Me sería imposible traducir con palabras los sentimientos que brotaron en mi alma al soplo de la plegaria dicha por el descendiente de Agamenón en la lengua de Orfeo. Parecíame que había retrocedido dos mil años en el camino del mundo para asistir a la expiración de la vida de algunos de aquellos filósofos griegos cuya vida y muerte eran y son una enseñanza. Todo contribuía a dar visos de realidad a la ilusión; todo, hasta la banda de piratas acampados en la isla de Ícaro, semejantes a bandada de aves marinas fatigadas que esperaban el fin del canto del cisne para alzar de nuevo el vuelo en demanda del picacho donde tenían el nido.

El sol se hundía en aquel momento entre las islas de Andros y de Tenos, y sus rayos postreros iluminaban tan vivamente el horizonte, que se distinguían perfectamente las cabañas de los pescadores sembradas sobre las márgenes de

Samos, distantes cinco leguas. Volví mi cara hacia Apostoli, y en mi deseo de distraerle, le dije que admirara el soberbio paisaje que ante nuestros ojos se extendía.

—Sí —me contestó—; tú admiras todo eso, y yo... yo también lo veo con los ojos del alma, pero no con los del cuerpo, porque entre el paisaje y mis ojos hay un velo que no se desgarrará hasta mañana. Mañana sí; mañana veré, no ya solo las cosas que existen ahora, sino también las que existieron hace mucho tiempo y no existen ya, y las que existirán un día. ¡Créeme, John! El que muere fortalecido por esta fe, es mil veces más feliz que el que vive sin creer.

—No creo que digas por mí lo que acabas de decir, hermano Apostoli —contesté—; porque si es verdad que nuestras religiones respectivas difieren en algunos de sus dogmas, no lo es menos que fui educado por una madre creyente y piadosa, de la cual... ¡triste de mí! acaso estoy separado más para siempre que tú de la tuya... También yo creo, hermano; también yo espero.

—Pues bien, hermano; te pediré otro favor: quisiera tener a mi lado un sacerdote. Buega de mi parte a Constantino que venga a verme: tengo que pedirle esa gracia... y muchas otras cosas.

—¿Qué deseas pedir a ese hombre? Reflexiona que todo lo que pidas a cualquiera que no sea yo, es un robo de que me haces víctima.

—Quiero pedirle la libertad de los infortunados marineros y de los pobres pasajeros que tiene cautivos: quiero suplicarle que el día de mi muerte sea el de la libertad para ellos, a fin de que sean muchas las personas que me bendigan, a fin de que no solo ellos, sino también los seres que les sean queridos, nieguen por el alma de quien los libertó.

—¿Confías que te concederá esa gracia?

—Ayúdame a entrar en la tienda, John, pues encuentro la temperatura demasiado fresca, y luego irás a buscarle y me lo traerás.

Ayudé a Apostoli a llegar hasta su lecho, pues era tal su debilidad, que no podía sostenerse en pie, y seguidamente fui a buscar a Constantino, a quien llevé junto al enfermo.

Media hora aproximadamente permanecieron conversando en idioma griego vulgar, que yo no entendía, pero me fue fácil comprender, por el acento y expresión de los interlocutores, que Constantino otorgaba a Apostoli todo lo que este le pedía. No advertí que discurrieran más que un punto, y aun este sin insistencia; Constantino pronunció algunas palabras con expresión de súplica, y Apostoli dejó de insistir.

—¿Qué tenemos? —pregunté al moribundo luego que nos dejó solos Constantino.

—Mañana por la mañana tendré a mi lado un sacerdote, y el día de mi muerte recobrarán la libertad todos los cautivos. Solamente he encontrado dificultades en lo referente a la tuya, hermano mío: me ha suplicado en nombre de mi santa madre que te deje aquí hasta que Fortunato esté completamente restablecido... ¡Perdóname! El nombre de mi madre ejerció en mi alma influencia decisiva... He cedido... he prometido, en nombre tuyo, que le acompañarás a Geos.

—Cumpliré tu promesa, Apostoli. Me es indiferente ir a una o a otra parte... ¿No estoy desterrado? ¿Pero cómo pudiste conseguir sacrificios tan grandes de ese hombre?

—Somos miembros los dos de la sociedad de los heteristas, fundada para conseguir la emancipación de Grecia, y una de nuestras primeras y más sagradas obligaciones es la de no rehusar nada de cuanto nos pida un amigo desde su lecho de muerte. Pues bien: desde mi lecho de muerte le he pedido la libertad de los cautivos, y él me la ha concedido.

—¡Más grande eres que todos tus antepasados! —exclamé—. Un griego antiguo habría pedido una hecatombe, mientras que tú, pobre corderillo sin mancha, has solicitado un perdón... porque ni quieres siquiera que te lloren: ¡quieres que te bendigan!

Apostoli sonrió con tristeza, y como observé que rezaba en voz baja, le dejé para que conversara libremente con el Dios a quien, horas más tarde, vería semejante a Moisés, cara a cara.

Subí a la cumbre de la colina que se alzaba en el centro de la isla y era, conforme he dicho, el término de nuestros paseos habituales, cuando Apostoli conservaba aún algunas fuerzas.

Muchas veces me había dicho, cortando una ramita de laurel-rosa y clavándola en un colladito que dominaba la fuente de un arroyuelo que deseen, día jugueteando hasta el mar:

«—Si me fuera dado escoger mi tumba, dispondría que me enterrasen aquí».

La ramita última que clavó en tierra diciéndome las palabras que dejo transcritas estaba allí, mustia y casi muerta, como guardiana del sitio. Junto a la rama me tendí, y, viendo sobre mi cabeza esos millares de estrellas, cuya existencia ni siquiera suponemos en nuestro cielo de Occidente, y en torno mío las miríadas de islas que producen el efecto de miríadas de canastillas de flores llevadas y mecidas por las olas, comprendí que, para un moribundo,

encerraba inefable dulzura escoger por tumba un sitio como aquel. Téngase, además, en cuenta, que los orientales miran, por regla general, con indiferencia el lugar donde ha de deslizarse su vida mortal, breve y efímera, pero demuestran interés vivísimo por la tumba donde deben reposar eternamente.

Al volver a la tienda, de regreso de mi paseo, encontré a Apostoli durmiendo con sueño bastante tranquilo, pero, al cabo de media hora, vino a interrumpir su descanso una tos seca y persistente que determinó un vómito terrible de sangre. Durante la crisis, dos o tres veces se desvaneció entre mis brazos el pobre muchacho, convencido todas ellas de que iba a expirar, y volviendo a la vida con una de esas sonrisas tristes y angélicas que son patrimonio exclusivo de los condenados a morir muy jóvenes. Hacia las dos de la mañana se calmó la lucha entablada entre la muerte y la vida. Del combate había resultado Vencida esta última, que parecía que no había pedido a su enemiga otra cosa que el tiempo indispensable para morir cristianamente.

Presentóse con el primer rayo de sol el sacerdote griego que Constantino había enviado a buscar a Samos, proporcionando su llegada momentos de purísima alegría al pobre Apostoli. Quise dejarles solos; pero el moribundo me dijo:

—No te vayas, John: es muy corto el tiempo que nos queda de permanecer juntos para que lo desperdiciemos.

En mi presencia hizo al anciano sacerdote una confesión general de una vida, tan pura como la de un niño. El anciano, profundamente emocionado, mostrándome sucesivamente a Apostoli moribundo y a los piratas que de tanto en tanto llegaban a la puerta de la tienda, exclamaba:

—¡Los que son como este se van, y aquellos quedan!

—La Providencia divina tiene sus designios, padre mío —respondió Apostoli—. Me llama a mí, que soy débil, para que ruegue, y deja a los otros, que son fuertes y varoniles, para que luchen... Cuando yo baya muerto, padre mío, usted rezará por mí, ¿verdad? ¡Yo... yo no cesaré de suplicar al Cielo que otorgue la libertad a mi pueblo!

—Muere tranquilo, hijo *mío* —contestó el sacerdote—; dentro de muy poco, los roncos gritos de venganza de tus hermanos te harán estremecer dentro de tu tumba: ya, muerto y postrado a los pies de Dios, podrás hacer más por tu patria que Heno de vida.

—¡Venga, pues, la muerte, padre mío! —exclamó Apostoli con exaltación sublime—. ¡Venga cuanto antes! ¡Con esta condición, la espero contento y la bendigo!

—¡Amén! —murmuró Constantino, entrando en la tienda y cayendo de rodillas.

El santo sacerdote administró la comunión al enfermo. Confieso que comencé a creer en una resurrección próxima al ver que un adolescente moribundo, un sacerdote viejo y un jefe de piratas, entre los cuales había Dios interpuesto la distancia que separa a la juventud de la vejez, y abierto la sima profunda que entre la virtud y el vicio existe, unidos por un lazo misterioso, identificados por un amor único, por una esperanza común, que el que subía al cielo legaba a los que en la tierra quedaban, amor y esperanza de los que era a manera de pacto escrito y garantía eterna el cuerpo de Jesucristo.

Terminada la augusta ceremonia, Apostoli quedó más tranquilo que antes, bien fuera porque su postrer acto de cristiano le hubiese hecho mucho bien, o acaso porque la muerte, durante los últimos instantes de los tísicos, se presenta engalanada con los velos de la esperanza.

Apenas salió de la tienda el anciano ministro del Altísimo, el enfermo se encontró muy aliviado y pidió que le sacáramos a la puerta de aquella. Entre Constantino y yo nos apresuramos a darle gusto, tomando por los cuatro ángulos el colchón sobre el cual reposaba su cuerpo. Lleno de alegría, extático, gritó que ya no tenía ante los ojos el velo fúnebre de que hacía días se quejaba, y que volvía a ver el cielo, el mar de Samos, y hasta la costa remota que, envuelta entre los primeros rayos del sol, nos parecía a nosotros mismos un vapor flotante e indeciso. Chispeaba tal alegría en sus ojos, irradiaba su rostro tan viva expresión de dicha, que llegué a dudar de la proximidad de su muerte y a creer en la existencia de un milagro. Me senté junto al enfermo, que parecía llevar en su alma a un ángel consolador, y me habló de su madre y de su hermana, pero no como lo hiciera días antes, sino como el viajero que, ausente durante largo tiempo de su hogar querido, va a volver a él y espera encontrar, en el umbral de la puerta, las personas que le son queridas.

El día se arrastró perezosamente sin que se observara variación sensible en el estado del enfermo, aunque se echaba de ver que su debilidad física aumentaba en razón directa de su exaltación moral. Llegó el final de la tarde, una de esas tardes hermosas de Oriente, llena de dulces brisas portadoras de deliciosos perfumes, tardes en que el cielo, que refleja un mar de cristal, aparece engalanado con transparentes tules de delicado tono rosa, mientras el sol se despide del mundo enviándole sonrisas. Apostoli no nos hablaba hacía rato; parecía abismado en profundo éxtasis. Sus ojos habían seguido durante todo el día, el curso del rey de los astros, y, llegada la tarde, me suplicó que le

volviera, a fin de no privarse de la contemplación del disco inflamado. En el momento que este rozó con su borde los montes de Andros, el enfermo recobró, al parecer, sus fuerzas: levantó el cuerpo como para seguirlo más tiempo, y lo sostuvo con energía que aumentaba a medida que aquel desaparecía: y cuando el sol se hundió del todo, y no se veían ya más que sus rayos postreros, extendió hacia él los brazos, sus labios murmuraron la palabra «¡adiós!» y la cabeza del moribundo cayó sobre su hombro.

El pobre Apostoli había muerto, muerto sin crisis, sin sacudidas, sin dolores, cual llama que se apaga, erial sonido que se aleja, cual perfume que sube al cielo.

Corté sus cabellos, ateniéndome a sus deseos, y le tomé el anillo que puse en mi dedo.

Le velé toda la noche. A la mañana siguiente llegaron de Samos dos mujeres que lavaron el cadáver, le frotaron con perfumes, coronaron su cabeza con lirios y nenúfares blancos y colocaron sobre su pecho una azucena, semejante a la que llevaba en sus manos el arcángel Gabriel cuando vino a anunciar a la Virgen que albergaba en sus entrañas al Salvador del mundo. Luego me fui con dos piratas a la cima del altozano, y en el sitio mismo donde el difunto plantara la ramita de laurel-rosa hice abrir su sepultura.

Se invirtió el día en transportar las mercancías desde *La Bella Levantina* al buque pirata griego. Al atardecer llegó de nuevo el sacerdote, quien se arrodilló junto al cadáver y rezó el oficio de difuntos, no sin antes hacer salir a los prisioneros, que fueron llevados frente a la tienda. Todos reconocieron a Apostoli; y, como le querían de veras, ni uno solo dejó de derramar lágrimas sobre su cuerpo.

Rezado el oficio de difuntos, colocaron el cadáver dentro de un ataúd, que llevaron a hombros y descubierto cuatro piratas. Rompía la marcha el sacerdote acompañado por dos monaguillos que llevaban antorchas encendidas: a continuación iba el cadáver, y luego las dos mujeres de Samos, cada una de las cuales llevaba sobre su cabeza una fuente de trigo candéal medio cocido y coronado con una paloma hecha de almóndigas blancas. Uvas, higos y granadas adornaban los bordes de las fuentes. Depositado el féretro al borde de la fosa, las mujeres colocaron las dos fuentes sobre el cadáver, dejándolas todo el tiempo que el sacerdote rezó sus oraciones, y luego, mientras clavaban la tapa del ataúd, las fuentes pasaron de mano en mano para que cada uno de los asistentes al acto comiera un poco de su contenido. Echaron sobre el ataúd la primera paletada de tierra; siguieron las

otras; y cuando los enterradores terminaron su tarea, extendió Constantino el brazo, y con acentos de dignidad extraña —dijo, volviéndose hacia los prisioneros:

—El que descansa aquí me pidió vuestra libertad antes de morir: libres sois todos. Allá os espera vuestro barco, que os devuelvo, allá el mar, donde no encontraréis obstáculos, la brisa acaba de saltar... ¡partid, sois dueños de vuestros actos!

Fue esta la oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de Apostoli.

Todo el mundo se entregó a los preparativos de marcha. Ni los pasajeros, demasiado contentos para sentir la pérdida de sus mercancías, ni el capitán, a quien era devuelto su buque, acertaban a comprender una generosidad de la que no había precedentes en la historia de los jefes de piratas. Yo mismo, lo confieso, comenzaba a modificar la opinión que me merecía aquel hombre. Fortunato, que no había podido formar parte de la fúnebre comitiva, se hizo sacar a la puerta de su tienda para seguirla con los ojos. Hacia él me dirigí en línea recta y le tendí la mano llorando.

—¡Sí... sí! —me dijo con voz conmovida—. ¡Era un hijo digno de Grecia! Hemos cumplido fielmente la primera palabra que le empeñamos, y ha de ver usted, cuando llegue el instante de cumplir la segunda, que la cumplimos con la misma fidelidad.

Imposible dudarle: en el fondo de todos aquellos corazones ardía la misma llama: la llama de la esperanza y de la libertad.

Ya el balanceo del buque no podía ser peligroso para Fortunato, cuya herida había entrado en período de franca cicatrización. Aquella misma tarde fue transportado a bordo de su buque. Le seguí resuelto a cumplir estrictamente la última voluntad del que íbamos a dejar solo en la misma isla donde pensó alzar un templo en honor de Esculapio, y muy poco después, con los últimos rayos del sol, abandonaban los dos buques el pequeño puerto y se alejaban de Nicaria, poniendo proas en sentido opuesto.

En el momento de ponerse el sol, a la hora misma en que Apostoli, el día anterior, había rendido el postrer aliento, un bando de cisnes, que surcaban la atmósfera huyendo del Norte en dirección al Mediodía, se posaron sobre su tumba.

—¡Mira! —me dijo Fortunato—. ¡Son las almas de los mártires que vienen a recoger la de un bienaventurado!

Cerró la noche: soplaban un viento favorable, y como los marineros secundaban con los remos la acción de aquel, muy pronto perdimos de vista la isla de Nicaria.

VII

AL DESPERTAR al día siguiente, nos encontramos en medio del mar Egeo y navegando en dirección a un grupo de islas que reconocí ser las Cicladas. Aquella misma tarde entrábamos en el canal que separa a Tenos de Myconi para echar anclas, después de franqueado, en el puerto de una islita de unas tres millas de longitud por una de anchura. Me dijo Constantino que allí pasaríamos la noche, y me invitó, suponiendo que fuera aficionado a ver cazar codornices con red, a seguir a algunos de sus hombres que saltaban a tierra para entregarse a la diversión indicada, volviendo luego a cenar en su compañía y en la de Fortunato. Triste y apesadumbrado por la reciente muerte del pobre Apostoli, no estaba yo para entregarme a diversiones; pero, cuando supe que aquella pequeña lengua de tierra, oculta bajo el nombre moderno de Ortygia, era la que antiguamente se llamó Delos, embarqué en la chalupa con los cazadores, no con ánimo de distraerme apresando codornices, sino con el de visitar la cuna flotante de Diana y de Apolo.

Esta isla, fértil, según Plinio, en otro tiempo y cubierta de palmeras, y en la que hoy no se ve ni uno de los mencionados árboles, recibió a Latona en el momento en que, perseguida por la serpiente Pitón, y no encontrando asilo en la tierra, que se negaba a sostenerla, corría desalada a arrojarse al mar. Fue Neptuno quien la hizo brotar del fondo de las aguas —de aquí su nombre de Delos— y quien, después de hacerla flotar durante largo tiempo, a fin de poner a la desdichada diosa a cubierto de las asechanzas del monstruo, la fijó entre Scyros y Myconi, donde quedaba perfectamente oculta a los ojos de todos. Allí sintió la diosa los primeros dolores del parto: sus primeros quejidos llegaron hasta Thea, Diona y Amfitrite, que, desde el fondo de las aguas, corrieron en su socorro; pero, a bien que hubieron de permanecer nueve días sin poder prestarle el menor auxilio, pues seducida Ilitye, la diosa de los partos, por Juno, no quería abandonar el cielo. Fue preciso corromperla: aprovechando la llegada de Iris, enviada por Júpiter para saber noticias de Latona, las diosas entregaron a esta última, con encargo de que la regalara a Ilitye, nueve varas de cinta bordada en oro: Ilitye cedió ante un regalo tan precioso, se dignó descender al momento a la isla de Delos, y la pobre Latona salió de su apuro.

Esta tradición, que daba carácter sagrado a la isla, movió a los griegos a escoger a Delos como lugar de depósito de sus tesoros públicos. Todos los años enviaban allí los atenienses una nave cuya misión era ofrecer sacrificios. Llamábase el viaje *theoria*, es decir, *visita a Dios*, y no podían cumplirse en Atenas ejecuciones de pena capital desde que el sacerdote de Apolo colocaba la corona de flores en la popa de la nave, hasta que esta volvía al puerto después de rendido el viaje. A esta circunstancia fue debido que la muerte de Sócrates se retardara treinta días, pues fue pronunciada la sentencia al día siguiente de haber salido la nave, y hubo que esperar a que regresase.

Una hora me bastó para dar la vuelta entera a la isla, hoy deshabitada, en la que no encontré más que ruinas. Volví a reunirme con los marineros, que habían hecho una caza soberbia, merced a los reclamos con los cuales imitaron el canto de la codorniz hembra. Abundan prodigiosamente estas sabrosas avecillas en la isla, tanto, que a ellas debe su nombre moderno de Ortygia (isla de las codornices).

Encontré juntos a Fortunato y a Constantino, que me esperaban para cenar. Era la primera vez que nos sentábamos juntos a la misma mesa, a cuya circunstancia se debió que revistieran la cena de cierta solemnidad. Confesaré que, desde el momento que me dediqué con tan feliz acierto a la curación de Fortunato, no tuve el motivo más insignificante de queja con respecto a su comportamiento para conmigo: antes al contrario: observé en ellos tanta delicadeza, tanta atención, tanta instrucción, que más de una vez me pareció que no se armonizaban con su condición y las tuve por asombrosa anomalía. Aquella noche extremaron más que nunca sus atenciones, de aquí que, terminada la cena, luego que el vino de Samos pasó dos veces por nuestras copas de plata para humedecer nuestras gargantas, después que los criados que nos servían pusieron en nuestras manos largas pipas cargadas y encendidas, no pude menos de testimoniarles la sorpresa agradable que me producía su disposición de ánimo. Padre e hijo se miraron sonriendo.

—Esperábamos la pregunta —dijo Constantino—. Nos juzgas como nos juzgaría todo el que en tu lugar se encontrara, así que, no tenemos derecho para quejarnos.

A continuación me refirió su historia, historia antiquísima, pero siempre nueva y siempre palpitante de interés, de existencias excepcionales que, arrojadas del seno de la sociedad por una injusticia, no vuelven a ponerse en contacto con aquella como no sea para devolver a los hombres el mal que de ellos recibieron. Constantino era de origen mainiota; sus antepasados fueron aquellos osos del Taygetes que los turcos no consiguieron domar jamás, y a

los cuales dejaron, al fin, tranquilos en sus montañas, convencidos de que les sería imposible arrojarlos de ellas. Su padre, que se llamó Demetrio, se enamoró de una joven griega, que hubo de seguir a sus padres a Constantinopla. No quiso renunciar a su amor y fue a establecerse con el ídolo de su corazón en Pera. Vivía allí rodeado de sus hijos, cargado de años y de dichas, cuando estalló un incendio en la casa de un turco, situada a pocos pasos de la suya. Ocho días más tarde comenzaron a circular los rumores a que siempre dan ocasión o pretexto accidentes como el mencionado.

Se dijo que eran los griegos los que prendieron fuego a la morada de uno de sus enemigos, y como no se buscaba más que un pretexto cualquiera para perseguirlos, una noche penetró en el barrio el populacho y entró a saco en todas las casas de los griegos. Fortunato y Constantino se defendieron durante algún tiempo; pero, al ver caer a su abuelo y padre respectivamente, villanamente asesinado, escaparon, con el resto de su familia, por una puerta excusada, llevando consigo cuanto oro pudieron recoger y abandonando a la codicia de sus enemigos su casa y sus mercancías. Pudieron ganar el mar de Mármara y luego el Archipiélago, donde se hicieron piratas. Desde entonces frecuentaron todos los mares, apresando buques, que entregaban a las llamas después de pillados, para vengar el robo de sus mercancías y el incendio de sus casas, y si en sus manos caía algún turco lo convertían en víctima sacrificada a los manes de sus padres.

—Ahora —dijo Fortunato, luego que su padre puso fin a su relato—, debes tú comprender nuestra inquietud de la misma manera que nosotros hemos comprendido tu curiosidad. Después de haberme herido, me has curado, cual otro Aquiles, la herida que recibí de tus manos. Para nosotros, eres tú un hermano; pero nosotros no somos ni podemos ser para ti otra cosa que unos piratas. Nada podemos temer de nuestros compatriotas los griegos, los cuales, desde el fondo de sus corazones, ruegan a Dios por nosotros: nada tememos de los turcos, de cuyos buques escapamos con tanta facilidad como escapa la golondrina de las acometidas del búho, y que por nada del mundo se atrevería a venir a atacarnos a nuestros abrigos: pero tú, John, perteneces a un pueblo cuyo poderío se extiende sobre el mundo entero, a un pueblo cuyos navíos tienen alas tan ligeras como las de nuestros más rápidos *mistiks*. Un agravio inferido a uno de sus hijos, es un agravio inferido a todos, que su rey no deja jamás impune. Juramos, pues, John, que por lo mismo que nunca has de tener motivo de queja contra nosotros, no descubrirás el retiro al que vamos a conducirte. No solicitamos tu amistad, que desde luego sabemos que no habías de conceder a piratas, pero sí el secreto, porque este lo debes a

quien te introduce en su casa y en el seno de su familia. Si te niegas a hacernos esa promesa, permaneceremos aquí, sin ir más lejos, hasta que yo esté completamente restablecido. Curado yo, quedarás libre, según nuestros convenios. De nuestro oro y de nuestras joyas, podrás llevarte todo lo que quieras, y cuenta que, en este cofre —añadió Fortunato, dando con el pie a una caja—, tenemos bastante para pagar al mismo Esculapio en persona. Te despedirás de nosotros, podrás ir a donde te acomode, quedarás en libertad de formular las reclamaciones que juzgues oportunas ante tus cónsules, y quién sabe si algún día volveremos a encontrarnos frente a frente, con las armas en la mano. En caso contrario...

Interrumpióse para sacar un relicario, que llevaba pendiente del cuello y que colocó sobre la mesa.

—En caso contrario —repuso—, júrame por esta santa reliquia que mi padre recibió de manos del Patriarca de Constantinopla, que no formularás reclamaciones ni descubrirás nuestro refugio, y esta noche misma levaremos anclas, y desde mañana serás nuestro amigo, nuestro huésped, nuestro hermano; nuestra casa será tu casa, y nada te reservaremos.

—¡Pobre de mí! —exclamé—. ¿No sabes tú, Fortunato, que en este momento soy tan proscrito como tú, y que, en vez de soñar en reclamar el apoyo de mi nación, necesito ocultarme para sustraerme a su venganza? ¿Me hablas de recompensas?... ¡Mira! —añadí, sacando el cinturón lleno de oro y de letras—. Ya ves que no las necesito. Pertenezco a una familia noble y rica, y me bastaría escribir dos líneas a mis padres para que anualmente me enviaran el doble de esta suma, que es la renta que cobra uno de vuestros príncipes. Un solo deber tengo obligación de cumplir: ir a anunciar la muerte de Apostoli a su madre y a su hermana, y poner en sus manos las dos reliquias fúnebres que me han sido confiadas. Prométeme que el día que yo quiera me permitirás cumplir esa misión sagrada, que me dejarás en libertad, y yo prestaré sobre esa reliquia el juramento que me pides.

Miró Fortunato a su padre, quien le contestó con un gesto de asentimiento, y tomando entonces la reliquia, murmuró una oración, la besó y dejó de nuevo sobre la mesa, extendió sobre ella la mano y dijo con entonación solemne:

—En nombre mío y en el de mi padre, juro, poniendo a la Santísima Virgen como testigo de mi juramento, que el día que reclames tu libertad serás libre como el aire, y que te facilitaremos cuantos medios estén a nuestro alcance para que vayas a Esmirna, o a cualquiera otro lugar que desees.

Me levanté entonces yo, y dije:

—Juro por la tumba de Apostoli, nuestro lazo común, hermano que nos ha hecho hermanos, que no saldrá de mis labios palabra que pueda comprometeros, como no sea cuando nada tengáis que temer y me hayáis devuelto mi palabra.

—Está bien —contestó Fortunato estrechándome la mano—. Puedes dar la orden de zarpar, padre; pues supongo que, como yo, ansias volver a ver a los que nos esperan y llevar la tranquilidad al ánimo de los que ignoran qué ha sido de nosotros y piden a Dios por nosotros.

Inmediatamente dio Constantino las órdenes oportunas, y momentos más tarde el movimiento del jabeque me hizo comprender que estábamos en marcha.

A la mañana siguiente, cuando desperté y subí al puente, navegábamos a velas desplegadas y a fuerza de remos con rumbo a una isla que nos tendía dos lenguas de tierra, abrigo de su puerto, cual dos brazos que anhelaban recibirnos. Servía como de fondo al puerto una montaña que me pareció que tendría unos seiscientos metros de elevación. Cantaban alegres los marineros sin disimular su entusiasmo, mientras la población comenzaba a reunirse en el puerto, esperando al barco y contestando con gritos de júbilo los cantos de aquellos. Era evidente que el retorno del jabeque constituía un día de fiesta para la isla.

Aunque muy débil y muy pálido todavía, Fortunato había subido al puente, ataviado, como también su padre, con sus vestiduras más ricas y lujosas. Entramos en el puerto y fondeamos frente a una casa de hermosa apariencia, edificada al pie de la montaña, en medio de un bosque de morales. De una de las celosías de la casa salió un brazo agitando un pañuelo blanco bordado en oro: Fortunato y Constantino contestaron el saludo disparando al aire un pistoletazo cada uno, señal de un regreso feliz. Redoblaron los gritos de alegría, y cuando pisamos tierra, nos recibieron con aclamaciones.

Nos encontrábamos en la isla de Zea, la antigua Ceos, donde abordó Néstor a su regreso de la guerra de Troya, y donde nació el poeta Simónides.

VIII

SE ALZABA la casa de Constantino sola en el centro de un bosquecillo de morales, olivos y limoneros, en la estribación noroeste del monte San Elías. Desde la plataforma que le servía de emplazamiento se dominaba, no solo el puerto y la población, que se extendía en círculo, sino también toda la inmensa extensión de mar comprendida entre el golfo de Egipto y el Negroponto. Frente a su fachada septentrional, a unas ocho o diez leguas de distancia, venía a morir, en la punta del promontorio de Sunium, la cadena del Parnaso, detrás de la cual se oculta Atenas. Daba acceso a la puerta un sendero de fácil defensa que, continuando después de su recinto, subía, más escarpado por momentos, hasta la cima de la montaña, donde había una pequeña fortaleza inexpugnable, refugio seguro en caso de necesidad y provista de una guardia, cuyo centinela podía descubrir desde allí cualquier barco que se acercase a la isla en un perímetro de veinte leguas. Como todas las casas que son propiedad de personas acomodadas, tenía su vestíbulo, cercado por elevados muros, su entresuelo y otro piso, cuyo balcón daba la vuelta a todo el edificio, y además un segundo patio interior, en el que no se podía entrar más que por una escalera de la que solo el dueño tenía la llave, y que conducía a un pabellón aislado, cuyas ventanas, semejantes a las de las casas turcas, estaban defendidas con espesas celosías. Los años habían dado a las celosías un tono rojo que armonizaba admirablemente con el color blanco brillante de la piedra. Finalmente, a espaldas del pabellón misterioso, se extendía un jardín tan grande como hermoso, rodeado también por altos muros, de suerte que los habitantes, aun entregándose al placer del paseo, se encontraban al abrigo de todas las miradas.

La planta baja que, en rigor, no era otra cosa que un pórtico inmenso, la ocupaban los servidores de Constantino, cuyo traje era el de los kleftas del Magne. Constituía sus dominios esta parte de la casa, donde ellos pasaban el día y la noche, jugando durante el primero y descansando durante la última, cual si fuera un campamento militar. Muros y columnas que servían de sostén a la bóveda desaparecían casi bajo los yataganes primorosamente cincelados, las pistolas con culatas de plata y los largos fusiles enriquecidos con incrustaciones de nácar y de coral, que las cubrían. En realidad, este recinto, especie de antecámara guerrera, prestaba al poderío de Constantino una

grandeza que pudiéramos llamar salvaje, que recordaba la pompa feudal del siglo xv. Atravesamos el vestíbulo pasando por entre aquellas tropas, que acogieron a su jefe, no como si fueran criados que reciben a su señor, sino como soldados revistados por su general. La obediencia de aquellos hombres ponía de relieve ese no sé qué de voluntario y de independiente que dignifica y engrandece a la vez al que manda y a los que reciben órdenes, ese algo que es todo fidelidad y abnegación y nada servidumbre.

Constantino dirigió a todos ellos algunas palabras afectuosas, les llamó a todos por sus nombres, y les preguntó, así creí entenderlo al menos, por sus padres, sus mujeres y sus hijos, y a continuación me presentó a ellos como salvador de la vida de su hijo Fortunato. Del grupo se destacó inmediatamente un hombre, que avanzó vivamente hacia mí y me besó la mano, no con la expresión del criado que saluda a su dueño, sino con la altivez de un rey que rinde homenaje a un emperador. Como observaran que Fortunato caminaba con dificultad, cuatro hombres le tomaron en sus brazos y le condujeron al primer piso, subiéndole por una escalera exterior que daba acceso al balcón que rodeaba la casa entera.

El primer piso ofrecía con la planta baja un contraste completo. Se componía de tres estancias, rodeadas de divanes y llenas de frescura y de silencio. Si algún objeto de adorno recordaba los que decoraban la planta baja, eran las armas magníficas, las pipas de ámbar y los rosarios de coral que pendían de las paredes. Apenas entramos en el salón principal, que era el del centro, hicieron su aparición dos pajes lindísimos, que vestían y calzaban respectivamente chaquetillas y borceguíes de terciopelo bordado en oro, y nos sirvieron café y pipas. Tomamos algunas tazas de la rica infusión y fumamos algunas pipas; a continuación me llevó Constantino a mi habitación, situada en el ángulo oriental de la casa, y después de mostrarme una escalera, que descendía a la planta baja y me permitía salir directamente, se retiró a su estancia, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Quedé solo y pude meditar a mis anchas sobre lo singular de mi situación. Tantos y tan variados sucesos me habían ocurrido en el breve lapso de algunos meses, que me parecía encontrarme bajo los efectos de un sueño, del cual debía despertar de un instante a otro. En efecto: crecido a la sombra de la vigilancia llena de solicitud de un padre y de una madre que me idolatraban, y salido de la esclavitud del colegio para someterme a la disciplina férrea de un buque de guerra, me encontraba bruscamente libre, tan dueño de mi albedrío, que, ignorando cómo servirme de él, había hecho alto en la primera rama sobre la que me posé, semejante al pájaro que se da cuenta de la debilidad de

sus alas y no osa aventurarse por espacios demasiado dilatados. ¿Y dónde había hecho alto? En un antro de piratas que, por lo pronto, traía a mi memoria la caverna del capitán Rolando de *Gil Blas*. ¿Adónde iría cuando abandonase el antro? El mundo me ofrecía ancho campo; ante mí se abrían todas las puertas, es cierto: pero había una que jamás me sería franqueada, y era precisamente la de mi patria.

No puedo precisar cuánto tiempo permanecí, y menos aún cuanto tiempo hubiese permanecido abismado en mis pensamientos, si un rayo de sol, que se filtró entre las estrecheces de mi celosía, no hubiera venido a iluminar el diván sobre el cual me había yo tendido. Me levanté con objeto de ahuyentar al visitante importuno; pero, cuando llegué a la ventana, olvidé el objeto que allí me había llevado. Dos mujeres, cuyas formas era imposible distinguir, tan envueltas iban en sus amplias capas, pero que, a juzgar por el paso firme y ligero, eran indudablemente jóvenes, cruzaban el patio, pasando desde el cuerpo principal del edificio al pabellón en una de cuyas ventanas había visto yo, cuando entrábamos en el puerto, agitarse un pañuelo. ¿Quiénes podían ser aquellas mujeres, de las cuales jamás me hablaron palabra Fortunato ni Constantino? Seguramente hijas de este último y hermanas del primero, pues Fortunato me parecía demasiado joven para estar casado, y Constantino demasiado entrado en años para tener mujer de la edad que yo atribuía a cualquiera de las dos desconocidas, tras de las cuales acababa de cerrarse la puerta del pabellón.

Quedé en pie junto a la ventana, y, en vez de cerrar la aberturilla incómoda por la cual se filtraba el sol, traté de agrandarla, con objeto de ver, y hasta tal vez con la esperanza de ser visto; más luego reflexioné que Constantino, a la menor sospecha que tuviera sobre semejante tentativa, a poco sometido que a las costumbres de Oriente estuviera, podría trasladar mi alojamiento a otra parte de la casa, y esta consideración fue remedio eficaz contra mis deseos. Quedé, pues, inmóvil, detrás de mi ventana, abrigando la esperanza de ver a alguna de mis vecinas, sino a las dos. Al cabo de breves instantes, a raíz de haberse posado sobre el alféizar de la ventana del pabellón dos tortolitas domesticadas, se levantó un poquito el marco, y vi que por la abertura salía una mano diminuta, blanca y sonrosada, que, tomando a lasavecillas de Venus, las hizo entrar, una tras otra, en el interior de la estancia.

¡Oh, Eva, hija y mujer de Adán, pecadora a quien tus hijos perdonan sin dificultad el pecado al que son deudores de la muerte! ¡Cuán poderosa, cuán irresistible curiosidad legaste al mundo!, puesto que, no obstante haber transcurrido tantas generaciones, bastó para que un hijo olvidase

instantáneamente su patria y su familia. Padres, amigos, tierra que me vio nacer, todo se borró de mi memoria no bien vi aquella mano, de la misma manera que en un teatro, a la señal del jefe tramoyista, desaparece un bosque sombrío o una caverna espantosa, y brota un palacio de hadas. Aquella manita rasgó de un solo tirón el velo que me ocultaba el verdadero horizonte: Zea no era ya un mísero escollo arrojado en medio de la mar, ni Constantino un capitán de piratas, en guerra constante con todas las leyes de todas las naciones, ni yo un pobre guardia marina sin patria y sin porvenir: Zea era Ceos, la isla de nombre dulce como la miel, donde Néstor elevó un templo a Athena Nedusea; Constantino era un rey, fundador, como Idomeneo, de alguna nueva Salento, y yo, yo era un proscrito que buscaba, como el hijo de Anquises, alguna Dido enamorada o alguna casta Lavinia.

Estaba embebido en lo más dulce de este sueño cuando se abrió la puerta de mi habitación y me anunciaron que Constantino me esperaba para comer. Interiormente di gracias al Cielo por no haber sido el mismo Constantino quien vino a buscarme, pues, en este caso, al encontrarme junto a la ventana, inmóvil como una estatua, habría adivinado, reparado en mi turbación, lo que allí estaba esperando. Por fortuna, el mensajero era uno de sus pajes, el cual, no pudiendo transmitirme el mensaje más que en lengua griega, me lo hizo adivinar por medio de gestos. Verdad es que el gesto que corresponde al pensamiento que trataba de exteriorizar es seguramente el más sencillo del lenguaje mímico, y yo, que lo comprendí inmediatamente, seguí a mi paje, creyendo que la propietaria de la manita que recogió las tórtolas no faltaría a la mesa.

Me engañé. En la mesa me esperaban solamente Constantino y Fortunato, junto a una comida asiática por su composición, pero europea por su servicio. Cuando nos sentamos a la mesa, había sobre esta un montículo de arroz que formaba una isla cónica, en medio de un mar de leche cuajada, al que flanqueaban dos platos de huevos fritos y dos de legumbres cocidas. Hechos los honores a este primer plato, sirvieron otro de ave guisada y sazónada con una especie de pasta que, por su consistencia, se parecía a nuestro *plum-pudding*; presentaron después un asado de ternera, y, por fin, un plato de menudillos de salmón y de jibia, sazonados con ajo y canela, plato codiciado en el país, que yo encontré detestable, pero al cual me acostumbré al cabo de algunos días. Los postres consistieron en higos, dátiles, naranjas y granadas, las más hermosas a la vista y más delicadas al gusto que pueda haber en el mundo. Terminaron el festín pipas y café.

Muchos y muy variados fueron los temas de conversación que abordamos durante la comida, pero ni una sola vez hicieron Constantino o Fortunato la alusión más remota hacia lo que más me preocupaba. Luego que fumamos nuestra tercera o cuarta pipa, Constantino me dejó en libertad, diciéndome que podía distraerme, bien cazando en la isla, abundante en codornices y liebres, bien visitando sus antigüedades. Opté por esto último, y mi anfitrión mandó que inmediatamente me ensillaran un caballo y me dieran una escolta y un guía.

La orden de ensillarme un caballo me pareció peregrina, tratándose de una isla cuyo perímetro apenas si llegaría a seis u ocho leguas, y me pareció peregrina porque no me cabía en la cabeza que hombres tan robustos y tan habituados a la fatiga como parecían ser Constantino y Fortunato, tuvieran necesidad de caballos para trasladarse de una a otra parte de sus dominios. Mi extrañeza, empero, no fue parte a que dejara de aceptar el ofrecimiento, y, acompañado por Constantino, pues Fortunato no se encontraba con fuerzas bastantes para abandonar sin necesidad sus habitaciones, bajé al vestíbulo.

Pocos minutos llevábamos de espera, cuando trajeron el caballo pedido. Era uno de esos hermosos ejemplares del Elide, cuya raza, tan ponderada por Homero, se ha perpetuado hasta nuestros días; pero el palafrenero, al ensillarle, había sufrido una pequeña distracción, pues, ignorando sin duda quién había de montar el caballo, le había puesto silla de señora, hecha de terciopelo rojo y bordada en oro. Quedaba explicado lo que tanto me intrigara antes: los caballos eran para las misteriosas vecinas, que los montaban cuando deseaban salir del pabellón, y como Constantino, al mandar ensillar uno, no dio explicaciones, el palafrenero le puso el equipo de costumbre. Constantino dijo al palafrenero algunas palabras en griego, y momentos después reaparecía el animal preparado con equipo de palikaro.

Serían tas dos de la tarde, y de consiguiente, no teniendo tiempo para dar la vuelta a la isla, debía escoger, para hacer mi visita, entre las ruinas de tres ciudades poderosas, Carthea, Coreso y Vouli, que en otros tiempos se alzaron sobre sus playas. Me decidí por Carthea y salí inmediatamente, teniendo presente lo que dice Tournefort que, para admirar algo soberbio, precisa ante todo ponerse en camino. Diré de paso que las gentes del país dan a las ruinas el nombre de *Polis*, que significa ciudad.

A lo largo del camino, encontré infinidad de zeotas jóvenes que recogían la hoja del moral, pues sin conservar la celebridad que en otro tiempo alcanzó la seda de Ceos, de la cual, al decir de Varron, se confeccionaban vestidos de tan delicado y sutil tejido, que permitían ver todas las partes del cuerpo

humano, la seda de Zea goza aún de envidiable reputación de uno a otro confín de Grecia. Toda la isla está admirablemente cultivada, y las vertientes meridionales aparecen cubiertas de viñedos y de árboles frutales. Tal vez sea debida a esta fertilidad, la circunstancia de que sus habitantes son los más apegados al terruño de todo el Archipiélago.

Han heredado los zeotas la invencible antipatía que sus antepasados sentían hacia la locomoción, antipatía que fue causa de tan exagerado aumento de población, que se hizo preciso dictar una ley, en virtud de la cual se hacía morir a todos los viejos que pasasen de los sesenta años. Cierto que se les dejaba en libertad de abandonar la isla si deseaban substraerse a la mencionada ley; pero su repugnancia al movimiento era tal, que por regla general, cuando llegaban a la edad fatal, celebraban un festín, y allí, coronados de flores, a los alegres acordes de los instrumentos músicos, sosteniendo en su mano la copa rebosante de cicuta, ofrecían a los dioses un sacrificio, del que eran a la vez sacerdotes y víctimas.

No eran más tiernos los zeotas para los seres que de ellos habían recibido la vida que para los que se la habían dado. Sitiados por los atenienses, que los habían reducido al último aprieto, resolvieron matar a todos los niños que, a causa de los cuidados que exigían, impedían a sus padres consagrarse por entero a los trabajos de defensa. Por fortuna para los inocentes seres condenados, los atenienses tuvieron noticia de la decisión, y prefirieron abandonar el sitio de la ciudad a ser causa y testigos de acto tan inhumano.

Fue Carthea, conforme hemos dicho, la patria del poeta Simónides, que mereció el nombre de *Amado de los dioses*, sobrenombre que, dicho sea de paso, no fue usurpado, como lo prueba la circunstancia a la que lo debió, y que referiremos aquí.

Scophas, vencedor en el pugilato, había contratado con el poeta un canto en honor de su victoria. El poeta, después de poner sobre los cuernos de la luna al atleta, ensalzó los méritos de Castor y de Pólux, los dos tutelares divinos de los luchadores, en vista de lo cual, Scophas le pagó la tercera parte de la cantidad convenida, diciendo a Simónides que fuera a cobrar las dos terceras partes restantes de los hijos de Tindaro, a quienes tan admirablemente había ensalzado, lo que no impidió que invitara al poeta a un festín que daba al día siguiente. Parece que los poetas de aquellos tiempos, como los de los nuestros, estaban habituados a no cobrar con gran exactitud sus honorarios, pues Simónides tomó la tercera parte de lo que le ofrecían y aceptó la invitación. A media comida, vino un criado a decir a Simónides que dos hombres, cubiertos de polvo, y que al parecer habían hecho un viaje muy

largo, le esperaban en la puerta de la casa. Simónides se levantó y siguió al esclavo.

En efecto: fuera del pórtico vio dos jóvenes guapísimos apoyados uno sobre otro: echó a andar hacia ellos, pero no había hecho más que franquear el umbral, cuando se volvió al oír un ruido estruendoso a su espalda: la casa de Scophas acababa de venirse abajo, sepultando al atleta y a sus convidados. Simónides volvió sus ojos hacia los dos jóvenes, pero habían desaparecido. Los hermosos mancebos en cuestión eran Castor y Pólux, que habían aceptado la letra que les librara Scophas y acababan de pagar su deuda al poeta.

Creo inútil decir que todas estas tradiciones, rebosantes entre nosotros de vida, han muerto y quedado relegadas al olvido en los lugares que poetizan, pues sin temor a equivocarme, puedo decir que, en toda la Grecia, no pasarán de cinco o seis las memorias santas, como la de Apostoli, que guarden religiosamente el tesoro de los recuerdos antiguos. Cierto que en la memoria de los espartanos y de los atenienses perduran algunos hechos históricos, tales como la muerte de Sócrates, el paso de las Termopilas o la batalla de Maratón; pero perdura la memoria del hecho escueto, sin que aquellos que lo recuerdan tengan noción de la época en que sucedió, ni de los dioses bajo cuya protección tuvo lugar: saben lo que les dijeron sus padres, quienes lo oyeron de labios de sus abuelos, y estos a su vez de sus antepasados. Verdad es que yo hacía mis preguntas en italiano y que mi guía me contestaba en griego, y como aquel no entendía mi lengua, ni yo la suya, cuantas veces le pregunté sobre las ruinas que contemplaba, obtuve por toda contestación la palabra *polis*.

A eso de las seis abandoné la ciudad muerta para volver a la población viva. La tarde estaba deliciosa. A la luz de los postreros rayos del sol, que suelen dar a la atmósfera esa maravillosa limpidez que precede al crepúsculo, distinguía yo hasta los detalles más insignificantes de la roca de Giaros y de la isla de Andros, mientras por mi frente se destacaba vigorosamente el monte San Elías, formando una cortina inmensa de verdor y de rocas, sobre dos lontananzas soberbias, el Negroponto, con sus montes color violeta, y el golfo de Sarónica con sus aguas azules. Doblé al fin la estribación del monte y llegué a tiempo para admirar la puesta del sol detrás de la cordillera del Parnaso.

Constantino y Fortunato me esperaban para cenar. A la vista de los manjares que debían constituir el festín, sondeé al apetito que mi excursión me había abierto, y suspiré hasta por los menudillos de salmón y hasta por las

jibias con ajo que al mediodía había desdeñado, pues el plato principal lo formaban las *castaneae molles* del pastor de Virgilio: todo lo demás se reducía a leche cuajada y a frutas. Gracias a que mis dos compañeros de mesa, sobrios como verdaderos orientales, me permitieron vengarme de la cualidad con la cantidad. Como postre del festín completamente bucólico, tomamos una taza de café y fumamos algunas pipas, después de lo cual se levantó Constantino y me dejó en libertad de retirarme a mis habitaciones.

Aproveché el permiso, pues ansiaba ver cuanto antes si había sobrevenido alguna variación en las celosías de mis vecinas, y brillaba una luna tan clara que se podía hacer el examen con tanta facilidad como a la luz del sol. Fue en vano que mirase, porque estaban perfectamente cerradas. Decidí entonces recorrer el recinto, con objeto de cerciorarme de si había alguna otra entrada, y, al efecto, bajé al patio. Temí en el primer momento que estuviésemos sometidos a la disciplina de las plazas de guerra, y que, después de las ocho, se cerraran todas las puertas: me engañé: el paso estaba libre y expedito toda la noche, circunstancia que aproveché para poner en planta mis designios.

Por grandes que fueran mis deseos de proceder cuanto antes a la investigación, no pude menos de detenerme un instante ante el paisaje encantador que se ofrecía a mi vista, y al cual daba la noche un carácter de grandeza más sublime todavía. Dormían a mis pies la población y el puerto, y luego una mar tan tranquila, que semejaba una inmensa cortina de azul extendida y atirantada en forma que no tuviera ni una arruga. En ella se reflejaban todas las estrellas del cielo, centelleando como fuegos fatuos, y pasado aquel tapiz prodigioso, sobre una rampa sombría que parecía una nube, y que eran las costas del Ática, ardía una hoguera inmensa, un bosque entero, sin duda, incendiado por algún pastor para guisar su cena.

Permanecí algunos momentos inmóvil, extático, ante aquella extensión que la noche hacía más misteriosa, más profunda de lo que realmente era, y luego di comienzo al recorrido del recinto de los dominios de Constantino, buscando en vano una puerta, una abertura, una brecha cualquiera que permitiera poner en comunicación las mirabas o la voz del interior con las del exterior: todo estaba herméticamente cerrado, todo rodeado de muros espesos de quince pies de elevación. Me lancé entonces a la montaña, con objeto de ver si lograba distinguir el jardín, pero tal era la disposición de la casa, que la vista encontraba siempre obstáculos interpuestos entre los puntos dominantes y el objeto que aquella buscaba. Volví triste y contrariado a mi habitación, convencido de que, en lo sucesivo, habría de conformarme con lo que pudiera

sorprender a través de las celosías que me habían permitido ver la mano chiquitita, blanca y sonrosada.

Estaba a punto de tenderme sobre el diván y resuelto a llamar en mi auxilio a Morfeo, esperando que el sueño me permitiría disfrutar de lo que la realidad no me dejaba ver, cuando hirieron dulcemente mis oídos acordes que comprendí que procedían de una *guzla*, pero llegaban tan débiles y apagados, que me fue imposible, en los primeros momentos, adivinar de dónde venían. Abrí sucesivamente la puerta que comunicaba con mi escalera, las ventanas que daban al puerto y las que miraban al patio, sin que creciera la intensidad de los acordes, hasta que, al fin, habiéndome acercado a la puerta que ponía en comunicación mis habitaciones con la de Constantino, me pareció que ganaban en sonoridad las vibraciones de las cuerdas. Me detuve, presté oído atento, y hube de adquirir el convencimiento de que los sonidos no nacían en la estancia contigua, sino más lejos, probablemente en la que seguía a la de Constantino, es decir, en la de Fortunato. ¿Es que el joven se acompañaba el canto con el armonioso instrumento? ¿Sería la cantora alguna de las dos mujeres que yo había visto? Imposible precisarlo, pues a mis oídos llegaban solamente los acordes. Intenté entonces abrir la puerta, cuyo espesor amortiguaría el ruido, pero me fue imposible: estaba cerrada por el lado de las habitaciones de Constantino.

Continué inmóvil, conteniendo hasta la respiración, hasta que al fin mi paciencia, mejor dicho, mi curiosidad, recibió su galardón: la puerta que poma en comunicación las habitaciones de Fortunato y las de Constantino, que era semejante a la interpuesta entre las del segundo y las mías, se abrió un momento, y las notas de la *guzla* llegaron hasta mí más claras y más distintas, acompañadas de una voz tan dulce, que sin temor a equivocarme podía jurar que era de mujer. Hubiera comprendido las palabras, tan admirablemente vocalizaba la cantora, si no hubiesen sido griegas. Me pareció, sin embargo, que la letra era una de esas leyendas populares en las que Grecia busca un consuelo excitando recuerdos pasados y despertando esperanzas, y me lo pareció, porque no era aquella la vez primera que el canto resonaba en mis oídos; nuestros remeros habían entonado con frecuencia, durante las noches, algunas de las melancólicas frases musicales que no pude menos de reconocer, de la misma manera que se reconoce en el Vaticano o en el palacio de Pitti alguna hermosa cabeza de Rafael o de Guido, de la que uno no ha visto más que un grabado tosco, clavado a la pared de cualquier taberna.

La audición no fue larga: se cerró la puerta que dejó salir aquella armonía salvaje y quejumbrosa del instrumento dálmata, y ya no volví a oír más que

las notas apagadas que antes escuchara, y que muy pronto se extinguieron por completo. Inferí de ello que la cantora, que había ido a las habitaciones de Fortunato durante mi excursión por el recinto exterior del edificio, iba a volver a las suyas. Me apresuré, pues, a abandonar la puerta para acercarme a la ventana, y en efecto, breves momentos después, vi entrar en el pabellón dos mujeres, blancas y veladas como sombras. La puerta se cerró no bien la franquearon.

IX

ENCONTRÉ, al día siguiente, mi puerta de comunicación abierta, y, a la hora de almorzar, pasé sin obstáculos desde las habitaciones de Constantino a las de Fortunato. El primer objeto que me llamó la atención fue la *guzla*, cuyos acordes oyera la víspera, colocada a guisa de nuevo objeto de ornato en medio de los yataganes y de las pistolas. Pregunté a Fortunato, con expresión de bien fingida indiferencia, si era él quien tocaba el instrumento, a lo que contestó que la *guzla* era para los griegos lo que la guitarra para los españoles, o lo que es lo mismo, que todo el mundo, más o menos bien, sabía lo suficiente para poder acompañarse.

Como yo me preciaba de ser buen músico, y sabía que la colocación de los dedos y pulsación de la *guzla* apenas si discrepan de las de la viola o la mandolina, descolgué el instrumento y le arranqué algunos acordes. Fanáticos por la música, como todos los pueblos primitivos o los que han dado a su civilización cierto barniz de barbarie nueva, Constantino y Fortunato me escuchaban extasiados; hasta yo saboreaba una delicia especial haciendo hablar a aquella *guzla* que la noche anterior enviara hasta mi cuarto armonías tan dulces. Me parecía que en las cuerdas habían quedado restos de armonías de la víspera, y que eran esas melodías las que yo despertaba; mi mano pulsaba las mismas cuerdas que otra mano había hecho vibrar con dulzura infinita, y hubo momento en que, previos breves ensayos, surgió tan vivo en mi memoria el canto que oí la víspera, que, exceptuando las palabras, me habría sido sencillísimo ejecutarlo con el instrumento. Comprendí, empero, que tocarlo hubiese sido denunciarme a mí mismo, y procurando dejarlo dormido en el fondo de mi corazón, canté la *Pria che spunti* de Cimarosa, que fue lo primero que se me ocurrió.

Quizá fuese debido a que canté con un método que desconocían mis sencillos admiradores; quizá, efecto de la exaltación de mi espíritu, consiguiera que mi alma hablara por mi voz: no lo sé; lo que sí diré es que mi éxito fue completo, y que hasta me pareció que no se había circunscripto a mis oyentes visibles, sino que llegó hasta los moradores del pabellón, cuyas celosías juraría que se movieron. En vista de mi triunfo, terminado el almuerzo, pedí a Fortunato permiso para llevarme el instrumento a mi habitación, gracia que me fue otorgada sin la menor dificultad.

Me guardé muy mucho, sin embargo, de servirme de la *guzla* en el instante mismo, pues nada temía tanto como despertar las sospechas de los dueños de la casa, en cuya mano estaba, alegando un pretexto cualquiera, y hasta sin tomarse esa molestia, hacerme cambiar en el acto de habitación, privándome así de la posibilidad única que tenía yo a mi favor de llegar a satisfacer un deseo, que solo de curiosidad podía calificar hasta entonces, pero que, sin saber la causa, despertaba ya en mí toda la preocupación que suele ser consecuencia de otro sentimiento más tierno. Resolví, pues, hacer otra excursión por la isla; y como Constantino sobre ese particular, me había concedido libertad absoluta, bajé y pedí un caballo.

Me trajeron otro distinto del de la víspera, más ligero y más fino, a juzgar por las apariencias. No bien le vi, quedé convencido de que era el de la *mano pequeña, blanca y sonrosada*: ¿por qué? No lo sé. Era el nombre que, en el fondo de mi alma, daba yo a la doncella de las tórtolas, objeto donde siempre se detenía mi pensamiento, sin que jamás se me ocurriera acordarme de la otra joven que la acompañaba. Desde el primer momento quise tratar al hermoso animal que me traían con todas las consideraciones y miramientos que consideré que eran debidos a la montura de la mujer que apenas si había visto un instante y que, semejante a la madre de Eneas, me reveló su divinidad con su andar cadencioso y gallardo. No tardé en convencerme de que el animalito, poco sensible a mis miramientos, tomaba mi delicadeza como inexperiencia, lo que me obligó a recurrir a la fusta y a las espuelas, exactamente lo mismo que hubiera hecho con cualquier caballo resabiado, a fin de hacerle comprender que se había engañado lastimosamente. Diré en su honor que, antes de dar tres vueltas al patio, había salido completamente de su error, de lo que me dio pruebas convincentes haciendo gala, en lo sucesivo, de una docilidad ejemplar.

En esta excursión prescindí del guía y de la escolta. Salí de la casa y dejé que *Pretly*, nombre que di a mi montura, siguiera el camino que quisiera, seguro de que me llevaría a alguno de los encantadores sitios que su dueña solía visitar. No me equivoqué: tomó el animal un sendero que cruzaba la montaña, para desembocar muy pronto en un valle delicioso, por cuyo fondo corría arrullador un torrente, entre granados y laureles.

Las dos laderas asomadas al valle estaban cubiertas de morales, de naranjos y de viñas, y todos, los caminos y senderos serpenteaban entre macizos de una planta deliciosa de flores color púrpura, llamada *alhagi* por los botánicos antiguos, y que yo creía que solo en Persia crecía. En cuanto a las rocas que de vez en cuando agujereaban con sus peladas cabezas el rico

tapiz de verdor, pertenecían a las más ricas variedades geológicas: las había de mica nacarada, de feldespatos blanco y rosa, de anfíbol verde, y soberbios ejemplares de eufótide. Surcaban las rocas abundantes vetas de hierro, probablemente de la clase del que explotaron los antiguos en Scyros y en Ghyoura. El sendero conducía a una grata tallada naturalmente en la montaña y tapizada de hierbas aromáticas y de musgo. Supuse que aquel era el término ordinario de los paseos de la *mano pequeña, blanca y sonrosada*, pues *Pretly* hizo alto espontáneamente. Eché pie a tierra y quise atarlo a un árbol, más hube de comprender, en vista de la soberbia defensa que hizo, que estaba acostumbrado a pacer en libertad. Le quité las bridas y penetré en la gruta. Alguien había dejado allí un libro olvidado; lo abrí: eran *Los Sepulcros* de Ugo Fóscolo.

No encuentro palabras capaces de reflejar el placer que el hallazgo me produjo. El libro, que había sido publicado recientemente en Venecia, era, a no dudar, propiedad de mi vecina, y, como consecuencia, esta sabía italiano, y cuando yo tuviera la suerte de verla, si es que alguna vez la veía, dispondríamos de un idioma común, que utilizaríamos para entendernos. Diré de paso que *I Sepolcri* es un libro nacional para todo griego, pues su autor es natural de Corfú, y las lamentaciones que su musa dedica a sus monumentos pueden aplicarse con tanta propiedad al abatimiento griego como a la decadencia italiana.

Una hora permanecí en la gruta, unas veces leyendo algunas líneas de aquella poesía apasionada, otras clavando mis ojos en el portillo por el que se veía el mar, semejante a un lago azulado salpicado de velas blancas, y otras, en fin, contemplando a un pastor que, apoyado sobre su cayado y vestido como los pastores antiguos, cuidaba de su rebaño, extendido por la vertiente de la colina opuesta. Diré, sin embargo, que sobre las ideas, cualesquiera que fuesen, hacia las cuales me propusiera llevar a mi espíritu, y sobre los objetos que atrajesen mis miradas, flotaba siempre, en el fondo de mi pensamiento, o más allá del horizonte, una imagen de contornos vagos e indefinidos que me obligaba a pensar en la *mano pequeña, blanca y sonrosada*, que había visto pasar por debajo del bastidor de la celosía.

Me levanté al fin, guardé en mi pecho el libro y llamé a *Pretly* con un silbido, conforme había visto hacer a su palafrenero. El animal acudió inmediatamente, agradecido sin duda a la confianza que le testimonié dejándolo en libertad. Dos horas más tarde se encontraba en la cuadra, y yo esperaba junto a mi ventana, donde, excepción hecha del tiempo que duró la comida, que me pareció horriblemente largo, permanecí hasta que cerró la

noche, sin que señal alguna, directa ni indirecta, me anunciase la presencia de mi vecina.

Por la noche oí en las habitaciones de Fortunato los mismos acordes que la víspera. Parece que, durante un momento en que, perdida la paciencia, me separé de mi observatorio para intentar leer algunos versos, salieron mis vecinas y cruzaron el patio sin que yo las viera. Ocupé de nuevo mi puesto, jurando no volver a abandonarlo nunca, y, en efecto, a la misma hora que la noche anterior, las vi salir, tan veladas y misteriosas como siempre. Me pareció, empero, que una de ellas, la más pequeña, había vuelto dos veces la cabeza hacia mi ventana.

Al día siguiente bajé al pueblo, que solo conocía por haberlo atravesado el día de mi llegada. Entré en la casa de un comerciante, y, sin más objeto que el de trabar conversación con él, compre una pieza de seda. Como hablaba el dialecto franco, que es una especie de *patois* italiano, aproveché la ocasión para preguntarle quiénes eran las mujeres que habitaban el pabellón aislado de la casa de Constantino: me contestó que las dos eran hijas suyas. Le pregunté cómo se llamaban, y me informó que la de más edad se llamaba Estéfana y Fatinitza la más joven, añadiendo que la primera era la más alta y la segunda la de menor estatura. Luego la que se volvió dos veces para mirar mi ventana era Fatinitza. Quedé contentísimo: el nombre tenía una dulzura extraña, una melodía singular, que me movía a repetirlo con placer.

Me dijo también el comerciante que una de las hermanas estaba para casarse. Con ansiedad indescriptible pregunté cuál de ellas, pero no pudo el comerciante satisfacer mi curiosidad: lo único que pudo manifestarme fue que el futuro era hijo de un rico mercader de sedas, y que se llamaba Cristo Panayoti. Ignoraba con cuál de las hermanas se casaría, y era de presumir que en la misma ignorancia se encontrase el novio. Como es natural, le rogué que me explicase una ignorancia que me parecía extraña e incomprensible, tratándose de la persona más directamente interesada en el asunto, a lo que me contestó que rara vez se da el caso que un turco o un griego vean, antes de la ceremonia del casamiento, a la mujer con quien se casan. Ordinariamente se atiende el novio al testimonio de las matronas que, habiendo visto a la doncella en la casa de sus padres o en el baño, le responden de su hermosura y de su honestidad. Ahora bien; Cristo Panayoti se conformó con la costumbre, y sabedor de que Constantino tenía dos hijas hermosas y honestas, pidió una de ellas en matrimonio, dejando al padre el cuidado de designar la agraciada, toda vez que a él, que no había visto en su vida a ninguna de las dos, le era completamente igual la una o la otra.

La explicación distó mucho de llevar la tranquilidad a mi ánimo, pues Constantino lo mismo podía conceder a Cristo su hija mayor que su hija menor, toda vez que los derechos de edad no tienen en Oriente el menor valor, y en mi corazón se alzaba una voz que me decía, aunque parezca raro, que si Fatinitza se casaba, me dejaría inconsolable. Al lector podrá parecerle absurdo, pues ni yo había visto jamás su rostro ni ella el mío; es más: quizá ella ignorase hasta que existiera en el mundo un joven llamado John Davys, pero nada más cierto: sentía yo unos celos tan rabiosos como si de veras estuviese enamorado.

Como nada más podía preguntar al mercader, pagué mi compra y salí de su casa. Una niña de doce a catorce años, linda como un ángel, que estaba contemplando con envidia las preciosidades del almacén, me siguió, clavada la mirada, que reflejaba deseos locos y curiosidad sencilla, sobre la pieza de seda que yo me llevaba, repitiendo en dialecto franco que me había oído hablar: *¡Bella... bella, bellísima!* Me dieron ganas de hacer feliz a aquella niña. No sabía yo qué hacer con la seda, y le pregunté si la quería. Sonrió con expresión de duda, moviendo graciosamente la cabeza y mostrándome dos hileras de perlas. Puse la seda en sus brazos y entré en la casa de Constantino, dejando a la niña inmóvil y muda, sin saber si lo que le sucedía era sueño o realidad.

Aquella noche no oí la *guzla*: Fortunato se encontró con fuerzas para dejar su habitación, y en vez de ser Estéfana y Fatinitza las que visitaron a su hermano, fueron Constantino y Fortunato los que se trasladaron al pabellón. Les vi cuando atravesaban el patio, y les vi con pena, pues comprendí que, desde aquella noche, la única gota de placer que me era permitido saborear, es decir, la vista momentánea de mis dos vecinas mientras cruzaban el patio, me era arrebatada para lo sucesivo. Era evidente que, si contra las costumbres de las mujeres griegas, aquellas habían salido de su gineceo, debíase a que Fortunato no podía ir a visitarlas, y, por tanto, curado este, ninguna necesidad había de que cometieran una infracción de los usos generalmente admitidos, sobre todo, mientras en su casa viviera un extraño.

Pasó el día siguiente sin que ocurriera nada nuevo. Casi no me separé un instante de mi celosía, pero nada vi más que las tórtolas que revoloteaban sobre el patio. Puse trigo y migas de pan en el alféizar de mi ventana, y las tórtolas, apreciando mis buenas intenciones, vinieron a picotear, pero en cuanto intenté hacer un movimiento para cogerlas, volaron y no volvieron en todo el día.

Se arrastraron los días siguientes pesados, grises, sin sucesos dignos de mención. Fortunato y Constantino me trataban como hermano el primero, como padre el segundo, pero jamás me hablaban del resto de su familia. Dos o tres veces les había visitado un joven guapo y vestido con ostentosa riqueza: pregunté su nombre, y me contestaron que se llamaba Cristo Panayoti.

Había yo apelado a todos los recursos para entrever, aunque no fuera más que el borde del velo de Fatinitza, y los había visto fracasar todos. Bajé al pueblo para interrogar a mi mercader, y este nada nuevo me pudo decir. También volví a encontrar a mi joven griega, que paseaba orgullosa por las calles de Zea, luciendo la seda que yo le había regalado. Cambié una guinea por cequíes de Venecia, regalando dos a la niña para que completara su atavío. Ella los horadó inmediatamente y los prendió, uno en cada sien, a sus cabellos, que caían en bucles sobre sus hombros. Volví, como siempre, a mi ventana, y como siempre también, la de mis vecinas permaneció herméticamente cerrada.

Mi desesperación llegaba a su último límite cuando un día se presentó Constantino en mi habitación y me dijo con brusquedad que una de sus hijas se encontraba enferma y que me llevaría a su lado al día siguiente. Gracias a la falta de luz, pude evitar que sorprendiera lo que pasó por mí al escuchar una noticia tan inesperada. Hice un esfuerzo heroico para dominar mi voz, y contesté, con tono que a lo sumo reflejaría un interés natural, que me tenía a sus órdenes a la hora que le acomodara llamarme. Le pregunté si creía que la enfermedad podía ser peligrosa, y me contestó que no se trataba más que de una indisposición.

No pegué los ojos en toda la noche: veinte veces me trasladé de mi diván a la ventana para ver si amanecía, y veinte veces volví desde la ventana al diván llamando en vano al sueño, que ahuyentaba mi agitación. Alboreó, al fin, penetraron por mi celosía los primeros rayos del sol, y lució el día que esperaba con tanto afán.

Me vestí. Ordinariamente empleaba poco tiempo en el atavío de mi persona, y nunca me preocupaba por el guardarropa, en el que tenía dos trajes, los mismos que me había vendido Jacob en Constantinopla. Aquel día me entretuve más: saqué el traje más bonito, traje de albanés, de paño color violeta bordado en plata, y me lo puse sin vacilar, pero, en cambio, fue objeto de largas deliberaciones el tocado de mi cabeza, pues por una parte me seducía el turbante de muselina blanca, que encuadra el rostro pasando por debajo de la barba, y el gorro colorado con su graciosa borla de seda. Al fin, teniendo en cuenta que mis cabellos eran rubios, finos y naturalmente

ondulados, opté por el gorro rojo, más no sin antes aquilatar los inconvenientes y ventajas de ambas prendas de cabeza, con perspicacia que hubiese hecho honor a la coqueta más amiga de agradar. A las ocho vino a buscarme Constantino; tres horas hacía que le esperaba yo.

Le seguí con rostro tranquilo, pero con el corazón violentamente agitado. Bajamos por la escalera privativa del dueño de la casa y atravesamos aquel patio que tantas veces y con avidez tanta habían escudriñado mis miradas. Mis piernas vacilaron al franquear la puerta del pabellón: volvióse hacia mí Constantino en aquel punto, y el temor de que sorprendiera mi turbación me dio fuerzas, que buena falta me hacían, y subí, siguiéndole, una escalera cubierta con una alfombra turca, en la cual se hundían los pies como en el musgo. Delicado perfume de rosa y benjuí embalsamaba la atmósfera del pabellón.

Entramos en la primera estancia, donde Constantino me dejó solo un momento. Estaba amueblada a la turca, y su techo, primorosamente cincelado y pintado con vivos colores, representaba escenas de gusto bizantino. En toda la extensión de los muros, pintados de blanco, campeaban caprichosos arabescos que representaban flores, peces, kioscos, pájaros, mariposas y frutas, presidiendo, en el enlace armónico de cosas tan heterogéneas, un gusto y una fantasía prodigiosos. Un diván de seda color lila con flores de plata rodeaba la sala entera, excepción hecha de los huecos de las puertas, y en los ángulos, y diseminados aquí y allá, había muchos cojines de la misma tela.

Se alzaba en el centro de la sala un estanque pequeñito, coquetón, donde brillaban, moviéndose bajo un surtidor de agua fresca y murmurante, peces de la India y de China, ejemplares escogidos con escamas de oro y azur, y donde acudían también a beber dos tortolillas de plumaje color rosa gris tan delicado, tan nacarado, que me permito asegurar que no las tuvo Venus tan hermosas en su isla de Paphos y de Cytherea. Ardían en un ángulo, sobre un trípode de forma antigua, maderas de áloes y esencia de jazmín, cuyas emanaciones más pesadas escapaban por la ventana, al paso que la habitación retenía las fragancias más finas. Me acerqué a la celosía, cerciorándome de que, en efecto, daba frente por frente a mi ventana y de que era la misma por debajo de cuyo marco vi pasar la *mano pequeñita, blanca y sonrosada* que me tenía loco.

Volvió Constantino rogándome que le perdonara la espera y haciendo responsable de su tardanza al carácter caprichoso de las mujeres. Fatinitza, que había accedido a dejarse visitar por mí después de tres días de indisposición, ponía mil dificultades a mi entrada en el momento último, pero,

al fin, se dejó convencer. Aproveché el permiso, y temiendo que sobrevinieran nuevos arrepentimientos, rogué a Constantino que me mostrase el camino. Echó a andar mi guía y yo le seguí anhelante.

No haré la descripción de la segunda estancia, porque mis ojos no vieron más que un objeto: a la enferma que venía a visitar y que reconocí al punto como a la dama de mis pensamientos. Estaba recostada sobre uno de los cojines de seda, caía la cabeza como si no tuviera fuerzas para sostenerla. Yo quedé inmóvil en el marco de la puerta, mientras se acercaba a ella su padre y le decía algunas palabras en griego, de suerte que dispuse de tiempo bastante para examinarla a mi placer.

Como todas las mujeres turcas, su rostro desaparecía por completo bajo un velito de seda terminado en punta, como el remate de un antifaz, y cuajado, por abajo, de rubíes. Cubría su cabeza una toca de tela de oro bordada de flores de color natural, de la cual pendía, en vez de una borla de seda, una especie de bellota formada por mil perlas. Sombreadaban sus mejillas dos bucles rizados a la moda de nuestras damas inglesas, y el resto de sus cabellos caía sobre sus espaldas en trenzas, cubiertas de moneditas de oro, superpuestas a la manera de las escamas del pescado, llegando hasta sus rodillas. Adornaba su cuello un collar de cequíes de Venecia, unidos entre sí por medio de anillitos, y por bajo del collar, que encerraba el cuello sin llegar al pecho, un corpiño de seda dibujaba con tal fidelidad la forma de sus hombros y de su seno, que ni le robaba ningún contorno ni velaba ninguna de sus gracias. Las mangas del corpiño, abiertas desde encima del codo, estaban adornadas con hilo de oro por una parte y con perlas imitando botones por la otra. Las aberturas de las mangas dejaban ver un brazo blanco y redondito, lleno de brazaletes, y terminaban en una mano primorosa, cuyas uñas estaban pintadas de color cereza, y que sostenía, con ingenuidad encantadora, la boquilla de ámbar de una pipa. Rico cinturón de cachemira, más alto por la espalda que por delante, y sujeto por la parte baja del pecho con un broche de pedrería, permitía ver, frente a la boca del estómago, los pliegues transparentes de una camisa de gasa, a través de la cual se apreciaba el tono sonrosado de la piel. Completaba su atavío un pantalón de muselina de Indias, sembrado de flores de oro, ancho, flotante, que se ajustaba al tobillo, para dejar salir, cual de hermosa nube bordada, dos piecitos desnudos, con uñas pintadas color rosa, como las de las manos, y que su propietaria procuraba mantener ocultos, semejante a los polluelos de cisne que suelen esconderse bajo las alas de su madre.

Acababa yo de terminar el examen, que me demostró que la bella había dispuesto su atavío en forma que dejara admirar todo lo que el pudor no aconseja ocultar, cuando Constantino me indicó por medio de una seña que me acercase. Fatinitza, al ver mi movimiento de avance, hizo otro como de retroceso, un movimiento que parecía el estremecimiento de la gacela, y sus ojos, única parte de su rostro que yo podía ver a través de su velo, adquirieron una expresión de curiosidad inquieta, que acentuó extraordinariamente el color negro de sus párpados.

—¿Qué tiene usted? —pregunté en italiano—. ¿Qué le duele?

—No tengo nada... no me duele nada —contestó vivamente.

—¡Vamos, tontuela! —exclamó Constantino—. Ocho días hace que te quejas, que no eres la misma, que todo te hastía, que no te divierten tus tórtolas, ni tu *guzla*, ni el atavío de tu persona. Sé razonable, hija mía... ¿No decías que sentías cierta pesadez eh la frente?

—¡Oh, sí! —contestó Fatinitza, dejando caer su cabeza sobre el diván.

—¿Me hace el favor de darme su mano? —pregunté.

—¡Mi mano! ¿Para qué?

—Para que yo pueda apreciar su enfermedad.

—¡Nunca! —contestó Fatinitza, retirando vivamente la mano.

Yo me volví hacia Constantino como solicitando su auxilio.

—No te admire lo que estás viendo —me dijo, como si temiera que las dificultades opuestas por la enferma pudieran lastimarme—. Nuestras hijas jamás ven en sus habitaciones otros hombres que a su padre y a sus hermanos, y cuando salen, a pie o a caballo, van siempre escoltadas y veladas. Por añadidura, las mías están habituadas a ver que todos los hombres que encuentran al paso vuelven la cabeza hasta que se han alejado.

—Pero es que yo no entré aquí como hombre, sino como médico —repliqué—. No volveré a ver a usted después que la haya curado, pero ahora, dadas las circunstancias, necesita usted curarse cuanto antes.

—¿Por qué razón? —preguntó la doncella.

—¡Cómo! ¿Pues no va usted a casarse?

—Es mi hermana la que se casa; no yo —contestó apresuradamente Fatinitza.

Respiré. La alegría que me embargó en aquel instante hizo saltar mi corazón.

—De todas maneras, es igual —repliqué—. Necesita usted curar inmediatamente para asistir a la boda de su hermana.

—Curar es lo que deseo —dijo ella suspirando—; ¿pero por qué motivo he de darle a usted la mano?

—Para tomarle el pulso.

—¿No puede usted tomarlo sobre la manga?

—Imposible: la seda debilitaría demasiado las pulsaciones.

—No lo crea usted; mi pulso es muy fuerte —contestó Fatinitza.

Sonreí.

—¡Vaya! —terció Constantino—. Vamos a ver si adoptamos un término medio.

—¿Un término medio? —pregunté yo—. No comprendo... pero probaremos lo que propongas.

—¿Puedes tomarle el pulso a través de una gasa?

—Desde luego, sí.

—Convenidos, pues: sea a través de una gasa.

Constantino me presentó una gasa de seda que había sobre el diván entre mil objetos variados. Yo la presenté a Fatinitza, y esta, después de envolver su mano, a vuelta de algunas dificultades, me la dejó tocar.

Nuestras dos manos, al ponerse en contacto, se comunicaron un estremecimiento extraño, de suerte que hubiera sido muy difícil precisar cuál de las dos estaba más febril. El pulso de Fatinitza era intermitente y agitado, pero el fenómeno lo mismo podía ser efecto de la emoción que de su dolencia. Le pregunté qué sentía.

—Se lo ha dicho ya mi padre —contestó la interrogada—. Me duele la cabeza y no duermo.

Era la misma enfermedad que sufría yo hacía varios días, y de la que estaba, en aquel momento más que nunca, resuelto a curarme. Me volví hacia Constantino.

—¿Qué es lo que tiene? —me preguntó el padre.

—En Londres y en París —contesté sonriendo—, diría que sufre de insomnio, y sometería a la enferma a un tratamiento de teatros y balnearios: en Ceos, donde la civilización está menos avanzada, diré sencillamente que sus dolores de cabeza son producidos por la necesidad de respirar el aire libre y de distraerse. ¿Por qué no monta a caballo la señorita? Cerca del monte San Elías hay valles encantadores, y sobre todo uno, por cuyo fondo corre bullicioso un riachuelo, tiene una gruta deliciosa que convida a los ensueños y a la lectura. ¿La conoce usted? —pregunté a Fatinitza.

—Es mi paseo favorito.

—¿Y por qué no la visita ya?

—Porque no ha querido salir desde que regresé yo —contestó Constantino—, y se ha obstinado en permanecer siempre encerrada aquí.

—¡Vaya, vaya! —exclamé—. Desde mañana hay que salir.

Como hubiese sido dar una idea demasiado triste de la medicina limitar el tratamiento a una prescripción tan sencilla, mandé que aquella noche tomara un baño de pies todo lo caliente posible, y me levanté, no obstante mis ansias de permanecer allí, temiendo que la prolongación de la visita pudiera parecer sospechosa, despidiéndome de Fatinitza, no sin antes recomendarle de nuevo paseos y distracciones. En el momento de cerrar yo la puerta, vi que se alzaba un tapiz de enfrente: era Estéfana que, no habiéndose atrevido a asistir a la consulta, corría a informarse de los incidentes de aquella. Poco me importaba a mí Estéfana: toda mi curiosidad, iodo mi interés, todo mi amor eran pera su hermana.

Constantino se creyó en el caso de acompañarme hasta mi habitación para excusar a su hija... que solo Dio: puede saber si necesitaba excusas. Sus temores, desconocidos entre nuestras mujeres de Occidente, lejos de ser un defecto a mis ojos, la realzaban más y más, eran un nuevo encanto. Gracias a él, nuestra primera entrevista, por lo mismo que había tenido algo de extraño, quedaba tan profundamente grabada en mi alma, que me parecía que, aunque pasase mucho tiempo, ni el menor detalle de la misma se borraría de mi memoria. En efecto: hoy, no obstante mediar un intervalo de más de veinticinco años entre la hora en que entré en aquella estancia y el momento en que escribo, me basta cerrar los ojos para ver a Fatinitza tal como estaba allí, es decir, recostada sobre los cojines, cubierta su cabeza con su toquita de oro, su collar de cequíes, su corpiño de seda, su cinturón de cachemira, sus pantalones bordados, y sus manos tan diminutas, y sus pies, sonrosados y lindísimos, y hasta me parece que, con extender el brazo, la tocaría.

¡Dios mío... Dios mío! ¡Donde vuestra misericordia es a veces el recuerdo! Pero ¡ah! ¡También es, y con más frecuencia todavía, el ministro de vuestra venganza!

X

ME SERÍA muy difícil decir lo que pasó, por mí durante aquel día. A raíz de quedar solo en mi habitación, las dos tortolitas salieron de la de enfrente y comenzaron a revolotear junto a mi ventana. En los amores nacies, todo, hasta las cosas más triviales, tiene significación misteriosa, de aquí que yo viera en las avocillas unas mensajeras de Fatinitza, y las viera con el corazón rebosante de alegría.

Después de comer, tomé en mis manos el poema de Ugo Fóscolo, bajé a la caballeriza, ensillé yo mismo a *Pretly*, monté, y dejándolo que siguiera el rumbo acostumbrado, me dirigí a la gruta que al día siguiente debía recibir la visita de Fatinitza.

Una hora permanecí en ella, entregado a sueños deliciosos, besando unas tras otras las páginas del libro que sus dedos habían tocado y que sus ojos habían leído. Se me figuraba que, cuando ella volviera a abrirlo, encontraría en sus hojas las huellas de mis besos. Al fin, lo dejé en el mismo sitio donde lo encontrara, señalando la página última que había leído con un ramito de hiniesta.

Volví a mi habitación a la caída de la tarde, pero me era imposible permanecer entre cuatro paredes, necesitaba aire, el aire libre, para respirar. Di la vuelta a las murallas del jardín, que me parecieron menos elevadas que la primera vez, y hasta fácilmente escalables con el auxilio de una escala de cuerda. Pasé la noche sin conciliar el sueño: no me admiró, pues era mi costumbre desde varios días antes. Verdad es que hay vigiliadas soñadas que son más placenteras que el mejor de los sueños.

A las ocho vino a buscarme Constantino para que hiciera mi segunda visita a Fatinitza. Me encontró tan dispuesto como la víspera, sencillamente porque, aunque nada me había dicho, le esperaba. Seguile sin tardanza y fuimos juntos al pabellón.

Experimenté un momento de indecisión al abrirse la puerta de la habitación de Fatinitza. Acompañábala su hermana Estéfana; ambas vestían exactamente igual, ambas estaban acostadas sobre los cojines, y como su posición no permitía apreciar las diferencias de talle y cuerpo, y sus rostros estaban cubiertos, no supe distinguir las en el primer momento; verdad es que

el mismo Constantino tuvo sus dudas. No tardé, empero, en acercarme a Fatinitza, a la que conocí por el brillo peculiar de los ojos.

—¿Qué tal se encuentra usted hoy? —pregunté.

—Mejor —contestó la doncella.

—¿Tiene la bondad de darme la mano?

Me la alargó sin dificultad y sin exigir ni mangas de seda ni tules de gasa. Probablemente se habría quejado Constantino de su esquividad exagerada, y sus quejas produjeron efecto. La encontré como el día anterior: un poquito febril y el pulso movido.

—Cree usted que se encuentra mejor —dije— y yo la encuentro peor. En consecuencia, exijo que pasee usted, que dé un paseo a caballo: el aire de la montaña y el ambiente fresco del bosque le sentarán bien.

—Haré cuanto usted me mande —contestó ella—, pues me ha dicho mi padre que, mientras dure mi indisposición, ha resignado en usted toda su autoridad.

—Y sin duda porque hago las veces de padre pretendía usted engañarme hace un momento, afirmando que se encuentra mejor: ¿no es eso?

—No pretendía engañarle; manifesté realmente lo que siento. Hoy me encuentro mejor, ha desaparecido mi dolor de cabeza, respiro más libremente y ya no me oprime el pecho el peso que antes lo oprimía.

Era precisamente lo que me pasaba a mí, lo que me hizo sospechar si entre nuestras indisposiciones respectivas mediaría una analogía completa.

—Pues bien —repuse—, puesto que se encuentra mejor, es preciso seguir el tratamiento comenzado hasta la curación definitiva... Me parece —añadí, dirigiéndome a Constantino con expresión de tristeza que contrastaba con la buena noticia que le daba—, que con conocimiento de causa puedo asegurar que ni la dolencia es peligrosa ni durará mucho.

Fatinitza exhaló un suspiro. Yo me levanté para retirarme.

—Estaremos aquí un rato —dijo Constantino—. He dicho a Fatinitza que tocas muy bien la *guzla* y le han entrado deseos de oírte.

No me lo hice decir dos veces. ¿Qué me importaba el pretexto? Para mí, lo importante era poder permanecer todo el tiempo posible cerca de la que amaba. Tomé la *guzla*, enriquecida con incrustaciones de nácar y de oro, que pendía de la pared, y, después de ensayar algunos acordes, acudió a mi memoria, una canción siciliana que había oído cantar a los marineros de *La Bella Levantina*, y cuya letra y música triste había copiado. Hela aquí traducida, aunque en la traducción haya perdido su perfume original:

Ya llega el momento

*de partir. La nave
se aleja suave.
¡Qué despacio va!
La gris vela busca
en vano la brisa,
y cae indecisa...,
¿La brisa do está?*

*Se esfuman las olas;
que el aire no pasa
y el lago se arrasa,
y los remos van
la nave empujando,
mientras que en airosa
hamaca reposa
nuestro capitán.*

*La dotación, una
canción lenta entona
que mi voz temblona
no puede cantar;
porque la que adoro
con loco deseo,
está muerta, creo,
muerta por amor.*

*Una flor silvestre
cogí de la playa,
y se me desmaya
de eterno sufrir.
Es que toda planta
de su tallo ausente,
marchita y doliente
tiene que morir.*

*También muere aquella
que de amorre loca
en vano me invoca.*

*¡Pobrecilla flor!
¡Bella flor de playa,
pálida cual sueño,
cuyo rolo dueño
fue mi único amor!*

La emoción que me dominaba dio a mi voz tales acentos de ternura, que cuando cantaba la última estrofa, Fatinitza se levantó el velo para secar una lágrima y me dejó ver la parte inferior de un óvalo aterciopelado como un melocotón no tocado por manos humanas. Me levanté para retirarme, más no bien advirtió Fatinitza el movimiento —dijo con vivacidad:

—¡La quiero!

—¿El qué? —pregunté yo.

—Esa música.

—La copiaré.

—Las palabras también.

—Las escribiré.

—Tenía usted razón: me encuentro mucho mejor y conozco que sin inconveniente puedo montar a caballo.

Hice una reverencia y salimos Constantino y yo.

—Es una niña caprichosa que se enfurruña, y ríe, y dice «¡Quiero esto!»... Es natural, su pobre madre la mimó siempre, y yo... yo he continuado la obra de su pobre madre. Comprenderás que soy un pirata muy especial.

—Confieso que había oído hablar de estas anomalías, que solo existen en los pueblos esclavos, donde los hombres más esforzados y los más generosos son los que se colocan fuera de la ley: había oído hablar de ellas, repito, pero no las creía.

—¡Oh! No vayas a creer que todos mis colegas son como yo —contestó riendo Constantino—. Yo no he jurado odio y exterminio más que a los turcos. Cierto que alguna vez, muy contadas, ataco a algún pobre buque que me salga al paso, como hice con *La Bella Levantina*; pero solamente cuando hemos tenido una campaña muy mala, cuando comprendo que, volverme con las manos vacías, sería causa de que mis marineros murmurasen. Cómo has podido observar, soy un rey en mi isla, y cuando suene la hora, cuando llegue el momento de cumplirse la profecía, no habrá un solo hombre que deje de seguirme sin preguntarme adónde le quiero llevar. Vendrán todos, absolutamente todos, pues con la ayuda de la Virgen, las mujeres bastarán para defender la fortaleza.

—En cuyo caso —respondí riendo—, sus generales serán Fatinitza y Estéfana.

—No tienes por qué reírte —replicó Constantino—. Estéfana es una Minerva que, llegada la ocasión, podría vestir sin inconveniente la armadura y el casco de Palas: en cuanto a Fatinitza, desempeñaría mejor el papel de capitán caprichoso de cualquier bergantín.

—Eres un padre feliz.

—Sí; es cierto: en medio de mi desventura, Dios se ha dignado bendecirme. Créeme; cuando me veo rodeado de mis hijas y de Fortunato, lo olvido todo: el oficio que ejerzo, los turcos que nos oprimen y hasta el porvenir que nos ha sido prometido y que tarda en llegar.

—Pero ahora vas a separarte de una de ellas.

—No; porque Cristo Panayoti reside en Zea.

—¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, cuándo se celebrará la boda?

—Creo que dentro de ocho días. Para ti será curioso ver una boda griega.

—¿Es que podré asistir?

—Pues qué: ¿no eres de la familia?

—Entré en ella por la puerta de una herida.

—Que ha cerrado la mano misma que la produjo.

—¿Cómo pueden asistir las mujeres a las comidas con el velo puesto?

—¡Ah, no! En las grandes solemnidades descubren su rostro. Por otra parte, no son ya los celos los que las obligan a ir veladas; es la costumbre, y más que nada la coquetería. El velo oculta la cara de las feas, y en cuanto a las bonitas no necesitan que nadie les enseñe a mostrar el suyo cuando quieren. ¿Vendrás a pasear con nosotros?

—Gracias, pero no me es posible. ¿Has olvidado que me han hecho un encargo? Dado el carácter que me dices tiene Fatinitza, si no le copiaba inmediatamente la canción, me aborrecería de muerte, y no quiero, cuando me despida de vosotros, dejar sentimientos tan malos en la familia.

—Los sentimientos que dejarás, lo mismo que los que llevarás contigo, quiero esperar que serán recuerdos gratos que te traerán quizá algún día a nuestra desventurada patria, si al fin se decide esta a lanzar el grito de libertad. Hasta cierto punto, Grecia es la abuela de todas las naciones, y cuantos sientan latir en sus pechos corazones de hijos, deben volar en su auxilio. Pero voy a dejarte: mandaré que te traigan de las habitaciones de Fortunato lo que para escribir necesitas. Ya sabes que, en ausencia mía, la casa es tuya.

No bien quedé solo, corrí a la ventana, pues sabía que Fatinitza y Estéfana iban a salir. Minutos más tarde se abría la puerta del pabellón y salían las dos hermanas. Mientras atravesaron el patio, ni la una ni la otra levantaron la cabeza. Fatinitza, lo mismo que yo, temía despertar sospechas.

¡Qué de contrasentidos tiene el amor! Lo mismo que produciría la desesperación de un amor antiguo, lo convierte el amor naciente en objeto de jubilosas y felices interpretaciones. Fatinitza no había estado indispueta; su indisposición fue pretexto artificioso para verme: me vio, y si mi persona solo curiosidad le inspirara, al día siguiente habría desaparecido su dolencia. No ocurrió así: luego me amaba; y como en mi segunda visita no había experimentado más que alguna mejoría, habría necesidad de hacerle una tercera visita... quién sabe si otra y otra. Luego vendría la boda de Estéfana y la vería otra vez, pero con la boda acabaría todo... ¡Bah! Tenía nueve días por delante, y los cálculos del amor se limitan a las primeras veinticuatro horas.

Me trajeron tinta, papel y plumas, y puse manos a la obra de escribir la canción pedida. Mientras copiaba, distinguí delante de mi ventana la sombra de las alas de una de las tortolitas. Levanté la celosía; coloqué entre esta y el marco la regla que me habían traído para tirar líneas en el papel, até a la regla una cuerdecita, cuyo extremo contrario dejé al alcance de mi mano, puse trigo en la ventana, y momentos más tarde entraba la tórtola. Tiré de la cuerdecita, me llevé la regla, cayó la celosía y la tórtola quedó prisionera.

¡Cuán viva fue mi alegría! La había visto yo sobre las rodillas, entre las manos de Fatinitza: era preciosa portadora del embriagador perfume de los labios que con tanta frecuencia la habían besado; pero una portadora, no un mensajero mudo y sin vida, como el libro, me habla de todo menos de lo que lo ha sido confiado, sino un mensajero de carne y hueso, un mensajero emblema de amor, un mensajero que siento el amor, que me devolvía los besos que yo le daba, los besos que recibía agradecido.

Como un avaro retuve a mi lado a la tórtola y no la puse en libertad hasta que el ruido que producían los caballos vino a anunciarme el regreso de las excursionistas. La tórtola, en vez de alzar el vuelo, quedó sobre el alféizar de mi ventana, como si a ello estuviese acostumbrada, y cuando vio que Fatinitza atravesaba el patio, se posó sobre su hombro, cual si quisiera repetirle sin tardanza las mil frases rebosantes de amor que me había oído pronunciar.

Una hora después venían a preguntarme si había escrito la canción.

Aquella noche, mientras yo, como de ordinario, recorría el recinto, oí desde el jardín los acordes de la *guzla*. Fatinitza estudiaba la canción que me

había oído cantar, y, a fin de que yo no pudiese saber que se ocupaba de mí, la ensayaba en un sitio donde suponía que yo no podría oírla.

Al día siguiente, como pasara la hora en que Constantino solía venir a buscarme sin que yo le viese, pregunté por él, y averigüé que había salido por la mañana con objeto de arreglar los preparativos de boda con el padre de Cristo Panayoti. Creí que no tendría la dicha de ver aquel día a Fatinitza, pero cuando mi desesperación había llegado a su período álgido, se presentó en mi habitación Fortunato, que venía a buscarme en representación de su padre.

Fue una visita de despedida: Fatinitza estaba completamente restablecida; el paseo de la víspera había obrado el milagro. La bella joven, siguiendo punto por punto mis prescripciones, había visitado la gruta, pues el libro de Ugo Fóscolo que en ella dejara yo, lo vi a su lado. Busqué entre sus hojas el ramito de hiniesta: no estaba. Con algunas palabras llenas de gracia me pagó Fatinitza la canción siciliana: pregunté si la había estudiado, y Fortunato, adelantándose a su hermana, me dijo que la noche anterior la había cantado delante de él y de su padre. Le supliqué entonces que me la permitiera oír, seguro de que, cantada por su boca, adquiriría nuevos encantos. Se excusó con coquetería tan refinada como la de cualquiera cantante de París o de Londres; pero repliqué que era el precio que yo exigía por mis visitas médicas, y cantó.

Era su voz de *mezzosoprano*, muy extensa, y tenía trinos inesperados de un atrevimiento casi salvaje, pero que daban a su canto, triste y dulce en las notas graves, expresión desgarradora en las altas. Lo más interesante para mí fue que, para cantar, tuvo necesidad de alzar la parte baja de su velo, gracias a lo cual pude ver sus labios, rojos como cerezas, y sus dientes, finos y blancos como perlas.

Mientras cantaba, una de las tórtolas se posó sobre sus rodillas y otra sobre su hombro. Esta última era la privilegiada, la que yo había aprisionado la víspera. En su calidad de favorita a la que todo está permitido, desde el hombro había pasado al pecho, y en el punto que Fatinitza dejaba de cantar y separaba el brazo para colocar la *guzla* sobre el diván, hundía su cabeza por la abertura del corpiño y sacaba en el pico, no un ramo de olivo, como la paloma que, salida del Arca, llevó a Noé aquel símbolo de paz, sino el ramito de hiniesta, ajado y marchito, que yo había buscado en vano entre las hojas del libro.

Fue un milagro que yo no lanzara un grito. Fatinitza bajó con presteza la punta de su velo, pues su rostro se había teñido de pronto de un carmín muy encendido que, no obstante el velo que ocultaba las dos terceras partes de

aquel, vi yo que ganaba la parte inferior de las mejillas, semejante a los reflejos de una llamarada. No advirtieron Estéfana ni Fortunato, ignorantes de todo, la emoción de Fatinitza ni la mía. Esta última, cual si quisiera castigarme por haber sorprendido su secreto, se levantó bruscamente y, apoyándose sobre el brazo de Estéfana, me dijo adiós. Debió arrepentirse, sin embargo, de haber pronunciado una palabra tan dura, una palabra que basta para arrancar de cuajo toda esperanza, pues añadió casi enseguida:

—Quiero decir, hasta la vista; porque ahora recuerdo haber oído decir a mi padre que, dentro de ocho días, asistiría usted a la boda de mi hermana.

Sin esperar contestación entró en las habitaciones de Estéfana, y Fortunato y yo salimos por la puerta opuesta.

Aquellos ocho días fueron para mí horriblemente largos, pero al mismo tiempo pródigos en sensaciones dulces, porque eran días llenos de esperanza. Todas las mañanas me visitaba la tórtola denunciadora, objeto para mí de cariño más tierno desde que la pobrecilla había tenido la desgracia de incurrir en el desagrado aparente de su amita. Añadiré que aproveché el tiempo para dibujar un retrato, que se parecía maravillosamente al original, o, mejor dicho, a la parte de original que yo conocía. La representaba tañendo la *guzla*, y se veían sus ojos a través de las aberturas de su velo y la parte inferior de su rostro. Intenciones se me vinieron de completar el retrato, confiando a mi fantasía la tarea de crear las facciones que el velo me impidiera ver; pero cuantas veces tomé el lápiz para hacerlo, desistí, pues me pareció que crear algo que no fuera la realidad, era tanto como cometer una profanación. Pasaron, al fin, aquellos ocho días que yo temía que no pasaran nunca, y alboreó el noveno, que era el de la ceremonia nupcial.

XI

ESTREPITOSA sinfonía tocada en el primer patio despertó a todos los habitantes de la casa en la mañana del día noveno. Me vestí presuroso y corrí al balcón. En el patio había una banda numerosa de músicos que avanzaban al frente de larga fila de labradores, de los cuales, los dos primeros, llevaban sobre sus hombros un cabritillo y un corderito respectivamente, con las patitas y los cuernos dorados, y todos los demás, los corderos y las ovejas que debían formar el rebaño propiedad de la esposa. Venían con ellos doce criados que llevaban sobre sus cabezas grandes canastillas cubiertas, que contenían telas ricas, adornos, joyas y paros acuñadas, y cerraban el cortejo los hombres y las mujeres que, desde aquel día en adelante, constituirían la servidumbre de la desposada.

Las puertas les fueron franqueadas por Constantino y Fortunato. La comitiva atravesó el primer patio, entró en el segundo, y desde este pasó al pabellón, donde depositaron todos a los pies de Estéfana los presentes que su prometido le enviaba. Momentos después llegaba el novio acompañado por su familia. Las mujeres pasaron a las habitaciones de Estéfana y los hombres quedaron juntos. Una hora más tarde salieron a avisar que podíamos pasar a las habitaciones de la novia, la cual nos esperaba, sentada en un sofá, en una de las salas bajas que yo no había visitado todavía, y que correspondía a las habitaciones de Constantino, aunque sus muebles y objetos de ornato eran más ricos y elegantes.

El tiempo transcurrido desde la llegada del cortejo lo habían dedicado al atavío y adorno de la desposada, y en honor a la verdad y a las camareras futuras de Estéfana, he de decir que hicieron cuanto supieron para robar, a fuerza de adornos estrambóticos, encantos y hermosura a su señora. Lo primero que llamó mi atención en aquel atavío singular fue un peinado de tres pisos, bastante parecido a los sombreros chinos que suelen usar los músicos de nuestras bandas militares, tres pisos cuyo fondo lo constituían los cabellos, pagando el gasto de su adorno el papel dorado, los cequíes y las flores. Por si, esto no bastaba, desaparecían sus mejillas bajo una capa de blanco y de ver mellón, y las manos, excesivamente llenas de sortijas, ofrecían una combinación de rayas blancas y azules, trazadas longitudinalmente.

Debo decir que no me entregué al examen de la novia hasta después de haber escudriñado todos los rincones de la estancia y hundido mis miradas en todos los grupos de mujeres, buscando entre estas a Fatinitza; pero, como mis pesquisas fueran inútiles, supuse que la embargarían las exigencias de su tocado y me dediqué a desmenuzar el de su hermana.

No me había repuesto de la impresión poco grata que en mí había producido la novia, cuando apareció Fatinitza. No la habían desfigurado. Contra la costumbre, ningún adorno extraño velaba los encantos de su rostro verdaderamente divino, limpio de blanquetes y de carmines artificiales. ¡Oh! ¡Con cuánta efusión le agradecí, desde el fondo de mi alma, que se me mostrase tal como Dios la había hecho, evitándome el trabajo de buscarla entre las demás mujeres y de adivinarla bajo el adorno estrambótico que desfiguraba a todas las presentes! Paseó rápidamente sus ojos por la concurrencia para detenerlos un momento sobre mí; un solo momento, es verdad: pero todo el vocabulario humano no habría podido decirme lo que me dijo su mirada.

En cada mano llevaba un manojo de hilos de oro de diferentes longitudes, cada uno de los cuales correspondía a otro de su mismo largo. Presentó a los hombres los de la mano derecha y los de la izquierda a las mujeres. Cada cual tomó el suyo. Mientras durasen los festejos de la boda, cada hombre debía acompañar constantemente a la mujer cuyo hilo de oro fuera del largo del suyo, y, terminadas las ceremonias, el galán habría de devolver el hilo de oro a su dama. Si durante aquel breve intervalo, la dama había sentido alguna simpatía hacia el galán que la suerte le destinaba, unía por medio de un nudo los dos hilos y los colocaba juntos ante una imagen de la Virgen, abrigando la esperanza de que esta fuente inagotable de amor atase en el cielo lo que ya estaba atado en la tierra, es decir, dos existencias de cuya unión era símbolo la igualdad de hilos.

Cuando me llegó el turno de sacar mi hilo, Fatinitza no me dejó tiempo para escoger: me presentó uno que yo me apresuré a tomar. Dueños ya todos del suyo, se procedió a la operación de medirlos: creo inútil decir que la suerte, puesta de acuerdo con mi ansia de amor, hizo que el mío fuera el correspondiente al que el azar dejó en manos de Fatinitza. Seguidamente, la más joven de las amigas de Estéfana tomó una bandeja de plata y pasó, presentándola a todos los convidados, exactamente lo mismo que suele hacerse en las iglesias católicas cuando se desea recaudar fondos para sufragar los gastos del culto divino o para socorrer a los indigentes de la

parroquia. Los productos de la colecta son para la desposada, y a aquella concurren todos, en la medida de sus fuerzas, desde el más pobre al más rico.

Sin esfuerzo comprenderá el lector que yo deposité en la bandeja todo lo que sobre mí llevaba. Terminada la colecta, la jovencita que la hizo depositó la bandeja a los pies de Estéfana. Tratándose de familias pobres, con frecuencia constituye la colecta la dote única de la desposada, y si la novia es rica, se destina a hacer un regalo a la Panagia.

Apenas terminada la ceremonia que acabo de describir, entró el sacerdote acompañado por tres monaguillos, uno de los cuales, el del centro, llevaba el libro, y cirios los otros dos. Era el sacerdote un anciano venerable, de rostro de apóstol, revestido con ornamentos antiguos riquísimos, y ostentando una barba larga, blanca como la nieve, que ocultaba hasta sus labios. Pasó por delante de todos los asistentes, recibiendo homenajes y dando bendiciones, y luego, fue a sacar a la novia, que continuaba sentada sobre el sofá, y la presentó a su padre, llevándola por la mano. Llegada la desposada frente a su padre, se hincó de rodillas, y este, puesta la mano extendida sobre su cabeza, le dijo:

—Yo te bendigo, hija mía: sé buena esposa y buena madre, como lo fue aquella a la que eres deudora de la vida, a fin de que tú, a tu vez, la des a hijas que, andando el tiempo, sean lo que tú has sido.

Pronunciadas las palabras anteriores, alzó a su hija del suelo y la abrazó.

El sacerdote condujo entonces a Estéfana al centro de la sala, y la colocó vuelta de cara a Oriente; avanzó Cristo y se puso a su lado; a la derecha de Cristo se puso un hermano de este, y a la izquierda de la futura, Fatinitza. Los dos monaguillos que llevaban los cirios quedaron a uno y otro extremo de la línea. Fortunato presentó, en una bandeja de plata, dos anillos al sacerdote, quien, después de bendecirlos, hizo con ellos la señal de la cruz sobre la cara de cada uno de los esposos, y dijo, en voz alta, estas palabras, que repitió tres veces:

—Cristo Panayoti, siervo de Dios, es el prometido de Estéfana, sierva de Dios.

Seguidamente pronunció, también tres veces, la fórmula siguiente:

—Estéfana, sierva de Dios, es la prometida de Cristo Panayoti, siervo de Dios. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entonces puso un anillo en el dedo meñique de cada uno de los esposos.

Terminada la ceremonia de los esponsales, se procedió a la del matrimonio.

Enlazaron los esposos los dedos meñiques de sus manos derechas, quedando Cristo con la cara vuelta a Oriente y Estéfana a Occidente. Todos los concurrentes cayeron de rodillas, el sacerdote recitó las oraciones del ritual, que leía en el libro que el monaguillo le presentaba abierto y apoyado sobre su pecho, tomó a continuación dos coronas; una con cada mano, y, cruzando los brazos, las colocó alternativamente tres veces sobre las frentes de los esposos, diciendo cada vez:

—Cristo Panayoti, siervo de Dios, es coronado con Estéfana, sierva de Dios. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entregó entonces las coronas, una al hermano de Cristo y otra a Fatinitza, quienes las sostuvieron sobre las cabezas de los esposos durante el resto de la ceremonial, y leyó en alta voz el Evangelio que comienza con las palabras siguientes:

«En aquel tiempo, se celebraron unas bodas en Cana de Galilea...».

Leído el Evangelio, ofreció vino tres veces a los esposos, y mientras estos bebían, los concurrentes entonaron un cántico, cuyas primeras palabras eran como sigue:

«Beberé el vino de la salvación e invocaré el nombre del Señor».

A la terminación del cántico, el sacerdote tomó por la mano al esposo, quien a su vez asió con la que le quedaba libre la de su esposa, y los tres seguidos por el hermano de Cristo y por Fatinitza, que continuaban sosteniendo las coronas, dieron tres vueltas a la sala, mientras los asistentes cantaban a coro:

«¡Regocíjate, Isaías! Una Virgen ha concebido en su seno y dado a luz al hijo de Emanuel, que es Dios y hombre a la vez, y lleva por nombre Oriente».

Hizo alto el sacerdote terminada la tercera vuelta, y, vuelto hacia la esposa, terminó la ceremonia con las siguientes palabras:

«¡Y tú, esposa, sé fiel, como Sara, y feliz como Rebeca!».

Volvió a tomar por la mano a la desposada y la condujo al lugar que en el sofá ocupaba cuando él entró. Un momento después, vinieron a avisar que todo estaba dispuesto para conducir a la recién casada a la casa de su marido, anuncio que fue como la señal de bajarse todos los velos, incluso el de la desposada.

Un caballo esperaba frente a la puerta: montó Estéfana, y seguidamente colocaron a un niño a la grupa. Pusiéronse los músicos a la cabeza del cortejo, y detrás de aquellos formaron una porción de doncellas pobres de la población, entre las cuales reconocí a mi niña griega, luciendo mi vestido de seda. Las niñas en cuestión hacían el camino danzando. Seguían luego una

porción de hombres, especie de juglares, que cantaban, haciendo muecas y contorsiones, canciones que arrancaban grandes risotadas a los hombres, y que indudablemente habrían encendido el rostro de las mujeres si no lo llevaran velado. A los juglares seguía la recién casada, a caballo, acompañada por sus amigas, y cerraban la marcha los hombres, guiados por Constantino y por Fortunato, que tenía la herida completamente curada.

En esta forma llegamos a la casa del recién casado, una de las más hermosas de Zea. Adornaban la puerta hermosas guirnaldas, y sobre el umbral, tapizado de flores, quemaban perfumes, como en las entradas de las grandes casas antiguas. La disposición del edificio apenas variaba de la de la casa de Constantino, pues no advertí otra diferencia que en la servidumbre que, al paso que la del segundo era una especie de milicia armada, la del primero ofrecía el aspecto más pacífico del mundo. Cruzamos el pórtico y entramos en un segundo patio, donde esperaban todos los pobres de la población, que debían dar fin de los restos de nuestro festín. Pasamos desde el patio a una sala de la planta baja, sobre la cual estaba el gineceo, y llegamos, al fin, al jardín, donde habían dispuesto el banquete.

La sala del festín era una especie de cuna formada por ramas de árboles y de techumbre bastante baja. Verdad es que no era preciso darle mayor elevación, sencillamente porque hacía las veces de mesa un rico tapiz extendido sobre el suelo. Sobre el tapiz se sirvió una comida espléndida, verdaderamente homérica, en la cual figuraron carneros enteros. Dos líneas atestadas de dulces y confituras flanqueaban la central, reservada a las carnes. Tomaron asiento primero las mujeres, haciéndolo sobre el suelo con las piernas cruzadas a la usanza turca, y conservando en sus manos sus hilitos de oro. Los jóvenes, que habían atado los suyos a un botón de sus chaquetillas, los desataron y presentaron para probar el derecho que para sentarse enfrente de sus parejas respectivas les asistía, y se sentaron en la postura misma que aquellas, mejor dicho, nos sentamos, yo, no sin dificultad y molestia, aunque la olvidé tan pronto como me vi frente a Fatinitza.

Transcurrió la comida en medio del mayor bullicio y amenizada por una música atronadora y ensordecedores cantos profanos y religiosos, barajados de la manera más singular y grotesca. Duró muchas horas, no obstante lo cual, si es cierto que saboreé el placer inefable de ver a Fatinitza, no lo es menos que solo pude cambiar con ella contadas palabras.

Terminó el banquete después de bien regados los postres con ricos vinos de Chipre y de Samos, que llevaron la alegría y la animación a su grado máximo, y comenzaron las danzas.

Dábame derecho mi hilo de oro a ser el galán de Fatinitza; más ¡pobre de mí! aunque yo bailaba muy regularmente la *gigue*, desconocía por completo las figuras de las danzas griegas. Con todo el dolor de mi alma hube de confesar mi ignorancia a mi adorada, añadiendo que, a pesar de todo, me tenía a su disposición, y que podía sacrificarme con entera libertad, si tal era su deseo. Tuvo Fatinitza la magnanimidad de no obligarme a bailar, prueba de amor la más grande que podía darme. Una mujer enamorada no quiere que se ponga en ridículo aquel a quien ama. Invitó para que bailara con ella a Fortunato: segunda prueba de amor: no quería darme celos y bailaba con su hermano.

Muy curiosa era la danza que bailaron, por su carácter de antigüedad, pues fue la misma que llamaron los antiguos *grue*, bailada por primera vez en honor de Teseo, vencedor de Minotauro. Forman el cuadro siete parejas. Los que dirigen la danza representan a Teseo y a Ariadna: un pañuelo bordado, que la danzadora presenta a su caballero, hace las veces del ovillo de hilo que Ariadna dio a Teseo en la entrada del laberinto, y las figuras, que son complicadísimas, indican las vueltas y revueltas que caracterizaban la inextricable invención de Dédalo. De todo lo que estaba viendo nada excitó tanto mi codicia como el pañuelo que Fatinitza dio a Fortunato, pañuelo que habría pasado a ser propiedad mía si no hubiera sido ignorante en el arte coreográfico.

A esta danza siguieron muchas otras, pero Fatinitza, pretextando la fatiga que la primera le había producido, no volvió a bailar, y fue a sentarse junto a su hermana, donde permaneció hasta que la música dio la señal de retirada. Las mujeres, entonces, se apoderaron de la desposada y la condujeron al tálamo. Este, que, como los de los antiguos, estaba instalado en la habitación más hermosa de la casa, era un lecho expuesto entre dos cirios bendecidos y de proporciones enormes, que debían arder toda la noche. Antes que la desposada entrase en la habitación del tálamo, y mientras permanecía en el umbral acompañada por sus amigas, un individuo de aspecto de sacristán roció con agua bendita todas las partes de la sala, a fin de expulsar de ella a los malos espíritus. Terminada la ceremonia y adquirida la seguridad de que quien allí descansara lo haría entre genios benéficos, entró Estéfana con su hermana y con su mejor amiga. Un cuarto de hora después salieron solas las dos doncellas, y el marido fue conducido por amigos suyos a una puerta excusada, ligeramente cerrada por dentro, que hubo de forzar para que le diera paso. En el pueblo griego, primitivo y pródigo a la vez en imágenes, todo es simbólico.

Había terminado la ceremonia. Los invitados nos retiramos, pero sin seguir orden alguno. Los jóvenes dieron su brazo a sus parejas, y como mi hilo de oro me daba derecho al de Fatinitza, me cupo al fin el placer de sentir el suyo apoyado sobre el mío, bien que tan suavemente como el pajarillo roza con sus alas la rama del árbol sobre la cual se posa. ¿Quién es capaz de repetir lo que nos dijimos? Nadie. No hablamos una sola palabra de amor, y sin embargo, agotamos el vocabulario del amor. En las expansiones primeras de dos corazones juveniles recién abiertos al amor hay algo de virginal, algo de misterioso que encanta. Hablamos del cielo, de las estrellas, de la noche, y cuando llegamos a la casa de Constantino, ella sabía que era la mujer más idolatrada del mundo, y yo que en toda la redondez de la tierra no había hombre tan feliz como yo mismo.

Todo había pasado como un sueño fugaz a la mañana siguiente, pues ni se nos presentaría ocasión de vernos, ni hallaríamos pretexto ni medio para comunicarnos. Los dos o tres días primeros viví relativamente feliz, apelando a los recuerdos, pero luego, sentía en el fondo de mi alma un mar de dolor tan inmenso como antes lo fuera el de mi alegría. Me pasé un día entero viendo si encontraba medios de escribir a Fatinitza, o, mejor dicho, de hacer llegar mi carta hasta sus manos. No encontré ninguno y creí volverse loco.

A la mañana siguiente vi que la tortolita revoloteaba frente a mi ventana. Di un salto de alegría, pues se me ocurrió que ya tenía una mensajera segura y discreta. Levanté la celosía, entró la avecilla de Venus con presteza que me hizo pensar si habría adivinado la índole del servicio que de ella esperaba, y me puse a escribir sobre una tira de papel lo siguiente:

«Adoro a usted, y muero si pronto no vuelvo a verla. Esta noche, de ocho a nueve, daré la vuelta al jardín y esperaré sentado en el ángulo oriental. ¡Por Dios! ¡Una contestación, una palabra, una señal, que me dé a entender que usted se compadece de mí!».

Coloqué el billetito debajo de una de las alas de la tortolita y esta se trasladó de un vuelo a la ventana de su ama, desapareciendo enseguida por debajo de la celosía. Todo el día fui víctima de estremecimientos bruscos, de terrores infinitos, de dudas, de sospechas desgarradoras, de temores de haber interpretado mal a Fatinitza, tomando como prueba de amor lo que no lo era. Ni me atreví a comer aquel día en compañía de Fortunato y de Constantino, pues en mi alma se alzaba una voz que me repetía que había yo dado el primer paso por el sendero del mal y que me disponía a pagar con vilezas la santa hospitalidad que aquellos me concedían. Llegó la noche. Salí una hora antes de la indicada en mi carta: tomé dirección opuesta a la que conducía al

muro del jardín, y, dando una gran vuelta, concluí por sentarme junto al ángulo oriental.

Dieron las nueve. Mientras sonaba la última campanada, cayó a mis pies un ramo: Fatinitza había adivinado que yo me encontraba ya en el lugar de la cita. Me precipité sobre el ramo, que no era contestación a mi carta... pero ¿qué importaba? Era un mensaje. De pronto recordé que en Oriente se hace hablar a las flores, y que un ramo es a veces una carta, en cuyo caso se llama *salam*, que significa *salud*. Formaban el ramo velloritas y claveles blancos... Al punto recordé que las flores que toda mi vida había preferido eran las velloritas y los claveles blancos; pero ¡suerte cruel! ¡Ignoraba el significado de las mismas!

Cien veces las besé antes de colocarlas sobre mi corazón. Fatinitza había olvidado sin duda que era yo natural de un país donde las flores tienen nombre, colores y algún perfume, pero no lenguaje. Quiso contestar mi billete, y yo me encontraba en la imposibilidad más absoluta de descifrar el significado de su contestación, y, por añadidura, no me atrevía a preguntarlo a nadie por miedo a cometer una indiscreción. Entré en mi habitación; me encerré en ella como se encierra el avaro para contar su tesoro, y luego deshice el ramo, esperando encontrar un billetito entre sus flores. Nada encontré: el billete eran las flores mismas.

De pronto surgió en mi memoria el recuerdo de mi niña griega. Aunque pobre y atolondrada, era posible que conociera la ciencia de aquella lengua misteriosa y perfumada, en cuyo caso, al día siguiente sabría yo qué había contestado Fatinitza. Me tendí sobre mi diván, teniendo el ramo en la mano y esta sobre el corazón, y soñé... sueños de color de rosa. A punta de día desperté y bajé a la población. Las calles estaban casi desiertas, porque era tan temprano que la inmensa mayoría de sus habitantes dormían todavía. Diez, veinte veces recorrí las calles, hasta que al fin encontré a la que buscaba. Como cada vez que la encontraba le daba alguna cosa, en cuanto me vio, se llegó a mí dando saltos de alegría.

Le di un cequí a la par que le hacía señas para que me siguiera. Llegados a un sitio solitario, saqué el ramo de mi pecho y le pregunté qué significaban las flores. Me dijo que la vellorita significaba esperanza y el clavel blanco fidelidad. Le di otro cequí y volví a casa radiante de alegría, no sin recomendar a la niña que no dejara de esperarme a la mañana siguiente en el mismo sitio.

XII

ERA INDUDABLE que Fatinitza no disponía de tinta ni de papel, y que no osó pedirlos ante el temor de inspirar sospechas, toda vez que contestó con flores, exponiéndose a no ser entendida. Pero la comprendí, y eso era lo esencial: ¿qué me importaba el procedimiento?

Antes de saber si mi linda mensajera de amor vendría a buscar mi billete, procedí a escribirlo. ¿Por qué? Porque tenía necesidad de expansionar mi corazón trasladando al papel sus ansias. Mi carta fue una mezcla de frases de alegría, de protestas de amor y de quejas: de todo tenía; anhelaba confesarle que la amaba, aun cuando a raíz de mi confesión debiera morir.

No transcribiré aquí la carta: para el lector sería un monumento de locura; pero para Fatinitza... ¡pobrecilla! Tara Fatinitza fue mi alma entera puesta al desnudo, y al propio tiempo un monumento de seducción como no hubiese podido erigirlo el mismo Lovelace; fue, en una palabra, el amor que iba a despertar al amor. Como tardase la avecilla en venir a buscar su mensaje, abrí de nuevo la carta y llené el pequeño hueco que dejara antes sin escribir, que no un pliego, sino diez, habría escrito de buena gana. Repetí mil veces mis protestas de amor, juré otras tantas que este sería eterno... ¡Somos tan fieles los hombres cuando nada hemos obtenido!

Vi la sombra de las alas de la tórtola: decididamente era un correo en toda regla. Entreabrí mi celosía y pasó la avecilla con presteza, cual si fuera dueña de nuestro secreto y temiera vendemos. No fue un billete, sino una carta muy extensa la que yo tenía preparada, una carta que temí que no pudiera llevar debajo de sus alas la tórtola. Nada quise quitar, empero: ¿cómo, si no había dicho la milésima parte de lo que necesitaba decir, y acudían constantemente a mi memoria mil cosas importantísimas que al escribir no había tenido en cuenta, y de consiguiente, había omitido? Con tal arte dispuse mi epístola, que conseguí colocarla debajo de una de las alas de mi correo, pero observé que entorpecía extraordinariamente los movimientos de este. Ocurrióseme entonces que, si escribía otra carta, esta segunda serviría de contrapeso a la primera. Fue una idea feliz que inmediatamente puse en ejecución: el éxito respondió a mis esperanzas, pues, cargada la tórtola con las dos cartas, emprendió el vuelo sin la menor dificultad.

Aquel día no me atreví a acompañar en la mesa a Constantino y a Fortunato, pues mi corazón, no bien cesaba de latir como el de un insensato, me lanzaba al rostro crueles reconvenciones. Bajé al patio, mandé ensillar a *Pretly*, monté y me confié al instinto del animal, el final, como de costumbre, me llevó a mi gruta favorita.

Llamé a un pastor que apacentaba su rebaño en la ladera de la colina opuesta, y le compré pan y leche. Todo el día me lo pasé soñando despierto en la gruta, solo, porque necesitaba estar solo. Yo creo que, si hubiese encontrado a cualquier hombre, me habría abalanzado a su cuello y le hubiera abrazado gritando que era dichoso. Regresé a casa al anochecer, encontrando en el patio a Fortunato, a quien dije que había dado la vuelta a la isla y visto verdaderas maravillas.

Salí de mi habitación minutos antes de las nueve, y cuando el reloj sonaba esta hora pasó, como la víspera, sobre el lomo del muro un ramo que vino a caer a mis pies. Ya no lo formaban las mismas flores que formaban el anterior, circunstancia que demostraba que el ramo era contestación directa de mis cartas y que no fue la casualidad la señora que reunió la vellorita con los claveles blancos. El ramo se componía de acacias, de palominas y de lilas. En vista de una reunión de flores tan dulces y que tan dulce perfume exhalaban, era de esperar que la contestación fuese también dulce.

Llevé el ramo a mi habitación y lo coloqué sobre mi pecho durante la noche entera. No bien se hizo de día, me llegué al pueblo, encontrando a mi griega en el sitio de la cita. Le enseñé el ramo: Fatinitza me contestaba que también ella experimentaba dulces emociones de amor, pero llenas de inquietudes y de terrores. No podía contestar mi carta con mayor claridad. Salí maravillado de un idioma tan encantador y diciéndome que el pueblo que lo inventó fue, a no dudar, el más civilizado de los pueblos de la tierra. Vuelto a mi habitación, escribí la carta siguiente:

«Gracias... gracias de rodillas, ángel adorado. Bendigo la emoción que experimentas, y que en mí es una locura, pero, dime: ¿qué causa motiva tus inquietudes, qué fundamento reconocen tus terrores? ¿Temes, acaso, que el amor que te profeso no corresponda a tus merecimientos? ¿Te inquieta la duración de mi pasión? Mi amor, ángel querido, es mi vida, ha invadido mi sangre, forma un todo inseparable de mis pensamientos, y cuando mi corazón deje de latir, cuando mi inteligencia se extinga, me parece que mi amor seguirá viviendo lozano y pujante porque mi amor es mi alma, y en realidad, solo tengo alma desde el día que te vi.

»Cesen, pues, tus temores, Fatinitza adorada; cesen tus inquietudes, ángel mío: permíteme que te vea una hoque te haya dicho con los labios, con los ojos, con todas las facultades de mi alma: “Te adoro, Fatinitza; te quiero más que a mi vida, más que a mi alma, más que a mi Dios”; si luego que te haya dicho todo eso, persisten tus temores, ¡oh!, entonces renunciaré a ti, abandonaré a Geos, me iré a cualquier rincón del mundo, no para olvidar que te he visto, sino para morir porque no te veo».

Fatinitza recibía mi carta dos horas después de escrita, y aquella noche tenía yo su respuesta. Se componía esta de una de esas flores amarillentas, tan codiciadas por nuestros niños y tan abundantes en nuestras praderas, cuyo nombre no recuerdo, de una pasionaria y una francesilla, que significaban que Fatinitza sentía las mismas impacencias amorosas que yo, pero que presagiaba que nuestra pasión se vería amargada por grandes dolores.

Intenté combatir presentimientos tan extraños, lo que no me fue difícil, pues las razones que para ello empleé, se agitaban poderosas en el fondo de su mismo corazón. ¿Qué desventuras podían amenazarle a ella que no se cernieran también sobre mi cabeza? Y, en ese caso, ¿no era preferible sufrir por habernos visto que ser desgraciados por no vernos? En cuanto a las dificultades que pudieran oponerse a una entrevista personal, a fe que podíamos vencerlas sin grandes esfuerzos. Constantino y Fortunato, ignorantes de nuestro amor, no nos espiaban a ninguno de los dos, en consecuencia, nada nos impedía que, llegada la noche, nos reuniéramos en el jardín. Para ello no necesitábamos más que una escala de cuerda, que yo me encargaría de echar y que ella sujetaría a un árbol cualquiera por un extremo, mientras yo ataba el otro a una piedra de mucho peso. Si Fatinitza accedía a mis deseos, me enviaría un ramo de heliotrope. La tórtola fue la mensajera encargada de llevar tan hermoso proyecto.

Para Constantino y Fortunato, desde algunos días antes, me había invadido un amor infinito hacia todo lo antiguo; de aquí que no les admirase ver que me iba de casa no bien tomaba el desayuno. Hice ensillar a *Pretly* y bajé a la población, compré cuerdas y fui a esconderme en mi gruta, donde comencé a fabricar mi escala. Era una faena de marinero para la que me sobraba competencia y que dejé terminada en unas dos horas. La arrollé alrededor de mi cintura, debajo de mis zaragüelles, y llegué de regreso a casa cuando calculé que habrían comido ya.

Constantino y Fortunato habían salido. Aquellas aves de mar, después de seis semanas de inactividad, sentían comezón de mover las alas y habían ido a visitar su jabeque latino. El motivo me importaba muy poco, pues lo esencial

para mí era que me dejaran solo. Cerró la noche y salí a buscar mi ramo, que no llegó. Nada oí, pese a la tranquilidad de la noche, que me hubiese permitido oír hasta su paso de hada; hasta su respiración de sílfide. Esperé inútilmente hasta más de la una de la madrugada y hube de volverme a mi habitación con la desesperación en el alma.

Me tendí sobre el diván acusando a Fatinitza de dura y cruel, jurando que no me amaba, que era coqueta como buena hija de Oriente, que había jugado con mi pasión alimentándola con esperanzas mentidas para retroceder luego al verla llegada a su límite máximo. Por supuesto, que era ya muy tarde: la chispa había tomado proporciones de incendio voraz que no podía apagarse más que devorándolo todo. Me pasé la noche entera escribiendo amenazas, excusas, protestas de amor, en una palabra: una carta de insensato. Llegó, como de ordinario, la tórtola a buscar su mensaje; pero aquella vez venía con un collar de margaritas, símbolo de tristeza, que me traía de parte de Fatinitza. Hice pedazos la carta que había escrito y preparé la siguiente:

»Sí: también tú sufres, también tú estás triste y afligida, porque tienes un corazón demasiado juvenil para que se complazca, para que se deleite en los sufrimientos ajenos: pero yo, Fatinitza adorada, no es tristeza lo que experimento, no es pena: es desesperación.

»Te amo, Fatinitza, te amo... no diré tanto como puede amar un hombre, pues no creo que hombre alguno pueda amar con la intensidad con que yo te amo, sino cómo puede amar un Dios. Te diré que para mi corazón, es tu vista lo que el sol para las pobres flores que antes me enviabas, flores que, privadas de la visita de aquel, se marchitan y mueren. ¡Mándame morir, Fatinitza, y moriré! ¡Oh! ¡Es tan fácil!... Pero no me condenes a no verte, porque ese mandato, Dios mismo, con toda su omnipotencia, no podría conseguirlo de mí, a menos que, al dármele, me pulverizase con uno de sus rayos.

»Esta noche esperaré en el ángulo del muro donde permanecí la pasada hasta después de la una de la madrugada. ¡Por Dios vivo, Fatinitza, no me hagas sufrir hoy las torturas que me despedazaron ayer, pues me faltarían las fuerzas y mi corazón saltaría hecho pedazos!

»¡Ah! ¡Hoy he de ver si en realidad me amas!».

Quitó a la tórtola su collar de margaritas y coloqué mi carta bajo su ala. El día me pareció eterno. No quise salir: me tendí sobre el diván y dije que estaba enfermo, lo que fácilmente hice creer a Constantino y a Fortunato, que

vinieron a verme, porque en realidad, tenía una fiebre alta y me ardía la cabeza.

Venían a invitarme a acompañarles a Andros, donde asuntos importantes reclamaban su presencia. No les pregunté qué asuntos eran, pero desde luego adiviné que se trataba de asuntos políticos. Acerté: en Andros se reunían unos veinte miembros de la sociedad de los *heteristas*, a la cual pertenecían Fortunato y Constantino. Mi enfermedad desapareció no bien salieron ellos. Levanté mi celosía, esparcí trigo y migas, y un cuarto de hora después se presentaba la tórtola. Seguidamente escribí esta carta:

«Tenemos en perspectiva una noche durante la cual no nos amenazará ningún peligro, una noche que, por el contrario, puedo pasar entera a tus pies. Tu padre y tu hermano salen para Andros, de donde no regresarán hasta mañana... ¡Oh, Fatinitza de mi vida!... ¡Ten confianza en mi honor! Por mi parte, la tengo absoluta en tu amor».

Una hora más tarde llegaban a mis oídos los gritos de los marineros que se llamaban unos a otros. Corrí a la ventana que daba al mar, y, a través de la celosía, vi a Constantino y a Fortunato que embarcaban en una canoa. Les acompañaban veinte hombres tan soberbiamente armados, que más parecían los primeros príncipes visitando sus Estados que piratas corriendo furtivamente de una a otra isla del Archipiélago. Les seguí con los ojos mientras estos divisaron la vela, que no tardó en desaparecer en el horizonte arrastrada por un viento fresco favorable. ¿Qué diré de mi alegría? Me sería imposible describirla. Salté como un loco, bailé como un insensato... ¡Al fin me encontraba solo con Fatinitza!

Llegó la noche, demasiado tarda para mis deseos, que hubiesen querido dar alas al tiempo. Salí con mi escala de cuerda, pálido, temblando, como si acabara de cometer un crimen. A nadie encontré, y llegué sin ser visto hasta el ángulo del muro. Sonaron las nueve... Me parecía que las campanadas repercutían en mi corazón. No se había extinguido el eco de la última cuando cayó a mis pies el ramo.

¡Bendito sea Dios! No lo formaban solamente heliotropos, sino lirios azules y flores de acónito además de los primeros. Fatinitza tenía confianza absoluta en mi honor, se abandonaba a este, pero crueles remordimientos atenaceaban su alma: era el significado de la combinación de las tres flores. Como es natural, no lo comprendí yo, profano en el poético idioma, pero vi los heliotropos, y no necesitaba más: consentía. Arrojé el extremo de la escala sobre el caballete del muro: sentí que alguien imprimía a aquella un ligero movimiento, tiré al cabo de breves instantes, y observé que estaba fija. La

sujeté por mi parte lo necesario para que pudiera sostener el peso de mi cuerpo, y trepé con la agilidad de un marino. Llegado a lo alto del muro, salté al jardín, sin calcular la altura, sin saber dónde caería, y fui a rodar a los pies de Fatinitza, que me esperaba en medio de un macizo de flores, nuestro hermoso y fragante alfabeto de amor.

Lanzó Fatinitza un grito, pero ya me encontraba yo a sus plantas, abrazando sus rodillas, llevando sus manos sobre mi corazón, reclinando mi cabeza contra su pecho. Al fin rompí a llorar. Era mi alegría tan inmensa, que se exteriorizaba como se exteriorizan los grandes dolores. Me contemplaba Fatinitza con la sonrisa del ángel que abre a un alma las puertas del Cielo, o con la de la mujer que entrega a un hombre el corazón. Irradiaba su rostro más calma que el mío, pero no menos dicha. Entre los dos no había más diferencia que la siguiente: yo rodaba entre las alborotadas olas de mi tempestad de amor, y ella se cernía sobre las del suyo como un cisne.

¡Qué noche, santo Dios! ¡Flores, fragancias delicadas, trinos de ruiseñores, el cielo encantador de Grecia, y junto con todo esto, dos corazones juveniles, igualmente puros, que aman por primera vez! ¡Oh! El tiempo no basta: sería preciso agotar la eternidad para encontrar el fondo de semejante dicha. Palidieron las estrellas, vino el día, y yo, cual otro Romeo, me empeñé en desconocer la aurora. Fuerza era separarnos, pero antes cubrí de besos las manos de Fatinitza, le dije en un minuto todo lo que le había dicho durante toda la noche, y nos separamos, pero prometiendo vemos la siguiente.

La dicha me embriagaba, me mataba, cuando volví a mi habitación y me tendí sobre mi diván para pasar, si me era posible, de lo real a lo soñado. Hasta aquella noche no había conocido yo a Fatinitza. La castidad y el amor reunidos en una sola mujer forman la piedra preciosa de más valía que jamás ha salido de las manos de la Naturaleza y han creado un tipo moderno del que la Virgen Santísima es el símbolo. Los antiguos no conocieron más que a Diana y a Venus, la cordura y la voluptuosidad, y toda su inventiva no llegó a crear una mujer que atesorase en su persona la virginidad de la una y la pasión de la otra. Me pasé el día entero escribiendo, ocupación para mí la más grata, toda vez que me era imposible ver y hablar a Fatinitza. De vez en cuando me levantaba, salía a la ventana y escudriñaba con la mirada el horizonte hacia la dirección de Andros, viendo muchas velas de pescadores que se deslizaban desde Tina a Ghiara y parecían aves marinas, pero ninguna que por su forma me pareciera la canoa de Constantino. Como nada anunciaba el regreso de este y de su hijo, a quienes sin duda habían retenido sus asuntos, me prometí pasar otra noche divina, libre de temores.

¡Oh! ¡Cuán a fondo llegué a comprender la elocuente mitología de los antiguos, que tenían una divinidad para el día y otra divinidad para la noche, una divinidad para cada hora, y que creían que no eran demasiados dioses para prestar oídos a los votos diversos y contradictorios de los mortales! Vino el crepúsculo, la noche tendió sus negros tules, se encendieron las luminarias del cielo, y yo corrí a caer a los pies de Fatinitza.

Habíamos pasado la noche anterior hablando cada uno de su persona, pero la segunda, Fatinitza habló de mí y yo de Fatinitza. Hice historia de mis curiosidades, de mis deseos, de las noches y los días pasados detrás de la celosía de mi ventana. Otro tanto le había sucedido a ella: desde que escuchó el relato de nuestro combate, desde que le refirieron que yo había herido a Fortunato y luchado con Constantino, que el pobre Apostoli, que mientras hablábamos nos contemplaba desde el cielo, me salvó de perecer entre las olas, y que Fortunato, curado por mí, me llevó a su casa, no como médico, sino como hermano del alma, se apoderó de ella un deseo ardiente de verme, y al cabo de algunos días simuló, para lograr sus anhelos, una indisposición que no sentía. Me confesó que había comprendido al momento que tuve yo mis motivos para ordenarle el paseo, y que le dio la explicación de la índole de esos motivos el hecho de haber encontrado entre las hojas del libro el ramito que al día siguiente sacó de su pecho la tórtola delatora. Quería ella que yo le hablase de mí; pero repliqué insistiendo en que me hablara ella de sí misma, diciendo que al día siguiente me correspondería a mí el turno de obedecer.

Lo que me dijo parecía la confesión de un ángel. Era una verdadera hija de Grecia en cuya mente palpitaban confundidas las ideas religiosas con las profanas, una doncella que creía firmemente en el poderío de la Virgen y al mismo tiempo en la ciencia de los adivinos. Antes de conocerme, todas las noches, al ir a acostarse, ponía tres flores en una bolsita de seda. Las tres flores eran blanca la una, encarnada la otra y amarilla la tercera. Por la mañana, lo primero que al abrir los ojos hacía, era poner sus deditos de uñas sonrosadas en la bolsita, que durante la noche había tenido debajo de su cabeza, y sacar al azar una de las tres flores. El presagio decidía de ordinario el buen o mal humor del día, porque si sacaba la flor blanca creía que el cielo le depararía un marido joven y hermoso que la enloquecería de alegría, si sacaba la flor encarnada era señal de que sería esposa de un varón maduro y grave, presagio que la dejaba pensativa; pero si sus dedos escogían la flor amarilla... ¡oh!, ni una sonrisa plegaba sus labios en todo el día, ni un canto

salía de su garganta, porque la pobre doncella estaba condenada a casarse con un viejo.

Venía luego el capítulo de los sueños, en cuya explicación y significación estaba muy fuerte. Ella me explicó que soñar con cementerios es excelente agüero, aunque lo es mejor todavía soñar que uno se baña en aguas límpidas y cristalinas; en cambio, soñar que se ha perdido un diente o una muela, o bien que ha sido uno mordido por una serpiente, equivale a una revelación de muerte cierta y próxima.

Algo sombrío flotaba sobre la nube de locas ideas que llenaban aquella linda cabecita, algo sombrío que era el horrendo suceso al que debía su desventura. Nunca pudo recordar, sin estremecerse de espanto, la escena terrible desarrollada en Constantinopla; su casa reducida a cenizas, a su abuelo y a su madre degollados, los puñales y las llamas a cuya furia arrancaron a ella y a su hermana Constantino y Fortunato. El recuerdo, que con frecuencia resurgía en su mente, hacía que sus ojos se velasen, que sus hermosos colores se trocasen en palideces de muerte, que su risa se helase en sus labios y que en sus pestañas temblasen lágrimas. De su educación diré que era más esmerada y completa que la del común de las mujeres griegas, por regla general analfabetas; que como música, no hubiera hecho mal papel en cualquier salón de Londres o de París, y que hablaba el italiano con la fluidez y corrección misma con que se expresaba en su lengua natal.

Pasó la segunda noche rápida y feliz como la primera. Tal armonía se estableció en nuestras almas, que desapareció por completo nuestro pasado, absolutamente divergente. Nos conocíamos desde la eternidad, y comenzamos a amarnos desde que nuestros ojos se abrieron a la luz.

Entré en mi habitación henchido de reconocimiento y de gratitud por esos misterios infinitos que Dios oculta en su seno y que aparecen paulatinamente y uno tras otro ante nuestros ojos semejantes a las hojas de un libro desconocido. ¿Quién me hubiese dicho el día que, fugitivo, me hacía a la mar en Constantinopla, cuando creía definitivamente perdido mi porvenir, cuando volvía mis ojos en todas direcciones para buscar, no un horizonte de hermosos colores, sino el menos sombrío, que, merced a un encadenamiento de circunstancias, tan extrañas, y a la par tan naturales, conseguiría, al cabo de dos meses escasos, crearme una vida rica en sensaciones nuevas, en comparación de las cuales eran ensueños grises y descoloridos todos los que hasta entonces había tenido? ¿Cómo habría yo podido disfrutar de tanta dicha, sí, faltando la causa primera de la misma, continuara a bordo del *Tridente*? ¿Para qué ser privilegiado hubieran sido los sucesos que dormían tras el velo

que los cubría? ¿Quién habría sido dueño del amor de Fatinitza si esta no me hubiera amado a mí? ¿Quién habría saboreado los tesoros de castidad y de ternura que a mí me embriagaban? No; el curso de los sucesos fue como debía ser: lo marca el dedo de Dios y no depende de los hombres alterarlo. Cada mortal, al venir al mundo, tiene señalada la senda que debe seguir en la vida, senda en cuyos dos bordes duermen los acontecimientos, felices o desgraciados, que despiertan al ruido de sus pasos, y que le preceden cantando, como el tañedor de flauta al cónsul Duilio, o le siguen bramando, como los fantasmas a Lenora. Gracias a Dios, yo seguía un camino sembrado de bendiciones y paladeaba una dicha que excedía a cuanto hubiese podido soñar. En realidad, debía yo acordarme de Polícrates de Samos y procurar desarmar los celos del destino arrojando a la mar algún anillo precioso.

Hacia el mediodía regresaron Constantino y Fortunato de Andros. Quise salir a recibirles al muelle, pero me faltó el valor. Me intimidaba la idea de encontrarme en su presencia y hubiese querido retardar todo lo posible el momento de verles, pero a poco de haberles oído entrar en casa, se abrió la puerta de mi habitación y entró Constantino.

Venía a anunciarme que, dentro de quince días, saldría de Zea para recorrer los mares. A continuación, sin exigírmelo, me preguntó si querría aprovechar la escala que pensaba hacer en Scio para llegar hasta Esmirna y dar cumplimiento a la fúnebre misión que para su madre y hermana me encargara Apostoli.

Las pocas palabras que Constantino me dirigió, que eran prueba evidente de que no le agradaba que yo me quedase en Ceos durante su ausencia y la de Fortunato, echaron por tierra, de un solo golpe, todo el andamiaje de mi dicha. Sin querer me acordé de aquella nubecilla del golfo de Vizcaya, que llegó a convertirse en deshecha tempestad. ¡Separarme de Fatinitza!... Ni por mi imaginación había pasado la idea de que pudiera llegar el momento de separarme de ella por un solo día, y, sin embargo, quedarme a su lado era imposible, sin dar a Constantino y a Fortunato motivos sobrados de sospecha. En mis circunstancias, solo dos caminos tenía abiertos: seguir a Constantino o declarárselo todo: abandonar a Ceos o quedarme con el título de prometido de Fatinitza.

Me había aventurado con los ojos vendados por el camino del amor, y una mano despiadada me arrancaba la venda y me hacía ver que me encontraba frente a una realidad terrible. Escribí a Fatinitza por conducto de mi alada mensajera, diciéndole que habían regresado su padre y su hermano y que debía esperarme más tarde; y en efecto, cuando oí que Constantino se

encerraba en su habitación, salí yo de la mía y bajé con paso furtivo la escalera, para deslizarme luego como una sombra a lo largo de los muros. Llegado al sitio de costumbre, arrojé mi escalera. La fijó Fatinitza, que me estaba esperando, y segundos después estábamos juntos.

Mi tristeza llamó su atención desde el primer instante.

—¡Dios mío! —exclamó, presa de viva inquietud—. ¿Qué tienes, qué te pasa, amado de mi alma?

Sonreí con amargura y la estreché contra mi corazón.

—¡Habla! —repuso ella—. ¡Me estás haciendo morir!... ¿Qué ocurre, di?

—Ocurre, Fatinitza adorada, que tu padre sale de Ceos dentro de quince días.

—Sí; lo sé. Hoy me lo ha dicho... ¡Dios mío! ¡Te amo tanto, que lo había olvidado!... Pero quien tiene motivos para estar triste soy yo, no tú... ¿Qué te importa que se vaya mi padre? No es el autor de tus días y...

—Cierto, Fatinitza, pero me lleva consigo. Me ha indicado que debo prepararme para acompañarle en el viaje... me niego, buscará y encontrará los motivos que aquí me retienen... y si me voy... ¡No! ¡No puedo irme dejándote aquí!

—¿Y quién te impide confesárselo todo, amado mío? Como a hijo te quiere mi padre... nos uniremos... seremos felices.

—¡Escúchame, Fatinitza! —contesté después de algunos momentos de silencio, durante los cuales me miró con expresión de inquietud indefinible—. Escucha, y no interpretes mal lo que voy a decirte.

—Habla.

—Si tu madre viviera y tú te encontraras lejos de ella y de tu padre, ¿te casarías sin su consentimiento?

—¡No!... ¡Nunca!

—Pues bien, Fatinitza: alejado estoy yo de un padre y de una madre que me idolatran y a quienes adoro: no les he proporcionado más que dolores y angustias, puesto que, a estas horas, saben que he destruido todas las esperanzas que en mi porvenir habían puesto, toda vez que, a estas horas, es indudable que pesa sobre mi cabeza una sentencia que me condena a muerte y me cierra para siempre las puertas de mi patria.

—¿Pero por qué te condenan a muerte? ¿Por haber contestado con un reto a un insulto sangriento? ¿No estarías condenado a eterna vergüenza si de otra suerte te hubieses conducido?

—Sí, Fatinitza, pero nuestras leyes son inflexibles. Si pongo mis pies en Inglaterra muero irremisiblemente.

—¡Oh! ¡No los pongas nunca! —exclamó, echándome los brazos al cuello—. ¿Qué necesidad tienes de ir a ese odioso país? ¿No es tuyo el mundo entero, no puedes vivir en esta pobre isla, que no vale lo que tú Inglaterra, ya lo sé, pero donde has despertado amores como no has de despertarlos en ninguna región del mundo?

—Dios me es testigo, Fatinitza mía —contesté, aprisionando su cabeza entre mis manos y mirándola con mi alma entera—, de que no suspiro por mi patria... Mi patria es el rincón de la tierra donde vives tú, donde me dices que me amas... Un peñasco solitario, perdido en medio de la inmensidad del mar, y tu amor, es lo único que ansío... cree que no pediría otra cosa si mis padres me escribieran: «Sed felices y recibid nuestra bendición tu prometida y tú».

—¿Por qué no les escribes, pues? Di a mi padre lo mismo que acabas de decirme a mí, y este esperará con paciencia la bendición que deseas.

—Por mi desgracia, es eso precisamente lo que no quiero decirle, ángel mío —repliqué, pasando mi brazo alrededor de su talle y estrechándola contra mi pecho—. Mira, Fatinitza: en mi país no solo hay leyes extrañas, absurdas, si quieres, conforme decías hace un instante, sino también prejuicios terribles. Soy el último representante de una familia noble y antigua...

Fatinitza se desprendió con brusquedad de mis brazos y me miró con orgullo.

—¡Pero no más noble ni más antigua que la mía, John! —replicó—. ¿Es que ignoras cuál es el segundo apellido de mi padre? ¿Por ventura no has reparado en que sus servidores le hablan como se habla a los reyes? ¿No significa para ti nada descender de los espartanos y llamarse Sophianos? Vete a Mombasia, visita su catedral, y en ella encontrarás nuestras ejecutorias de nobleza al pie de la capitulación de la ciudad que, regida por uno de nuestros antepasados, resistió por espacio de tres años las acometidas de todos tus antepasados de Occidente. Si no te preocupan otras consideraciones que la expuesta, escribe a tu madre y asegúrale que has encontrado una mujer más noble que ninguno de los descendientes de los que han atravesado el estrecho de Guillermo el Conquistador.

—¡Lo sé, Fatinitza, lo sé! —contesté con expresión de ansiedad profunda, pues ella no podía comprender la razón de nuestros escrúpulos, y en cambio yo comprendía perfectamente la de su orgullo—. Sé que tu familia es muy noble: pero las circunstancias... acontecimientos dolorosos... el despotismo... han hecho de tu padre...

—Un pirata, ¿verdad? Han hecho de mi padre un pirata, como hicieron kleftas de Mavrocordato y de Botzaris. ¡Día vendrá, John, en que estos piratas

y aquellos kleftas harán enrojecer al mundo que les dio semejantes nombres! Pero, mientras tanto, tienes razón: la hija de un pirata o de un klefta debe aprender a ser humilde, debe aprender a entender cuál es su puesto... ¡Habla!

—¡Oh, mi Fatinitza adorada! ¡Si mi madre pudiera verte un día, una hora, un instante, ¡ah! entonces mi tranquilidad sería completa, ni por un momento dudaría! Si yo pudiera arrojarme a sus pies, decirle que mi vida depende de ti, que sin ti me es imposible soportar la existencia, que tu amor lo es todo para mí... ¡Sí! ¡También estaría seguro de su consentimiento! Pero lucho con lo imposible, no puede ella conocerte, no puedo yo hablarle, me veo condenado a confiar a un papel mi demanda, y las súplicas encomendadas a un frío papel son por necesidad frías. No sabrá ver que cada una de sus letras ha sido escrita por mí con sangre de mi corazón, y es muy posible que me niegue su consentimiento.

—Y si te lo niega, ¿qué piensas hacer?

—Iré a solicitar personalmente su bendición, sin la cual me sería imposible vivir: iré, poniendo en grave riesgo mi vida, porque nada vale mi vida en comparación de mi amor. Iré, Fatinitza, en persona... toma nota de mi compromiso... iré, tan cierto como eres tú un ángel de virtud.

—¿Y si aun así te lo negase?

—Entonces, Fatinitza, volvería aquí, para pedirte que hicieras por mí un sacrificio inmenso, para pedirte que abandonases a tu familia como yo habría abandonado ya la mía. Nos iríamos a cualquier rincón del mundo para vivir desconocidos... y nuestra familia serían las estrellas, que contemplarían envidiosas nuestra dicha y que dejarían de lucir antes que yo de amarte.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—¡Por mi honor, por tu amor, por tu vida lo juro! Desde este instante, Fatinitza mía, eres mi prometida.

—¡No! ¡Desde este momento soy tu esposa! —exclamó, echándome los brazos al cuello y apoyando sus labios sobre los míos.

XIII

NO FUERON palabras vanas las que Fatinitza me había dicho: afirmó que era mi esposa y lo era en efecto. Desde el día en que tuvimos la conversación que dejo transcrita, hasta el de mi marcha, pasamos juntos todas las noches y estas fueron noches de dicha infinita, pues su alma de ángel me creyó como se cree a un Dios, y no vio en nuestra separación más que una crisis dolorosa que debía reunirnos para siempre. En honor a la verdad, diré que yo era digno de su confianza y que con razón me juzgaba ella así.

No quiero decir, empero, que nos viéramos enteramente libres, en medio de nuestra confianza mutua, en medio de la tranquilidad que debíamos a nuestra convicción instintiva, de ciertas dudas extrañas e indefinibles que de vez en cuando venían a apretujar nuestros corazones. Nuestra decisión era real, tan poderosa como decisión humana pueda serlo: pero entre dos personas que se separan puede colocarse, y fatalmente se coloca con frecuencia, una divinidad terrible que no es la Providencia, sino el azar. Ni yo mismo podía verme libre de la mordedura de esa inquietud, que despojaba a mis protestas del acento de seguridad que tan necesario era para llevar la tranquilidad al ánimo de Fatinitza.

Convinimos la norma de conducta que yo debía seguir. Ante todo, iría a Esmirna, donde me llamaba el cumplimiento de un deber doble, o, mejor dicho, el cumplimiento de un deber y la realización de un paso que me era conveniente. En primer lugar, debía evacuar en Esmirna la misión santa que el pobre Apostoli me confiara al morir para su madre y su hermana, y en segundo, averiguar si me había llegado alguna carta de Inglaterra. Una vez en la ciudad mencionada, centro de las comunicaciones entre Oriente y Occidente, escribiría yo y esperaría la contestación de mis padres, y luego, como no podía yo seguir a Constantino y a Fortunato en sus correrías, que durarían de dos a tres meses, es decir, mayor tiempo del necesario para que yo recibiera de mi familia contestación a la carta que les dirigiría, aguardaría hasta que aquellos vinieran a recogerme para volver con ellos a Ceos. Mientras tanto, nada diría yo a Constantino ni a Fortunato sobre mis amores con Fatinitza. Si volvía sin ellos a Ceos, me dirigiría a Estéfana, a quien su hermana se lo había confiado todo.

Sencillas y fáciles de cumplir eran todas estas cosas: ambos estábamos seguros uno de otro, y sin embargo, no conseguíamos vernos libres de tristes presentimientos que nos torturaban más de lo que a nuestra tranquilidad convenía. De lágrimas fue la noche última que pasé al lado de Fatinitza: ni mis promesas, ni mis juramentos, ni mis caricias, consiguieron tranquilizarla y consolarla. Más muerto que vivo, me separé de ella y entré en mi habitación como un loco. Escribí una carta postrera en la que le ratifiqué mis promesas y juramentos, añadiendo cuantas consideraciones creí que podrían tranquilizarla, y confié el mensaje a nuestra querida tórtola que, no bien amaneció, vino a posarse sobre el alféizar de mi ventana, cual si también ella hubiese tenido noticia de mi marcha y quisiera despedirse de mí.

Serían las ocho cuando vi que Constantino y Fortunato atravesaban el patio y se dirigían al pabellón: iban a decir adiós a Fatinitza. No me invitaron a acompañarles ni yo me atreví a solicitarlo: verdad es que prefería mil veces no ver a Fatinitza a verla con expresión indiferente. Poco más de una hora estuvieron a su lado, viniendo luego a buscarme. Mientras subían la escalera, di libertad a la mensajera, que tendió inmediatamente su vuelo en derecha a la ventana de su dueña. El último que de Fatinitza se despedía era yo.

Tuve necesidad de apelar a toda la energía de mi carácter para no venderme; aunque, por otra parte, la preocupación de Constantino y de su hijo era muy grande para que pusieran atención en la mía, y su dolor muy vivo para que el mío observaran. No habían visto nunca a Fatinitza tan triste y desesperada, y entrambos la amaban demasiado para no compartir su dolor y su desesperación, que ellos atribuían al temor a los peligros que pudieran correr.

Llegó el momento de salir de la habitación donde tan dulces emociones había experimentado en los dos meses últimos. Ya en el patio, fingí que había olvidado algo y volví a subir para verla una vez más. Besé todos los objetos como un niño, me arrodillé en el centro de la habitación y pedí fervorosamente a Dios que se dignara traerme de nuevo a ella. Habría sido expuesto a despertar sospechas permanecer en ella más tiempo, y por lo tanto, me apresuré a bajar. Constantino y Fortunato me esperaban en la puerta exterior, hablando con animación en lengua griega. Me reuní a ellos procurando dar a mi rostro una expresión de indiferencia natural, pues, en realidad, para ellos, no tenía yo por qué sentir abandonar a Ceos.

En el puerto nos esperaban Estéfana y su marido: la primera, como casada, llevaba su rostro descubierto. En los míos se clavaron sus grandes ojos negros que parecían querer penetrar hasta el fondo de mi alma, y, en el

momento en que yo entraba en la pasarela que debía dejarme en la barca, me dijo con voz baja:

—¡No olvides tus juramentos!

Me volví hacia la casa donde dejaba a Fatinitza como para poner al pasado como testigo del porvenir, y, a través de la celosía de mi adorada, vi asomar la mano y el pañuelo que habían saludado nuestra llegada, y que ahora saludaban nuestra marcha.

Mientras nos dirigíamos al jabeque, que esperaba fondeado en la entrada del puerto, exponiéndome a llamar la atención, no separé mis ojos de aquella mano y de aquel pañuelo. Lágrimas que podían más que mi voluntad subían hasta mis ojos velándolos como una nube que se interponía entre Fatinitza y yo. Volví entonces la cabeza para ocultarlas, más no tardaba en dirigirlos de nuevo hacia la mano y el pañuelo que me decían adiós. El viento nos era contrario para enfilarse la salida del puerto, y yo bendije una circunstancia que contribuía a que mi separación de Fatinitza se retardase algunos momentos más. Sin embargo, gracias a nuestros remeros, no tardó el jabeque en ganar el largo, y como, una vez fuera, pudo servirse de sus velas, en breve doblamos el promontorio y perdimos de vista a Zea y la casa de Constantino.

Apoderóse de mí una atonía profunda. Me parecía como si lo único que a la vida me retuviese fuera aquella postrera señal de despedida y que, una vez desaparecida esta, nada existía para mí en el mundo. Pretexté una indisposición que el exceso de calor hacía muy posible, me retiré al camarote y, tendido en la hamaca, di rienda suelta a las lágrimas. Al día siguiente tuvimos una calma completa, como si Dios no viera con agrado nuestra separación. Vi a Ceos todo el día, y aun al día siguiente distinguí la montaña de San Elías, que parecía una nubecilla azulada. Entramos, al fin, en el canal que separa a la antigua Eubea de la isla de Andros y, derivando hacia la derecha, perdimos de vista el postrer vestigio.

Ocho días tardamos en ganar la altura de Scyros, poética cuna de Aquilea. Tuvimos desde entonces viento, pero contrario y variable, de suerte que nos costó siete días más llegar a Scio. A los diez y siete días de habernos hecho a la mar anclamos a la vista de Esmirna, pero alejados de la ciudad, pues, aunque Constantino sabía que podía contar con las simpatías de sus compatriotas, no osó entrar en un puerto tan frecuentado y poderoso como el mencionado.

Constantino y Fortunato me ofrecieron cuanto podían y valían antes de despedirse de mí, ofrecimientos que agradecí y no acepté, pues en realidad nada necesitaba: aún me quedaban unos ocho mil francos en dinero contante y letras de cambio. Lo único que les supliqué fue que volvieran a tocar a

Esmirna para tomarme a bordo, si yo continuaba en la expresada ciudad. Confieso que respiré más tranquilo y experimenté un alivio extraño al separarme de aquellos dos hombres: ante ellos me encontraba yo violento y como humillado, pero si no les veía mi imaginación me los representaba exclusivamente bajo su aspecto poético, semejantes a los desterrados de la antigua Troya que corrían en busca de una patria con las armas en la mano.

Hicieron la señal convenida para indicar que a bordo iba alguien que deseaba desembarcar, y no tardamos en ver que desatracaban un bote y venían a buscarme. Apenas en tierra, pregunté por la residencia de la madre de Apostoli, y supe que, desde tres semanas antes, vivía en una casa de campo, distante media legua de Esmirna. Uno de los marineros del bote se encargó de acompañarme a ella.

Criados vestidos de luto fue lo primero que encontré al llegar: los pasajeros de *La Bella Levantina*, que eran deudores de su libertad a la muerte de Apostoli, habían sido portadores de la triste nueva. La madre y la hermana del difunto, al saberla, cedieron su establecimiento comercial, a cuya frente estuvieron hasta entonces sin más objeto que el de aumentar la fortuna del hijo y del hermano, y se habían retirado al campo para llorar allí su pérdida.

Las puertas de la casa me fueron abiertas de par en par no bien fue pronunciado mi nombre, pues la madre de Apostoli había tenido noticia de la amistad íntima que me unió a su hijo y de los cuidados y atenciones que le prodigué hasta su muerte. Me esperaba en el fondo de una habitación tapizada de negro. La encontré en pie, llorando lágrimas silenciosas y puestos los brazos como los de Ja Madre de los Dolores. A la vista de tristeza tan profunda, caí de rodillas; pero la buena señora me levantó y, estrechándome entre sus brazos, me dijo:

—Hábleme de mi hijo.

Entró en aquel punto la hermana de Apostoli. Su madre le indicó por medio de un gesto que se quitara el velo, indicación que fue al punto obedecida. Pude admirar una doncella lindísima de diez y seis a diez y siete años de edad, que probablemente me habría parecido encantadora si mis ojos hubieran sido capaces de extasiarse ante bellezas que no fueran las de Fatinitza, o si la imagen de esta no continuara viva en mi corazón. Entregué a cada una el legado fúnebre de que era portador: los cabellos a la madre, a la hermana el anillo, y la carta para las dos, y a continuación hube de entrar en detalles sobre la enfermedad y muerte del infeliz Apostoli. Yo sabía que los grandes dolores solo con las lágrimas se endulzan y mitigan, así que, no me importó hacer resaltar en mi narración los detalles que retrataban al ángel que

habían perdido, al santo que dejó la tierra para volar al Cielo. Lloraban las dos, lloraban mucho, pero sin convulsiones, sin desesperación, como lloran las personas verdaderamente cristianas.

Pasé a su lado el día entero, olvidándome a mí mismo por ellas, y al atardecer regresé a la ciudad y corrí a visitar al cónsul. De todo lo relacionado conmigo tenía esta noticia por los oficiales del *Tridente*, que había tocado en Esmirna algunos días después de mi fuga de Constantinopla, pues precisamente el día que siguió a mi duelo con Burke, el capitán Stanbow recibió órdenes de volver inmediatamente a Inglaterra. Supe que, tal como suponía, todos lamentaron mi desgracia; y que el capitán Stanbow estaba resuelto, tan pronto como llegase a Londres, a dar a los lores del Almirantazgo una versión exacta del suceso. Me entregó el cónsul una carta de mis padres, que incluía una letra de cambio de quinientas libras esterlinas. La carta era de tres meses de fecha, y de consiguiente, había sido escrita antes que la noticia de la muerte de Burke hubiese podido llegar a Inglaterra.

Ocho días permanecí en Esmirna esperando oportunidad para dirigir una carta a mi madre. La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la madre de Apostoli, que me quería como a hijo y a la que constantemente hablaba yo de la mía. El día noveno, al entrar yo en la fonda, supe que había fondeado en el puerto un buque inglés que hizo la travesía desde Londres en veintitrés días. Dos horas después me enviaba el cónsul una carta. Confieso que sentí un estremecimiento general al recibirla: mi pobre madre debía saber ya el suceso de que fui protagonista, y temblé al pensar que la carta que acababa de recibir fuera reflejo vivo de su desesperación. Examiné el sobrescrito como buscando en él algo, cualquiera señal que me tranquilizara; la letra era la corriente de mi madre: nada indicaba alteración del pulso.

Abrí la carta al fin, cuyas primeras palabras fueron para mí motivo de inmensa alegría, pues me traían una noticia inesperada. El señor Stanbow, no bien tocamos en Gibraltar en nuestro viaje a Constantinopla, indignado por la conducta observada por su segundo con respecto al infortunado David, había escrito a los lores del Almirantazgo solicitando el relevo del señor Burke, y fundando su petición en la enemiga declarada existente entre aquel y toda la dotación del buque. Precisamente porque todos conocían el carácter bellissimo del capitán, adquiriría su petición un peso considerable que pocos capitanes de la armada británica hubiesen podido darle, de lo que resultó que el Almirantazgo relevó inmediatamente al señor Burke, nombrándole segundo comandante del *Neptuno*, buque que se estaba armando en Plymouth para acompañar y proteger un convoy que debía ir a la India. Resultaba que el

nuevo destino del señor Burke había sido firmado en Londres ocho días antes de nuestro duelo de Constantinopla, y, como consecuencia, que yo había muerto en desafío a un oficial de la marina de guerra inglesa, más no un superior mío, lo que era muy diferente. Cierto que el consejo de guerra me había condenado a deportación, pero el rigor de la sentencia fue debido a mi rebeldía. Mi padre no dudaba que, de haber comparecido yo a la vista, hubiese sido absuelto. Me instaba a que me presentase inmediatamente, y a sus instancias se unían las de mi madre, que me decía que la mataría la inquietud sí, inmediatamente que leyera yo la carta, no volvía para tranquilizarla.

Sus deseos se armonizaban perfectamente con mis proyectos, toda vez que mejor defendería mi causa y la de Fatinitza de viva voz que por medio de carta. Corrí al puerto; supe que un buque mercante se disponía a zarpar con rumbo a Portsmouth; lo visité, me pareció que era de mucho andar, y tomé pasaje, prefiriéndolo a un buque de guerra, que no hubiese podido admitirme más que en calidad de prisionero, y no me habría permitido presentarme libre y espontáneamente, como era mi deseo, a los lores del Almirantazgo, después de dar un abrazo a mis padres. Fui a comunicar a la madre de Apostoli la alegre nueva que acababa de recibir, teniendo la satisfacción de ver, por primera vez, que cruzaba por sus ojos un rayo de alegría y jugueteaba por sus labios una sonrisa. Es posible que no compartiera su júbilo la hija. ¡Pobre niña! Ignoro lo que Apostoli le decía en su carta, son para mí un misterio los ensueños que el hermano le hizo vislumbrar; pero creo firmemente que llegó a imaginarse que yo permanecería mucho más tiempo en Esmirna.

Doce días después de mi llegada a la ciudad mencionada, la abandonaba, embarcando con rumbo a Europa al mes próximamente de haberme separado de Fatinitza. Para la madre de Apostoli fue motivo de nuevo dolor mi despedida, pues le parecía que, al perderme, perdía el cuerpo de su hijo después de haber perdido su alma. Yo le aseguré que mi intención era volver a Oriente muy en breve, bien que sin declarar la causa que determinaría mi viaje de regreso.

No me había engañado al ver en la *Betzy*, que tal era el nombre del buque en que embarqué, un velero excelente, pues al segundo día después de nuestra salida de Esmirna dábamos vista a Nicaria. ¡Desde lejos distinguí el túmulo bajo el cual dormía Apostoli!... ¡Apenas había en el Archipiélago isla que no conservara algún recuerdo mío!

Cinco días después pasábamos frente a Malta, sin detenernos. No parecía sino que el capitán de la *Betzy* sentía las mismas impacencias que yo, y que

el viento era esclavo sumiso nuestro. A los ocho días después de haber pasado frente a Malta, dejábamos por popa el Estrecho de Gibraltar, y a los veintinueve próximamente de haber zarpado de Esmirna anclábamos en la rada de Portsmouth.

Tan viva impaciencia me dominaba, que no quise utilizar la diligencia pública, con tanta justicia ponderada por su rapidez. La distancia que separaba a Portsmouth de la Williams-house era de unas noventa leguas que a caballo podía recorrer en veintidós horas: opté por este último medio.

Los postillones debieron tomarme por algún loco que había hecho una apuesta insensata. Serían las tres de la tarde cuando salí de Portsmouth, corrí toda la noche, y al hacerse de día me encontraba en Northampton. A eso de las diez franqueaba las fronteras del Condado de Leicester, cruzaba el Derby a todo el correr de mi caballo al mediodía, y al fin tuve la dicha de ver la Williams-house, el gran paseo de álamos que conducía al castillo, la puerta abierta, al perro sujeto a su cadena en el fondo del patio, a Patricio limpiando los caballos y a Tom que bajaba por la escalinata. Al pie de esta nos encontramos: me tiré del caballo gritando:

—¡Madre mía!... ¿Dónde está mi madre?

Mi grito resonó en los oídos de mi pobre y adorada madre, que acudió corriendo desde el fondo del jardín, donde se encontraba. Observé que vacilaba, que estaba a punto de caer; de un salto me coloqué a su lado y la recogí en mis brazos cuando la emoción daba con su cuerpo en tierra. Segundos después llegaba mi padre, corriendo con cuanta velocidad le permitía su pierna de palo. Le tendí la mano, mientras con la otra sostenía y abrazaba a mi madre y mientras el buen Tom, ebrio de alegría, tiraba la gorra por los aires y nos disparaba todo el vocabulario de sus exclamaciones y juramentos más variados. Llegó mi padre al grupo que, durante algunos momentos fue un grupo de locos que reían, gritaban y lloraban a más y mejor.

Pronto vinieron a engrosar el grupo todos los amigos de la casa, tan rápidamente se propagó la nueva de mi llegada. Entre ellos citaré a la señora Denison, cuya jerga irlandesa me prestara tan excelentes servicios en mi aventura de *La Verde Erin*; al señor Sanders, nuestro digno administrador, que apareció por el extremo de la alameda que conducía a su casita; al buen doctor, cuyas lecciones, felizmente para mí, había conservado en mi memoria, y que seguramente no soñó, al abrazarme, que abrazaba a un colega, y finalmente a nuestro cura el señor Robinson, que no había perdido su antigua afición al *whist*.

Acompañado por mi madre, hice una visita a toda la casa. Quise ver mi pajarera, religiosamente cuidada y muy poblada por sus voluntarios huéspedes; la gruta del capitán, que seguía siendo su paseo favorito, y finalmente el lago, mi hermoso lago, que en otro tiempo me parecía más grande que un océano y que ahora me pareció un estanque. Todo estaba en el mismo sitio que lo dejé, todo en el mismo estado. Me informé de las costumbres de mis padres, y supe que fueron las de siempre; comparé con aquella existencia dulce y uniforme la borrascosa mía del año último, y llegué a imaginar que salía de un estado prolongado de delirio, durante el cual cruzaran tanto los ojos de mi imaginación visiones terribles y apariciones encantadoras. Otro tanto debió ocurrir al Dante cuando, después de haber recorrido, acompañado por Virgilio, el infierno y el purgatorio, fue guiado por Beatriz al paraíso de la tierra.

Tan asombrada y conmovida como yo estaba mi pobre madre. No acertaba a creer que fuera su hijo adorado, el hijo al que creyó que no vería más, el que tenía ante sus ojos. Me estrechaba entre sus brazos, me oprimía contra su corazón, cual si necesitara convencerse de que era un cuerpo de carne y hueso y no una sombra lo que abrazaba y oprimía, y entonces rompía a reír estrepitosamente, sin motivo aparente, mientras sus ojos vertían lágrimas abundantes sin causa. Otras veces interrumpía bruscamente sus pasos, me miraba con fijeza y decía que su querido John se había hecho un hombre... Tenía razón: estaba yo para cumplir los diez y ocho años y había envejecido mucho durante el último.

Entramos en el salón donde me obligaron a contar la historia de mis viajes y aventuras. Obedecí, pero terminándola con la muerte de Burke, y limitándome a decir que, a raíz de mi duelo, hui al Archipiélago, donde permanecí hasta que la carta de mi madre me aconsejó que volviera.

Quiso mi padre que al día siguiente emprendiéramos el viaje a Londres. Cierto que la condena que sobre mí pesaba no era deshonrosa; pero era una condena, y mi padre, en cuyo corazón hablaba más alto que nada el sentimiento más estricto del honor, quería que de ella me lavase yo lo más pronto posible. Nos acompañó mi madre. No quiso separarse de mí ella, que había sufrido los efectos de una ausencia demasiado prolongada, aparte de que su salud era inmejorable, y seguramente no le harían mella las molestias del camino, de fácil remedio disponiendo de una silla de posta excelente. En cuanto al fallo del nuevo Consejo que debía revisar mi causa, a ninguno de nosotros nos parecía dudoso.

Llegados a Londres, nuestra primera visita fue para el Almirantazgo. Yo declaré que venía, libre y espontáneamente, a entregarme en manos de la justicia, y al efecto rogué que me indicasen la prisión donde debería encerrarme o la fianza que habría de depositar. Me concedieron la libertad bajo fianza; pero, como el *Tridente* hacía a la sazón un crucero por el Canal de la Mancha, para revisar el proceso antiguo y abrir otro nuevo precisaba esperar su retorno, que tendría lugar dentro de un mes como plazo mínimo y de seis semanas como plazo máximo. Como es natural, la demora me contrarió horriblemente, pero fuerza era someterse a ella. Pasamos en Londres todo ese tiempo. No conocía yo aquella Babilonia inmensa; pero todas sus curiosidades, todos sus atractivos, no consiguieron desterrar de mi corazón las inquietudes incesantes y crueles que lo torturaban. Habían transcurrido ya más de cuatro meses desde que salí de Ceos, y no podía menos de comprender que, en las despedidas, los dolores más acerbos son los del que queda. ¿Qué haría, qué pensaría Fatinitza, única imagen de cuantas vieron mis ojos en Oriente, que continuaba viva en mi alma y presente a mi espíritu?

Entró, al fin, el *Tridente*, en la rada de Portsmouth, y como el buque almirante se encontraba en el mismo puerto, resolvieron que tuviera lugar allí la revisión de mi proceso. Salimos inmediatamente de Londres, pues cada día que pasaba era para mí tan precioso, que no quería perder ni un solo segundo.

Grande, muy grande era mi impaciencia, pero en nada pudo apresurar los preparativos del proceso, que duraron un mes más. Llegó, al fin, porque todo llega en este mundo, el día señalado para la revisión. Mi padre, que quiso acompañarme, vistió su uniforme de almirante, al paso que yo volvía a lucir el de guardia marina, que había abandonado el día que maté a Burke. A las siete de la mañana disparó un cañonazo el buque almirante, y anunció, por medio de una señal, que el Consejo de guerra estaría constituido a las nueve. Huelga decir que fuimos puntuales a la hora. Me puse a disposición del oficial de guardia, llegaron unos tras otros los capitanes que debían formar el Consejo, y, a las nueve en punto, quedó constituido este. Me llamaron a las nueve y media. Entré en la cámara del Consejo. Frente a una mesa estaba sentado el almirante, que presidía, y a su lado el capitán encargado de la acusación. A uno y otro lado del presidente, por orden de antigüedad, había sentados seis capitanes más. Frente por frente al almirante, tomó asiento el defensor, y a la izquierda de este último me coloqué yo, en pie, como acusado que era. El proceso antiguo fue declarado nulo y se abrió otro nuevo fundado sobre pruebas nuevas. Me acusaban de haber asesinado a un oficial de la marina de guerra inglesa, sin que mediara provocación por parte suya, en el cementerio

de Constantinopla. Descartada, como se ve, la cuestión de insubordinación, todo se reducía a demostrar que el señor Burke murió en duelo leal y no asesinado a mis manos.

Escuché la acusación silenciosa y respetuosamente, y una vez terminada, después de pedir la palabra, que me fue concedida, referí sencillamente y con la mayor calma cómo ocurrió el lance, y pedí, como descargo único, que fueran escuchados los oficiales del *Tridente*, sin designar a nadie en particular, y dejando a los jueces la elección de los testigos a los cuales tuvieran a bien conceder el honor de ser oídos. Resolvió el Consejo oír las declaraciones del capitán Stanbow, del oficial Trotter, del guardia marina Jaime Perry y del contramaestre Thomson. También prestarían declaración cuatro marineros, que completarían el número de los testigos de descargo: en cuanto a los de cargo, no existían.

Inútil es decir que las deposiciones fueron unánimes. No solo recayó toda la culpa sobre el señor Burke, sino que todos los oficiales, terminada su declaración respectiva, hicieron constar que en mi lugar, si alguien les hubiese inferido una ofensa tan grave como la que yo recibí del señor Burke, habrían procedido como procedí yo. En el mismo sentido declararon los cuatro marineros, uno de los cuales fue Bob. Hubo uno que declaró lo que yo ignoraba, es decir, que encontrándose de servicio, ocupado en el cumplimiento de una orden que le dio el señor Burke, vio, a través de la puerta, que estaba entreabierta, el gesto violento que dio motivo a mi venganza.

Oídos los testigos, se retiró el Consejo a deliberar. Un cuarto de hora después me llamaban de nuevo, así como a los testigos y las personas que asistieron al Consejo. El Consejo estaba en pie. Hubo un momento de silencio grave y profundo, durante el cual confieso que, no obstante la decidida benevolencia de los jueces, bien manifiesta, sentí vivas inquietudes. El presidente, puesta la mano sobre el corazón —dijo con voz solemne y entera:

—Por mi alma y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, declaro que el acusado no es reo de asesinato.

Resonó en la sala un grito unánime de alegría, y en el mismo punto, no obstante la solemnidad del acto y de la presencia de los jueces, mi padre, que no se había separado un instante de mí, me abrazó y estrechó contra su corazón. Todos los oficiales del *Tridente*, con el digno señor Stanbow a la cabeza, se acercaron a mí y rodearon al que fue su compañero y no habían visto hacía un año, para testimoniarme su alegría con palabras de cariño, apretones de manos y felicitaciones sin fin. Sin darme casi tiempo para

saludar y dar las gracias a mis jueces, me encontré llevado como en triunfo hasta el puente del navío. Atracado al buque almirante estaba el bote del *Tridente*, en el cual embarqué con mis antiguos compañeros, que me acompañaron a Portsmouth.

Una vez en tierra, me acordé de mi pobre madre que, como no pudo acompañarme a bordo, esperaba el resultado del Consejo, presa de horribles inquietudes. Dejé que mi padre y el señor Stanbow se encargaran de ultimar los detalles del gran banquete que para festejar la sentencia favorable debíamos tener, y corrí a la fonda. De dos saltos subí la escalera, violenté la puerta de su cuarto en vez de abrirla, y la encontré de rodillas, pidiendo a Dios por mí. No tuve necesidad de decirle nada: ella lo comprendió todo. Lanzó un grito de júbilo infinito, me tendió los brazos, y exclamó:

—¡Libre!... ¡Libre!... ¡Soy la más dichosa de las madres!

—Y de ti depende —contesté cayendo de rodillas frente a ella— que yo, a mi vez, sea el más feliz de los hijos y el más dichoso de los esposos.

XIV

MUY NATURAL era que mi contestación dejara atónita a mi pobre madre, tanto como que esta me interrogase al momento sobre su significación, y como el momento era muy favorable, comprenderá el lector que no iba yo a retardar un segundo más la explicación que de propósito había dejado para entonces. Aproveché, por tanto, la ausencia de mi padre y de mis camaradas para referir a mi madre el resto de mis aventuras, tomando la continuación desde el momento que embarqué en *La Bella Levantina* y poniéndole fin en el día que, hallándome, en Esmirna, recibí su carta que me llamaba a su lado.

La continuación de mi historia lo fue para mi madre de nuevas emociones. Retuve entre las mías su mano mientras duró el relato, y pude observar que, al hablar del terrible combate con el buque pirata y del peligro que corrí de perecer ahogado, aquella temblaba y experimentaba continuos sacudimientos. La muerte de pobre Apostoli arrancó abundantes lágrimas a sus ojos. Lo comprendo: aunque nunca vio a Apostoli, no era este para ella una persona extraña, desde el momento que había salvado la vida de su hijo. Pasé a hablar de Ceos; hice historia de mi curiosidad, de mis deseos, de mi amor naciente hacia Fatinitza, a la que pinté como era, es decir, como un ángel de amor y de pureza. Hablé de la fe absoluta que puso en mis palabras, de la confianza que en mí tema depositada, del agrado con que accedió a mi exigencia, cuando le dije que necesitaba ir a buscar la bendición de mis padres. La persuadí de las torturas que a aquellas horas debía estar sufriendo la desventurada niña, separada de mí y sin saber noticias mías ni recibir consuelos míos en cinco mortales meses, sin que nada sostuviera en ella la convicción de que continuaba siendo amada tanto como ella amaba, y seguidamente, cayendo de rodillas, tomé sus dos manos, las cubrí de besos y de lágrimas, y le rogué, con acento suplicante, que no me obligara a desobedecerla.

Tan buena era mi madre, y tanto me quería, que por singular y extraña que mi aventura le pareciera, por contraria a nuestras costumbres de Occidente, me permitió entrever que yo había ganado la mitad de mi causa. Tiene para la mujer tal encanto la palabra amor, ejerce sobre ella tal fascinación, que las gana sin grandes dificultades, primero, tratándose de ellas mismas, y luego, tratándose de otras. Por desgracia quedaba mi padre, mi padre, que si bien es cierto que me profesaba una ternura sin límites, era de esperar que no se

rindiera sin lucha. Mi padre estaba pagado de su nobleza, soñaba para mí una alianza brillante, y aunque la filiación de Constantino se remontaba, como la de todos los Maniotas, hasta Leónidas, temía yo que, para el vicealmirante, lleno de prejuicios, el oficio que aquel ejercía pareciera poco en relación con el apellido que de sus antepasados había recibido. En cuanto a mi madre, desde el primer momento comprendió que, una vez en Londres, o, mejor dicho, en nuestro alojamiento de la Williams-house, Fatinitza se haría notar como la más hermosa de las mujeres, pero a nadie se le ocurriría preguntar en Ceos qué pasatiempos embargaban la atención del descendiente de los espartanos. Únase a esto que yo le aseguré que de mi unión con aquella dependía mi dicha, y sabido es que no hay madre que tenga por imposible una cosa que ha de labrar la felicidad de un hijo querido. Mi madre prometió cuanto yo quise que prometiera, y se encargó de llevar a feliz término la negociación difícil del asunto cerca de su marido.

Llegó mi padre acompañado de mi amigo Jaime para manifestarme que el señor Stanbow había exigido que el banquete en mi honor fuera celebrado a bordo del *Tridente*, alegando para ello derechos tan incontestables como, por ejemplo, el de haber sido mi capitán, que mi padre hubo de darle la razón. Acaso sea yo demasiado malicioso, pero creo que mi padre se dejó convencer fácilmente para tener el gusto de comer una vez más a bordo en la mesa de los oficiales.

Pidió y obtuvo mi padre permiso para que Tom comiera a su vez con los marineros, y de consiguiente, nos acompañó al navío, donde me apresuré a presentarle a Bob. Bastó que se vieran aquellos dos viejos lobos de mar para que simpatizaran y se comprendieran, a tanto, que no llevaban juntos una hora cuando todo el inundo hubiese dicho al verlos que habían navegado juntos veinte años. Fue aquel día uno de los más felices de mi vida, y con razón, puesto que me veía libre y absuelto, rodeado de amigos francos y queridos, a quienes durante mucho tiempo creí que no volvería a ver. El capitán Stanbow estaba tan alegre, tan contento, que, pese a sus esfuerzos, no lograba mantener su dignidad. Jaime, que no tenía los mismos motivos para guardar compostura, más parecía loco que hombre cuerdo. Me refirió, a postres de comida, que el día de mi duelo con el señor Burke, al verme tomar el bote para ir a tierra, sospechó el motivo que me guiaba, sospechas que confirmó Bob a su regreso diciéndole cómo me había despedido de él, y repitiéndole las palabras que al separarme le dije. Resultó de ello que, no bien volvió a bordo el capitán, le pidió, alegando motivos urgentes, permiso para ir a tierra con Bob y para no regresar hasta la hora de la noche que tuviera por conveniente.

Opuso algunas dificultades el señor Stanbow; pero Jaime empeñó su palabra de honor de que el permiso que solicitaba reconocía graves motivos, y el señor Stanbow accedió a su deseo.

Desembarcaron Jaime y Bob y se dirigieron en derechura al cementerio de Galata, encontrando, apenas llegados, el cadáver del señor Burke tendido junto al camino. Si alguna duda hubiesen abrigado, que no la abrigaban, pronto se hubiera disipado, pues reconocieron como mía la espada que atravesaba el cuerpo del segundo comandante. Recogieron la espada del señor Burke, que encontraron al lado del cadáver, y la examinaron con anhelante cuidado para ver si en el duelo había yo resultado también herido, pero como encontraron la hoja limpia de sangre, conjeturaron que no. Tranquilo sobre este particular, aunque, por lo mismo que ignoraba, como yo mismo, que el señor Burke no pertenecía ya a la oficialidad del *Tridente*, era sabedor de la suerte que me esperaba después de haber cometido tan grave infracción de la disciplina militar, permaneció Jaime en el cementerio, mientras comisionaba a Bob para que fuera a buscar un medio de transporte cualquiera. No tardó Bob en regresar con un griego y un asno, y cargando en el borrico el cadáver del señor Burke, se dirigieron a la puerta Tophana, donde Jaime había mandado que les esperase el bote para volver a bordo.

Nadie dudó a bordo que el señor Burke había muerto a mis manos. Por supuesto, que si alguien hubiese podido ponerlo en tela de juicio, se habría desengañado a la mañana siguiente, cuando se presentó Jacob con mis cartas y anunció, llenando de alegría a toda la marinería, que yo me encontraba ya en sitio adónde no podía alcanzarme el castigo a que me había hecho acreedor.

El señor Stanbow mandó instruir la oportuna causa, haciendo cuanto en su mano estuvo para favorecerme; pero se trataba de un hecho imposible de paliar: el inferior que mata a su superior, en todos los países del mundo incurre en la pena de muerte. La tristeza del buen capitán fue inmensa hasta que recibió los despachos que le ordenaban el regreso a Inglaterra, porque acompañaba a aquellos el nombramiento del señor Burke para el buque *Neptuno*, y, como consecuencia, mi asunto tomaba el giro que conoce el lector, siendo de esperar un fallo favorable. El tiempo se encargó, como se ha visto, de justificar las previsiones de mis amigos.

Volvímos bastante tarde a la fonda, donde mi madre nos estaba esperando. Aproveché el momento de abrazarla para repetir que en ella confiaba, y la dejé a solas con mi padre.

Pasé una noche muy agitada: mi suerte se decidía en aquellos momentos; me sometían a un proceso cuya sentencia afectaba, no a mi cuerpo, sino a mi corazón. Ciertamente contaba con el cariño entrañable de mis padres; pero les hacía una demanda tan inesperada y extraña, que verla rechazada nada tenía de asombroso. Por la mañana, entre, como de costumbre, en la habitación de mi padre, a quien encontré arrellanado en un sillón, silbando una tonadilla que no existía y marcando el compás con su bastón sobre su pierna de palo, indicios de profunda preocupación, como no habrá olvidado el lector.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó al verme, con entonación que me decía bien a las claras que lo sabía todo.

—Sí, padre mío —respondí con timidez.

Nunca, ni en las circunstancias más peligrosas de mi vida, me latió el corazón con tanta fuerza como en aquel momento.

—Ven acá —continuó en el mismo tono.

Me aproximó. Entró mi santa madre en aquel instante y respiré más a mis anchas, comprendiendo que me llegaban socorros.

—¿Conque quieres casarte?... ¡A tu edad!

—Padre mío —contesté sonriendo—; los extremos dicen que se tocan. Tú te casaste algo tarde, y tantas bendiciones derramó el Cielo sobre tu unión, que yo deseo casarme joven, para saborear, a los veinte años, una dicha que tú no gustaste hasta los cuarenta.

—¡Pero yo era libre, y no tema padres a quienes pudiera lastimar mi casamiento! Además, la mujer, mejor dicho, el ángel con quien yo me casé... ahí la tienes... ¡Era tu madre!

—Yo, en cambio, gracias al Cielo, disfruto de la dicha de tener padres excelentes, a quienes respeto y por quienes soy querido. Tengo por seguro que no querrán labrar mi eterna desventura negándome su consentimiento. También quiero yo poder presentar al ángel a quien amo y ponerla frente a ti, como hubieras presentado tú a mi madre si hubieses tenido padres, porque no me cabe duda de que dirías lo mismo que los tuyos te hubiesen dicho: «¡Hijo mío... sé muy feliz!».

—Y si negásemos el consentimiento, ¿qué diría usted, caballerito?

—¡Escúchame, padre mío, y óyeme también tú, madre querida! —exclamé, cayendo de rodillas y uniendo sus manos en las mías—. Dios sabe... y vosotros también, que soy hijo sumiso y respetuoso. Me separé de Fatinitza prometiéndole volver dentro del plazo de tres meses, y me dirigí a Esmirna para esperar allí el consentimiento, que hoy os pido de viva voz. Me disponía a escribiros cuando recibí vuestra carta. Me rogaba mi madre que

emprendiese el viaje inmediatamente, añadiendo que la inquietud la mataría si no volvía a verla pronto. Ni un momento titubeé al leer la carta de mi madre: salí de Esmirna sin volver a ver a Fatinitza, sin decirle adiós, sin dirigirle una carta que no hubiese encontrado a quien confiar, y seguro de que ella, esclava de su palabra, y llena de confianza en las mías, me esperaría tranquila, sin inquietudes. Salí de Esmirna, y aquí me tenéis de rodillas a vuestros pies. Hasta aquí, el hijo ha cumplido, sacrificando sin titubear al amante... Pues bien, padre mío... ¡Sé bueno para mí, sé complaciente, como yo he sido sumiso, y no coloques a mi corazón entre mi amor, que es inmenso, y mi respeto, que es infinito!

Se levantó mi padre del sillón, tosió, escupió, dio dos o tres vueltas a la habitación silbando la tonadilla exótica de antes y examinando al parecer los cuadros que adornaban las paredes, y, al fin, deteniéndose con brusquedad, y clavando en mis ojos su mirada, preguntó:

—¿Dices tú que esa mujer puede compararse con tu madre?

—No hay en el mundo mujer que con mi madre pueda compararse —respondí sonriendo—; pero, después de esta, juro que mi adorada es el modelo que más se aproxima a la perfección.

—¿Y estaría dispuesta a abandonar su patria, a sus padres, a su familia?

—¡Lo abandonaría todo por mí, padre mío! En ti y en mi querida madre encontrará cuanto haya sacrificado.

Tres vueltas más dio mi padre a la habitación sin dejar de silbar: cesó luego de andar, y dijo:

—¡Vaya!... ¡Veremos!

Me arrojé a sus brazos.

—¡No, padre mío, no! —exclamé—. ¡Ahora mismo! ¡Si reflexionaras que cuento los minutos, como los cuenta el condenado a la última pena que espera el indulto! Consentirás... ¿Verdad, padre mío? ¿Verdad que sí?

—¡Ingrato! —clamó el capitán, con acento de tierna cólera imposible de traducir—. ¿Acaso he sabido negarte nada jamás?

No pude contestar: las lágrimas me lo impidieron haciendo un nudo en mi garganta; pero si no contesté con palabras, hicieronlo harto elocuentemente los abrazos que di al autor de mis días.

—¡Canastos! —exclamó mi padre—. ¡Vas a ahogarme!... ¡Hombre... déjalo, por lo menos, para después que vea a mis nietecitos!

Me separé de mi padre para correr hacia mi madre.

—¡Gracias... gracias, madre querida! —grité—. ¡Gracias, porque te soy deudor del consentimiento de mi padre. Tu corazón bellissimo ha sabido

adivinar las bellezas que el de Fatinitza encierra. Mi dicha de hombre te la deberé a ti, de la misma manera que te debo la que disfruté de niño!

—¡Bueno, hombre, bueno! —contestó mi madre—. Puesto que crees deberme tanto, haz una cosa por mí.

—¡Todo, madre mía, todo! ¿Qué no haría yo por ti, Dios santo?

—Apenas he tenido tiempo de verte: permanece un mes a nuestro lado.

No pudo pedirme cosa más sencilla, y sin embargo, sentí un estremecimiento general y se me oprimió el corazón al escuchar su demanda.

—¿Me lo negarás? —repuso, juntando las manos en ademán de súplica.

—No, madre mía, no: pero quiera Dios que lo que acabo de experimentar no sea un presentimiento.

Conforme había prometido a mi madre, permanecí un mes a su lado.

XV

LA FATALIDAD quiso que, durante un mes, no zarpara ningún buque con destino al Archipiélago: el único barco que debía hacerse a la mar para Levante fue la fragata de guerra *Isis*, que conduciría a Butrento a sir Hudson Lowe, coronel del regimiento real corso, quien, desde el puerto expresado, debía ir a Janina. Me apresuré a solicitar pasaje en la fragata indicada, logrando mi objeto sin dificultad. El buque no me llevaba directamente al punto donde me urgía llegar, es cierto; pero pensé que, una vez en Albania, conseguiría, gracias a la carta de lord Byron, que conservaba religiosamente, una escolta que me facilitaría Alí-Pacha, con la cual atravesaría la Livadia, ganaría a Atenas, y desde aquí, tomando una barca, llegaría al fin a Zea. Decidieron mis padres permanecer conmigo en Portsmouth hasta la salida de la *Isis*, que zarpó veintisiete días después de la promesa hecha por mí a mi madre y ocho meses después de mi marcha de Geos. El plazo de separación había sido largo, pero no importaba: estaba yo tan seguro de Fatinitza como de mí mismo; ni yo dudaba de ella, ni ella dudaba de mí, aparte de que, aunque tarde, iba a buscarla para no separarme de ella jamás.

También en esta ocasión parecía que el tiempo se había puesto de acuerdo con mi impaciencia. A los diez días de haber dejado las costas de Inglaterra doblábamos el estrecho de Gibraltar, donde no nos detuvimos más que el tiempo indispensable para recoger los despachos y hacer agua. Puestos de nuevo en marcha, no tardamos en dejar a nuestra izquierda las islas Baleares para pasar más tarde entre Sicilia y Malta y dar al fin vista a la Albania, «país de peñascos, nodriza de hombres de bravura sin igual y de crueldad sin parecido, de la cual ha desaparecido la cruz, donde se alzan los alminares, donde brilla la pálida media luna sobre los bosques de cipreses que rodean a todas las ciudades». Hicimos fondo en Butrento y, mientras mis compañeros de viaje hacían sus preparativos para presentarse dignamente a Alí-Pachá, yo tomaba un guía para encaminarme en derechura a Janina.

Ante mis ojos se extendían, tal como las ha pintado el poeta, las agrestes colinas de la Albania, los negros peñascos de Souli y la cima del Pindó, medio envuelta en espesa niebla, que bañan riachuelos de nieve y coronan bandas de púrpura alternadas con rayas sombrías. Tan raros son allí los rastros del paso del hombre, que con dificultad cree uno que se encuentra cerca de la

capital de un poderoso pachá. Muy de tarde en tarde se distinguen algunas cabañas solitarias suspendidas sobre horribles precipicios, o bien algún que otro pastor arrebuñado en su capote blanco y sentado sobre cualquier roca, con las piernas pendientes sobre el abismo, cuidando, con expresión de indiferencia, de un rebaño ruin, cuya falta de carnes y encanijamiento bastarían para ahuyentar a cualquier ladrón. Franqueamos al fin la cadena de colinas tras la cual se oculta Janina, y vimos el lago sobre cuyas márgenes se alzó en otro tiempo Dodona, y en cuyas aguas se miran las copas de las encinas proféticas. Seguimos luego el curso del Arta, antiguo Aqueronte, aunque lo escondo entre las escarpadas márgenes que lo encierran.

Sobre las orillas de este río, dedicado a los muertos, había erigido su morada el hombre extraño a quien yo iba a visitar. Hijo de Veli-Bey, quien después de haber achicharrado a sus hermanos Salik y Mehemet en el pabellón donde se habían encerrado, llegó a ser el primer *aga* de la ciudad de Tebelin, y de Khamco, hija de un bey de Conitza, tendría Alí-Tebelin-Veli-Zade, por la época a que me refiero, unos setenta y dos años. La primera parte de su vida la pasó cautivo y en la miseria, pues, al morir su padre, los habitantes de las inmediaciones de Tebelin, temiendo el espíritu emprendedor de Khamco más aún de lo que habían temido la crueldad de Veli, la atrajeron a una emboscada, y el jefe de Cormovo, después de haber violado, en presencia de los hijos amarrados a dos árboles, a la viuda, cuyo marido apenas acababa de ser enterrado, la sepultó, juntamente con Alí y con Chainitza, en las mazmorras de Cardiki, de donde no salieron hasta que un griego de Argyro-Castron, llamado Malicoro, pagó, sin sospechar que rescataba a una tigre y a sus cachorros, su rescate, que ascendía a veintidós mil ochocientas piastras.

Muchos años pasaron desde el día del rescate hasta el momento en que Khamco, roída por una úlcera gangrenosa, comprendió que la muerte la acechaba dispuesta a llevarla consigo, pero, esto no obstante, en su corazón se agitaba el odio con tanta fuerza como si hubiese nacido la víspera. Para hacer a su hijo recomendaciones en armonía con su iracundia, despachó mensajero tras mensajero, incitando a aquel a que viniera a recoger su postrera voluntad; pero la muerte, que monta un caballo alado, caminó con mayor rapidez que ninguno de aquellos. Khamco, persuadida de que era preciso renunciar a la dicha de ver antes de morir a su hijo predilecto, hizo depositario de sus últimos deseos a Chainitza, quien juró, puesta de rodillas, cumplirlos al pie de la letra. Obtenida la promesa, Khamco reunió todas sus fuerzas, se incorporó penosamente en la cama, y juró a su vez, poniendo por testigo al Cielo, que

saldría de su tumba para maldecir a sus hijos, si estos dejaban incumplidas sus postreras disposiciones. Aquel esfuerzo sobrehumano agotó sus fuerzas y cayó muerta. Una hora más tarde llegaba Alí y encontraba a su hermana arrodillada todavía junto al cadáver. Abalanzóse sobre el lecho, creyendo que Khamco respiraba aún; más viendo que acababa de expirar, preguntó enseguida si había dejado algún encargo para él.

—Nos lo ha dejado, hermano mío —respondió Chainitza—. Nos ha legado una obligación que no puede estar más en armonía con nuestro corazón: quiere que exterminemos hasta el último de los habitantes de Cormovo y de Cardiki, de los cuales hemos sido esclavos, y nos amenaza con su maldición si dejamos de llevar a cabo esta venganza.

—Duerme tranquila, madre mía —dijo Alí, extendiendo la diestra sobre el cadáver—. Se hará como lo deseas.

Una de las recomendaciones tuvo pronto cumplimiento: sorprendida Cormovo durante la noche, despertó en medio de los gritos de muerte de sus habitantes. Excepción hecha de los contados que lograron ganar las montañas, todos fueron pasados a cuchillo, hombres y mujeres, niños y ancianos. El prelado, que había agraviado a Khamco, fue empalado, atenaceado con tenazas puestas al rojo y asado a fuego lento. Pasaron treinta años, durante los cuales creció el poderío de Alí, juntamente con sus dignidades y fortuna. Pasaron treinta años, treinta años durante los cuales Alí dejó incumplido su juramento, dejando que la Gomorra destruida esperase las ruinas de Sodoma. Docenas de veces recordó Chainitza a su hermano, durante ese lapso de tiempo, el juramento fúnebre, y otras tantas respondió Alí, frunciendo el entrecejo:

—No es llegado el momento: todo se andará.

Y siempre, volviendo hacia otra parte los ojos, disponía nuevas matanzas, nuevos incendios.

Los gritos de una mujer despertaron bruscamente a Janina cuando más completo parecía el olvido de una venganza exigida por una madre. Acababa de morir Aden-Bey, el último hijo de Chainitza, y esta, con aspecto de loca, desgarrados los vestidos, esparcidos los cabellos, echando espumarajos por la boca, recorría las calles de la ciudad pidiendo que le fueran entregados los médicos que hubieran podido salvar la vida de su hijo. Inmediatamente se cerraron las tiendas y el luto se hizo general. Cuando mayor era el espanto y más completa la desesperación, Chainitza quiso arrojarse a la cloaca del harén; lograron detenerla, pero se desasíó de los que intentaban sujetarla y corrió en dirección al lago. Detenida por segunda vez, viendo que no la

dejaban morir, entró en el palacio, trituró con un martillo sus diamantes, quemó sus cachemiras y sus pieles, juró no invocar en un año el nombre del profeta, prohibió a su servidumbre que observara el ayuno del *Rhamadan*, hizo expulsar de su palacio a los *derviches*, después de apalearlos, dispuso que cortaran las crines de los caballos de guerra de su hijo, y, finalmente, desdeñando los cojines de seda y los mullidos divanes, se obstinó en dormir sobre un jergón de paja. Pero se levantó de pronto como una pantera... ¡Acababa de ocurrírsele una idea terrible! ¡La maldición de su madre había venido a herir a su hijo: había muerto Aden-Bey porque existía Cardiki!

Abandonó entonces su palacio, atravesó las habitaciones de Alí, penetró hasta el fondo del harén, y encontró allí a su hermano en el momento que ponía su firma a la capitulación que concedía a los cardikiotas, que, no obstante verse atacados por todas partes, hasta en sus nidos de águilas, impusieron, antes de rendirse, sus condiciones. Estipulaba la capitulación que setenta y dos *beys*, jefes los más ilustres de los skipetares, mahometanos todos ellos y grandes vasallos de la corona, entrarían libremente en Janina, donde serían recibidos y tratados con todos los honores y consideraciones debidas a su rango, que disfrutarían de todos sus bienes, que serían respetadas sus familias, y, finalmente, que todos los habitantes de Cardiki, sin excepción, serían considerados como los amigos más leales del visir. Se hacía constar asimismo que quedarían extinguidos todos los odios, y que Alí-Pachá sería reconocido y jurado señor de la ciudad, a la que tomaría bajo su especial protección. Acababa de jurar Alí estas condiciones sobre el Korán, y de firmarlas y sellarlas, cuando entró Chainitza gritando:

—¡Maldición sobre ti, Alí, que eres la causa de la muerte de mi hijo, porque no has cumplido el juramento prestado a mi madre! Nunca más te daré el nombre de visir, nunca más te llamaré hermano, a menos que Cardiki quede reducida a escombros y todos sus habitantes sean degollados, a menos que pongas a mi disposición a todas sus mujeres, a todas sus hijas, para que yo disponga de ellas a mi capricho, porque te prevengo que quiero dormir sobre colchones hechos con sus cabellos. ¡Pero no lo harás, no! Cual débil mujer lo has olvidado todo... ¡solo yo me acuerdo!

No perdió Alí la tranquilidad: cuando su hermana dejó de hablar, le mostró la capitulación que acababa de firmar. Chainitza lanzó al verla gritos de delirante alegría, pues no en vano conocía la lealtad con que su hermano cumplía las capitulaciones pactadas con sus enemigos. Segura de que presenciaria el exterminio de la ciudad aborrecida, volvió a su palacio con la sonrisa en los labios. Ocho días después anunció Alí su decisión de ir

personalmente a Cardiki, donde se proponía afianzar el orden, a cuyo efecto instituiría un tribunal y organizaría un cuerpo de policía para proteger a sus habitantes. La víspera del día de la marcha de Alí llegué yo. Hice que le entregasen la carta de recomendación de lord Byron, y aquella misma noche recibí contestación, concediéndome audiencia para el día siguiente.

Al amanecer comenzó el desfile de las tropas, que llevaban consigo un tren formidable de artillería, regalo de Inglaterra. Lo formaban baterías de montaña, obuses y carros de bombas, y eran las arras del convenio de Parga, recientemente recibidas por Alí-Tebelin. A la hora que me designaron, me dirigí a la residencia de Alí, palacio por dentro y fortaleza por fuera. Constantemente entraban mensajeros a caballo, unos a recibir órdenes, otros a dar cuenta de su cumplimiento. El gran patio exterior parecía inmensa posada donde se hubiesen reunido viajeros de todas las regiones de Oriente. Llamaban desde luego la atención los albaneses, por sus zaragüelles blancos como la nieve del Pindó, sus chaquetillas de terciopelo de seda carmesí, cubiertas de galones de oro y de ricos arabescos, su cinturón primorosamente bordado, del que salía un verdadero arsenal de pistolas y de puñales, sin que dejaran de ser notables los *delhis*, con sus altos gorros puntiagudos, los turcos, con sus holgadas pellizas y sus turbantes, los macedonios, con sus *écharpes* de púrpura, los nubios, de tez de ébano. El cuadro resultaba pintoresco, aunque poco animado, pues todos ellos fumaban indiferentes, y apenas si alzaban la cabeza cuando escuchaban el rápido galopar de algún caballo, montado por un mensajero tártaro que era portador de órdenes de feroz exterminio.

El aspecto del segundo patio era, si se me permite la expresión, más íntimo. Pajes, eunucos y esclavos hacían sus menesteres, sin importarles un ardite de la docena de cabezas recién cortadas que se veían clavadas en los hierros de otras tantas picas, ni de otras cincuenta o cien más antiguas, colocadas en el suelo como proyectiles de artillería apilados en los arsenales. Pasé entre aquellos sangrientos trofeos y entré en el palacio. En la puerta me esperaban dos pajes, que tomaron de manos de los que los llevaban los presentes que yo ofrecía al pachá, y que consistían en un par de pistolas y una carabina magníficas, ricas en primorosas incrustaciones en oro, y obra del armero más afamado de Londres. Los pajes mencionados me condujeron a un gran salón espléndidamente amueblado, donde me dejaron solo, con objeto, así lo supuse, de presentar a Alí el homenaje que yo le llevaba, y que probablemente sería la pauta a cuya medida se ajustaría el recibimiento que me dispensase. Se abrió la puerta poco después para dar paso al secretario del

pachá, que venía a informarse de mi salud. Parece que mis presentes habían producido efecto, puesto que me recibían bien. Me dijo que su señor estaba en aquel momento con el embajador de Francia, pero que, en atención a que debía ponerse en camino muy en breve, nos recibiría a los dos a un mismo tiempo, si yo tenía la bondad de seguirle. Como yo tenía tanta prisa como el pachá, obedecí en el acto.

Precedido por el secretario, atravesé una porción de salones amueblados y decorados con lujo indescriptible. Cubrían los divanes telas de Persia y de la India de una riqueza y de un gusto infinitos; de las paredes pendían armas magníficas, y sobre aparadores de madera tallada, dispuestos como en las tiendas de lujó de la Bond Street, se veían soberbios jarrones de China y del Japón, mezclados con porcelanas de Sévres. Al fin, después de dejar a nuestras espaldas un corredor tapizado de cachemira, levantó el secretario un cortinón de brocado de oro y vi a Alí-Tebelin, en actitud pensativa, medio cubierto con una capa de color escarlata, calzado con botas de terciopelo carmesí, apoyado sobre un hacha de armas damasquinada, pendientes las piernas fuera del borde de un sofá y luciendo en sus dedos maravillosos brillantes. Mientras él soñaba, su intérprete traducía su discurso al señor de Pouqueville, y cual si lo que acababa de decir hubiese volado de su pensamiento, parecía completamente extraño al rumor de las palabras que llegaban hasta mis oídos. Como el *drogman* hablaba en francés, entendí perfectamente todo el discurso.

«Mi querido embajador —decía—; desde este momento, vas a dar al olvido las prevenciones que abrigabas contra mí. Si en otro tiempo fui cruel y vengativo para mis enemigos, débese a que sé perfectamente que las aguas duermen muchas veces, pero que la envidia no ha dormido jamás. Hoy que he afianzado mi poderío, hoy que veo respetada por todos mi autoridad, quiero coronar mis dilatados trabajos demostrando que, si fui severo y terrible, sé respetar, cuando de respeto son dignos, al infortunio y a la humanidad. No está en mi mano remediar el pasado, y cree que lo haría sin vacilar; porque enfriados mis rencores a la par que mi corazón, quisiera que en mis actos no hubiese influido tanto el ansia de venganza. He derramado tanta sangre, que ni me atrevo a volver la cabeza atrás, pues me siguen implacables los ríos que aquella formó».

Se inclinó el embajador y contestó que veía, con placer indefinible que en el pecho de Su Alteza dominaban sentimientos de dulzura, y que le felicitaba en nombre propio y en el del Gobierno del que era representante. Resonó en aquel instante un trueno espantoso: Alí dejó caer el hacha y tomó entre sus

manos un rosario de perlas que llevaba pendiente de su cinturón. Yo no sé, pues bajó los ojos y no miró a nadie, sí habló o si rezó: sus labios pronunciaron en voz baja una serie muy larga de palabras: como el intérprete las tradujo enseguida, debieron ser discurso y no oración.

«Sí... sí —dijo el intérprete—; tienes razón, embajador. Deseé la fortuna, y esta me colmó de favores: ansié, suspiré por un serrallo, por una corte, por el fausto, por el poderío, y todo lo he obtenido. Cuando comparo la choza, donde vivió mi padre con el palacio de Janina y mi casa del lago, no puedo menos de confesar que mi dicha, mi felicidad, no podrían ser mayores. Mi grandeza deslumbra a mi pueblo, los albaneses se arrastran a mis pies y me envidian, la Grecia entera me mira y tiembla; pero todo esto, embajador, es fruto, como has dicho muy bien, del crimen, y por lo mismo que lo reconozco, pido humillado perdón a Dios, que suele hablar a los hombres apelando a la voz de sus truenos. Me arrepiento embajador, me arrepiento de veras. En mi poder están mis enemigos; pero, lejos de castigarles, pienso colmarles de beneficios. Haré de Cardiki la flor de Albania e iré a pasar los últimos años de mi vida a Argyro-Castron. ¡Por mis barbas, embajador, juro que los expuestos son los proyectos últimos que acaricio!».

—Dios recompensará a Vuestra Alteza —contestó el embajador—. Al despedirme, llevo conmigo la esperanza de ver los proyectos trocados en realidades.

—¡Espera! —exclamó Alí en francés, poniendo su mano sobre el brazo del embajador—. ¡Espera!

Seguidamente habló en turco, pero con un tono de voz tan insinuante, que dejaba entrever el sentido de las palabras aunque no las comprendiésemos.

—Dice Su Alteza —prosiguió el *drogman*— que los proyectos que acaba de exponer son los que no tardará en realizar, y que, si lograrse obtener de ti a Parga, que tantos años ha viene pidiéndote inútilmente, a Parga, por cuya posesión te pagaría todo lo que quisieras pedir, vería satisfechos todos sus deseos. No tendría entonces más que un anhelo; solo de una cosa cuidaría: de colmar de dicha a los pueblos de los cuales Alah le ha hecho rey, cuyo título cambiaría él por el de pastor.

Contestó el embajador que se veía en la precisión de repetir a Su Alteza la respuesta que tantas veces le había dado ya; es decir, que mientras Parga continuase bajo la protección de Francia, los parganiotas no tendrían otro señor que el que ellos mismos se escogieran, y por tanto, que procurara recabar de aquellos que lo pidieran como soberano. Saludó seguidamente el señor de Pouqueville y se fue.

Estaba Alí murmurando entre dientes algunas expresiones terribles cuando me vio en pie junto a la puerta. Volvióse con gran viveza hacia su *drogman*, y le preguntó quién era yo; el secretario que me había acompañado avanzó unos pasos, cruzó los brazos delante del pecho, e inclinando hasta el suelo su cabeza, contestó que era el inglés que le había traído una carta de su noble hijo lord Byron y regalado las armas que le había dispensado el honor de aceptar. El rostro de Alí adquirió súbitamente una expresión de dulzura increíble, a la que su barba blanca como la nieve daba una dignidad suprema, y luego, haciendo una señal a su *drogman* y a su secretario para que se retiraran, me dijo en francés:

—Sé bienvenido, hijo mío. Amo da veras a tu hermano Byron, que te envía a mí, y amo el país de dónde vienes. Inglaterra es mi fiel aliada; me envía excelentes armas y excelente pólvora, al paso que Francia solo hace llegar hasta mí quejas y consejos.

Era un favor inmenso el que Alí me dispensaba hablándome en francés, pues muy contadas veces empleaba otra lengua que la griega o la turca.

Me incliné profundamente.

—La acogida que Tu Alteza me dispensa —contesté en el mismo idioma — me da valor para pedirte una gracia.

—Habla.

Por el rostro de Alí pasó como una nube de inquietud.

—Un asunto importantísimo me obliga a ir al Archipiélago y necesito atravesar la Grecia entera. Como el rey de Grecia eres tú y no Mahmoud, vengo a pedirte un salvoconducto y una escolta.

Disipóse la nube de inquietud.

—Tendrá mi hijo todo lo que pueda apetecer —contestó—. Pero ha venido de muy lejos, le recomienda su hermano Byron, señor muy alto, me ha ofrecido un presente magnífico, y como consecuencia, no puedo verle partir antes de tenerle unos días a mi lado: mi hijo me acompañará a Cardiki.

—El asunto que me llama al Archipiélago es muy urgente, pachá —repliqué—. Si quieres demostrarme más generosidad que la que podría testimoniarme un rey poderoso poniendo a mi disposición todos sus tesoros, no me detengas, y dame la escolta y el salvoconducto que te pido.

—¡No, no! Mi hijo me acompañará a Cardiki, y dentro de ocho días podrá continuar su marcha. Le daré un salvoconducto de tesorero y una escolta de capitán, pero quiero que mi hijo vea por sus ojos cómo Alí, después de setenta años, sabe cumplir una promesa hecha a su madre en el lecho de muerte... ¡Ah!... ¡En mis manos están al fin...! ¡Infames! —repuso el pachá, asiendo

de nuevo su hacha de armas con vivacidad y fuerza de adolescente—. ¡Son míos, y los exterminaré, conforme prometí a mi madre, desde el primero hasta el último!

—¡Pero... piensa... no comprendo! —exclamé yo azorado—. ¿No hablabas al embajador de Francia, hace un momento, de arrepentimiento y de clemencia?

—Tronaba entonces —contestó Alí.

XVI

UN DESEO del pachá era una orden terminante. No repliqué, pues: me incliné; y, como era la hora de emprender la marcha, bajamos al primer patio. En el momento de penetrar en este, un bohemio se precipitó desde lo alto del tejado sobre las losas del pavimento, gritando:

—¡Caigan sobre mí las desgracias que pudieran amenazarte a ti, señor!

Me volví lanzando un grito de espanto, atribuyendo a una imprudencia el accidente, pero Alí me desengañó: era el bohemio un esclavo que se sacrificaba por su señor. Mandó Alí que sus pajes se informaran de si el bohemio había muerto, y como le contestaran que vivía todavía, aunque se había fracturado ambas piernas, le asignó en el acto una renta vitalicia de seis *paras* diarias, y continuó su camino sin preguntar más por el desgraciado. En el segundo patio esperaba su carruaje. Alí se recostó, un negro tendido a sus pies le sostenía la pipa. En cuanto a mí, me presentaron un caballo soberbio, cubierto de terciopelo y de oro; era un presente del pachá que correspondía al que yo le había ofrecido.

Rompieron la marcha los tártaros, a caballo, que formaban la vanguardia los albaneses escoltaban el carruaje, caminando a pie a uno y otro lado del mismo, y cerraban la marcha los turcos. En esta forma atravesamos a Janina. Próximamente a la mitad de la distancia que separaba al palacio de las puertas de la ciudad, un griego que caminaba junto a la portezuela vio un bache transversal bastante profundo en el camino y se tendió en él, rellenándolo con su cuerpo, a fin de que el pachá no experimentase la menor sacudida. Creyendo yo que el griego en cuestión había resbalado y caído, intenté volar en su socorro, pero me lo impidieron dos albaneses. Las ruedas del coche pasaron sobre el pecho del desgraciado. Creí que moriría aplastado bajo el peso del carruaje, pero le vi que se levantaba gritando con entusiasmo:

—¡Gloria a nuestro señor! ¡Gloria al sublime Alí!

El sublime Alí le señaló en el acto una renta de una *ogue* de pan diario por todo el resto de su vida.

En las puertas de la ciudad encontramos otra exposición de cabezas cortadas. Una de ellas lo había sido recientemente; aun caía gota a gota la sangre de su cuello con lúgubre regularidad, sobre el hombro de una mujer sentada al pie del poste que la sostenía. Aquella desventurada, casi desnuda,

había hundido la frente entre las dos rodillas y descansaba su cabeza sobre las manos. A sus pies jugueteaban dos niños preciosos, que parecían gemelos. Tan profundo era el dolor de la desventurada, tan alejado estaba su espíritu de las cosas de la tierra, que no alzó la cabeza ni nos miró, no obstante el ruido de nuestra marcha. Pude observar que Alí la miraba con la misma indiferencia con que hubiese mirado a una perra con sus cachorros.

Fuimos primero a Libaovo, donde se había retirado Chaitiza esperando el día de la venganza. Nos detuvimos en el palacio. Habían desaparecido las huellas de luto; todos los salones, poco antes tendidos de negro, desplegaban el lujo habitual, y Chaitiza conservaba su corte tan esplendorosa como en sus tiempos de prosperidad materna. Festejóse nuestra llegada con un banquete que presidió el viejo pachá, donde se hizo la repartición de víctimas entre él y su hermana. Alí se encargó de los hombres, Chaitiza de las mujeres.

Desde Libaovo fuimos a Chendrya, nido de águilas colgado de una roca. Emplazada sobre la margen derecha del Celydnus, domina todo el valle de Drynópolis, y desde lo alto de sus torre: almenadas, se distingue la ciudad di Cardiki, cuyas casas, blancas como la nieve y colocadas entre inmensos olivares, parecen bandada de cisnes que, rendidos de su viaje aéreo, se han posado, para descansar, en las vertientes de una montaña. Más allá se extienden los desfiladeros antigonianos, las escalas de Moursina y todo el territorio de Argyrene. Allí fue donde Alí descendió semejante a un ave de rapiña, allí donde sujetó a su tribunal de muerte a aquella nación desventurada, situada desde más de dos mil años antes en medio de los peñascales del Acrocerauno. Desde el día de nuestra llegada, sus heraldos atravesaron el largo valle de Drynópolis y subieron a Cardiki. Iban a publicar, en nombre del pachá, una amnistía general, mandando al propio tiempo que todos los varones desde los diez años hasta los ochenta, debían presentarse en Chendrya para escuchar de labios de Su Alteza la declaración que les garantizaba su vida y su libertad.

Pese al juramento de Alí, en el cual ponía por testigos lo más santo y sagrado del cielo y de la tierra, un terror vago penetró en los corazones de aquellos desgraciados, a quienes Alí prometía demasiado para que abrieran sus pechos a la fe. El mismo pachá dudaba mucho que consiguiera inspirarles confianza. Había mandado colocar un dosel y poner cojines sobre la torre más elevada, y allí, semejante al águila entronizada sobre su picacho, fijos los ojos en la ciudad, esperaba impaciente, pasando sin cesar entre sus dedos su rosario de perlas. Su pecho dejó escapar un grito de alegría al ver asomar la cabeza de una columna que salía por una de las puertas de la ciudad. Aunque

la orden de Alí solo a los hombres se refería, los acompañaban las mujeres, ganosas de permanecer a su lado todo el tiempo posible, pues todos presentían en el fondo de sus corazones la inminencia de una catástrofe espantosa. A mil pasos de la ciudad vimos que aquellos hombres, que no lograron domar veinticinco siglos de continuos y terribles combates, depositaban sus armas y se despedían de sus mujeres y de sus hijos, comprendiendo que ni estos ni aquellas podrían defenderlos. Aunque la distancia era muy larga, Alí pudo apreciar su desesperación, y como ya entonces no podían escapársele, su rostro adquirió la expresión de calma y de serenidad que hacían de él uno de los más hermosos tipos de Oriente que imaginación humana pueda concebir. Se separaron maridos, mujeres e hijos: las mujeres quedaron de pie, inmóviles, y los hombres continuaron su camino, atravesaron el Celydnus, cuyo caudal habían engrosado las lluvias recientes, se volvieron para ver una vez más a Cardiki, saludaron con los ojos y con gestos sus casas, donde habían muerto sus padres y donde nacieron sus hijos, y penetraron en un desfiladero tortuoso que terminaba en Chendrya. Los soldados empujaron entonces a las mujeres y las llevaron, como un rebaño, a la ciudad viuda, cuyas puertas cerraron inmediatamente.

Alí, mientras tanto, seguía con la mirada aquella larga columna de hombres que se acercaba a él, ondulando por los repliegues de la hondonada que estaba recorriendo, y sobre cuyos vestidos, cubiertos de bordados de oro, se quebraban los rayos del sol, como se quebrarían sobre las aceradas escamas de una serpiente inmensa. A medida que aquella estrechaba distancias, sus ojos se llenaban de una expresión de extraña dulzura. ¿Era que solo ensayaba para mejor engañarles o que la perspectiva de la venganza próxima a realizarse determinaba la engañadora expresión de su rostro? He aquí lo que no podía precisar quien, como yo, le veía por primera vez. Así era, sin embargo, aunque yo, no habituado todavía al sutil disimulo de Oriente, no podía creer que el pachá abrigase los siniestros proyectos de carnicería que llenaban su pecho cuando emprendió el viaje. Al fin, cuando la cabeza de la columna de los cardikiotas llegó muy: cerca de la fortaleza, Alí descendió de la torre y fue a estacionarse junto a la puerta. A sus espaldas se colocaron, Omer, ejecutor pasivo de sus voluntades, y cuatro mil soldados, armados hasta los dientes. Adelantaron los cardikiotas de más edad y pidieron gracia, gracia para ellos, gracia para sus mujeres, gracia para la ciudad, llamando a Alí su señor, e implorando su compasión en nombre de sus hijos, de su mujer y de su madre. Entonces Alí, cual si hubiese querido darme una lección completa del terrible disimulo oriental, que hizo decir a Maquiavelo que para

aprender a ser buen político precisa ir a estudiar a Constantinopla, alzó del suelo con dulzura infinita a los postrados, derramó lágrimas, les llamó hermanos, hijos queridos que jamás se borraban de su memoria. Sus miradas escudriñaron las filas y, reconociendo a sus antiguos compañeros de armas o de placeres, les llamó por sus nombres, les estrechó las manos y les preguntó por los individuos de sus familias, nacidos o fallecidos desde la remota fecha en que fueron amigos. A unos prometió puestos honoríficos, a otros rentas, pensiones a estos y ascensos a aquellos: entresacó los niños más hermosos y nobles y dijo que se les daría educación en el colegio de Janina, y al fin les despidió a todos con gran pesar, se enterneció una vez más, les llamó de nuevo, y puso fin a aquella comedia extraña y cruel mandándoles que se retirasen a un lugar murado próximo, adónde les seguiría muy en breve para dar cumplimiento a las promesas que les había hecho^[6].

Obedecieron los cardikiotas, disipadas sus inquietudes en vista de demostraciones tan cariñosas, y se encaminaron al lugar que les había sido indicado, situado en la llanura al pie de la fortaleza. El rostro de Alí, mientras les veía alejarse, adquiría una expresión de ferocidad sin igual. Luego que todos hubieron entrado en el recinto y fueron cerradas las puertas, cuando les vio desarmados y tímidos como un rebaño de corderos, palmoteó, lanzó un grito de alegría, pidió su palanquín y bajó la escarpada pendiente de la montaña, llevado en hombros por sus leales valacos, a quienes excitaba con el gesto y con la voz, como si le pareciera que no corrían bastante.

Esperaba al pie de la pendiente una especie de trono provisto de cuatro ruedas y tirado por dos briosos caballos. Alí saltó sobre su asiento, cubierto por preciosas telas de brocado de oro y cachemiras riquísimas, y partió como una flecha hacia el recinto murado, seguido por sus guardias, que no sabían adónde les llevaba, al galope de sus caballos. Llegado Alí junto a los muros, se alzó sobre los cojines a fin de dominar con la vista el interior del recinto donde estaban encerrados los cardikiotas cual rebaño de ganado que espera a los matarifes, dio dos vueltas a los muros, a todo galope, más terrible y más implacable que Aquilea frente a Troya, y, seguro de que nadie podía escapar a su venganza, se puso en pie, montó su carabina, y lanzando el grito «¡Matad!» disparó un tiro al azar, bien que apuntando a los infelices cautivos, a fin de dar por sí mismo la señal de exterminio.

Cayó un hombre a raíz del disparo, que resonó lúgubrementemente en los corazones de todos los presentes: subió una humareda, semejante a una nubecilla flotante que busca las altas regiones de la atmósfera; pero los guardias de Alí quedaron inmóviles, desobedeciendo, por primera vez, una

orden del pachá, mientras los desventurados cardikiotas, que al fin comprendieron lo que les aguardaba, corrían en tropel por el recinto murado visitado ya una vez por la muerte. Alí debió creer que sus leales *tchoadars* no habían oído su palabra, o bien la habían comprendido mal, pues repitió con voz de trueno.

—¡*Vras! ¡Vras!* (¡Matad! ¡Matad!).

Al feroz grito no contestaron más que los gemidos de los aterrados prisioneros. Los guardias del pachá tiraron a tierra sus armas cargadas y declararon, por conducto de su jefe, que siendo mahometanos, no podían bañarse en la sangre de otros mahometanos. Tal mirada dirigió Alí a su instrumento pasivo Omer, que este, con el espanto en el corazón, pasó corriendo como un insensato frente a todas las filas de las guardias, excitando a estos a cumplir la orden del pachá: nadie obedeció; al contrario: fueron muchas las voces que se alzaron pidiendo *gracia*.

Por medio de un gesto terrible mandó Alí a sus guardias que se alejaran; obedecieron los *tchoadars*, dejando en el suelo sus armas, y el pachá mandó que se acercasen los cristianos negros que tenía a su servicio, llamados así por llevar la cabeza cubierta con una especie de capucha negra. Avanzaron los llamados con paso lento y mesurado hasta ocupar el sitio que los guardias habían dejado vacante.

—A vosotros, mis bravos latinos —gritó Alí—, os concedo el honor de exterminar a los enemigos de vuestra religión. ¡Herid en nombre de la cruz, herid en nombre de Cristo! ¡Matad!... ¡Matad sin descanso!

Siguió a las palabras que dejó copiadas un silencio prolongado; oyóse al cabo del rato un murmullo confuso, parecido al que las olas del mar producen al agitarse sin fuerza, y al fin contestó una voz, una sola, voz entera, briosa, sonora, que, sin muestras de temor, pronunció las palabras siguientes:

—Somos soldados y no matarifes. ¿Acaso hemos huido alguna vez frente al enemigo, o cometido cualquier acto de cobardía, para que se pretenda envilecernos, colocándonos en el rango de los asesinos? ¡Pregunta a los *goks* de Scodra, visir Alí, conjura al jefe de la bandera roja a que te diga si ninguno de nosotros retrocedió jamás ante la muerte! ¡No, visir Alí; no somos asesinos! Devuelve a los cardikiotas las armas que les han sido quitadas, déjales que tomen posiciones en campo raso o que se encierren en su ciudad, y mándanos entonces que ataquemos; verás con qué presteza obedecemos tu orden. Mientras no ocurra eso, no te molestes en invocar la diversidad de nuestras creencias religiosas, que para nosotros, hermano nuestro es todo hombre inerme.

El que acababa de hablar era Andrés Gozzolouri, comandante en jefe del cuerpo auxiliar latino.

Alí lanzó rugidos de león. Si con sus manos hubiese podido degollar a todos los encerrados, lo hubiese hecho sin compartir con nadie la horrenda tarea; pero como eso no era posible, miró en derredor, buscando personas bastante viles para aceptar su mandato. Adelantó entonces un griego que, llegado al pie del trono, se postró, besó el polvo, y alzando la cabeza como lo hubiera hecho una serpiente —dijo:

—Señor; he aquí mi brazo. Dispón de él, y que perezcan todos tus enemigos.

Alí lanzó un grito de alegría, llamó al griego su salvador, su hermano querido, le arrojó su bolsa, le entregó su propia carabina, emblema de mando, instándole a apresurarse a fin de ganar el tiempo perdido.

Atanasio Vaia, que así se llamaba el miserable griego, fue escogiendo las heces de los que seguían al ejército, consiguiendo reunir ciento cincuenta hombres. Al frente de aquella turba se dirigió a las murallas, que cercó por todas partes. Alí levantó su hacha: cien hombres hicieron fuego desde el coronamiento de los muros sobre los setecientos cardikiotas encerrados: seguidamente cambiaron sus fusiles descargados por otros cargados que les sirvieron los que de este odioso menester se habían encargado, y antes que los infelices prisioneros tuvieran tiempo de ver de dónde les había venido el rayo, retumbaba la segunda descarga, a la que siguieron con idéntica rapidez la tercera y la cuarta. Los que no habían muerto recurrieron a los medios más desesperados para escapar a la matanza. Precipitáronse unos contra las puertas, que intentaron echar abajo, pero las barras que por la parte de fuera las afianzaban eran demasiado sólidas: otros saltaron sobre los muros, semejantes a jaguares con ánimo de salvarlos; pero coronaban los muros hombres armados hasta los dientes, mientras los cardikiotas no disponían del arma más insignificante. Rechazados los condenados por las puntas y los filos de los puñales, yataganes y hachas que les recibieron en el muro, volvieron en tropel al centro del recinto, quedando apelmazados de nuevo: Alí levantó otra vez su hacha y hablaron como antes los fusiles. Cuatro horas duró aquella caza feroz, cuatro horas durante las cuales los condenados no pensaban ya más que en burlar la puntería de los tiradores corriendo con mucha rapidez y en *zig-zag*. Al cabo de cuatro horas, de todos los hombres que aquella mañana salieran de la ciudad, fiados en el valor de una promesa santa, no quedaba uno solo con vida, de lo que resultó que, un crimen que sesenta años antes

cometieron los antepasados, venían a pagarlo, al cabo de tres generaciones, los biznietos, que perecieron todos.

Terminaba la carnicería, cuando se vio pasar por la ladera de la montaña, a las madres, las mujeres y las hijas de los desgraciados a quienes acababan de asesinar, formando interminable línea de seres, que más que de carne y hueso parecían fantasmas. Eran conducidas a Libaovo, conforme al pacto celebrado entre Alí y su hermana, y mientras caminaban, veíase que se retorcían los brazos y daban señales de violenta desesperación, pues en sus oídos resonaban las descargas de fusilería y, sin que nadie se lo dijera, sabían quiénes eran los desventurados objetos de la matanza. Pronto penetraron en una garganta profunda y tortuosa, que conduce desde Chendrya a Libaovo, donde desaparecieron unas tras otras, cual sombras que descienden al infierno. Tuve el dolor de asistir a aquella ejecución espantosa, sin poder hacer nada en favor de los desdichados; ni intenté siquiera interceder por ellos, comprendiendo que la resolución que los condenaba era antigua e inmutable. Cuando terminó la matanza, cuando Alí, seguro de que todos sus enemigos estaban muertos, respiró con satisfacción, me acerqué a él, tan pálido como los que ante nosotros yacían sin vida, y le pedí la escolta y el salvoconducto que me había ofrecido, pero me contestó que tenía su sello en Janina y que tan pronto como regresáramos a aquella me dejaría en libertad. Nada podía yo contestar: en manos de aquel hombre estaba la llave de la puerta que debía llevarme hasta Fatinitza, y yo quería a toda costa llegar hasta ella, aun cuando hubiese de pasar por los infiernos, como pasó Dante para llegar a Beatriz.

Penetraron los asesinos en el recinto murado, probaron los cadáveres con las puntas de sus puñales para cerciorarse de que estaban bien muertos, y remataron implacables a los que todavía respiraban. Hizo Alí que escogieran los cadáveres de los jefes, con los cuales formó grupos semejantes a las almadías que arrastran nuestros ríos, y los hizo arrojar al Celydnus, a fin de que ellos mismos se encargaran de difundir, desde Tebelin hasta Apolonia, la noticia de su venganza, y luego, dejando a los otros donde estaban, mandó que quedaran abiertas las puertas del recinto, para que los cadáveres sirvieran de alimento a los lobos y a los chacales que, habiendo venteado la sangre, aullaban ya en la montaña.

Aquella noche emprendimos el regreso. Nuestra marcha fue tan silenciosa como la de los convoyes fúnebres: *tchoadars* y cristianos negros llevaban sus fusiles a la funerala en señal de luto, y Alí, semejante al león hartado de sangre, dormitaba, tendido en su palanquín que llevaban a hombros sus valacos.

Horadábamos las tinieblas de una noche tan tétrica como nuestros pensamientos, cuando de pronto, al doblar la estribación angulosa de una montaña, vimos resplandores inmensos e hirieron nuestros oídos alaridos de agonía: era el festín de la leona que seguía a la comida del león. Había terminado Alí su obra y comenzaba Chainitza la suya. Continuamos nuestro camino: una hoguera colosal, encendida ante las puertas de Libaovo, nos servía de faro. Sus resplandores nos permitían ver infinidad de sombras que corrían en tropel. Apresuramos el paso sin que Alí diera la orden, y al cabo de pocos momentos pudimos ver lo que pasaba. Las mujeres de los cardikiotas eran conducidas, en grupos de cuatro, a presencia de Chainitza, esta les arrancaba los velos, mandaba que les cortasen los cabellos y a continuación los vestidos a la altura de los muslos, y las abandonaba a la soldadesca, que las arrastraba como botín de guerra.

Detúvose Alí a la vista de este espectáculo. Su hermana, al verle, le saludó con gritos más bien que con palabras. Tendidos en desorden sus cabellos y rojas de sangre las manos, parecía una Euménide. Incapaz de soportar espectáculo tan repugnante, obligué a mi caballo a retroceder algunos pasos. En aquel punto, rasgó los aires un alarido que partió del centro de las desgraciadas, y una doncella, separándose de sus compañeras de infortunio, corrió hacia mí, y abrazándome por las rodillas, gritó:

—¡Soy yo...! ¡Soy yo...! ¿No me reconoces? ¡En Constantinopla me salvaste una vez la vida!... ¡Oh... acuérdate! ¡He olvidado tu nombre, pero te diré el mío! ¡Me llamo Vasiliki!

—¡Vasiliki! —repetí yo—. ¿Vasiliki? ¿La griega del ramo de brillantes?

En efecto, recordé entonces que ella me había dicho que su propósito era refugiarse en Albania.

—¡Bendito sea Dios!... —exclamó Vasiliki—. ¡Se acuerda!... ¡Se acuerda!... ¡Yo soy... sí... yo soy! ¡Sálvanos una vez más... a mí de la deshonra, a mi madre de la muerte!

—Ven —contesté—. Ven conmigo voy a probar.

Me dirigí con ella a presencia de Alí.

—Pachá —le dije—; necesito pedirte una gracia.

—¡Oh, sí! —exclamó Vasiliki—. ¡Gracia, visir, gracia! ¡Señor... nosotras no somos naturales de la desventurada ciudad que encendió tu ira! ¡Señor... somos desterradas, desterradas de Stamboul, y jamás hicimos nada, ni mi madre ni yo, para merecer tu cólera! ¡Señor... soy una pobre niña... recíbeme en el número de tus esclavas... me entrego a ti... pero salva a mi madre!

Volvió el visir sus miradas hacia la doncella, que estaba arrebatadoramente sublime en aquella postura suplicante, flotando al viento su largo velo y suelta su opulenta cabellera. Tras breves momentos de contemplación muda, durante los cuales desapareció de su rostro la expresión de ferocidad para ser reemplazada por otra de dulzura extraña, le tendió la mano y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Vasiliki —contestó la doncella.

—Es un nombre precioso que significa reina. A partir de este instante, Vasiliki, eres la reina de mi harén... Manda, ¿qué deseas?

—¿No te burlas de la desgracia, visir? —interrogó Vasiliki, temblando como una azogada y mirando alternativamente a Alí y a mí.

—¡No y mil veces no! —grité yo—. El corazón de Alí es de león, no de tigre; toma terrible venganza de los que le han ofendido, pero sabe perdonar a los inocentes. Visir, esta doncella no es de Cardiki; hace dos años que yo mismo la ayudé a huir de Constantinopla, a ella y a su madre... Visir, no retires tus palabras.

—Lo que ofrecí, ofrecido está: tranquilízate, hija mía —contestó el pachá—. Preséntame a tu madre, que de hoy en adelante, mi palacio será vuestra morada.

Alzóse Vasiliki lanzando un grito de alegría y corrió a mezclarse de nuevo entre las mujeres, no tardando en reaparecer acompañando a su madre. Ambas cayeron de rodillas a los pies de Alí, pero este se apresuró a levantarlas.

—Hijo mío —me dijo entonces el pachá—; te confío estas dos mujeres, de las cuales me responderás. Toma una escolta, y que nadie sea osado de tocar un solo cabello de sus cabezas.

Lo olvidé todo: de mi imaginación desapareció el terrible espectáculo de aquella sangrienta jornada, y mis ojos dejaron de ver el repugnante que en aquel momento se estaba desarrollando. Tomé la mano de Alí y la besé, y a continuación designé a diez hombres para que me sirvieran de escolta, y entré en Libaovo acompañando a Vasiliki y a su madre. Al día siguiente salimos para Janina. Mientras atravesábamos la plaza, gritaba un heraldo:

—¡Maldición sobre el que facilite asilo, vestidos o pan a las mujeres, a las doncellas y a los niños de Cardiki! Chainitza las condena a errar por los bosques y las montañas, y es su voluntad entregarlas a las bestias feroces, de las que deben ser presa. ¡Así venga a su madre la hija de Khamco!

Nos había precedido la nueva de la terrible ejecución. Durante el viaje, todo el mundo, temblando por su vida, salía a felicitar al pachá por lo que

llamaban su justicia. Delante de las puertas de Janina encontró a sus esclavos, a sus aduladores y a sus cortesanos que le esperaban, los cuales, no bien le vieron, atronaron él espacio con aclamaciones, llamándole grande, sublime, magnífico. Hizo alto Alí para contestarles; más en el momento en que iba a abrir la boca, se abrió paso por entre la muchedumbre un derviche que avanzó hasta colocarse frente al pachá. Este experimentó un estremecimiento general a la vista del rostro amarillento y el flaco brazo extendido del derviche. Todo el mundo calló. En medio de un silencio aterrador, preguntó Alí:

—¿Qué me quieres?

—¿Me conoces? —replicó el derviche.

—Sí; eres el que llaman el santo entre los santos, el *scheik* Yusuf.

—¡Y tú eres el tigre del Epiro, el lobo de Tebelin, el chacal de Janina! Tus pies no pisan un palmo de tapiz ni una pulgada de tierra que no estén regados con la sangre de tus hermanos, de tus hijos o de tus mujeres: no puedes dar un solo paso sin hollar la tumba de un ser creado a imagen de Dios que te acusa de su muerte. Siempre fuiste feroz, visir Alí, pero jamás habías hecho nada parecido a lo que acabas de hacer, ni aun aquel día que mandaste arrojar al lago a diez y siete madres y a veintiséis niños. ¡Maldición sobre ti, visir Alí! Has puesto tus manos sobre musulmanes que, a estas horas, te acusan ante el tribunal de Dios. Tus aduladores rastreros te dicen que eres poderoso, y tú les crees; te dicen tus esclavos que eres inmortal, y les das fe... ¡Maldición sobre ti, visir Alí! Tu poderío se disipará como un soplo... ¡Maldición sobre ti, visir Alí! ¡Tus días están contados! El ángel de la muerte no espera, para herirte, más que un movimiento de cabeza del Señor. He aquí lo que yo quería, he aquí lo que deseaba decirte: ¡Maldición sobre ti, visir Alí, maldición!

Ni a respirar se atrevía nadie. Todo el mundo esperaba con ansiedad indescriptible, creyendo que la venganza sería proporcionada al insulto; pero Alí, despojándose de su pelliza, forrada de armiño, la colocó sobre los hombros del derviche diciendo:

—Acepta esto, y ruega a Alah por mí; porque tienes razón, santo viejo: soy el más grande y el más miserable de los pecadores.

El derviche tiró la pelliza, como teniendo que le manchase su contacto, limpió en ella el polvo de sus pies y se alejó entre las apiñadas turbas, que se abrieron, mudas y temblorosas, para dejarle paso. Aquella misma tarde me facilitaba Alí el salvoconducto y la escolta que me había ofrecido, y a la mañana siguiente me ponía yo en camino para atravesar la Livadia.

XVII

DOS DE los albaneses de mi escolta, que se componía de cincuenta hombres, habían formado parte de la que acompañó a lord Byron en el viaje que este hizo por el mismo país que nosotros debíamos recorrer, y lo recordaban perfectamente. Seguimos el mismo camino que siguió aquel, por ser el más corto. Ordinariamente costaba doce días recorrerlo, pero los albaneses, héroes verdaderos de la fatiga, me prometieron hacerlo en ocho. En efecto: al día siguiente al de nuestra partida fuimos a pernoctar a Vonetza, que disputa a Anio el honor de ser la antigua Actium, habiendo recorrido unas veinticinco leguas en las dos jornadas. La fatiga del camino y las preocupaciones que me embargaban no me impidieron tomar una barca y hacerme llevar a Nicópolis. Como soplabla viento favorable, me dijeron mis marineros que podríamos atravesar el golfo, en nuestro viaje de ida, en dos horas, costándonos más tiempo el regreso, porque tendríamos que hacerlo a remo. Poco me importaba el tiempo, pues el fondo de la barca y mi capa me proporcionarían mayores comodidades de las que me brindaba la habitación que dejó para hacer la excursión.

Por un azar extraordinario tuvo aquella lugar en la noche del 2 al 3 de septiembre, aniversario del célebre combate de Actium. Nosotros encontramos tranquilo y silencioso aquel mismo golfo que mil ochocientos treinta y cuatro años antes, a la misma hora, debió ofrecer un espectáculo terrible a los numerosos habitantes que, apiñados como para una naumaquia inmensa, llenaban las orillas que nosotros veíamos desiertas. A aquella misma hora se jugaron el imperio del mundo que perdió Marco Antonio. Los restos de su flota se debatían aún, pero él había huido ya al ver escapar a Cleopatra, y Octavio, desde que se inició la fuga, se llamaba en realidad Augusto.

Atracamos en la orilla opuesta del golfo, salté a tierra y caminé errante, durante algún tiempo, como una sombra, por entre las ruinas de Nicópolis, la ciudad de la victoria, mandada edificar por Augusto, para conmemorar el combate de Actium, sobre el mismo sitio donde, habiendo encontrado a un labriego con su asno y preguntándole el nombre de este, contestó el dueño en lengua latina:

«—Yo me llamo *Eutyclus*, que significa *dichoso*, y mi asno se llama *Eicon*, que quiere decir vencedor».

Augusto, el hombre de los presagios, vio uno en las palabras del labriego, y no lo olvidó; tanto, que mandó fundir dos estatuas con destino a la plaza de Nicópolis, una representando al labriego y otra a su asno.

Serán muy contados los lectores que alguna vez no hayan vagado, durante la noche, por ruinas, y de consiguiente, que ignoren el efecto que aquellas producen; pero, cuando a las ruinas que el paseante nocturno tiene ante sus ojos, une la memoria un recuerdo gigantesco, la soledad y la noche adquieren una solemnidad nueva. Embebecido en ideas sombrías y en pensamientos evocadores estaba yo sentado sobre un pedazo de columna rota, frente a una masa de piedra, resto de algún templo desconocido, cuando me pareció que una sombra tomaba cuerpo y crecía en proporciones. Quedé con los ojos fijos y la respiración en suspenso, y no sin motivo ciertamente, pues lo que en un principio me pareció que sería combinación caprichosa de los rayos de la luna, adquiriría aparentemente cierta realidad. Era algo de contornos confusos, no precisos, pero que semejaba una mujer cubierta por un velo o por un sudario. He nacido en un país fértil en leyendas poéticas, y con frecuencia, en mis años juveniles, había oído contar historias de apariciones, siempre debidas a alguna persona que acababa de morir o al espíritu de alguien que se encontraba en grave peligro. En casos como estos —conste que me atengo a las tradiciones que recibí de mi madre—, hay un medio segurísimo para cerciorarse de sí es sobrenatural el que a los ojos de la carne se presenta: basta volverse rápida y sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, y si el fantasma describe el mismo círculo con la velocidad misma del que queda en el centro, ya no puede haber duda de que la visión viene de Dios. Me levanté; y luego de haberme convencido de que lo que veía no era ilusión de mis sentidos, me volví sucesivamente hacia Occidente, hacia el Norte y hacia Oriente, y en los tres puntos indicados tropezaron mis ojos la misma aparición, velada, en pie e inmóvil, silenciosa como un mármol, rápida como el pensamiento. Me he confesado al lector con sobrada franqueza para que este haya adquirido el convencimiento de que no soy cobarde; y, sin embargo, no me duele reconocer que sentí que se me erizaban los cabellos y que el sudor del espanto inundaba mi frente. Durante breves momentos quedé con los ojos fijos en aquella extraña figura, pero, al fin, impulsado por una fuerza desconocida que me incitaba a salir de dudas a cualquier precio, avancé en línea recta hacia el fantasma. Este me dejó llegar hasta una distancia de cuatro o cinco pasos, y entonces, al extender yo el brazo, desapareció, exhalando un gemido semejante al postrer suspiro de un moribundo. Me pareció también que azotaba mi rostro una ráfaga de viento y que esta llevaba envuelto en sus

alas mi nombre, pronunciado con acento como de quien pide socorro. Me precipité al sitio que ocupaba la sombra, y no vi nada, no distinguí huella alguna, ni siquiera estaba hollada la hierba. Por las inmediaciones no había ningún muro, ninguna ruina, ningún sitio donde pudiera esconderse nadie, si el ser incomprensible que acababa de aparecérseme hubiera sido un cuerpo material, y no un espectro.

Lancé un grito y acudieron corriendo los marineros, temiendo que yo hubiera encontrado entre las ruinas algún ladrón o alguna fiera. Me encontraron solo, y les referí lo que acababa de sucederme, invitándoles a que me ayudaran en mis pesquisas. Movieron ellos la cabeza y dieron algunos pasos alrededor del sitio donde tuvo lugar la aparición, pero más bien para no desobedecer mis órdenes que con la esperanza de descubrir cosa alguna. Las investigaciones resultaron inútiles: nada encontramos que pudiera disipar mi incertidumbre.

Hacíase ya tarde, y, sin embargo, sentía yo una fuerza que me retenía a aquellas ruinas: fue preciso que los marineros me recordasen varias veces que era tiempo de hacer el regreso. Les mandé que fueran a esperarme en la barca, prometiendo seguirles en breve, y cuando me dejaron solo, pedí fervorosamente a Dios que hiciera surgir de nuevo la aparición y que permitiera a esta que me hablase: Dios desoyó mis súplicas. Me decidí entonces a marchar me, y lo hice volviendo atrás a cada paso la cabeza, llegando a la barca sin haber visto nada. Me tendí en el fondo de la barca, no con ánimo de dormir, sino para, recapacitar sobre mi extraña aventura. Mis remeros empuñaron con mano firme los remos e hicieron que la barca volase sobre la superficie de las aguas, cual ave marina retrasada, sin despegar los labios, durando su expresivo silencio desde las costas de Nicópolis hasta las de Actium.

Eran las dos de la mañana y yo no tenía la menor esperanza de conciliar el sueño, pues la agitación de mi espíritu había ahuyentado la fatiga de mi cuerpo. Desperté a mis albaneses y les pregunté si estaban prontos a partir: contestaron tomando sus armas, y nos pusimos en camino, abrigando la esperanza de llegar aquel día mismo a Vrachouri, la antigua Thermas. A las cinco horas de marcha hicimos alto, para almorzar, en las márgenes del Achelous, y cruzando el río, después de dos horas de descanso, por el sitio mismo donde, según la tradición, Hércules domó al toro, entramos en Etolia.

Tuvimos que hacer otro alto a las cuatro de la tarde. Mis hombres estaban rendidos, pero, esto no obstante, dos horas de descanso les devolvieron las fuerzas para reanudar la marcha. A eso de las diez dimos vista a Vrachouri,

pero era ya demasiado tarde para entrar en el pueblo. Estaban cerradas sus puertas y hubimos de acampar fuera, lo que no suponía, en medio de todo, gran contrariedad, toda vez que la noche estaba hermosísima y templada, como suelen serlo las de los comienzos de septiembre, fecha en que nos encontrábamos. Lo peor del caso era que no teníamos víveres de ninguna clase, y, después de una jornada como la hecha, precisaba restaurar las fuerzas con una cena substanciosa. En consecuencia, dos de mis albaneses corrieron hacia algunas chozas de pastores que vimos suspendidas sobre un precipicio, para reaparecer al cabo de algunos minutos llevando, el uno un abeto encendido, y el otro una cabra sobre los hombros. Seguíanles cinco o seis montañeses cargados con un camero y pan y vino en abundancia. Todo el mundo consagró su actividad al arte culinario: mientras unos degollaban el carnero y la cabra, otros encendían dos hogueras inmensas y otros cortaban ramas de laurel, resultando de la suma de tantas actividades que, al cabo de breves instantes, nuestra cena daba vueltas sobre las ascuas ensartada en dos palos de laurel. Como quiera que los montañeses nos habían ayudado en los preparativos, y, por otra parte, observé que contemplaban con ojos de hambre la cena homérica que nos habían proporcionado, les invité a compartirla, invitación que ellos aceptaron sin hacerse de rogar, y dispuse que ellos y mis hombres despacharan algunos odres de vino para ir entreteniéndolos. Produjo el vino sus efectos: los obsequiados, en su deseo de pasar el tiempo, y quizá para corresponder a mi invitación, comenzaron a bailar una danza muy movida, en la que no tardaron mis albaneses, pese a su cansancio, en tomar parte activa, resultando que el círculo de bailarines, que principió por ser de ocho personas, hubo de ensancharse extraordinariamente, pues a los ocho primeros se unió toda mi escolta. Los danzantes daban vueltas en derredor de los dos braseros, cayendo de vez en cuando de rodillas para tomar a levantarse y dar vueltas cantando. Cantaban el famoso himno de guerra de Riga, del cual copiaremos algunas estrofas y el coro.

Helo aquí.

SOLO

«¡Levantaos, hijos de Grecia! Alboreó, al fin, para nosotros el día de gloria. Mostrémonos dignos de nuestro nombre y no olvidemos quiénes fueron nuestros antepasados».

CORO

«¡A las armas, hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas».

SOLO

«¡Sacudamos el yugo de nuestros tiranos! ¡Cunda la insurrección por nuestra patria, y los hierros que nos encadenan caerán hechos pedazos! ¡Sombras de nuestros sabios, presidid nuestros consejos! ¡Sombras de nuestros guerreros, llevadnos a los combates! ¡Griegos de las Termópilas y de Maratón!, despertad al ronco bramar de nuestras trompas de guerra, romped las losas funerarias que cubren vuestros sepulcros, venid a engrosar nuestros batallones, corred a atacar a Istamboul, esa nueva ciudad de las siete colinas, y no volváis a descansar en vuestros sepulcros hasta que nosotros hayamos reconquistado nuestra libertad».

CORO

«¡A las armas, Hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas».

SOLO

«¡Esparta, Esparta! ¿Por qué duermes con sueño de hielo? ¡Despierta, y que tus hijos se unan a los atenienses, tus antiguos aliados! Invoquemos a aquel caudillo célebre en los himnos antiguos que te salvó de la ruina. Invoquemos a Leónidas y a sus trescientos mártires; y si nos traiciona la victoria, sepamos morir, al menos, como murieron aquellos, anegados en las olas de sangre que nuestras manos hayan vertido».

CORO

«¡A las armas, hijos de Grecia! Corra a torrentes la sangre de nuestros enemigos; suba hasta que nos llegue a las rodillas».

¡Hermoso espectáculo! En todas partes vibraban anhelos de emancipación: en los mares del Archipiélago lo mismo que en la antigua Etolia, en el lecho del moribundo próximo a comparecer ante el tribunal de Dios lo mismo que en el pecho del hombre lleno de vigor y de vida, bullía el

mismo espíritu de independencia, lucía la misma esperanza de libertad. Los cantos y la danza duraron hasta que el camero y la cabra estuvieron asados, cesando entonces para hacer los honores correspondientes a una cena que nuestro apetito nos hizo encontrar excelente. Restauradas nuestras fuerzas con la cena, y con el sueño que la siguió, reanudamos al día siguiente la marcha, que se hizo por la falda del Parnaso. Mis albaneses me indicaron el sitio donde lord Byron había dado libertad a las doce águilas que le parecieron presagio excelente para su futura reputación de poeta. Sin visitar la famosa fuente cuyas aguas dan al hombre el don de profecía, aquella noche nos deteníamos en Castri.

Aquí me despedí de mis albaneses. La autoridad de Alí-Pachá no alcanzaba más allá, y, por otra parte, el resto de mi viaje no ofrecía peligro alguno. Quise recompensar generosamente a los hombres que me sirvieron de escolta; pero su jefe, haciéndose intérprete de la voluntad de todos, contestó con acento de dignidad:

—Queremos que nos aprecies; *no* que nos pagues.

Abracé al jefe y di sendos apretones de manos a los demás.

En Castri tomé una escolta de seis hombres montados, mandados por un *drogman*, y emprendí la marcha, siguiendo siempre la cordillera del Parnaso. El primer día recorrimos unas veintitrés leguas. Viajábamos con rapidez extraordinaria, y, sin embargo, lejos de respirar con más desahogo a medida que avanzábamos, me oprimían el pecho presentimientos tristes y temores. Dos días después de nuestra salida de Castri pernoctábamos en Lefsina, la antigua Eleusis, última etapa de mi dilatado viaje antes de llegar a las riberas del mar Egeo.

Salimos al amanecer. A eso del mediodía llegamos a Atenas, donde hicimos un alto de dos horas, durante el cual, preocupado por una sola idea, la de ver de nuevo a Fatinitza, no salí de mi habitación. A medida que a ella me aproximaba, su recuerdo daba tales vuelos a mi amor, que nada encontraba digno de interés ni de curiosidad. Quizá habré sido yo el único viajero que ha pasado por Atenas sin visitarla.

Sobre las cinco de la tarde entrábamos en una cordillera que, cruzando la Ática de Norte a Sur, nace en Maratón y va a morir, en pendiente insensible y montuosa, a la punta del cabo Sunium. Mis hombres hicieron alto antes de penetrar en una garganta que nos mostraba su angostura, y luego que celebraron una especie de consejo, declararon que el cielo presentaba síntomas de tempestad próxima y violenta, y por tanto, que era peligrosísimo internarnos a aquella hora en las montañas. Dadas las circunstancias, nos

convenía —dijeron—, hacer alto en una aldea que teníamos cerca, donde dejaríamos que pasase la tempestad. El lector, que sin duda comprenderá mi impaciencia, adivinará que semejante proposición no podía ser de mi agrado. Insté, supliqué, pero, convencido de la inutilidad de mis instancias, puse ante los ojos de mis hombres oro; y, después de pagarles el precio convenido, les ofrecí el doble si se decidían a continuar la marcha sin detenerse. Aceptaron mis hombres, que no eran ya mis altivos albaneses, y nos aventuramos por la garganta, sombría de ordinario, y negra entonces como consecuencia de las nubes acumuladas sobre ella. Creo que un muro de llamas no me hubiese detenido en aquellos momentos: sabía que la garganta desembocaba en el mar y que a cinco leguas de las playas se alzaba la isla de Ceos, desde la cual más de una vez había contemplado yo las costas del Ática envueltas en los rayos purpúreos de un sol próximo a hundirse.

Por desgracia, los temores de mis guías tenían fundamento sobrado. No bien penetramos en la garganta, surcaron algunos relámpagos el océano de nubes amontonadas sobre nuestras cabezas, y el retumbar lejano del trueno acompañó a aquellos, saltando de picacho en picacho. A cada presagio de esta clase se miraban unos a otros mis hombres, como preguntándose si no sería conveniente volverse atrás; pero, como observaran que mi resolución era inquebrantable, pensaron, sin duda, que sería cobardía dejarme solo, y continuaron resueltos la marcha. Pronto se desprendieron de las nubes masas de vapores blanquecinos que, semejantes a vellones gigantes, parecían quedar clavados en las puntas de las rocas, y al cabo del rato, todos los vellones, separados hasta entonces, se reunieron formando un mar que comenzó a avanzar amenazador hacia nosotros, envolviéndonos en contado número de segundos. Desde aquel momento ya no podíamos saber si el rayo corría bajo nuestros pies o sobre nuestras cabezas, porque sus deslumbradores zig-zags y ensordecedor estruendo nos rodeaban por todas partes. Los relinchos de nuestros caballos, sus resoplidos, su espanto, me hicieron comprender lo fundado de la vacilación de mis guías. Era la primera vez que yo presenciaba una tempestad en las montañas, y como si la Naturaleza hubiese tenido empeño en iniciarme de una sola vez en todos los misterios de su fuerza y de su grandeza, desencadenó a un mismo tiempo sus más espantosos mensajeros de destrucción.

Para colmo de desgracias, el sendero que seguíamos, abierto en las escarpaduras de la montaña, no nos ofrecía el menor abrigo contra la lluvia que comenzaba a caer, ni contra el trueno, que constantemente retumbaba sobre nuestras cabezas. Se acordaron mis guías de una caverna que podría

distar una legua poco más o menos del sitio en que nos encontrábamos, y pusieron sus caballos a galope, ganosos de refugiarse en ella antes que el huracán desencadenase toda su intensidad. Los caballos, más espantados aún que los jinetes, se lanzaron locos, como si pretendieran vencer en rapidez al viento. A costa de grandes esfuerzos contenía yo al mío, de más sangre y mejor que los de mis guías, cuando de pronto fulguró un relámpago tan cerca de nosotros, que hombres y animales quedamos ciegos. Se encabritó mi caballo, y, acordándome yo, no obstante mi espanto, que si le oponía alguna resistencia era posible que se lanzase ciego al fondo del precipicio, soltó las riendas, hundí las espuelas en sus ijares y dejé que me llevase adónde su instinto o el vértigo le impulsasen. He de decir que aprovechó la libertad con rapidez y energía verdaderamente espantosas. Oí... durante un segundo nada más, los gritos de mis guías que me llamaban: intenté refrenar mi caballo, pero era tarde: un trueno formidable que retumbó en aquel punto vino a aumentar, si cabía, su terror. Debí desaparecer de la vista de mis compañeros como arrebatado por un torbellino, pues era tal la velocidad de la carrera, que mis pulmones no encontraban aire para respirar. No parecía sino que el genio de las tempestades me había regalado uno de sus terribles corceles.

Casi media hora duró aquella carrera insensata. Durante la media hora en cuestión brillaron muchos relámpagos, a cuya luz cárdena pude ver muchos precipicios sin fondo; me pareció que mi caballo saltaba de roca en roca, sin seguir sendero ni vereda, y recuerdo que saqué los pies de los estribos a fin de poder tirarme a tierra en cualquier momento dado. No había hecho más que adoptar esta precaución, cuando mi caballo se hundió perpendicularmente, cual si la tierra le hubiese faltado de pronto. Una rama de árbol azotó al mismo tiempo mi rostro. Instintivamente extendí los brazos, me así a la rama providencial, y mi caballo se precipitó solo, quedando yo suspendido sobre el abismo. Al cabo de un segundo hirió mis oídos el ruido sordo que hizo el pobre animal al rebotar de picacho en picacho.

El árbol al que providencialmente me así era una higuera que salía de una grieta de las rocas. Ningún camino llegaba hasta allí, pero, merced a las asperezas y cavidades de la roca, conseguí, no sin correr peligro inminente de caer precipitado veinte veces, ganar una pequeña plataforma que me ofrecía relativa seguridad. Cuando uno acaba de escapar de un peligro inmenso, desaparecen y no se tienen en cuenta los de menor cuantía; digo esto, porque me consideré completamente a salvo cuando vi que el único motivo de inquietud era la tempestad.

Me quedé en aquella plataforma sin osar aventurarme más lejos en la oscuridad, porque cada relámpago me desplegaba ante los ojos abismos y precipicios por todos lados. Llovía a mares, bramaban los torrentes formados por el agua caída de las nubes, retumbaba el trueno sin interrupción, y los ecos de la montaña no habían terminado de repetir uno, cuando estallaba otro sobre mi cabeza digno del Júpiter de la Grecia. Pensar en el sueño era pensar en lo imposible: lo único que podía hacer era acurrucarme en el estrecho espacio donde me había refugiado a fin de combatir el vértigo. Me pegué a la roca y esperé. La noche se arrastró con lentitud mortal: me pareció oír algunos disparos de fusil mezclados con los truenos, pero no pude contestar más que a gritos, porque mis pistolas habían quedado en las pistoleras de mi caballo, y los gritos se perdieron ahogados por el ensordecedor estruendo del huracán.

Calmó al amanecer la tempestad. El cansancio me tenía destrozado, pues acababa de recorrer en ocho días ciento treinta leguas, sin descansar, y casi sin dormir. Busqué algo donde poder sentarme y encontré una peña, donde me acomodé, quedando profundamente dormido a los dos segundos. Cuando abrí los ojos creí que soñaba. Sobre mi cabeza brillaba un cielo azul, a mis pies dormía una mar tranquila, mar que, a una distancia de cuatro a cinco legua?, me mostraba una isla muy conocida, Ceos, la isla que buscaban mis ansias, el lugar donde me esperaban Fatinitza y la dicha.

Me levanté lleno de fuerzas y de alegría, y busqué un sendero que me permitiera llegar a la playa. Desde el borde de la plataforma distinguí, a unos doscientos pies de profundidad, mi caballo despedazado, que las aguas del torrente comenzaban a arrastrar hacia el mar. Separé la vista, estremecido a mi pesar, y vi que el sendero que mi caballo dejó pasaba a unos cuarenta pies de altura sobre mi cabeza, pero que podía llegar hasta él merced a las raíces hundidas en la roca y las asperezas de esta. Inmediatamente puse manos a la obra, que terminé felizmente al cabo de unos veinte minutos, no sin correr cien veces riesgo de despeñarme. Una vez en el sendero, podía considerarme a salvo; el sendero terminaba al borde del mar.

Bajé corriendo a una cabaña de pescadores emplazada en la playa, donde encontré a los hombres de mi escolta, los cuales, aunque me creían muerto, sabedores como eran de que el fin de mi viaje era la playa, habían resuelto llegar hasta ella, por si, por un capricho de la fortuna, llegaba yo. No eran más que cuatro: el *drogman* se había, extraviado y no se tenían noticias suyas; otro quiso atravesar el torrente le arrastraron las aguas y, según todas las probabilidades, habría perecido ahogado. Di a los cuatro hombres una

recompensa nueva, y pedí una barca con los mejores remeros que fuera posible encontrar. El dueño de la cabaña quiso que compartiera el almuerzo de su familia; pero yo le di las gracias, manifestando que quería partir al instante, y al cabo de cinco minutos me anunciaron que la barca estaba lista. Además del precio convenido, di una moneda de oro a cada uno de mis cuatro remeros, consiguiendo que la barca volase materialmente sobre la superficie del agua. Desde el punto en que nos encontrábamos no se divisaba la isla de Ceos, pues la ocultaba por completo la islita de Elena, que desde lo alto de la plataforma donde pasé la noche me pareció un escollo; más no bien doblamos su punta meridional, apareció ante mis ojos la primera. Bien pronto logré distinguir detalles que a causa de la distancia ni podía apreciar en los comienzos del viaje: la población parecía una línea oscura paralela al puerto, y en el fondo, semejante a un punto, se destacaba la casa de Constantino, la casa que tantas veces viera yo en sueños, y que, a medida que nos acercábamos, dibujaba sus contornos, parecida a una mancha blanca con toques grises en medio de la alfombra verde formada por los extensos olivares y moreras que la circundaban. Reconocí al fin la ventana desde la cual nos diera Fatinitza la despedida. Puesto en pie sobre la proa de la barca saqué yo mi pañuelo y lo agité, como aquella había agitado el suyo; pero Fatinitza debía encontrarse en el interior de la casa, pues la celosía continuó cerrada y nadie contestó mi saludo. No por ello abandoné la proa, aunque comenzó a inquietarme la ausencia de vida que creí notar en toda la casa: nadie subía ni bajaba por el camino que a ella conducía; nadie transitaba por los alrededores de sus murallas; parecía una tumba inmensa.

Aunque sentía extrañas opresiones en mi corazón, me era imposible abandonar mi puesto: sobre la proa continué en pie, agitando mi pañuelo sin que me contestara nadie. En esa forma llegué al puerto. Inmediatamente salté a tierra. Permanecí algunos instantes como aturdido, sin saber qué hacer, indeciso entre preguntar por Fatinitza o en correr a su casa para informarme personalmente. Acerté a ver a mi niña, griega, vestida con mi tela de seda, ya hecha jirones, y corrí hacia ella. Asiéndola por un brazo, pregunté:

—Me espera Fatinitza, ¿verdad?

—Sí, sí; espera —respondió la niña—: pero has llegado tarde.

—¿Dónde está?

—Yo te acompañaré.

La niña empezó a caminar.

La seguí algunos pasos; más viendo que tomaba dirección contraria a la de la casa de Constantino, me detuve.

—¿Pero adónde me llevas? —pregunté.

—A dónde está Fatinitza.

—Pero este no es el camino de su casa.

—En su casa no hay nadie: la casa está vacía y la tumba llena.

Un estremecimiento terrible recorrió todo mi cuerpo, pero me acordé de que la pobre niña era tenida por loca o idiota.

—¿Y Estéfana? —pregunté.

—Está en su casa —contestó la niña, extendiendo el brazo hacia una.

Dejé en medio de la calle a la niña y corrí a la casa de Estéfana, porque no me atrevía a ir a la de Constantino. Penetré en la primera habitación, donde solo encontré criados, y la atravesé sin parar mientes en los gritos que lanzaron al verme. Llegado al pie de la escalera que conducía al primer piso, donde suelen estar las habitaciones de las mujeres, la subí corriendo y abrí la primera puerta que me salió al paso. Allí encontré a Estéfana, vestida de negro, sentada en el suelo sobre una estera, pendientes los brazos y apoyada sobre las rodillas la cabeza. La levantó al escuchar el ruido de mis pasos; lágrimas abundantes inundaban sus mejillas. Al conocerme lanzó un grito y se mesó los cabellos, haciendo un gesto de suprema desesperación.

—¡Fatinitza!... —grité yo—. ¡En nombre del Cielo...! ¿Dónde está Fatinitza?

Se levantó sin despegar los labios, tomó un rollo sellado con lacre negro, que había sobre un cojín, y me lo entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El testamento de mi hermana: ha muerto.

Quedé horriblemente pálido, se doblaron mis piernas, me apoyé contra el muro, y, al fin, caí sobre un diván: me parecía que acababa de herirme el rayo. Cuando se disipó mi estupor, Estéfana se había ido de la estancia dejándome el rollo fatal. Rompí el sello, seguro de que iba a leer la historia de alguna catástrofe horrenda... No me había engañado: he aquí lo que el rollo decía:

DIARIO DE FATINITZA

«¡Te has ido, amado mío! Con la vista he seguido al buque que te lleva, y que te devolverá a mis brazos: así lo espero. Hasta que aquel ha desaparecido, mis ojos, que te acompañaban, han visto los tuyos fijos en mí... ¡Gracias!

»¡Oh, sí! Me amas, lo sé. Puedo fiar ciegamente en ti. Si tus palabras no son realidad, habría que desterrar de la tierra a la fe; sería preciso rendir culto a la mentira como al más hermoso y poderoso de los dioses,

si esta, semejante a Júpiter, pudiera convertirse en hermoso cisne de blanco plumaje y seductor canto. Quedó sola, y como ya no temo excitar sospechas, he pedido cuanto para escribir es preciso, y te escribo. Sin el recuerdo de tu imagen, sin la certeza de tu regreso, tu ausencia sería para mí el infierno. Todos mis pensamientos, todas las impresiones de mi corazón, las escribiré en este papel, amado mío, y cuando regreses, tendrás la seguridad de que ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante, he dejado de pensar en ti.

»Grande, muy grande es el dolor que tu separación me ha producido, y creo que aumentará más todavía. Es muy reciente tu ausencia para que yo me resuelva a creer en ella; llenas aún esta casa, como llenas mi pensamiento, y no puede decirse que el sol se ha puesto mientras la tierra guarda el reflejo de sus rayos. Tú, amado mío, eres mi sol; hasta que tus rayos me iluminaron, en mí no brotaron flores; a tu luz se abrieron las tres más hermosas de la creación: la fe, la esperanza y el amor. ¿Sabes quién pretende distraerme en este instante? Nuestra querida mensajera. Posada sobre la mesa, coge la pluma con su pico, levanta el ala como si me trajera una cartita tuya... ¡Viene de tu habitación y no te ha visto! ¡Pobrecilla!... ¡No sabe lo que eso significa!

»¡Las lágrimas me ahogan, alma mía! ¡No he llorado bastante, suben hasta mis ojos y, no encontrando salida, vuelven a caer sobre mi corazón!

»Ha venido Estéfana a pasar el día conmigo, con tu pobre abandonada, y no hemos dejado de hablar de ti. Es feliz, pero con una felicidad que no le envidio, con una felicidad a la cual prefiero mi dolor. Conforme es costumbre entre nosotros, no había visto a su marido hasta el momento de casarse con él, y después de casada, como aquel es joven, guapo y muy bueno, le ha tomado cariño, pero le ama como a un hermano.

»¿Comprendes tú esa clase de cariño? ¿Comprendes que se ame como a un hermano al hombre a quien se entrega la vida entera? ¡Ni imaginarme puedo lo que pasaría por mí si durante un solo día te amase como amo a Fortunato! ¡Yo creo que si eso me sucediera, durante ese día cesaría de latir mi corazón! ¡Ah! ¡Tranquilízate, que el amor que te profeso es otro muy distinto! Yo te amo con mi espíritu, con mi alma, con mi cuerpo: te amo como ama la abeja a las flores, es decir, que vivo por ti y para ti, y que, sin ti, me sería imposible vivir.

»¿Quieres saber lo que Estéfana me ha dicho? Que no me fíe de ti, porque eres de una raza que nunca tuvo palabra. Asegura que te has ido para no volver... ¡Pobre Estéfana! ¡Perdónala, alma mía, pues habla así porque no te conoce como te conozco yo! No sabe que, antes que dudar de ti, dudaría yo del sol que me ilumina y hasta de Dios, creador de ese sol. Ha enviado a buscarla su marido y me deja: cuando tú lo seas mío, no me separaré de ti ni una hora, ni un segundo, y nunca tendrás necesidad de enviarme a buscar, porque estaré siempre a tu lado.

»A la hora de costumbre he ido al jardín. No hace más que tres días que, cuando salía de mis habitaciones para ir al jardín, sabía que te encontraría allí... ¿Por qué no te encontré hoy? ¡Dios mío! ¡Te has ido!... He encontrado aquellas hermosas flores que nos sonreían durante las noches, aquellas flores que enviaban sus perfumes a las brisas, y he hecho un ramo que significaba: “Te adoro y te espero”. Inmediatamente lo he arrojado sobre el muro... ¡Ay de mí! No estabas tú allí para recogerlo, como de costumbre, y para contestarme con tus besos: “Te adoro, y aquí me tienes”.

»Hasta media noche no me he movido de nuestra linda cuna de jazmines, templo hace dos días del amor y de la dicha, y altar desolado hoy, donde no queda otra divinidad que el recuerdo... ¡Adiós, vida de mi vida! Voy a dormir para soñar que te veo.

»He tenido unos sueños horribles, amado mío, sueños en los que ni una sola vez te he visto. ¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡Estar lejos de ti durante mis vigiliyas y no verte tampoco en mis sueños! He soñado en Constantinopla, en nuestra casa ardiendo, en mi pobre y querida madre moribunda, en una palabra: en sucesos dolorosos pasados. ¿Es que no sufro bastante, Dios mío? ¿Quieres arrojar sobre mí tantas amarguras que formen un mar insondable en cuyas aguas me ahogue?

»Por la mañana he mandado ensillar a *Pretly*, y, envuelta en velos más espesos que las nubes que hoy ocultan el sol, me he dirigido a la gruta. Es el sitio de la isla que continúa hablándome de ti. El arroyuelo que se desliza rumoroso por el fondo del valle, las hermosas flores rojas que crecen a los bordes del camino y cuyos nombres me has enseñado tú, las hojas de los árboles, que hoy dirigen sus quejas al viento porque el día está triste y nuboso, todo, todo me recuerda tu imagen. Llegada a la gruta, he dejado en libertad a *Pretly* para volver a leer el poema de *I Sepolcri* que tantas veces he leído. ¿No te parece extraño, alma mía, que encontrase en ese libro la prenda primera de tu amor, aquella ramita

de hiniesta, símbolo dulce de una esperanza naciente e indecisa que, después de haberse marchitado en el libro, se está secando ahora sobre mi corazón?

»Si muriera antes de tu regreso, vida mía, quisiera que me enterrasen en la gruta. Con razón la preferías tú a cualquier otro sitio de la isla, pues, aparte de otros atractivos, tiene un portillo sublime que da al mar y que parece una ventana asomada al cielo.

»¿Pero qué idea acaba de cruzar por mi imaginación? ¡Morir!... ¿Por qué he de morir? ¡Cómo vamos a reírnos, cuando vuelvas, de todas estas ideas locas y de mil otras cosas más! ¿Sabes lo que he hecho? He abierto el libro por la misma página que lo estaba cuando lo encontraste tú, y he puesto allí una ramita de hiniesta semejante a la que tú pusiste: a continuación, he salido de la gruta, y, dando un gran rodeo, he vuelto a ella por el mismo camino que seguí el día que lo encontré. Me ha producido alegría viva encontrar el libro y la ramita, pero te confesaré que me preocupó que el primero tenga por título *I Sepolcri*.

»Decididamente voy a reñir con Estéfana: ha venido a verme, y como me encontrara llorando, me ha dicho que soy una necia, que no debería amarte cómo te amo, que a estas horas, mientras yo lloro desconsolado, tú cantas a bordo del jabeque de mi padre cualquier canción alegre, y ríes y te diviertes con los marineros. ¿Verdad que no es cierto, amado de mi alma? ¿Verdad que, si no lloras, porque eres hombre y los hombres no lloran... aunque es lo cierto que yo te visto llorar lágrimas más preciosas que las perlas de la mar, verdad que, si no lloras, por lo menos estás triste, que no cantas canciones, como no sea aquella canción siciliana, tan dulce y melancólica, la única que te permito que cantes?

»Mientras escribía la línea anterior, ha saltado una cuerda de mi *guzla*. Dicen que es un mal presagio, pero tú me has mandado que no crea en presagios ni en sueños, y nada creo... ¡No...! ¡Miento, vida mía! ¡Creo en ti, dueño mío, todopoderoso, criador de mi nueva existencia, creo en tu amor, mi única vida!... ¡Oh! ¿Pero qué estoy escribiendo, Dios mío? ¡Sin darme cuenta, estoy parodiando el Símbolo de los Apóstoles!... ¡Perdón, Dios santo, perdón! ¡Hoy mi religión es mi amor!

»No me atrevo a decirte lo que temo y lo que espero, amado de mi corazón, porque se trata de algo que, de confirmarse, sería una alegría inmensa y una desgracia espantosa. Solo dos cosas quiero hoy, sin

contarte a ti, como es natural: mis tórtolas y mis flores. En cuanto a Estéfana, la detesto.

»Mis tórtolas se aman, pero lo que yo ignoraba era que se amasen también mis flores. Hay algunas que crecen más lozanas y florecen más bellas cuando están cerca de otras determinadas, y otras que, por el contrario, languidecen y se marchitan cuando se ven cerca de plantas que les son antipáticas. Resulta, pues, que en el mundo de las flores, lo mismo que en el de los hombres, el amor es la vida, la indiferencia, la muerte. ¡Oh! Si estuvieras cerca de mí verías que mi cabeza, hoy abatida y marchita, se erguía vigorosa, verías que mis mejillas, ahora pálidas, recobraban de pronto los colores que tanto te agradaban... ¡Pero es que mi palidez y mi debilidad acaso tengan por causa algo que no sea tu ausencia!... ¡Detente, pluma!... Cuando me asegure de ello, te lo diré.

»Nosotros, los maniotas, tenemos una costumbre terrible. Preguntaba en una ocasión un viajero francés a mi abuelo, Nicetas Sophianos, qué castigo imponían los espartanos al seductor de una doncella.

»—Le obligan —respondió mi abuelo— a entregar a la familia agraviada un toro tan grande, que, puestos sus cuartos traseros en la Mesenia, pueda beber en el Eurotas.

»—¡Pero si no es posible que se encuentre toro de semejantes dimensiones! —replicó el francés.

»—Tampoco se encuentran entre nosotros ni seductores ni seducidas —dijo mi abuelo.

»Desde entonces han variado mucho los tiempos. Hoy, para castigar el crimen que no conocieron nuestros abuelos, han inventado nuestros padres una venganza espantosa. Si el seductor no ha abandonado el país, los hermanos de la doncella seducida van a buscarle y le obligan a reparar su falta o a batirse con ellos. Comienza el hermano mayor; si sucumbe, riñe con el seductor el hermano segundo, luego el tercero, y cuando no quedan más hijos, se bate el padre. Este, si muere, lega la venganza al hermano, al tío o al primo, y así sucesivamente hasta que pierde la vida el culpable.

»Si el seductor se ha ausentado, la familia venga el agravio en su cómplice. El padre de la seducida, o su hermano mayor, o el jefe de la familia, pregunta a aquella cuánto tiempo desea que se le conceda papa que se presente su amante: señala ella el plazo que considera necesario, plazo que puede ser de tres, seis, nueve meses, nunca mayor de un año,

y una vez convenido ese extremo, todo en la casa de la seducida recobra su ser y estado habituales. Nadie habla de la falta cometida a la infeliz niña, y todos esperan con paciencia el plazo en que aquella debe ser reparada. El día prefijado, el jefe de la familia pregunta a la seducida dónde está su esposo, y si este no ha vuelto, inmediatamente le levanta la tapa de los sesos.

»¡No dejes de venir, vida mía! ¡Si no vinieras, no solo me matarías a mí, sino también a nuestro hijo!

»Me dice Estéfana que no soy conocida. Esta mañana me recomendaba que tuviera cuidado, no fuera a enfermar de la dolencia que arrebató la vida al pobre Apostoli. ¡Qué inocente! ¡No sabe ella que no puedo morir desde que vivo para dos!

»¿Dónde estáis, luz de mis ojos? Indudablemente en Esmirna. Uno de los dolores más terribles que acompañan a la ausencia es la incertidumbre. Tal como lo había previsto, a medida que pasa el tiempo, aumenta mi tristeza. Es que voy temiendo que el recuerdo, tan vivo en el momento de la separación, se debilite y llegue a cerrarse como se cierran las heridas. Casi siempre dejan estas cicatriz; ¿pero no es cierto que las hay que llegan a borrarse por completo? Claro que lo que digo no puede aplicárseme a mí, alma mía, porque para mí, cada uno de los objetos que me rodean es una lengua que habla a mi corazón. A ningún sitio voy dónde tú no hayas estado; todo está lleno de tu memoria. Aun cuando pretendiera olvidarte, encerrada como me veo en un círculo trazado por tu recuerdo, me sería imposible, y si mi herida llega a cicatrizar un día, será encerrando tu imagen en el hueco que tu amor abrió. No estás tú en las mismas condiciones: alejado de mi isla, no has de ver nada que a mí me haya visto, nada tocarás que yo haya tocado, nada conocerás que a mí me conozca. Soy tan ignorante, que si, por un imposible, acertara a adivinar el lugar en que te encuentras, no sabría a qué parte del horizonte enviar mis suspiros y mis besos para que tú los recogieras.

»Esta ignorancia misma redobla mi amor. Si yo fuera instruida como tú, tendría a mi disposición espacios inmensos por los cuales podría perderse mi imaginación: me preguntaría qué fuerza suspende las estrellas sobre mi cabeza, qué movimiento combinado regula el círculo infinito de las estaciones, qué genio providencial determina la ruina y la elevación de los imperios, y entonces, abismada en esas investigaciones, difíciles y profundas, dejaría de pensar algún momento en ti, mientras

intentaba medir el poder de Dios y aquilatar la ciencia humana: pero no es así. Doy unos pasos en ese sentido, y tropiezo inmediatamente con la barrera, y mi ignorancia misma, los límites de mi espíritu, vacío de instrucción, me obligan a no salirme del corazón, que rebosa amor.

»¡Qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Sin noticias tuyas, y sin esperanzas de tenerlas! ¡Un pasado luminoso, un presente sombrío y un porvenir negro! ¡Desespera no poder ayudar de alguna manera a los acontecimientos de los que depende mi muerte o mi vida! ¡Esperar!... No dudo de tu amar; en tu palabra tengo fe completa y ciega: sé qué harás todo lo humanamente posible para volver: ¿pero no puede ocurrir que el destino sea más fuerte que tu voluntad? ¿No me veo yo encadenada aquí, sin poder ir a reunirme contigo, por muchos y grandes que mis deseos sean? Momentos hay en que quisiera morir para que mi espíritu volara libremente, desligado de las cadenas del cuerpo.

»¡Oh! ¡Ahora puedo decirte que sufro de veras, vida de mi vida! Yo no sé qué fiebre me devora, qué causa hace que pase incesantemente de una agitación terrible a una languidez mortal. Creí que podría escribirte todos los días, que me proporcionaría algún consuelo confiarte todos los latidos de mi corazón, todos los pensamientos de mi alma, pero pronto se ha agotado el círculo. ¿Qué te diré que no te haya dicho y repetido ya? ¡Qué te adoro, que te adoro y que te adoro! Conque todas las noches escriba esa misma palabra, salían mis pensamientos de todos los instantes.

»Ya no hoy duda, amado mío: en mi Reno vivo otro ser. Acabo de sentir su primer movimiento, y corro a escribirte para decirte: “Te amamos dos”. ¡Oh! Piénsalo bien. Ya no estoy sola, ya no vendrás solo por mí. Entre nosotros hay ya algo más sagrado que nuestro amor; está nuestro hijo. ¡Lloro, alma mía!... ¿Es de alegría? ¿Es de terror? ¡No importa!... ¡Encontré, al fin, las lágrimas y estas siempre producen bienestar!

»Tres meses hace hoy que te fuiste, tres meses, día por día, tres meses de los cuales ni una hora he dejado de pensar en ti, tres meses durante cuyo plazo he preguntado por ti al cielo y a la tierra, y esta y aquel han permanecido sordos a mi voz. No tardes, amado mío, porque no vas a reconocer a tu Fatinitza: tan débil y amarilla está en este instante.

»Dios sabe si yo fui siempre buena hija y tierna hermana, Dios sabe si, durante las largas y peligrosas ausencias de mi padre y de mi

hermano, dejaba pasar un solo día sin rogar a la Panagia por ellos. Pues bien; escucha lo que voy a decirte, escucha el crimen de que voy a acusarme: desde el día que partisteis juntos, apenas si tres o cuatro veces me he acordado de ellos, y, sin embargo, son ellos los que afrontan todos los peligros, para ellos tiene la mar horribles tempestades, el combate horrorosas heridas, y la justicia tremendos castigos. ¡Perdón, Dios mío, si no me acuerdo de mi padre y de Fortunato! ¡Perdón, Dios mío, si solo para mi amante tengo pensamiento!

»¡Quisiera caer en un letargo profundo y no despertar hasta ser dichosa o morir! Pasa el tiempo, corren las horas, sin que acierte a medirlas más que por la sucesión de los días y de las noches. ¿Por qué no ha de eternizarse un estado de cosas que dura ya cinco meses? Los únicos relojes que miden el tiempo son la alegría o el dolor. ¡Señor! ¡Dios santo!... ¡Qué es lo que veo a lo lejos! ¿Es el jabeque?... ¡Bendito seas, Dios mío... sí... el jabeque es!

»¿Voy, pues, a verte? ¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas!... ¡Oh! ¡Voy a morir de alegría!...

»¡Moriré, sí, pero de dolor! ¡No vienes!... ¡No vienes! ¡Piedad, Señor, piedad!

»Ya lo saben todo. No bien distinguí el jabeque, corrí a la ventana, y a medida que aquel se acercaba al puerto, mis ojos te buscaban por su cubierta. ¡Perdón, Dios mío, perdón! ¡Hubiese querido verte a ti, aun cuando hubieran faltado mi padre o mi hermano!

»No venías: mucho antes que el jabeque entrase en el puerto, había yo adquirido esa horrible certidumbre. Todo el mundo salió presuroso a recibirles, todos menos yo, que quedé como clavada en la ventana, y ni fuerzas tuve para demostrarles, por medio de un gesto, que les veía. Tomaron el sendero, y les vi subir preocupados, inquietos. Resonaron en mis oídos las aclamaciones con que les saludaban sus criados, y, poco después, oí resonar sus pasos en la escalera y abrirse la puerta. Intenté salir a su encuentro, y caí de rodillas en el centro de la habitación pronunciando tu nombre.

»No sé qué me contestaron: comprendí únicamente que te habían dejado en Esmirna, donde debías esperarles, y que, a su regreso a la ciudad mencionada, supieron que te habías ido sin decir dónde y sin indicar si volverías. Caí desmayada: cuando volví de mi desmayo, me encontré sola con Estéfana. Esta lloraba, porque yo no le había

confesado que estaba encinta, y fue ella la que, al querer socorrerme, reveló mi estado.

»¡Qué noche tan larga y tan llena de desesperación! ¡Qué noche de tempestades en el cielo y de huracanes en mi espíritu! ¡Oh! ¿Qué me importaría que todo lo creado se hiciera mil pedazos, si sobre sus informes ruinas pudiera verte una vez más?

»Estoy condenada, alma mía. Si de hoy en cuatro meses no has vuelto, moriré para ti y por ti. ¡Dios te bendiga! Esta mañana subieron a mi habitación solos y reflejando en sus rostros calma y severidad a un mismo tiempo. Adivinando el objeto que les traía, en cuanto les vi entrar, caí de rodillas. Me sometieron a un interrogatorio semejante al que los jueces hacen sufrir a los criminales, y lo confesé todo.

»Me han preguntado si creía que tú volverías, pregunta que contesté con las siguientes palabras: “Volverá si no ha muerto”. Quisieron saber entonces qué plazo deseaba que me concedieran, y respondí: “Hasta que yo dé a luz a mi hijo”. Me han concedido tres días más de los por mí solicitados. Para entonces, amado de mi alma, o habrás vuelto, o será prueba de que no has de volver más, y si no vuelves, no me hace falta vivir.

»Ya no vivo: espero. Me levanto, voy a la ventana, y allí permanezco los días enteros, fijos los ojos en el mar. Cada barca que diviso siento un estremecimiento, espero... se acerca... y vuelvo a esperar. ¡Oh! ¿Podrá nuestro hijo sobrevivir a los sufrimientos que me matan? Estéfana me regaña constantemente por no haberle revelado mi secreto, pues dice que, con su complicidad, habría podido engañar a mi padre y a Fortunato. ¡Engañarles!... ¿Para qué? ¡Si tú no vuelves, para nada necesito la vida!

»¡Vuelve... ¡oh! vuelve, vida de mi vida! ¡Vuelve, sino por mí, por nuestro pobre hijo! ¡Si es que no me amas ya, vuelve también; no me verás a mí... esperarás a que haya nacido... lo arrojaré sobre tu capa, te lo llevaras, y me dejarás morir!

»¡Los días!... ¡Qué largos son cuando sueño, y qué cortos cuando reflexiono! ¡Siete meses han pasado ya!... ¡Siete! ¿Qué haces, amado mío? ¿Dónde estás? ¡Me pediste tres meses, cuatro a lo sumo, y han pasado siete! ¡O estás preso o has muerto, no me cabe duda! ¡Te habrán encarcelado en Inglaterra, sometido a un proceso... tal vez te hayan condenado como a mí, y como yo esperes el momento de morir!

»Olvidé preguntarte si estabas seguro de que aquellos que abandonan este mundo vuelven a verse en el Cielo.

»Como en esta casa todo sigue como antes, con frecuencia me pregunto si lo que realidad parece no es más que un sueño. Mi padre y mi hermano parece como si lo hubieran olvidado todo. Vienen a verme como de costumbre, y son para mí tan buenos y tan cariñosos como fueron siempre. Alguna que otra vez sorprendo en ellos algún estremecimiento súbito que me hace comprender que se acuerdan, y que, como yo, esperan. No pasa día sin que recuerde las siguientes estrofas de tu canción siciliana:

*Una flor silvestre
cogí de la playa,
y se me desmaya
de eterno sufrir.
Es que toda planta
de su tallo ausente
marchita y doliente tiene que morir.
También muere aquella
que de amores loca
en vano me invoca.
¡Pobrecilla flor!
¡Bella flor de playa
pálida cual sueño
cuyo solo dueño
fue mi único amor!*

»¡Tú me decías que no se debía creer en las profecías!

»Acostarse todas las noches con un solo pensamiento, despertar todas las mañanas con una sola esperanza, pasar los días viendo cómo se pierde esta y cómo se disipan unos tras otros los sueños de la noche, es, tesoro mío, para volverse loca. Vuela el tiempo como si la muerte lo empujase... ¡Ocho meses han pasado desde que te fuiste...! ¡Dentro de uno más, de uno solo, o habrás vuelto, o terminará todo para mí! He compuesto una oración larga, muy larga, dirigida a Dios, que repito maquinalmente todo el día, de pie junto a mí ventana y fijos mis ojos en el mar. Voy a la ventana por hábito, porque allí tenía costumbre de pasarme el día, pues no espero ya que vuelvas, sino que has debido

morir. ¡Oh, esposo mío! ¡Pide por mí a Dios! ¡Pídele que mi tránsito de este mundo al otro no sea muy doloroso!

»¡Señor... Señor! ¿Ha llegado el momento? ¿Los atroces dolores que me despedazan anuncian que voy a ser madre? Sufro tanto, que me es imposible escribir... Mi mano tiembla. ¿Moriré sin verte? Creo que sí... ¡Oh!... ¡Un hijo! ¡Es un hijo!... ¡Qué hermoso!... ¡Cómo se te parece! ¡Qué feliz soy!... ¡Desventurada de mí!... ¿Qué estoy diciendo? ¡Oh!... ¡Ven... ven, amor mío; ven, ángel adorado... ven, que no me quedan más que tres días!

»No has muerto; estoy segura: te he visto. ¡Qué sueño tan singular! ¡No! ¡Por ardiente que la fiebre sea, no puede producir apariciones semejantes! ¡Fue realidad, fue favor de Dios, fue un milagro! Me dormí destrozada por mis amarguras, con mi hijo al lado: al pie de la cama velaba Estéfana. Me pareció entonces que mi alma, fluida y transparente como un vapor, abandonaba el cuerpo. Sentí después que me arrastraba el viento, como arrastra a las avechillas por los aires, como arrastra a las nubes del cielo. Pasé por encima de varias ciudades, sobre ríos y montañas, siempre de espaldas al mar. Al cabo de algunos instantes, vi otro mar que no conocía, un golfo que no recuerdo haber visto nunca, ni en sueños. Silenciosa como una sombra, descendí sobre las ruinas de una ciudad muerta.

»A unos veinte pasos de mí, sentado sobre un resto de columna, vi a un hombre que tenía la cabeza entre las manos. El hombre alzó segundos más tarde la cabeza... ¡Eras tú, amado mío, eras tú! ¡Quiso hablarte, tenderte los brazos!... ¡Pobre de mí! ¡Me encontré sin voz y sin movimiento! Me conociste, pues te oí pronunciar mi nombre... ¡Oh!... Ha sonado en mis oídos tu voz, tu voz querida... ¡Aún resuena ahora, semejante a un murmullo! Tres veces te volviste hacia tres diferentes puntos del horizonte, y tres veces me sentí arrastrada por una fuerza superior, encontrándome siempre delante de ti. Entonces viniste hacia mí, vi que te acercabas, estuviste a punto de alcanzarme, extendiste el brazo, ibas a tocarme... Lancé un grito y desperté. Vives, me amas, vienes; ¿pero llegarás a tiempo? Estéfana está en la ventana y mira mientras yo escribo. Nuestro hijo duerme.

»¡Oh! Si el viento no te empuja con fuerza bastante, abandona tu buque y toma una barca ligera, y si esta no vuela, arrójate a la mar y llega. ¡Llega, sí, llega!, porque mañana será el tercer día, y no nos resta más que una noche para que expire el plazo fatal. La pasaremos rezando

Estéfana y yo. Mi hermana ha pedido y conseguido del sacerdote que la casó que traigan a mi habitación la imagen de una Virgen milagrosa. Ante la imagen estamos postradas, y yo hago que con frecuencia le bese los pies nuestro desgraciado e inocente hijo. ¡Virgen santa, ten piedad de mí! ¡Estrella de amor, ten compasión de mí! ¡Madre de dolores, dirígeme una mirada de misericordia!

»¡Qué buena, qué compasiva es Estéfana! ¡Me repetía todos los días que no te vería más, y ahora me asegura que volverás! ¡Es que ha perdido todas las esperanzas!

»¡El día último, amado mío, el día postrero de mi vida, día hermoso, radiante, como si tú te encontraras a mi lado, como si no fuera el de mi muerte! Han dicho a Estéfana que me dejarán vivir todo el día, que esperarán a que el sol, que se alza detrás de la isla de Tenos, se esconda detrás de las montañas del Ática. Hoy me espanta la muerte, porque vives, estoy segura. ¡Oh! ¿Me has visto también tú, y presientes el peligro que me amenaza? ¿Sabes que te llamo? ¿Sabes que tú, tú solo, podrías salvarme? ¿Sabes que ya no invoco la compasión de la Virgen sino la tuya? ¡Me asaltan tentaciones de escapar con nuestro hijo!... ¡Dios mío! ¿Por qué no hui antes de que llegasen? ¡Ah! ¡Es que esperaba!

»Ha querido salir Estéfana, y un criado le ha levantado el velo para asegurarse de que no era yo. Da población entera sabe que hoy es el día último de mi vida, y todo el mundo reza por mí. Hace poco dejaba oír sus fúnebres sonidos la campana de la iglesia; yo no comprendía, no sabía que llamaba a las almas piadosas, que las invitaba a que rezasen por la que va a morir. ¡Y la que va a morir soy yo... entiendes, alma mía... soy yo... tu Fatinitza... la madre de tu hijo! ¡Pobre cabeza mía! ¡No sentiré el golpe, porque cuando suene la hora, estaré loca!

»¡Nada sobre la mar!... ¡Mis miradas, como las de los moribundos, alcanzan lejos, muy lejos, y nada ven!... ¡Agua... agua desierta! ¡Me he acercado a la puerta con objeto de escuchar! ¡Dos criados rezan por mí al otro lado! ¡Todo el mundo reza... menos yo, que no puedo ya rezar! ¡Dios mío! ¡Con qué rapidez se hunde hoy el sol!

»Estéfana se ha arrojado sobre mi lecho... se arranca los cabellos... y yo, yo no ceso de abrazar a mi hijo. ¡Pobre hijo mío y pobre de mí! Doy vueltas por la habitación como una insensata, y de vez en cuando me siento para escribir una línea más. ¡Inocente hijo mío!... ¡Si al menos te perdonasen a ti! ¡Oh! ¡No llores así, mi buena Estéfana!... ¿No

comprendes que me destrozas el corazón? No me olvidarás nunca... ¿verdad, querida hermana mía? ¡Alma de mi alma!... ¿Comprenderás algún día la inmensidad de mis sufrimientos? ¡O eres muy desgraciado, o muy culpable! El sol no baja, cae precipitado... Está rozando ya las cimas de las montañas... Dentro de un momento se habrá hundido detrás de aquellas... ¡Horror!... ¡Tiene color de sangre!

»Siento sed. Ya no cuento por días, ya no cuento por horas, ya no cuento por minutos... ¡cuento por segundos! ¡Todo acabó! Aun cuando ahora estuvieras en el puerto, aun cuando hubieses saltado a tierra, aun cuando subieras en este momento el sendero, no te dejarían ya llegar hasta aquí... ¡Estéfana... oigo rumor de pasos!... ¿Son ellos? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ya no ve más que la mitad del disco del sol!... ¡Virgen santa!... ¡Quisiera pensar en ti, madre mía, quisiera acordarme de vos, Dios mío; pero perdonadme si solo pienso, si solo me acuerdo de él!... ¡Son ellos... sí... no me cabe duda! ¡Han cumplido su palabra!... ¡Se ha puesto el sol!... ¡Viene la noche!...

»Suben... se detienen frente a la puerta... abren... ¡Te perdono, alma mía! Adiós... ¡Recibe mi alma!».

Así terminaba el manuscrito de Fatinitza.

Como un loco penetré en la habitación de su hermana.

—¿Y después... qué? —grité.

—Después —respondió Estéfana—, mi padre le concedió tiempo para que encomendara su alma a Dios; y cuando Fatinitza terminó su plegaria, sacó aquel una pistola del cinto y le levantó la tapa de los sesos.

—¿Y mi hijo? —repuse, retorciéndome los brazos—. ¡Mi hijo... mi inocente hijo!

—Fortunato le asió por los pies y le estrelló de cabeza contra el muro.

Lancé un grito terrible, y caí desvanecido en tierra.